

VIVIENDA Y CULTURA

Modos de habitar y construir la vivienda en
el espacio urbano y rural en Colombia

Editoras

Gilma Mosquera Torres

Ángela María Franco Calderón



Universidad
del Valle

Programa Editorial



ICANH

VIVIENDA Y **CULTURA**

Modos de habitar y construir la vivienda en
el espacio urbano y rural en Colombia



Colección Artes y Humanidades
Arquitectura y Urbanismo

Calderón Méndez, Johnny Andrés
Vivienda y cultura. Modos de habitar y construir la vivienda en el espacio urbano y rural en Colombia / Autores Johnny Andrés Calderón Méndez [y otros catorce] ; editoras Gilma Mosquera Torres, Ángela María Franco Calderón
Cali : Universidad del Valle - Programa Editorial, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2022.
444 páginas; 24 cm -- (Colección: Artes y Humanidades)
1. Arquitectura colombiana - 2. Habitar - 3. Hábitat - 4. Cultura - 5. Arquitectura y urbanismo

720.9861 CDD. 22 ed.
C146

Universidad del Valle - Biblioteca Mario Carvajal

Universidad del Valle

Edgar Varela Barrios, rector
Héctor Cadavid Ramírez, vicerrector de Investigaciones
John Wilmer Escobar Velásquez, director del Programa Editorial

Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

Alhena Caicedo Fernández, directora general
Andrea Leiva Espitia, subdirectora de Investigación y Producción Científica
Carlos Andrés Meza, coordinador del Grupo de Investigaciones
Laura Morales González, jefe del Área de Publicaciones
Bibiana Castro Ramírez, coordinación editorial

Título: Vivienda y cultura. Modos de habitar y construir la vivienda en el espacio urbano y rural en Colombia

ISBN: 978-628-7566-56-9

ISBN-Pdf: 978-628-7566-57-6

ISBN-Epub: 978-628-7566-58-3

DOI: 10.25100/peu.7566569

Colección: Artes y Humanidades-Arquitectura y Urbanismo

Investigación

Primera edición

Autores: Johnny Andrés Calderón Méndez, Luz Aida Rodríguez Sánchez, Juan Camilo Niño Vargas, Erik Marcelo Marín Ortiz, Luisa María Restrepo, Johanna Vélez Rueda, Clara Eugenia Sánchez Gama, Alberto Saldarriaga Roa, Diego Carrejo Murillo, Lina Sánchez Steiner, Armando Rosero García, Nelson Iván Erazo Solarte, Gilberto Arango Escobar

Editoras: Gilma Mosquera Torres y Ángela María Franco Calderón

© Universidad del Valle

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

© Autores

Diagramación y diseño de carátula: Anna Karina Echavarría

Revisión de estilo: Pacífico Abella Millán

Fotografía de carátula: Ángela María Franco Calderón

Fotografías portadillas: Manuel Salinas, Gilma Mosquera Torres y Ángela María Franco Calderón



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Esta publicación fue sometida al proceso de evaluación de pares para garantizar altos estándares académicos. El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle ni del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ni genera responsabilidad frente a terceros. Los autores son los responsables del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual ni la universidad ni el Instituto Colombiano de Antropología e Historia pueden asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Impreso por: Imprenta Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia, diciembre de 2022

VIVIENDA Y CULTURA

Modos de habitar y construir la vivienda en
el espacio urbano y rural en Colombia

Editoras

Gilma Mosquera Torres
Ángela María Franco Calderón



Colección Artes y Humanidades
Arquitectura y Urbanismo

Contenido

Prólogo 9
Arturo Escobar

Arquitectura y urbanismo: manifestaciones
espaciales del patrimonio cultural colombiano 19
Gilma Mosquera Torres y Ángela María Franco Calderón

PARTE 1. ARQUITECTURA AUTÓCTONA

Persistencias y transformaciones

1. Origen y arquitectura pubenense en el valle de Popayán 27
Johnny Andrés Calderón Méndez

2. Vivienda indígena en la región amazónica. Transformación e imaginarios 77
Luz Aida Rodríguez Sánchez

3. La casa como persona. Vida y anatomía de la vivienda ette 101
Juan Camilo Niño Vargas

4. La ranchería wayúu. Expresión cultural del hábitat guajiro 129
Erik Marcelo Marín Ortiz

5. Hábitat anfibio en la ecorregión del Caribe rural. El caso de La Mojana 163
Luisa María Restrepo Marín y Johanna Vélez Rueda

PARTE 2. ARQUITECTURA TRADICIONAL

Estética y técnica

- | | |
|---|-----|
| 6. Modos de habitar y construir la vivienda en San Andrés isla
<i>Clara Eugenia Sánchez Gama</i> | 203 |
| 7. El valor de lo colectivo. Arquitectura y urbanismo tradicional en el Pacífico
<i>Gilma Mosquera Torres y Ángela María Franco Calderón</i> | 235 |
| 8. La vivienda campesina en la región cafetera central
<i>Alberto Saldarriaga Roa</i> | 273 |

PARTE 3. ARQUITECTURA URBANA

Construcción cultural de ciudad

- | | |
|---|-----|
| 9. Los asentamientos espontáneos en el paisaje cultural de Buenaventura
<i>Diego Carrejo Murillo</i> | 299 |
| 10. La construcción regional y cultural de la ciudad-refugio.
Los casos de Mocoa y Tumaco
<i>Lina Sánchez Steiner y Armando Rosero García</i> | 337 |
| 11. Dialéctica del lenguaje y arquitectura popular en el pericentro de Cali
<i>Nelson Iván Erazo Solarte</i> | 375 |
| 12. Los cambios en la vivienda y el hábitat en Colombia
<i>Gilberto Arango Escobar</i> | 409 |

Prólogo

Arturo Escobar

Vivienda y cultura. Modos de habitar y construir la vivienda en el espacio urbano y rural en Colombia constituye una intervención de suma importancia en el crucial debate sobre la variopinta historia del habitar en Colombia. Visibiliza de manera novedosa la persistencia de hermosas y sofisticadas formas de habitar en muchas regiones del territorio nacional, e insinúa otras formas posibles de existir y de habitar el mundo. Sus inspiradoras y editoras, dos grandes investigadoras de la vivienda, la arquitectura y el urbanismo en Colombia, ya nos habían acostumbrado a estudios del más alto calibre: por un lado, Gilma Mosquera, cuyo trabajo sobre la arquitectura y la vivienda tradicionales del Pacífico colombiano (1983 hasta hoy) marcó un hito en los estudios sobre la vivienda en esta región y más allá de esta; por el otro, Ángela María Franco, cuyas cuidadosas investigaciones durante la última década sobre la marginalidad urbana en Cali y los fracasos de las políticas de vivienda social para enfrentarla han cobrado una inusitada importancia en los contextos de la pandemia de la COVID-19 y de la protesta social de 2020 a 2021.

Cada vez es más claro que la arquitectura, el urbanismo y el diseño de la vivienda se han ido convirtiendo en un campo de producción de conocimiento y teoría de gran sofisticación y relevancia en sí mismo. Más aún cuando en este campo con frecuencia encontramos discusiones sobre las problemáticas centrales de una sociedad de un grado de complejidad equiparable o mayor que en disciplinas como la geografía, la sociología, la politología o la antropología, y con la virtud de que dichos debates se encuentran volcados sobre la transformación de prácticas. Este valioso volumen es prueba fidedigna de ello.

Como nos dicen las editoras en su introducción, esta obra recoge “una serie de investigaciones que trascienden la descripción de los aspectos estéticos, simbólicos, morfológicos o técnico-constructivos, y se enfocan en perspectivas analíticas que explican

características del hábitat y la vivienda como producción social y manifestación física de unos modos específicos de habitar, ordenar y construir el espacio en entornos rurales y urbanos”. Dos ejes principales estructuran los estudios que la componen, representados en el título del libro: la relación entre vivienda y cultura, mediada por la arquitectura, entendida en un sentido amplio, por un lado; y el análisis pormenorizado de los modos de habitar de los pueblos dentro de sus respectivos contextos territoriales y políticos, por el otro. Si la primera encarna una relación íntima entre espacio, historia y cultura, la segunda va más allá para adentrarse en la relación entre espacio y vida, entre cosmos, lugar y modo de existir.

No podía ser de otra manera, pues la vivienda —lejos de ser una mera creación funcional y práctica— es una compleja interfaz entre humano, comunidad, mundo natural y universo. Como aprendemos con cada uno de los capítulos, diseñar una vivienda involucra toda esta complejidad. Tanto los enfoques fenomenológicos como los conocimientos y prácticas de comunidades étnicas y campesinas nos enseñan que el habitar es un acto existencial fundamental del ser humano; involucra un entendimiento profundo del espacio, el tiempo y el mundo, y por esta razón con frecuencia va cargado de mitos fundacionales y emociones primarias. El habitar funda la existencia, la enraíza en el mundo, y esta complejidad se ve reflejada, especialmente para los pueblos originarios, en la sacralización del pensamiento y de la práctica del habitar. Podríamos decir que para estos pueblos la tierra y el mundo son una comunión de sujetos, no una colección de objetos, como lo es para nosotras y nosotros, los

urbano-modernos. La vivienda es parte de dicha comunión, como bien explican algunos de los estudios de caso de este volumen; coemerge y coevoluciona con el mundo.

Podemos invocar a este respecto la importante obra de Harold Martínez Espinal, arquitecto de la Universidad del Valle, quien define el habitar como la reiterada interacción asociativa entre lo viviente y su entorno, que constituye las condiciones para el bienestar¹. Por buena parte de su historia, los humanos supieron practicar esta forma de habitar en los hábitats que encontraban. De hecho, hábitat y humano eran inseparables; el habitar los entretejía. Este *ethos* empieza a resquebrajarse con las formas racionales y los trazados geométricos de la polis del clasicismo griego, concebida desde la perspectiva de un humano que empieza a verse como superior al mundo natural. Allí comienza el largo trayecto civilizatorio de la ontología occidental, de la separación entre humanos y no humanos, y el señorío humano (sin duda patriarcal) sobre el mundo natural; el hábitat se fue transformando en el trasfondo inerte de la ciudad y el habitar fue tomando un carácter cada vez más funcional. El resto del mundo viviente, y por ende todo lo campesino, fue así exiliado de la urbe. Lo que vemos en ciudades como Cali hoy en día —particularmente con la expansión de la descomunalizada y desnaturalizada vivienda de clase media— encuentra su genealogía en las prácticas inauguradas desde entonces, fundamentadas en los celebrados *logos* y *anthropos* de

¹ Harold Martínez, *Habitabilidad terrestre y diseño* (Cali: Universidad del Valle, 2013); Harold Martínez, *Del hábito, al hábitat y al habitar* (Cali: Universidad del Valle, 2016).

la Grecia de la acrópolis, y sus desarrollos subsecuentes en la cultura occidental patriarcal.

Hoy en día la arquitectura crítica se abre a este tipo de interrogantes, como nos lo demuestra elocuentemente este volumen. Todos los capítulos son eruditos y sustanciales; escritos con un gran cuidado con los conceptos y acompañados de ilustrativos diagramas, planos y fotografías. Los estudios surgen de la intersección entre la arquitectura, el urbanismo y el diseño con la antropología y la geografía, por un lado, pero también con la sociología, la historia y la filosofía. Se basan en conocimiento de primera mano de los casos a través de trabajo de campo, complementado con talleres, fotografía satelital y análisis de los contextos históricos y sociales basados en investigación de archivo y fuentes secundarias. Avanzar en la lectura de los diversos capítulos conlleva aprender sobre la relación cultura-vivienda a través de análisis holísticos de las diversas esferas involucradas en ella, desde los aspectos físicos, técnicos e históricos, pasando por los sociales, culturales y políticos, hasta arribar a un entendimiento menos fragmentado entre forma y contenido, entre lenguaje y expresión arquitectónica, entre lo material y lo simbólico, y entre funcionalidad y estética que ilumina la complejidad de los diversos modos de habitar en el país. Es importante resaltar que la fragmentación de los diversos aspectos, presente en los análisis académicos, no se da en las prácticas urbanísticas y habitacionales subalternas y populares, pues para los “destechados de la tierra”, parafraseando a Frantz Fanon, construir vivienda es un acto existencial que no permite estas separaciones, sino que emerge de un entramado multifacético de conocimientos y

de prácticas, como bien argumentan varios de los capítulos incluidos en el libro.

Quisiera referirme de forma muy breve a los contenidos del volumen, comenzando por el excelente capítulo de las editoras, pues en él encontramos varias claves interpretativas que sirven de eje organizador para buena parte del libro. Su lectura de la vivienda en el Pacífico colombiano las lleva a resaltar una suerte de colectivismo que “se hace evidente en el rol central que se le da a la vida en comunidad, cimentada en valores como la cooperación, el apoyo mutuo y la solidaridad entre vecinos” (235). Este énfasis cultural comunitario se refleja en patrones urbanos y arquitectónicos que evidencian complejas mezclas culturales y procesos sociales de larga data, y muestran de múltiples maneras que la vivienda es una expresión identitaria compuesta por elementos tangibles e intangibles que representan las maneras de ser y estar de los habitantes, incluyendo su sabia y efectiva integración con un hábitat disperso, de acuerdo con relaciones de parentesco. Las autoras auscultan las múltiples expresiones de esta verdadera “fuerza de la vida colectiva” en el trasfondo de la historia de esclavización y el poblamiento, incluido el caso de los barrios palafíticos de Buenaventura y Tumaco. De su mano asistimos a las transiciones de la vivienda autóctona, ya casi que perdida en el tiempo (tales como las casas pajizas afro e indígenas), a las formas tradicionales, y de estas a las modernas, obtenidas a través de la incorporación progresiva de nuevos materiales de construcción como las tejas metálicas, la madera aserrada y, especialmente a partir de la década de 1940, el cemento, el ladrillo y el hierro, aunque conservando elementos físicos y

culturales de las formas anteriores, tales como la prominencia de los espacios públicos y la hermosa policromía de las fachadas.

Que muchos pueblos organicen su habitar desde el sentipensar encarnado en el territorio desde sus orígenes es un tema recurrente en el libro, como lo evidencia elocuentemente el capítulo de Johnny Andrés Calderón Méndez sobre la vivienda misak, el cual revela una sofisticada conceptualización del tiempo-espacio y de los fenómenos físicos del territorio, ejemplificados por un sistema original de conteo y medición encarnado en la figura del caracol como principio ordenador de la existencia. Construir la casa requiere un conocimiento íntimo de esta lógica espacio-temporal, la cual determina el emplazamiento de forma que no interfiera con la vida de los seres que están a su alrededor, o dónde se ubica el fogón, la distancia entre las columnas, o la altura y forma de los muros y del techo. En última instancia, se trata de una práctica en la cual intervienen “todos los seres del territorio”, de acuerdo con una concepción que entreteje el origen del universo, el mundo de los antepasados, las constelaciones, la energía y la circulación entre mundos; el buen constructor respeta este tejido de interrelaciones. En otras palabras, al construir la casa se *enactúa* todo un orden cósmico, dentro del cual la imagen del caracol y la inseparabilidad de tiempo-espacio son esenciales. La casa representa “un infinito que no tiene fin”, como la vida misma, un continuo interminable y siempre cambiante, el pluriverso.

Encontramos un ejemplo relacionado en el capítulo de Luz Aida Rodríguez Sánchez sobre la legendaria maloca amazónica. Aunque es un

caso tratado prolíficamente en la literatura antropológica, en el contexto de *Vivienda y cultura* da pie para que la autora nos ilustre no solamente sobre las formas en que la maloca constituye un ejemplo de vivienda que ha contribuido a la autonomía de los pueblos amazónicos, sino sobre una discusión acerca de la erosión progresiva de este original espacio comunal de vida y, por ende, del deterioro de la calidad de vida de las personas causado por el avance de la colonización y el desarrollo. Los esfuerzos adaptativos por parte de expertos y organizaciones locales han sido con frecuencia contradictorios; por ejemplo, a través del ecoturismo. Así, las “maloquitas” imaginadas por el ecoturismo se convierten en instancias de arquitectura funcional descontextualizada, lo que desvirtúa la forma autóctona, y cesan de surtirse del pensamiento y del habitar original de las comunidades.

Es bien sabido que en muchas partes del mundo las culturas animistas constituyen el ejemplo más claro de arquitecturas vernáculas indeleblemente vinculadas a la cosmovisión de un universo poblado de seres vivos, donde todo interexiste. El capítulo de Juan Camilo Niño Vargas sobre la arquitectura indígena de los ettes, situados al suroccidente de la Sierra Nevada, ilustra esta estrecha interrelación entre vivienda y cosmos; evidencia la inseparabilidad de los aspectos físicos, sociales y simbólicos. Las casas ettes son personas sociales, cuerpo-territorio, “entidades animadas, cambiantes y relacionales” (102). Teóricamente, podríamos decir que se ubican por fuera de la ontología moderna de sujetos y objetos intrínsecamente existentes. Leemos en

este interesante capítulo que la casa —la cual se encuentra rodeada por un anillo de jardines al cuidado de las mujeres— “señala el centro del mundo vivido y es el principal escenario de la vida cotidiana” (108). Existe en la casa ete una articulación entre la construcción y el crecimiento y decrecimiento orgánico de las viviendas y las necesidades y ritmos de las familias, y los eventos importantes (matrimonio de un hijo o una hija), como si la vivienda misma tuviera un ciclo vital, incluyendo la muerte o el abandono. La persona se equipara con la vivienda; todo lo cual requiere un sofisticado saber tanto técnico como social, a partir del cual se establece una correspondencia entre elementos arquitectónicos y partes del cuerpo.

La interrelación entre cosmos, territorio y vivienda queda igualmente consignada con elocuencia en el capítulo de Erik Marcelo Marín Ortiz sobre el habitar wayúu. Los wayúus se reconocen a sí mismos como parte de un todo cósmico-territorial, y hay un vínculo sagrado entre ellos y su territorio. La comunidad es parte del territorio, no existe sin él. Esta ontología profundamente relacional es mediada por deidades y materializada en la ranchería, con sus tipologías y elementos arquitectónicos. Los lugares están impregnados de un orden intangible, que pasa inadvertido para observadores externos. La vivienda, construida predominantemente con arcilla, paja y madera, se piensa como la “célula” dentro de una unidad del grupo familiar y es una verdadera composición de la ritualidad ancestral, organizada alrededor de tres estructuras separadas: una zona social, la cocina y el corral, que hacen de la casa una “semilla del hábitat”. La forma de la ranchería tradicional —un

verdadero “conjunto para habitar”— se ha ido erosionando, y muestra ahora diferencias económicas y entre clanes; problema que aqueja a muchos de los casos considerados.

Encontramos patrones similares en las antípodas ecológicas del desierto de La Guajira, en la ecorregión de La Mojana, habitada por pueblos originarios malibú y zenú y por campesinos, que emerge en la confluencia entre los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge. El capítulo sobre esta ecorregión escrito por Luisa María Restrepo Marín y Johanna Vélez Rueda muestra cómo los hábitats anfibios y las prácticas habitacionales y de sustento van de la mano de las fluctuaciones del agua. Estos hábitats son el objeto de tremendas presiones, no solamente por el cambio climático, sino entre otras por la desecación y *ganaderización* de los territorios. Esta ecorregión (concepto original del gran arquitecto, urbanista e historiador de la Universidad del Valle Jacques Aprile-Gnisset), de gran riqueza ecológica y cultural, refleja la armonía y la convivencia de un pueblo con el agua (humedales, ríos, lagunas, ciénagas). Hay que considerar toda una geografía histórica para entenderla; con este enfoque, el capítulo nos entrega un recuento de la alternancia entre pesca y cultivo de acuerdo con los patrones del agua, y se detiene en una detallada descripción de la sofisticada estructura paisajística en forma de espina de pescado esculpida por el habitar autóctono, el cual tradicionalmente incluía adornadas viviendas palafíticas en madera y paja (hoy en día complementadas con materiales como el fibrocemento), canales, huertos elevados, y el solar y la chacra, así como prominentes espacios públicos en los

pequeños núcleos urbanos. Todo esto está siendo impactado por la afectación de los territorios, incluyendo especies icónicas como la hicoitea y la babilla.

Dos capítulos nos entregan análisis comprensivos sobre el concepto de *patrimonio colectivo*. El caso de la isla de San Andrés, presentado por Clara Eugenia Sánchez Gama, muestra un paisaje cultural establecido alrededor de la vía que recorre la cadena montañosa de la isla. En muchos casos, familias que habitan la isla desde comienzos del siglo XX han mantenido muchos aspectos de la elegante vivienda tradicional (con vínculos a casas del Caribe anglófono y Panamá), incluyendo, además, el apto uso de madera, pozos y cisternas; con espacios que propician la comunicación con el exterior, tales como balcones, corredores y ventanas diseñados obedeciendo al paisaje y la dirección de los vientos y las lluvias, y patios y espacios públicos flanqueados con árboles frutales. Frente a la importancia de conservar y mantener este patrimonio, el capítulo concluye con el importante interrogante: “¿se podrá esta vez acercar los intereses y saberes de los pobladores con los de los funcionarios, los profesionales y los que toman las decisiones públicas?” (232).

Uno de los más claros ejemplos de la importancia del patrimonio colectivo —que igualmente sugiere que las culturas campesinas también tienen mucho de la concepción de la vivienda como una entidad viva en un mundo vivo— se encuentra en la zona cafetera. Como lo muestra el capítulo escrito por Alberto Saldarriaga Roa, allí, la parcela, la vivienda y el espacio de cultivo y procesamiento del café funcionan como un todo

integrado con el entorno (una “unidad productiva” si se quiere, aunque esta es una concepción economicista restringida). Podría decirse que la vivienda es el elemento central de este “territorio cultivado”, con la guadua, incorporada en la casa como material de construcción, y que actúa también como elemento distintivo del paisaje. Todo esto le confiere a esta vivienda una cierta racionalidad ecológica a la que hoy llamaríamos sustentable. El complejo habitacional es de esta forma una morfología que se pone al servicio del habitar y del hábitat.

En todos estos convincentes ejemplos podemos ver cómo la arquitectura es la *enacción* del esencial acto humano de habitar. Así concebida, la vivienda constituye una praxis de hacer el mundo habitable, en continuidad y no en oposición a él. Igualmente, verificamos que el verdadero habitar siempre se da en un mundo particular; tan diferentes son las viviendas misaks y wayúus como lo son estas en relación con las viviendas campesinas, así todas evidencien una interrelación compleja entre vivienda, cultura y territorio. Podemos decir que, para estos pueblos, habitar es parte fundamental de la estrategia comunalizante para vivir y, por lo tanto, un acto político. Nos recuerda que vivimos en y de la tierra, la *pacha*, aunque los modernos parecemos no saberlo ya. Todo este complejo entramado entre vivienda y mundo está ausente en las casas o los apartamentos-contenedores que se han convertido en la norma en las grandes urbes, donde la vivienda se reduce a ser un espacio inerte en el cual podemos rodearnos de objetos que nos den un mayor o menor grado de bienestar.

Los grupos subalternos, especialmente las comunidades étnicas, intentan mantener este balance entre vivienda, sociedad local y cosmos cuando son desplazados de sus entornos habituales. Tal es el caso de la vivienda popular en ciudades como Buenaventura, Mocoa y Tumaco, tratado en los capítulos de la sección sobre arquitectura urbana. En estos casos, se da una articulación entre dinámicas espaciales, sociales, económicas y culturales dentro de un trasfondo histórico complejo que vincula conocimientos y experiencias ancestrales afro o indígenas con nuevos contextos y desplazamientos. La aldea tradicional no desaparece del todo en los asentamientos urbanos espontáneos; esto es desconocido por programas estatales de reubicación, con resultados repetidamente desastrosos. En buena medida, los asentamientos espontáneos son instancias de autonomía y autogestión. Todo esto apunta a un problema crucial en la urbanística del sur global, como bien lo anuncia el capítulo sobre Buenaventura escrito por Diego Carrejo Murillo: la coexistencia “de una *ciudad pensada* y una *ciudad de hecho* cada vez más grande, desarrollada con el esfuerzo propio de sus habitantes para solucionar su vivienda” (301). Estos casos ponen en evidencia la vigencia de un “urbanismo popular”, y confirman con creces que la ciudad la re/crean los pobladores. A pesar de la precariedad ambiental y de servicios, las viviendas populares van creciendo y se convierten en manzanas, vías, barrios, en tejido habitacional material y social. Constituyen un tejido siempre cambiante, pues, por ejemplo, la vivienda palafítica en madera va trasegando hacia la construcción en material, aunque no siempre con los mejores resultados, a medida

que el ladrillo y el concreto ocupan cada vez más espacio, y bloquean espacios naturales y desplazan morfologías más adaptadas al entorno.

Los casos de Mocoa y Tumaco, presentados por Lina María Sánchez Steiner y Armando Rosero García, dan lugar a la elaboración del interesante concepto de *ciudad refugio*. Es esta una noción espacio-temporal sofisticada de las dinámicas territoriales y sociales de los asentamientos populares y las transformaciones físicas y espaciales, tanto rural-urbanas como intraurbanas, que resultan en la formación de barrios con mayor o menor grado de precariedad o consolidación, y con novedosas formas étnico-territoriales y agrourbanas de organización, incluyendo la filigrana anfibia para el caso de Tumaco. Estos procesos de poblamiento son sin duda contradictorios y conflictivos, pues resultan del profundo efecto del “destierro rural” y del desplazamiento forzado causado por megaproyectos de desarrollo, el extractivismo, el conflicto armado y la expansión de cultivos ilícitos, que tienen un efecto notorio en la conformación de ciudades intermedias, como estos dos significativos casos lo ejemplifican.

Las tendencias más recientes en los estudios urbanos dan buena cuenta de la *ciudad de hecho*. En las grandes ciudades del sur global, la *agentividad* popular es inocultable. Estos enfoques son decididamente etnográficos, y privilegian la mentalidad y las prácticas de los habitantes, sus historias y narrativas, a través de las cuales encuentran alternativas reales de vida (véanse por ejemplo los trabajos de Abdou Malik Simone y Ash Amin). Estas tendencias también aducen que las políticas urbanas diseñadas a partir de una comprensión renovada de esta complejidad urbana deben

tomar las dinámicas “desde abajo” como punto de partida. No obstante, la arquitectura, el diseño urbano y el ordenamiento territorial son contradictorios, o incluso cómplices, de las agendas de los Gobiernos y de la especulación del espacio urbano promovida y aprovechada por los carteles de la construcción.

Encontramos algunas de estas dinámicas en los dos últimos capítulos, enfocados en Cali y Medellín. El estudio de Nelson Iván Erazo sobre los barrios pericentrales de Cali analiza de forma vívida los procesos de autoconstrucción, incluyendo un aprendizaje técnico-social sobre la marcha por parte de los pobladores, en tanto individuos y colectivo, que permite a los barrios ir construyendo formas efectivas de sociabilidad. Las acciones autoproducidas se refieren tanto a las actividades constructivas propiamente dichas (p. ej., la pavimentación de las calles) como a la consolidación de la organización social y de actividades económicas. A partir de la casa soñada, estos autores encuentran en estos casos una “poética de la vivienda” que “sugiere necesariamente una transformación epistemológica desde abajo, que subvierte el *ethos modernizador* y sus prácticas homogeneizantes” (430).

La mención del *ethos modernizador* me da pie para un comentario final. Me refiero al naturalizado modelo urbanístico de las clases medias que he mencionado de paso, y que poco a poco ha colonizado el espacio imaginativo de la función de habitar, y ha dado lugar a una verdadera ocupación ontológica y física de los territorios urbanos. Las urbanizaciones en serie de vivienda funcional —minúsculos “paneles” de vivienda familiar para las familias de bajos ingresos— han ido cobrando

una fuerza inusitada a partir de la consolidación progresiva del imaginario neoliberal generado por y para las clases pudientes. Se trata de viviendas “de una poética rebajada” (430), apto término con que las caracteriza Gilberto Arango Escobar en el último capítulo sobre Medellín, que empobrecen semántica y culturalmente las prácticas de habitar. Con su carácter profundamente *descomunizante*, individualista, consumista y antiecológico, este modelo de la clase media constituye un antihabitar. Casi que podríamos afirmar que el problema más importante del urbanismo contemporáneo en ciudades como Cali no son los distritos populares (sin ignorar ni descuidar su múltiple precarización y el racismo estructural que pende sobre ellos), sino el avance incólume de los barrios de clase media contra viento y marea, impulsados despiadadamente por los carteles de la construcción.

Tomados como un todo, los estudios considerados ponen de presente el carácter urgente del debate sobre la ciudad colombiana, y este valioso libro nos aporta elementos concretos y esenciales para abordar esta tarea y para reimaginar las ciudades colombianas del futuro. Por ejemplo, para el caso de Cali y las ciudades del Valle del Cauca, urge realizar un gran ejercicio de reimaginación de la región, a partir de nuevos inventarios meticulosos de formas vivas —flora, fauna, minerales, aguas, suelos, paisajes— hacia otra producción del espacio. ¿Qué distribuciones de vegetación, territorios, grupos humanos, tareas, vocaciones y profesiones producirían configuraciones más amables de espacios y lugares, territorios y ciudades? ¿Qué entramados saludables, cómodos y lúdicos de infraestructuras, ciudades, humanos y no-humanos podemos construir colectivamente?

Para abordar estas preguntas, y para concluir, regresemos por un momento al pensamiento de Harold Martínez Espinal. Para este arquitecto y diseñador, solo es posible recobrar la sabiduría del habitar

mediante *hábitos* colectivos, en ciudades donde lo urbano se fusiona como ente colectivo con su *hábitat* natural, que por esencia ya sabemos, es un ente colectivo. Ciudades donde los humanos solo podrán ser, como los demás seres vivientes, simplemente ocupantes de un suelo vivo al que le deben un *ethos* de reciprocidad y complementariedad y más específicamente, de *interacción asociativa*.²

El arquitecto encuentra pistas esperanzadoras en muchos movimientos sociales y ambientalistas de las últimas décadas para esta tarea, y descubre un potencial particular para América Latina: “Poco a poco, en los pueblos de América Latina y el Caribe, comienza a ser valorado y posicionado el profundo significado del *ser-al-estar-en* del mundo natural, como eje estructurador de la gran batalla de ideas que actualmente vive la humanidad”³.

Este planteamiento se podría constituir en una contrapropuesta para los “territorios proscritos” en los cuales los aparatos biopolíticos neoliberales intentan contener y gobernar a los empobrecidos, los desplazados, los indigentes, los migrantes, así como a las minorías étnicas y sexuales marginalizadas, con el único objetivo de crear condiciones

para la acumulación de capital y la seguridad para los poderosos a través de un orden espacial que hace imposible la convivencia humana y no humana. Algún día en el futuro, quizás quienes investiguen en historia y arqueología adelanten una extensa excavación de las ruinas dejadas por tantas instancias de la ciudad modernista, para leer en ellas los efectos de las guerras, del desplazamiento, de los conflictos ambientales, del cambio climático, en resumen, todo lo que ocurrió cuando los humanos estaban tan ocupados acumulando y consumiendo que no se dieron cuenta de que habían expulsado de la ciudad a la Tierra, al campo y a la mayoría de sus pobladores.

Agradezco grandemente a las editoras el haberme confiado la presentación de este libro. Me place sobremanera contribuir a entregar a las y los lectores este hermoso, interesante e importante volumen que nos habla del habitar, de la sociedad, de la vida y de los mundos que nos hemos ido construyendo. Nos conmina a renovar la pregunta: ¿son estos realmente los mundos en los cuales queremos vivir? ¿Nos permiten nuestras ciudades-mundo vivir vidas genuinamente dignas y deseables? El libro nos ilustra con erudición, lucidez y sentido político sobre casos paradigmáticos en los cuales el habitar es, o fue, social, cultural y ecológicamente envolvente. En resumidas cuentas, nos conmina a considerar seriamente que otro habitar —y, por ende, otro modo de existir— es posible, un habitar en el cual los humanos y los no humanos podamos coexistir de nuevo en el planeta en forma mutuamente enriquecedora.

2 Martínez, *Del hábito, al hábitat*, 22.

3 Martínez, *Del hábito, al hábitat*, 197.



Fotografía: Johnny Andrés Calderón Méndez

Arquitectura y urbanismo: manifestaciones espaciales del patrimonio cultural colombiano

Gilma Mosquera Torres y Ángela María Franco Calderón

Entre los elementos que constituyen el patrimonio cultural de una comunidad o grupo humano se encuentran los modos de habitar con sus respectivas formas de ocupación, organización y aprovechamiento del entorno natural, las tipologías arquitectónicas y las formas de construir. En este sentido, el territorio, la ciudad y las edificaciones se entienden como manifestaciones concretas y tangibles de unos valores culturales referidos a los modos de pensar el mundo material y espiritual, y de formas de producción y de relaciones sociales; factores o dimensiones que determinan prácticas y modalidades específicas de ocupación de espacios individuales y colectivos para dar respuesta a necesidades básicas de la sociedad.

En el presente libro, la relación entre arquitectura y cultura alude a hábitats humanos contruidos mediante distintos procesos históricos que van transformando las estructuras sociales, productivas y culturales. Así, la vivienda adquiere una connotación esencial en relación con la identidad cultural de las comunidades urbanas y rurales.

En la ciudad colombiana contemporánea están presentes diversos modelos urbanísticos y arquitectónicos que la sociedad ha adoptado desde el periodo colonial, unos vigentes

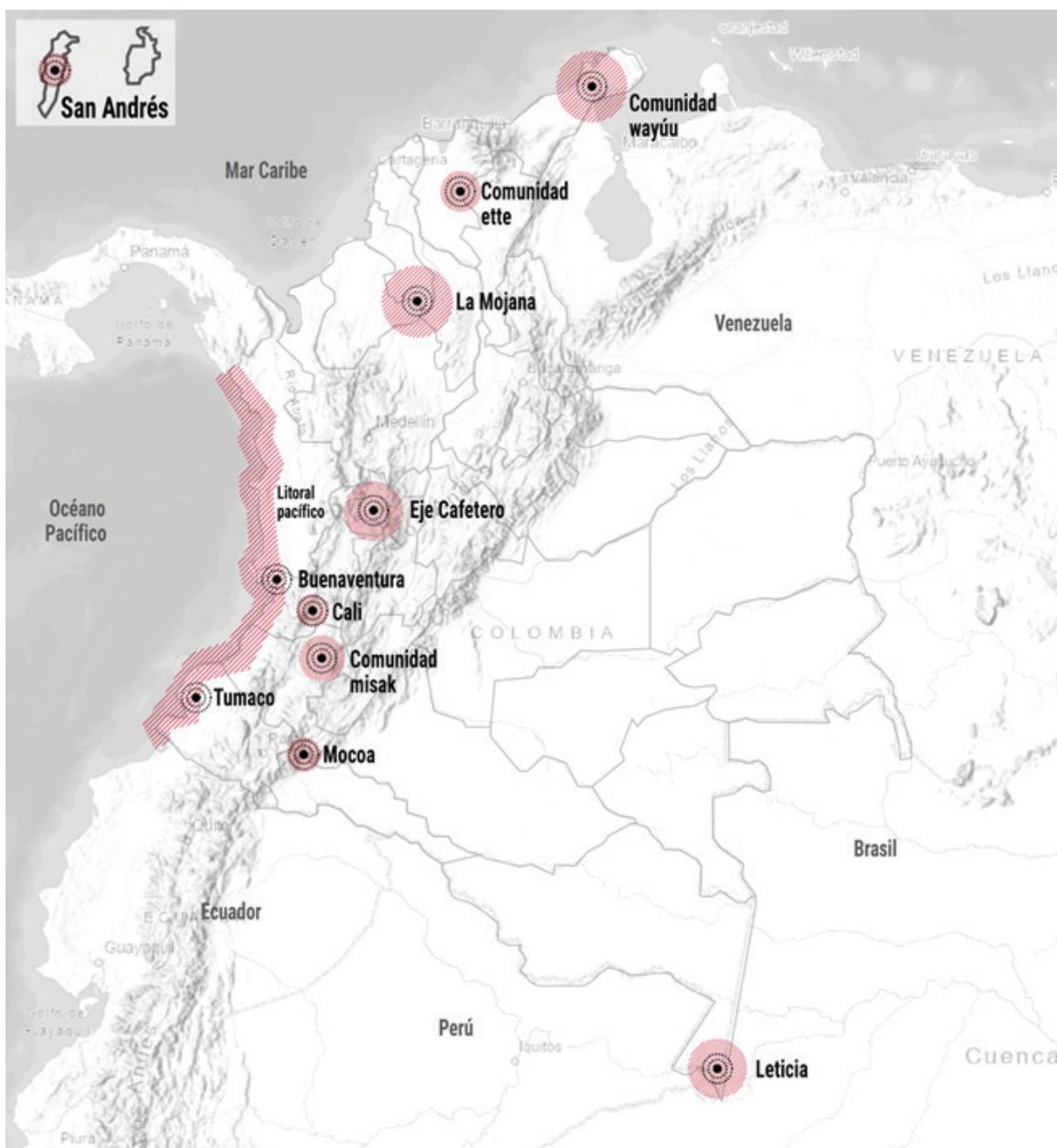


Panorámica de Cali.

Fuente: fotografía de Ángela María Calderón, 2019.

y otros en forma de huellas o testimonios. Lo mismo sucede en las áreas rurales, donde la vivienda campesina combina modelos y técnicas vernáculas con formas de construir modernas. En este contexto, como lo señala Arturo Escobar en el prólogo, se recoge aquí una serie de investigaciones que trascienden la descripción de los aspectos estéticos, simbólicos, morfológicos o técnico-constructivos, para enfocarse en perspectivas analíticas que explican características del hábitat y la vivienda como producción social y manifestación física de unos modos específicos de habitar, ordenar y construir el espacio en entornos rurales y urbanos.

El interés de las instituciones que participan en esta publicación es valorar y difundir la riqueza cultural y su expresión espacial y edificatoria a través de formas arquitectónicas y urbanísticas representativas de los estrechos vínculos existentes entre la vivienda y la cultura, en distintos ámbitos rurales y urbanos de las diversas regiones que integran el país. Se busca aportar un acervo de información fundamentada en el conocimiento de la arquitectura de la vivienda tradicional y contemporánea que sirva como base para la toma de decisiones de política pública y para el diseño de una vivienda social sostenible ambiental y culturalmente, tanto en las ciudades como en los contextos rurales.



Mapa 1. Localización de los casos de estudio.
Fuente: elaboración de las editoras.

TEMÁTICAS Y LUGARES

El presente libro está compuesto por tres partes que recogen doce experiencias investigativas sobre vivienda autóctona, vivienda tradicional y arquitectura urbana que, mediante el uso de diferentes enfoques analíticos, abordan el vínculo entre vivienda y cultura en diferentes regiones del país. Como se aprecia en el mapa, las investigaciones cubren la región Caribe (San Andrés, Alta Guajira, Sierra Nevada de Santa Marta y La Mojana), el litoral pacífico (aldeas costeras y ciudades como Buenaventura y Tumaco), la región cafetera (Caldas, Risaralda y Quindío), el suroccidente andino (norte del Cauca y el caso particular de Cali) y el Amazonas (Leticia y Mocoa).

La primera parte del libro presenta cinco casos emblemáticos que ilustran las persistencias y transformaciones de la arquitectura autóctona. El análisis sobre el pensamiento misak, aplicado a la arquitectura pubenense, introduce una perspectiva inexplorada sobre el significado del “tiempo-espacio y la medida” en la vivienda guambiana. En lo referente a los modos de habitar de los pueblos indígenas, el capítulo sobre el Amazonas indaga los cambios en la vivienda como producto de los procesos de transformación de las estructuras sociales de estas comunidades. Los tres casos que siguen en el orden del libro están concentrados en la región Caribe, en lugares con connotaciones geográficas y culturales diversas. En primer lugar, se presenta una reconstrucción de la imagen de las viviendas de la comunidad indígena ette, asentada en la Sierra Nevada de

Santa Marta, fundamentada en la concepción de la “casa como persona”. El segundo caso corresponde al análisis de la arquitectura y el urbanismo wayúu en la Alta Guajira, a partir del estudio socioespacial y cultural de la ranchería. Esta primera parte culmina con el análisis del hábitat anfibio en la ecorregión del Caribe rural, en la zona de humedales de La Mojana ubicada en la Depresión Momposina.

La segunda parte del libro explora la persistencia de elementos de la arquitectura tradicional y sus formas constructivas en tres regiones cultural y geográficamente muy distintas. La primera es la isla de San Andrés en el Caribe, donde existen formas tradicionales de habitar y construir la vivienda. A continuación se presentan los rasgos de la vivienda autóctona y tradicional del litoral pacífico, y se enfatizan sus transformaciones y persistencias bajo la influencia de formas modernas exógenas. El tercer caso corresponde a la vivienda campesina en la región cafetera. Estos tres capítulos presentan detalles sobre organización espacial, tipologías de vivienda, materiales y ornamentación, que siguen siendo utilizados de manera frecuente y han perdurado como expresiones materiales de la identidad cultural que se manifiesta en lenguajes arquitectónicos propios en cada región.

La tercera parte reúne cuatro estudios sobre la vivienda urbana en ciudades con contextos geográficos sociales y culturales diversos. En primer lugar, el capítulo sobre la *ciudad refugio* explica las transformaciones socioespaciales de Mocoa y Tumaco como municipios receptores de migrantes forzados por el conflicto armado. En

un contexto de adaptación de tradiciones rurales en el ámbito urbano, se presenta el caso de los asentamientos espontáneos de Buenaventura y su evolución espacial desde estados incipientes hasta alcanzar niveles altos de consolidación. Enfocado en un grupo de barrios tradicionales, el capítulo sobre el pericentro de Cali examina la dialéctica del lenguaje y la arquitectura urbana popular, haciendo énfasis en las formas de autoproducción social del hábitat y la vivienda. Esta parte del libro concluye con una reflexión sobre la poética de la vivienda que aborda la historia reciente y las transformaciones de la arquitectura y el urbanismo en las ciudades colombianas.

Los casos aquí presentados son testimonio de los rasgos tradicionales de la arquitectura y el

urbanismo característicos de cada lugar, mezclas de tipologías y materiales que combinan lo tradicional y lo moderno o cambios que rompen con lo tradicional para adoptar decididamente formas de construcción del hábitat que utilizan lenguajes y tipologías con una marcada influencia de modelos arquitectónicos, materiales y sistemas constructivos foráneos. En todo caso, el predominio de la estrecha relación que aún existe entre vivienda y cultura en las regiones analizadas muestra la riqueza y diversidad de un patrimonio tangible e intangible vinculado a la arquitectura y el urbanismo, representado en modos de habitar, formas de construir y en tipologías de vivienda adaptadas tanto al entorno natural como a sistemas socioculturales complejos.



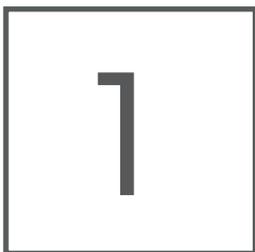
Parte 1

Arquitectura autóctona

Persistencias y transformaciones







Origen y arquitectura pubenense en el valle de Popayán

Johnny Andrés Calderón Méndez

El Imperio Confederado de los Pubenenses extendió sus dominios hasta más allá de San Agustín; tuvo por capital la gran ciudad de Pubén, único conglomerado urbano que encontraron los españoles en lo que es hoy territorio nacional.¹

El siguiente capítulo presenta elementos que estructuran el origen y el pensamiento misak o guambiano² aplicado en la arquitectura y la planificación territorial a través de la relación del tiempo-espacio y la medida, la cual vincula referentes estáticos o fijos como son las constelaciones y la orientación del sol, entre otros.

Escribir sobre arquitectura misak o guambiana implica retornar al pasado. Taita Abelino Dagua Hurtado afirmaba: “Para entender nuestro presente, debemos ir al origen del territorio, y de allí, iniciar las investigaciones y análisis”. De esta forma, el referente principal de la arquitectura está emparentado con el cacique Pubén, quien construyó la ciudad más grande en el valle de

1 Carlos Vergara Cerón, *Los pubenenses* (Popayán: Departamento del Cauca, 1958).

2 *Misak* o guambiano es la forma como se define a la población indígena ubicada en el departamento del Cauca, al suroccidente de Colombia.

Popayán la cual, aun hoy, sigue aportando principios morfológicos y tipológicos³.

La necesidad de profundizar en la civilización pubenense obedece a los siguientes aspectos:

- Aún se desconoce la circunstancia que llevó a la gente antigua o *pishua* a construir dos ciudades sobre ciénagas gigantes; en especial, la ciudad de Malvaza y la de Pubén, en el departamento del Cauca.
- El libro *La gente de Guambía* de Ronald A. Schwarz explica que la memoria de la confederación pubenense o guambiana-conuoco debe ser integrada a la historia de Colombia⁴.
- La academia deslegitima la civilización del cacique Pubén, latente en obras como el libro de Hermann Trimborn *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*, que categoriza a los pubenenses como una baja cultura o como bárbaros. En las descripciones, el autor concluye, pese a su desestima, que están en un “proceso de transición

a Estado”⁵, “reino”⁶ y “señorío”⁷, gracias al gobierno “en unidad” de los caciques Payán y Calambás.

- La necesidad de resaltar la importancia que tienen la estatuaria en piedra y los entierros funerarios en la tradición oral y las toponimias pubenenses.
- Evidenciar que la medida y el conteo en el mundo pubenense están basados en las dos manos, como lo explica taita Julio Tumiñá al referirse a taita Abelino Dagua Hurtado: “El mayor decía que actualmente solo contamos y medimos con la mano derecha, con solo cinco dedos, ese es el problema de la matemática actual”⁸. De allí la necesidad de incluir la mano izquierda con los cinco dedos para formar el par o la unidad, mediante el lenguaje natural o petroglifos.
- Mostrar el papel fundamental de las constelaciones Orión y Cruz del Sur como referentes aplicados en la arquitectura, los tallados y las actividades cotidianas realizadas por los pubenenses.

3 El siguiente escrito está basado en la historia oral “La gran ciudad de Pubén”, de la ponencia “La medida en el mundo pubenense” presentada en el Segundo Coloquio de Abordajes Teóricos y Metodológicos en lo Socioespacial y Territorial, realizado del 5 al 8 de noviembre de 2019 en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Ciudad de México.

4 Ronald A. Schwarz, *La gente de Guambía: continuidad y cambio entre los misak de Colombia* (Popayán: Universidad del Cauca, 2018).

5 Hermann Trimborn, *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca* (Cali: Universidad del Cauca; Universidad del Valle, 2005), 221.

6 Trimborn, *Señorío y barbarie*, 257.

7 Trimborn, *Señorío y barbarie*, 255.

8 Conversación con taita Manuel Julio Tumiñá, 10 de diciembre de 2018, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

- Reconstruir las principales casas y equipamientos de la ciudad de Pubén, mediante la tradición oral, crónicas y estudios arqueológicos.

El presente capítulo se estructura en cinco secciones. Primero se abordan el tiempo-espacio y la medida, y el origen del universo y el mundo pubenense. Posteriormente, se explica la medida utilizada por los conocedores del territorio⁹ y constructores de casas, y se exponen las formas de comprender el tiempo-espacio y la medida, junto al principio filosófico de “pensar siempre con el corazón”¹⁰. En tercer lugar, se analizan los asentamientos *pishau* mediante la descripción de la filosofía del espacio usada por la gente antigua para definir los patrones de asentamiento. La cuarta sección describe las ciudades de Malvazá y Pubén, a nivel urbanístico y arquitectónico. Finalmente, se concluye el escrito con una serie de reflexiones en las cuales se expone la medida de la constelación Orión.

9 Se refiere a los médicos tradicionales. A lo largo del documento se los mencionará como “los sabios o conocedores del territorio”.

10 Esta sección se fundamenta en Johnny Andrés Calderón Méndez, “*Nu Isuik-Nu Maramik: filosofía y política de la planificación territorial guambiana, resguardo indígena de Guambía, Colombia*” (tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018). Este capítulo desarrolla su contenido teórico y anexa figuras para mejorar su explicación.

TIEMPO-ESPACIO Y LA MEDIDA

Tiempo-espacio

En idioma propio o misak, se explica mediante el principio: “¡Mana kutre, Mana katik!” o “Desde siempre y por siempre”, que expresa el origen del mundo, universo e infinito; “el *Srø* significa ‘el origen y la claridad’¹¹ y el “*Srø-Srø*, ‘el principio de todo’¹². Ambos son el *tiempo-espacio* que debe dar vida a un infinito oscuro con la claridad o luz.

La claridad se produce por infinitos reflejos luminosos de siete colores que se apagan y encienden, tratando de expandirse. Estos se encuentran en reposo y comprimidos dentro de un rombo rodeado de doce colores, seis hacia atrás y seis hacia delante; cada conjunto de seis colores se alimenta de un séptimo, el color violeta de las dos luces ya frías que rodean la luz del centro (figura 1).

El origen inicia con una sobreacumulación de energía en el punto central de color blanco rodeado de dos luces de color naranja. En tiempos pasados, las dos luces se tocan y se expanden en forma de dos arcos, uno hacia adelante y otro hacia atrás; el primer arco forma doce estrellas divididas en dos constelaciones; cinco en la Cruz del Sur y siete en la constelación Orión. El segundo arco, con la ayuda del primero, da origen al mundo misak (figura 2).

11 Bárbara Muelas Hurtado, “Relación tiempo-espacio en el pensamiento guambiano” (tesis de maestría, Universidad del Valle, Cali, 1993), 47.

12 Muelas, “Relación tiempo-espacio”, 52.

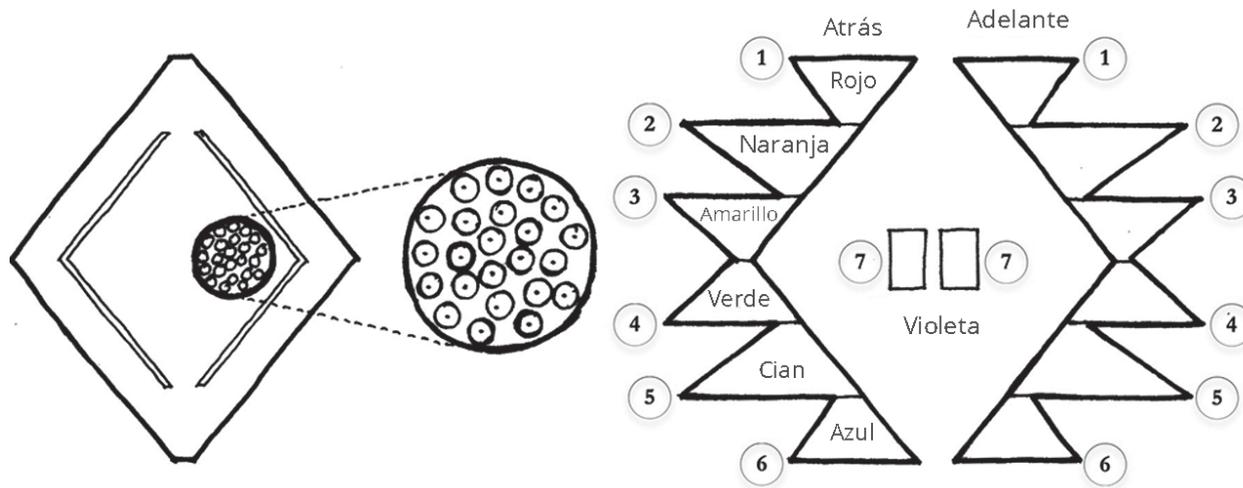


Figura 1. Sre, la claridad. Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

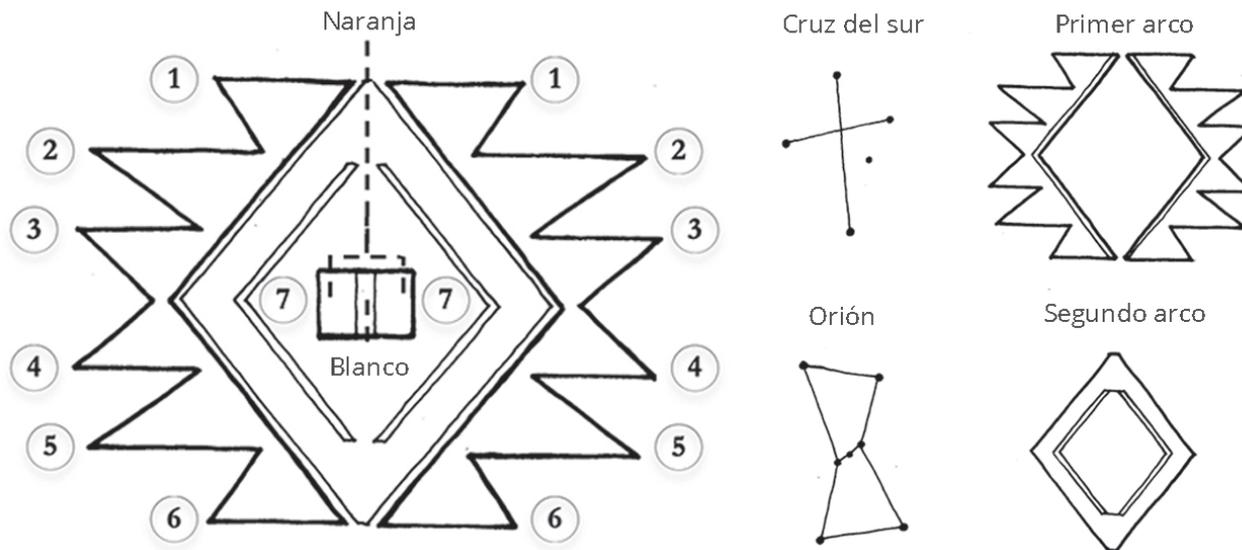


Figura 2. El origen de las dos constelaciones: Cruz del Sur y Orión
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

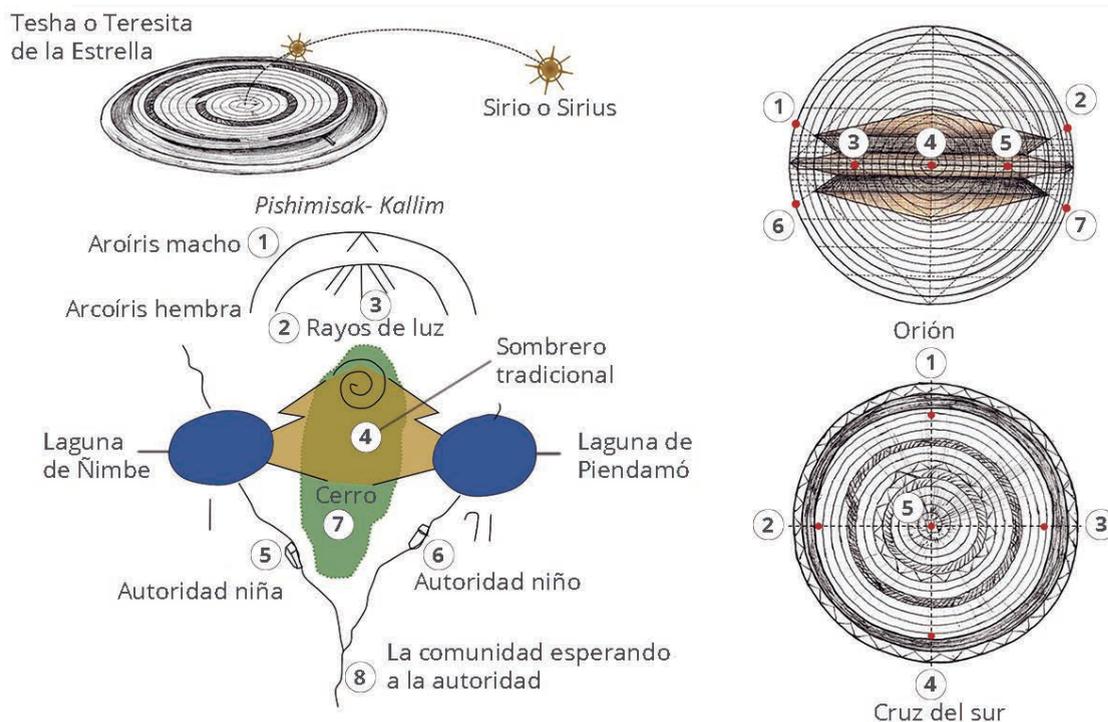


Figura 3. El origen del mundo

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Sobre el origen del mundo, los mayores explican que una estrella venida de Sirio cayó en el mundo con forma del *tampal kuari* o “sombrero propio”. En ese tiempo la gente tuvo mucho miedo debido al cambio del clima; hubo siete años de invierno. La que llegó es Teresita de la Estrella¹³. Teresita o Tesha Orión se encarga de enseñar los conocimientos del universo a la gente misak o guambiana.

En el origen de la gente misak, el *tampal kuari* se asienta sobre las dos lagunas y el arcoírís une la laguna de Ñimbe con la de Piendamó, separadas por un cerro. El *tampal kuari* también genera una sombra o reflejo invertido, y forma un caracol con dos puntos de origen en las crestas, uno arriba y otro abajo. Si unimos los vértices del *tampal kuari* mediante proyecciones, en el alzado aparecen siete estrellas y el cinturón de Orión o Tesha, y en la vista en planta aparecen cinco estrellas o la Cruz del Sur (figura 3).

13 Abelino Dagua, Misael Aranda y Luis Guillermo Vasco, *Guambianos: hijos del arcoírís y del agua* (Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura; Fundación Alejandro Ángel Escobar; Los Cuatro Elementos; Cerec, 2015), 196-198.

La medida

Es la forma como el hombre ayuda al tiempo-espacio a dar claridad a lo oscuro del universo mediante la construcción de espacios que potencien la vida de los siete colores o del agua; en este caso, la vida del *arcoíris*. Con este propósito, la gente antigua se basó en las constelaciones Cruz del Sur y Orión para elaborar los diferentes

elementos que podemos ver en nuestra vida cotidiana: vestidos, casas, puentes, casas principales, danzas como el baile de la chucha, entre otros. La combinación de las dos constelaciones por medio de adiciones, sumas y asociaciones genera cantidades distribuidas numéricamente de a diez o en la unión de las dos manos (figura 4).

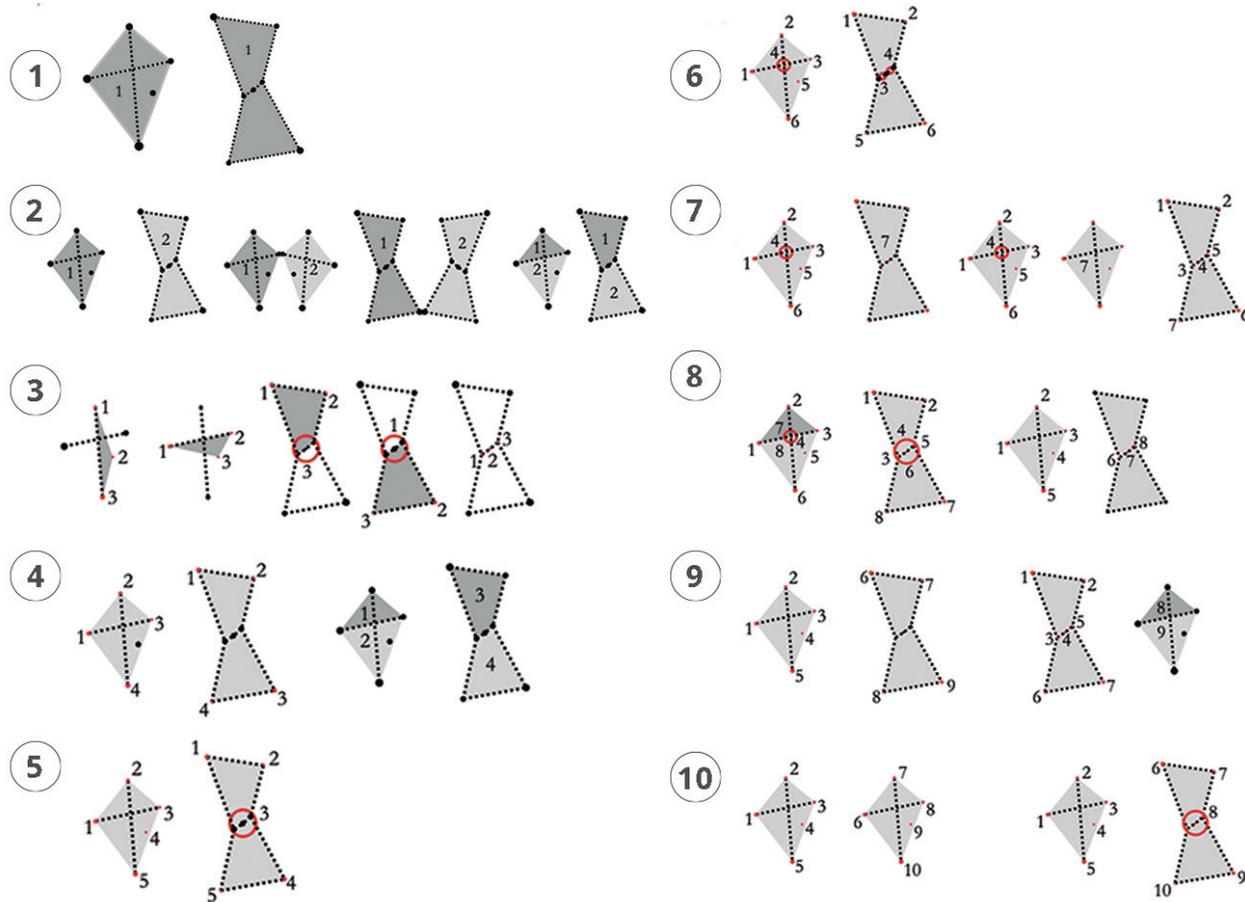


Figura 4. Combinaciones entre las constelaciones Cruz del Sur y Orión

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Con el cuerpo humano también se hacen asociaciones: el 5 son los cinco dedos; el 10 es la suma de los dedos de las dos manos; y el 7 es la suma de cinco dedos más los dos pies. Esta última agrupación corresponde a la constelación Orión, utilizada en el quehacer constructivo; por ejemplo, cuando se pisa el barro para empañetar los muros en bahareque (figura 5).

Las dos constelaciones, los diez dedos de las manos y los dos pies permiten que el tiempo-espacio más la medida sean iguales a la vida o la existencia del territorio; de esta manera, a las constelaciones Cruz del Sur y Orión se les suma el caracol en el cielo o la Vía Láctea, la cual tiene que ver con el infinito y el oso andino. Este último enseñó a los *pishau* o "gente antigua" a construir sus casas y ciudades bajo principios de protección y cuidado a los seres del agua (figura 6).

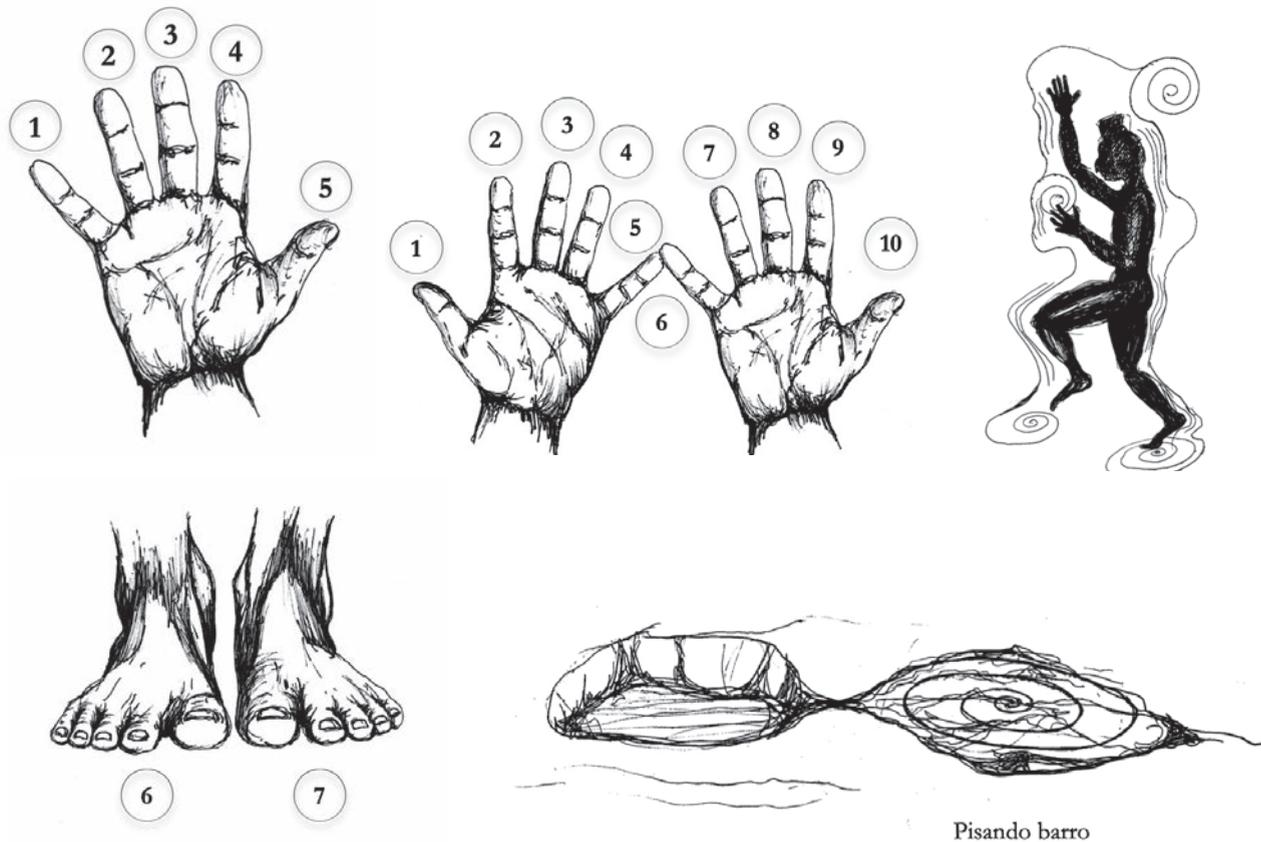


Figura 5. Asociaciones entre las manos y los pies

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2011.

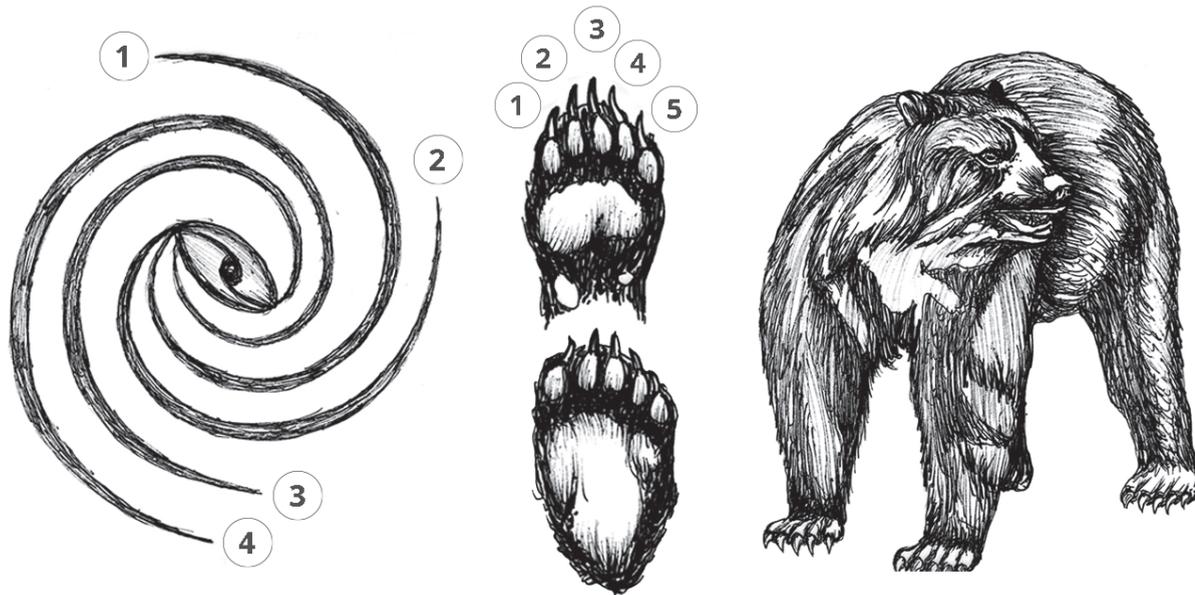


Figura 6. El caracol en el cielo o Vía Láctea y oso andino

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

LA MEDIDA UTILIZADA POR LOS CONOCEDORES DEL TERRITORIO Y CONSTRUCTORES DE CASAS

El *pensamiento* y el *corazón* son los referentes puntuales para definir la medida con la que trabajan los conocedores del territorio y constructores de casas, la cual difiere de la medida del sistema métrico decimal (m) y de las partes del cuerpo

humano (pulgada, pie, cuarta, etc.). De esta forma, en el pensamiento están las acciones inmediatas que hacemos o recordamos, lo que se va a hacer, lo nuevo; y en el corazón, se recoge la memoria que se despliega hacia hechos pasados y vividos, lo que se hizo; es decir, donde está el conocimiento de los antiguos.

Hay un principio en idioma propio, *mantre-tøka isumik* y se traduce en: “debemos pensar siempre con el corazón”, en el cual “la medida y la distancia entre el pensamiento y corazón es la que define las acciones del indígena misak y los seres del territorio, vinculados con la filosofía y política; es decir, el *nu isuik* o pensamiento

mayor¹⁴. El pensamiento y el corazón están en el territorio y tienen la forma de un misak con un punto luminoso en la frente: “la luna o el sol”. De allí salen dos caracoles a modo de los churos o rizos “que tienen las plantas de los mejicanos o calabazas” y se conectan con la parte posterior del corazón, el cual se funde en el territorio y las montañas. Son dos caracoles transparentes que hacen un redondeo, uno sube, el otro baja y en la parte media se ensanchan (figura 7).

El caracol es una proporción que define las distancias y cantidades usadas en las actividades cotidianas del misak; por ejemplo, cuando se construye la casa a partir del sentido del conocedor del territorio, este ubica el fogón en el plan, calcula la distancia a las cuatro columnas y, a partir de estas, define la altura de los muros y el techo. Todos los *seres del territorio*¹⁵ participan aportando una lógica espacio-temporal en el emplazamiento de la casa para no interferir en la vida de los seres que están a su alrededor, incluyendo los que tienen comunicación directa con el otro mundo o tiempo-espacio.

Con el principio de pensar siempre con el corazón se explica la lógica de las dos manos. La primera, la mano izquierda, tiene que ver con aquello que no se ve, lo que está en el pensamiento. Un ejemplo es el tiempo-espacio; mama Bárbara Muelas, en su tesis “Relación tiempo-espacio en el pensamiento guambiano”, lo explica desde el campo lingüístico. Este, con base en las

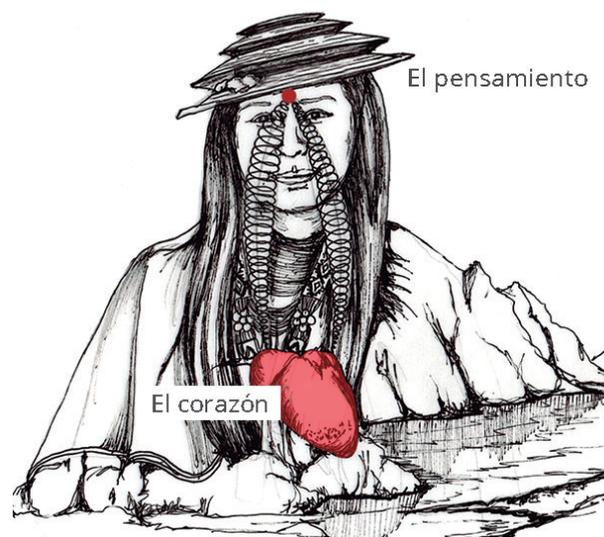


Figura 7. Pensar siempre con el corazón

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

relecturas, se puede analizar mediante cinco cantidades: la unidad o el *kan* (1) es el mundo; y como yo estoy ubicado en el mundo en relación con el infinito o *munasrø*, da cabida al *møy* “ahora” y al *yu* “aquí”. De este nodo central se despliega el *pa* (2), par o la pareja que destaca al *wentø srø*, “tiempo no pasado y al espacio de atrás”, y al *metrap srø*, “tiempo pasado y espacio adelante”. El *pøn* (3) se configura con el *kansrø* o el “otro mundo”, ya que con el pasado no conocido y el conocido, y el yo al estar en el aquí y en el presente o *møy srø*, vivo el tiempo-espacio del *kan* (1) que me da la certeza de que “pendo de un hilo invisible con el otro mundo, es decir con el *Kansrø*”¹⁶. El *pip* (4) son los cuatro arcos que se despliegan al

14 Conversación con shura Jacinta Calambás, 15 de enero de 2010, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

15 Son los fenómenos físicos y naturales del territorio, entendidos como gente con la que se convive en los dos tiempos-espacios.

16 Muelas, “Relación tiempo-espacio”, 81.

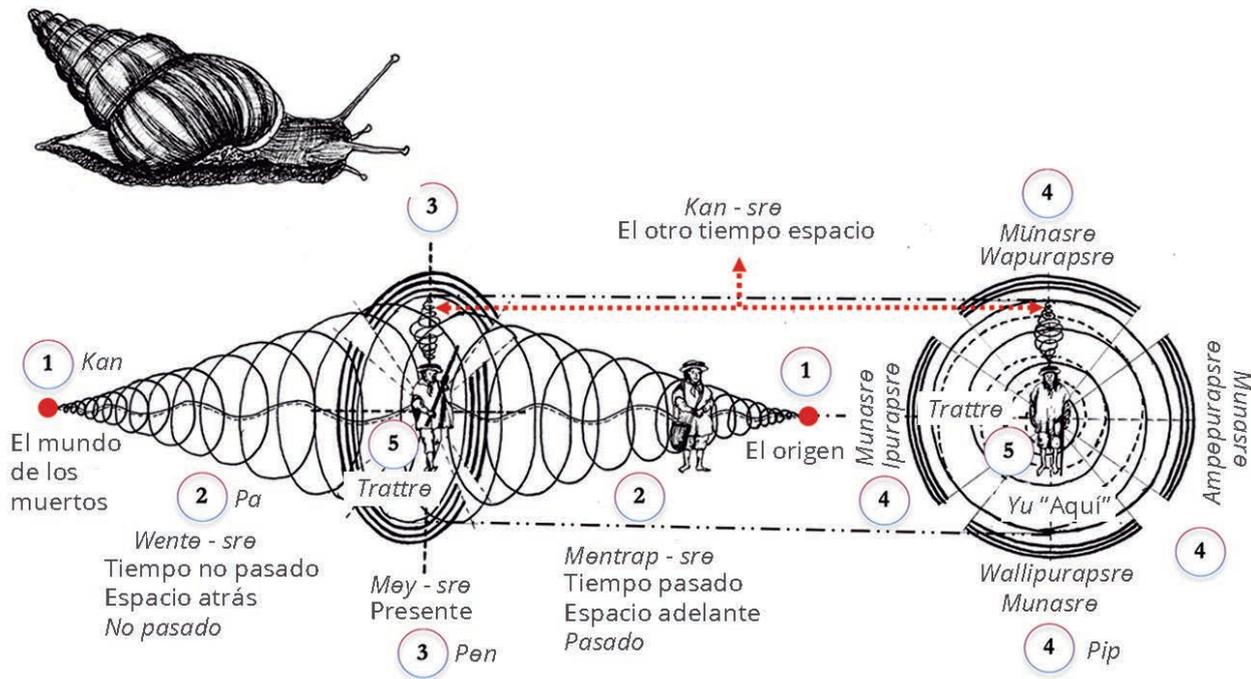


Figura 8. El caracol y la relación del tiempo-espacio

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2018.

infinito en cuatro direcciones: *wapurapsre*, “arriba”; *ampepurapsre*, “derecha”; *wallipurapsre*, “abajo”, e *ipurapsre* “izquierda”, y forman un redondeo que se mueve en el tiempo-espacio circular infinito llamado *munasre*. El *trattre* (5) nuevamente se regresa al *kan* (1), cuando los cuatro arcos se encogen en el punto central donde están el territorio, la laguna, la casa y el fogón (figura 8).

La segunda, la mano derecha, se relaciona con aquello que podemos ver, el aspecto físico del territorio, con lo que ya salió del pensamiento. Un ejemplo es el quinto mundo explicado por

taita Julio Tumiñá: el primer mundo es lo natural, agua y tierra; el segundo mundo son las plantas, los minerales, entre otros; el tercer mundo es la vida de los seres del territorio; el cuarto mundo es el *wam* o el pensamiento de los seres del territorio; y el quinto mundo es *wampia* o el conocimiento del mundo¹⁷.

¹⁷ Johnny Calderón, Antonio Hurtado y Danny Tumiñá, *Crianza del territorio misak*. Programa Ambiente y Territorio Misak (Guambía: Cabildo Indígena de Guambía, Colombia, 2011).

Dentro del lenguaje natural explicado por el taita Abelino Dagua Hurtado y taita Julio Tumiñá, el quinto mundo está determinado por cinco ciencias que vinculan la vida de dos ríos y tres cordilleras. Estos son el macizo andino y el origen del mundo misak, a partir de los ríos Cauca y Magdalena, y las cordilleras Occidental, Central y Oriental. Pero esta relación pasa al otro mundo, el *kansrø*, y en él el tiempo-espacio es indeterminado, lo cual se entiende con la siguiente explicación: “El fogón tiene su ubicación que trasciende el tiempo-espacio y llega al otro mundo donde los seres que vivieron con nosotros poseen las mismas características afectivas, pero algo cambia y es su materialidad, aquí el cuerpo es diferente, a pesar de que se sienta hambre, dolor, sueño, entre otros; el cuerpo está fundido en el tiempo-espacio”¹⁸ (figura 9).

Las cinco formas de vivir¹⁹, colgado, pendido, acostado, parado y andando, son relativas porque

el cuerpo o la sombra son muy rápidas y se mueven a velocidades que se funden en ese tiempo-espacio; solo el cariño y la simpatía hacen que nos podamos comunicar o convivir con los que están allá, cuando pasemos a ese mundo, de resto es imposible verlos y escucharlos.²⁰

18 Conversación con shura Jacinta Calambás, 31 de enero de 2011, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

19 En el idioma propio existen cinco formas posicionales que marcan la certeza de vida o existencia: “1. *esik-ik + wan*: vivir sentado, 2. *esik-ik + pasran*: vivir parado, 3. *esik-ik + mekan*: vivir colgado, 4. *esik-ik + tsun*: vivir acostado, y 5. *esik-ik + unan*: vivir andando”. Muelas, “Relación tiempo-espacio”, 80.

20 Conversación con shura Jacinta Calambás, 15 de enero de 2011, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

Lo anterior da a entender que el conteo y la medición se encierran en sí mismos al abrirse al infinito y el pasado nos llega a los ojos, en un puente que vincula el tiempo-espacio (figura 10).

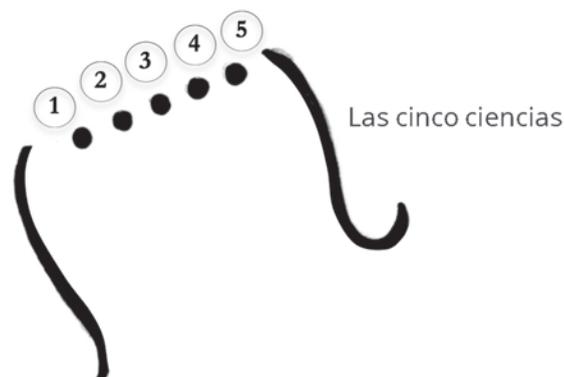


Figura 9. Las cinco ciencias

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.



Figura 10. La sombra en el otro mundo

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

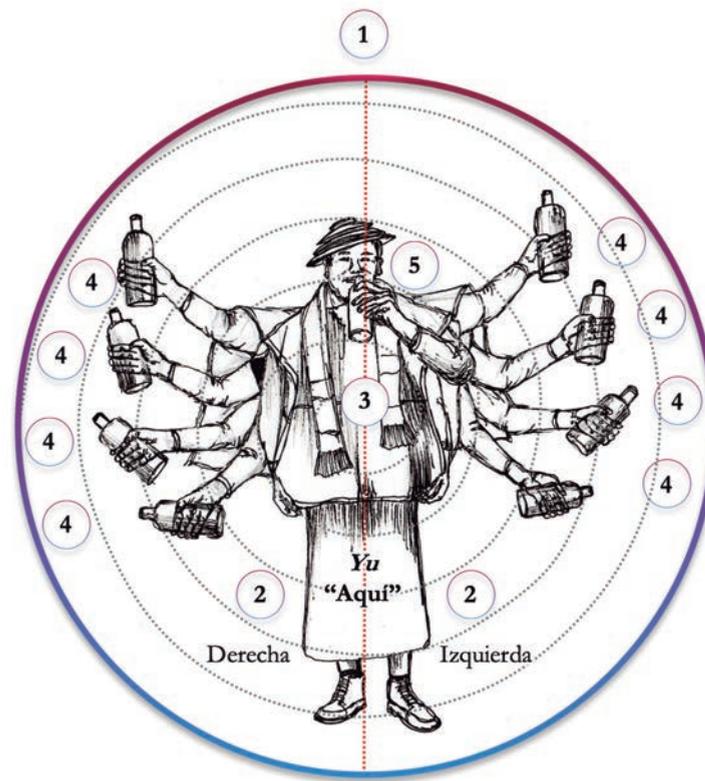


Figura 11. El conocedor del territorio o *médico tradicional*

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Es así como el conocedor del territorio se ubica en el centro del tiempo-espacio, que es el *kan* (1); enseguida define lo derecho y lo izquierdo, que es el *pa* (2); y, al estar ubicado en el aquí o en el ahora, da vida al *pən* (3); le sigue *pip* (4), al brindar cuatro plantas medicinales, cuatro veces a la derecha y cuatro a la izquierda; y cuando toma o bebe lo sobrante, o lo brinda y riega, retorna al *trattro* (5), o al punto central del adentro, que es el cuerpo del conocedor del territorio. Este último, basado en su sentido a partir de las señas,

visiones, sueños, entre otros, termina siendo la forma como actúan el pensamiento y el corazón en su cuerpo, en el cual la medida se da a partir de la proporción que cada ser guarda en su interior y le permite la vida o su existencia, ya sea como gente o territorio (figura 11).

A partir de la explicación anterior, los conocimientos aplicados por la gente y conocedores del territorio se resumen a través de los siguientes puntos:

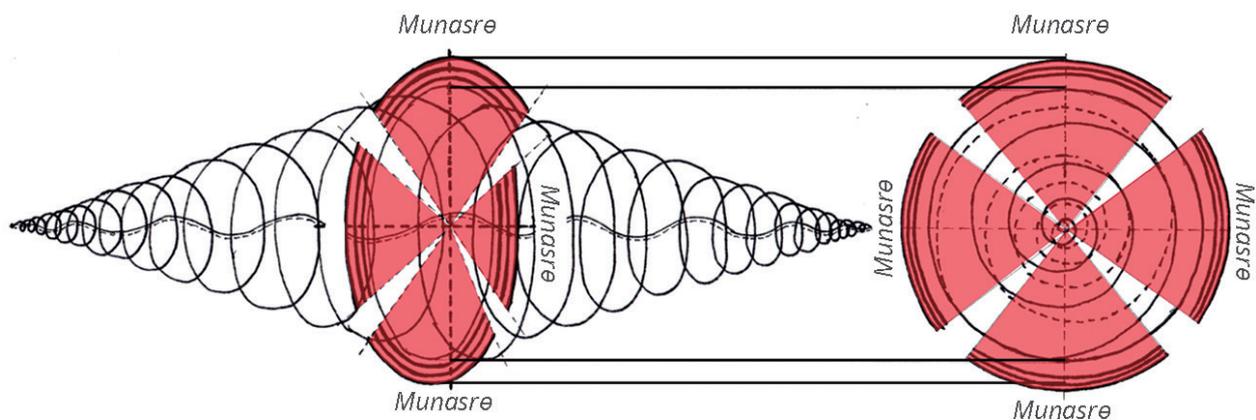


Figura 12. El caracol, vista lateral y frontal

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2020.

Análisis 1

Al observar la forma del caracol desglosado en sus dos vértices o puntos de articulación, en la parte del medio aparece una circunferencia hecha por cuatro arcos que poseen la misma forma en el plano frontal o en las dos dimensiones. La parte media entre los dos vértices es el tiempo-espacio donde está el infinito o *munasre*, el cual se expande de un vértice y se contrae en el segundo (figura 12).

Esto da a entender que seguimos un pasado que llega hasta el otro mundo y nuevamente se contrae en el otro mundo para retornar al mundo en que vivo o en el que estoy escribiendo; son dos dimensiones conectadas. De este modo, el

kan (1) es la totalidad de este mundo, incluyendo al otro mundo, el cual se expande o se contrae y da forma o vida al *pa* (2), que es el tiempo-espacio conocido y el tiempo-espacio no conocido, ya que los dos mundos, “el de los muertos y el nuestro”, son interdependientes para potenciar la vida de todo lo que existe. Es por eso que la gente misak, los seres del territorio como el aroírís, Patakalu, Sierpe, entre otros, están o se mueven entre dos mundos, como lo explica shura Jacinta Calambás: “La misma gente indígena están aquí y allá, porque su vida se mueve con las candelillas o con la candelilla que siempre acompaña desde que se nace, se muere y se regresa”²¹ (figura 13).

²¹ Conversación con shura Jacinta Calambás, 10 de marzo de 2018, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

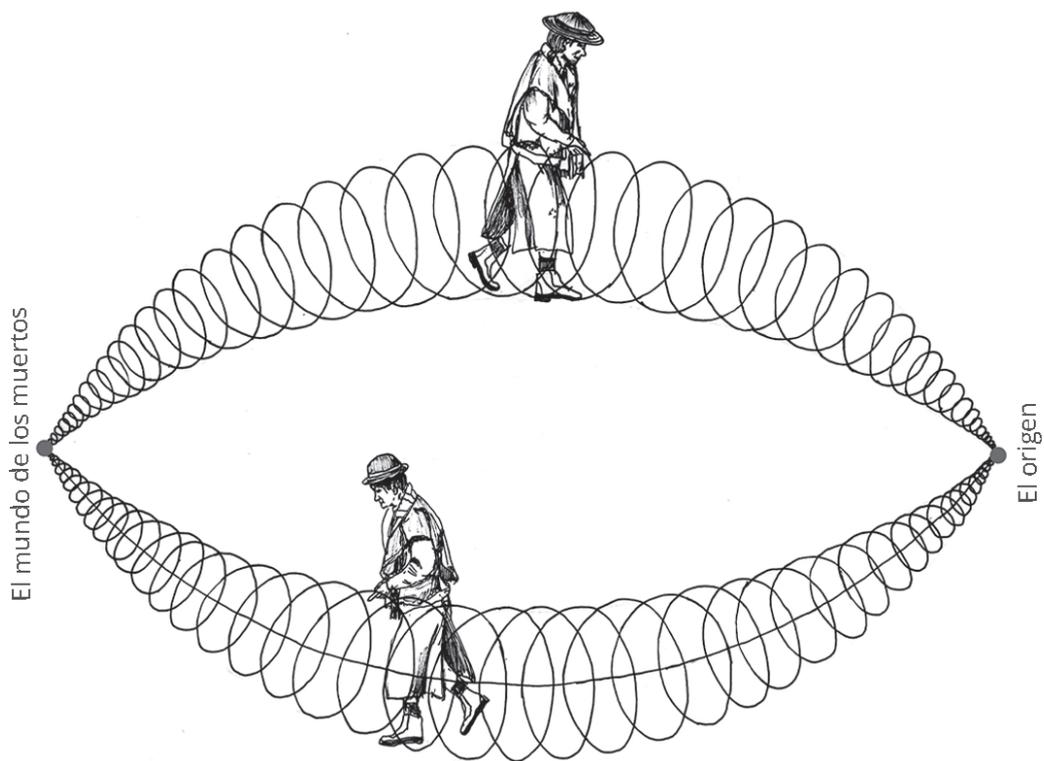


Figura 13. Las dos dimensiones y los dos tiempo-espacio

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

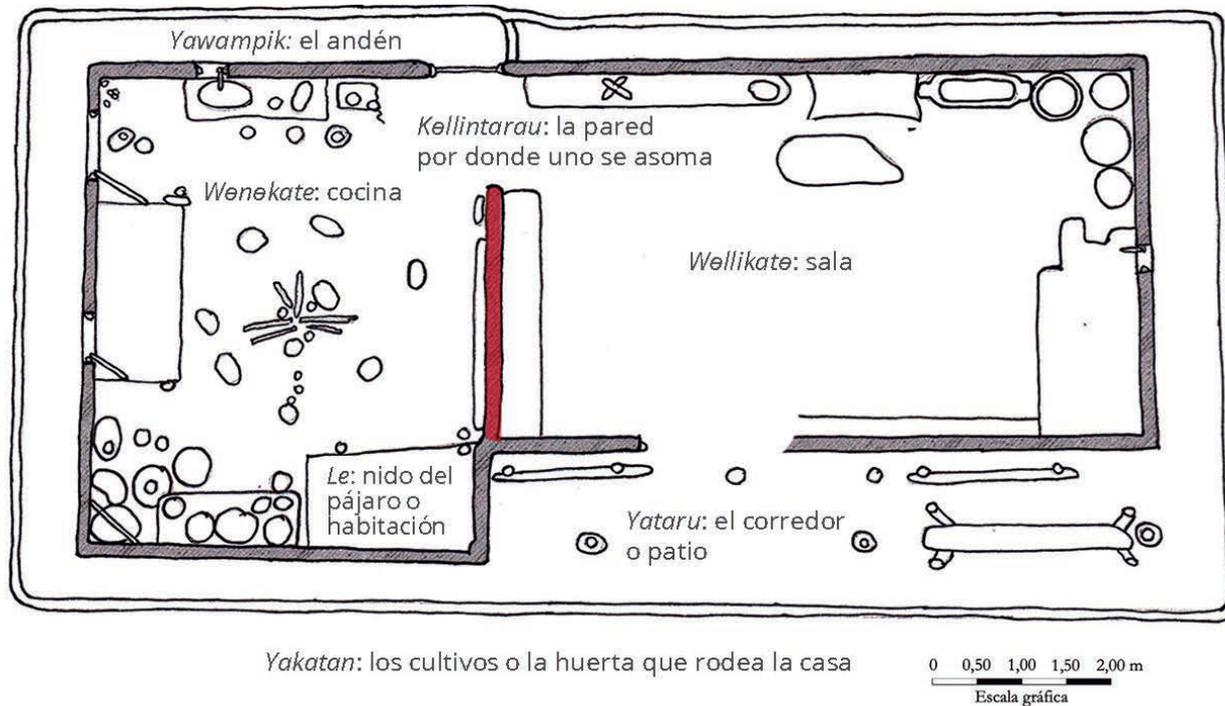
Lo anterior asegura regresar o retornar nuevamente en otra forma de vida en el tiempo-espacio o como tiempo-espacio. De allí que sea imposible destruir al indígena y a su mundo, porque este se constituye al destruirse; y mediante el sueño —“aprender mediante el dormir”— se asegura que el conocimiento indígena este yéndose y regresando. Este conocimiento también se aplica en el proceso del constructor de casas o *ya marepik misak wam* junto a los *purukupik*, “ayudantes del constructor”. Para ser constructor hay que ser

soñado, el *pishimisak*²² debe dar el don para lograr el *ya kusrup*, “levantar la casa”, teniendo en cuenta el *tsaperap* o la retribución a modo de agradecimiento a los seres del territorio por dejar construir la nueva casa. Esta retribución consiste en informar a cada ser del territorio, como al páramo, el viento, los ríos y las estrellas, entre otros, la llegada de un *misak* “casa” que tiene vida por sus materiales naturales.

²² Ser con cuerpo y pensamiento que condensa la vida del territorio.



Fotografía 1. Minga para construir una casa. Fuente: fotografía del autor, 2021.



Plano 1. La casa y el *kellintarau*

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

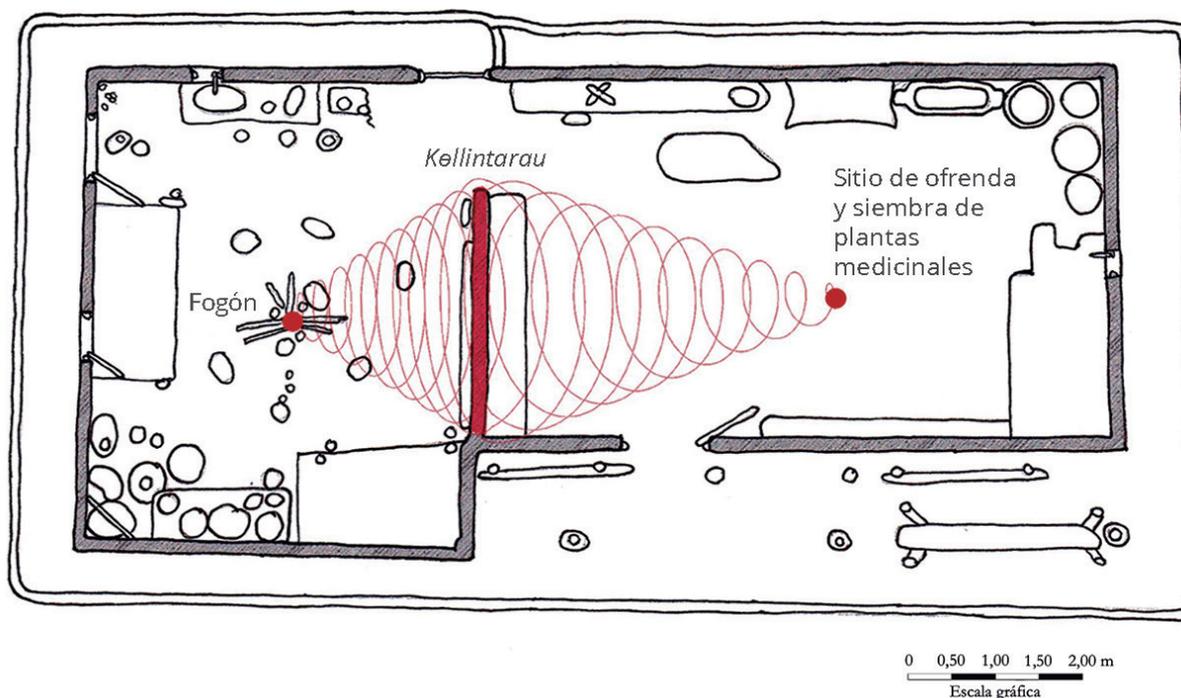
Cuando se inicia la construcción, los comuneros misak buscan a su familiar o conocido, al *ya marəpik*, “constructor de casas”, y se inicia el proceso del *sreya marəp*: “hacer la casa nueva”, mediante el *sraik ya*, “la casa tejida o el tejido de la casa”. La casa, al igual que todos los seres del territorio, tiene un punto de articulación llamado *kellintarau*, que es el espacio que comunica la sala con la cocina sin ser un límite, sino un espacio dentro de estos dos²³; es de-

cir, un punto de llegada transicional que no está ni dentro ni fuera. Desde allí se organiza la casa con el “*wenəkate* ‘cocina’, *Le* ‘nido del pájaro o la habitación’, *Kellintarau* ‘la pared por donde uno se asoma’, *Wellikate* ‘sala’, *Yatarau* ‘el corredor o patio’, *Yawampik* ‘el andén’ y *Yakatan* ‘los cultivos que rodean la casa’²⁴ (plano 1).

El *kellintarau* pasa a ser la parte media del tiempo-espacio, conectado a dos puntos de articulación de la casa: el fogón y el orificio en el

23 Conversación con taita Misael Aranda, 8 de agosto de 2014, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

24 Conversación con taita Julio Tumiñá, 19 de julio de 2017, resguardo indígena de Guambía, Colombia.



Plano 2. El *kellintarau* y el tiempo-espacio

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2020.

suelo, en medio de la sala donde se realizó el *tsaperap*, mediante el entierro de cuatro plantas medicinales (plano 2).

Cuando se analizan las partes de la casa, las toponimias dan certeza de que es un indígena misak con cuerpo y pensamiento, y tiene la misma relación en el tiempo-espacio al contar con:

Ya pale, "el plan de la casa o el ombligo que se abre"; *mantrø*, "el fogón o el corazón"; *pañak*, "la pared o las costillas"; *Iliktsik*, "la cuchilla de coronación o la columna vertebral"; *yamutak*, "los reyes, las correas o los

brazos"; *pu tsinsraik*, "el techo en paja, la capa o el cabello"; *yu møsik*, "remate final del techo o la coronilla de la cabeza"; *yakalu*, "la abertura en el techo por donde sale el humo o los oídos"; *yakap*, "los visores por donde miramos"; *yaskap*, "las puertas o los ojos"; *ya katsik*, "la cimentación en piedra o los pies"; *yapiuntsik*, "puentes, vigas o las clavículas"; *yakuarik*, "las columnas, pilares o piernas".²⁵

25 Conversación con mama Ana Graciela Tombé Tunubalá y taita Álvaro Tombé Tunubalá a partir de la traducción de la cartilla *Namui ya maramik*, 12 de abril de 2017, resguardo indígena de Guambía, Colombia.



Fotografía 2. Vivienda misak
Fuente: fotografía del autor, 2021.

Cuando la casa se termina de construir, “el médico tradicional debe hacer una limpieza, colocar dos macanas²⁶ amarradas en cruz en el techo, sembrar cuatro plantas medicinales en las esquinas de la cocina y una quinta, en el fogón o *nak*

26 Es una herramienta de tejido utilizada para golpear, separar e introducir los hilos o lanas entre las tramas y urdimbres apoyadas en el telar.

kuk”²⁷. Con las limpiezas y ofrecimientos es posible realizar el *chucha pailap*, “baile de la chucha”, o curar la casa para que haya abundancia y tranquilidad mediante la quema de la chucha. Finalmente, la casa, al ser un misak y cumplir su periodo de vida, debe morir; por esto se debe hacer el *ya pteichip*, “tumar la casa”, y dejar el plan vacío.

27 Conversación con taita Luis Felipe Muelas, 18 de mayo de 2013, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

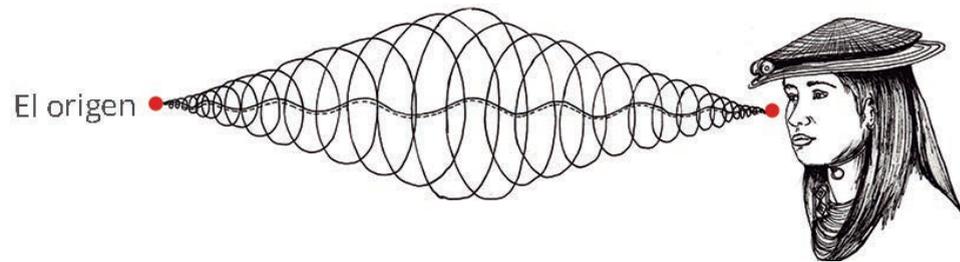


Figura 15. El tiempo-espacio en nuestros ojos

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Análisis 3

Si miramos de frente al caracol por el lado izquierdo indeterminado, el tiempo-espacio se abre a nuestros ojos; es el pasado conocido que se expande en el infinito y se empieza a comprimir para llegar al origen que también es conocido. Allí se despliega o se comprime, y regresa de nuevo a nuestros ojos; es el pasado conocido que se abre y se cierra en el vértice del lado derecho indeterminado. Finalmente, si me ubico en cualquiera de los dos vértices sucede la misma relación del tiempo-espacio, y se rompe la posibilidad de la existencia de un futuro o del futuro (figura 15).



Figura 16. Mutabilidad del conocedor del territorio con el tiempo-espacio

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Análisis 4

El conocedor del territorio es quien mejor comprende las medidas del tiempo-espacio y es normal que tenga mutabilidad con él. Su ser es la unión del pensamiento o idea con el cuerpo o lo físico y, cuando trabaja con sus señas (“sentidos”), estas tienen diferentes puntos de ubicación según la relación en su cuerpo: pueden ser bajas o altas en los músculos internos o menos

profundas o superficiales en la piel. Las señas se distribuyen de la planta del pie a la coronilla y hacen del conocedor del territorio un ser que sintetiza la relación del tiempo-espacio de manera visible a los ojos (figura 16).



Figura 17. Las diez cantidades o números en el lenguaje natural

Fuente: elaboración propia a partir de dibujos originales de taita Julio Tumiñá. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Análisis 5

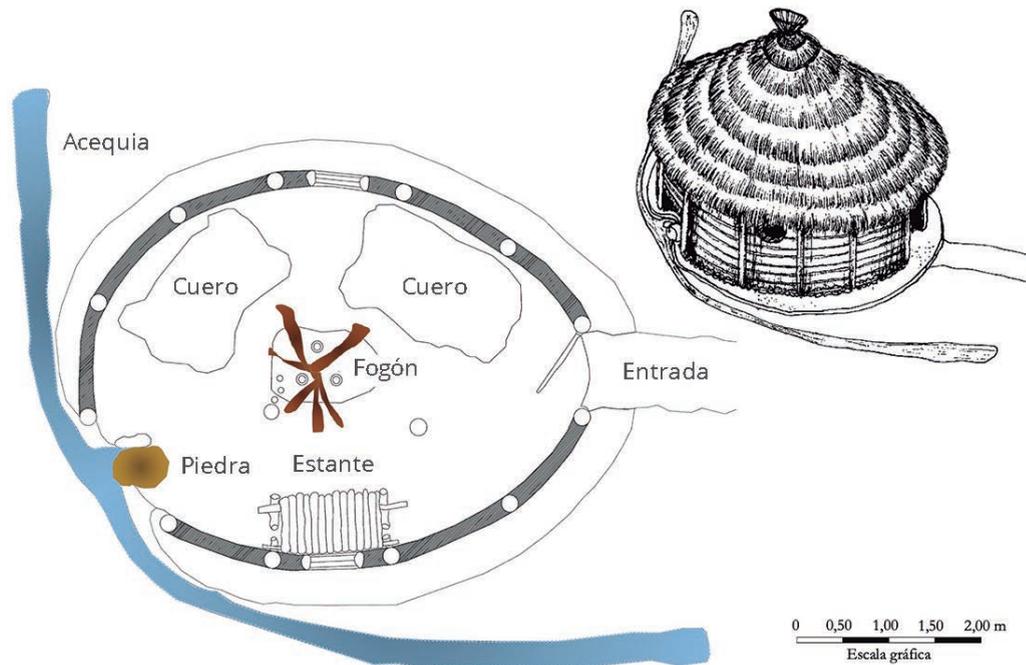
Taita Julio Tumiñá explica la existencia de diez cantidades o números en el lenguaje natural o toponimias, las cuales hacen referencia a las dos manos o a los diez dedos; todas convergen en *pishimisak* (“mujer”) y *kallim* (“hombre”), junto a *wam* o “lenguaje del territorio”, y en el deber y derecho mayor.

Las primeras cinco cantidades corresponden a “lo que no se ve”, es decir, al origen y preconcepción del territorio: *kan* (1), el bastón de autoridad; *pa* (2), la horqueta formada por los ríos macho y hembra; *pen* (3), el arcoíris macho, hembra e hijo; *pip* (4), el territorio con las cuatro plantas; y *trattre* (5), las cinco ciencias con las que llega el *nu misak*, “el recién nacido o la gente grande y sabia”.

Las segundas cinco cantidades son “lo que se ve”, lo que ha llegado al territorio: *ell* (6), las semillas de todo lo que existe; *taptri* (7), la autoridad de cada semilla del territorio; *tata* (8), la organización de cada elemento que existe; *srøl* (9), la raíz que sostiene el mundo para que no se mueva o se caiga; y *lusrø* (10), la equidad e igualdad en todo lo que existe.²⁸

Todas las cantidades parten del mundo, de los sitios de importancia o de origen, de la visión de a donde vamos a llegar, teniendo en cuenta los seres del agua, las candelillas o luciérnagas y la orientación de las estrellas. De esta forma, cuando se acaba el diez, todo regresa al centro donde están el *nu misak*, el oído, el feto y la planta del pie (figura 17).

²⁸ Conversación con taita Julio Tumiñá, 12 de febrero de 2019, resguardo indígena de Guambía, Colombia.



Plano 3. La casa de los antiguos pishau

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales.

Escala gráfica. Software: AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256].

Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

LOS ASENTAMIENTOS PISHAU

Las casas de los antiguos *pishau* o gente grande, “los que no comían sal”, se destacan por ser ovaladas, con el fogón en el centro y con una acequia que entra por la parte posterior del muro. Allí se colocaba una piedra donde se lavaba desde el interior de la casa en tiempos de páramos fuertes. La casa tiene un solo acceso y se implanta sobre las planadas o terraplenes siguiendo la forma de

los filos de los cerros. En las historias de origen se explica que el cacique Calambás enseñó esta forma de implantación al ver a los osos andinos descansar sobre sitios que no interfieren con el agua, ya sean ciénagas, ojos de agua, humedales, entre otros, porque allí habita un ser negro (plano 3).

Existe una toponimia de la casa o del *nu ya* explicada por taita Abelino Dagua Hurtado como “el infinito que no tiene fin”²⁹. Esto se observa cuando proyectamos sus cinco lados teniendo

²⁹ Conversación con Rosa María Montano, 16 de abril de 2017, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

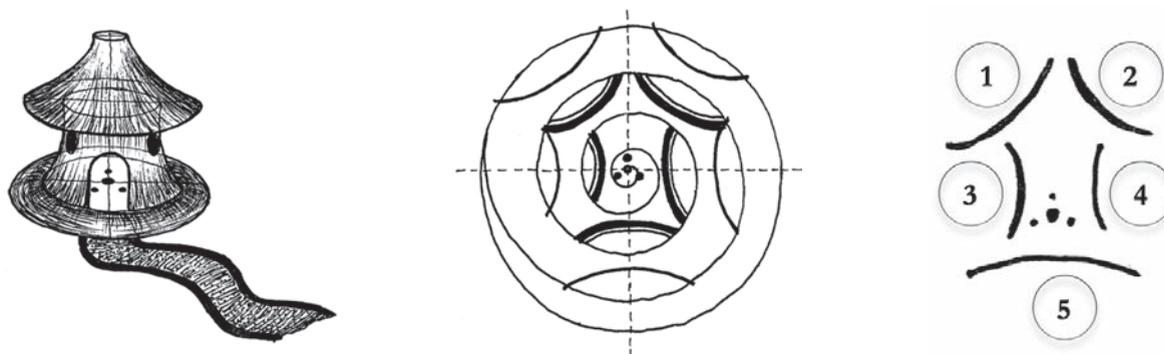


Figura 18. El infinito y la matemática en la casa antigua misak

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2018.

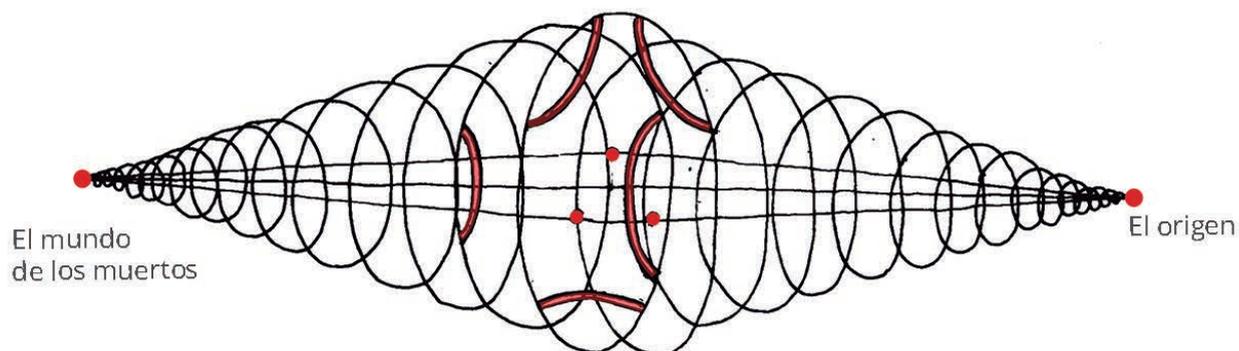


Figura 19. La casa siguiendo el camino del caracol

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

en cuenta su nodo central, el fogón. Lo anterior hace que la casa sea una construcción matemática basada en múltiplos de 5, ya que sus lados se expanden al infinito y se contraen nuevamente hacia su fogón o corazón (figura 18).

A nivel del tiempo-espacio, la casa sigue el camino del caracol, llega hasta el otro mundo y, de allí, al origen. La casa está en un permanente ir y regresar sin importar su condición física; taita Abelino Dagua

Hurtado expresaba: “No importa que la casa esté llena de hollín o que esté oscura, lo importante es que tenga el corazón alegre, ‘su fogón’” (figura 19).

Los *pishau* potenciaron la vida del territorio mediante la construcción de espacios más amplios como las ciudades, desde el Matseratum, “cerro de los Tres Jóvenes”, el cual pasa a ser el área de la planificación territorial y arquitectura de la gente antigua. Una historia habla sobre este sitio:

La mujer de taita Jesús se acordó de los tres jóvenes. El papá era Javier Morales y contó que en un tiempo hubo muchos años de verano y se secaron las lagunas del páramo. La única que quedó fue la de Pien-damó, como un barrial. Hasta allá tenían que ir por agua. Había tres jóvenes que siempre andaban juntos, bien formados, robustos y altos. Pensaron y uno dijo: yo quisiera volverme viento; otro dijo: yo quisiera ser tierra; el tercero dijo: yo no quiero ser viento ni tierra, sino que los tres nos hiciéramos piedra. Y el verano seguía y seguía durante catorce años. Fueron a buscar comida de bejuco en los páramos y hablaban de lo que querían. Y fueron a comer carne de la montaña, hongos que salen en los troncos.

Fueron a buscar y al llegar a las lomas altas hablaban: queremos ser peña. Por la tarde, no llegaron. La gente fue a ver y los encontraron allá, separados, vueltos de piedra con forma de humanos, con un paso adelante y las manos como sosteniendo algo.³⁰

En el territorio hay cinco puntos formados por piedras; taita Abelino Dagua Hurtado y taita Julio Tumiñá lo explican de la siguiente forma:

El primer punto es una piedra grande que soporta a otra piedra en su parte superior, a modo de una antena que se comunica con otras de la misma forma en los Andes (figura 20).

30 Luis Guillermo Vasco, "Para los guambianos la historia es vida", *Boletín de Antropología* (Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín) 11, n.º 28 (1997): 121.

El segundo punto son dos piedras separadas en forma de pórtico o puerta que permite la comunicación entre mayores de otros territorios y mundos (figura 21).

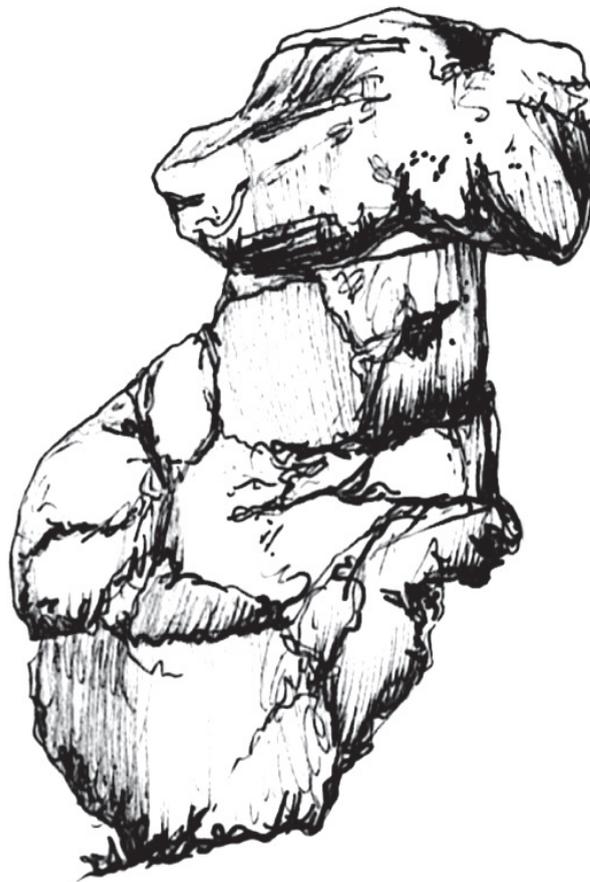


Figura 20. La piedra del primer punto
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

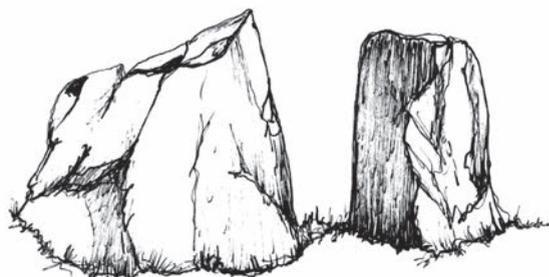


Figura 21. Las dos piedras del segundo punto
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

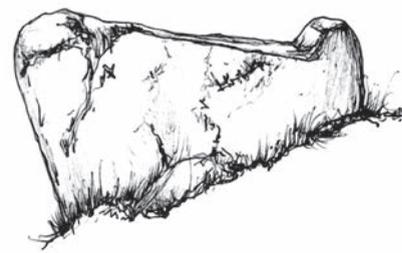


Figura 22. La piedra del tercer punto
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

El tercer punto es una roca en forma de cama con un área que sobresale en la parte inferior. Esta se utilizaba para hacer limpiezas y viajes a otros territorios mediante la concentración y los sentidos (figura 22).

El cuarto punto es una piedra que tiene en su interior una mesa y dos entradas donde el viento cruza con mucha fuerza. Los antiguos conocedores del territorio se preparaban desnudos por cuatro días y cuatro noches; algunas veces, el *pishimisak* les trae algo de comida (figura 23).

Finalmente, el quinto punto es el agua que nunca se seca en medio de dos montículos de rocas y es utilizada para limpiezas del cuerpo y territorio (figura 24).

Con base en las descripciones anteriores, los siguientes análisis explican los referentes espaciales de la configuración de las ciudades de Malvazá y Pubén:



Figura 23. La piedra del cuarto punto
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

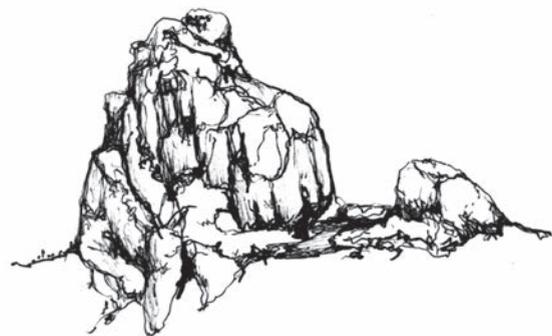


Figura 24. El agua del quinto punto
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

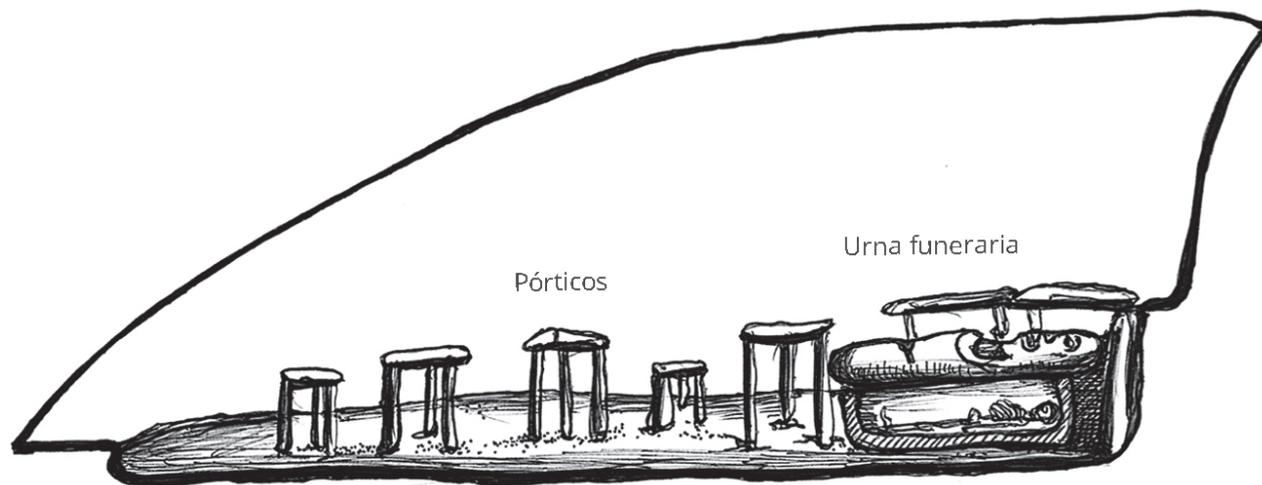


Figura 25. Pórticos de los entierros funerarios de los pubenenses

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Análisis 1

La puerta o portal en piedra del segundo punto sigue los patrones de los pórticos de los entierros funerarios de los pubenenses en San Agustín con una altura máxima de 7 metros. Esta medida es equivalente a los monolitos más grandes y es aplicada en la altura del primer piso de la casa grande de Pubén (figura 25).

Análisis 2

El tercer punto con la piedra en forma de cama configura la orientación y ubicación de las primeras ciudades. La parte posterior de la cabecera

señala al valle de Pubenza y la parte lateral derecha señala la laguna de Calvache, es decir, a las ciudades de Pubén y Malvazá. En el pensamiento está la ciudad de Pubén y en la parte derecha está la ciudad de Malvazá que protege y es la vida de la primera ciudad. Los mayores explican que el lado derecho es uno mismo; el tamaño de esta piedra es similar a las urnas de los entierros funerarios de los pubenenses en San Agustín (figura 26).

Cuando se llega a la laguna del Abejorro, teniendo en cuenta la dirección de la cabecera de la piedra en forma de cama, el atardecer del sol actúa como un foco que ilumina todo el valle de Pubenza. En el fondo, hacia el lado izquierdo, está

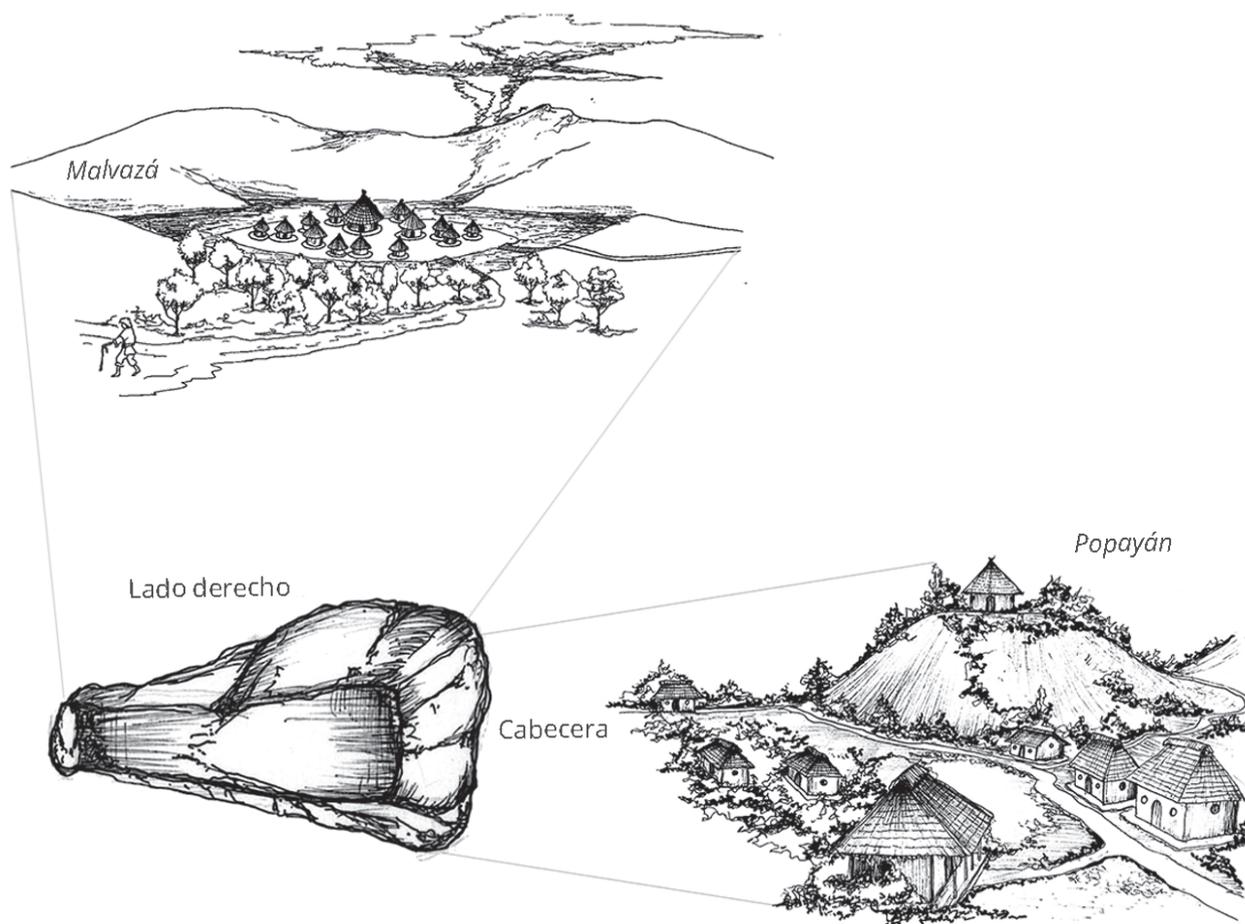


Figura 26. La orientación de las dos ciudades

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

una meseta que será replicada mediante la construcción de una terraza elevada en forma circular, denominada actualmente como el Azafate de Moscopán, donde se implantó la casa grande o de Pubén (figura 27).

Análisis 3

La piedra del cuarto punto con una mesa en su interior es utilizada para diseñar el morro de Tulkán y demás pirámides para entierros o hipogeos (figura 28).

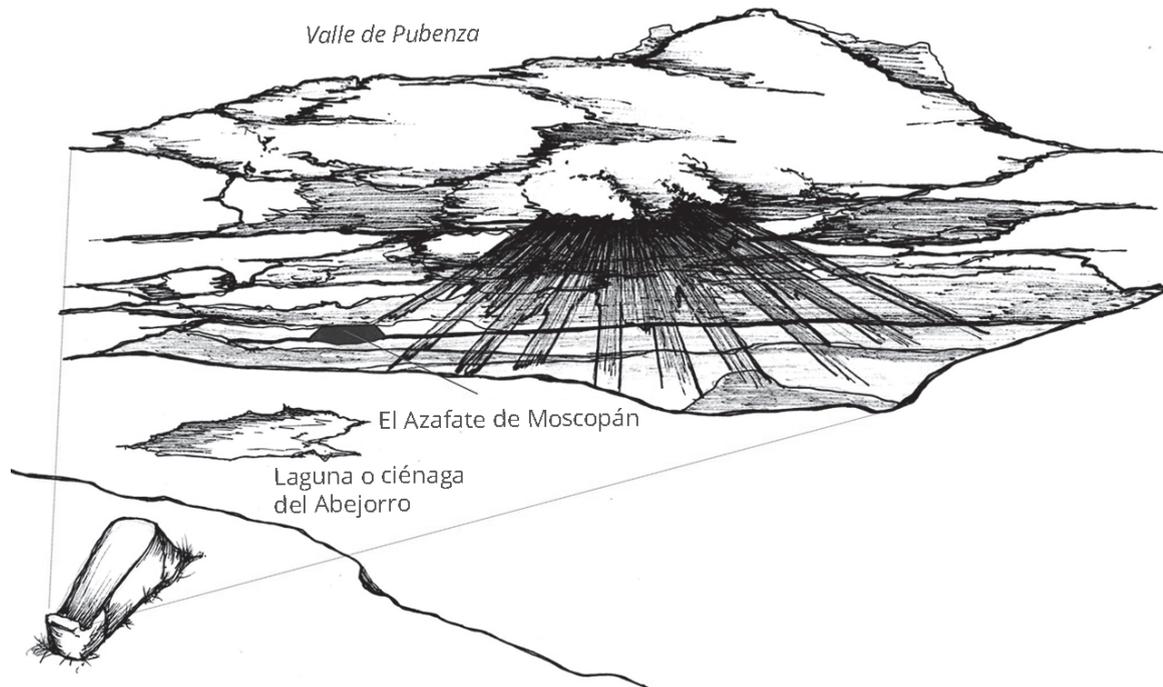


Figura 27. El valle de Pubenza junto a la gran meseta

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.



Figura 28. La piedra con la mesa en su interior

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Análisis 4

Los tres jóvenes, uno viento, uno tierra y otro de piedra, son los elementos que dan vida a la constelación Orión y la unidad de los tres es el Cinturón de Orión. En otras explicaciones se dice que es Pubén, Calambás y Payán, o Tesha, mama Dominga y mama Manela (figura 29).

Cuando se explica sobre los catorce años de hambruna y verano, se pone de manifiesto que es la constelación Orión con sus siete estrellas la que está pasando hambruna junto a otras siete estrellas que terminan siendo su pareja o par.

LAS CIUDADES DE MALVAZÁ Y PUBÉN

Las ciudades misak o guambianas obedecen a los mismos elementos de la configuración espacial de las historias de origen. De esta forma, el área ocupada corresponde a sitios con agua o ciénagas. Por ejemplo: antes del origen, el *tampal kuari* se asentó sobre la laguna; de la misma forma, las casas para vivir y las casas principales de la ciudad de Malvazá se implantaron en la casa antigua de mama Dominga, ubicada en el medio del cráter de un volcán fangoso y plano.

Lo mismo ocurre con la ciudad de Pubén, la cual ubica sus principales construcciones, como el morro de Tulkán y la casa grande, sobre plataformas artificiales en tierra en medio de las ciénagas del valle de Popayán.

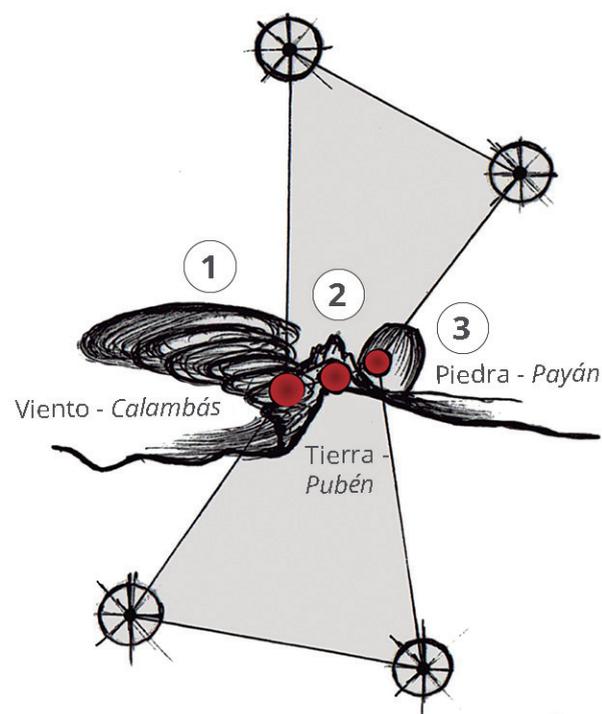


Figura 29. Los tres jóvenes y Orión

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

La planificación territorial

El tiempo-espacio y la medida de la gran ciudad de Pubén siguen los patrones generados por las constelaciones Orión y Cruz del Sur. La primera se relaciona con tres construcciones: el morro de Tulkán, la casa de habitación junto al área de entierros de Pubén y la casa grande, ubicados en medio de las tres estrellas del Cinturón de Orión; a estos se les suman los cuatro fuertes de la ciudad: Piscitau, Mastales, Guacacallo y Yambitara, o las cuatro estrellas que rodean el Cinturón de Orión (figura 30).

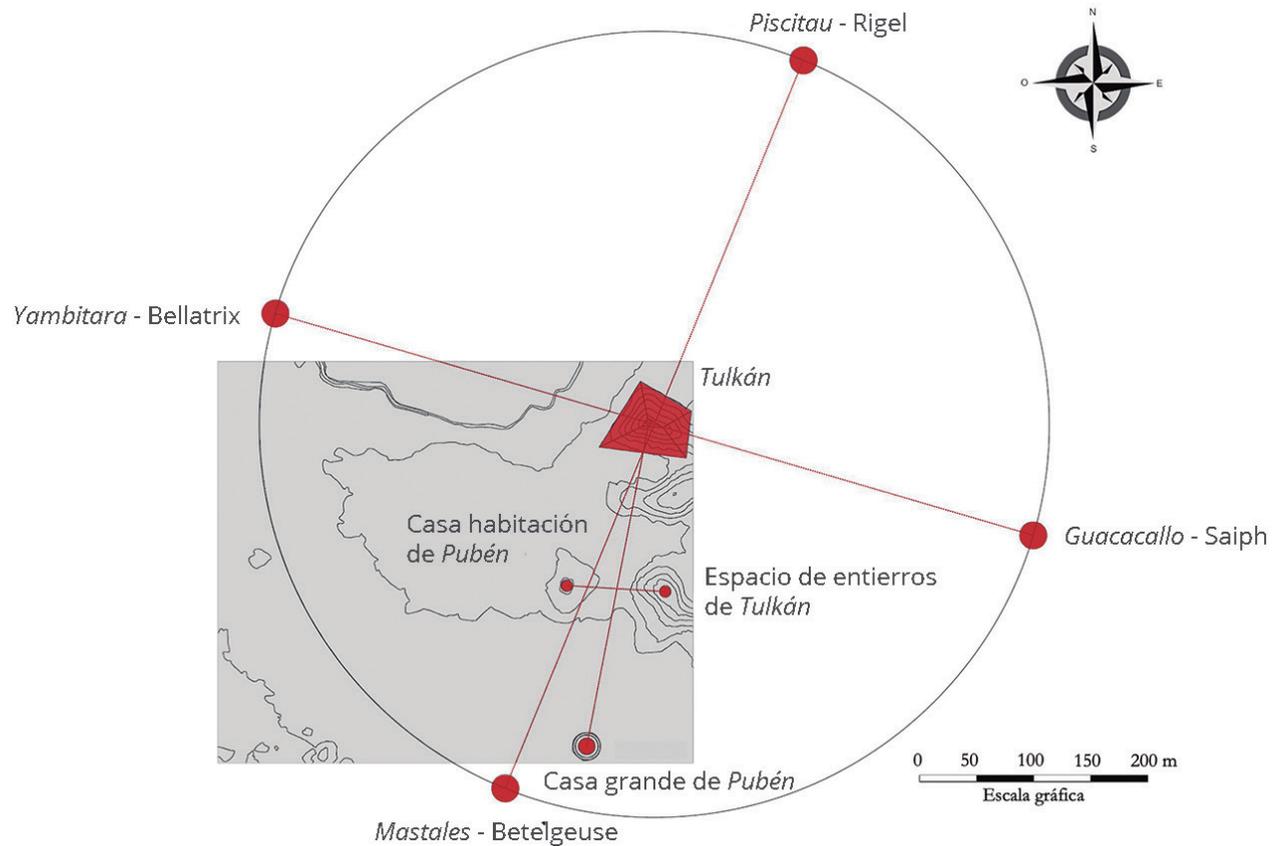


Figura 30. El tiempo-espacio y la medida de la gran ciudad de Pubén

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

La segunda, la Cruz del Sur, es la guía del emplazamiento sobre el suelo de los cuatro fuertes en guadua que protegían la ciudad de Pubén frente a los incas y grupos nómadas en los filos de las cordilleras donde vivía el cacique Calambás. La orientación de los fuertes está dada por las cuatro proyecciones que se obtienen de las caras en planta del morro de Tulkán (figura 31).

La constelación Orión ordena la casa grande de Pubén, de tres pisos semejantes a las tres estrellas o a los tres jóvenes. El primero es el territorio o la tierra; el segundo es la familia o la piedra que forma el *nak kuk* con sus tres pingos, y el tercero es el aire o los seres del territorio. A estos tres niveles se les suma un cuarto, la plataforma que soporta la casa grande de Pubén.

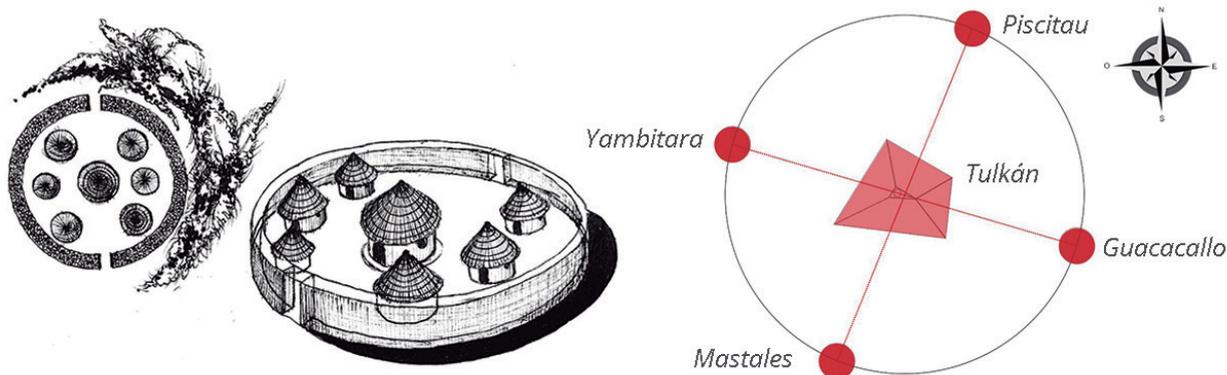


Figura 31. Esquema de fuerte, constelación Cruz del Sur y Tulkán

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Esta plataforma es el otro mundo, ya que aquí realizaban los entierros de los antiguos en vasijas de barro. Los cuatro niveles son al mismo tiempo las cuatro estrellas que rodean al Cinturón de Orión; este último, dentro de la casa, señala los tres pingos o piedras del fogón.

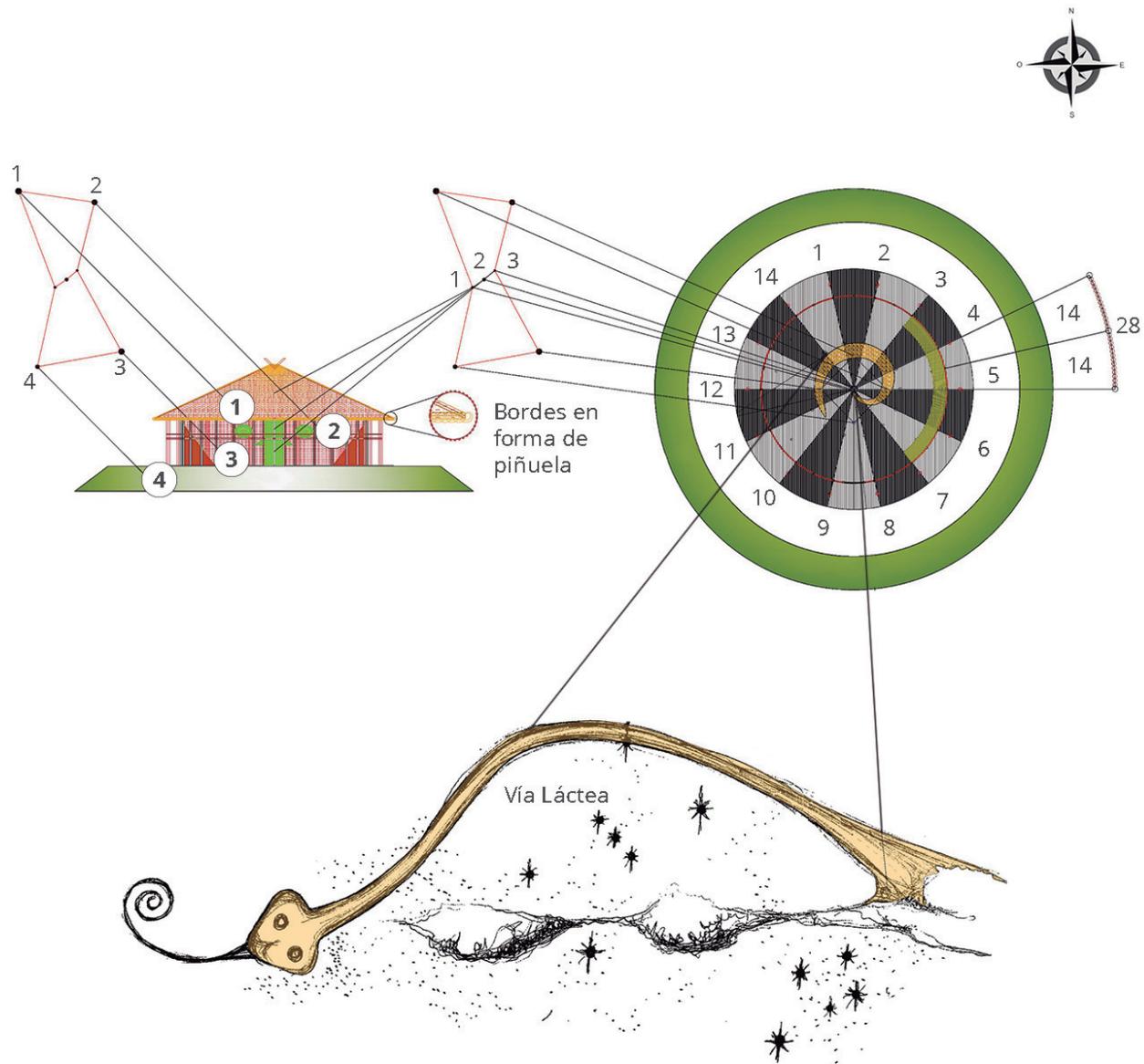
La casa grande de Pubén tiene 14 pilares o dos constelaciones de Orión. Estas, en la planta arquitectónica, forman 13 espacios que son los meses del año formados por 28 maderos que dan la estructura a los muros, y queda un segmento sin maderos. Este pasa a ser el día que cierra y abre el calendario, es decir, el mes trece; es la puerta de la casa grande en la cual los 13 segmentos de madera multiplicados por 28 dan 364 días. Y con la puerta, que es un día, se forman los 365 días del año y, cuando se cierra la puerta, se llega a los 366 días (plano 4).

La casa grande de Pubén es descrita por taita Abelino, taita Misael y Vasco en el libro

Guambianos: hijos del arcoíris y del agua. En ella las ventanas son las que marcan con la sombra las horas del día en el muro cilíndrico³¹; y el orificio superior en la cresta del techo o cumbre es el calendario anual del territorio pubenense.

En la ciudad de Pubén, la medida hace visible el tiempo-espacio con la construcción de casas, el cual a su vez es el origen o la memoria. De esta manera, la constelación Orión se utiliza para la orientación y la Cruz del Sur, para la organización de las casas y de la ciudad; ambas sirven para medir. El cacique Calambás fue quien enseñó los secretos del páramo, de Orión y del oso andino; este último explicó la estructura y la geometría mediante la forma de las espinas grabadas en las hojas de las piñuelas y dunas o flores, semejantes a las alas de la Vía Láctea, la cual se replica en los bordes de los aleros de la casa grande y en el escudo personal de Pubén (figura 32).

³¹ Dagua, Aranda y Vasco, *Guambianos*, 103-106.



Plano 4. La casa grande de Pubén

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software:* AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

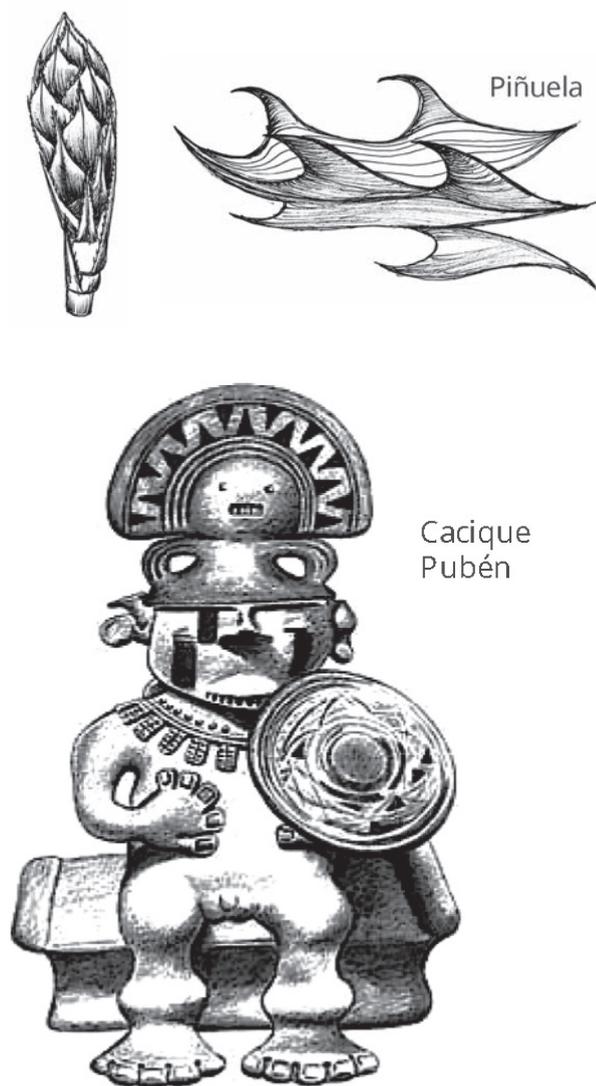


Figura 32. La piñuela, las espinas y el cacique Pubén³²
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

32 Dibujo del cacique Pubén, tomado de Carlos Armando Rodríguez, *El Valle del Cauca prehispanico* (Cali: Universidad del Valle, 2002). Imagen de la carátula del libro.

La Vía Láctea se ve reflejada en las casas cuando se hacen acequias dentro de la planta arquitectónica con rellenos de materiales como cerámicas, piedras, cuarzós, entre otros, que tienen la forma de *sierpie* o del caracol en el cielo. Estos rellenos o espacios también se construyen a escalas más grandes en las partes aledañas a la ciudad de Pubén. En Guambía esta práctica es muy común en las casas de los antiguos *pishau*, las cuales tienen una abertura en el muro posterior por donde entra el agua, mediante una acequia junto a una piedra.

Faber Fernando Pillimué Cuchillo explica una toponimia sobre la ciudad de Pubén o de Pupayan: “Según taita Anselmo Yalanda de la vereda Juanambú, en idioma namtrik, Pupayan se traduce como la ciudad en medio de dos casas de paja; y por eso, en la toponimia hay dos casas que se forman por la intersección de un shur o misak antiguo”³³ (figura 33).



Figura 33. Toponimia de Pupayan

Fuente: elaboración propia a partir de dibujo original de Faber Pillimué. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

33 Conversación con Faber Fernando Pillimué Cuchillo, 11 de julio de 2019, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

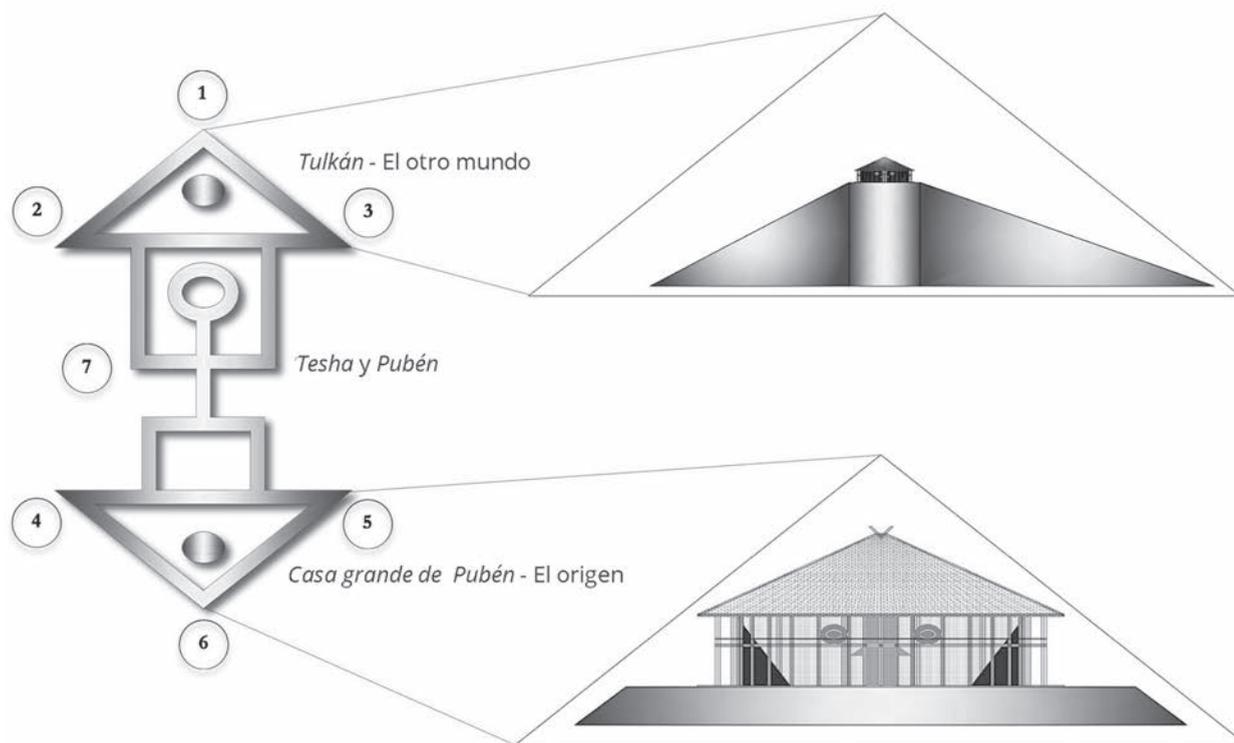


Figura 34. Toponimia de Pupayan; Tulkán y casa de Pubén

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Para profundizar, la toponimia nos muestra dos casas con las siguientes características: la primera es la ubicada encima del morro de Tulkán, la cual es utilizada para limpiezas y demás actividades vinculadas con los entierros; y la segunda es la casa grande de Pubén sobre un montículo de tierra. Si miramos la forma de estas dos construcciones, ambas son dos triángulos y en su centro guardan el fogón. Los tres

lados son las tres estrellas o los tres jóvenes. Para el caso de la toponimia, son seis elementos que dan cabida a un séptimo que es el humano del medio; este último es Pubén, que carga o pende del morro de Tulkán, "el otro mundo está arriba", y abajo esta la casa grande o de Pubén, donde están el origen y la tierra. Aquí "la vida es un acto de llegar o de retornar del otro mundo" (figura 34).

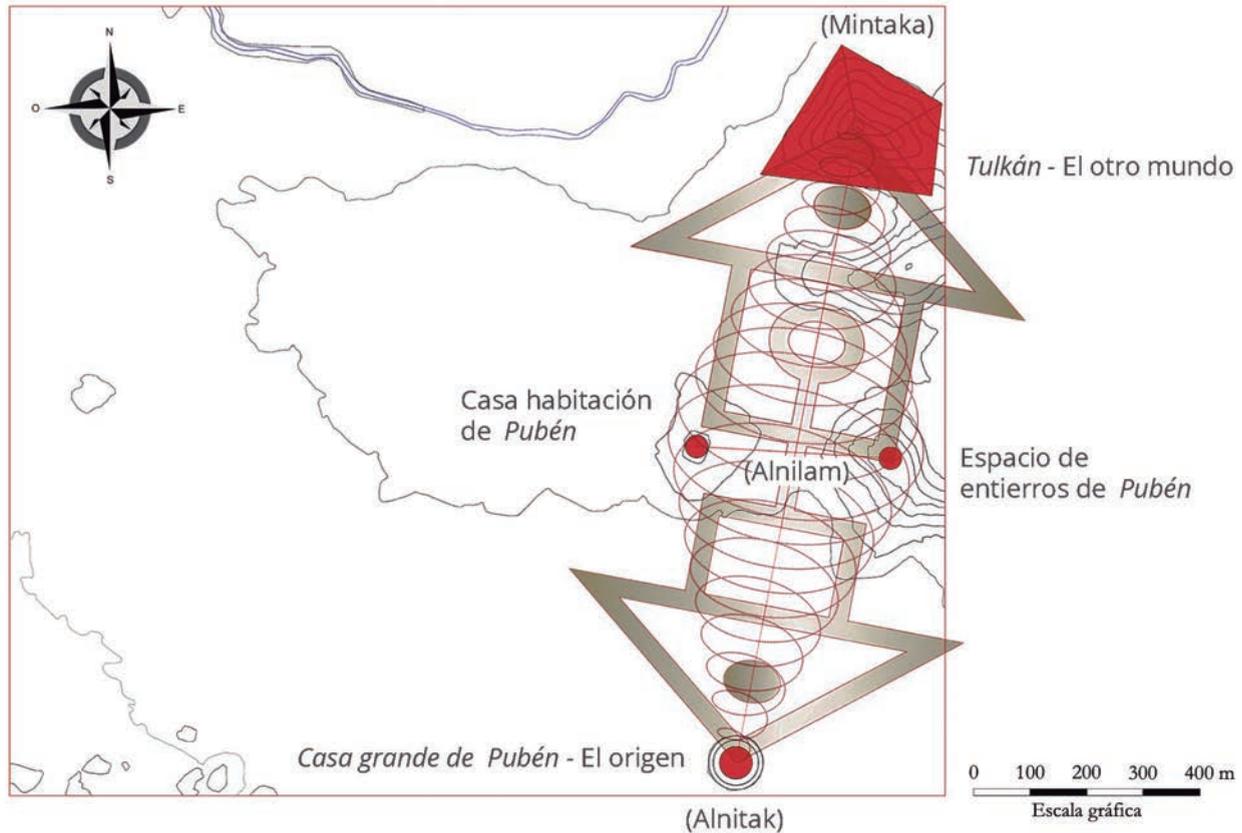
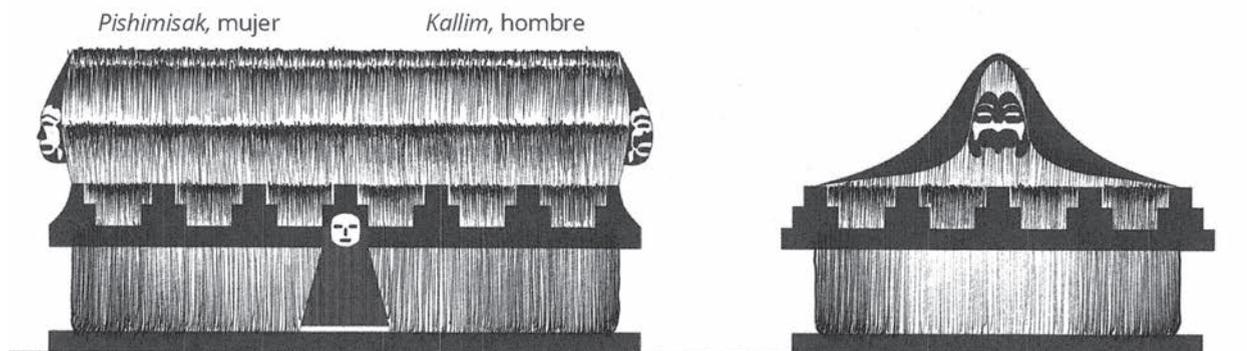


Figura 35. Toponimia de Pupayan, Tulkán, la casa de habitación junto a entierros y la casa de Pubén
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

La toponimia está alineada con el Cinturón de Orión y con el cerro de los Tres Jóvenes. Su forma es la síntesis funcional del principio “del deber de pensar siempre con el corazón”, mediante un caracol que tiene su origen en la unión de dos vértices: uno es el mundo de los muertos y el otro es el origen del mundo y de la ciudad de Pubén (figura 35).

Las casas

Se destacan por ser ovaladas, con techos llamativos en forma de bateas. Algo único de esta arquitectura es la presencia de rostros en la parte superior del vano de la puerta, que son los de Pishimisak y Kallim. Otras casas tienen dos rostros, una mujer y un hombre en las esquinas de las cumbres.



Plano 5. Casa pubenense con el rostro de mujer y de hombre en el techo

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Los rostros se reflejan en el plano de la casa. La cara de la mujer queda sobre la cocina, el dormitorio es la parte íntima de la familia; y la del hombre se proyecta sobre la sala y los espacios donde se guardan elementos de trabajo de la familia como vestidos, paja, ollas de barro, el bastón de mando, entre otros. Es la parte social o comunitaria de la familia (plano 5).

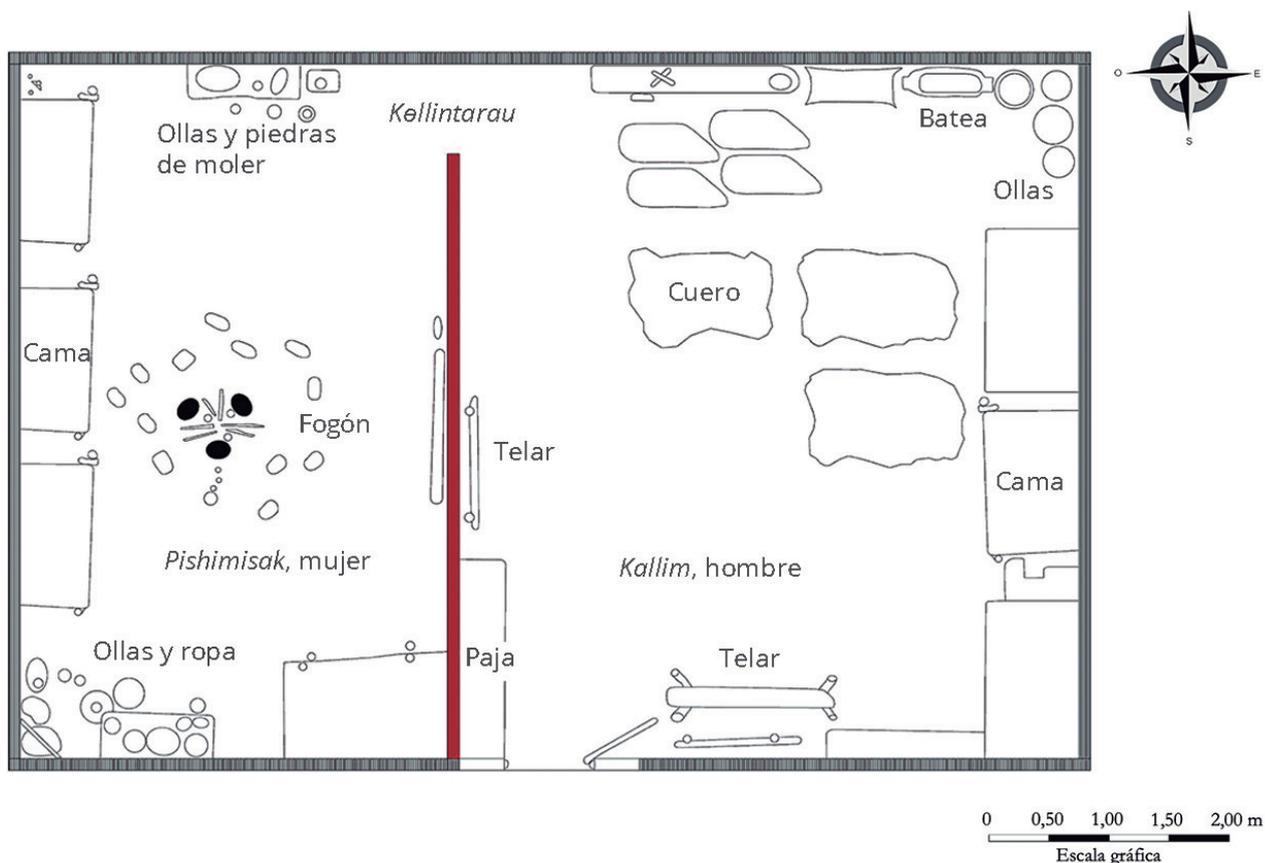
La casa de dos caras sintetiza el origen de Pishimisak y Kallim, quienes estaban separados por un cerro que divide las lagunas de Ñimbe y Pien-damó. Fue el aroírís el que puso sus dos patas en cada laguna y permitió la relación y la unión. En la casa de los pubenenses ocurre lo mismo; el interior tiene un muro que separa las dos caras, la de la mujer y la del hombre: el *kellintarau*, que con el vano y la puerta une las dos caras o los dos espacios (plano 6).

La mayor parte de la casa pubenense está llena de hollín; es el reflejo del mundo con sus estrellas, como se explica en el siguiente fragmento de conversación:

La casa antigua tiene muchas pepitas de oro en su interior. Todo brilla, las esquinas de la cocina, las horquetas al lado del fogón, los estantes, entre otros. No tiene ventanas, el brillo del oro ilumina todo.³⁴

Otra característica de las casas son las listas en los aleros. Cada alero tiene una forma de tejido al final del remate, que puede ser en forma de estrellas, espirales, rayos, círculos, rombos,

³⁴ Conversación con Bernarda Tumiñá Tombé, 14 de diciembre de 2018, resguardo indígena de Guambía, Colombia.



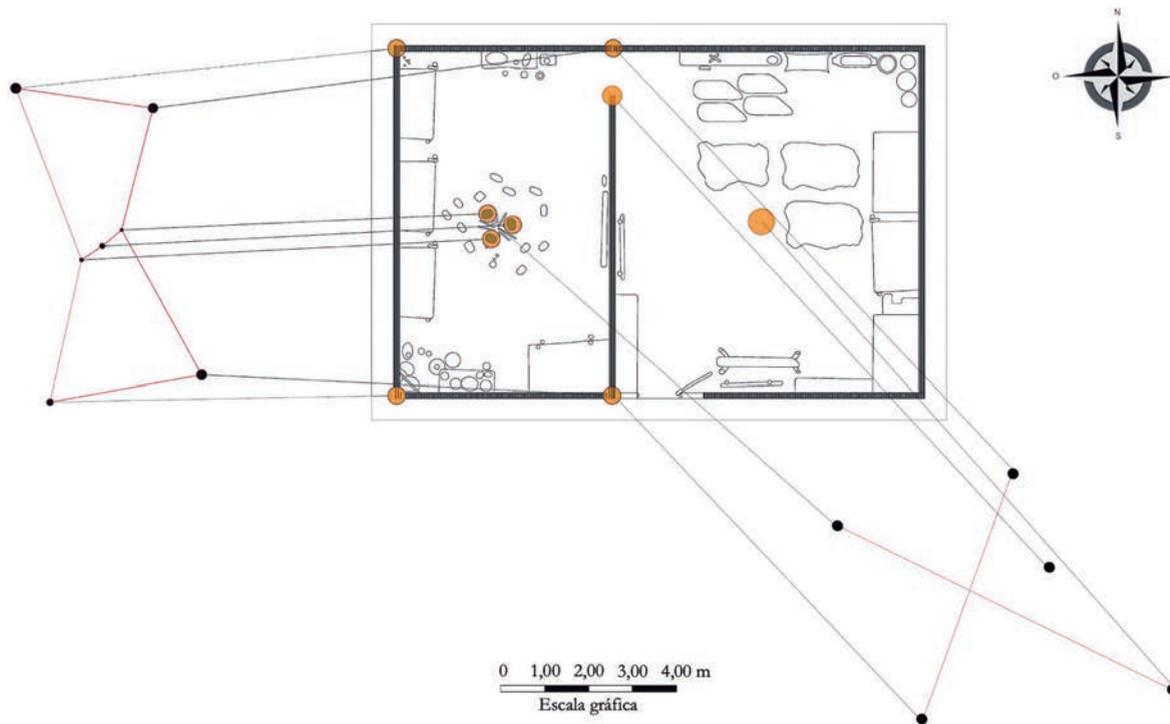
Plano 6. Casa pubenense con el rostro de mujer y de hombre

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software*: AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

entre otros. Y cada lista muestra la zona o la región de procedencia de la familia y la toponimia que los identifica.

Las casas tienen corazón, son los tres *pingos* del fogón o las tres estrellas llamadas Teshá, quien enseñó el conocimiento del territorio. A lo anterior se le suman los cuatro muros junto a las

columnas que rodean la cocina; estos en conjunto son siete estrellas o la constelación Orión. Si tomamos el fogón con sus tres *pingos* como un solo elemento, más las dos columnas centrales, más el nodo central de la sala y la columna del vano del *kellintarau*, forman cinco elementos que dan vida a la constelación Cruz del Sur (plano 7).

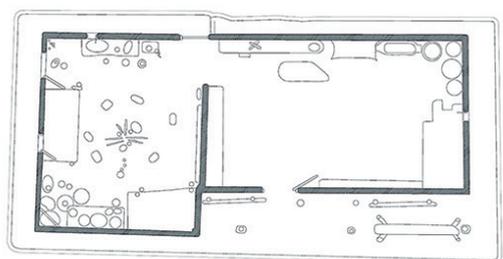


Plano 7. La casa junto a las constelaciones Orión y Cruz del Sur

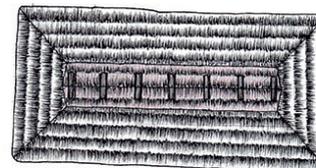
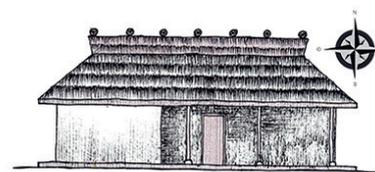
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software:* AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

El análisis de la estructura general de la casa antigua de los años cuarenta muestra las dos constelaciones Orión y Cruz del Sur. Cuando se mira la casa desde el aire o desde lo alto, el techo forma una pirámide semejante a Tulkán con sus siete nodos de configuración, la constelación Orión; y cuando proyectamos las líneas guías a los cuatro

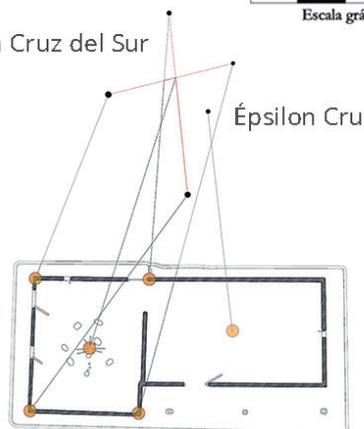
lados de los aleros, estos forman la constelación Cruz del Sur, que se expande al infinito. A la casa antigua, al final de la inauguración con el baile de la chucha, se le siembran cuatro plantas en el centro de la sala, y se genera un nodo en relación directa con la quinta estrella de la constelación Cruz del Sur, Épsilon Crucis y con la nebulosa de Orión (plano 8).



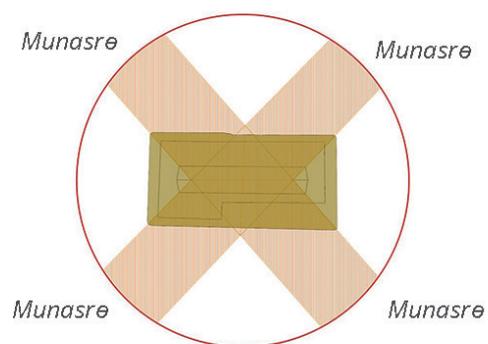
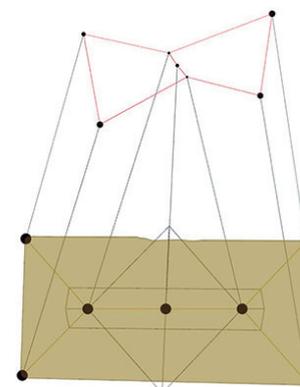
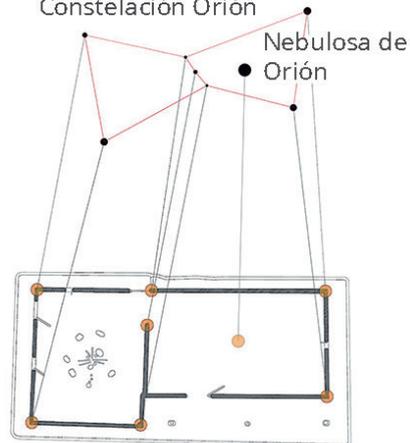
0 1,00 2,00 3,00 4,00 m
Escala gráfica



Constelación Cruz del Sur



Constelación Orión



Plano 8. Las constelaciones Orión y Cruz del Sur en la estructura general de la casa
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software*: AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambia, Colombia, 2019.

Tulkán y la casa grande de Pubén

Al inicio se explicó que el mundo de los muertos está conectado con el origen mediante la trayectoria o camino del caracol. Este mismo hecho ocurre cuando analizamos la ubicación del morro de Tulkán y la casa grande. Los conquistadores se refieren a la casa de Pubén como la casa grande o la casa de “borracheras”. En Guambía, taita Abelino Dagua Hurtado la nombró como casa Payán. Para efectos de este trabajo evitaré llamarla casa Payán porque se estaría negando la existencia de su hermano Calambás; de esta forma, es adecuado nombrarla como la casa grande de Pubén, la casa de Pubén o la casa principal de Pubén, para reconocer a quien definió la estructura política y filosófica de la gran ciudad.

Tulkán es el tiempo-espacio del otro mundo o la muerte; y la casa grande es el origen, ya que guarda la memoria de todos los hechos ocurridos. En medio de las dos construcciones está ubicada la casa donde vivía Pubén en el cerro de Loma de Cartagena, y más arriba está el espacio de entierros o de hipogeos de su grupo familiar, en el cerro de Belén. Los entierros están encima de la casa de Pubén, porque de la cabeza de él

sale un hilo invisible que lo une al otro mundo. Al grupo anterior se le suman los cuatro fuertes que se expanden al infinito y rodean las dos construcciones (figura 36).

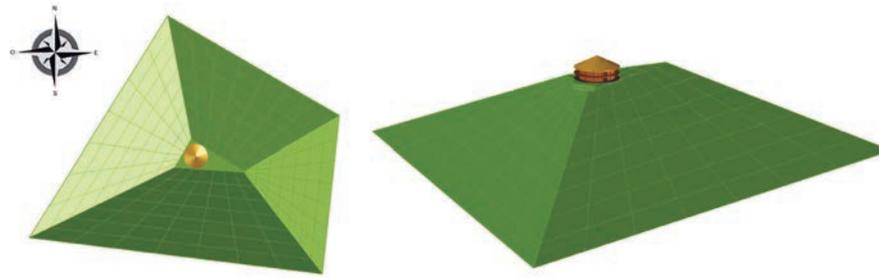
A nivel general, la pirámide o cerro “es un punto que permite expulsar el frío o la acumulación de energía desgastada; es por eso que muchos entierros antiguos se hacían en los filos de los cerros o en estructuras artificiales construidas en forma de pirámide”³⁵. De esta manera, el morro de Tulkán o “la huerta del otro mundo o de los entierros” cumple la función de acumular y limpiar el frío de los difuntos antes de que pasen al otro mundo. Para la gente antigua o *pishau*, los cerros son los espacios por donde menos habitan los seres del territorio (plano 9).

Hay una toponimia que explica la forma de la pirámide. Taita Julio Tumiñá y taita Abelino Dagua Hurtado la describen de la siguiente manera:

Tiene la forma de un triángulo equilátero con cuatro líneas o segmentos que muestran los cuatro espacios que se deben seguir en la vida hasta llegar al origen, a un punto relacionado con el entierro o hipogeo junto a las vasijas de barro.³⁶

35 Conversación con shura Jacinta Calambás, 14 de septiembre de 2018, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

36 Conversación con taita Julio Tumiñá y taita Abelino Dagua Hurtado, 12 de enero de 2010, resguardo indígena de Guambía, Colombia.



Plano 9. El morro de Tulkán o “la huera del otro mundo o de los entierros”

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software:* AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

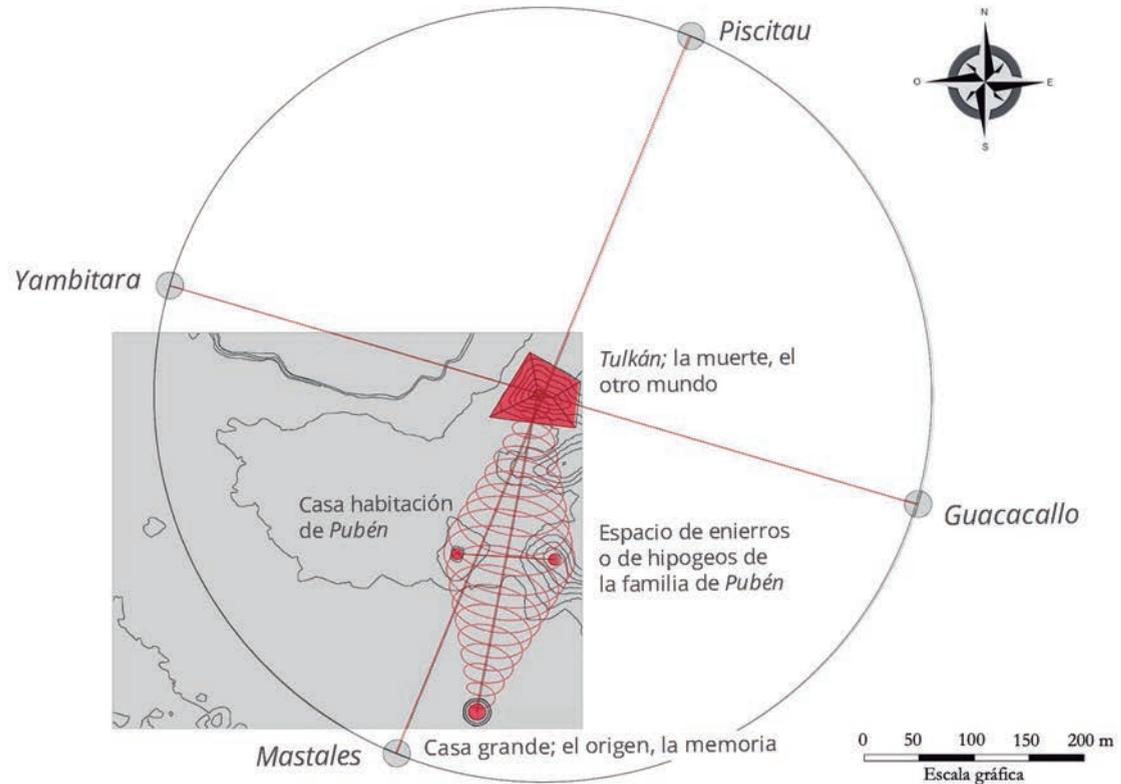


Figura 36. Tulkán, casa de habitación junto a los entierros, la casa grande de Pubén y los cuatro fuertes
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

Según los trabajos en campo: “Los entierros antiguos tienen tres escaleras y siete metros de profundidad, y se ubican al lado de los planes de las casas antiguas”³⁷ (figura 37).

El primer antecedente de pirámide o de entierros agrupados en Guambía es el espacio de mama Shanta y tata Shanto, ubicado en la zona del Gran Chimán; la parte superior de la estructura tenía una casa circular en bahareque y paja (figura 38).

Por otra parte, el cacique Calambás en el páramo dignificó al otro mundo y a sus habitantes mediante la construcción de hipogeos o casas adornadas con pinturas (figura 39).

En los análisis concernientes a la casa grande de Pubén, se encontraron pieles de tigres, tigriillos y osos rellenos de paja, a modo de embalsamados; estos seres protegían la casa³⁸. También había muchas piedras que mostraban las formas de los seres del territorio³⁹ y en su conjunto formaban el recorrido del caracol; es decir,

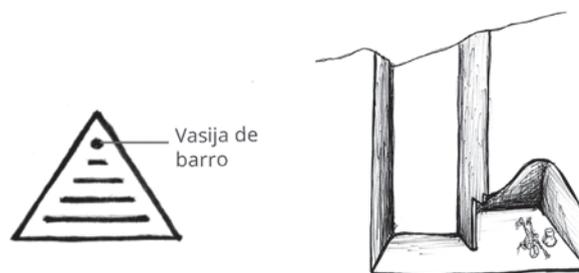


Figura 37. Toponimia de la pirámide y entierro antiguo pishau
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.



Figura 38. Pirámide de mama Shanta y tata Shanto
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2018.

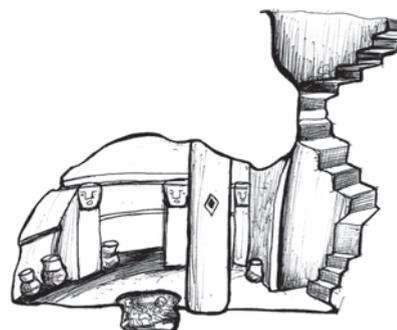


Figura 39. Hipogeo del cacique Calambás
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

37 Conversación con taita Julio Tumiñá, 7 de julio de 2018, resguardo indígena de Guambía, Colombia.

38 Los tigres, las dantas y los osos andinos o el oso de anteojos son descritos en: Juan, Jorge y Antonio de Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América Meridional hecho de orden de S. Mag. para medir algunos grados de meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la Tierra, con otras varias observaciones astronómicas y físicas, primera parte*, t. 2 (Madrid: Antonio Marín, 1748), 491.

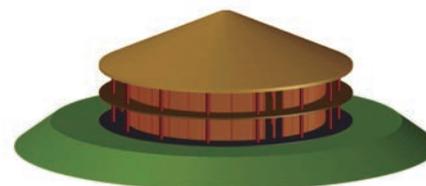
39 Lehmann se refiere a los pubenenses y a la estatuaría de la siguiente forma: “Cultura de Popayán, en el valle del mismo nombre y las montañas circundantes; las estatuas de piedra son visiblemente más primitivas que las de San Agustín”. Henri Lehmann, *Las culturas precolombinas*, 20.ª ed. (Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires, 1994), 130.

iniciaban desde el *nak kuk*, los seres más pequeños, hasta llegar a los más grandes que remataban en los bordes de la pared circular o cilíndrica donde estaba la puerta principal junto al oso de anteojos o *wik* y el tigre o *kau mish*.⁴⁰ (Plano 10)

En la cumbre del techo de la casa grande de Pubén hay un orificio o abertura que ilumina las esculturas talladas en piedra y pintadas de colores llamativos realizadas por el cacique Payán. Esta iluminación es el inicio de todo, del origen, mediante la claridad que se expande en el tiempo-espacio (plano 11).

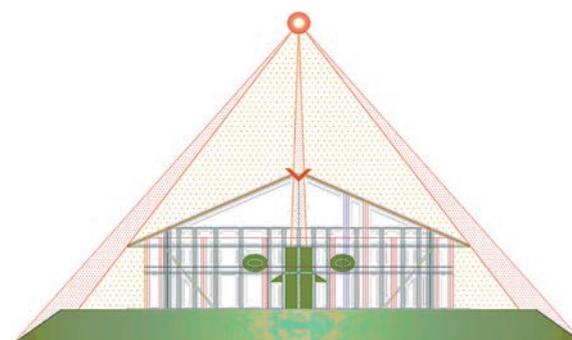
La fachada frontal de la casa de Pubén está basada en las pinturas y grabados de los hipogeos ubicados en Tierradentro, Cauca. La cara principal tiene catorce segmentos o dos constelaciones Orión, más los cuatro niveles del sombrero, similares a los cuatro pisos de la casa (plano 12).

En términos de materiales, Tulkán y la casa grande de Pubén son diferentes entre sí. El adobe utilizado en el morro de Tulkán y demás entierros en hipogeos está ligado con el otro mundo, el de los muertos; de allí que la tierra utilizada deba ser muy consistente para que guarde la sombra de los seres. Por el contrario, el bahareque empleado en la casa grande de Pubén y demás casas de habitación está ligado a la vida y al origen; esto se observa en la consistencia variable de los materiales que permiten a las sombras de los seres estar activas en el tiempo-espacio.



Plano 10. La casa grande de Pubén

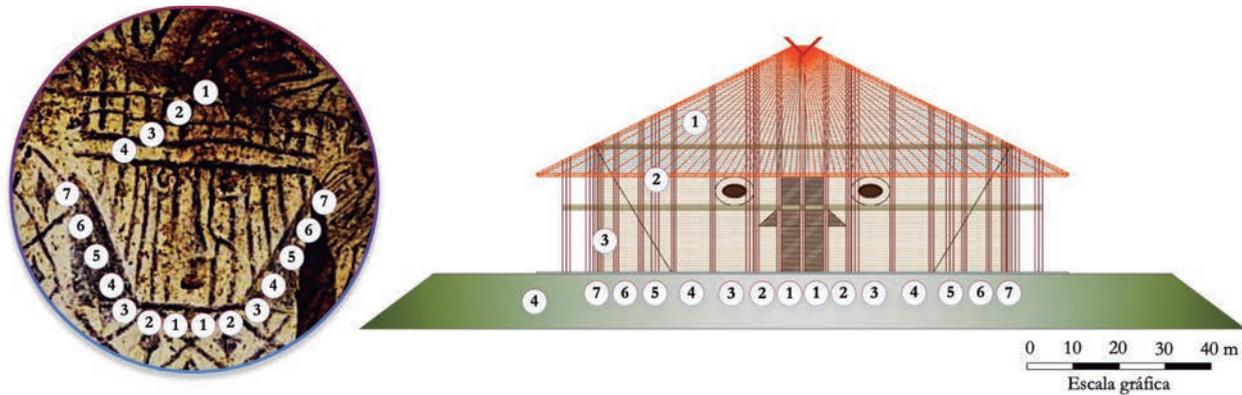
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software:* AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.



Plano 11. La casa grande de Pubén y la iluminación por la coronilla

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software:* AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

40 A partir de investigación personal y conversación con taita Abelino Dagua Hurtado, 25 de febrero de 2013, resguardo indígena de Guambía, Colombia.



Plano 12. La casa grande de Pubén y su cara frontal

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y cálculos personales. Escala gráfica. *Software:* AutoCAD® 2009-2014, Free Software for Students & Educators [Versión 20.0.51.256]. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2020.

Otros materiales como la piedra, que está en la cimentación de las casas, en los monolitos o esculturas, entre otros, por su carácter atemporal permite la comunicación entre los dos mundos, *origen-muerte* y los dos tiempos-espacios, *el nuestro y el otro*. La guadua utilizada en las murallas que rodean las principales edificaciones de Pubén protegen la ciudad en lo medicinal y en las guerras de dos maneras: en nuestro mundo, mediante las espigas de las ramas y tallos filudos y, en el otro mundo, con las raíces que forman entramados impenetrables y finos.

CONSIDERACIONES FINALES

El tiempo-espacio y la medida son dos paradigmas que dentro de sí guardan las dos manos y los diez dedos; es decir, el tiempo-espacio es la

mano izquierda, lo que no se ve; es la vida o la existencia y tiene que ver con el origen, con la memoria, con el inicio de todo lo que existe, como la propagación del *srø*, “la claridad”, o del *srø-srø*, el principio de todo. La medida, por el contrario, es la mano derecha, “lo que podemos ver”; son las cosas que hacemos y son tangibles, como hacer una casa, brindar remedio, entre otros.

A diferencia de la gente que define su mutabilidad con el mundo y el territorio, las aves, los osos, las culebras, los armadillos, entre otros, no usan verbos posicionales porque son tiempo y espacio; es decir, la vida unida a todo lo que existe. Son el origen y lo que nos separa de ellos es que debemos pensar con el corazón para medir; esta última cualidad difiere de la de otros seres; por ejemplo, las aves al construir sus nidos lo hacen siendo tiempo-espacio y medida.

Actualmente, nosotros hemos separado el tiempo-espacio de la medida; por eso se dificulta entender. Con el origen del mundo y de la ciudad

de Pubén se explica mejor este conocimiento. El reflejo del *tampal kuari*, uno arriba y otro abajo que suman entre los dos ocho montañas más los dos puntos de articulación o de origen del tejido; lo anterior unifica las dos manos y los diez dedos que parten de cinco elementos visibles junto a otros cinco elementos no visibles. Si vemos a los dos *tampal kuari* por separado, pasan a ser los dos pies que miden o se complementan con los cinco dedos (figura 40).

El reflejo del *tampal kuari* ocurre en la ciudad de Pubén de la siguiente forma: la medida o lo que vemos son los cuatro fuertes construidos en guadua: uno arriba, Piscitau; uno abajo, Mastales; uno a la derecha, Guacacallo, y uno a la izquierda, Yambitara. Y en el medio de estos está el morro de Tulkán, la casa de habitación junto al área de entierros de Pubén y la casa grande. La unidad de estos da origen a un solo elemento, el quinto o el corazón.

Lo que no se ve de la ciudad de Pubén es el tiempo-espacio, y consiste en la pareja de los gobernantes conformados por Payán y Calambás, que son el par o el dos, pero junto a ellos llegan otros dos, las compañeras o parejas, y dan origen al cuatro. Todo se cierra en uno o en el cinco, que es la memoria o el gobierno del cacique Pubén. Es por eso que la ciudad se llama Pupayan y el territorio, Confederación Pubenense (figura 41).

Los fuertes en guadua, el morro de Tulkán, la casa de habitación junto al área de entierros y la casa grande, más los dos caciques, las dos cacicas y Pubén, forman un dos o los dos pies. Si tomamos como referencia las dos constelaciones Orión y Cruz del Sur, vemos que forman un total de doce estrellas, las cuales difieren de una cantidad en

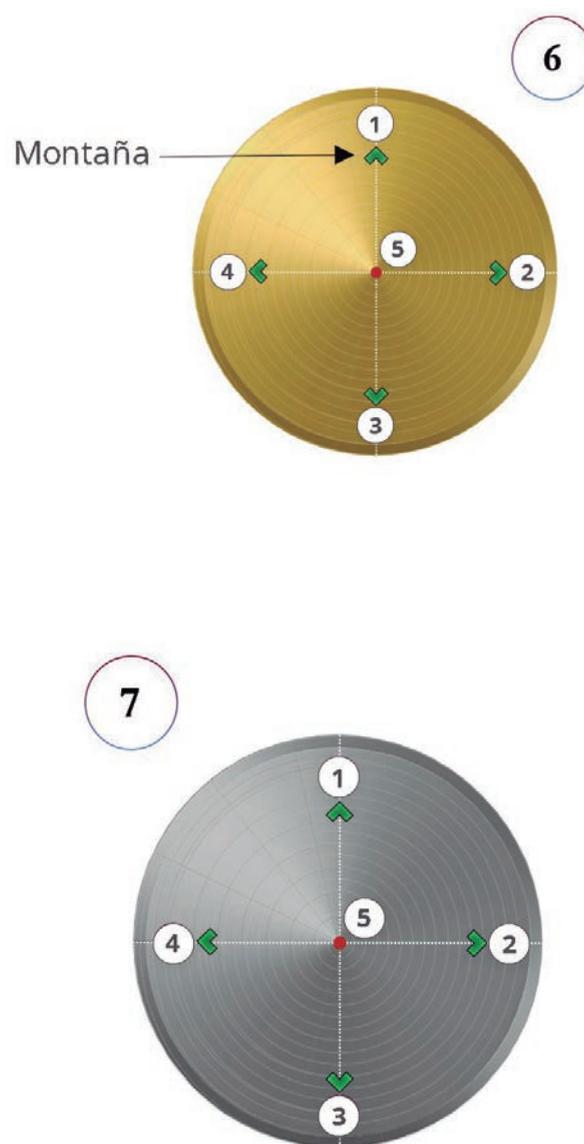


Figura 40. El reflejo del *tampal kuari*
Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

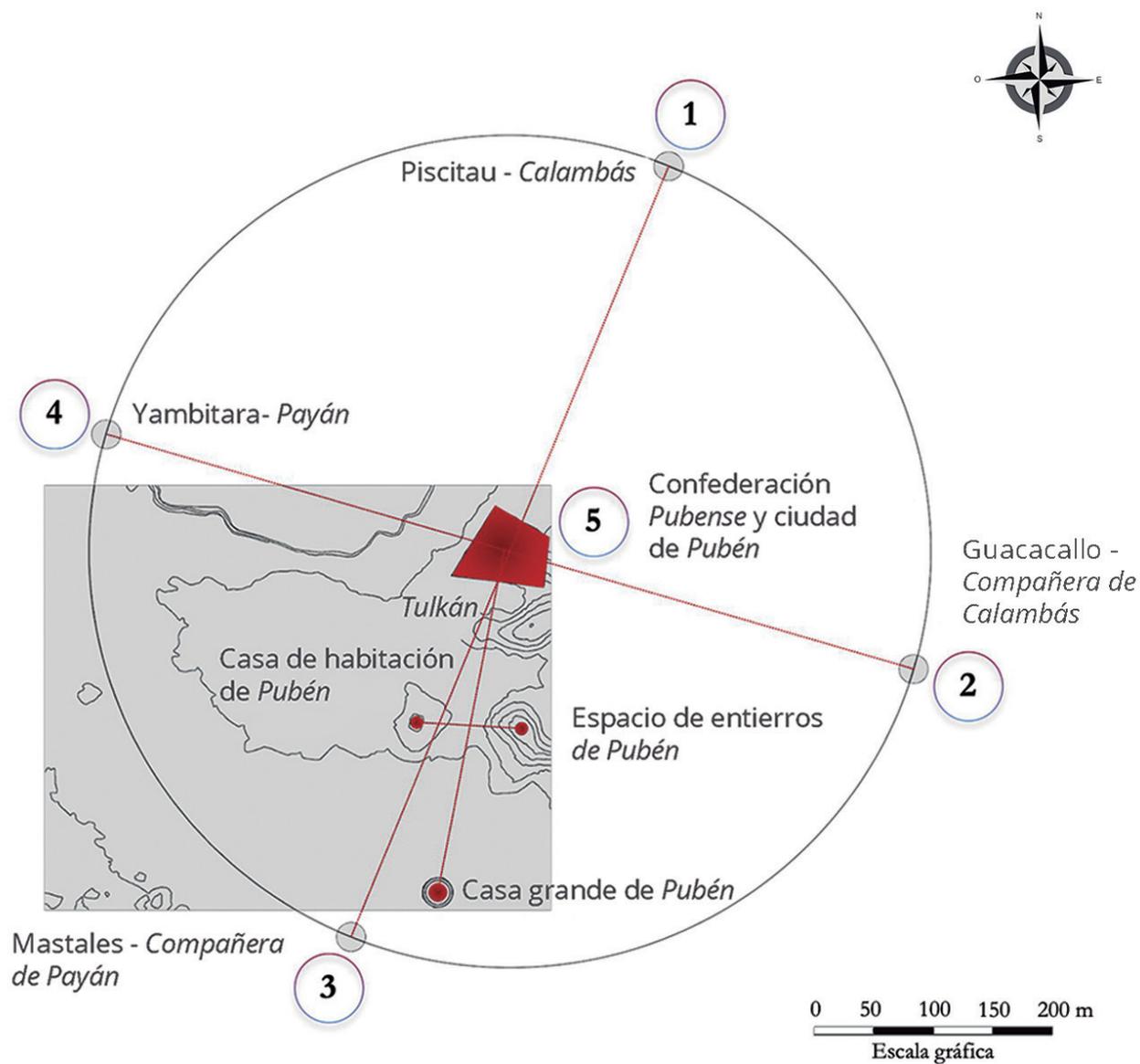


Figura 41. El reflejo de la ciudad de Pubén. Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

base a diez; pero en la agrupación de tres estrellas obtenemos cuatro conjuntos. El cuatro es la cantidad de las cuatro estrellas principales de la Cruz del Sur, cuatro son las estrellas que rodean al cinturón de Orión, cuatro son los gobernantes de la ciudad, cuatro son los niveles o pisos de la casa grande de Pubén; y tres son los tres *pingos* y el cinturón de Orión.

Con el trabajo de campo se identificó la medida utilizada por los antiguos misak con base en la constelación Orión. Se observó la cometa que debía pasar por la constelación, la cual cruzó por el lado inferior de las estrellas Saiph y Rigel, que pasan a ser las manos de Tesha⁴¹ y la nebulosa de Orión, su cabeza. La proporción o medida se marcó en la chonta o bastón utilizado por los conocedores del territorio y se corroboró en las toponimias ubicadas en Gran Chimán, vereda de Santa Clara⁴². En ellas aparecen dos humanos con las manos levantadas y en la parte posterior un oso andino con el pecho en forma de triángulo;

son el fogón o *nak kuk*, o las tres estrellas del cinturón de Orión (figura 42).

Finalmente, taita Abelino Dagua Hurtado, al afirmar que no tenemos en cuenta la mano izquierda, realmente dice que no sabemos analizar o que ya dejamos de ver la vida de todo lo que nos rodea; de allí que este escrito exponga los principales elementos de la planificación territorial y la arquitectura de nuestra gente pubenense. El análisis está ligado a la historia de la gran ciudad de Pubén, la cual explica las formas de protegerse del ser negro del agua o Nukueypantsik que habita en las ciénegas, mediante la construcción de dos ciudades que asfixian a este ser con el peso de las constelaciones. Las prácticas de danzas también aplastan al ser negro y curan a la gente como “el baile de la chucha”; y las murallas o fuertes en guadua chuzan al ser negro con sus raíces como lo hacían los osos andinos con sus garras junto al cacique Calambás.

41 Los dibujos de Tesha sobre las piedras están basados en la orientación y forma de la constelación Orión.

42 La medida o la distancia a nivel convencional entre cada brazo levantado de los dos humanos es de 18 cm; y la distancia entre los brazos de los dos humanos es de 27 cm.

• Origen y arquitectura pubenense en el valle de Popayán •

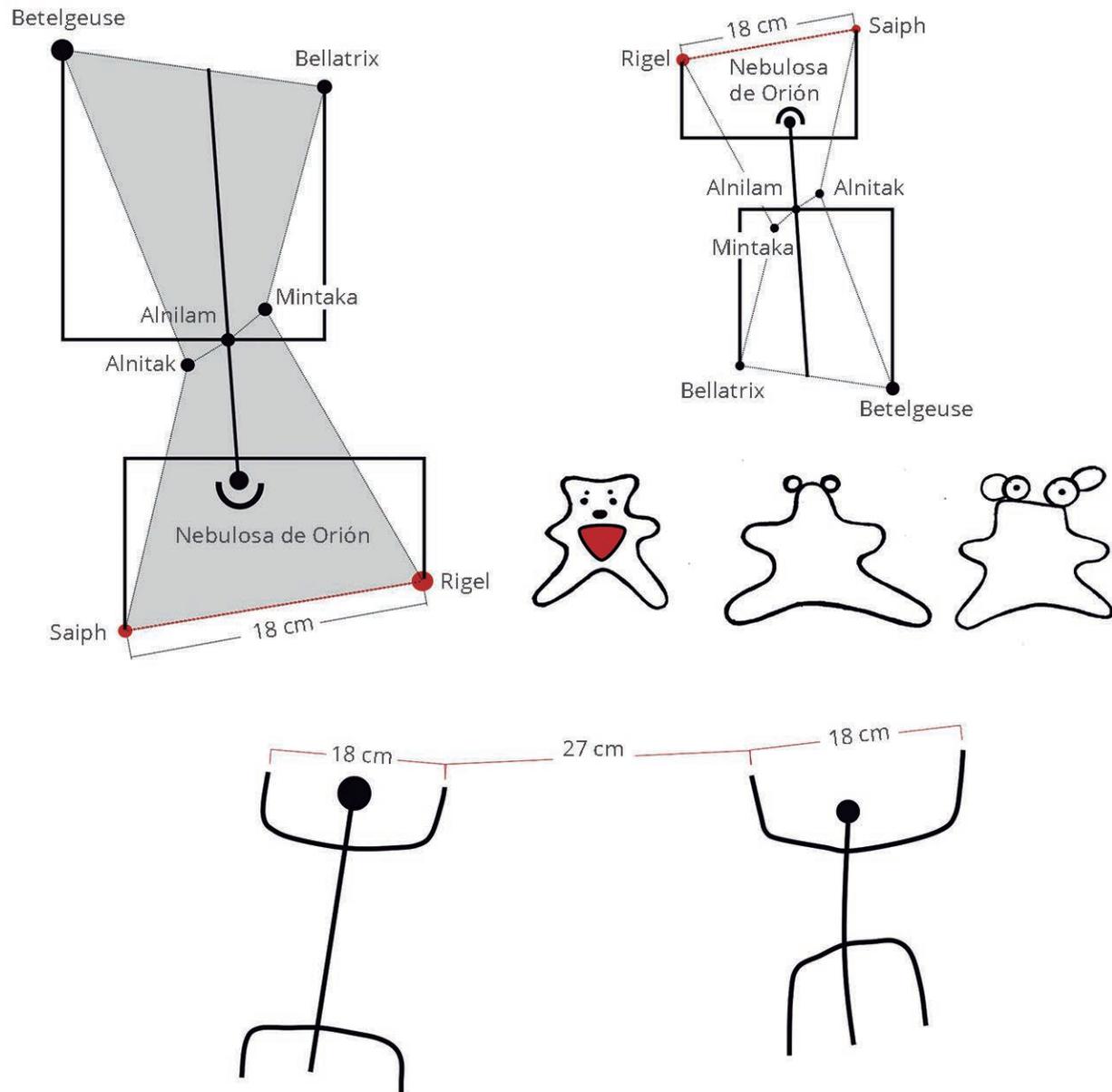


Figura 42. La medida misak

Fuente: elaboración propia a partir de investigación y análisis personal. Resguardo indígena de Guambía, Colombia, 2019.

BIBLIOGRAFÍA

- Calderón Méndez, Johnny. "Nu Isuik-Nu Maramik: filosofía y política de la planificación territorial guambiana, Resguardo Indígena de Guambía, Colombia". Tesis de Maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2018.
- Calderón Méndez, Johnny, Antonio Hurtado y Danny Tumiñá. *Crianza del territorio misak*. Programa Ambiente y Territorio Misak. Guambía: Cabildo Indígena de Guambía, Colombia, 2011.
- Dagua, Abelino, Misael Aranda y Luis Guillermo Vasco. *Guambianos: hijos del aroírís y del agua*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura; Fundación Alejandro Ángel Escobar; Los Cuatro Elementos; Cerec, 2015.
- De Ulloa, Juan, Jorge de Ulloa y Antonio de Ulloa. *Relación histórica del viage a la América Meridional hecho de orden de S. Mag. para medir algunos grados de meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la Tierra, con otras varias observaciones astronómicas, y físicas*. Primera parte, t. 2. Madrid: Antonio Marín, 1748.
- Lehmann, Henri. *Las culturas precolombinas*. 20.^a ed. Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires.
- Muelas Hurtado, Bárbara. "Relación tiempo-espacio en el pensamiento guambiano". Tesis de Maestría, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1993.
- Rodríguez, Carlos Armando. *El Valle del Cauca prehispánico*. Cali: Universidad del Valle, 2002.
- Schwarz, Ronald A. *La gente de Guambía: continuidad y cambio entre los misak de Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca, 2018.
- Trimborn, Hermann. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Cali: Editorial Universidad del Cauca; Universidad del Valle, 2005.
- Vasco, Luis Guillermo. "Para los guambianos la historia es vida". *Boletín de Antropología* (Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín) 11, n.º 28 (1997): 115-127.
- Vergara Cerón, Carlos. *Los pubenenses*. Popayán: Departamento del Cauca, 1958.



Fotografía: Luz Aida Rodríguez Sánchez.

2

Vivienda indígena en la región amazónica

Transformación e imaginarios¹

Luz Aida Rodríguez Sánchez

La Amazonía ha sido sinónimo de fronteras y ejemplo de cómo lo cultural, a través de los años, construye socialmente la naturaleza, el territorio, la economía, la prioridad de los espacios, las ideas sobre la región y la imagen del ser humano que la interpreta, la sufre o la ama.²

En Colombia solo el 4,4 % de los 48 millones de colombianos se reconocen a sí mismos como indígenas pertenecientes a 115 pueblos nativos³, localizados en 833⁴ resguardos que geográficamente corres-

1 Capítulo derivado de la tesis “Proyectos de desarrollo e influencias externas en la transformación de la vivienda, en el caso de una comunidad indígena en el municipio de Leticia”, presentada para optar al título de Magíster en Hábitat en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, en 2011.

2 Germán Grisales Jiménez, *Nada queda, todo es desafío. Globalización, soberanía, fronteras, derechos indígenas e integración en la Amazonía* (Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000), XI.

3 DANE, *Población indígena de Colombia. Resultados del Censo Nacional de Población y Vivienda 2018* (Bogotá: DANE, 2019).

4 DNP, *Resumen histórico de distribución Sistema General de Participaciones* (Bogotá: DNP, 2017), https://sicodis.dnp.gov.co/ReportesSGP/SGP_Historicos.aspx

ponden a un poco más de la cuarta parte del territorio nacional. Los resguardos representan más de 31,6 millones de hectáreas, de las cuales el 93 % corresponden a bosques naturales⁵.

Si bien el territorio que poseen las comunidades indígenas en Colombia es importante, la calidad de los suelos para producción, la ubicación y las restricciones para comercializar productos generan dificultades para garantizar su subsistencia y sustentabilidad⁶. Esta situación respalda la importancia de investigar sobre los modos de habitar de los pueblos indígenas y las posibilidades que tienen con respecto al uso y manejo de sus territorios en términos de vivienda, producción agrícola y reserva forestal.

La región amazónica en Colombia representa el 35,38 % del área terrestre total del país. La población indígena que habita esta zona es de 169 372 personas⁷ agrupadas en 209⁸ resguardos, ubicados

en los departamentos de Amazonas, Putumayo, Vaupés, Guaviare, Guainía y Caquetá. Aunque los grupos indígenas tienen en la región amazónica un territorio aparentemente amplio, es considerado zona de protección y reserva ambiental y, en este sentido, la población indígena tiene limitantes para su uso y explotación.

En la ocupación territorial amazónica incidieron varios hechos que tenían como propósito vincular la región a las dinámicas económicas nacionales e internacionales. La población indígena fue usada como mano de obra para la extracción y explotación de recursos naturales y obligada al desplazamiento forzado. Estas situaciones se generalizaron durante las diferentes bonanzas que vivió la región.

La llegada de nuevos pobladores a la Amazonía generó efectos en la transformación de la vivienda indígena, situación en la que también influyeron los proyectos de desarrollo nacional, regional y municipal, que han impactado la forma en que las comunidades conciben, construyen y usan la vivienda.

En la primera parte de este texto, se aborda el contexto internacional y nacional de esta región con miras a entender su relevancia y su papel como reserva ambiental de la humanidad. Esta parte sintetiza algunos imaginarios sobre esta región y contiene un breve recuento de las políticas y planes de desarrollo más relevantes para comprender cómo se desarrollan proyectos económicos, culturales y ambientales.

La segunda parte se enfoca en el contexto histórico de la vivienda indígena, las características de su configuración espacial, el uso de materiales y las técnicas de construcción a partir

5 DANE, *Tercer Censo Nacional Agropecuario* (Bogotá: DANE, 2016), citado en DNP, *Asignación especial del Sistema General de Participaciones para resguardos indígenas, una propuesta de distribución* (Bogotá: DNP, 2017), 19-20, <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Inversiones%20y%20finanzas%20pblicas/Documentos%20GFT/Bolet%C3%ADn%20resguardos%20ind%C3%ADgenas.pdf>

6 Esther Sánchez Botero, *Los pueblos indígenas en Colombia. Derechos, políticas y desafíos* (Bogotá: Unicef, Oficina de área para Colombia y Venezuela, 2003), <https://www.urosario.edu.co/jurisprudencia/catedra-viva-intercultural/Documentos/pueblos-indigenas-1-.pdf> y <https://www.onic.org.co/canastadesaberes/113-cds/publicaciones/derechos/1475-los-pueblos-indigenas-en-colombia-derechos-politicas-y-desafios>

7 DANE, *Población indígena*.

8 DNP, *Resumen histórico*.

del análisis de los cambios producidos en los ámbitos sociales, culturales, económicos y de organización comunitaria.

En la tercera parte, se analizan las transformaciones de la vivienda a la luz del caso de estudio, que permite concluir cuáles son las manifestaciones y conexiones de la transformación de la vivienda con hitos históricos, y con proyectos de desarrollo impulsados por actores que son externos a las comunidades indígenas.

CONTEXTO INTERNACIONAL Y NACIONAL DE LA AMAZONÍA

La Amazonía tiene aproximadamente 7 millones de kilómetros cuadrados; posee grandes reservas de agua, maderas, flora, hidrocarburos y minerales, razones por las cuales es considerada como un territorio donde descansa parte del futuro de la humanidad. La cuenca amazónica es depositaria de la mayor extensión de bosques tropicales del planeta y de una gran diversidad biológica de ecosistemas, especies y recursos genéticos y farmacológicos. Además se estima que allí viven más de 370 pueblos de diferentes culturas. Todo esto hace que, desde el punto de vista ambiental, la región sea geoestratégicamente

importante, en particular, con relación al balance del clima mundial.⁹

La Amazonía es un territorio que comparten Colombia, Brasil, Perú, Ecuador, Venezuela, Bolivia, Surinam, Guyana y Guayana Francesa. En Colombia, esta región corresponde al 5,4 % de área total de la cuenca. A pesar de la diversidad de países que lo integran, el territorio amazónico se caracteriza por la persistencia de rasgos ancestrales de la población nativa en términos simbólicos, culturales, sociales, económicos y en sus formas de relacionarse con el entorno natural. Existen allí diferentes lazos étnicos y familiares de la población indígena que se asienta en los territorios fronterizos y que ha migrado a otros países como consecuencia de los fenómenos extractivos que se han presentado en la región.

La protección ambiental y de las comunidades indígenas que habitan este territorio es responsabilidad de todas las naciones que la conforman. Por esta razón, las políticas y programas actuales y futuras sobre protección y uso de los recursos naturales deben garantizar la participación directa y vinculante tanto de comunidades indígenas como de colonos.

Desde épocas ancestrales, el desarrollo de los asentamientos indígenas responde a un fenómeno de integración con el medio natural que reconoce la biodiversidad de especies animales y vegetales, y establece pautas de ocupación y de construcción de la vivienda acordes con esta

⁹ Olga Lucía Chaparro, *Construyendo Agenda 21 para el departamento de Amazonas: una construcción colectiva para el desarrollo sostenible de la Amazonía colombiana* (Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi, 2007), 13.

realidad. En este sentido, el hábitat de los grupos indígenas amazónicos es un espacio que representa su cultura y en el cual se desarrollan tipologías espaciales que se reconocen como patrimonio cultural por las características distintivas que serán presentadas más adelante en detalle.

IMAGINARIOS SOBRE LA REGIÓN AMAZÓNICA

Los procesos históricos documentados han establecido algunos imaginarios que se tienen sobre la región amazónica. Desde una mirada positiva se la concibe como potencial y patrimonio para el desarrollo y equilibrio ecológico en beneficio de la humanidad, y desde la mirada negativa, se la recuerda como el escenario de las masacres que han ocurrido con ocasión de la extracción de los recursos de forma indiscriminada y con fines económicos.

La Amazonía se define como un paraíso para ser preservado por su papel en la estabilización del clima mundial. Se han creado políticas orientadas a la protección del patrimonio etnográfico de la Amazonía; sus pobladores son imaginados como “nativos ecológicos” poseedores de una sabiduría milenaria en armonía con la selva, con lo cual se reivindica a la población con respecto al significado y el valor de ser indígena. Este imaginario potencializa la idea del turismo ecológico y etnográfico de la zona.

La Amazonía es vista como un reservorio de riqueza inimaginable, disponible para que la humanidad, con el desarrollo de la biotecnología y la

investigación científica, encuentre nuevas fuentes de riqueza.

Desde la segunda mirada, se recuerda la época de las caucherías, cuando la población indígena fue aniquilada en gran parte por la esclavitud a que se vio sometida por las casas explotadoras que usaron a sus integrantes como mano de obra para la recolección del látex.

El consumo mundial de drogas ilícitas ha generado una época de pequeños paraísos para la población amazónica por los ingresos que se obtienen por su cultivo y venta. Con las ganancias económicas que obtuvo la población, y que provienen de una inmensa franja mundial de personas que financian esta actividad, las comunidades indígenas han accedido a muchos productos y servicios que adquieren en las ciudades y poblados.

El conflicto armado en Colombia es un problema que ha subsistido durante décadas, está presente en todo el territorio nacional y ha ocasionado el desplazamiento forzado, la incorporación de la población a grupos armados y el dominio sobre las áreas de cultivo ilícitos, entre otros aspectos.

POLÍTICAS Y PLANES DE DESARROLLO REGIONALES

Las políticas públicas y los planes de desarrollo regionales identificaron y abordaron dos problemáticas: la primera, la desvinculación de este territorio de las dinámicas económicas nacionales y, la segunda, la deficiencia en el desarrollo científico y tecnológico. Dichas problemáticas se

han afrontado con la formulación de proyectos de turismo e investigación que tienen como propósito el desarrollo económico y la generación de oportunidades laborales para la comunidad. Sin embargo, estas iniciativas no han integrado desde su concepción las implicaciones de tipo cultural y ambiental que tienen los proyectos impulsados tanto para la población nativa como para los colonos.

Se ha promovido la creación de servicios estratégicos que posicionan este territorio en las dinámicas económicas y sociales, nacionales y mundiales, pero no ha sido estudiado el impacto que ha generado la oferta de estos servicios en la población residente. Es oportuno cuestionarse acerca de si la desvinculación de este territorio ha sido del todo errónea o si, por el contrario, es esta distancia con los procesos de globalización la que ha permitido la preservación de algunas de las comunidades que hoy son reconocidas como patrimonio cultural nacional y mundial.

A la Amazonía se le debe reconocer aportes de diversa índole, iniciados desde las reflexiones sobre el modo de habitar del hombre de la selva, tales como el concepto de desarrollo sostenible, sobre lo cual se cita el siguiente ejemplo:

Y surgió con mucha antelación el más grande precedente de la idea de desarrollo sostenible, inmerso en el papel de los Dueños del Monte, de las aguas, en general, de los recursos naturales (en algunas culturas lo llamaban Curupira, espíritu con un pie al revés), que podemos rastrear en la mayoría de cosmogonías y relatos de

origen de los pueblos amazónicos. Tal papel consiste en garantizar mediante estrictas normas adaptativas la capacidad de carga de los ecosistemas o de las relaciones de intercambio entre el hombre y el resto de la naturaleza, so pena de que de no hacerlo (por ejemplo, si un cazador obtiene presas en exceso) viene la venganza del Dueño del Monte, de los Animales, de los Árboles, que puede traducirse en enfermedad o muerte, en todo caso en tragedia para el infractor del límite donde comienza lo prohibido.¹⁰

En 1987, la ONU elaboró el Informe Brundtland en el que se definió el concepto de desarrollo sostenible como aquel “que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades”¹¹. Este informe expuso cómo la destrucción de los recursos naturales es consecuencia de las alternativas de desarrollo que se han implementado, y afirmó que la protección ambiental se constituye en un asunto de interés global en el cual todas las naciones deben hacer aportes concretos para parar y revertir el deterioro ambiental actual.

10 Grisales, *Nada queda*, 24.

11 ONU, *Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. Nota del Secretario General. A/42/427* (S. I.: Asamblea General de las Naciones Unidas, 1987), 59, https://www.ecominga.uqam.ca/PDF/BIBLIOGRAPHIE/GUIDE_LECTURE_1/CMMAD-Informe-Comision-Brundtland-sobre-Medio-Ambiente-Desarrollo.pdf

La Amazonía se convierte en un tema de interés global como una región de importancia para la conservación y el balance ambiental mundial. Esta condición establece que los proyectos y acuerdos sobre el desarrollo se deben formular de manera conjunta bajo la consideración de un manejo ambiental responsable.

En 1992, se realizó la Cumbre para la Tierra en Río de Janeiro, de la cual se derivó el Programa —también conocido como Agenda 21— en el cual se establece que el desarrollo sostenible “debería pasar a ser un tema prioritario del programa de la comunidad internacional”¹². La aplicación de la Agenda 21 en la gran cuenca amazónica involucró la participación de todos los países que la integran, con el compromiso de que cada uno adelantara a nivel nacional la identificación de problemas y estrategias comunes para implementarlas en los ocho países de la subregión como una propuesta de construcción colectiva orientada a lograr el desarrollo sostenible de la Amazonía.

En el caso colombiano, el Ministerio del Medio Ambiente asumió en 1998 el liderazgo de la Agenda 21 para la Amazonía y el Pacífico colombianos y delegó la responsabilidad sobre este tema en la región amazónica al Instituto Sinchi. El objeto era identificar las necesidades para la formulación de acuerdos nacionales y regionales, y contribuir con

la articulación de procesos políticos, socioeconómicos, culturales y ecológicos en formulación de políticas de planificación a largo plazo en la Amazonía.

Como se consigna en la Agenda 21, no es conveniente separar los aspectos de desarrollo económico y cultural de los ambientales. Por ello, esta agenda para el departamento del Amazonas se basa en los principios del desarrollo sostenible y asume como objetivo general conseguir que el departamento garantice una mejor calidad de vida para los ciudadanos sin menoscabo del medio ambiente¹³.

Para lograr este propósito, el departamento del Amazonas recogió y analizó los informes sobre los planes de desarrollo, la situación de la salud y la educación, los servicios públicos, la infraestructura, el proyecto de ley forestal y la seguridad, entre otros.

A través de iniciativas nacionales, departamentales o municipales, se concretaron proyectos que tienen entre sus beneficiarios a las comunidades indígenas. Algunos ejemplos son: subsidios para las familias guardabosques; construcción de vías de acceso a las comunidades; dotación de servicios de energía eléctrica, acueducto y alcantarillado; construcción de infraestructura; mejoramiento o construcción de vivienda; programas y capacitaciones para la generación de ingresos; protección de tierras y seguridad alimentaria.

12 ONU, *Agenda 21* (Río de Janeiro, 1992), capítulo 2, <https://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/agenda21spchapter2.htm>

13 Chaparro, *Construyendo Agenda 21*.

CONTEXTO HISTÓRICO DE LA VIVIENDA INDÍGENA EN LA AMAZONÍA

El cambio de la vivienda indígena es producto de los procesos de transformación en la estructura social de las comunidades indígenas a lo largo de la historia. Este proceso ha estado influenciado por actores y acontecimientos externos a su cultura que han ocasionado hibridación cultural y apropiación de elementos que modificaron su forma y modo de habitar, y repercutieron en la concepción y el significado de la vivienda.

En los siglos XVI y XVII los territorios ocupados por las comunidades indígenas actuales eran habitados por otros grupos étnicos que desaparecieron ante el impacto generado por los exploradores españoles y portugueses. En esa época, la población indígena vivía en malocas, entendidas como viviendas de tipo comunal, y sus asentamientos se localizaban en el norte de la región amazónica en tierras altas.

En la maloca o vivienda ancestral indígena, “se traduce y se simboliza la concepción que la comunidad tiene sobre el universo, el mundo y el hombre, el cómo, el por qué, y el cuándo del hombre y todas las cosas”¹⁴. La maloca llegó a representar, como vivienda comunal, la totalidad de la realidad para la población indígena, ya que

era la expresión material que simbolizaba su realidad cultural y su relación con el medio natural.

La maloca representaba el poder de una comunidad, y funcionaba como espacio de encuentro, trabajo, habitación y como lugar sagrado. Existían diversos roles que se integraban en la maloca y que hacían de esta un lugar trascendental de la cultura nativa que incidía de manera directa en el fortalecimiento de los vínculos entre los indígenas pertenecientes a una misma comunidad.

Durante el siglo XVIII, se establecieron nuevos asentamientos indígenas promovidos por las misiones que influyeron en gran medida en la transformación del tipo de organización espacial. Se realizaron adaptaciones de nuevas formas, materiales y técnicas de construcción traídas del modelo urbano a las condiciones y la cultura amazónica. Se produjo la asimilación por parte de la población nativa de nuevas formas de trabajo, de uso de herramientas, de prácticas religiosas y sociales; es decir, una transformación cultural.

Este fenómeno ocasionó la paulatina desaparición de la maloca para algunas de las comunidades, causada por la predicación de doctrinas y prácticas enseñadas por los misioneros, quienes fomentaron la destrucción de la maloca, a la cual catalogaron como un lugar de promiscuidad al observar que diferentes núcleos familiares habitaban un mismo espacio. La idea de que cada uno de los núcleos familiares viviera en un espacio independiente fue adquiriendo fuerza y acogida entre la población; algunas veces por convicción y otras como mecanismo de adaptación ante la ocupación y el dominio de la cultura occidental.

14 Blanca de Corredor, “La maloca murui-muinane”, vol. 1 (tesis de doctorado, Universidad Nacional de Colombia, 1986), 2.

Hoy existen y se construyen malocas en algunas de las comunidades indígenas, y estas conservan parte de su valor simbólico y cultural, aunque perdieron su rol como vivienda comunal. Actualmente la maloca es habitada por el maloquero y su familia, y es utilizada por los miembros de la comunidad solo como un lugar de encuentro para reuniones y rituales o atención de los visitantes.

Este tipo de transformación de la vivienda es un ejemplo de cómo los procesos de hibridación intercultural repercutieron en el modo de habitar de una comunidad determinada. La vivienda dejó de ser un espacio de habitación comunal para dar paso a la construcción de varias unidades para vivienda unifamiliar.

Desde finales del siglo XIX, en 1865, la industrialización promovió la demanda extractiva, primero de la quina y luego del caucho como materia prima con gran rentabilidad. Esto se tradujo en un avance sobre el territorio amazónico con fines extractivos y de incorporación de mano de obra indígena, reconocida como una población conectora del territorio y capaz de sobrevivir en las difíciles condiciones de la región.

Teniendo como referente el valor y la importancia de la maloca en la estructura social indígena, aquellas comunidades que habían logrado mantener su cultura al margen de la influencia de las misiones y habitaban bajo su lógica de vida comunitaria y con sus propias prácticas sobre el medio natural, llegada la época de explotación cauchera, fueron atacadas y debilitadas en la exploración que se realizó sobre la Amazonía. Esto ocasionó la desaparición y el sometimiento de

comunidades indígenas, y la consiguiente destrucción de la maloca tradicional.

La estructura social que tenían como comunidad hacía una diferenciación del trabajo por roles de ocupación y de género, en la caza, la pesca, el cultivo en la chagra, las actividades de tejido, la preparación de alimentos, la enseñanza y la crianza de los niños, la preparación del *mambe*, entre otras labores.

Esta estructura de roles como comunidad se transformó, en el caso de aquellos indígenas que fueron reclutados como mano de obra para la explotación cauchera, en un único tipo de trabajo que generaba beneficios personales o para el núcleo familiar, y causó la paulatina desvinculación de los individuos de su comunidad.

La nueva realidad social ocasionó la transformación de la vivienda (figura 1), que pasó de ser un lugar para el descanso, el trabajo y la realización de ceremonias de la comunidad, y que tenía valor físico y simbólico, a ser un lugar solo para el descanso, conformado por un único espacio o habitación que era compartido por todos los miembros de la familia.

El conflicto colombo-peruano de 1932, causado por el dominio sobre los territorios caucheros y la población nativa, la que no solo debió padecer al ser usada como mano de obra para la extracción de productos, sino también como soldados, cargadores o guías de los ejércitos de Colombia y de Perú, ocasionó la pérdida paulatina de los vínculos entre los grupos familiares y comunitarios.

La población indígena se desplazó hacia las riberas de los ríos para tratar de no ser capturada. Así se enfrentó a un cambio en las condiciones



Figura 1. Procesos y etapas de la transformación de la vivienda
Fuente: elaboración propia, 2009.

territoriales y pasó de ocupar tierras altas a localizarse en tierras bajas que se caracterizan por ser inundables en época de lluvias debido al crecimiento de los ríos. Esta población afrontó cambios en la localización de sus viviendas, en nuevas condiciones del medio natural y de tipo cultural, ocasionados por la evangelización y el contacto con la visión del mundo occidental, como las prácticas religiosas, las formas de organización social, y la estructura administrativa y política (ilustración 1).

Con la influencia de la evangelización, se incorporó la idea de la separación espacial en las

viviendas individuales por grupo familiar y se propició una fragmentación importante de las relaciones comunitarias de los grupos indígenas.

Los nuevos asentamientos fueron conformados por unidades de vivienda que surgieron en torno a la iglesia, al centro de servicios de salud y a las construcciones educativas. Agruparon familias y se adaptaron al nuevo tipo de relación comunitaria con individuos que habían asumido el intercambio cultural.

De esta forma, cambiaron sustancialmente la visión y la relación que hasta entonces se tenía



Ilustración 1. Transformación de la vivienda en la Amazonía

Fuente: ilustración y fotografías de la autora, 2009.

con el medio natural, caracterizada por que cada una de las comunidades afectaba su territorio con la construcción de una maloca y un terreno para el cultivo o chagra, cuyo impacto sobre el medio natural era reversible por el tipo de material utilizado y porque el asentamiento era pensado como un lugar temporal. Las comunidades se entendían a sí mismas como nómadas, de tal suerte que, antes de agotar los recursos, se

trasladaban a otro terreno, lo que daba la posibilidad de recuperación al medio natural.

Los nuevos tipos de asentamiento, por el contrario, funcionaron bajo la lógica del mundo occidental que traía consigo el uso de materiales perdurables en las construcciones, así como la idea de la creación de aldeas que debían subsistir en el tiempo, como símbolo de la presencia estatal de cada una de las naciones en la frontera de la Amazonía.

EL CASO DE JUSY MONILLA AMENA – MONIFUE AMENA

Monilla Amena es una de las 31 comunidades indígenas pertenecientes al municipio de Leticia, capital del departamento del Amazonas en Colombia. Esta comunidad se localiza a orillas del río Tacana, a 9 km de Leticia. Su territorio es de 142 hectáreas, con un 80 % de bosque primario y un 20 % de bosque secundario y chacras (huertos nativos amazónicos), en las que se cultiva para el consumo de la comunidad yuca, plátano, camote, piña, caña, entre otros¹⁵.

La comunidad indígena Monilla Amena pertenece a la etnia murui-muina (uitoto), con algunos miembros de los pueblos ticuna y yucuna. Su nombre, Monifue Amena, significa en lengua murui-muina El Árbol de la Abundancia. Esta comunidad está integrada por 106 personas que conforman 26 familias, de las cuales 11 tienen coresidencia en Leticia, y fue beneficiada con proyectos de desarrollo impulsados por actores estatales, internacionales y académicos, tales como planes de vivienda de interés social rural, construcción de la carretera de acceso al territorio y la apuesta dentro de la comunidad por ofrecer un turismo etnocultural para los visitantes (Centro Monifue

Amena) como medio de incorporación a las nuevas dinámicas económicas de la Amazonía.

El crecimiento del turismo en el municipio de Leticia influyó a los miembros de la comunidad, quienes se interesaron por formar parte de las actividades turísticas que consideraban como una posibilidad para aumentar sus ingresos y mejorar su calidad de vida.

En la comunidad Jusy Monilla Amena, el visitante puede experimentar algunas de las situaciones que caracterizan el territorio amazónico, porque se le da la oportunidad de vivir en las condiciones en que lo hace la comunidad indígena, y de aprender algo de sus costumbres, relatos y de la vida en la selva. La aceptación de una nueva alternativa de ingreso económico, basada en el turismo dentro de la comunidad, estaba representada principalmente por el Centro Etnoecoturístico y el aprovechamiento de una propuesta de vivienda de interés social rural como posadas turísticas.

Los tipos de construcciones que albergan el uso de vivienda encontrados en la comunidad fueron la maloca, la vivienda tradicional unifamiliar y las viviendas de interés social rural o “maloquitas”. En total se visitaron catorce viviendas (vivienda del líder de la comunidad, una unidad; viviendas tradicionales, dos unidades, y viviendas del proyecto de vivienda de interés social rural [VISR], once unidades). Adicionalmente, se aplicó una entrevista semiestructurada a sus moradores, y se realizó un proceso de observación y de registro fotográfico.

15 “Centro Monifue Amena”, Amazonas Indígena, actualizado el 30 de octubre de 2009, <https://amazonasindigena.wordpress.com/malocas-uitoto/>

Partiendo de postulados de los estudios sobre hábitat en los cuales la vivienda se considera una expresión cultural asociada a diferentes transformaciones, la presente investigación identificó las relaciones territoriales que se dan en la comunidad Monilla Amena, en relación con procesos de transformación del entorno natural y cultural, la influencia de los diferentes proyectos de desarrollo social, económico y político, y las expectativas de esta comunidad indígena. Esta relación se analiza a continuación, mediante la revisión de las dimensiones física y simbólica de la vivienda, y el papel del turismo en sus transformaciones.

DIMENSIONES FÍSICA Y SIMBÓLICA DE LA VIVIENDA

La vivienda comunal o maloca

La maloca es un espacio de representación simbólica de las comunidades indígenas, heredado de sus antepasados, que los identifica como etnia o pueblo. Se constituye en una representación de su identidad como parte de sus prácticas culturales. La maloca ancestral se ubica en tierras altas donde se puede construir directamente sobre el suelo y evita problemas como posibles inundaciones ocasionadas por crecientes de los ríos.

Esta vivienda comunal se concibe de forma sostenible con la naturaleza. En ella se realizan ceremonias de bendición, de permiso, de inauguración, de pisada de la maloca, entre otras, y es el espacio de protección y cuidado, pues para las comunidades tiene un significado de madre creadora que representa valores de carácter simbólico y físico (ilustración 2). Es habitada por el maloquero y su familia, y es el lugar de reunión y de carácter ceremonial de la comunidad.

La maloca representaba el clan y etnia a la cual pertenecía quien la habitaba. Según la información obtenida en el relato del líder de la comunidad, esta ya no es una característica que se pueda evidenciar en las nuevas viviendas, porque los elementos que permitían identificar esta condición, como el tipo de maloca (macho o hembra), el tejido hecho con las hojas de palma de la cubierta, la localización de los accesos o salidas y el tipo de madera empleado en la construcción no corresponden a los criterios ancestrales y tradicionales, sino que han sido sustituidos por otros de funcionalidad, tiempo y disponibilidad de los materiales (fotografía 1).

Los diversos roles que se integraban en la maloca hacían de este un lugar trascendental de la cultura nativa ancestral. Esta característica se conserva como símbolo de identidad y vida comunitaria en Monilla Amena, y en otras de las comunidades indígenas, y se manifiesta por medio de las reuniones y rituales que se realizan en su maloca comunitaria.

DIMENSIÓN SIMBÓLICA

- Clan Borugo - etnia uitoto.
- Tipo de administración del líder.
- Ceremonias, rituales tradicionales.
- Espacio de reunión de la comunidad.

DIMENSIÓN FÍSICO-ESPACIAL

- Configuración espacial, materiales, objetos.
- Número y localización de pilares.
- Localización de espacios por jerarquía.
- Vivienda del líder y su familia.



Ilustración 2. La maloca

Fuente: ilustración y fotografías de la autora, 2009.



Fotografía 1. Centro Etnoecoturístico. Comunidad Monilla Amena

Fuente: fotografía de la autora, 2009.

La vivienda tradicional unifamiliar

La ocupación de las riberas de los ríos o tierras bajas por parte de la población llevó a que la vivienda tradicional se adaptara a las inundaciones en temporadas de lluvias o a una relación permanente con el agua, mediante la adopción de una tipología levantada del nivel del suelo a través de pilotes de madera con alturas variables, como se puede observar en la fotografía 2.

A diferencia de la maloca, la vivienda tradicional unifamiliar no se construye para vivir en comunidad, ni su construcción pasa por eventos de carácter simbólico como la definición del lugar y las ceremonias de permiso y bendición. Esto muestra que la vivienda ya no tiene un significado simbólico ni representa el universo, sino que se constituye en un espacio que suple las necesidades de la familia de tener un techo.

Tipológicamente, la vivienda tradicional tiene planta rectangular y cubierta a dos o cuatro aguas (ilustración 3). El tiempo de construcción es más corto comparado con el tiempo de desarrollo de la maloca porque solo implica la búsqueda del terreno apropiado, la adquisición de los materiales y su ensamblaje. Ya no se requieren rituales como la preparación de la chagra, del mambe y de la yuca.

En el caso particular de la comunidad Monilla Amena, la vivienda indígena no conserva el carácter de espacio comunal y cada vivienda es habitada solamente por un grupo familiar y, en algunos casos, incluso por una sola persona.

El área de ocupación de las viviendas unifamiliares es menor, comparada con la maloca de la comunidad, por el número de personas que

habitan en ella y por la dificultad de construcción de la vivienda para el grupo familiar; en la mayoría de los casos encontrados, es un trabajo que realiza el hombre cabeza de familia con la colaboración de su mujer. Esta particularidad ha producido un tipo de vivienda de área pequeña que es insuficiente al carecer de algunos espacios necesarios para las actividades diarias de la familia. Por esta razón, las viviendas inicialmente construidas tienen desarrollos posteriores en el interior y el exterior para contar con espacios para el almacenamiento de alimentos y enseres, para garantizar la cría de animales, así como una cocina y un área social donde se reciben visitantes. En términos de uso, la parte interior se emplea principalmente para almacenamiento y cuidado de animales; y la cocina, el baño, el espacio social y aquellos para los niños son construidos de manera complementaria al núcleo central y en el exterior, muchas veces al aire libre.



Fotografía 2. Vivienda tradicional unifamiliar.
Comunidad Monilla Amena
Fuente: fotografía de la autora, 2009.

DIMENSIÓN SIMBÓLICA

- Tradicional.
- Unidad de vivienda unifamiliar.
- Lugar de descanso y abrigo.

DIMENSIÓN FÍSICO-ESPACIAL

Dos espacios sobre la plataforma:

- **Espacio social:** cocina, espacio para descansar, para realizar las actividades cotidianas.
- **Zona privada:** descanso de la familia, donde se duerme y sirve de lugar de almacenamiento.



Ilustración 3. La vivienda tradicional
Fuente: ilustración y fotografías de la autora, 2009.

Vivienda de interés social rural o *maloquita*

En un intento de preservación de la cultura constructiva indígena de la vivienda, en palabras de algunos miembros de la comunidad, “se optó por el nuevo tipo de viviendas o maloquitas”, que a su vez permiten identificar a la comunidad como un asentamiento indígena a través de la estética de la maloca (fotografía 3). La vivienda de interés social rural (VISR) propuesta con esta

tipología retoma la planta circular y la construcción se hace directamente sobre el terreno, sin estar exentas de problemas de humedades por el tipo de materiales y cerramientos utilizados y el nivel del terreno donde se emplazan.

La dimensión simbólica del hábitat se puede reconocer a través del siguiente relato que evidencia la concepción de la población sobre el proyecto de vivienda de interés social rural o *maloquita*, estrechamente ligado a la puesta en

marcha del proyecto de turismo que ofrece la comunidad, en relación con el recibo de visitantes en su territorio:

en el caso, tal como acá lo estamos manejando, no hay pérdida de la identidad cultural, al contrario, hay es fortalecimiento de la identidad cultural, porque nosotros le damos otro tipo de manejo, porque estamos muy convencidos de que la única forma de nosotros seguir conservando nuestro medio natural, nuestro medio ambiente, pues es... intercambiando o compartiendo nuestro poco conocimiento con el visitante, y por ello, pues, nosotros podemos de pronto tratar de alcanzar a satisfacer algunas necesidades, pues creadas por la culturización, ¿no? Que si tuviéramos un buen flujo de visitantes la cosa sería mil maravillas... Es duro, es duro.



Fotografía 3. VISR *maloquita*. Comunidad Monilla Amena
Fuente: fotografía de la autora, 2009.

Testimonios como este permiten evidenciar cómo la cultura tradicional indígena se ha ido reinterpretado en el presente por parte de las comunidades que están directamente influenciadas por el auge del turismo que contribuye en la redefinición de nociones como nación, pueblo e identidad (ilustración 4).

La maloca de la comunidad Jusy Monilla Amena, actual vivienda del líder y su familia, rememora el espacio con valor simbólico, pero a su vez la nueva vivienda de interés social rural o maloquita se convierte en un modelo estético y simbólico que representa las necesidades modernas de la población indígena.

En algunas de las viviendas visitadas (viviendas tradicionales unifamiliares y nuevas VISR), el espacio para la cocina se halla fuera de la vivienda, en construcciones aisladas pequeñas, y en otras la actividad se realiza al aire libre.

En las nuevas viviendas, no se diseñaron espacios para la ubicación de mobiliario como estanterías y armarios. Esta situación deriva en problemas de ocupación espacial que van en detrimento de la calidad de vida de sus moradores por la reducción de las áreas para el descanso y la vida cotidiana de la familia.

Es importante anotar que, aunque los entrevistados expresaron tener mejor calidad de vida y estar contentos con las nuevas viviendas, también se evidenció que coinciden en que el proyecto debe ser mejorado en aspectos como la construcción total de piso en concreto en toda el área, y manifestaron su intención de mejorar la zona social y la cocina.

DIMENSIÓN SIMBÓLICA

- Unidad de vivienda unifamiliar.
- Lugar de descanso y abrigo.
- Posada turística: fuente de ingresos.
- Comunidad como promotora y gestora de sus propios servicios de turismo etnográfico y ecológico.

DIMENSIÓN FÍSICO-ESPACIAL

- Habitación y baño para la familia beneficiaria y para el turista.
- Espacio social y cocina.

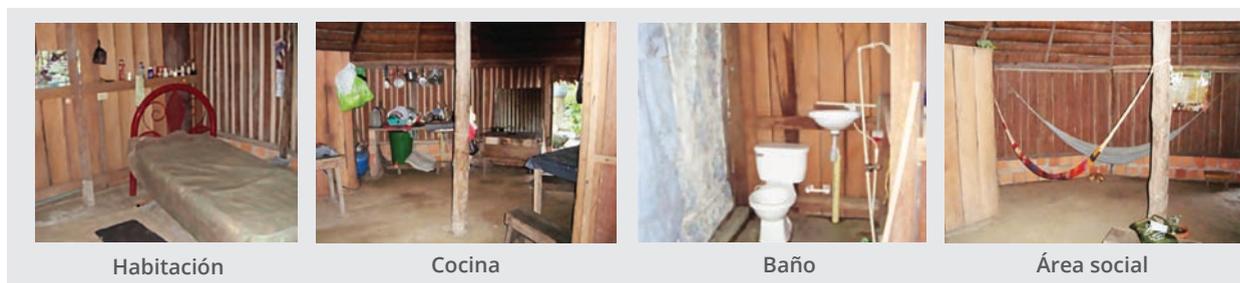


Ilustración 4. Vivienda de interés social rural
Fuente: ilustración y fotografías de la autora, 2009.

El recorrido realizado y la visita a las viviendas de la comunidad pusieron de manifiesto que algunas familias han conservado su vivienda tradicional unifamiliar, la cual funciona como un espacio complementario que se utiliza para el almacenamiento de alimentos y de herramientas o como espacio para la crianza de animales. Algunos de los entrevistados manifestaron la necesidad de construir o mejorar la vivienda tradicional

unifamiliar como segunda vivienda que podría tener utilidad en el futuro como espacio de acogida si se incrementa el número de visitantes. Esto con la idea de acondicionar la vivienda de interés social rural como “posada turística” y volver a vivir en su vivienda tradicional unifamiliar.

La reflexión de algunos de los miembros de la comunidad después de recibir y habitar en las nuevas viviendas permite concluir que el proyecto

de VISR está siendo pensado por esta comunidad como posible alternativa de transformación de las viviendas en posadas turísticas y no como primeras viviendas. A pesar de que existió una participación de la comunidad en el diseño, no se consideró la privacidad como una de las premisas principales requeridas por las familias. Esto ejerce presión sobre el cambio de uso de la vivienda, particularmente en las temporadas en las cuales se incrementa el turismo.

En el caso de estudio, la maloquita como espacio de vivienda conservó la estética y el uso de materiales tradicionales, pero se transformó con la incorporación de elementos propios de la vivienda urbana, tales como sala, baño y cocina, que están ahora delimitados físicamente, contrario a la maloca comunal tradicional, constituida por un único espacio, en donde la diferenciación de usos se hace por su localización. En este sentido, las viviendas tradicionales construidas directamente por las comunidades parecen responder mejor a las necesidades y expectativas de la comunidad de Monilla Amena que el modelo de VISR propuesto por actores externos, a pesar de que este modelo imita la maloca. Sin embargo, es importante resaltar que al construir viviendas con tipología de “maloca” se mostró un interés por conservar la tradición constructiva de la comunidad indígena, y resaltar elementos estéticos que están ligados a valores ancestrales de la vivienda. De hecho, la comunidad plantea que continuará el proyecto con la construcción de nuevas viviendas para quienes no fueron beneficiarios y lo requieren.

Por la percepción que la comunidad indígena de la parcialidad Jusy Monilla Amena tiene sobre el proyecto VISR implementado, esta iniciativa se considera como exitosa en el contexto amazónico, pues la comunidad pudo participar en todas las etapas del proceso, lo cual les permitió incluir modificaciones antes de la construcción a partir de la imagen que querían proyectar a los visitantes.

Durante las etapas de diseño y construcción del proyecto, la comunidad participó en reuniones, y como aportante de mano de obra y subcontratistas para el suministro de materiales como la hoja de la palma de caraná utilizada en la cubierta y la madera utilizada en la estructura y el cerramiento. De acuerdo con la comunidad, esto garantizó la buena calidad de los materiales, pues son ellos quienes conocen sus características y su comportamiento.

Como aspecto destacado por los beneficiarios del proyecto está la necesidad de coordinación entre entidades de los gobiernos nacional y local para la realización de proyectos con carácter integral, ya que manifiestan que no pueden hacer uso adecuado de su vivienda después de dos años de ocupación en promedio, ya que les fueron entregadas con instalaciones hidrosanitarias y eléctricas, pero aún están a la espera de que el municipio desarrolle el proyecto de conexión eléctrica e hidráulica para la parcialidad. Por ello, el baño, la ducha y el lavaplatos aún no han podido ser utilizados por los beneficiarios. Queda con ello latente la brecha entre las expectativas de los beneficiarios y los tiempos de ejecución del proyecto que aún después de la entrega de las viviendas se percibe como incompleto.

EL TURISMO EN LA COMUNIDAD MONILLA AMENA

En la actualidad la iniciativa turística más consolidada en la comunidad y por la cual se reconoce en el ámbito local y nacional [...] es el Centro Etnoecoturístico liderado por la familia Arango Calderón. En el centro se ofrece como producto turístico una experiencia amazónica compuesta de los servicios de alojamiento, alimentación y el disfrute de atractivos naturales (senderos, riachuelos, avistamiento de fauna, cultivos en la chagra) y culturales (conocimientos tradicionales, relatos de mitos, elaboración de artesanías, etc.).¹⁶

El contacto que establece el visitante con la comunidad indígena no es una inmersión como aquella propia de los estudios etnográficos. Puede hospedarse en las maloquitas, y el Centro Etnoecoturístico le facilita espacios como el comedor principal, la zona de baños y la tienda de artesanías. El turismo en la Amazonía ha impactado todos los sectores culturales y se ha constituido en un proyecto moderno que se ha apropiado de las tradiciones culturales y los bienes históricos de esta región; en este caso, de los elementos

representativos de las comunidades indígenas tradicionales que se transformaron o se adaptaron a las nuevas condiciones económicas y sociales. Podría pensarse que la conservación de esos bienes

tendría poco que ver con su utilidad actual. Preservar un sitio histórico, ciertos muebles y costumbres, es una tarea sin otro fin que el de guardar modelos estéticos y simbólicos. Su conservación inalterada atestiguaría que la esencia de ese pasado glorioso sobrevive a los cambios.¹⁷

En la comunidad Monilla Amena se dieron procesos de hibridación que convierten sus fronteras en límites porosos tanto cultural como espacialmente, dado el contacto intercultural permanente que genera el flujo de visitantes y su condición de territorio fronterizo. Esta comunidad es abierta, no se puede considerar como una cultura estable con límites fijos, pues sus fronteras han experimentado cambios permanentes por condiciones históricas y sociales vinculadas con épocas de bonanza y transformaciones en los sistemas de producción y consumo en la región amazónica.

Esta condición de cambio permanente se da también por la influencia que ejercen visitantes y migrantes nacionales y extranjeros que incorporan “procesos globalizadores que acentúan la interculturalidad moderna al crear mercados

16 Germán Ignacio Ochoa Zuluaga *et al.*, “Etnoecoturismo en la Amazonía colombiana. Sistematización de la experiencia de la comunidad indígena Monilla Amena”. Informe de investigación (Leticia, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonia, 2007), 8.

17 Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (Buenos Aires: Paidós, 2005), 158.

mundiales de bienes materiales y dinero, mensajes y migrantes”¹⁸.

Es en este contexto que la vivienda se convierte en un elemento de representación y símbolo de la cultura indígena —como lo son la música o las artesanías en otras culturas— y, a la vez, en un producto de consumo ofrecido por empresas transnacionales de turismo como espacio con valor simbólico que caracteriza las comunidades indígenas ancestrales del Amazonas. Si bien existe un reconocimiento del patrimonio arquitectónico tradicional indígena a través de la vivienda como un espacio con valor simbólico y cultural, este mismo valor cultural se convierte en bien de consumo cuando es vendido al turista.

Como iniciativa de la comunidad, sumada a los cambios que debe afrontar la nueva vivienda, está la aspiración de ingresar al mercado de prestación de servicios de turismo, con el propósito de dejar de ser el objeto de consumo que venden las empresas de turismo para hacerse cargo ellos mismos de este tipo de servicios con el fin de tener ingresos directos derivados de esta actividad económica.

TRANSFORMACIÓN DE LA VIVIENDA

En la región de la Amazonía colombiana la transformación de prácticas culturales cotidianas, particularmente de la vivienda, ha sido un proceso paulatino que se explica por situaciones

18 Ochoa *et al.*, “Etnoecoturismo en la Amazonía”, 23.

culturales, económicas y sociales vividas por la población indígena en los últimos siglos, combinadas con la influencia de agentes externos que presionaron contactos interculturales en diferentes momentos históricos o “bonanzas”. La comunidad indígena Monilla Amena es un ejemplo de los procesos de hibridación cultural que se manifestaron en el Trapecio Amazónico y, a la vez, en ella se evidencian los procesos de evolución, desarrollo y transformación cultural de la comunidad que han involucrado a varias generaciones.

El proceso de transformación de la vivienda que se encontró y se estudió en la comunidad, es una muestra de “por qué la hibridación no es sinónimo de fusión sin contradicciones, sino que puede ayudar a dar cuenta de formas particulares de conflicto generadas en la interculturalidad reciente y en medio de la decadencia de proyectos nacionales de modernización en América Latina”¹⁹.

En el caso de la Monilla Amena estas contradicciones se manifiestan en la estética de las viviendas de interés social inspirada en la maloca como lugar para habitar que, por no adaptarse a las necesidades actuales de las familias, termina siendo una segunda vivienda reservada para los turistas que tienen la expectativa de vivir la experiencia del habitante de la selva, en el marco de una tendencia mundial del turismo etnográfico y ecológico. De esta forma, la vivienda en esta comunidad pasó de ser un espacio pensado solo para habitar en familia a convertirse en un espacio productivo, generador de ingresos económicos para la familia o para el dueño de la nueva vivienda de interés social rural o “maloquita”.

19 García Canclini, *Culturas híbridas*, 14.

Los procesos de hibridación cultural que se han manifestado en la comunidad indígena Moinilla Amena se pueden apreciar en el análisis del proceso de transformación de la vivienda, para lo cual se contemplaron las dos dimensiones que componen el hábitat: la primera, la transformación en la dimensión simbólica que tiene la vivienda y la segunda, su transformación físico-espacial.

En el caso analizado, se encontró que la opción tomada por la comunidad es la difusión de su patrimonio a través de la construcción de las nuevas viviendas que tienen la imagen y la forma de la “maloca tradicional”, en un intento de consolidar una estética de la comunidad a partir del reconocimiento y la imitación en las nuevas viviendas de tipo unifamiliar.

BIBLIOGRAFÍA

“Centro Monifue Amena”. Amazonas Indígena. Actualizado el 30 de octubre de 2009. <https://amazonasindigena.wordpress.com/malocas-uitoto/>

Chaparro, Olga Lucía. *Construyendo Agenda 21 para el departamento de Amazonas: una construcción colectiva para el desarrollo sostenible de la Amazonía colombiana*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi, 2007.

Corredor, Blanca de. “La maloca murui-muinane”, vol. 1. Tesis de doctorado, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 1986.

DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística). *Población indígena de Colombia. Resultados del Censo Nacional de Población y Vivienda 2018*. Bogotá: DANE, 2019.

DNP (Departamento Nacional de Planeación). *Asignación especial del Sistema General de Participaciones para resguardos indígenas, una propuesta de distribución*. Bogotá: DNP, 2017. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Inversiones%20y%20finanzas%20pblicas/Documentos%20GFT/Bolet%3ADn%20resguardos%20ind%3ADgenas.pdf>

—. *Resumen histórico de distribución Sistema General de Participaciones*. Bogotá: DNP, 2017. https://sicodis.dnp.gov.co/ReportesSGP/SGP_Historicos.aspx

García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós, 2005.

Grisales Jiménez, Germán. *Nada queda, todo es desafío. Globalización, soberanía, fronteras, derechos indígenas e integración en la Amazonía*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000.

Ochoa Zuluaga, Germán Ignacio, Gloria Teresita Serna Alzate, Diana Rosas Riaño, Valentina Nieto y Germán Alfonso Palacio. “Etnoecoturismo en la Amazonia colombiana: sistematización de la experiencia de la comunidad indígena Monilla Amena, Amazonas, Colombia”. Informe de investigación. Leticia, Amazonas: Universidad Nacional de Colombia, sede Amazonas, 2008.

ONU (Organización de las Naciones Unidas), *Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo. Nota del Secretario General. A/42/427*. S. l.: Asamblea General de las Naciones Unidas, 1987. https://www.ecominga.uqam.ca/PDF/BIBLIOGRAPHIE/GUIDE_Lecture_1/CMMAD-Informe-Comision-Brundtland-sobre-Medio-Ambiente-Desarrollo.pdf

—. *Agenda 21. Río de Janeiro*, 1992. <https://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/agenda21spchapter2.htm>

Rodríguez Sánchez, Luz Aida. "Proyectos de desarrollo e influencias externas en la transformación de la vivienda, en el caso de una comunidad indígena en el municipio de Leticia". Tesis de Magíster en Hábitat, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 2011.

Sánchez Botero, Esther. *Los pueblos indígenas en Colombia. Derechos, políticas y desafíos*. Bogotá: Unicef, Oficina de área para Colombia y Venezuela, 2003. <https://www.urosario.edu.co/jurisprudencia/catedra-viva-intercultural/Documentos/pueblos-indigenas-1-.pdf> y <https://www.onic.org.co/canastadesaberes/113-cds/publicaciones/derechos/1475-los-pueblos-indigenas-en-colombia-derechos-politicas-y-desafios>



Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas

3

La casa como persona. Vida y anatomía de la vivienda ette

Juan Camilo Niño Vargas

Las minuciosas descripciones de los aspectos técnicos de las casas que dieron inicio a los estudios etnográficos sobre la arquitectura indígena han sido desplazados progresivamente durante las últimas décadas por acercamientos más comprensivos y profundos. Un primer conjunto de investigaciones relevantes cuestiona la separación entre lo material e inmaterial y, en conformidad, se esfuerza por entender la articulación de la dimensión física de las viviendas con los órdenes sociales y simbólicos de los cuales participan sus ocupantes. Una segunda y más reciente serie de aproximaciones critica la idea según la cual las casas son simples materializaciones del ingenio humano y, por el contrario, trata de observarlas como entidades autónomas y dinámicas, producto de las interacciones que mantienen con el entorno y con sus habitantes.

Este capítulo pretende demostrar la solidaridad de estas dos nuevas aproximaciones mediante el estudio de un caso concreto. Su atención se centra en las casas levantadas y ocupadas por los ettes, pueblo de lengua chibcha del norte de Colombia. El examen detenido de sus conocimientos arquitectónicos permitirá ofrecer una imagen de las viviendas muy distinta a la que ha predominado en la historia occidental moderna. Las casas ettes

gozan de un estatuto cercano al de persona, se les atribuyen cuerpos y almas y participan de un ciclo de vida y muerte similar al que atraviesan los seres humanos. De esta suerte, al articular las nociones de vivienda y persona, forma arquitectónica y estructura anatómica, existencia material y ciclo vital, los ettes funden los aspectos técnicos y simbólicos de sus habitaciones y, al mismo tiempo, las elevan a la categoría de entidades animadas, cambiantes y relacionales.

La exposición empieza planteando la discusión teórica que le sirve de marco al ejercicio desarrollado y al cual se pretende contribuir. El ejercicio continúa con la presentación del pueblo ette y, en particular, de sus conocimientos y logros en el plano arquitectónico. Las descripciones y análisis subsiguientes se concentran en las principales formas habitacionales indígenas, en las interpretaciones antropomórficas de las cuales son objeto y en el ciclo de transformaciones materiales y simbólicas que sufren con el paso del tiempo. La información que sirve de base a los análisis proviene de más de cerca de una década de trabajos etnográficos en territorio ette¹.

1 Los trabajos etnográficos en territorio ette se realizaron en los resguardos Issa Oristunna y Ette Butteriya en el departamento del Magdalena durante los años 2003, 2010, 2011 y 2012. El presente texto constituye un desarrollo de las descripciones y análisis efectuados anteriormente en una tesis de doctorado y varios artículos académicos. Véanse Juan Camilo Niño Vargas, "La anatomía de la casa. Arquitectura simbólica y ciclo vital de las viviendas de los ette del norte de Colombia (chimila)", *De-Arq. Revista de Arquitectura de la Universidad de los Andes* 19 (2016); Juan Camilo Niño Vargas, "Las transformaciones de la casa. Arquitectura simbólica de la vivienda ette", *Revista Colombiana de Folclor* 8, n.º 27 (2016); Juan Ca-

LA CASA BAJO LA MIRADA ANTROPOLÓGICA

El interés de la antropología por la arquitectura y la vivienda es tan antiguo como la disciplina misma. Uno de los fundadores del evolucionismo, Lewis H. Morgan, le dedicó una obra entera a las formas habitacionales amerindias con el fin de determinar el lugar que les correspondía en la historia de la humanidad². Los patrones arquitectónicos indígenas tampoco escaparon a la atención de los etnólogos historicistas de principios de finales del siglo XIX y mediados del XX, pues el estudio de su difusión espacial en el continente prometía esclarecer el pasado y las relaciones culturales de las civilizaciones indígenas antiguas³.

Las aproximaciones evolucionistas e historicistas merecen ser reconocidas por haber inaugurado los estudios antropológicos de la arquitectura. Sin embargo, también deben ser cuestionadas

milo Niño Vargas, "Cosmos Ette. Ethnographie d'un univers du Nord de la Colombie" (tesis de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 2018). La elaboración de este escrito tuvo lugar en el marco de un proyecto consagrado a las Ontologías Chibchas, auspiciado por el Fondo para Profesores Asistentes (FAPA) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes.

2 Lewis H. Morgan, *Houses and House-Life of the American Aborigines* (Chicago: University of Chicago Press, [1881] 1965).

3 Gustaf Bolinder, "Die letzten Chimila-Indianer", *YMER, Svenka Sällskapet för Antropologi och Geografi* 44, n.º 2 (1924); Walter Edmund Roth, *An Introductory Study of the Arts, Crafts, and Customs of the Guiana Indians* (Washington: Government Printing Office, 1924).

por reducir las viviendas a su dimensión material, tratarlas como un producto más del ingenio humano y privilegiar el estudio de sus rasgos medibles y comparables. Las discusiones apropiadas por la antropología estructuralista y simbólica, el progresivo perfeccionamiento de los métodos etnográficos y el renovado interés que despertaron las sociedades sudamericanas a mediados del siglo XX llevaron al abandono de estos tipos de acercamiento y estimularon el desarrollo de nuevas formas de aproximarse al tema.

Las corrientes de corte estructuralista propusieron fijarse en la articulación entre vivienda, sociedad y pensamiento. La definición de la casa como una unidad social⁴, la atención otorgada a las manifestaciones espaciales de las prácticas culturales⁵ y los avances realizados en la comprensión de los órdenes arquitectónicos como sistemas simbólicos⁶ hicieron evidente la imposibilidad de estudiar separadamente los aspectos materiales e inmateriales de las edificaciones. El armazón físico y la organización espacial de las viviendas ocupaban un lugar central en la vida humana y, por tanto, debían observarse como escenarios privilegiados para la expresión de las diferencias de género, la estructura familiar,

la organización social y las conceptualizaciones del universo⁷.

Una serie de aproximaciones más recientes restauró la independencia del dominio arquitectónico al proponer observar la casa como una entidad relativamente autónoma y dinámica. Las discusiones orientadas a expandir la noción de vida, descentrar el concepto de persona e integrar a las entidades no-humanas al campo de estudio de las ciencias sociales llevaron a concebir las formas arquitectónicas como realidades irreductibles a los arquitectos humanos⁸. De acuerdo con esta propuesta, las edificaciones estarían en pie de igualdad con los organismos y, como tales, deberían detentar la mayoría de sus rasgos definitorios. Como muchos otros seres y objetos del universo, las viviendas interactuaban con su entorno, obedecían a regularidades propias y, entre otras características, estaban sujetas a procesos de crecimiento y decadencia⁹.

4 Claude Lévi-Strauss, *La voie des masques* (París: Plon, [1979] 2009), 141-164.

5 Pierre Bourdieu, *Le sens pratique* (París: Minuit, [1979] 1980), 441-461.

6 Janet Carsten y Stephen Hugh-Jones, introducción a *About the House. Lévi-Strauss and Beyond*, eds. Janet Carsten y Stephen Hugh-Jones (Cambridge: Cambridge University Press, 1995); Amos Rapoport, *House Form and Culture* (Nueva Jersey: Prentice Hall, 1969).

7 Patrice Bidou, "Représentations de l'espace dans la mythologie Tatuyo", *Journal de la Société des Américanistes* 61 (1972); Clark E. Cunningham, "Order in the Atoni House", *Bijdragen tot de Taal- Land- en Volkenkunde, Journal of the Humanities and Social Sciences of Southeast Asia* 120, n.º 1 (1964); Christine Hugh-Jones, *From the Milk River. Spatial and Temporal Process in Northwest Amazonia* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979), 235-274; Michael Parker Pearson y Colin Richards, eds., *Architecture and Order. Approaches to Social Spaces* (Londres: Routledge, 1994).

8 Tim Ingold, *The Perception of Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill* (Nueva York: Routledge, 2009), 172-188; Tim Ingold, *Being Alive. Essays on Movement, Knowledge and Description* (Nueva York: Cambridge University Press, 2011), 67-75.

9 Suzanne P. Blier, *The Anatomy of Architecture* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), 2; Janet

Aunque estas dos nuevas formas de ver la casa distan de ser excluyentes, los esfuerzos realizados para conciliarlas son escasos. La arquitectura amerindia pareciera ser un campo privilegiado para embarcarse en un proyecto semejante. Después de todo, las sociedades indígenas son célebres por la complejidad de sus concepciones animistas, la tendencia a extender la humanidad más allá del colectivo formado por hombres y mujeres y la propensión a utilizar las viviendas como soportes físicos para proyectar los órdenes cosmológicos y sociales¹⁰.

EL MUNDO DE LOS ETTES

Los ettes, antes llamados “chimilas”, habitan las llanuras que baña el río Ariguaní al suroccidente de la Sierra Nevada de Santa Marta (figura 1). Una gran parte reside en dos resguardos creados en la década de los noventa en la región de Sabanas de San Ángel: Issa Oristunna y Ette Butteriya. Una proporción más pequeña se concentra en dos pequeñas propiedades localizadas en las estribaciones del macizo serrano: Narakajmanta e Itti Takke. Los cuatro asentamientos albergan un poco más de un millar de personas, repartidas en cerca de doscientas familias. Los hombres se dedican a la agricultura, el peonazgo en las haciendas ganaderas y, ocasionalmente, la cacería

Carsten, *After Kinship* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004), 44-46; Ingold, *The Perception*, 187.

10 Carsten y Hugh-Jones, introducción; Eduardo Viveiros de Castro, “Os pronomes cosmológicos e o perspectivismo amerindio”, *Mana* 2, n.º 2 (1996).

en los remanentes selváticos. Las mujeres pasan sus días cuidando las casas, los jardines y los animales caseros. Un creciente sector de hombres y mujeres ocupa cargos administrativos dentro del resguardo.

El universo ette se levanta sobre principios antropomórficos y antropocéntricos idénticos a los documentados entre otros pueblos del norte de Colombia y similares a los descritos entre sociedades animistas de las tierras bajas sudamericanas¹¹. Las categorías y las relaciones definitorias de la humanidad se reencuentran más allá de la esfera propiamente humana¹². El cielo está salpicado de casas y jardines levantados por astros y meteoros. Los remanentes selváticos están

11 Sobre los universos antropomorfos de las sociedades del norte de Colombia, véanse Ernst Halbmayer, “Introduction: Toward an Anthropological Understanding of the Area between the Andes, Mesoamerica, and the Amazon”, en *Amerindian Socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica*, ed. Ernst Halbmayer (Nueva York: Routledge, 2020); Juan Camilo Niño Vargas, “An Amerindian Humanism. Order and Transformation in Chibchan Universes”, en *Amerindian Socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica*, ed. Ernst Halbmayer (Nueva York: Routledge, 2020). Sobre el animismo sudamericano, véase Kaj Århem, “Ecosofía makuna”, en *La selva humanizada. Ecología alternativa en el trópico húmedo colombiano*, ed. François Correa (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1993); Philippe Descola, *Par-delà nature et culture* (París: Gallimard, 2005), 90-94; Viveiros de Castro, “Os pronomes cosmológicos”.

12 Juan Camilo Niño Vargas, *Ooyoriyasa. Cosmología e interpretación onírica entre los ette del norte de Colombia* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2007), 103-136; Gerardo Reichel-Dolmatoff, “Mitos y cuentos de los indios chimila”, *Boletín de Arqueología* 1, n.º 1 (1945): 26-27.

habitados por divinidades dedicadas al cultivo y la cosecha de árboles silvestres. Los arroyos y manantiales están poblados por espíritus entregados a la labranza de sus dominios. El mundo se compone de ámbitos relativamente independientes, controlados por seres que gozan de la calidad de persona y, en conformidad, se observan a sí mismos y se comportan en sus respectivos medios como tales.

Al igual que muchos otros pueblos del norte de Colombia y la baja Centroamérica, los ettes le otorgan una gran importancia a la idea de transformación¹³. El cosmos está sometido a ciclos regenerativos que aseguran la continua aparición y desaparición de mundos, humanidades, personas, seres y objetos. Al nivel más general, este proceso se manifiesta en catástrofes que modifican la estructura del universo haciendo que los cielos se desplomen y los pueblos establecidos sobre la tierra perezcan. En la vida cotidiana, el mismo movimiento se descubre en los

dramáticos cambios que sufre el paisaje de las llanuras con el paso anual de las estaciones secas y lluviosas, así como en las transformaciones atravesadas por los campos de cultivo por obra de las técnicas de putrefacción, incineración y barbecho típicas de la agricultura itinerante. El ciclo vital humano que comienza con el nacimiento y concluye con la muerte es, así, general al conjunto entero de dominios y entidades que conforman el universo.

La lengua ette es de filiación chibcha, al igual que las de sus vecinos de la Sierra Nevada¹⁴. En la actualidad cuenta con un reducido número de hablantes, por lo que ha sido declarada oficialmente en peligro de desaparición. Apoyados por organizaciones gubernamentales, académicas y religiosas, los indígenas hoy están tratando de apropiarse de un alfabeto para su escritura que contribuya a salvaguardarla. Los términos vernáculos que aparecen en el presente artículo han sido transcritos mediante este sistema de notación¹⁵.

13 Juan Camilo Niño Vargas, "Ciclos de destrucción y regeneración. Experiencia histórica entre los ette del norte de Colombia", *Historia Crítica* 35 (2008); Niño Vargas, "An Amerindian Humanism".

14 Terrell Malone, "Chimila: Chibchan, Chocoan, Carib, or Arawakan?" (ponencia presentada en el XLVII Congreso Internacional de Americanistas, Nueva Orleans, 7-11 de julio de 1991); Juan Camilo Niño Vargas, *Diccionario de la lengua ette* (Bogotá: Universidad de los Andes; Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2018).

15 El alfabeto que la comunidad está tratando de implantar toma como base el del castellano. La mayoría de las consonantes y vocales se pronuncian igual que en castellano. Las excepciones son /g/, que es una palatal nasalizada, y / ' /, que es una irrupción glotal. La /b/, /d/ y /g/ siempre se prenasalizan. Niño Vargas, *Diccionario*, 56-69.

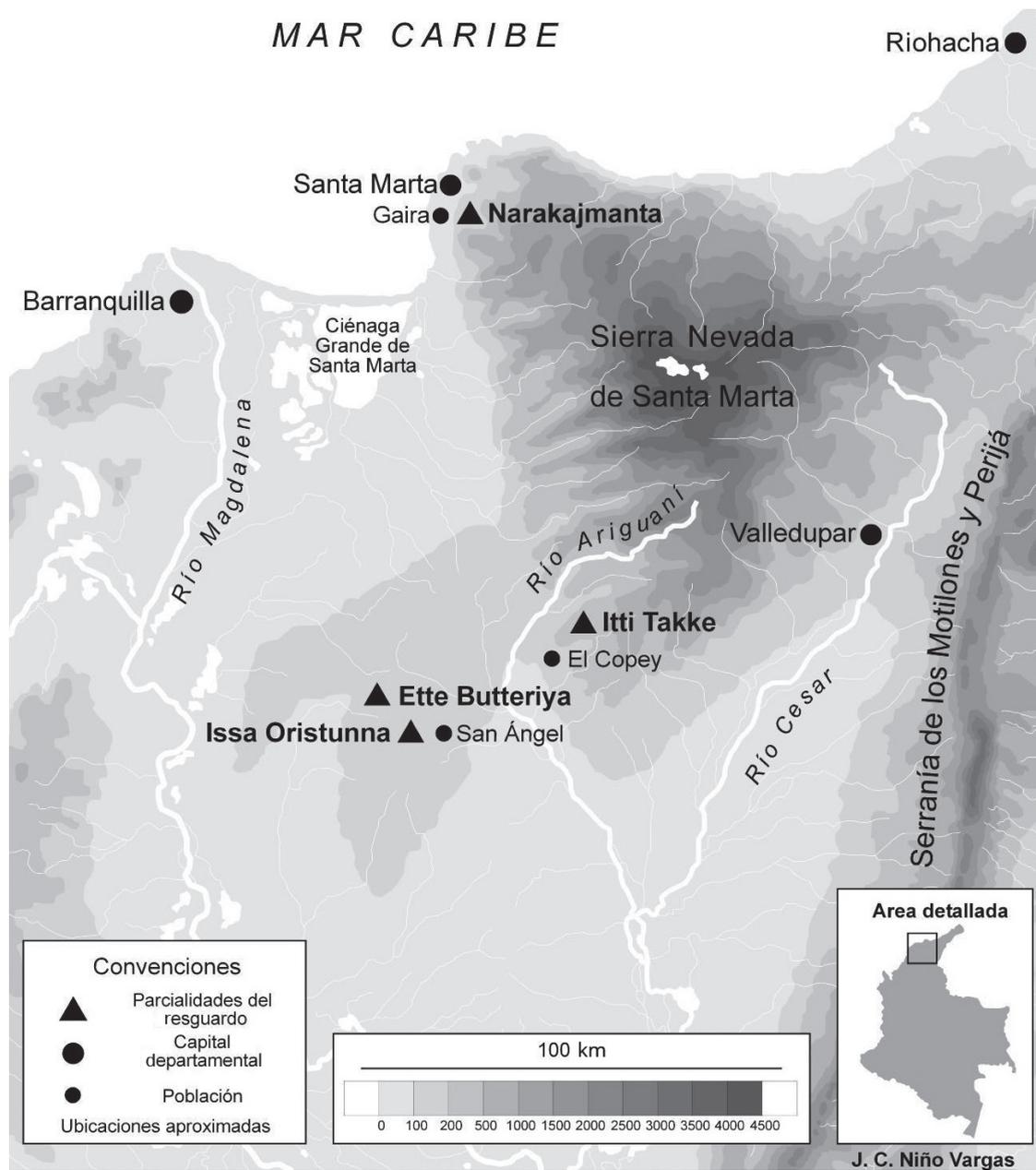


Figura 1. Territorio ette y actuales resguardos
Fuente: elaboración propia.

EL CAMBIANTE PAISAJE ARQUITECTÓNICO

El paisaje arquitectónico de las llanuras se ha transformado tan dramáticamente como el paisaje natural. La inmensa selva que otrora cubrió la región desapareció a mediados del siglo XX con el avance de la frontera de colonización colombiana y la instauración de un régimen latifundista ganadero. Completamente despojados de sus tierras, enfrentados a una sociedad opresiva, los etnes se vieron obligados a integrarse al campesinado y a adoptar muchas de sus costumbres. Los viajeros y etnógrafos que cruzaron su territorio dieron cuenta de estos cambios y documentaron varios tipos de edificaciones indígenas. Si bien estos testimonios ponen de manifiesto la riqueza de la arquitectura nativa, rara vez contienen observaciones sobre sus rasgos sociales y simbólicos.

Durante el periodo comprendido entre finales del siglo XIX y la mitad del XX, los observadores describieron varias clases de viviendas¹⁶. Los testigos más tempranos documentaron la existencia de enormes casas abovedadas ocupadas por una familia, así como otras de gran envergadura reservadas a los muertos (figura 2). También notaron la presencia de pequeñas chozas familiares caracterizadas por plantas ovaladas, largos caballetes y techos a dos aguas que alcanzaban el piso. A

16 Joseph de Brettes, "Chez les Indiens du Nord de la Colombie", *Le Tour du Monde* 2 (1898): 461-465; Bolinder, "Die letzten Chimila", 205-211; Gerardo Reichel-Dolmatoff, "Etnografía chimila", *Boletín de Arqueología* 2, n.º 2 (1946): 101-102.

diferencia de lo reportado en la Sierra Nevada de Santa Marta, ninguna de estas edificaciones fue calificada como templo, ni se registraron manifestaciones míticas o rituales asociadas a ellas¹⁷.

El panorama cambió significativamente en las épocas siguientes. La implantación del latifundio y la llegada masiva de colonos quebraron la independencia de los etnes y trastocaron en diferentes grados su cultura material y espiritual¹⁸. Los testigos de la época no volvieron a toparse con grandes edificaciones y aquellas que encontraron de menores dimensiones presentaban formas abiertamente rectas¹⁹. Las mismas personas reportaron la presencia de chozas rectangulares con techos de dos pendientes y pequeños cobertizos sin distinción entre techo y paredes, ambos similares a los levantados por los colonos y los campesinos del área. Si bien muchos de estos rasgos formaban parte integral de la arquitectura nativa desde siglos atrás, la mayoría de estudiosos los creyeron de origen foráneo y desatendieron el examen de sus singularidades.

17 Gerardo Reichel-Dolmatoff, "Templos kogi. Introducción al simbolismo y a la astronomía del espacio sagrado", *Revista Colombiana de Antropología* 19 (1975).

18 Niño Vargas, *Oayoriyasa*, 50-56; Carlos Alberto Uribe Tobón, "Chimila", en *Introducción a la Colombia amerindia*, eds. François Correa y Ximena Pachón (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ministerio de Educación Nacional, Instituto Colombiano de Cultura, 1987), 49-63.

19 Marianne Cardale de Schrimppff, "Techniques of Hand-Weaving and Allied Arts in Colombia" (tesis de doctorado, University of Oxford, 1972), 128; Héctor Osorio Gallego, "Chimila", *Artículos en Lingüística y Campos Afines* (Instituto Lingüístico de Verano, Loma Linda, Meta) 6 (1979): 31.

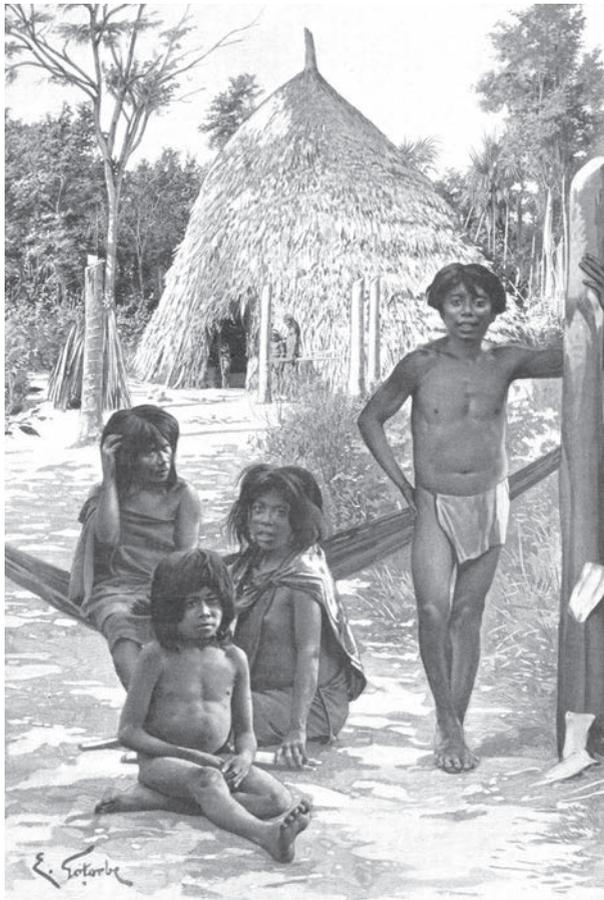


Figura 2. Una familia frente a una casa,
de acuerdo con Joseph de Brettes²⁰

Fuente: Joseph de Brettes, "Chez les Indiens du Nord de la Colombie", *Le Tour du Monde* 2 (1898), 63.

Las descripciones y análisis que siguen conducen a pensar que los trágicos eventos sufridos por los ettes durante el siglo XX no extinguieron la vitalidad de su cultura. La arquitectura indígena, antes que ser objeto de un proceso de

20 Brettes, "Chez les Indiens du Nord", 63.

degradación irreversible, pareciera haberse transformado en función de las nuevas condiciones imperantes sin desvincularse de las prácticas y representaciones propias.

LA ARQUITECTURA EN LOS RESGUARDOS

Los resguardos de las Llanuras están sembrados de centenares de casas, la mayoría de ellas en precarias condiciones, pero no por eso carentes de personalidad. La mayor concentración se halla en el centro de las propiedades comunales, cerca de las instituciones educativas fundadas con la ayuda de instituciones oficiales. A medida que un observador avanza hacia la periferia, los asentamientos nucleados dan paso a parcelas espaciosas bajo el control de una familia. Las viviendas que señalan su presencia generalmente están emplazadas sobre suaves colinas, situadas a varios cientos de metros de los arroyos y los aljibes de agua.

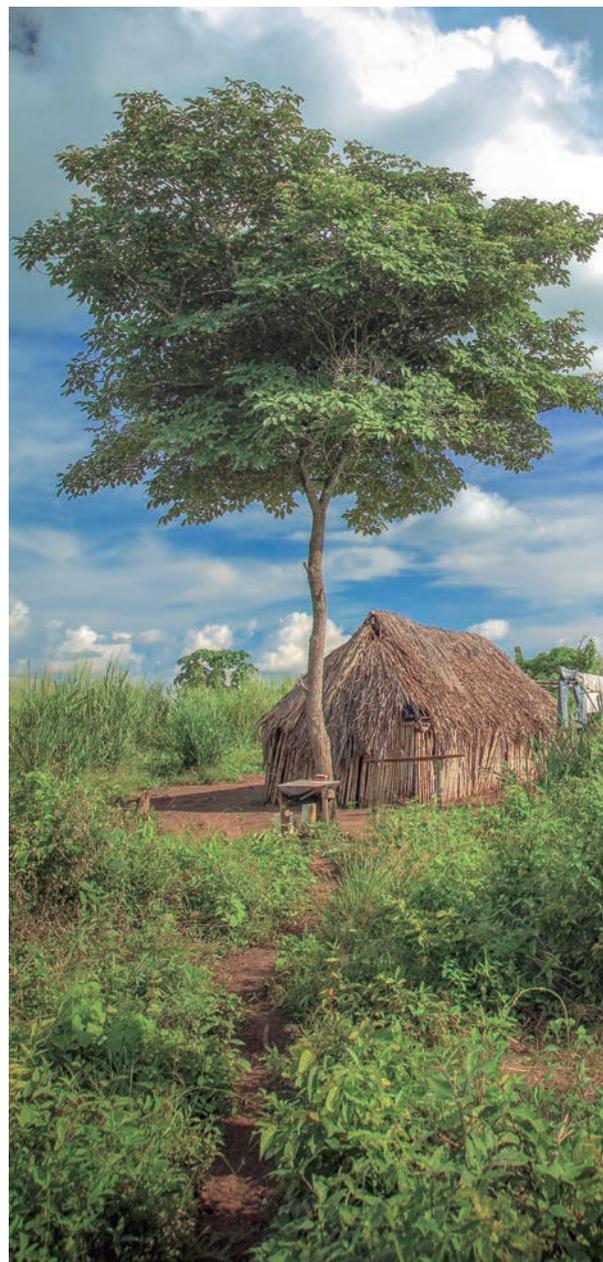
El ordenamiento del espacio habitado sigue un modelo concéntrico, similar al largamente difundido en las tierras bajas sudamericanas²¹. La casa señala el centro del mundo vivido y es el principal escenario de la vida cotidiana. El área consiste en una plaza libre de vegetación, coronada por

21 Stephen Beckerman y Roberto Lizarralde, *The Ecology of the Bari* (Austin: University of Texas Press, 2013); Philippe Descola, *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar* (París: Maison des Sciences de l'Homme, 1986); Hugh-Jones, *From the Milk River*, 235-274.

una vivienda familiar y rodeada por un delgado anillo de jardines al cuidado de las mujeres. Los terrenos susceptibles de ser transformados por los hombres mediante las labores agrícolas se encuentran a continuación. Sobre este amplio cinturón generalmente se levanta un cultivo en producción, varios campos en barbecho y uno que otro parche boscoso. Finalmente, envolviendo todo, se extiende una periferia lejana y ajena, representada por remanentes selváticos habitados por espíritus y haciendas ganaderas bajo el control de colonos.

La mayoría de las edificaciones de los resguardos han sido levantadas por los ettes y, por tanto, son fruto de conocimientos arquitectónicos autóctonos (fotografía 1). La mayoría de las parcelas están adornadas por cobertizos puestos directamente sobre el suelo, viviendas con paredes altas de techos a cuatro aguas y edificaciones abiertas utilizadas para descansar. Ocasionalmente, se levantan casas de estilo campesino, caracterizadas por bases rectangulares, techos a dos aguas hechos con láminas de zinc y muros altos de madera aserrada y provistos de ventanas. El paisaje lo completan dos docenas de minúsculas casas de ladrillo, levantadas por agencias gubernamentales en el centro de los resguardos, por cierto, muy poco valoradas por los indígenas.

Por regla general, las casas erigidas por los ettes están destinadas a servir de moradas. A diferencia de los templos y los salones comunitarios presentes en otras poblaciones, estas edificaciones no se consideran escenarios para el desarrollo de actividades comunales. El ejercicio de la vida religiosa y política se lleva a cabo en



Fotografía 1. Una solitaria casa en Ette Butteriya
Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas.

las plazas desyerbadas rodeadas de jardines, los cultivos masculinos y, más recientemente, en una gran habitación construida cerca del colegio en el centro de los resguardos. El grupo residencial suele estar conformado por una pareja casada, sus hijos y uno u otro pariente consanguíneo o afín.

LAS FORMAS HABITACIONALES CONTEMPORÁNEAS

Los ettes se sirven de la expresión *jaataka'*, "casa", para denotar una serie de dominios estrechamente relacionados. En su acepción más general, designa al área sobre la cual se levantan las viviendas tradicionales, caracterizada por un suelo limpio de maleza y rodeada por un muro de jardines y huertos. En un plano intermedio, el mismo término se refiere a cualquier tipo de habitación humana, sean cuales sean sus rasgos arquitectónicos. En su sentido más restringido, denota una clase específica de forma habitacional altamente valorada por los indígenas: la "casa tradicional".

Tras la diversidad de edificaciones presentes en los resguardos, se entrevé un número finito de tipos relativamente estables. Los ettes los distinguen sobre la base de sus características estructurales y su origen étnico. Los materiales empleados durante su erección y las funciones a las cuales están destinados también se tienen en cuenta, pero no son rasgos relevantes para diferenciarlos. Además de la muy apreciada casa tradicional *jaataka'*,

otras dos edificaciones se reconocen como propias: el cobertizo *jukkada'* y la ramada *jiiwaya'*. Las edificaciones de nítidos rasgos foráneos se denominan genéricamente *waacha jaataka'*, "casas no indígenas".

La forma habitacional más simple es el cobertizo *jukkada'* (figura 3). La expresión que sirve para referirlo se deriva de la denominación genérica de las palmas y también se usa para hablar de los techos. El nombre le queda muy bien dado que idealmente debe estar por completo cubierto de hojas de palma y se asemeja a un techo puesto directamente sobre el piso. En el plano arquitectónico, se distingue por una planta ovalada, una estructura elíptica compuesta por postes inclinados (*kajbri*), un largo caballete (*saakraya'*); una cubierta de hojas de palmas (también llamada *jukkada'*) y, entre otros rasgos, una pequeña abertura lateral de entrada (*jukkati'*). Las edificaciones de este tipo tienen un tamaño de entre 3 y 6 metros de largo, 2 y 4 de ancho, y 1,5 y 2 de alto. Su principal función es servir de dormitorio, aunque ocasionalmente también puede utilizarse como depósito. Un matrimonio joven, una pareja de ancianos e, incluso, una familia con dos o tres hijos pequeños pueden vivir cómodamente en su interior. La virtud del cobertizo es su sencillez y firmeza, pues un solo hombre basta para levantarlo. Su diseño hermético y aerodinámico lo hace indestructible frente a los embates del viento, impermeable ante las tormentas e inaccesible a las plagas de mosquitos. En muchos sentidos, recuerda las ramadas y chozas descritas en las etnografías de los siglos XIX y XX²².

22 Bolinder, "Die letzten Chimila", 205-207; Brettes,

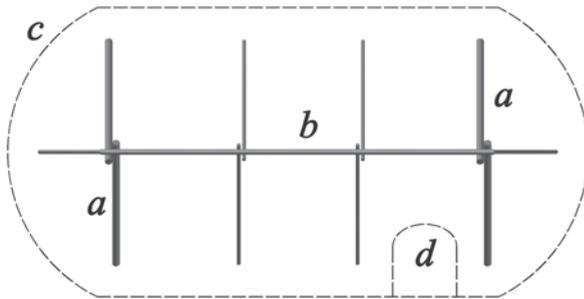
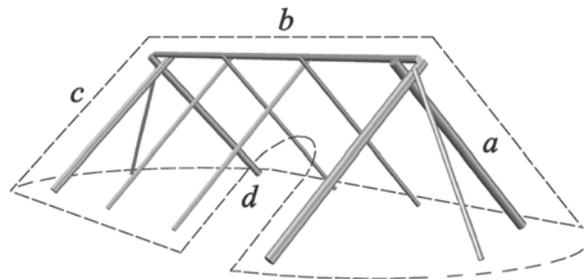


Figura 3. El cobertizo *jukkada'*. Elementos arquitectónicos: a) *kajbri*: poste; b) *saakraya'*: caballete; c) *jukkada'*: cubierta; d) *jukkati'*: puerta

Fuente: elaboración propia.

La segunda y más importante forma habitacional es la casa *jaataka'* (figura 4; fotografía 2). A grandes rasgos, se trata de un desarrollo estructural del cobertizo *jukkada'* y, de hecho, parece un edificio de este tipo alzado sobre columnas y cubierto de paredes. Se distingue por una planta rectangular, una estructura de cuatro o seis postes (*kajbri*), un cuadrilátero de vigas (*juubra*), un largo caballete (*saakraya'*) alineado con el eje este-oeste, muros altos y sin ventanas (*yagka*), un techo de cuatro vértices (*jukkada'*) hecho de hojas de palma, una única entrada cubierta por telas u hojas de palma (*jukkati'*) y, por fin, una plataforma de madera (*jaa*) colocada dentro del techo a modo de desván. La base de la edificación puede medir entre 4 y 8 metros de largo, 3 y 6 de ancho, mientras el techo alcanza entre 3 y 4 metros de alto. La casa *jaataka'* idealmente aloja a un grupo familiar grande, maduro y estable, compuesto por una pareja con varios hijos y, a veces, otros parientes como padres viudos, hermanos divorciados, esposos de hijos y nietos huérfanos. Cuando la planta baja se empareda completamente, su función de dormitorio se acentúa, mientras que cuando se deja parcialmente abierta se convierte en un espacio multifuncional apto para recibir visitas y descansar durante el día.

“Chez les Indiens du Nord”, 465; Milciades Chaves, “Contribución a la antropología física chimila”, *Boletín de Arqueología* 2, n.º 2 (1946), 160; Reichel-Dolmatoff, “Etnografía chimila”, 101.

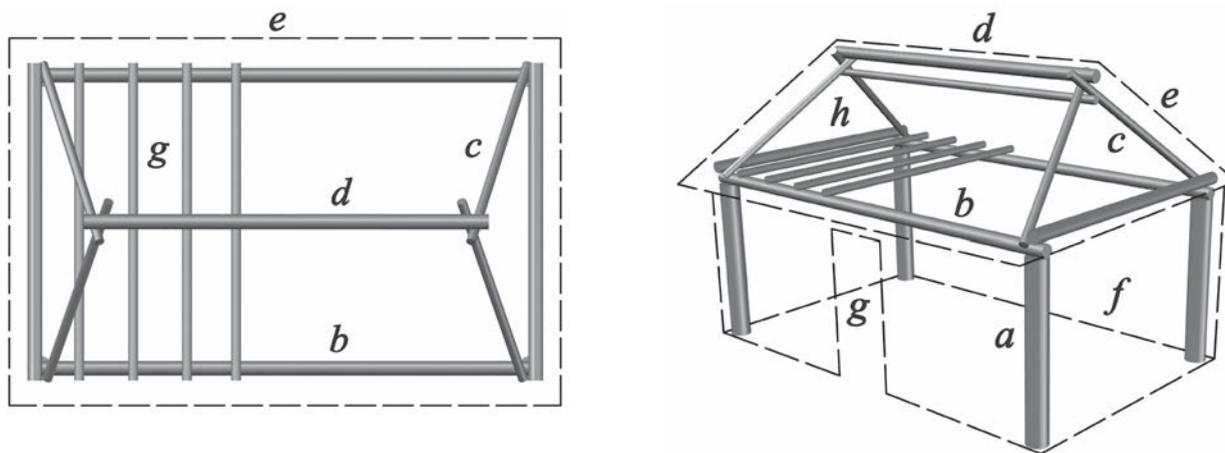


Figura 4. La casa *jaataka'*. Elementos arquitectónicos: a) *kajbri*: poste; b) *juubra'*: viga; c) *kajbribri*: cabio; d) *saakraya'*: caballete; e) *jukkada'*: techo; f) *yagka'*: pared; g) *jukkati'*: puerta; h) *jaa'*: desván

Fuente: elaboración propia.



Fotografía 2. Una casa *jaataka'* en Ette Butteriya. Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas.



Figura 5. Una ramada *jiiwaya'*, utilizada como cocina al lado de una casa tradicional *jaataka'*.

Elementos arquitectónicos: a) *kajbri*: poste; b) *juubra*: viga

Fuente: elaboración propia.

El tercer y último tipo de forma habitacional reconocida como propia es la ramada *jiiwaya'* (figura 5). La etimología de su nombre delata su función, pues remite a la idea de ofrecer sombra (*jiiwa'*). Es una muy sencilla edificación de planta rectangular y forma cúbica. Su estructura consta de cuatro postes (*kajbri*), un cuadrilátero de vigas (*juubra*) y un techo de palma con una ligera inclinación hacia un solo costado. Aunque no posee paredes, a menudo se levanta al lado de una casa provista de muros, de modo que uno de sus lados queda cerrado. El área que abarcan varía entre los

2 y 5 metros de largo y los 2 y 4 metros de ancho. Bajo las sombras que proyecta se lleva a cabo una infinidad de actividades, desde la preparación y el consumo de alimentos hasta la recepción de invitados y las siestas diurnas. Cuando las labores culinarias predominan, la ramada recibe el nombre de *priimu*, un término primeramente aplicado al fuego, pero que por extensión también sirve para referirse a la cocina.

Los materiales provenientes de la selva se prefieren para construir todas las formas habitacionales descritas. El almacén se levanta cortando

árboles con troncos de durámenes sólidos, como los de las especies *tajna'* (*Aspidosperma polyneuron*), *tuugati* (*Astronium graveolens*), *majna* (*Bulnesia arborea*) y *briira'* (*Platymiscium pinnatum*). Los techos de los cobertizos y las casas se fabrican con las hojas de la palma *jukka ennaka* (*Sabal mauritiiformis*) y los de las ramadas con las hojas de la palma *rokkra'* (*Attalea butyracea*). Los muros usualmente están hechos de tallos cortados de la caña *tujga* (*Guadua amplexifolia*) y, en menor medida, la palma *kaati'* (*Bactris guineensis*). La estructura se asegura mediante amarres hechos con varias especies de lianas, denominadas genéricamente *kannigkrichaya* (*Macfadyena uncata* y *Melloa quadrivalvis*). La madera aserrada, las láminas de zinc y las puntillas de hierro compradas en las poblaciones vecinas se utilizan cada vez con más frecuencia.

LA FACETA ANTROPOMORFA DE LAS VIVIENDAS

Los ettes observan a la casa *jaataka'* como uno de los elementos más representativos de su cultura. Las evidentes similitudes que presenta con las erigidas por los colonos poco les importan. A su juicio, sus edificaciones se distinguen por un techo de palma de cuatro vertientes, unos muros uniformes y continuos, un impenetrable y oscuro interior y, para no seguir indefinidamente, un suelo de tierra enteramente desnudo. Las viviendas de los colonos, por su parte, las diferencian por

techos a dos aguas de láminas de zinc, paredes interrumpidas por ventanas, dos grandes puertas de acceso y un suelo recubierto de madera aserrada.

Los testimonios de los viajeros y los etnógrafos que antaño atravesaron las llanuras apoyan las opiniones de los ettes sobre la autoctonía de sus casas. Las descripciones que dejaron refieren la existencia de edificaciones similares mucho antes de la creación de los resguardos²³. La presencia de viviendas de planta rectangular, techo con vertientes definidas y cerramientos completos, de hecho, está bien documentada desde hace más de un siglo, cuando la influencia foránea era mínima²⁴. Las actuales particularidades arquitectónicas de estas edificaciones, tanto como su amplia difusión entre la población indígena, distan de ser producto del contacto con la sociedad nacional.

La originalidad de la arquitectura ette de ninguna manera se restringe a rasgos puramente técnicos y estructurales. A pesar de haber pasado desapercibida hasta ahora, también posee una rica dimensión simbólica²⁵. Haciendo eco de la tan difundida concepción amerindia de la casa como persona²⁶, los ettes afirman que sus viviendas se parecen a ellos mismos y, en conformidad, son objeto de interpretaciones antropomórficas (fotografía 3). Semejante manera de ver las cosas es perfectamente consistente con sus concepciones animistas y humanistas del cosmos y, en concreto,

23 Chaves, "Contribución a la antropología física", 160; Cardale de Schrimpff, "Techniques of Hand-Weaving", 160.

24 Bolinder, "Die letzten Chimila", 207-211.

25 Niño Vargas, "La anatomía de la casa"; Niño Vargas, "Las transformaciones de la casa".

26 Carsten y Hugh-Jones, introducción, 2.



Fotografía 3. La casa y la persona
Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas.

con la noción según la cual la condición humana no se limita al colectivo formado por los hombres y mujeres ordinarios. Nada parecido se encuentra entre los colonos y los campesinos de la región.

Las afirmaciones de los ettes sobre la naturaleza humana de la casa no se limitan a una analogía de carácter general entre edificación y persona.

Adicionalmente, se fundan en un conjunto de correspondencias puntuales y explícitas que enlazan componentes arquitectónicos con partes del cuerpo humano (tabla 1).

Los vínculos establecidos entre casa y cuerpo son limitados en número. Sin embargo, forman un conjunto coherente del cual emana una figura

Tabla 1. Interpretación antropomórfica de la casa

Término ette	Elemento arquitectónico	Interpretación antropomórfica
Jaa'	Desván	Cabeza, corazón, alma
Jaataka'	Casa	Cuerpo
Jukkada'	Techo	Piel
Kajbri	Poste	Piernas
Kajbribri	Cabio	Piernas
Saakraya'	Caballete	Columna vertebral
Yagka'	Pared	Piel

Fuente: elaboración propia, 2021.

claramente antropomorfa. Los elementos arquitectónicos se hacen corresponder con elementos corporales en virtud de poseer una forma semejante, cumplir una función análoga u ocupar una posición idéntica dentro del todo del cual son partes. El desván, localizado en el espacio vacío del techo, se identifica con la cabeza y el corazón. Las mazorcas almacenadas dentro del interior del cuartillo se asimilan al alma, un componente anímico presuntamente ubicado en las cavidades del corazón. El largo caballete que corona la edificación y sostiene al techo se equipara con una columna vertebral. Los postes emplazados en cada esquina y los cabios diagonales que descansan sobre ellos se conciben como extensiones del caballete y, en esa medida, se asemejan

a brazos y piernas. Por último, el techo y los muros hechos de materia vegetal que cubren parcial o totalmente la edificación se asimilan a la piel.

Una última correspondencia puede ser restituida a través de una cadena de asociaciones. Los ettes clasifican a las casas y a los calabazos (*Lagenaria siceraria*) en una misma categoría de objetos en virtud de una morfología común. Ambos se distinguen por cuerpos grandes y huecos, a cuyo interior solo puede accederse por una diminuta entrada. Ahora bien, los calabazos reciben el nombre *yumme*, del cual se deriva el término *yummesu*, “pequeño calabazo”, que sirve para designar a los vientres humanos. Aunque esta palabra puede utilizarse para hablar de los abdómenes de los dos sexos, se usa con más frecuencia para

referir a los de las mujeres encinta. Por esta vía las casas y matrices quedan ligadas: se trata de recintos con una forma cóncava común y una misma función consistente en albergar humanos. Una asociación como esta no resulta completamente sorprendente. Las viviendas se consideran femeninas, les pertenecen a las mujeres y en su interior generalmente ocurren los partos.

En este punto termina la exégesis antropomórfica de la vivienda. Salvo los ya referidos, ningún otro elemento arquitectónico se lee en clave anatómica. Aquellas personas que consideran a las casas de sexo femenino no precisan cuál de sus partes podría compararse con un órgano privativo de las mujeres. La imagen resultante del conjunto de correspondencias pareciera ser la de una persona encorvada y recostada sobre el suelo, pero los ettes no se pronuncian al respecto.

EL CICLO VITAL DE LAS VIVIENDAS

Las casas ettes están sometidas a constantes transformaciones. Sus ocupantes las levantan, amplían, remodelan, reducen, desmantelan y abandonan sin cesar. A veces los cambios suceden lentamente, en el transcurso de varios años; a veces ocurren de manera vertiginosa, en cuestión de unas pocas semanas. Un viajero que recorra los resguardos notará este dinamismo. Un periplo breve le permitirá advertir que alrededor de los sitios de residencia siempre hay estructuras a medio acabar. Una estancia más prolongada

lo convertirá en testigo de varias actividades de remodelación. Una serie continuada de visitas durante un largo lapso le dará la oportunidad de observar cambios drásticos en la localización y el aspecto de las edificaciones.

Los cambios atravesados por las casas difícilmente pueden explicarse invocando el desgaste natural de los materiales de construcción o las necesidades y caprichos de sus habitantes. Antes bien, las transformaciones acusan un proceso uniforme y regulado, distintivo de las entidades animadas y, más precisamente, los seres detentadores de humanidad. Las viviendas son semejantes a las personas y, en virtud de tal rasgo, participan de un movimiento de crecimiento y deterioro similar a aquel del nacimiento y la muerte por el cual pasan hombres y mujeres. Antes que producciones acabadas y completas de un diseño preconcebido, son expresiones relativamente estables pero transitorias de un proceso en curso. Las edificaciones cambian según un ciclo de vida propio y, en buena medida, coordinado con los ciclos vitales de sus ocupantes.

La casa empieza a gestarse una vez sus futuros dueños seleccionan un terreno adecuado para erigirla. La gran estación seca, entre diciembre y marzo, es el mejor periodo para entregarse a las labores de construcción. Los hombres se encargan de desyerbar el área, aprovisionarse de los materiales necesarios y levantar la habitación (fotografías 4 y 5). Las mujeres los apoyan preparando alimentos y bebidas y están prestas a socorrerlos ante cualquier déficit de fuerza. Gracias a esta solidaridad, hombres y mujeres se consideran por igual dueños de la habitación erigida.



Fotografía 4. La labor de construcción
Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas.

La primera edificación en construirse suele ser un cobertizo *jukkada'* (figura 3). Los ettes la conciben como una forma habitacional embrionaria. Un número significativo de los rasgos arquitectónicos distintivos de las casas más grandes se encuentran en ella aún sin desarrollar. Entre ellos se hallan una planta alargada, una cubierta hermética, una única puerta de acceso

y un armazón alineado con el trayecto de sol en el cielo. Interpretada en clave anatómica, la habitación se revela como una suerte de feto, una entidad elemental compuesta por un espinazo y unas extremidades incipientes, respectivamente encarnados por el caballete que corona al techo y los postes inclinados que lo soportan. Concordantemente, una célula social naciente



Fotografía 5. El crecimiento de la casa. Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas.

generalmente la ocupa: una joven pareja, una familia con uno o dos niños pequeños o un grupo recién llegado a un nuevo lugar de residencia.

El cobertizo *jukkada'* se convierte en una casa *jaataka'* con el afianzamiento de sus dueños en el lugar (figura 4, fotografía 6). La edificación nueva se erige al lado de la antigua y, muy frecuentemente, justo encima de ella, envolviéndola y conteniéndola. La casa se construye reciclando los materiales del cobertizo y trayendo los faltantes de los terrenos cercanos. Aunque en principio la operación parece una sustitución, los etnes la conciben como un proceso de crecimiento. Una forma habitacional fetal, caracterizada por un único espinazo y extremidades incipientes, evoluciona en una forma madura, con cabeza, columna, extremidades e, incluso, corazón y alma. La adultez de la casa *jaataka'* coincide, así, con la progresiva madurez de sus ocupantes. En efecto, las personas que se entregan a la construcción de este tipo de vivienda suelen ser familias consolidadas y cuya prole aumenta y crece.

El desarrollo de la casa *jaataka'* prosigue. Nuevas edificaciones se levantan al lado de sus muros y en sus alrededores. Inmediatamente concluye la habitación que servirá de dormitorio, la familia centra sus fuerzas en la construcción de una ramada *jiiwaya'* reservada a las prácticas culinarias (figura 5). Cuando esta ya es una realidad, construye otra más para recibir las visitas. Si sus ánimos y fuerzas no merman, surgen proyectos adicionales, como la ampliación de la vivienda principal, la erección de corrales para los animales y la fabricación de bancos para las conversaciones nocturnas. Las familias prósperas, así,

suelen poseer hasta cuatro o cinco edificaciones de gran y mediano tamaño. El afán por erigir nuevos edificios solo se ve frenado por la necesidad de conservar los ya existentes.

El desarrollo de la casa raramente es uniforme. El ritmo de crecimiento sigue los ires y venires de sus habitantes. El reclutamiento de nuevos miembros al grupo familiar mediante mecanismos como la concepción, la adopción y el matrimonio normalmente está seguido por la erección de nuevas habitaciones y la ampliación de las antiguas. A la inversa, la pérdida de miembros por causa de migraciones laborales, conflictos familiares o fallecimientos está acompañada de la ralentización de las actividades de construcción e, incluso, del desmantelamiento de algunas edificaciones. La relación entre arquitectura y sociedad, en todo caso, no es estrictamente causal. Así como la ampliación de una casa puede facilitarle a un hijo contraer matrimonio, el matrimonio de un hijo puede impulsar la ampliación de una casa.

La vitalidad de las formas habitacionales declina inevitablemente con el transcurso del tiempo y el advenimiento de ciertos acontecimientos. La partida de los hijos casaderos, el envejecimiento de los adultos y las tragedias familiares las empujan hacia el fin de su existencia. La casa *jaataka'* cae en el descuido, las columnas se resquebrajan, el techo se llena de agujeros, el desván se desploma y las ramadas adyacentes se derrumban. En casos extremos, todas las edificaciones se reemplazan por un sencillito cobertizo *jukkada'*, mucho más fácil de mantener y perfecto para alojar a ancianos, divorciados, viudos y huérfanos. La vivienda sufre un proceso degenerativo

manifiesto en un deterioro material, una simplificación estructural y un desmembramiento del grupo residencial. La rica dimensión simbólica que otrora soportó, ahora se desvanece lentamente, al mismo tiempo que los elementos arquitectónicos asociados a partes del cuerpo se encogen, quiebran y desintegran.

La brusquedad caracteriza el final de la vida de la casa. La muerte de uno de sus dueños adultos está seguida por su propia muerte. Según dicta la tradición, el difunto debe ser enterrado en el centro de la habitación y, acto seguido, sus familiares deben huir del lugar y buscar refugio en hogares de allegados. La edificación se abandona, queda a merced de los elementos y se desploma en cuestión de meses. La casa, de un solo jalón, se derrumba en su aspecto material, social y simbólico.

UNA NUEVA IMAGEN DE LA CASA

La casa no es un tema sobresaliente en la literatura consagrada a los ettes, situación un tanto sorpresiva frente a los conocimientos acumulados sobre otras sociedades indígenas cercanas geográfica y culturalmente²⁷. Las razones de este

27 Alfredo González Chávez y Fernando González Vásquez, *La casa cósmica talamanca y sus simbolismos* (San José: Universidad de Costa Rica, 1994); Enrique Margery Peña, *Mitología de los bocotás del Chiriqui* (San José: Universidad de Costa Rica, 1994); Ann Osborn, *Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los u'wa* (Bogotá: Banco de la República, 1995); Reichel-Dolmatoff, "Templos kogi".

vacío remiten tanto a la austeridad que caracteriza a este pueblo como a los prejuicios de las investigaciones centradas en la arquitectura. En efecto, las viviendas ettes raramente figuran en el discurso mítico y la acción ritual, lo que dificulta la restitución de su dimensión simbólica. Adicionalmente, han estado expuestas a la influencia de los saberes arquitectónicos de la población colona durante los últimos cien años, lo que frecuentemente ha llevado a la invisibilización de su originalidad.

De cualquier modo, ni el carácter profano de las casas ettes ni su ineludible exposición a las influencias venidas de afuera deben tomarse como signos de una arquitectura nativa empobrecida. Las viviendas erigidas por los ettes son resultado de un rico y profundo saber técnico, social y simbólico, ilustrado en la humanización de la cual son objeto sus edificaciones y la interpretación de su estructura y ciclo de vida en clave anatómica. Un examen más calmado de las concepciones cosmológicas del grupo, del ordenamiento del espacio habitado y de la organización interna de las habitaciones habría sacado a flote otras dimensiones tan interesantes como la expuesta²⁸.

La interpretación antropomórfica de la casa propuesta por los ettes ciertamente está marcada por la medida. Al compararla con las documentadas en otras sociedades indígenas, pareciera encontrarse a medio camino entre dos extremos caracterizados por la opulencia y la exigüidad. Por una parte, no alcanza el grado de sofisticación de aquellas presentes entre pueblos

28 Niño Vargas, "Las transformaciones de la casa"; Niño Vargas, "Cosmos Ette".



Fotografía 6. El crecimiento de la casa. Fotografía: Juan Camilo Niño Vargas.

que sacralizan las casas, las consideran humanos plenos y hacen corresponder todos sus elementos con partes del cuerpo humano²⁹. Por otra parte, es mucho más rica que las de aquellas sociedades que se contentan con establecer algunos símiles entre elementos arquitectónicos y anatómicos, sin que se derive de su sumatoria una silueta relativamente humana³⁰. En suma, la sobria humanización de la casa ette no es un signo de vacuidad simbólica sino una expresión más de la austeridad de la cultura y sus constructores.

La casa ette se integra al universo humanizado mediante una analogía fuerte con las personas y una exégesis antropomorfa completa, mas no exhaustiva. Aunque las correspondencias que establecen los indígenas entre estructura y cuerpo solo ponen en juego una tercera parte del total de componentes de las edificaciones, y una proporción mucho menor de los distinguidos para el cuerpo, forman un todo coherente del cual surge la efigie de una persona. La casa resulta ser una entidad irreductible a su dimensión material y técnica: es un ser partícipe de humanidad, poseedor de un cuerpo, detentador de un alma. Igualmente, atraviesa por los procesos de nacimiento, madurez y decadencia conocidos por los hombres

y las mujeres. Si de comparaciones se trata, se asemeja más a un organismo viviente que a una construcción erigida sobre la base de arquetipos arquitectónicos trascendentes.

En conclusión, las dos alternativas entre las cuales se debate la actual antropología de la casa encuentran un punto de coincidencia en los modos de pensamiento y acción de un pequeño grupo indígena del norte de Colombia³¹. Las viviendas construidas y habitadas por los ettes son el resultado de un conjunto inextricable de saberes técnicos, prácticas sociales y representaciones simbólicas, gracias a los cuales adquieren características humanas y rasgos corporales. La humanidad y corporalidad concedida a las edificaciones es tomada con seriedad por sus constructores, quienes en muchos sentidos las observan y tratan como entidades relativamente autónomas y dinámicas. Como la mayoría de seres animados del universo, ven la luz de la existencia como fetos, maduran hasta alcanzar la adultez y, finalmente, sufren una degeneración irreversible que las conduce a la muerte y el olvido. Los ettes, así, funden de manera novedosa nociones como casa y persona, cuerpo y estructura, arquitectura y anatomía, vida útil y ciclo vital.

29 Mireille Guyot, "La maison des Indiens Bora et Miraña", *Journal de la Société des Américanistes* 61 (1974): 160-166; Dimitri Karadimas, *La raison du corps. Idéologie du corps et représentation de l'environnement chez les Miraña d'Amazonie colombienne* (París: Peeters Éditions, 2005), 369-393; Reichel-Dolmatoff, "Templos kogi", 210-212.

30 Descola, *La nature domestique*, 148-151; Alexandre Surrallés, *Au cœur du sens. Perception, affectivité, action chez les Candoshi* (París: Maison des Sciences de l'Homme, 2003), 83-89.

31 Blier, *The Anatomy of Architecture*; Carsten y Hugh-Jones, Introducción; Ingold, *The Perception of Environment*; Ingold, *Being Alive*.

BIBLIOGRAFÍA

- Århem, Kaj "Ecosofía makuna". En *La selva humanizada. Ecología alternativa en el trópico húmedo colombiano*, editado por François Correa, 109-126. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1993.
- Beckerman, Stephen y Roberto Lizarralde. *The Ecology of the Bari*. Austin: University of Texas Press, 2013.
- Bidou, Patrice. "Représentations de l'espace dans la mythologie tatuyo". *Journal de la Société des Américanistes* 61(1972): 45-108.
- Blier, Suzanne P. *The Anatomy of Architecture*. Cambridge: Cambridge University Press, 1987.
- Bolinder, Gustaf. "Die letzten Chimila-Indianer". *YMER. Svenka Sällskapet för Antropologi och Geografi* 44, n.º 2 (1924): 200-228.
- Bourdieu, Pierre. *Le sens pratique*. París: Minuit, (1970) 1980.
- Brettes, Joseph de. "Chez les Indiens du Nord de la Colombie". *Le Tour du Monde* 2 (1898): 434-480.
- Cardale de Schrimppff, Marianne. "Techniques of Hand-Weaving and Allied Arts in Colombia". Tesis de doctorado, University of Oxford, 1972.
- Carsten, Janet. *After Kinship*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones. Introducción a *About the House. Lévi-Strauss and Beyond*, editado por Janet Carsten y Stephen Hugh-Jones, 1-46. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- Chaves, Milciades. "Contribución a la antropología física chimila". *Boletín de Arqueología* 2, n.º 2 (1946): 157-177.
- Cunningham, Clark E. "Order in the Atoni House". *Bijdragen tot de Taal- Land- en Volkenkunde. Journal of the Humanities and Social Sciences of Southeast Asia* 120 (1964): 34-68.
- Descola, Philippe. *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar*. París: Maison des Sciences de l'Homme, 1986.
- . *Par-delà nature et culture*. París: Gallimard, 2005.

- González Chávez, Alfredo y Fernando González Vásquez. *La casa cósmica talamanqueña y sus simbolismos*. San José: Universidad de Costa Rica, 1994.
- Guyot, Mireille. "La maison des Indiens Bora et Miraña". *Journal de la Société des Américanistes* 61 (1974): 141-176.
- Halbmayer, Ernst. "Introduction. Toward an Anthropological Understanding of the Area between the Andes, Mesoamerica, and the Amazon". En *Amerindian Socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica*, editado por Ernst Halbmayer, 3-33. Nueva York: Routledge, 2020.
- Hugh-Jones, Christine. *From the Milk River. Spatial and Temporal Process in Northwest Amazonia*. Cambridge: Cambridge University Press, 1979.
- Ingold, Tim. *The Perception of the Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Nueva York: Routledge, 2009.
- . *Being Alive. Essays on Movement, Knowledge and Description*. Nueva York: Cambridge University Press, 2011.
- Karadimas, Dimitri. *La raison du corps. Idéologie du corps et représentation de l'environnement chez les Miraña d'Amazonie colombienne*. París: Peeters Éditions, 2005.
- Lévi-Strauss, Claude. *La voie des masques*. París: Plon, (1979) 2009.
- Malone, Terrell. "Chimila: Chibchan, Chocoan, Carib, or Arawakan?". Ponencia presentada en el XLVII Congreso Internacional de Americanistas, 7-11 de julio de 1991, Nueva Orleans.
- Margery Peña, Enrique. *Mitología de los bocotás del Chiriqui*. San José: Universidad de Costa Rica, 1994.
- Morgan, Lewis H. *Houses and House-Life of the American Aborigines*. Chicago: University of Chicago Press, (1881) 1965.
- Niño Vargas, Juan Camilo. *Ooyoriyasa. Cosmología e interpretación onírica entre los ette del norte de Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007.
- . "Ciclos de destrucción y regeneración. Experiencia histórica entre los ette del norte de Colombia". *Historia Crítica* 35 (2008): 106-129.
- . "La anatomía de la casa. Arquitectura simbólica y ciclo vital de las viviendas de los ette del norte de Colombia (chimila)". *De-Arq. Revista de Arquitectura de la Universidad de los Andes* 19 (2016): 62-73.
- . "Las transformaciones de la casa. Arquitectura simbólica de la vivienda ette". *Revista Colombiana de Folclor* 8, n.º 27 (2016): 53-74.

- . *Indios y viajeros. Los viajes de Joseph de Brettes y Georges Sogler por el norte de Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana; Universidad de los Andes; Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2017.
- . "Cosmos Ette. Ethnographie d'un Univers du Nord de la Colombie". Tesis de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 2018.
- . *Diccionario de la lengua ette*. Bogotá: Universidad de los Andes; Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2018.
- . "An Ameridian Humanism. Order and Transformation in Chibchan Universes". En *Amerindian Socio-cosmologies between the Andes, Amazonia and Mesoamerica*, editado por Ernst Halbmayer, 37-60. Nueva York: Routledge, 2020.
- Osborn, Ann. *Las cuatro estaciones. Mitología y estructura social entre los u'wa*. Bogotá: Banco de la República, 1995.
- Osorio Gallego, Héctor. "Chimila". *Artículos en Lingüística y Campos Afines* (Instituto Lingüístico de Verano, Lomalinda, Meta) 6 (1979): 20-48.
- Pearson, Michael Parker y Colin Richards, eds. *Architecture and Order. Approaches to Social Spaces*. Londres: Routledge, 1994.
- Rapoport, Amos. *House Form and Culture*. Nueva Jersey: Prentice Hall, 1969.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. "Mitos y cuentos de los indios chimila". *Boletín de Arqueología* 1, n.º 1 (1945): 4-30.
- . "Etnografía chimila". *Boletín de Arqueología* 2, n.º 2 (1946): 95-155.
- . "Templos kogi. Introducción al simbolismo y a la astronomía del espacio sagrado". *Revista Colombiana de Antropología* 19 (1975): 199-245.
- Roth, Walter Edmund. *An Introductory Study of the Arts, Crafts, and Customs of the Guiana Indians*. Washington: Government Printing Office, 1924.
- Surrallés, Alexandre. *Au cœur du sens. Perception, affectivité, action chez les Candoshi*. París: Maison des Sciences de l'Homme, 2003.
- Uribe Tobón, Carlos Alberto. "Chimila". En *Introducción a la Colombia amerindia*, editado por François Correa y Ximena Pachón, 51-62. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología; Ministerio de Educación Nacional; Instituto Colombiano de Cultura, 1987.
- Viveiros de Castro, Eduardo. "Os pronomes cosmológicos e o perspectivismo amerindio". *Mana* 2, n.º 2 (1996): 115-144.



Fotografía: Manuel Salinas.

4

La ranchería wayúu. Expresión cultural del hábitat guajiro¹

Erik Marcelo Marín Ortiz

Parte de la península de La Guajira, ubicada en el extremo norte del Caribe colombiano, está habitada por los wayúus, un pueblo indígena milenario que con el pasar de los siglos se apropió de ese espacio y le otorgó sentido de acuerdo con sus concepciones cosmogónicas (fotografía 1). Esta tribu territorializó su hábitat y se reconoció como parte esencial de él, identificándose como corresponsable de su preservación.

La cultura wayúu se fundamenta en tradiciones ancestrales que requieren una transmisión generacional por medio de complejos relatos que abarcan numerosos aspectos del diario vivir y de los rituales de la comunidad. Para el indígena guajiro, el territorio lo es todo, y cualquier amenaza o afectación de este puede poner en riesgo la supervivencia

¹ El presente capítulo tiene como referencia principal la investigación desarrollada en la península de La Guajira, en el extremo norte del territorio colombiano. Esta investigación tuvo como productos algunos proyectos investigativos y arquitectónicos, entre ellos, la tesis de Maestría en Hábitat del autor (Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” [tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014], <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>), así como el primer lugar en el Premio Odebrecht para el Desarrollo Sostenible en 2015, con el proyecto Wüin je Akkuaippa, “Módulo de abastecimiento esencial agua y vida”.



Fotografía 1. Toma aérea de un asentamiento tradicional wayúu
Fuente: fotografía del autor, 2013.

de la tribu. Es en el territorio mismo donde se refleja la estructura de lo inmaterial, de un universo que debe percibirse como un todo que nos resulta incognoscible, aunque hagamos parte de él. Los wayúus, al igual que otras culturas, tienen una idea propia del origen de su cosmos que no se remonta solo a un pasado remoto, sino que, a partir de la configuración de su estructura, se establece como un prototipo que se recrea en el espacio de los humanos. Es por esto que se parte aquí de la idea de que la delimitación territorial en la cultura wayúu no es un producto aleatorio de apropiación del espacio, sino una imagen territorializada de la visión propia del cosmos; el reflejo de una manifestación original.

Con base en la premisa anterior, este capítulo aborda la cultura wayúu a través del lente del territorio, el hábitat y la arquitectura, tomando como referencia investigaciones previas sobre aspectos culturales de los hábitats indígenas realizadas por Duque Cañas y por Duque Cañas², Salazar Gómez y Castaño Alzate³, con la intención de profundizar en aspectos poco explorados de las formas de habitar el territorio y la arquitectura wayúus. Bajo esta perspectiva, este trabajo recurre a variables de análisis complementarias al punto de vista arquitectónico⁴, con miras a revelar la relación

- 2 Juan Pablo Duque Cañas, *Territorios indígenas y Estado: a propósito de la Sierra Nevada de Santa Marta* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012).
- 3 Juan Pablo Duque Cañas, Óscar Salazar Gómez y Gloria Elsa Castaño Alzate, *Saminashi. Arquitectura y cosmogonía en la construcción kogí* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004).
- 4 Como al análisis de la relación existente entre las creen-

interdimensional existente entre el cosmos, el territorio y la vivienda wayúus.

En la primera parte del capítulo se hace una breve descripción de las condiciones de vida de la comunidad indígena en la península de La Guajira y se analizan tanto aspectos culturales generales como amenazas externas que ponen en riesgo la preservación de sus valores ancestrales. En la segunda parte, se presentan las dimensiones que relacionan al indígena con su territorio, partiendo de la idea de que entre ambos existen valores intrínsecos que los identifican y definen. La tercera sección se constituye en el análisis de cómo la vivienda wayúu, agrupada en poblados conocidos como rancherías, trasciende la idea de máquina para sobrevivir, para convertirse en un elemento fundamental de la estructura ritual y en un espacio mediador para que los wayúus trasciendan su existencia terrenal y se reconozcan a sí mismos como parte de un todo cósmico-territorial. En este contexto, este capítulo se constituye en un llamado a la reflexión pues, aunque históricamente la cultura wayúu ha demostrado una gran capacidad de adaptación a procesos de aculturación, las condiciones actuales muestran que los factores que hoy atentan contra su integridad no son proporcionales a su capacidad de resistencia, lo que pone a esta comunidad en desventaja y alto riesgo.

cias culturales, la forma en que se demarca un territorio y cómo la arquitectura sirve para establecer el punto central que entrelaza lo terrenal con lo cósmico.

LA PENÍNSULA ANCESTRAL: CULTURA WAYÚU

Los wayúus son una comunidad que habita la península de La Guajira desde el 150 a. C.⁵, un punto estratégico de acceso al sur del continente americano. Los registros indican que esta ubicación fue uno de los principales referentes de tierra firme para los colonizadores españoles en su llegada al lugar que, para ellos, eran las Indias Orientales.

Esta península tiene alrededor de 15 400 km², de los cuales 12 240 km² pertenecen al territorio colombiano y 3 140 km², a Venezuela⁶. El clima en el territorio guajiro va desde el árido hasta el seco, dependiendo del punto de ubicación geográfica, y a consecuencia de los regímenes de lluvias y del recorrido de los vientos que se dan de manera particular en esta península. Se trata, por tanto, de un territorio que cuenta con una marcada deficiencia de agua, evidenciada en la

-
- 5 Las primeras evidencias escritas encontradas son de los contactos iniciales con los europeos. Las demás fuentes corresponden a datos dispersos o parciales, en parte, por la hostilidad de los indígenas con los *alijunas* —personas que no pertenecen a la comunidad wayúu— que han tratado de acercarseles. José A. Villalba Hernández, "Wayúu, resistencia histórica a la violencia", *Historia Caribe* V, n.º 13 (2007).
 - 6 Weildler Guerra Curvelo, *La ley en la sociedad wayúu* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002).

baja cantidad de precipitaciones anuales y en los altos índices de absorción hídrica de la tierra⁷.

En términos ancestrales, se hace referencia al territorio wayúu como a aquel comprendido por toda la península de La Guajira, incluyendo las tierras venezolanas. Dicha extensión se encuentra dividida entre la parte alta y la baja por una falla geológica que se origina en el Cabo de la Vela hacia el sur del territorio, y la zona que queda en medio de las partes se denomina ancestralmente como Media Guajira⁸. Esta conformación geológica, que marca diferencias en el territorio, otorga a la península una gran variedad de matices geográficos y ecosistemas excepcionales con características únicas que los hacen merecedores de especial protección por parte del Estado⁹.

En la Alta y la Media Guajira, donde se encuentran asentados los wayúus hace siglos, esta comunidad ha definido puntos específicos de ubicación y lugares en los que lo sagrado desempeña un papel preponderante, pues para ellos el

territorio se conforma no por procesos geológicos, sino gracias a una historia que está inscrita en sus tradiciones rituales y culturales.

En la actualidad es aún posible evidenciar una comunidad que conserva una carga cultural que nunca dejó de ser transmitida. Su capacidad de adaptación a las condiciones de vida cambiantes ha sido fundamental para mantenerse en un entorno en el que comenzaron cultivando la tierra para adoptar el pastoreo, pasaron a la agricultura estacional, y posteriormente a la industria artesanal y comercial informal como fuente de ingresos¹⁰.

Los wayúus han consolidado una riqueza cultural producto de un proceso histórico que ha resistido los intentos de aculturación. En la actualidad, la integración social y comercial con los *alijunas* —o personas no indígenas— forma individuos con características diversas, quienes desde su infancia están inmersos en una cultura que tiene como reto integrar nuevas formas de vida y relaciones que les permitan fortalecer sus valores y tradiciones propias como medio para garantizar su preservación.

La realidad actual de un territorio bajo amenazas

En la actualidad, se evidencian centros urbanos y actividades comerciales e industriales que se desarrollan cada vez más cerca de los indígenas. De ese modo, los wayúus experimentan una realidad de contrastes. Por una parte, la

7 Alfonso Pérez Preciado, "Evolución paleogeográfica y dinámica actual de los medios naturales de la península de La Guajira (Col.)", en *Estudio social aplicado de la media y alta Guajira*, ed. Gerardo Ardila (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Fondo FEN, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1991).

8 Ministerio de Cultura, *Wayúu. Gente de arena, sol y viento*. Caracterización de los pueblos indígenas de Colombia (Bogotá: Ministerio de Cultura, Dirección de Poblaciones, 2017), <https://www.mincultura.gov.co/prensa/noticias/Documents/Poblaciones/PUEBLO%20WAY%C3%9AU.pdf>

9 Como, por ejemplo, el Parque Nacional Natural de la Serranía de la Macuira donde, debido a fenómenos atmosféricos y climáticos, existe una biodiversidad única, pues es un ecosistema de bosque nubado rodeado por un territorio altamente árido.

10 Guillermo Ojeda Jayariyu, "*Sainrülüü Wayuu*". *Espiritualidad wayúu* (Maicao: Alcaldía Municipal de Maicao, 2007).

Constitución Política de Colombia da las bases para el reconocimiento cultural de la diversidad étnica presente en el país, pero, por otro, las amenazas de distintos tipos son más numerosas e incesantes, lo que invita a reflexionar acerca de la posibilidad del fin de un proceso cultural milenario.

Si bien es cierto que la resistencia y la adaptación a las amenazas han sido cualidades de la comunidad guajira, los hechos actuales muestran un panorama en el que factores diversos ponen en riesgo la supervivencia de la cultura wayúu. En este territorio el ideal de “desarrollo económico” y la “globalización”, por ejemplo, han sido la base para poner en marcha proyectos mineros de gran escala (particularmente, explotación de carbón), gasoductos y turismo que han generado no solo un impacto en la cultura wayúu, sino un incremento de la violencia en esta zona. Además de los cambios culturales derivados de las dinámicas económicas, se han registrado hechos de violencia que han generado el desplazamiento forzado de miembros de la comunidad wayúu¹¹.

A lo anterior debemos agregar que el Gobierno ha reasentado a algunas familias de varias rancherías y clanes sin tener información suficiente sobre las formas de vida en el territorio,

11 Autores como Edwin Hernández (“Minería y desplazamiento: el caso de la multinacional Cerrejón en Hatonuevo, La Guajira, Colombia [2000-2010], ‘Nuestra tierra es nuestra vida’”, *Ciencia Política* 13, n.º 26 [julio-diciembre 2018]) y Carlos Arturo Salamanca (“Terrores guajiros. Lecturas transversales entre las políticas de la identidad, la violencia masiva y la economía transnacional”, *Revista de Antropología Social* [Universidad Complutense de Madrid] 24 [2015]) han estudiado con detalle las problemáticas enfrentadas por los wayúus debido a factores externos.

la vivienda y la cultura wayúu, lo que ha conducido a diseños que parecen piezas de museo alteradas, lejanas a la originalidad cultural de esta población, como se muestra en las fotografías 2 y 3 de uno de estos nuevos asentamientos en el área del Cabo de la Vela.



Fotografías 2 y 3. Asentamientos contemporáneos en el Cabo de la Vela
Fuente: fotografías del autor, 2013.

Además de este tipo de reinterpretaciones que se hace de la vivienda en los proyectos contemporáneos, la necesidad de emigrar hacia otros lugares, entre ellos la frontera con Venezuela, ha generado una pérdida de las costumbres originarias. Un claro ejemplo, expuesto por Alonso Morillo Arapé¹², es que los indígenas residentes en Maracaibo han expresado el deseo de tener vivienda nueva con materiales modernos y duraderos para quedar al nivel de la sociedad que los rodea, para no ser vistos como personas que viven en la pobreza porque, según ellos, esa es la connotación que les dan los vecinos no indígenas a las familias que habitan la casa original de barro que hace parte de la ranchería.

Si bien la cultura wayúu enfrenta múltiples factores de riesgo, Villalba¹³ afirma que es un ejemplo de resistencia ante los intentos de dominación y aculturación a que ha sido sometida (fotografía 4). Cabe destacar que, ante la exposición a las amenazas, las acciones externas que de alguna manera buscan la preservación de esta cultura no se deben basar en acciones para “museificar” el pensamiento y las expresiones indígenas de La Guajira. Mucho menos se debería buscar un aislamiento de la cultura para protegerla. Sin embargo, se considera urgente seguir documentando los valores culturales wayúus, particularmente en los temas menos explorados

12 Alonso José Morillo Arapé, “Representaciones sociales de la vivienda urbana indígena: una aproximación desde los wayúu en Maracaibo, Venezuela”, *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología* (Universidad del Zulia) 20, n° 1 (2011).

13 Villalba Hernández, “Wayúu, resistencia histórica a la violencia”.

como la relación entre territorio, vivienda y cultura, la cual trae consigo una carga invaluable de costumbres, pensamientos y vivencias ancestrales. Este conocimiento se constituye en una base que puede ser útil para la concepción de nuevos proyectos en los que se involucre directamente la cultura wayúu. Desde la perspectiva del hábitat, se busca en las secciones siguientes resaltar la validez que tiene el contexto cultural wayúu frente a cualquier otro contexto occidental, representado en los valores de su arquitectura como expresión vernácula creada a partir de una concepción propia del territorio y la vivienda.



Fotografía 4. Rito tradicional wayúu aún vigente
Fuente: fotografía del autor, 2013.



Fotografía 5. Hábitat macro-micro wayúu
Fuente: fotografía del autor, 2013.

LOS WAYÚUS Y SU RELACIÓN CON EL TERRITORIO

A través de la historia, el estudio de diferentes culturas ha permitido establecer la profunda relación que existe entre el hombre y el territorio que habita, el cual hace suyo mediante procesos complejos de apropiación del lugar, al reconocer dicho espacio como su mundo y la razón de su existencia. En este contexto, los wayúus hacen parte de aquellas culturas indígenas que se han mantenido a pesar de las presiones del pasado y del presente.

La relación que se da entre los wayúus y su hábitat ha podido trascender razones capitalistas o económicas, al ser fortalecida por sus rituales como medios para permanecer en su espacio a

través del tiempo. Existe un vínculo sagrado entre los wayúus y su territorio.

La conexión que se da entre un territorio y la comunidad que lo habita toma relevancia cuando la cultura se fundamenta en el hecho de *hacer parte* de él. La relación social-territorial de la cultura wayúu está sustentada en complejas creencias mitológicas cimentadas en la relación entre el individuo y la deidad sobrenatural, manifestada y perpetuada mediante la tradición oral. Tanto el hábitat como el entorno tienen para los wayúus un carácter simbólico y ritual.

La configuración del hábitat wayúu se cimienta en un orden que va de lo macro a lo micro, el cual parte de un reconocimiento del territorio que los rodea y de la identificación de puntos específicos que tienen una carga simbólica especial según su cosmovisión (hábitat macro), para luego enfocarse en la *ranchería* (hábitat micro) como su refugio personal (fotografía 5).

El acto ritual como camino hacia lo trascendente

Con base en las premisas planteadas, se parte de la idea de la apropiación del lugar como un proceso ritual para trascender los límites del hecho material, es decir, el territorio. Los significados que contiene la relación hombre-territorio en las comunidades indígenas se fundan en una concepción puramente religiosa. Como lo señala Eliade¹⁴, elementos que van desde una simple roca hasta un vasto territorio llegan a alcanzar la sacralidad cuando su forma insinúa una participación simbólica o se cree que pueden llegar a ser parte de una hierofanía específica. Un claro ejemplo se evidencia en un paisaje montañoso, el cual puede tener similitudes con formas humanas susceptibles de ser interpretadas por la cultura como una figura reconocible que sirve como conexión con la divinidad, por su perfil y por el recorrido cíclico de los astros que hace que aparezcan y desaparezcan esas similitudes según el momento del día.

En el caso de los wayúus, el territorio comenzó a cobrar sentido como parte de su existencia en la medida en que se integró a sus mitos y tradiciones culturales¹⁵. De esa manera, empezó a

ser una realidad que se sobrepuso a la intrascendencia de la cotidianidad para convertirse en un elemento central de su mundo sacro y un receptáculo poseedor de características particulares que lo ponen por encima de las cosas ordinarias.

Paradójicamente, dicho acto de inicio, que se considera fundamental para la concepción de un rito, no es nuevo o sin precedentes. Por el contrario, es la repetición de un acto primigenio, una conmemoración de una acción inicial de carácter sagrado. En ese orden de ideas, se puede afirmar que la existencia de una comunidad está basada en paradigmas que remiten frecuentemente al hombre a su origen mítico. En este sentido, las nuevas creaciones del hombre deben contener un carácter simbólico que les permita manifestar de manera visible la realidad en la que se expresan. Esto les otorga una identidad propia que les da sentido de inclusión en la estructura cultural de la cual hacen parte activa.

La necesidad de dar un valor trascendente a aquellos rituales que representan las formas de habitar un territorio, y luego a un objeto particular (la ranchería), se puede inferir de uno de los principios expuestos por Eliade, quien afirma que, posterior a la recreación del génesis del territorio, los espacios, viviendas o templos se presentan como el centro del mundo de una cultura, como un punto de partida simbólico. De ese modo se reconoce el entorno a partir de un núcleo de vida, para luego depurarlo y sacarlo del caos en el que inicialmente se encontraba, y

tinguirlos, para lo que utilizó denominaciones relacionadas con la fauna predominante en el territorio.

14 Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno* (Barcelona: Altaya, 1995).

15 Autores como Ramón Paz Ipuana (*Mitos, leyendas y cantos guajiros* [Caracas: Instituto Agrario Nacional, 1972]) y Alfonso Forero (*Nosotros los wayúu* [Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 1995]) señalan que, después de haber creado a los humanos, Maleiwa tuvo la idea de dispersarlos por la península por medio de castas diferenciadas, pero antes les quiso dar un nombre a cada una para dis-

darle una jerarquía espacial basada en un centro representado por el orden que ha inaugurado¹⁶.

Los wayúus reconocieron su territorio, lo dividieron y nombraron según el criterio del pájaro Utta¹⁷ que, enviado por Maleiwa, clasificó a la tribu por clanes y le dio a cada uno de estos un territorio especial de la península de La Guajira¹⁸. De esta forma, y con base en las tradiciones culturales transmitidas a lo largo de las generaciones, se puede afirmar que el territorio wayúu fue recorrido, para luego ser reconocido, mitificado y finalmente distribuido hasta donde sus nociones geográficas llegaron. Partieron de puntos intermedios identificados desde su centro hasta la periferia, para culminar su recorrido en Jepira¹⁹, una interpretación visual del fin de la Tierra, el comienzo de lo desconocido y el punto de quiebre entre lo terrenal y lo celestial. Es en Jepira donde su conocimiento se reduce, por la simple terminación de la tierra que se puede recorrer. De allí viene la connotación sacra de este lugar, que se constituye para esta cultura en una expresión de un orden intangible, que no se puede asimilar, y

por ello es temido. En consecuencia, Jepira sería el camino de los muertos, donde habitan los *yoluja* —o espíritus de los muertos— y las almas de los ancestros perdidos²⁰.

La proyección existencial y las creencias cosmogónicas de esta comunidad milenaria siguen estando presentes en la actualidad. Como lo afirma Graciela Cotes, una de sus líderes, el territorio para los wayúus sigue siendo sagrado y está estrechamente ligado a sus rituales culturales.

La tierra para nosotros es algo muy importante y donde uno nace y tiene su cementerio, eso se convierte en parte de la vida diaria de uno hasta el final, hasta que uno se muere. Entonces, el amor a la tierra es un amor muy grande, muy inmenso.²¹

Según Cortés Lara, para los wayúus “el lugar que habitan representa el nacer y el morir, es su cotidianidad, ese espacio es testigo de sus vivencias, sus jolgorios, sus rituales, sus alegrías y sus tristezas hasta el último día de vida”²².

16 Con esto el hombre representa su mundo, ese que ya conoce y, por tanto, no le teme y lo diferencia de ese universo oculto que le resulta oscuro y desconocido porque no lo identifica.

17 Mito tradicional wayúu en el que un pájaro denominado Utta, enviado por la máxima deidad, Maleiwa, creó las diferentes castas de la tribu y distribuyó el territorio entre ellas.

18 Paz Ipuana, *Mitos, leyendas y cantos*.

19 Nombre con el que se conoce al Cabo de la Vela, lugar sagrado para los wayúus, pues, para ellos, hacia allí se dirigen las almas de sus muertos.

20 Socorro Vásquez Cardozo y Hernán Darío Correa Correa, “Los wayúu, entre *Juya* (‘El que llueve’), *MMA* (‘La Tierra’) y el desarrollo urbano regional”, en *Geografía humana de Colombia*, t. II: *Nordeste indígena*, por Carlos Alberto Uribe Tobón *et al.* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1993), 146.

21 Citada en: Miguel Ángel Cortés Lara, “Mujeres wayúu: las manos que tejen la vida”, *Cultura*, Radio Nacional de Colombia, 6 de abril de 2017, <https://www.radionacional.co/cultura/mujeres-wayuu-las-manos-que-tejen-la-vida>

22 Cortés Lara, “Mujeres wayúu”.

LA RANCHERÍA: EL COMPONENTE MICRO DEL HÁBITAT WAYÚU

La idea de hábitat²³, como resultado de la compleja interacción de manifestaciones culturales, se ve materializada en la *ranchería wayúu* mediante una serie de tipologías tradicionales que son la expresión de la riqueza estética y cultural de esta comunidad. Hay que aclarar que cuando se habla de vivienda wayúu se hace referencia a la ranchería, que es una agrupación de elementos arquitectónicos que, en conjunto y a pesar de lucir dispersos, funcionan como un solo elemento para los indígenas; su vivienda (fotografía 6). En términos arquitectónicos, las rancherías poseen características singulares en su configuración que guardan una estrecha relación con sus creencias cosmogónicas.

23 Con base en las definiciones propuestas por Juan Gabriel Hurtado Isaza, se entiende aquí el *hábitat* como “un sistema complejo de relaciones generado a partir de la interacción entre el hombre y el territorio”. *Vivienda* se entiende como la suma entre una casa vacía —de una cultura en general— y las adaptaciones que sus habitantes le dan, dependiendo de sus tradiciones culturales. Juan Gabriel Hurtado Isaza, “Análisis físico-espacial de la vivienda de interés social en los procesos de reasentamiento poblacional desde la perspectiva del hábitat” (tesis de Maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, mayo de 2010), 28.

En el ámbito particular, en la vivienda wayúu se recrean las costumbres ancestrales transmitidas y, de este modo, se conservan características particulares como una intención de mantener clara la barrera entre el exterior y el interior, así como aquella que divide los espacios destinados para la interacción social de los que requieren más privacidad (refugio).

Para comprender cómo se materializan las tradiciones culturales en la ranchería wayúu, resulta necesario el análisis del concepto inicial contenido en dicha construcción, que parte de la asociación de aspectos socioculturales, especialmente referidos a las creencias más importantes de esta comunidad. Si bien el factor mítico es preponderante en las expresiones arquitectónicas originales, en el contexto actual la cercanía y el contacto directo con los centros urbanos han hecho que empiecen a aparecer viviendas que evidencian la existencia de relaciones sociales estratificadas y diferencias de clases entre los clanes.

En términos generales, la organización interna de una ranchería wayúu se relaciona con la estructura social de la familia que la habita. Partiendo de un espacio reconocido y único, el hecho de que el contexto (social y espacial) sea variable influye en la configuración espacial de cada construcción tradicional. Por ejemplo, en los grupos familiares se encuentran miembros especiales que tienen la importante labor de imprimir en el interior del hábitat de la vivienda aquellos valores culturales que otrora les fueron transmitidos y, así, dar continuidad al orden que le da sentido a su existencia.



Fotografía 6. Ranchería tradicional wayúu. Fuente: fotografía de Manuel Salinas, 2019.

Cada sociedad expone las formas de concebir y habitar su espacio doméstico como expresión de su *ethos* particular, es decir, una cultura concibe de manera variable su percepción del adentro y del afuera. Así como prevalece un concepto de la vivienda como “célula” en la que se llevan a cabo la mayoría de las actividades en lugares comunes, también predomina la concepción de *unidad*, en la que cada grupo familiar dispone de un marco construido completo. Entre los wayúus se combinan los principios que corresponden a sus creencias con los que corresponden a su entorno, y que expresan la materialidad de un sistema de símbolos y del mundo al que ellos llaman Pulasü, que significa conexión con lo sagrado²⁴.

La importancia de la ranchería wayúu se hace evidente en su papel como medio transmisor de las tradiciones familiares porque permanece en el mismo espacio desde que se nace hasta que se muere y se compone de elementos que se constituyen en una manifestación del universo propio de la tribu. Es en la ranchería donde las dinámicas socioespaciales y culturales se mezclan con la vivienda para generar un conjunto complejo de relaciones. En este sentido, la ranchería para la etnia wayúu contiene todos los significados que para la sociedad occidental contiene la arquitectura, pero con una cosmovisión implícita. Desde una perspectiva que permite reconocer

que el espacio wayúu está compuesto no solo por aspectos materiales, sino por una cantidad de imaginarios y creencias que parten de principios y tradiciones muy elaboradas que han permanecido por siglos, es posible ver que las formas de habitar y la arquitectura wayúu son valiosas como expresiones culturales, así su sencillez a simple vista haga que muchas veces pasen inadvertidas para el observador común.

La arquitectura y su materialidad en el territorio ancestral wayúu

La *vivienda* como expresión cultural de la etnia wayúu se ve materializada en diversos contextos urbanos y medioambientales de todo el territorio guajiro como consecuencia de los distintos procesos migratorios de miembros de esta comunidad²⁵. Un análisis espacial detallado del territorio guajiro permite apreciar la diversidad de composiciones y de formas de agrupación de los elementos que hacen parte de la ranchería tradicional wayúu. Sin embargo, para comprender el resultado de las escalas macro y micro del hábitat, el análisis de la arquitectura se centra en la

24 Alonso José Morillo Arapé y Carmen Laura Paz Reverol, “La vivienda wayúu en Maracaibo: una mirada desde sus creencias y sus prácticas”, *Arquitectura e Investigación* (blog), 19 de marzo de 2012, <http://arquitectoalonsomorillo.wordpress.com/2012/03/19/la-vivienda-wayuu-en-maracaibo-una-mirada-desde-sus-creencias-y-practicas/>

25 Morillo Arapé, “Representaciones sociales”; Morillo Arapé y Paz Reverol, “La vivienda wayúu”. Uno de los factores influyentes en esos aspectos es la polirresidencialidad que se evidencia en algunos clanes que, por cuestiones climáticas y de sequías, se ven obligados a trasladarse a otra vivienda en algunas épocas del año. Los wayúus no se ubican de manera uniforme en su territorio tradicional y la distribución demográfica depende de los cambios estacionales. Esto significa que durante la temporada seca muchos wayúus buscan trabajo en las ciudades o pueblos, pero cuando llega la lluvia un gran número de ellos retorna a sus rancherías.

revisión detallada de aquellos elementos que son preponderantes en la ranchería tradicional, que actualmente solo se conservan en algunas partes de la Alta Guajira. Se entenderá aquí que dicha composición formal se convierte en la expresión material de la cultura mediante la cual se conservan y se transfieren la memoria y la tradición. Factores mitológicos, tecnológicos, socioculturales y geográficos se complementan para darle forma y sentido al hábitat de la familia wayúu en su entorno natural.

La vivienda como objeto material de la cultura adquiere, entonces, significados especiales dentro de los diversos grupos culturales que puedan componer un territorio. En ella se recrean y se simbolizan las formas de vida de los antepasados y se gestan nuevas pautas de vida que le permiten a una cultura persistir en su mundo. Por ende, la vivienda se convierte en una respuesta constructiva que parte de la experiencia social de los que la habitan y no se constituye en una construcción social de la realidad contextual²⁶. En el caso de los wayúus, es una materialización de su propia realidad, manifestada por medio de formas y rituales propios. Partiendo de la idea ya expuesta del territorio

constituido, la ranchería o vivienda wayúu es el objeto final de esa composición, y el resultado de un proceso en el que el lugar escogido para edificar es producto de un pensamiento transmitido a través de un sueño, lo cual representa la consolidación y persistencia de una costumbre ritual ancestral²⁷.

Si bien es cierto que la ranchería wayúu se presenta como un patrimonio material e inmaterial de amplio valor cultural, no se pretende aquí entenderla como una pieza de museo inmodificable. Tampoco se trata de hacer una intromisión cultural, y mucho menos desde la mirada analítica que representa un pensamiento que sigue siendo *alijuna*. El análisis de la ranchería que se presenta a continuación se constituye en un intento de registrar, a partir de una perspectiva arquitectónica, un momento histórico del cual tenemos la fortuna de ser testigos. En este sentido, las secciones siguientes describen los elementos arquitectónicos que conforman la vivienda wayúu que, más allá de la noción de vivienda que se tiene en Occidente como un espacio único, en esta cultura se concibe como una suma de elementos dotados de función y significado y que, como se mencionó, recibe el nombre de ranchería.

26 Héctor J. Salcedo Arismendy, Ernesto L. Bravo R. y Esther Durante, "Representación estatal de la vivienda en Venezuela", *Fermentum, Revista Venezolana de Sociología y Antropología* 11, n.º 32 (2001).

27 Para los wayúus, los sueños son mensajes directos de sus antepasados, a los cuales dan gran valor y credibilidad, y son fundamentales a la hora de tomar decisiones importantes en su vida. Un análisis de la relación de los sueños y la vivienda en esta cultura puede ser encontrado en Alonso José Morillo Arapé y Carmen Laura Paz Reverol, "Los sueños y su importancia en el pronóstico y tratamiento de la vivienda de los wayuu en Venezuela", *Gazeta de Antropología* 24, n.º 2 (2008).

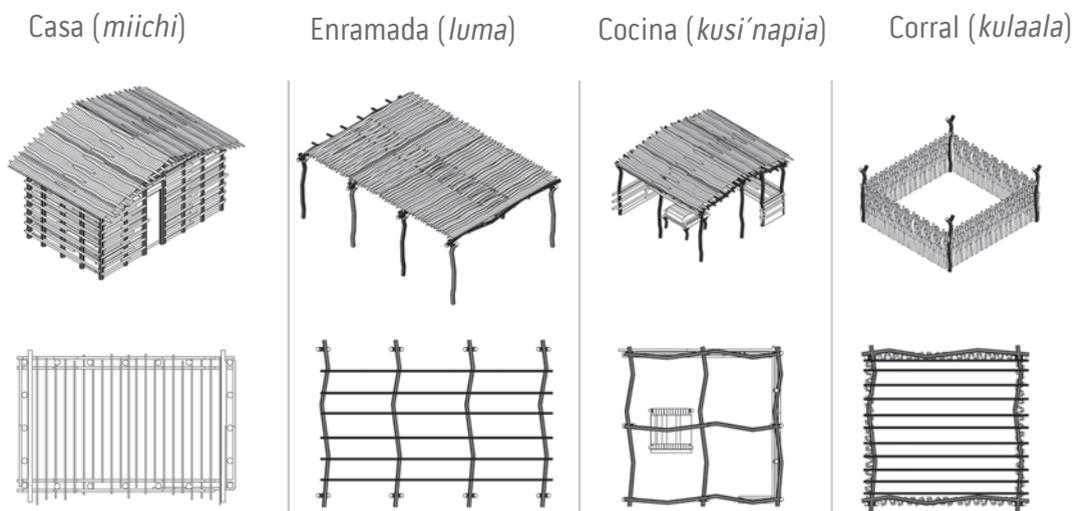


Figura 1. Elementos que componen la ranchería

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 137, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>

La ranchería wayúu, un conjunto para habitar

La ranchería es un asentamiento compuesto por un caserío que puede constar de cinco o seis casas —por lo general de una misma familia—, las cuales se denominan *miichi* en la Baja Guajira o *piichi* en la Alta Guajira. Para conformar la ranchería, las *miichis* se agrupan con tres elementos adicionales: la enramada o *luma* (que corresponde a la zona social), la cocina o *kusi'napia* y el corral o *kulaala* (figura 1).

Estos elementos se disponen en el espacio según las necesidades de la familia, pero generalmente siguen patrones bioclimáticos y especificidades de tipo cultural (figura 2).

Además de estos cuatro elementos, en algunas rancherías se pueden apreciar espacios de protección para los tejidos elaborados por las mujeres, denominados *anülü*²⁸, y cementerios comunitarios o *aamaka*, que tienen una gran importancia desde el punto de vista mitológico para los miembros de esta comunidad. Si bien, como se mencionó, la disposición de los elementos de la ranchería puede cambiar de un lugar a otro, se plantea aquí una tipología de elementos comunes que brindan la posibilidad de realizar un registro de patrones arquitectónicos como muestra de un estilo de vida predominante y de una arquitectura vernácula que ha permanecido en el tiempo.

28 Estos elementos constan de tres paredes que brindan protección a los telares ante las inclemencias del clima y los vientos.

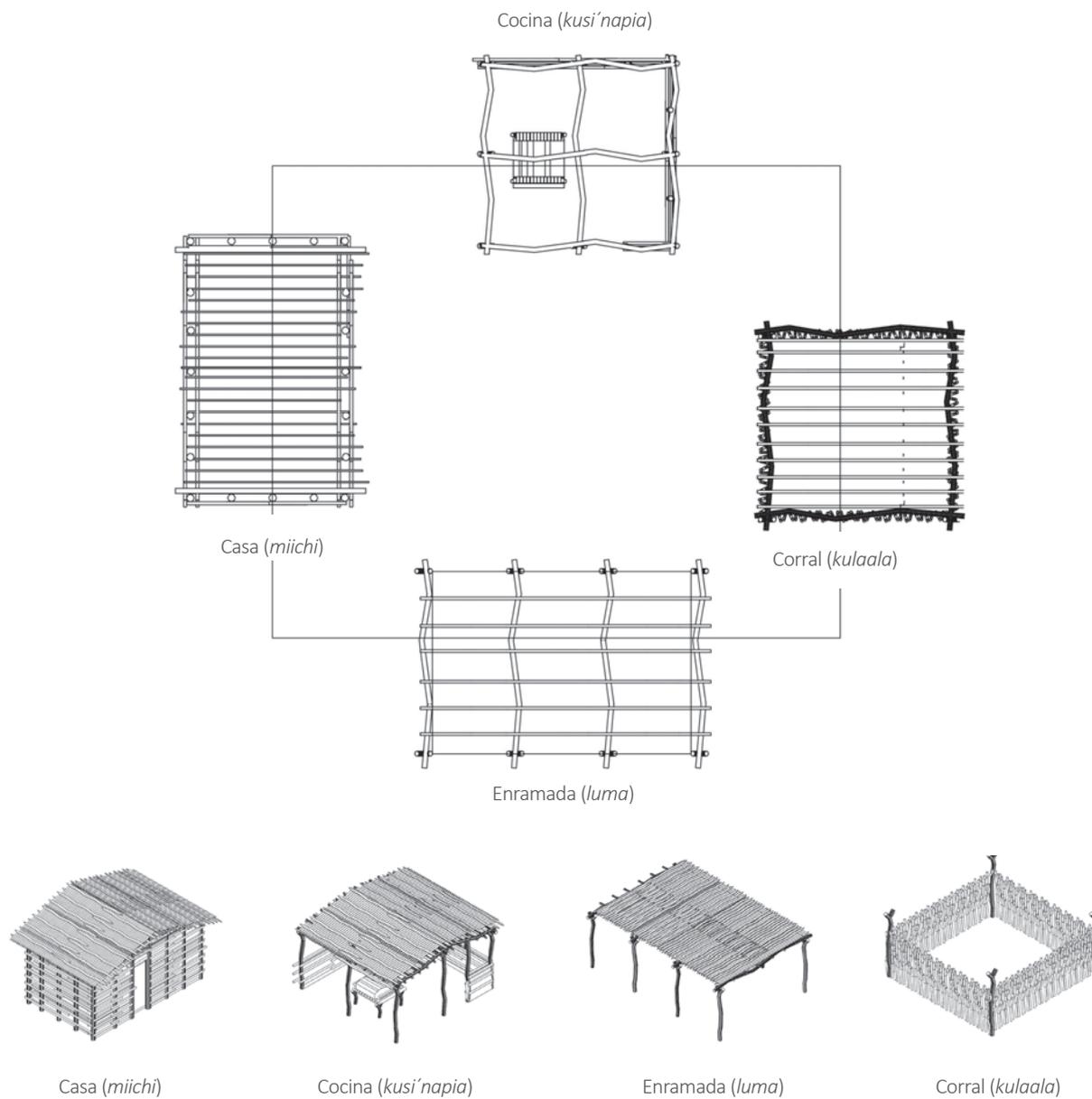


Figura 2. Composición general de la ranchería en planta e isometría

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, "Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu" (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 136, 137, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>



Fotografía 7. La *miichi* actual
Fuente: fotografía de Manuel Salinas, 2019.

La *miichi*: el refugio

Uno de los elementos que componen la ranchería tradicional wayúu es la casa, que generalmente es pequeña y consiste en un diseño simple de un espacio dividido en dos habitaciones donde se cuelgan las hamacas para dormir y las mochilas tejidas de algodón para guardar las pertenencias de la familia. En la superficie del suelo, que está en arena abierta, se encuentran las ollas de barro de cuellos estrechos en las que se almacena el agua. Estas ollas se ubican muy cerca de las paredes. En el exterior hay algunos palos con un remate en forma de ye, clavados en el suelo, en los que se ponen calabazas huecas llenas de semillas para sembrarlas a su debido tiempo.

La tipología de la casa parte de una planta rectangular, y los techos están contruidos con un

entramado de yotojoro²⁹ y tienen la inclinación típica de las casas occidentales con dos pendientes que dirigen las aguas lluvias hacia los costados laterales. Las paredes de confinamiento se encuentran elaboradas en el sistema constructivo de bahareque de barro confinado, generalmente en telas de yotojoro, aunque también se evidencian cajas para empacar la mercadería y el uso de artículos varios que tengan a su alcance³⁰ (fotografía 7). La privacidad en una casa está celosamente protegida de las miradas ajenas a la familia por paredes exteriores sin vanos (figura 3).

29 El yotojoro es el corazón seco del cactus. Es el material predominante en la región guajira, por lo que ha servido de materia prima principal para las construcciones en esta área. Los wayúus lo denominan *yosú*.

30 Otto Vergara González, "Los wayúu, hombres del desierto", en *La Guajira, de la memoria al porvenir, una visión antropológica*, ed. Gerardo Ardila (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1990).

Casa (*miichi*)

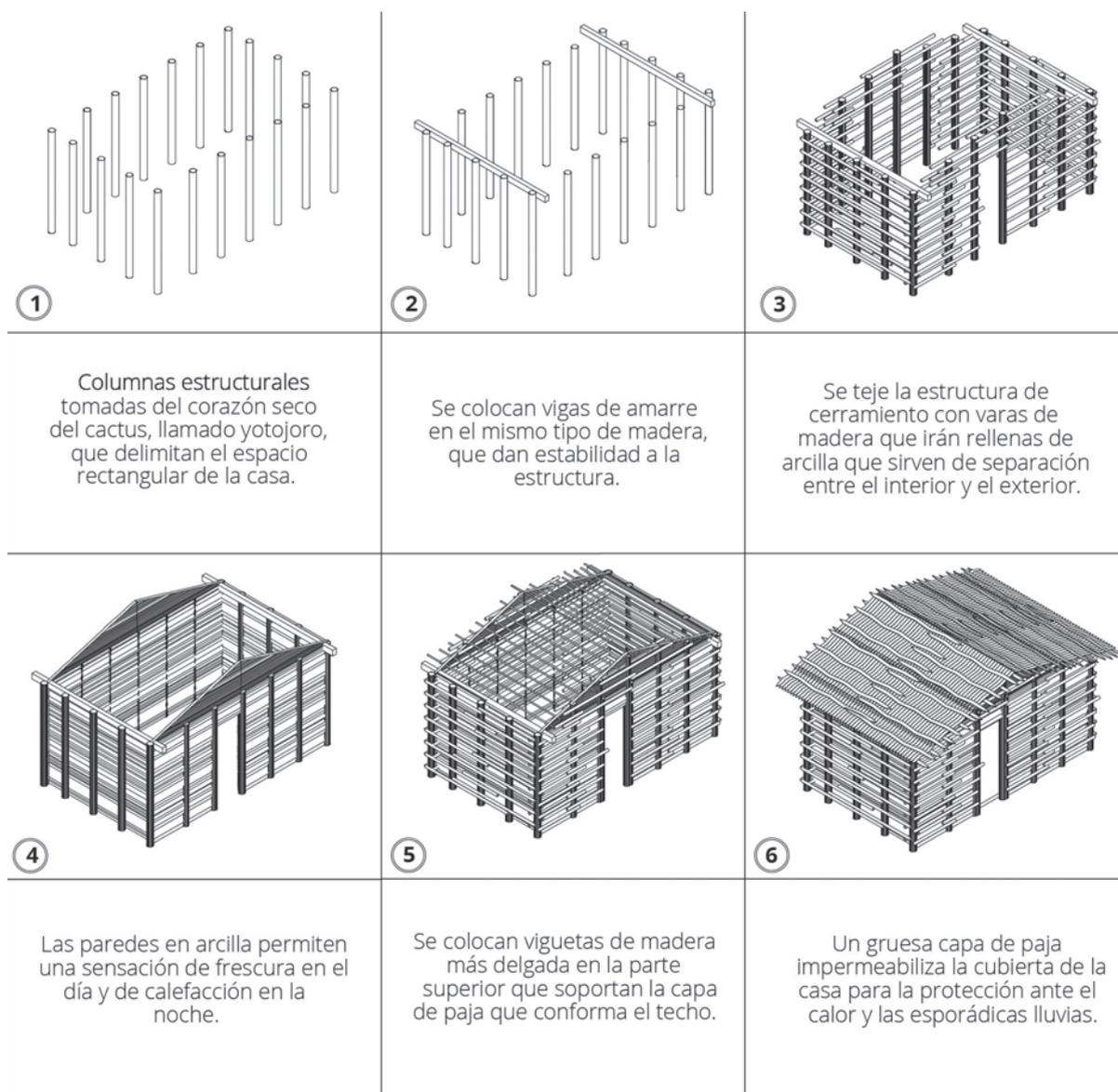


Figura 3. Isometrías del despiece de la *miichi*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, "Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu" (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 141, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>



Figura 4. Levantamiento digital de la *miichi*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 140, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>

La casa se puede subdividir en pequeñas salas claramente especializadas o, por el contrario, formar una unidad multipropósito. Cabe destacar la importancia del concepto de privacidad para los miembros de la cultura wayúu; es por eso que la casa tiene apenas la puerta de acceso como única abertura (figura 4). La *miichi* se destaca entonces como el elemento privado de la ranchería, y se diferencia formal y tipológicamente de aquellos espacios destinados a otras funciones.

Los indígenas tienen una concepción de la casa como una semilla del hábitat. Siendo consecuente con sus tradiciones, la *miichi* es el embrión a partir del cual se desarrolla el resto de la ranchería para crear un orden que proporciona identidad al espacio. Desde el punto del origen, se constituye como el centro de su universo. Se convierte en el refugio contra todas las amenazas representadas

en los espíritus *yoluja* que deambulan y regresan a su lugar de origen después de morir y ser velados por primera vez. Así mismo, es el núcleo más íntimo de transmisión cultural ya que es allí donde se dan algunos de los rituales más significativos de la vida de un wayúu.

Estos valores que los pueblos indígenas introducen en el hábitat desde su construcción evidencian la importancia de las prácticas culturales que hacen de la vivienda el contenedor de los símbolos que subyacen en la arquitectura misma. Aunque actualmente, a simple vista, la vivienda wayúu refleja precariedad para las personas ajenas a esta cultura, los criterios y conceptos de su materialidad pertenecen a un sistema cultural que no tiene ningún defecto; por el contrario, responden a los valores que dotan al objeto arquitectónico de un valor patrimonial material e inmaterial.



Fotografía 8. *Luma*

Fuente: fotografía de Manuel Salinas, 2019.

La *luma*: el espacio social

Cerca de la *miichi* se ubica la enramada, a la que los wayúu denominan *luma*. Es una estructura con planta rectangular que consiste en un techo plano que descansa sobre seis u ocho columnas distribuidas en los lados más largos del rectángulo (fotografía 8 y figura 5).

Por su carácter abierto, allí se da la interacción cotidiana; es el lugar donde se descansa, se habla y se comparten tradiciones y costumbres, además de ser el espacio propicio para la recepción y exposición de la mercancía para los visitantes. Es de vital importancia para el orden social de los miembros de una ranchería.

Enramada (*luma*)

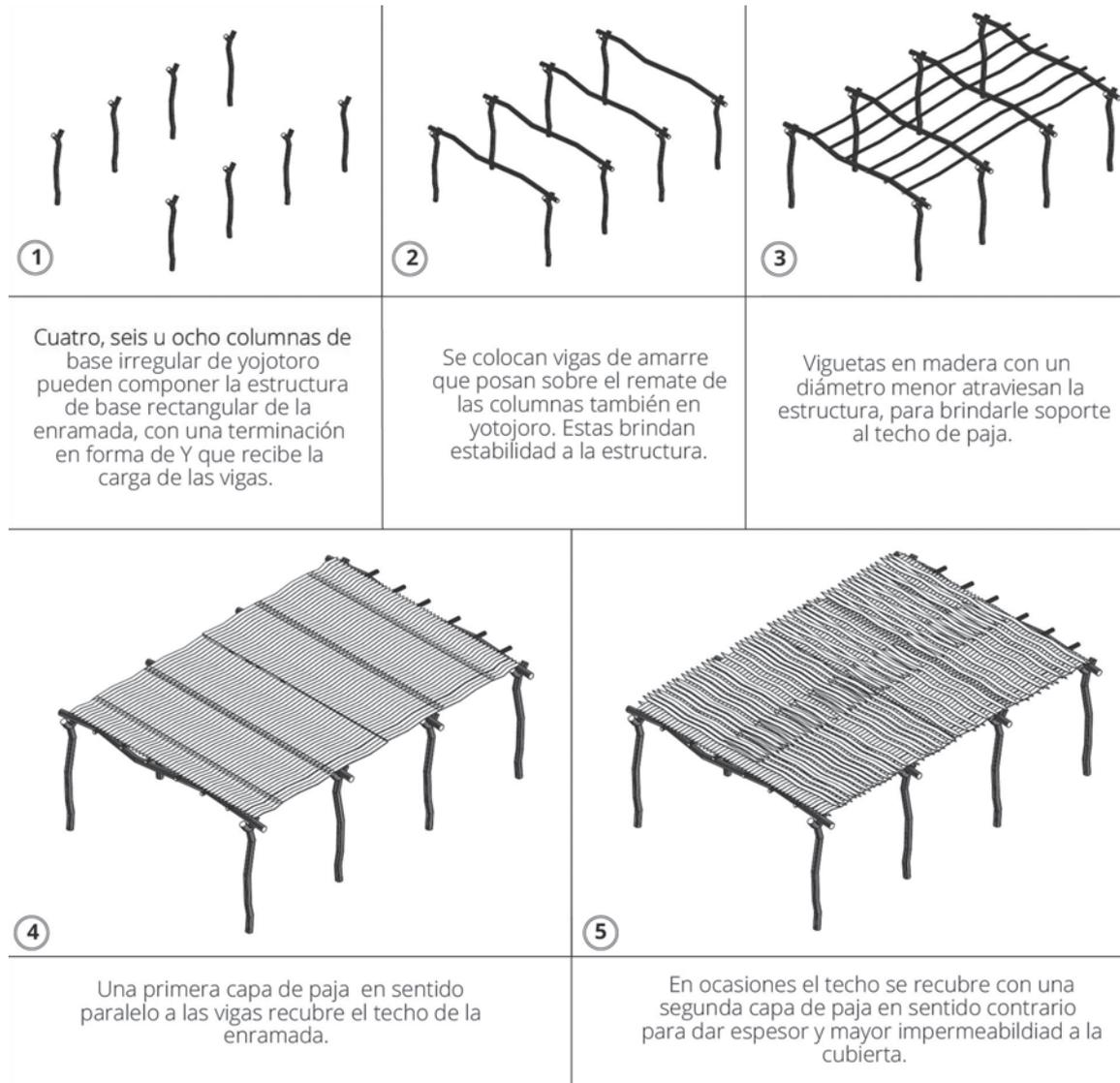


Figura 5. Isometrías del despiece de la enramada o *luma*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 151, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>



Figura 6: Elevación digital de la enramada

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 149, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>

La característica principal de la enramada es que está totalmente abierta en todos sus lados, sostenida solamente por los pilares de yotojoro³¹ (figura 6). Su ubicación, por lo general, es en la parte central de la composición de la ranchería, lo cual concuerda con la importancia de su función, pues claramente es el único espacio concebido para las actividades sociales.

31 La textura rayada del yotojoro representa la historia de Maleiwa y el jaguar, en la que la deidad estaba persiguiendo al felino en búsqueda de venganza, pues este había matado a su madre. El jaguar, sediento en medio del desierto, encuentra en un árbol a Julera, un caracol que en las épocas de lluvias se pega a los árboles; sin embargo, el caracol engaña al jaguar y se esconde en un palo de Brasil. Furioso, el jaguar destruye la corteza del árbol en su búsqueda. Desde entonces el palo de Brasil tiene las huellas de las garras de Jaguar. Weildler Guerra Curvelo, introducción a *Wayúu, cultura del desierto colombiano*, ed. Santiago Harker (Bogotá: Villegas Editores, 1998).

La *kusi'napia*: la integración

La cocina o *kusi'napia* siempre está separada de la *miichi* principal y se encuentra usualmente en un costado de la ranchería, que es, por lo general, el lado opuesto a la enramada. Tiene techo de paja para proteger la estufa y el espacio interior del sol y de los fuertes vientos que traen arena consigo. El perímetro de la cocina está parcialmente delimitado por un cerramiento que puede ser una cerca hecha de cactus o muros de arcilla similares a los de la *miichi*, pero a media altura que ayudan a proteger el espacio de factores climáticos (figura 7).

Cocina (*kusi'napia*)

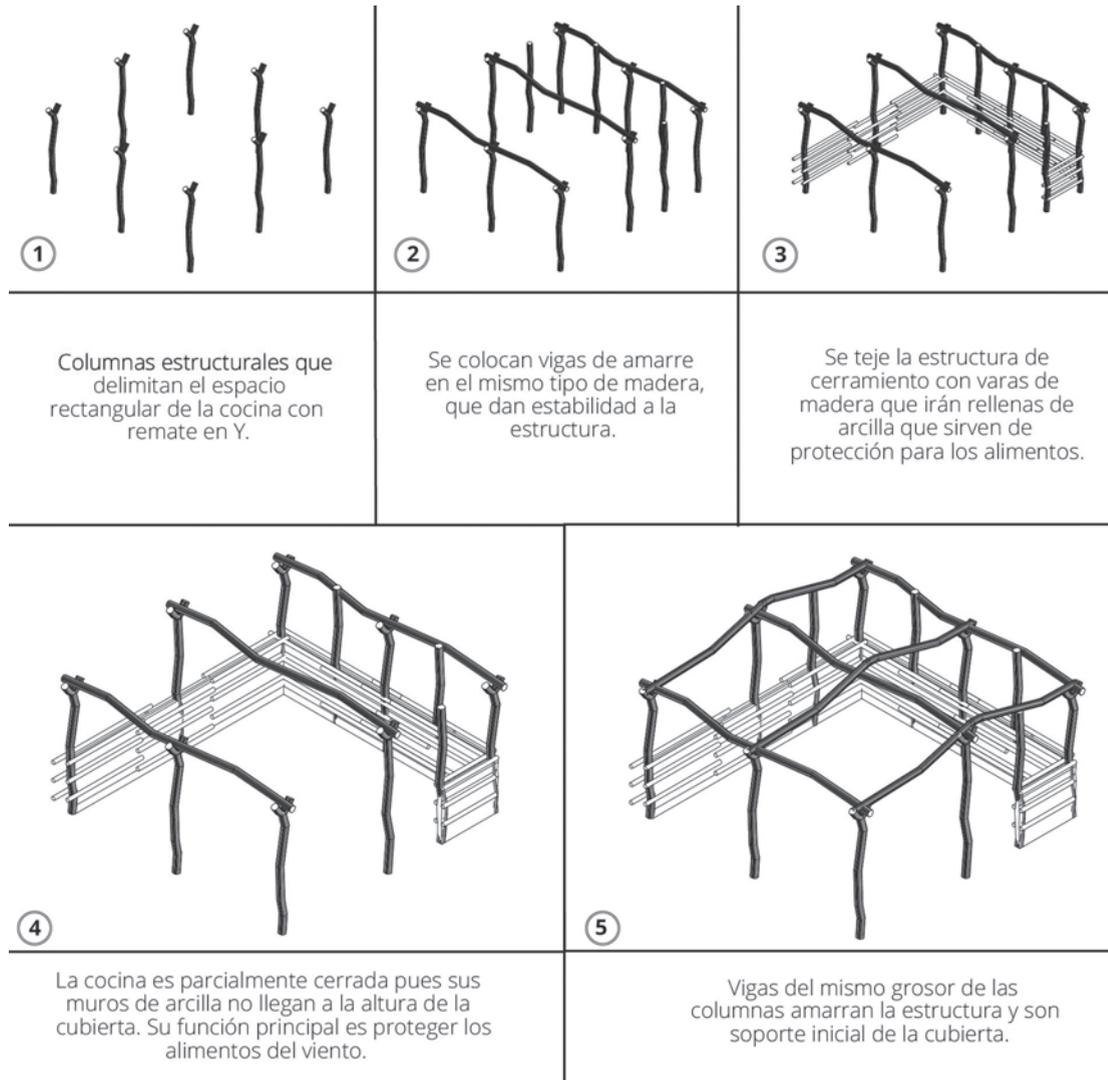


Figura 7. Isometrías del despiece de la cocina o *kusi'napia*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, "Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu" (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 158, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>

Cocina (*kusi'napia*)

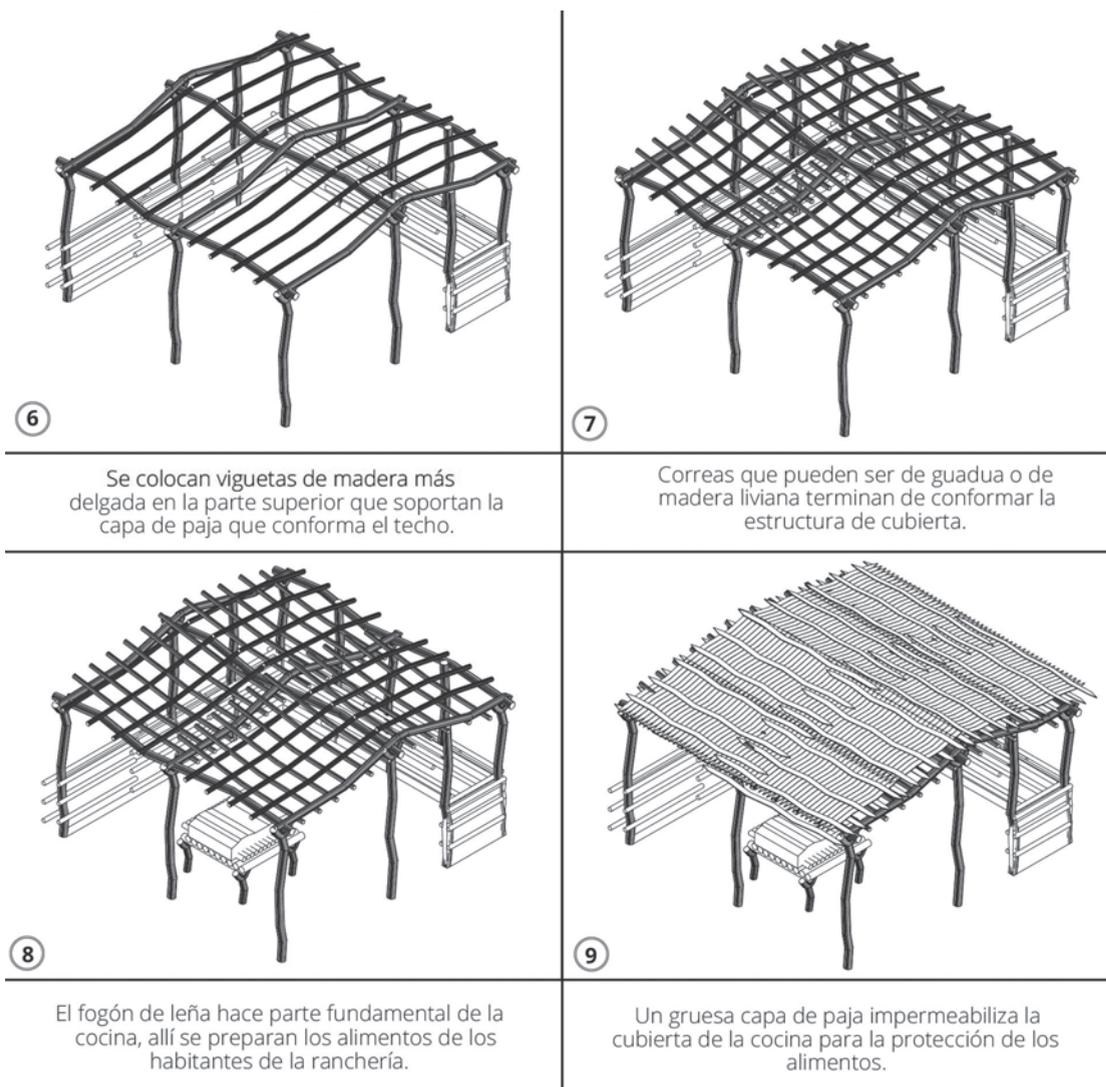


Figura 7. Isometrías del despiece de la cocina o *kusi'napia*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, "Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu" (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 158, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>



Fotografía 9. *Kusi'napia* o cocina tradicional wayúu
Fuente: fotografía de Manuel Salinas, 2019.

Para los wayúus, la cocina se constituye en uno de los elementos más básicos y primigenios de su hábitat. Originalmente estaba ubicada dentro de la vivienda, con una disposición hacia el exterior. Sin embargo, contaba con muy poca protección ante el clima y de allí surgió la necesidad de ventilación protegida y de localizarla en un espacio diferente a la casa (fotografía 9).

A pesar de esta separación, ambos elementos conservan una estrecha conexión social.

Al ser confinada por muros de mediana altura, la cocina es abierta y ventilada. El fogón es un elemento principal del espacio y, generalmente, está rodeado por piedras que ayudan a conservar el calor producido por las brasas. Para los wayúus, la cocina es un espacio donde



Fotografía 10. *Kulaala* o corral
Fuente: fotografía de Manuel Salinas, 2019.

se desarrolla en buena parte su diario vivir, y alrededor del fogón se comparten experiencias, sueños y emociones. Es fundamental para esta cultura que el fuego de la cocina permanezca encendido. Como lo explica el maestro wayúu Segundo Sapuana: “Si no prendes la leña todos los días quiere decir que la casa no existe, no tiene vida, es una vida apagada”³². De este modo, como lo describen Morillo Arapé y Paz³³, la cocina es el lugar que llama a la familia a establecer lazos

de solidaridad y cooperación; es el espacio de la ranchería donde se planifica el diario vivir.

El *kulaala*: el estatus

El corral está mucho más alejado de la casa principal que los otros elementos de la ranchería descritos anteriormente. Este espacio consiste en una o dos cercas destinadas a ovejas y cabras, y su tamaño varía según los recursos que tenga el grupo familiar de cada ranchería (fotografía 10). Por lo general, el corral tiene planta rectangular o cuadrada y está delimitado mediante un cerramiento elaborado en madera entretejida con gran densidad, y con altura variable según el tipo de animales que se albergan (figura 8).

32 Declaraciones de Segundo Sapuana en: “Gastronomía wayúu engrandece al mayor pueblo indígena de Colombia y Venezuela”, *La Patria* (Manizales), 18 de junio, 2012, <https://www.lapatria.com/nacional/gastronomia-wayuu-engrandece-al-mayor-pueblo-indigena-de-colombia-y-venezuela-8198>

33 Morillo Arapé y Paz Reverol, “La vivienda wayúu”.

Corral (*kulaala*)

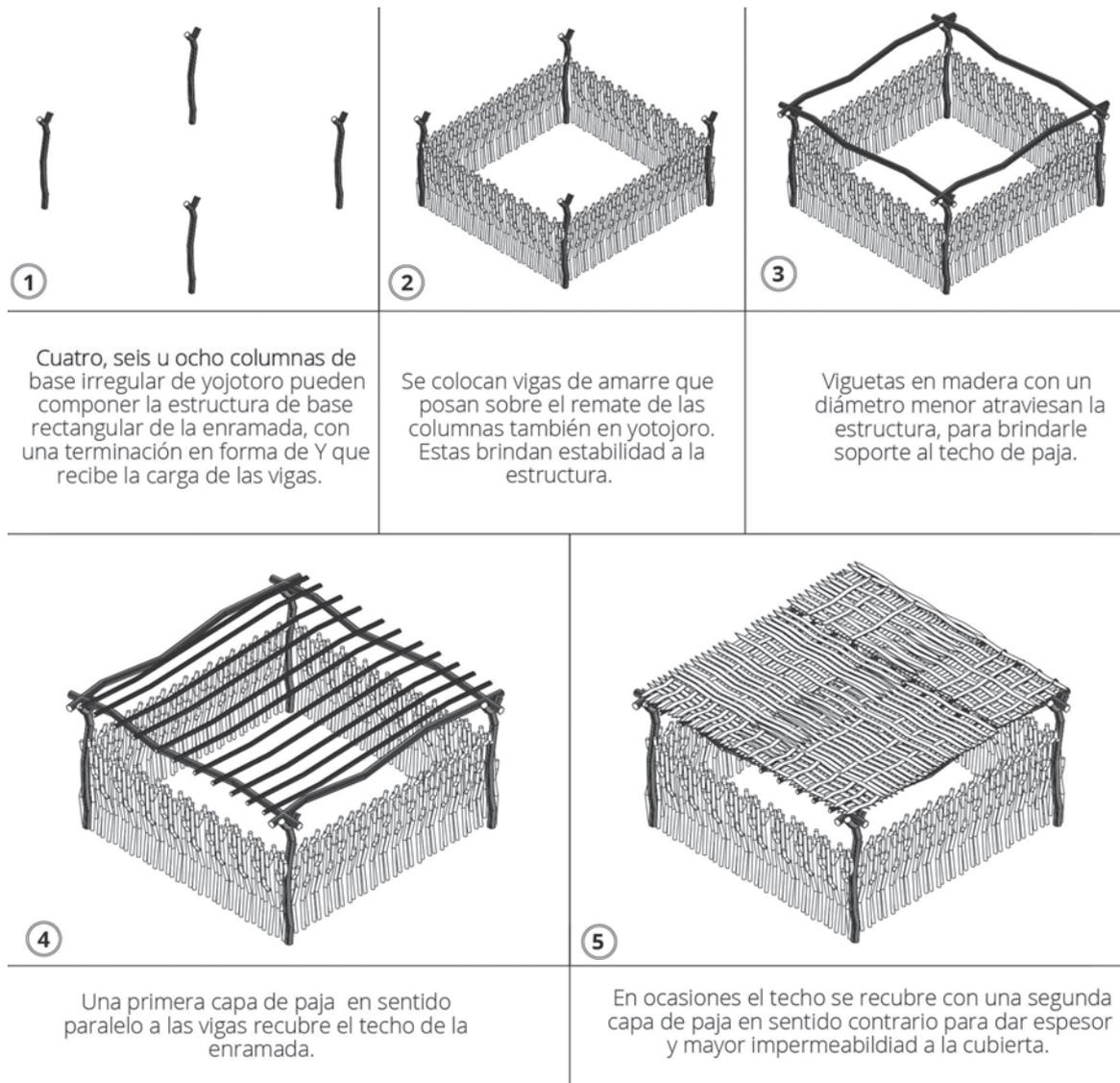


Figura 8. Isometrías del despiece del corral o *kulaala*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 167, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>

Aunque no es parte de la composición original de la ranchería, el corral tomó una relevancia superlativa en el momento en que los wayúus adoptaron el pastoreo como medio de producción. El ganado se convirtió en moneda de cambio mediante la cual una familia da muestras de su riqueza. Con dicha riqueza material se puede tener acceso de manera especial a momentos importantes en la vida de un wayúu, como el matrimonio y el ritual propio del enterramiento, pero también puede ser usada como medio de compensación en la resolución de conflictos internos.

El corral es la expresión de un espacio que alberga las expectativas económicas de un clan, pues es allí donde se generan los recursos primordiales para el bienestar de una comunidad. El estatus del clan es forjado en este espacio, razón por la cual las familias lo cuidan de manera celosa, y este es uno de los motivos por los que las rancherías conservan cierta distancia entre sí. En la cultura wayúu, aunque se busque una relación entre grupos étnicos, es importante también mantener la autonomía, especialmente cuando se trata de proteger los recursos económicos. Evidentemente, el valor cosmogónico del corral es limitado si se compara con los demás elementos que componen la ranchería. Sin embargo, contiene un valor especial, como un espacio que de manera indirecta tiene relación con los rituales que configuran el territorio guajiro³⁴.

34 Como se mencionó, para el desarrollo de rituales importantes en la vida de los wayúus (matrimonio, muerte, resolución de conflictos, entre otros), la contribución mediante una cantidad de ganado previamente pactada es la que sirve como mediadora entre las partes. En este sentido, el corral toma valor como espacio ligado a recursos y estatus.

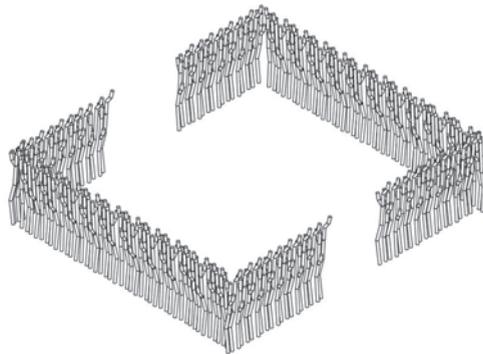
El cementerio (*aamaka*): la partida hacia Jepira

Desde el punto de vista formal, el cementerio consiste en una amplia zona en la que se agrupan bóvedas, delimitadas por cercos similares a los de los corrales o, en algunos casos, por alambres de púas. Dicho espacio se complementa con enramadas que sirven de estancia para los parientes o visitantes (figura 9). El cementerio es el punto de encuentro de una agrupación de rancherías al cual confluyen las familias para rendirles tributo a sus muertos.

En términos de cosmogonía, se puede afirmar que el cementerio es el lugar más importante de un clan, pues este espacio permite mantener marcación y control territorial de hábitat. Cada cierto número de rancherías contiene un cementerio que se convierte en un lugar con especial significado y de obligado peregrinaje para el clan. Allí reposan sus muertos, sus ancestros, que se preparan para el largo viaje hacia Jepira.

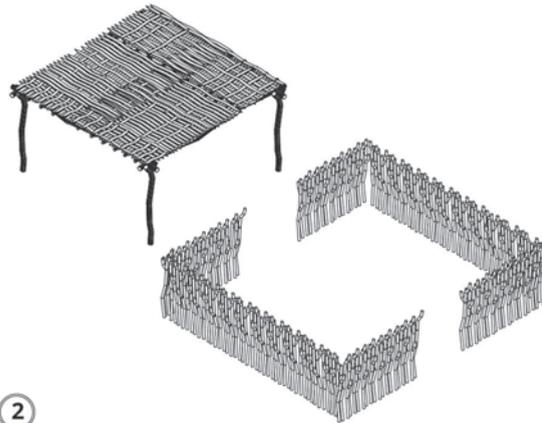
Cabe resaltar que, para los wayúus, la existencia está ligada a su tierra y esta tierra es aquella donde se encuentran sus muertos. Por esta razón, el cementerio contiene una fuerte carga simbólica y ritual que da sentido a la existencia del indígena y lo vincula estrechamente con su territorio. En este contexto, el área donde se guardan los restos de los parientes muertos se percibe como el punto de origen de un clan.

Cementerio (*aamaka*)



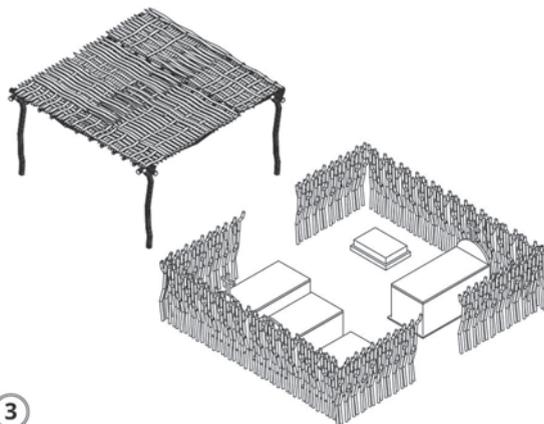
1

Los cementerios varían en sus perímetros; un cerco similar a los de los corrales delimita el espacio sagrado de un grupo de rancherías.



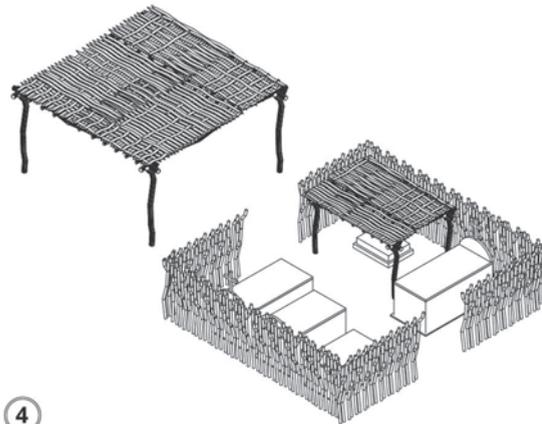
2

Una enramada acompaña la estructura cercada que sirve como espacio de recepción para los familiares que llegan al velorio.



3

En algunas tumbas se evidencia la cruz cristiana en sus remates. Su ubicación es en sentido oriente-occidente.



4

En algunos casos se evidencian pequeñas enramadas que protegen tumbas de carácter especial.

Figura 9. Isometría y despiece del cementerio o *aamaka*

Fuente: Erik Marcelo Marín Ortiz, “Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu” (tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014), 173, <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>

En el interior del cementerio hay bóvedas que siempre tienen que ubicarse en sentido oriente-occidente, ya que para los indígenas los muertos deben tener la posibilidad de ver el sol caer en el horizonte, hacia tierras desconocidas y en un camino iluminado que facilita el viaje del alma hacia su punto final. A pesar del arraigo de la tradición cultural ligada al cementerio, es común ver bóvedas wayúus con la cruz cristiana en sus remates, lo que da cuenta de las múltiples influencias e intentos de evangelización de las que ha sido objeto esta cultura históricamente.

CONSIDERACIONES FINALES

Si se considera el hecho de que las tradiciones culturales indígenas de nuestro país son manifestaciones minoritarias que cada día están más en riesgo por las presiones constantes que atentan contra los miembros y la cultura propia de estas comunidades, este capítulo se constituye en un llamado a la protección y conservación de valores ancestrales de la etnia wayúu. Con la presentación de las características espaciales (a escala territorial y arquitectónica) de la ranchería, se busca que los actores públicos y privados que tienen incidencia en este territorio protejan la diversidad en la cual se fundamenta la riqueza cultural de Colombia. Sin embargo, la protección de las culturas indígenas no debe radicar en exponer a sus miembros en una vitrina exótica para los intereses de turistas e inversionistas, sino en fomentar

los derechos a los que son acreedores para que puedan conservar y transmitir sus tradiciones culturales a las generaciones futuras, incluyendo el vínculo con sus territorios ancestrales y su manera de habitarlos.

Mediante la realización de diferentes rituales, que se dan en distintos lugares y momentos, los wayúus le dan sentido a su esencia cultural, pues allí coinciden los tiempos profanos con aquellos que en algún momento se convirtieron en sagrados. Estos actos rituales³⁵ revitalizan y renuevan su propia identidad y son una muestra evidente de cómo los ancestros de la tribu permanecieron en el territorio y se convirtieron en una guía para que los wayúus de la actualidad continúen con la responsabilidad que implica la transmisión de dichos legados.

Como lo afirman Bernal Camargo y Padilla Muñoz, le corresponderá al Estado avanzar en propuestas afirmativas para la protección y en especiales garantías de las distintas minorías en aplicación del derecho a la igualdad de oportunidades y a la no discriminación, pero, a su vez, brindando un enfoque diferencial que garantice la preservación cultural de esas poblaciones especiales.

La comunidad wayúu es una cultura que no entiende de fronteras y a lo largo de la historia ha ocupado los territorios de Colombia y Venezuela. Como se presentó en este capítulo, su visión del territorio está basada en consideraciones complejas de carácter religioso que trascienden la superposición de límites geopolíticos

35 Detalles sobre los rituales realizados por la comunidad wayúu se pueden consultar en Marín Ortiz, "Cosmogonía y rito", 55-83.

que actualmente se constituyen en un riesgo para la preservación de su autonomía cultural. Es por esto que su situación se debe entender como una problemática que debe ser asumida de manera conjunta entre ambas naciones.

En la actualidad, es claro que la población se ha visto reducida debido a diversos factores y a presiones externas, entre los cuales el desarrollismo y la absorción de costumbres ajenas desempeñan un papel primordial. Esto, sumado a las implicaciones que el conflicto armado y la violencia han tenido sobre el territorio guajiro, hace que sea urgente y pertinente hacer más visible el valor de la cultura wayúu, y acercar a la comprensión occidental las diversas maneras de reconocer el valor del hábitat tradicional que se formó en un territorio extenso que esta cultura reconoce como un lugar sagrado.

Como se ha presentado aquí, la arquitectura tradicional wayúu se expresa principalmente en la espacialidad propia de la ranchería, que se constituye en el objeto principal del hábitat. Las características formales de este espacio obedecen a criterios funcionales y culturales que finalmente dan vida a un lugar único de esta cultura, conformado por elementos en los que se desarrollan actividades rituales propias.

La comunidad wayúu en la actualidad depende en gran medida de la interacción entre sus miembros, lo que hace fundamental la preservación del modelo de hábitat que han desarrollado en la ranchería. Es en ese lugar donde se relacionan y realizan los rituales que caracterizan su esencia como etnia. De ese modo se fortalece el sentido de pertenencia por el lugar y las

tradiciones propias. Aunque es innegable el valor arquitectónico de la ranchería, cada una de ellas hace parte también de un complejo entramado de distribución del territorio que facilita al wayúu establecer rutas de migración cotidianas que para el estilo de vida de los indígenas son necesarias.

En este contexto, si se llegaran a presentar procesos de reubicación o reasentamiento de uno de los grupos que conforman esta comunidad, se deben considerar los aspectos culturales expuestos aquí para no caer en graves errores que han generado impactos negativos para los wayúus, como los de los programas de vivienda gratuita del Gobierno nacional, en los cuales, sin contemplar las características propias de una comunidad, se construye la misma casa en múltiples contextos geográficos y culturales del país.

Recientemente parece que se ha caído en una percepción generalizada de que solo aquellas manifestaciones culturales indígenas que pueden ser integradas como “material turístico exótico” resultan valiosas para el Estado; lo que resulta en contravía de una nación que se muestra en el ámbito internacional como culturalmente tolerante e incluyente. Toda forma de cultura ancestral posee valores que son representativos y dignos de ser protegidos, independientemente de su población, extensión y tiempo de existencia; es así mismo valiosa por ser parte de un patrimonio cultural de interés general.

Por último, y habiendo expuesto aquí la relación existente entre territorio, vivienda y cultura indígena, se puede sustentar la existencia de argumentos suficientes para que, por medio de normas constitucionales y de carácter legal,

se formule un proyecto para la creación de una entidad territorial indígena que vele por los derechos de conservación, no solo del territorio ancestral guajiro, sino también de los de numerosas culturas que se encuentran en el territorio

colombiano. De esta manera, se daría un paso importante para que las minorías culturales y sus derechos fundamentales sean reconocidos como parte integral de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Cortés Lara, Miguel Ángel. "Mujeres wayúu: las manos que tejen la vida". *Cultura, Radio Nacional de Colombia*, 6 de abril, 2017. <https://www.radionacional.co/cultura/mujeres-wayuu-las-manos-que-tejen-la-vida>
- Duque Cañas, Juan Pablo. *Territorios indígenas y Estado: a propósito de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- Duque Cañas, Juan Pablo, Óscar Salazar Gómez y Gloria Elsa Castaño Alzate. *Saminashi. Arquitectura y cosmogonía en la construcción kogi*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Barcelona: Altaya, 1995.
- Forero, Alfonso. *Nosotros los wayúu*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 1995.
- "Gastronomía wayúu engrandece al mayor pueblo indígena de Colombia y Venezuela". *La Patria* (Manizales), 18 de junio, 2012. <https://www.lapatria.com/nacional/gastronomia-wayuu-engrandece-al-mayor-pueblo-indigena-de-colombia-y-venezuela-8198>
- Guerra Curvelo, Weildler. Introducción a *Wayúu, cultura del desierto colombiano*, editado por Santiago Harker. Bogotá: Villegas Editores, 1998.
- . *La ley en la sociedad wayúu*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.
- Hernández, Edwin. "Minería y desplazamiento: el caso de la multinacional Cerrejón en Hatonuevo, La Guajira, Colombia (2000-2010), 'Nuestra tierra es nuestra vida'". *Ciencia Política* 13, n.º 26 (julio-diciembre 2018): 97-125.
- Hurtado Isaza, Juan Gabriel. "Análisis físico-espacial de la vivienda de interés social en los procesos de reasentamiento poblacional desde la perspectiva del hábitat". Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2010.
- Marín Ortiz, Erik Marcelo. "Cosmogonía y rito en la vivienda wayúu". Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, 2014. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/51682?show=full>
- Ministerio de Cultura. *Wayúu. Gente de arena, sol y viento. Caracterización de los pueblos indígenas de Colombia*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Dirección de Poblaciones, 2017. <https://www.mincultura.gov.co/prensa/noticias/Documents/Poblaciones/PUEBLO%20WAY%C3%9AU.pdf>

- Morillo Arapé, Alonso José. "Representaciones sociales de la vivienda urbana indígena: una aproximación desde los wayúu en Maracaibo, Venezuela". *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología* (Universidad del Zulia) 20, n.º 1 (2011): 159-190.
- Morillo Arapé, Alonso José y Carmen Laura Paz Reverol. "Los sueños y su importancia en el pronóstico y tratamiento de la vivienda de los wayuu en Venezuela". *Gazeta de Antropología* 24, n.º 2 (2008): 22-54.
- . "La vivienda wayúu en Maracaibo: una mirada desde sus creencias y sus prácticas". *Arquitectura e Investigación* (blog), 19 de marzo, 2012. <http://arquitectoalonsomorillo.wordpress.com/2012/03/19/la-vivienda-wayuu-en-maracaibo-una-mirada-desde-sus-creencias-y-practicas/>
- Ojeda Jayariyu, Guillermo. "Sainrülüü Wayuu". *Espiritualidad wayúu*. Maicao: Alcaldía Municipal de Maicao, 2007.
- Paz Ipuana, Ramón. *Mitos, leyendas y cantos guajiros*. Caracas: Instituto Agrario Nacional, 1972.
- Pérez Preciado, Alfonso. "Evolución paleográfica y dinámica actual de los medios naturales de la península de La Guajira". En *Estudio social aplicado de la media y alta Guajira*, editado por Gerardo Ardila. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Fondo FEN, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 1991.
- Salamanca, Carlos Arturo. "Terrores guajiros. Lecturas transversales entre las políticas de la identidad, la violencia masiva y la economía transnacional". *Revista de Antropología Social* (Universidad Complutense de Madrid) 24 (2015): 287-315.
- Salcedo Arismendy, Héctor J., Ernesto L. Bravo R. y Esther Durante. "Representación estatal de la vivienda en Venezuela". *Fermentum, Revista Venezolana de Sociología y Antropología* 11, n.º 32 (2001): 477-494.
- Uribe Tobón, Carlos Alberto, Socorro Vásquez Cardozo, Hernán Darío Correa Correa y Orlando Antonio Jaramillo Gómez. *Geografía humana de Colombia*. T. II: *Nordeste indígena*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1993.
- Vásquez Cardozo, Socorro y Hernán Darío Correa Correa. "Los wayúu, entre Juya ('El que llueve'), MMA ('La Tierra') y el desarrollo urbano regional". En *Geografía humana de Colombia*. T. II *Nordeste indígena*, por Carlos Alberto Uribe Tobón et al., 146-202. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1993.
- Vergara González, Otto. "Los wayúu, hombres del desierto". En *La Guajira, de la memoria al porvenir, una visión antropológica*, editado por Gerardo Ardila, 140-161. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1990.
- Villalba Hernández, José A. "Wayúu, resistencia histórica a la violencia". *Historia Caribe V*, n.º 13 (2007): 45-64.



5

Hábitat anfibio en la ecorregión del Caribe rural

El caso de La Mojana

Luisa María Restrepo Marín y
Johanna Vélez Rueda

Estamos en un hoyo profundo y todavía seguimos cavando. Pronto será demasiado profundo para escapar.¹

Hoy en día, abordar el *hábitat anfibio* en relación con el ser humano ya no es una particularidad de algunas regiones húmedas del planeta, pues el cambio climático multiplicará los territorios inundados que actualmente son habitados como territorios terrestres. Esta realidad nos obliga a reflexionar de una manera más amplia sobre el hábitat anfibio, pues ya no se limita al estudio de la población que ha vivido tradicionalmente en relación permanente y directa con el agua, sino que también incluye el análisis del

¹ "Guterres: 'El punto de no retorno del cambio climático se precipita hacia nosotros'", *Noticias ONU*, Naciones Unidas, 1.º de diciembre, 2019, <https://news.un.org/es/story/2019/12/1466081>

funcionamiento ambiental y la adaptación de sus modelos habitacionales a nuevas condiciones.

Desde los orígenes de la ciudad, el agua dulce ha desempeñado un papel importante en los asentamientos humanos para la producción de alimentos y su protagonismo aumenta en la medida en que se reconoce la escasez de este recurso en el planeta: menos del 3 % del agua del mundo es dulce; de ella el 75 % está congelada y de la no congelada el 98 % se encuentra bajo tierra². Si bien en el presente ya no es indispensable la proximidad a las fuentes de agua para la producción de alimentos, el crecimiento poblacional y, por ende, las concentraciones humanas en asentamientos han desencadenado la ocupación de territorios urbanos y rurales no terrestres, cuya configuración espacial y soluciones habitacionales varían según las características hídricas y climáticas de las diferentes regiones del mundo. Así mismo, ahora se deben incorporar con mayor ahínco los asentamientos en áreas litorales en los estudios de hábitat anfibio, debido al aumento del nivel del mar derivado de factores asociados al cambio climático.

Partiendo de lo anterior, la primera parte del capítulo aporta una definición de *hábitat anfibio* a partir de su funcionamiento ecosistémico y del análisis del funcionamiento y las formas de ocupación del territorio por parte de comunidades o culturas anfibias en Colombia. En la segunda parte, se aborda el concepto de *ecorregión* a partir de las definiciones de Fox y Aprile-Gnisset, como

introducción al análisis de la ecorregión del Caribe rural. La tercera parte se centra en el caso de La Mojana, una subregión geográfica en la que confluyen las principales fuentes hídricas de Colombia: los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge. Este caso se estudia a partir de dimensiones culturales, geográficas, territoriales y ambientales, como marco de análisis de los modos de habitar, los modelos habitacionales y el paisaje. El capítulo concluye con consideraciones y reflexiones sobre el hábitat anfibio.

¿QUÉ ES UN HÁBITAT ANFIBIO?

Entre los tipos de hábitats se encuentran los que tienen un vínculo directo con la *tierra* y los que se relacionan con la *vida en el agua*. En los contextos tropicales, los hábitats de tierra corresponden a asentamientos ubicados en grandes ciudades y poblados cuya configuración es convencional. Los hábitats de vida en el agua, por el contrario, están configurados de manera orgánica, de acuerdo con la forma de las redes y cuerpos hídricos presentes en el territorio. El ser humano es terrestre y, en esa medida, el hábitat anfibio es el resultado de una adaptación al agua de seres que no son acuáticos.

Los cambios territoriales derivados de los regímenes climáticos que generan temporadas de lluvias en una época del año y de sequías en otra han llevado a que los grupos humanos que viven en áreas inundables adopten modos de vida y de

2 Heliodoro Sánchez, Ricardo Álvarez León y Elsa Matilda Escobar, comps., *Una aproximación a los humedales en Colombia*, ed. Eduardo Guerrero (Bogotá: Fondo FEN, 1998).



Fotografía 1. Pescadores en el río Ventanilla, San Roque, Majagual, Sucre
Fuente: fotografía de Alberto Leyva, 2019.

habitar el espacio que les son propios. Estos grupos, conocidos como *comunidades anfibias* o de *cultura anfibia*, se caracterizan porque a lo largo del año, de acuerdo con las temporadas climáticas, alternan sus oficios entre la agricultura y la pesca (fotografía 1).

A partir de este soporte económico de las comunidades anfibias se desarrollan procesos de adaptación muy creativos en el hábitat, la arquitectura y los modelos habitacionales que suelen estar muy asociados a los recursos naturales, particularmente en lo referente a la selección de materiales para la construcción, esquemas funcionales y constructivos de la vivienda y formas

de vida. Las relaciones de estas comunidades con su territorio, condicionadas por fluctuaciones naturales de la red hídrica, conforman un ecosistema, y, con esta identificación, se configuran las ecorregiones, tal como se explicará más adelante.

Contexto del hábitat anfibio en Colombia

El territorio colombiano y sus pobladores enfrentan amenazas constantes relacionadas con fenómenos como el incremento del nivel del mar por el deshielo de los glaciares, las variaciones de la temperatura media del aire, y las aguas marinas

y el régimen de lluvias. Con respecto a los efectos del cambio climático:

Se estableció que el incremento del nivel medio del mar en un metro en las costas colombianas causaría la inundación permanente de 4 900 km² de costas bajas, el encharcamiento fuerte a total anegamiento de 5 100 km² de áreas costeras moderadamente susceptibles, así como el encharcamiento de zonas aledañas y la profundización de los cuerpos de agua localizados en la zona litoral y la plataforma continental. Los sistemas naturales como las playas y marismas serían los más afectados por la erosión y la inundación del litoral. La población que se encuentra en áreas expuestas a la inundación es de aproximadamente 1,4 millones de habitantes, población asentada, en su mayoría, en el sector urbano (85 %). Para el litoral Caribe, solo el 9 % de las viviendas urbanas presenta alta vulnerabilidad a la inundación, porcentaje que llega a 46 % en el sector rural. En el litoral Pacífico, 48 % de las viviendas del sector urbano y 87 % del sector rural son altamente vulnerables. Sin embargo, debido a las tradiciones culturales, gran proporción de las viviendas están construidas sobre palafitos, costumbre que facilitará la adaptación.³

3 Henry Oswaldo Benavides Ballesteros y Gloria Esperanza León Aristizábal, *Información técnica sobre gases de efecto invernadero y el cambio climático*, Nota técnica del Ideam, IDEAM-METEO/008-2007 (Bogotá: Ideam / Subdirección de Meteorología, 2007), 81,

Además de los fenómenos naturales, en Colombia se ha incrementado el deterioro de los ecosistemas debido a la agricultura y la ganadería intensivas, a los procesos de urbanización, la contaminación, la construcción de represas, la adecuación de tierras para infraestructura turística, la desecación, la caza y la pesca incontroladas, que finalmente afectan los hábitats anfibios. Así mismo, debido al desconocimiento de este tipo de hábitat y su funcionamiento, las políticas públicas no lo incluyen como una modalidad en el diseño de la vivienda social. En este sentido, las políticas actuales son descontextualizadas para las comunidades anfibias que habitan zonas litorales y la plataforma continental del territorio colombiano, fuertemente afectadas por fenómenos naturales y antrópicos. Cabe anotar que el desconocimiento de la realidad de los hábitats anfibios en las políticas de vivienda ha prevalecido a pesar de que, desde el 2001⁴, se tienen datos relevantes sobre la población que se encuentra en áreas expuestas a la inundación en Colombia.

Entre las acciones que se han adelantado a raíz del fenómeno de La Niña que generó grandes inundaciones en el país entre 2010 y 2011,

<http://www.ideam.gov.co/documents/21021/21138/Gases+de+Efecto+Invernadero+y+el+Cambio+Climatico.pdf/7fabbbd2-9300-4280-befe-c11cf15f06dd>

4 Ver: Ministerio del Medio Ambiente, Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales, Ideam y PNUD Colombia, *Primera comunicación nacional ante la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático* (Bogotá: Ideam, 2001), 48-49, <http://www.cambioclimatico.gov.co/documents/40860/528472/primeracomunicacion-nacional.pdf/48cb0d10-65b5-4088-bb1c-5d5b-aa438949?version=1.0>

está la creación del Fondo de Adaptación, adscrito al Ministerio de Hacienda y Crédito Público, que tiene como función la reconstrucción, recuperación y reactivación económica y social de las zonas afectadas por desastres naturales. De acuerdo con el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam),

el fenómeno de la Niña generó impactos por desastres naturales en el 96 % de los municipios colombianos dejando a cuatro millones de personas afectadas, destruyendo 1 880 kilómetros de vías, 1 112 instituciones educativas, más de 300 instituciones prestadoras de salud, 493 sistemas de acueducto y alcantarillado y más de 100 000 viviendas.⁵

Como lo registró el Ideam, en el mes de diciembre de 2010, durante el fenómeno de La Niña, se registraron “lluvias que excedían el 150 % de la media de los departamentos de la Costa Caribe, centro y occidente del país, así como el 100 % del promedio en los departamentos de la Costa Pacífica”⁶. En el país se generaron grandes inundaciones en áreas como el canal del Dique. También en la zona andina hubo deslizamientos de tierra

5 Ideam, Documento Conpes 3776. *Declaratoria de importancia estratégica del Proyecto “Construcción y Reconstrucción de las Zonas Afectadas por la Ola Invernal – Decreto 4580 de 2010 nacional”* (Bogotá: Ministerio de Hacienda y Crédito Público / Fondo de Adaptación, 2013), 4, consultado el 13 de abril de 2020, https://storage.googleapis.com/fnad-www-storage/images/planes/conpes/planes-conpes-CONPES_Estrategico_Fondo_Adaptacion.pdf

6 Ideam, *Documento Conpes 3776*, 5.

que dejaron afectada la infraestructura vial y los servicios públicos y se sumaron a esto emergencias sanitarias en algunas de las regiones del país⁷.

Sin embargo, a pesar de los aprendizajes que dejó el fenómeno de La Niña en términos de atención de desastres y de la puesta en marcha de obras para la adaptación de la infraestructura para el cambio climático, siguen existiendo vacíos en la conceptualización de los proyectos públicos con respecto a las características del entorno natural. En este contexto particular, en el que el hábitat anfibio ya no está ligado solamente a la decisión de localización de la vivienda en relación con actividades económicas o tradición cultural, sino a fenómenos naturales que han generado el incremento de las inundaciones en la zona continental y el aumento del nivel del mar en los litorales, se presentan a continuación algunos rasgos específicos que identifican las características del hábitat, la vivienda y los modelos de ocupación en el área específica de la denominada ecorregión del Caribe rural colombiano, con la expectativa de propiciar un mayor reconocimiento de las características ambientales y sociales de estas zonas, con miras a que sean incluidas de manera diferencial en las políticas públicas orientadas a la solución de la vivienda social.

Las ecorregiones y el hábitat anfibio

Como marco para la definición de la noción de “ecorregión”, se hace necesario primero entender el significado del término *región* que es, de acuerdo con Aprile-Gnisset:

7 Ideam, *Documento Conpes 3776*.

la unidad territorial y geográfica interna de la nación que tiene personalidad propia, está compuesta por un núcleo motor definido y presenta la totalidad de sus características específicas con hibridaciones. Es el resultado de un determinado proceso de formación y transformación en un territorio cambiante. A lo largo del territorio, la región presenta una homogeneidad natural y económica que permite un determinado grado de autonomía interna, así como una cohesión étnica y cultural, elementos que se cristalizan por uno o varios centros unificadores que van a actuar en lo político-administrativo.⁸

Para Fox la región es

un espacio nacional diferenciado de otros, multidimensional en lo económico, social, cultural y territorial en el cual van a actuar sistemas entrelazados que generan transformaciones y cambios internos más particulares en lo social, económico, cultural y territorial que permiten homogeneizar o diferenciar ese espacio. El desarrollo interno de la región va a encontrar su razón de ser en los entrelazamientos de los sistemas, espacialmente localizados a escala nacional o internacional.⁹

En este texto, región se entiende como aquello relacionado con las actividades humanas y sus decisiones sobre el territorio y la vida social, así como en lo relativo a los elementos hídricos y geográficos que condicionan su economía, según los medios y modos de producción del territorio. De acuerdo con el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Colombia está conformada por seis regiones naturales: Andina, Orinoquia, Amazonia, Caribe, Pacífica e Insular (figura 1).

En el marco de dicha regionalización, en Colombia se ha determinado la existencia de cinco áreas hidrográficas que, a pesar de la similitud en la denominación, no coinciden de manera exacta con las regiones naturales. Estas áreas geográficas son: Amazonas, Magdalena-Cauca, Orinoquía, Caribe y Pacífico, con áreas de humedales más elevadas en las tres primeras áreas hidrográficas (figura 2).

Tanto las regiones naturales como las áreas hidrográficas tienen características ecosistémicas que las diferencian entre sí, como el nivel sobre el mar, las características climáticas y la composición geográfica e hidrológica. El área hidrográfica del Magdalena-Cauca, en la cual se localiza La Mojana, el caso de estudio que nos ocupa en este capítulo, cuenta con 5 701 101 hectáreas, con características ambientales y sociales que configuran hábitats anfibios, cuyos habitantes conviven con los ecosistemas y utilizan,

8 Jacques Aprile-Gnisset, citado en Gilma Mosquera Torres, *Tipologías del hábitat en el Valle del Cauca* (Cali: Colciencias, Universidad del Valle, 1985), 1.

9 Fox citado en Mosquera Torres, *Tipologías del hábitat*, 2.

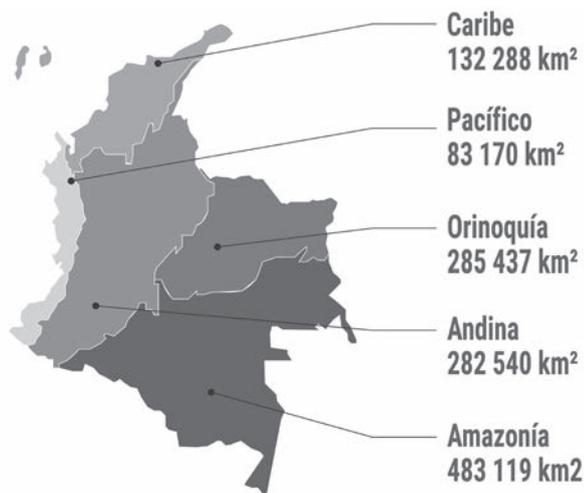


Figura 1. Territorio en kilómetros cuadrados de las áreas por regiones en Colombia

Fuente: elaboración propia con base en datos del IGAC, <https://web.archive.org/web/20140207234601/http://www.igac.gov.co/igac>

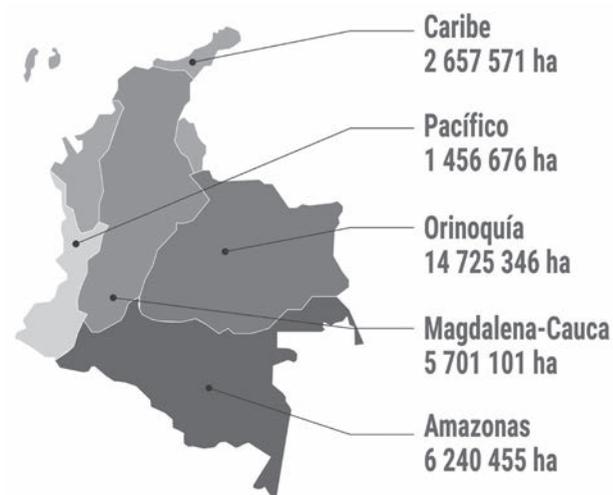


Figura 2. Territorio en hectáreas de las áreas hidrográficas en Colombia

Fuente: elaboración propia con base en datos de Úrsula Jaramillo Villa, Jimena Cortés-Duque y Carlos Flórez Ayala, eds., *Colombia anfibia. Un país de humedales*, vol. I (Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2015), 56.

en mayor medida, materia prima de estos para la construcción de viviendas y poblados. Sin embargo, es necesario aclarar que los asentamientos en las zonas de humedales no están consolidados, sino en un proceso continuo de construcción, pues los hábitats anfibios están sometidos a una constante adaptación al comportamiento del entorno hídrico.

En una clasificación más específica, propuesta por Julio Carrizosa Umaña¹⁰, el territorio colombiano se divide en diecinueve sistemas ambientales territoriales (figura 3). En esta clasificación La Mojana está localizada en el sistema ambiental del Caribe rural.

¹⁰ Julio Carrizosa Umaña, *Colombia compleja* (Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis; Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2014), <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/32548>

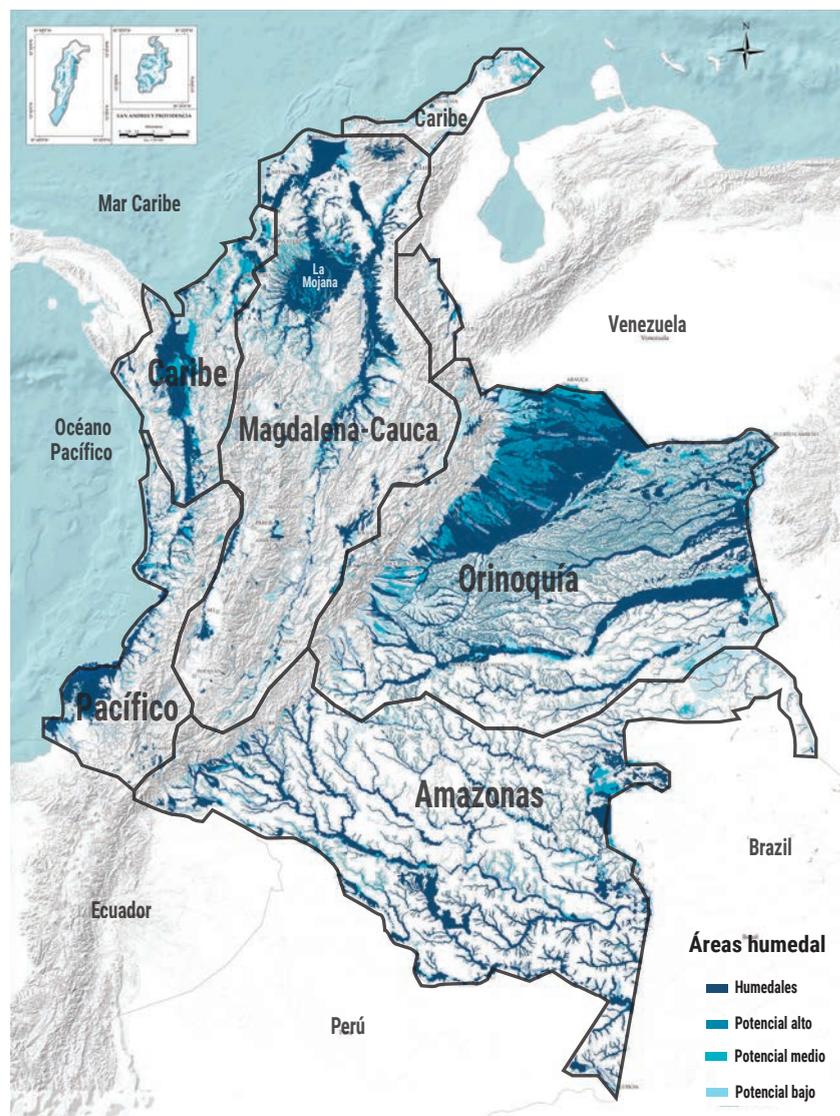


Figura 3. Sistemas ambientales territoriales

Fuente: elaboración propia a partir de propuesta de Julio Carrizosa Umaña sobre la base cartográfica presentada en Úrsula Jaramillo Villa, Jimena Cortés-Duque y Carlos Flórez Ayala, eds., *Colombia anfibia. Un país de humedales*, vol. I (Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2015), 57.

1. Caribe rural, 2. Archipiélago de San Andrés y Providencia, 3. Metrópoli costeña, 4. Sierra Nevada de Santa Marta y vertientes, 5. La Guajira, 6. Magdalena Medio, 7. Sistema central, 8. Montañas y altiplanicies boyacenses, 9. Macizos del nororiente, 10. Piedemonte llanero y Orinoquía inundable, 11. Altiplanura orinoquense, 12. Piedemonte sur, 13. Selva amazónica y orinoquense, 14. Alto Magdalena, 15. Macizos del sur, 16. Valle del Cauca, 17. Occidente cafetero, 18. Montaña antioqueña, 19. Litoral pacífico

En este entramado complejo de regiones, cuencas hidrográficas y sistemas ambientales, la palabra ecorregión se entiende como la composición de *ecosistema* y *región*. *Eco* se refiere a sistemas hídricos, geografía, flora y fauna como partes comprometidas, mientras que *sistema* hace referencia a la relación entre estas partes y la comunidad que habita el territorio. Ejemplo de esto son las interacciones entre los sistemas hídricos y geográficos y la vida cotidiana de los habitantes de las regiones. En la perspectiva de la ecología, *ecosistema* se define como:

una estructura de acción global, constituida por seres vivos y por su entorno inorgánico que, aun siendo abierta, está dotada de un cierto grado de autorregulación. Varios sistemas juntos conforman un complejo de sistemas (complejo de biogeocenosis), los cuales se distinguen por un origen común o por procesos dinámicos parecidos. Los biomas abarcan varios complejos de ecosistemas. Son espacios vitales (espacios geográficos) de un paisaje unitario y forman las subunidades de los biomas zonales, marcados por las zonas climáticas. Estos son agrupados con la biosfera como geobiosfera.¹¹

En los hábitats anfibios, el ecosistema incorpora en su entorno a las personas como seres vivos y el entorno inorgánico que desarrollan, con su arquitectura y modelos habitacionales que responden a determinadas condiciones climáticas y

11 Dieter Heinrich y Manfred Hergt, *Atlas de ecología* (Madrid: Alianza Editorial, 1997), 69.

geográficas y, según las semejanzas ambientales, se configuran en ecorregiones.

En las ecorregiones colombianas donde se han hallado hábitats anfibios (Caribe, Pacífico y Amazonas), se ha podido observar una arquitectura tradicional que usualmente corresponde a viviendas palafíticas muy básicas y autoconstruidas, ya que sus habitantes suelen ser población vulnerable que se encuentra al margen de casi todos los servicios básicos. A pesar de su apariencia elemental, la vivienda palafítica tiene una larga existencia, generalmente asociada como parte de la arquitectura vernácula. Su nombre, derivado del vocablo italiano *palafitta*, significa palos hincados, y de esta tipología hay numerosas reseñas que la identifican en el Viejo Mundo y con una amplia distribución en todos los continentes¹². De acuerdo con Polo, Rosenstiehl y Lobatón:

Las culturas palafíticas proponen soluciones de sostenibilidad y eficiencia energética, basadas en parámetros de confort propios obtenidos a través de una memoria colectiva, generalmente de transmisión oral y a través de un proceso de experimentación y de adaptación de técnicas constructivas foráneas y propias, gestión del medio ambiente agua/tierra a sus requerimientos, logrando una simbiosis entre constructor y entorno.¹³

12 Víctor Manuel Patiño Rodríguez, *Historia de la cultura material de la América equinoccial*, t. II: *Vivienda y menaje* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990). <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3267>

13 Gregoria Polo de Lobatón, José Luis Rosenstiehl

De hecho, en Colombia se tienen reseñas de la existencia de viviendas palafíticas desde 1510. Según cuenta el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo¹⁴, en la expedición de Balboa, cuando transitaba el río Atrato, hallaron casas sobre pilotes de palma, algunas hasta con cincuenta o sesenta pilotes, con escaleras de bejuco, y que obedecían a diferentes motivaciones, que pueden resumirse en tres grupos: *ecológicas* (para aislarse del agua permanentemente —lagos y ciénagas— o de las crecientes de ríos y quebradas, o de suelos excesivamente húmedos), *biológicas* (para protegerse del ataque de insectos o de animales depredadores), y *sociales y culturales* (para defensa contra ataques sorpresivos de enemigos). De acuerdo con este cronista, a veces todas estas motivaciones coexistían en el espacio o, al menos, dos de ellas¹⁵.

Todas estas características que dieron origen a la riqueza de los hábitats anfibios entran en conflicto cuando los límites político-administrativos que han pretendido delimitar el territorio nacional

Martínez y Daulis Lobatón Polo, "Estrategias de mercadeo social e innovación social en servicios turísticos para las poblaciones palafíticas de la Ciénaga Grande de Santa Marta", en *Memorias del I Congreso Internacional de Innovación Turística y Desarrollo Regional, Santa Marta, 16 y 17 de noviembre de 2017*, eds. Sugrey Issa Fontalvo, Freddy de Jesús González Castillo, María Susana Payares, Liliana Rada Juvinao, Alfonso Morales López y Leonel Moscote Díaz (Santa Marta: SENA, Sennova, 2017), 39, https://repositorio.sena.edu.co/bitstream/handle/11404/4718/Memorias_Congreso_Innovación_Turistica.pdf?sequence=1&isAllowed=y

14 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (Madrid: Ediciones Atlas, 1959).

15 Patiño, *Historia de la cultura material*, 97-112.

han ignorado sistemáticamente los factores de integración entre hábitat natural y los habitantes de una ecorregión, que han desarrollado históricamente rasgos culturales y dinámicas sociales y económicas específicas en relación con la dimensión ambiental. Como se mencionó, las características del hábitat anfibio en las ecorregiones de Colombia no han sido debidamente reconocidas dentro de las políticas públicas de vivienda. Esta subvaloración de la vivienda palafítica como patrimonio cultural queda más clara aún al revisar el documento denominado *Proyectos tipo...*, desarrollado por el Departamento Nacional de Planeación¹⁶, en el cual se proponen lineamientos para la construcción de vivienda palafítica, que poco tienen que ver con la arquitectura tradicional en términos de distribución espacial interior, materiales y relación con el entorno natural. En dicho documento tampoco se hace una revisión de las diferencias que pueden existir entre un palafito del Caribe, uno del Pacífico o uno del Amazonas, pues se asume que son iguales, cuando en realidad en cada región la vivienda anfibia tiene una estrecha relación con rasgos culturales específicos. La vivienda propuesta está conformada por tres alcobas, un baño, sala-comedor, cocina, patio de servicio y escalera de acceso.

Esta guía no contempla en ningún momento el concepto, la experiencia, la tradición y la trayectoria de la comunidad con viviendas adaptadas a zonas de inundación, a pesar de la existencia de libros como *Vivienda y arquitectura tradicional*

16 DNP, *Proyectos tipo. Soluciones ágiles para un nuevo país. 19 lineamientos para la construcción de vivienda palafítica* (Bogotá: DNP, 2016), <https://proyectostipo.dnp.gov.co/images/pdf/palafiticas/PTpalafitica.pdf>

en el Pacífico colombiano. *Patrimonio cultural afrodescendiente*¹⁷, de la arquitecta Gilma Mosquera Torres, en el cual explica la configuración del hábitat rural y urbano en el litoral pacífico, cómo ha sido el poblamiento, la descripción de los diferentes prototipos y tipologías, y muestra así los saberes ancestrales que son un bien material y de conocimiento de la nación. El DNP en su documento solo hace preguntas que dejan ver un poco la implicación de la comunidad: ¿la entidad territorial encuentra que existen familias que no cuentan con una vivienda apropiada para zonas con alto riesgo de inundación?, o ¿existen familias cuya vivienda es del tipo palafítica y esta se encuentra en condiciones de alta precariedad? Tal parece que solo se han tenido en cuenta aspectos técnicos y ambientales al preocuparse de manera superficial por la ausencia de servicios domiciliarios básicos (agua, electricidad y drenaje), lo cual revela el bajo componente social y la escasa implicación de la comunidad en la formulación de la guía, al parecer por el afán de dar a muchas familias una vivienda digna. Esto puede hacer desaparecer técnicas y tradiciones autóctonas, formas de vida, uso sostenible de materiales en entornos naturales que, en últimas, hablan de una cultura y de tipologías de vivienda anfibia que tienen particularidades y un valor cultural especial en cada región del país.

17 Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano. Patrimonio cultural afrodescendiente* (Santiago de Cali: Universidad del Valle, 2010).

ECORREGIÓN DEL CARIBE RURAL

El río Magdalena ha marcado históricamente la ecorregión del Caribe rural desde los procesos de conquista y colonia. Relata Holton que el tipo de paisaje registrado por escrito y en dibujos que existían del Magdalena hacia 1857 (en lo que era la Nueva Granada) se caracterizaba por una flora poco variada en el río y la existencia de depósitos de madera para cargar los barcos una vez al día; es decir, infraestructuras para almacenar el producto y evitar que este se humedeciera. También evidencia el uso de graneros con techo de paja y, en vez de paredes, palos para permitir el ingreso de la luz y el aire e impedir que entraran animales del tamaño de un cerdo o más grandes:

No hay casas de más de dos pisos, la casa baja es la más común y la más cómoda, no es húmeda, pero la gente prefiere la alta porque es de apariencia más ostentosa. Existe otra diferencia radical entre las casas de techo de paja y las de techo de teja. Las primeras son indudablemente más frescas, pero corren el riesgo de incendiarse y si no se repara el techo continuamente, se pudre y deja pasar el agua cuando llueve.¹⁸

18 Isaac F. Holton, *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes* (Nueva York: Harper and Brothers, 1857), 65, <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll18/id/456>

En los relatos de este norteamericano, profesor de química e historia natural, también se hace referencia a que primaba la naturaleza sobre las edificaciones, pues ni a raíz del comercio se habían consolidado caseríos hasta mediados del siglo XIX, según sus crónicas de viaje.

Vamos río arriba, las poblaciones y los grupos de niños en las orillas se vuelven cada vez más escasos y pequeños. Parán los motores y la selva es tan espesa que cuando el boga salta a la orilla para atracar, apenas si encuentra donde pararse.¹⁹

Para la época existía un gran aislamiento y pobreza en el Caribe rural puestos en evidencia por Holton mediante la narración de una caminata por un pueblo que era el último que encontraron antes de llegar a Honda. Decía que aquel era “una hilera de chozas pobrísimas, una plaza infeliz y como siempre una iglesia [con] un callejón y unas cuantas callejuelas de aspecto deplorable”²⁰. A la vez, destacó la importancia de la hamaca y cómo el espacio funcional de la vivienda giraba en torno a esta, considerando la longitud y altura. En sus relatos también llaman la atención las descripciones sobre la actividad del baño de las patronas en las orillas del río, con sus hijos y sirvientas, además de la pesca abundante.

Desde esta época ya se identificaba una red de relaciones necesarias para el funcionamiento del ecosistema y del hábitat en áreas donde el exceso de agua se lograba distribuir en el

territorio durante la época de inundación, lo que garantizaba que en la época de sequía hubiera disponibilidad del recurso hídrico en lugares alejados. Esto permitió proteger las casas y disponer de reservas de agua en cualquier momento del año, una característica propia de los hábitats anfibios.

La ecorregión del Caribe rural, que nos ocupa en este capítulo, pertenece al sistema marino-costero (presente también en la costa del Pacífico colombiano con diferentes características)²¹, en el cual se dan la tipología de laguna costera y dos categorías interiores, que son pantano y bosque inundable. En esta ecorregión, el área total inundable es de 5,7 millones de hectáreas, de las cuales la categoría de humedal denominada “permanente abierto”, que se caracteriza por la presencia de agua de manera constante y la no existencia de cobertura de árboles, es de alrededor de 1 millón de hectáreas. En la categoría “temporal”, en la cual la presencia de agua se da con cierta periodicidad, el área es de alrededor de 2 millones de hectáreas. El área de humedales en la categoría “potencial medio” corresponde a suelo con presencia de humedales en algún momento y es cercana a los 1,2 millones de hectáreas; y la de “potencial bajo dosel”, que siempre está inundada y cuenta con cobertura de bosque, es de aproximadamente 471 000 hectáreas. Esto quiere decir que de la totalidad del área de la ecorregión del Caribe rural (27 105 412 hectáreas), el 21,03 % corresponde a áreas de humedales. Estas, en el Caribe rural,

19 Holton, *La Nueva Granada*, 71.

20 Holton, *La Nueva Granada*, 79.

21 Detalles sobre los sistemas en los cuales se distribuyen los humedales continentales de Colombia pueden encontrarse en Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, *Colombia anfibia*, 119-120.

tienen múltiples denominaciones por parte de las comunidades; por ejemplo *naidizal*, *puka*, *pangana*, *lamuuna*, *madrevieja* o *turbera*.

Además del comportamiento natural de las fuentes hídricas en estas áreas, se debe adicionar el de las precipitaciones. En Colombia, las zonas más críticas de inundación se encuentran en la región del litoral del océano Pacífico, el Caribe rural y la ecorregión estratégica ambiental de La Mojana, que está sobre las cuencas de los ríos Magdalena, Cauca y San Jorge.

Al reconocer estos territorios como espacios anfibios se pueden satisfacer necesidades de vivienda y alimentación en armonía con el agua. En este sentido, las comunidades anfibias del Caribe rural han aprehendido el funcionamiento de los hábitats anfibios —humedales, lagos, lagunas, ciénagas, ríos y mar— y han logrado algunas de las obras más sofisticadas como seres humanos, como son los palafitos ya mencionados. Sin embargo, no se puede evitar la llegada de fenómenos asociados al cambio climático, por lo cual se debe diseñar construcciones consecuentes con las nuevas condiciones y evitar las grandes estructuras cerca de las fuentes hídricas²².

En este sentido, el interés de la sección siguiente, centrada en el caso de la subregión geográfica de la La Mojana en el Caribe rural, es mostrar el gran potencial que se tiene en el territorio colombiano para la adaptación, con miras a convertir áreas en riesgo de inundación en oportunidades

para lograr el diseño y la construcción de hábitats anfibios que incorporen prácticas culturales desarrolladas por siglos. Se hace alusión aquí al hábitat anfibio desarrollado por las culturas malibú y zenú en el Caribe rural, los afrodescendientes e indígenas en el litoral pacífico y las comunidades indígenas de Mitú y la comunidad ticuna en la selva amazónica. Estas comunidades, tras una lectura de sus territorios inundables, desarrollaron modelos habitacionales apropiados de hábitat anfibio, basados en construcciones palafíticas, como se mencionó.

EL CASO DE LA MOJANA

*Claro que hay que conocer bien los oficios, pero ello nos viene en la sangre. De generación en generación van corriendo los secretos del agua y del barranco: cómo caminar sobre el badume flotador de la ciénaga.*²³

La Mojana es un ecosistema estratégico para el equilibrio natural de la zona de confluencia de las principales fuentes hídricas de Colombia: los ríos Magdalena (Brazo de Loba), Cauca y San Jorge (figura 4). Esta condición hace que esta zona sea reconocida como uno de los deltas más complejos del mundo, como área de amortiguación hídrica esencial para la regulación de las inundaciones²⁴.

22 Ramiro Velásquez Gómez, "Inundarse, ese es el futuro de las ciudades", *El Colombiano*, 12 de diciembre, 2017, <http://www.elcolombiano.com/tecnologia/ciencia/inundarse-ese-es-el-futuro-de-muchas-ciudades-BL7850838>

23 Orlando Fals Borda, *Historia doble de la costa, I, Mompox y Loba* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979), 19A.

24 Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, *Colombia anfibia*.

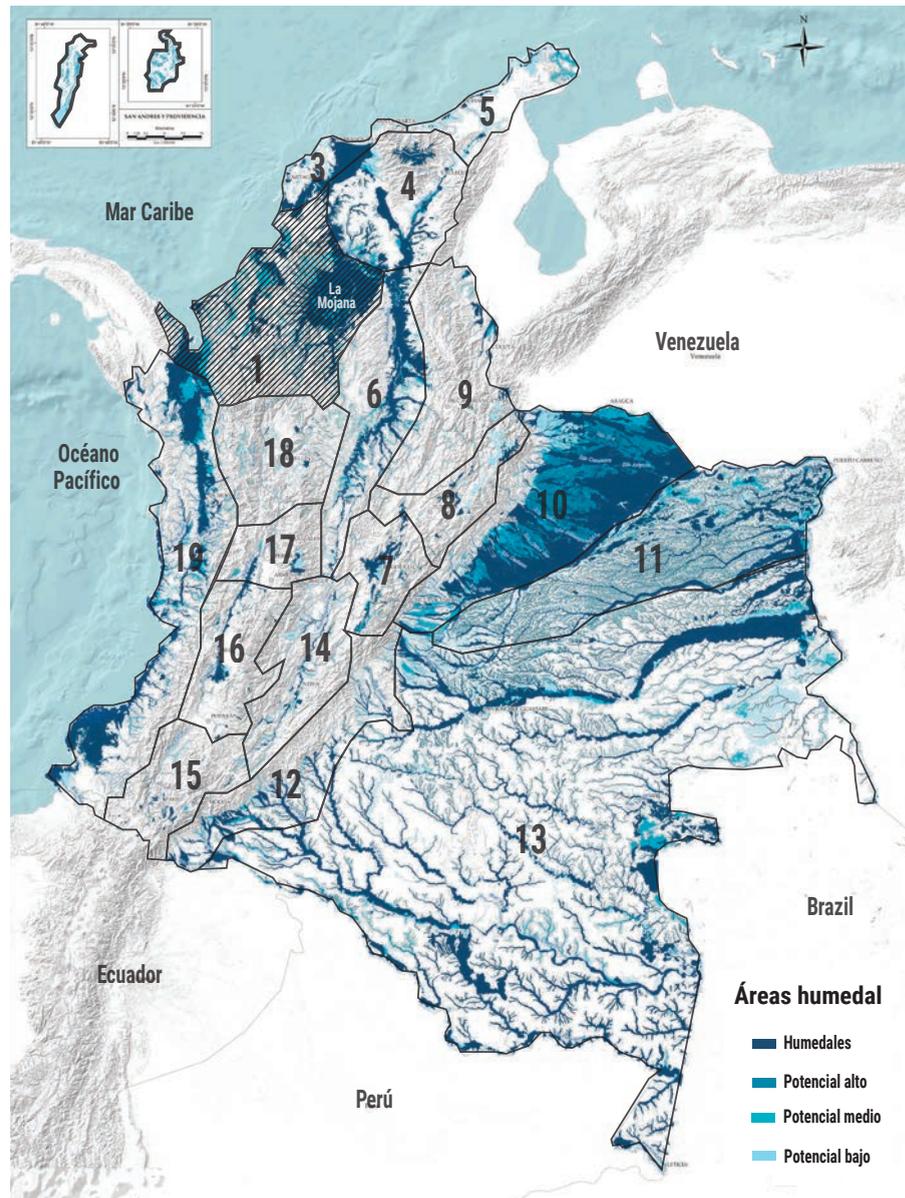


Figura 4. Localización de La Mojana en la ecorregión del Caribe rural y en relación con el área hidrográfica Magdalena-Cauca
Fuente: elaboración propia a partir de Úrsula Jaramillo Villa, Jimena Cortés-Duque y Carlos Flórez Ayala, eds., *Colombia anfibia. Un país de humedales*, vol. I (Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2015), 57.

El sistema de humedales que configuran la zona de La Mojana propició el desarrollo de sistemas propios para el manejo de las inundaciones, que ha permitido mantener un ecosistema estable para la fauna y la flora, y la adaptación de los asentamientos humanos a las condiciones cambiantes de las épocas de lluvia y de sequía a lo largo del año. Su localización en el área hidrográfica Magdalena-Cauca en la ecorregión del Caribe rural es estratégica en la conexión transversal de la región Caribe hacia el oriente y el occidente del país.

Como se muestra en la figura 5, el núcleo central compuesto por la zona de humedales y áreas inundables comprende once municipios de cuatro departamentos: Sucre (San Marcos, Guaranda, Majagual, Sucre, Caimito y San Benito Abad), Bolívar (Magangué, Achí y San Jacinto del Cauca), Córdoba (Ayapel) y Antioquia (Nechí). A esto se suma una zona ampliada con menor riesgo de inundación que comprende dieciséis municipios.

El área de La Mojana tiene relación directa con el sistema orográfico de las cordilleras Occidental y Central, particularmente de las serranías de San Jerónimo y San Lucas, que generan un contraste entre la parte plana y el sistema montañoso con diferentes pisos térmicos que albergan flora, fauna y bases productivas diversas (figura 6).

Este es un territorio representativo del hábitat anfibio del Caribe rural con un gran potencial, pero, a la vez, grandes retos ligados al cambio climático, el cual ha contribuido a agudizar la sedimentación de los cauces. Las viviendas de esta zona, habitada por comunidades indígenas, han conservado elementos tradicionales que denotan un conocimiento histórico del entorno, directamente

relacionado con las fluctuaciones de las inundaciones. Como lo describen Jiménez y Pérez:

La Mojana conserva la arquitectura indígena de tiempos antiguos con ranchos de paja sobre horcones, los horcones son un tipo de madera que aún se utiliza como soporte y para elevar las viviendas, haciendo referencia a las épocas de pesca y las épocas de cosecha, características de los hábitats anfibios. Es una región que desde tiempos prehispánicos, coloniales y republicanos ha mantenido una interrelación y mutua influencia entre el medio ambiente y las sociedades.²⁵

Ahondando en los rasgos culturales y las tradiciones indígenas, Orlando Fals Borda²⁶ destaca la persistencia de la cultura malibú después de la colonización, preservada “por medio de la danza, drama, música y la herbología como, por ejemplo, lo que entienden ellos como el origen de los peces de Juan Chipiaje, sabedor de rezos *sikuani* y los modos de producción”. De acuerdo con este sociólogo, los malibúes deben ser considerados como “articuladores entre los tipos de fuerza productiva y las relaciones de producción correspondientes al ecosistema de la región”. Sin embargo, el intercambio comercial altera esa concepción original al incorporar nuevas rutinas como la venta del pescado o los recorridos rituales por vías vehiculares de escala regional.

25 Orián Jiménez Meneses y Edgardo Pérez Morales, *La Mojana. Medio ambiente y vida material en perspectiva histórica* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2007), 20.

26 Fals Borda, *Historia doble*, 30B.



Figura 5. Núcleo central de humedales, áreas inundables y zona ampliada

Fuente: elaboración propia a partir de DNP, *Plan de acciones regionales prioritarias para el desarrollo sustentable de La Mojana. Articulación de iniciativas regionales para estructurar áreas de desarrollo territorial* (Bogotá: DNP; PNUD, 2008), 31, <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Desarrollo%20Territorial/00-Mojana.pdf>



Figura 6. Componentes ambientales de La Mojana

Fuente: elaboración propia a partir de DNP, *Plan de acciones regionales prioritarias para el desarrollo sustentable de La Mojana. Articulación de iniciativas regionales para estructurar áreas de desarrollo territorial* (Bogotá: DNP; PNUD, 2008), 29, <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Desarrollo%20Territorial/00-Mojana.pdf>

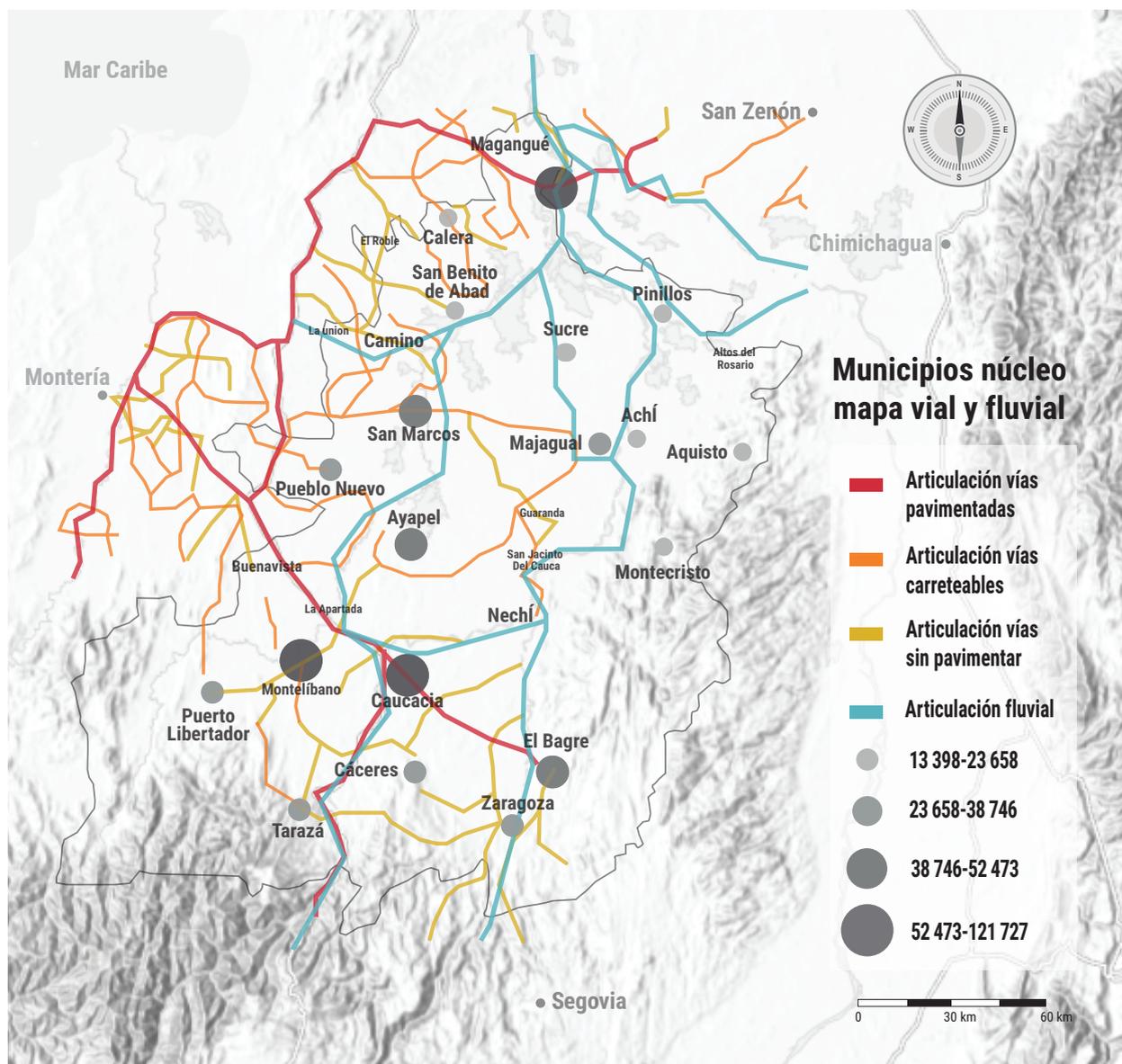


Figura 7. Mapa vial y fluvial de La Mojana

Fuente: elaboración propia a partir de DNP, *Plan de acciones regionales prioritarias para el desarrollo sustentable de La Mojana. Articulación de iniciativas regionales para estructurar áreas de desarrollo territorial* (Bogotá: DNP; PNUD, 2008), 33, <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Desarrollo%20Territorial/00-Mojana.pdf>

Cambios en la periodicidad de las inundaciones y las sequías muestran cómo a través de los años las condiciones geoecológicas y climáticas han sido alteradas y, con ello, la histórica preservación mutua de las especies del hábitat anfibio en ambientes bióticos y abióticos. Así mismo, se han alterado los patrones de poblamiento, las técnicas de explotación de los recursos, los circuitos económicos y tradiciones culturales como el grabado; todas ellas actividades de la región que inciden en la autoproducción del ecosistema, que lo afectan y cambian la morfología del paisaje, las formas de organización social y espacial, y los sistemas de producción en las cabeceras y poblados de La Mojana. Esta zona de gran riqueza natural se ha convertido en una ecorregión con serios problemas sociales, económicos, ambientales y de infraestructura. La Mojana carece de sistemas de comunicación carreteables y el entramado de humedales presenta problemas como la alta sedimentación de los ríos y la obstrucción de algunos caños por parte de ganaderos y pequeños parceladores (figura 7).

Al hablar de hábitat anfibio en La Mojana nos estamos refiriendo también a la acción de *morar*, la cual implica reconocer procesos e interacciones culturales tanto espaciales como simbólicos. Morar involucra a los pobladores de un territorio en el que se da una interacción constante entre las personas y la naturaleza circundante. Tanto el espacio habitado como los recursos naturales cubren necesidades individuales y colectivas relacionadas con la producción, el entorno social y la vida doméstica (figura 8). En este sentido, el hábitat se entiende aquí como el territorio

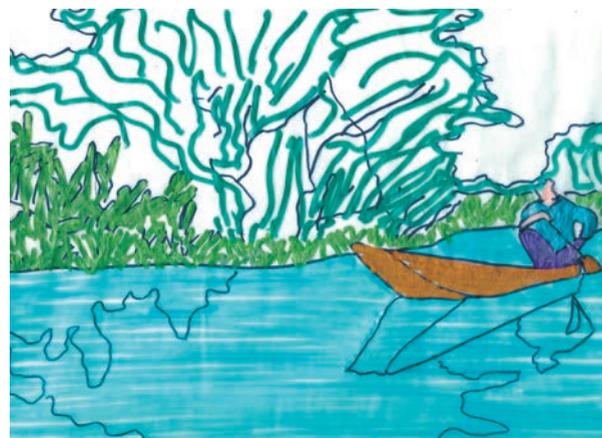


Figura 8. Boga de La Mojana, Corneliano, Sucre
Fuente: dibujo de Luisa María Restrepo Marín, 2020, con base en fotografía de Alberto Leyva, 2019.

domesticado por el hombre y la relación de arraigo con él, tanto por lo que se posee materialmente como también por lo inmaterial.

El hábitat colectivo —la agrupación— es una formación socioespacial en la cual se reflejan la ideología, la cultura, la estructura demográfica y la fuerza de trabajo de las comunidades. En el caso de La Mojana, estos rasgos y los aprendizajes sobre las dinámicas naturales del territorio así como las tradiciones locales se han ido transmitiendo de generación en generación (figura 9).

De esta manera, los modos de habitar son el reflejo de un asentamiento orgánico con caminos que van conectando las viviendas, y que permiten el acceso y la interacción de las viviendas con las riberas de los cuerpos de agua. En esta zona, trabajar y habitar son actividades que se dan de manera paralela a la construcción de la morada. En esta medida, las posibilidades de soporte

económico también contribuyen a determinar el emplazamiento de las viviendas, y los espacios idóneos para guardar las herramientas y los animales son altamente valorados.

Por la condición anfibia de los asentamientos, las prácticas culturales y creencias de los habitantes tradicionales de La Mojana están altamente relacionadas con la comprensión de la vida cotidiana en su medio natural: las aguas bajan entre enero y marzo, y julio y septiembre, meses en los cuales los pobladores siembran en los playones o crían en esos lugares el ganado que se puede alimentar con pastos naturales. Durante los meses de la temporada de lluvias, que van de abril a junio y de octubre a diciembre, el ganado es llevado a potreros en las partes altas; y en las áreas que fueron playones y que empiezan a inundarse se realizan actividades de pesca. Como lo describe Fals Borda, “el mismo agricultor o vaquero se convierte así en canalettero, pescador y cazador”²⁷.

En La Mojana hay una gran explotación de la ganadería, y estas poblaciones disponen de cierta tecnología para enfrentar el calor y la humedad. También utilizan la pesca de bocachico como fuente de ingresos, y distribuyen su producto en Montería, Sincelejo, Caucasia, y otras poblaciones de la llanura y fuera de ella. Como se mencionó anteriormente, se siguen conservando los dos periodos de producción que determinan los modos de vida de los pobladores: el tiempo de la pesca y el tiempo de la cosecha. Los ganaderos preparan las tierras para el periodo de las cosechas, queman y aran los suelos para que el primer periodo de lluvias fertilice la



Figura 9. Fiesta patronal, procesión de Santa Elena, El Corozal, Majagual, Sucre

Fuente: dibujo de Luisa María Restrepo Marín, 2021, con base en fotografía de Alberto Leyva, 2019.

tierra. Los demás campesinos utilizan el verano para incorporarse a la economía pesquera en los ríos San Jorge y Cauca, y otras personas se dedican al trabajo del rebusque (figura 10).

Respecto de los oficios e instrumentos que usa esta comunidad, Fals Borda realizó la siguiente descripción a finales de los años setenta:

En estas condiciones, las *herramientas* básicas de la agricultura riberana siguen siendo (además del fuego): el palo cavaador (“esquepe”), el machete y el hacha, con elementos complementarios como el cuchillo de segar arroz, el gancho de bajar frutas, el chocó (pequeño canasto semillero), la piedra de moler, la pala pequeña y el pañol o depósito elevado. Y, además, los instrumentos de pesca y caza que se

²⁷ Fals Borda, *Historia doble*, 24B.



Figura 10. Pescados para la venta, La Sierpita, Majagual; y mujer en su cocina tradicional, El Naranjo, Majagual, Sucre
Fuente: dibujos de Luisa María Restrepo Marín, 2020, con base en fotografía de Alberto Leyva, 2019.

encuentran en la mayoría de casas ribe-ranas: canoa, canaleta, atarraya, anzuelos, escopeta de fisto, trampas de madera, gan-chos de babilla y hondas de caucho. [...] El ganado de las grandes haciendas se trans-porta en planchones flotantes impulsados por lanchas, o se llevan a pie y a nado de un potrero a otro.²⁸

Hoy en día los modos de vida de la comunidad en La Mojana se distribuyen según diversos ofi-cios dados por la convivencia con el agua; pueden pasar del zapal al río, el caño, el arroyo y la ciéna-ga. Al cazador de subsistencia que se encuentra

normalmente en el zapal y el caño, su modo de vida le permite acceder a carne de monte con especies como la hicotea, el chigüiro, la babilla, el pato real y el pato pisingo. Tradicionalmente el cazador fabrica una máscara con materiales naturales para mimetizarse con el paisaje de la ciénaga. El pescador, que se ocupa de uno de los oficios más comunes, puede acceder a bo-cachico, dentón, moncholo y bagre, que los en-cuentra en el río, caño y ciénaga; en la actualidad hacen recorridos desde la madrugada y utilizan aún atarrayas, trasmallos y chinchorros. El gana-dero también sigue siendo común hoy en día, ya que debe convivir con las épocas de inundación y sequía para que los ganados puedan pastar en la parte alta en el primer caso, y en las partes

28 Fals Borda, *Historia doble*, 24B, énfasis en el original.

bajas en el segundo. Es una actividad realizada en estos días por vaqueros que pueden tener cuarenta a cincuenta años de experiencia y evidencia una adaptación a un territorio de humedales con grandes variaciones en los niveles de agua. En esta zona los vaqueros son reconocidos por los sonidos que producen mientras arrear el ganado.

La actividad agrícola también se mantiene a lo largo del año, de acuerdo con las condiciones a las que se van enfrentando las comunidades. Las familias cultivan en los terrenos desecados alimentos para consumo diario, tales como arroz, maíz, yuca, plátano, ají o habichuela. Así mismo, plantan árboles maderables que sirven como materia prima para la construcción de las viviendas y canoas.

Tejido fluvial y arquitectura traidicional

El oficio de la arquitectura combina el arte y la técnica. Desde la antigüedad el hombre ha necesitado refugio por necesidad y también por confort. En esta medida, la arquitectura interviene en todos los aspectos relacionados con el hombre y, aunque es muy técnica y se refiere también a la materialidad y las texturas que se emplean en ella, trasciende la *psiquis* del hombre y lo hace meditar sobre sus hábitos y entorno, como se evidencia en los hábitats anfibios de la ecorregión del Caribe rural.

De acuerdo con Nora Elena Mesa²⁹, en esta región lugares como San Juan de Urabá, San

29 Nora Elena Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades territoriales de Urabá* (Medellín: Universidad

Antero, las islas de Barú y San Bernardo y la bahía de Cispatá tienen en común la identidad étnica, y tienen “una relación ecogeográfica que se extiende a lo largo de la costa hasta Sotavento, siguiendo las naturales rutas marítimas y fluviales”.

La comunicación marítima y fluvial ha permitido un intercambio histórico entre las ecorregiones, lo cual guarda relación con el hecho de que las poblaciones se hayan ido asentando en las riberas de los cuerpos de agua. En el caso de la ecorregión del Caribe, como se mencionó, los asentamientos son de carácter disperso, ubicados cerca de quebradas o ríos y con una arquitectura en la que predominan los materiales naturales locales. Estos asentamientos, formados a partir de una tipología de tejido fluvial, está configurada por “estructuras simples, palafíticas, en madera rolliza y con cerramiento en esterilla de palma y cubiertas en hojas de palma amarga o de vino”³⁰.

Como se observa en la figura 11, la cultura zenú se adaptaba al territorio con sus dinámicas de inundación y sequía utilizando canales de drenaje en forma de espina de pescado con su eje principal perpendicular al cauce del río (a), cubiertas con hojas de palma amarga (b), cultivos en tierras altas (c), pesca (d), transporte en canoas (e), y caza y pesca para consumo propio (f). Esta cultura también aprovechaba el río para la extracción de oro para orfebrería (g).

Nacional de Colombia, sede Medellín / Facultad de Arquitectura, Centro de Investigaciones Estéticas, 1996), 63.

30 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 63.

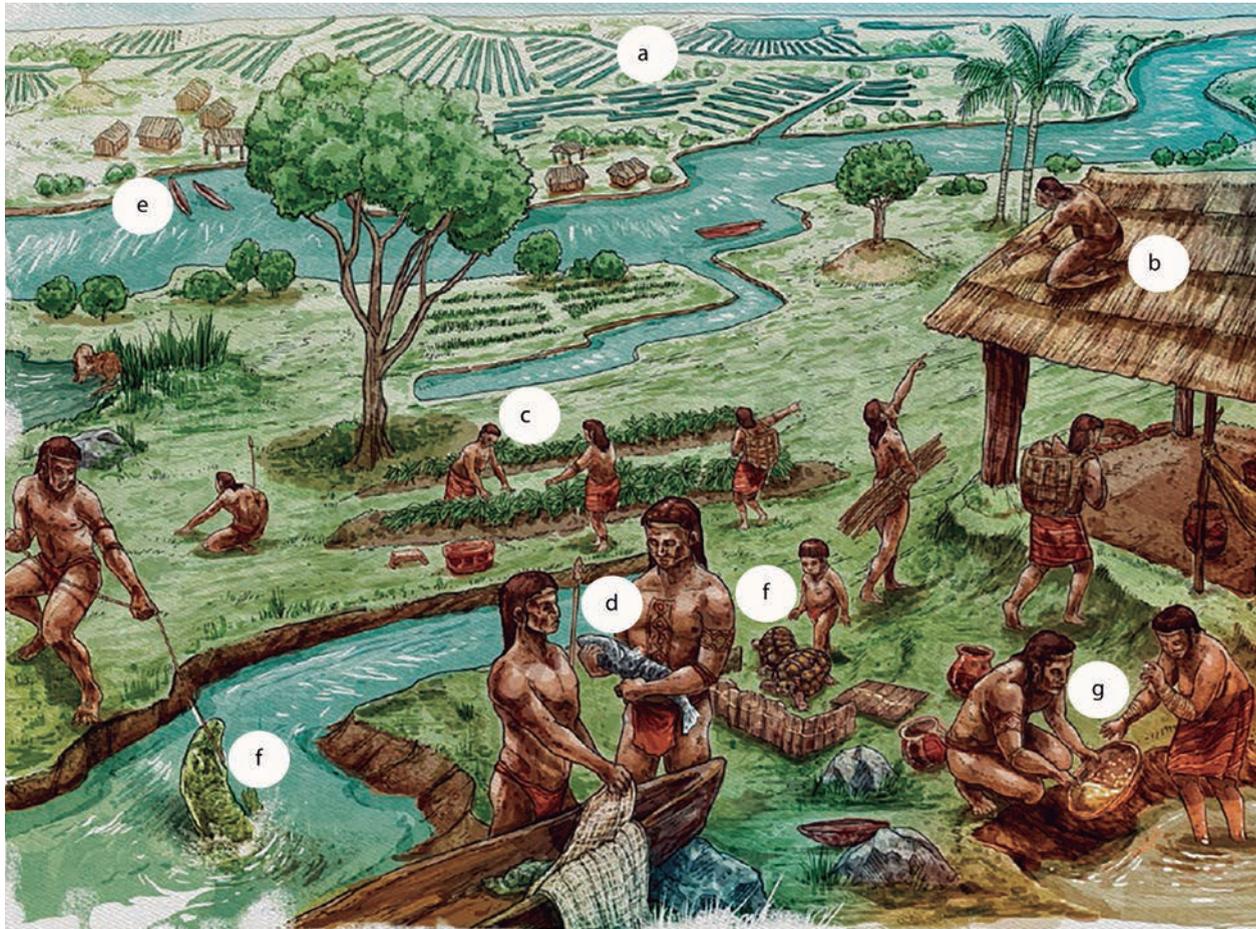


Figura 11. Cotidianidad anfibia de los zenúes

Fuente: Úrsula Jaramillo Villa, Jimena Cortés-Duque y Carlos Flórez Ayala, eds., *Colombia anfibia. Un país de humedales*, vol. I (Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2015), 43.

Con la técnica de canales en espina de pescado se distribuía el exceso de agua en la época de inundaciones y se mantenía agua en los lugares alejados durante las sequías (figura 12); también lograban enriquecer los suelos de sus zonas de cultivo con sedimentos y, por supuesto, proteger sus casas de posibles inundaciones. Estos canales

evidencian el nivel de comprensión de la cultura zenú de las dinámicas naturales y el funcionamiento ambiental del ecosistema. Esta tipología de desarrollo territorial permite tener construcciones separadas, pero que guardan una relación funcional estrecha entre sí y con la morfología del territorio.



Figura 12. Espina de pescado como tipología del Caribe rural
Fuente: dibujo de Luisa María Restrepo Marín, 2019.

En términos arquitectónicos, en la zona de La Mojana, además de la tipología palafítica o viviendas construidas sobre plataformas, la ornamentación de las viviendas se destaca en elementos como barandas, ventanas y puertas que adornan las entradas y fachadas. También como ornamentación se pueden considerar “las plantas que adornan las casas y son el elemento verde que va a dar colorido, textura y decoración”³¹. En esta zona la composición de fachadas que combina vanos, ventanas, puertas, tragaluces y celosías conforma juegos simétricos que varían en forma, ubicación y tamaño de una casa a otra, pero se conservan como elementos de la arquitectura tradicional de la región Caribe. Esta ornamentación se caracteriza por la utilización de tecnologías artesanales de la zona para crear fachadas armoniosas que exhiben maderas propias,

31 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 52.

complementadas con las texturas, colores y diversos matices causados por los reflejos en el agua y la vegetación exuberante del entorno (fotografía 2).

Una característica particular actual en esta zona es la combinación de materiales y tecnologías autóctonas y modernas que conservan elementos tradicionales que le otorgan a la vivienda una gran riqueza tipológica y espacial. De acuerdo con Nora Elena Mesa³², se logra la “combinación adecuada de palma y bloque o madera y eternit”, como producto de la oferta escasa de materiales naturales y la introducción paulatina de nuevos materiales de producción industrial. Se considera, sin embargo, que la arquitectura de esta zona ha sido históricamente de corte elemental y construcción básica, en la medida en que se ha ido desarrollando con los materiales y conocimientos locales, tal como lo narra la arquitecta Nora Elena Mesa:

32 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 51.



Fotografía 2. Casa campesina en época de inundaciones, ubicada en las orillas del caño de Camajón, Sucre
Fuente: fotografía de Alberto Leyva, 2019.

El surgimiento del asentamiento en el San Juan de Urabá instaba a construir sin grandes alardes técnicos, debían ser obras simples, de gran rapidez en su ejecución y la obligatoriedad de elaboración con los recursos locales, de allí el surgimiento de viviendas y locales que tomaran lo que el medio les ofrecía: Maderas rollizas, varas, palma tanto para cerramiento como para cubiertas. Arquitectura de la urgencia, una arquitectura autóctona que sigue los patrones espaciales de las viviendas costeras, a las cuales se les mejoró con el tiempo al utilizar materiales de la industrialización como lo fueron las tejas de zinc o las tejas de cemento, pero sin variar su esencia.³³

33 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 51.

Las funciones espaciales en el modelo habitacional anfibio de La Mojana están determinadas por la vida cotidiana de sus habitantes. Allí, el *solar* se constituye en una parte fundamental de la configuración espacial. De hecho, la vivienda rural expresa la unidad del territorio que “engloba las espacialidades de habitación y solar, en un solo concepto unitario. Así el solar será otra área social de la vivienda, pero a su vez área de servicios y de producción”³⁴. De acuerdo con Nora Elena Mesa³⁵, en el Caribe rural el carácter de la vivienda supera la simple función espacial que es de carácter privado de la familia y se convierte en una expresión de la sociedad; es por esto que la vivienda es una integración de la vida en sus aspectos físico-espaciales que relacionan el

34 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 40.

35 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 111.

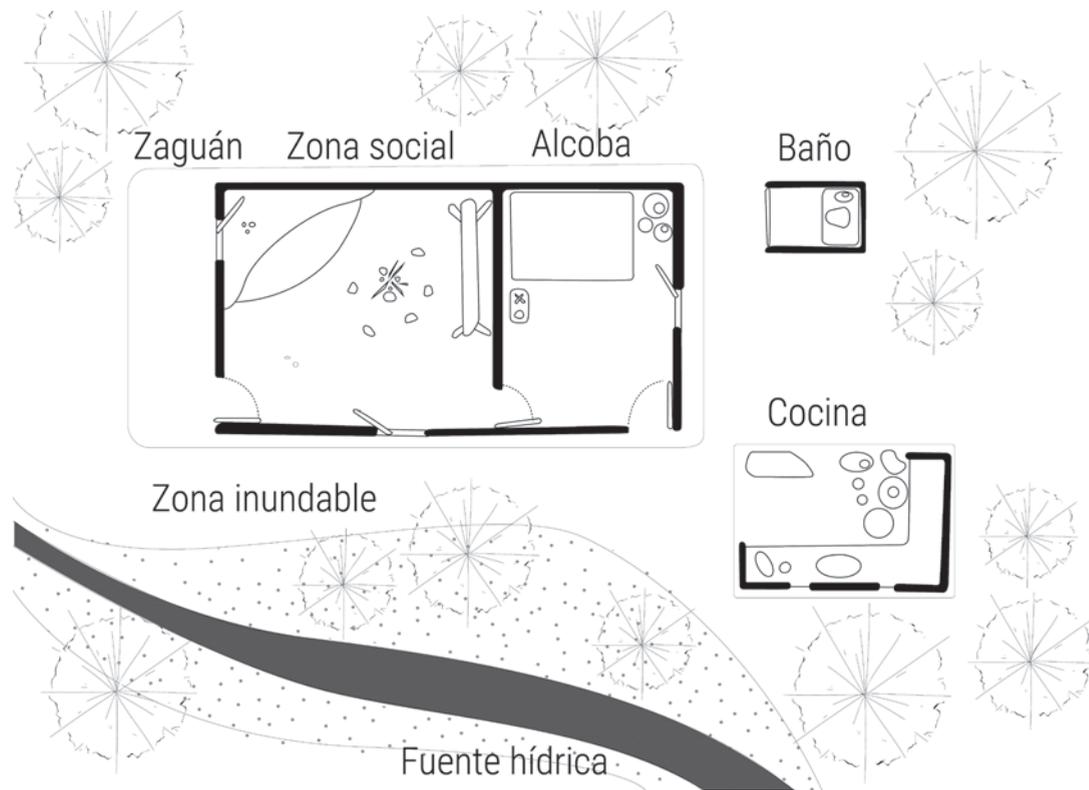


Figura 13. Esquema funcional de la vivienda
Fuente: elaboración de Luisa María Restrepo Marín, 2019.

tejido del espacio colectivo. Tipológicamente, la vivienda anfibia de La Mojana tiene un acceso expandido con un zaguán que se abre hacia la zona social y área de habitación. Por fuera de la vivienda, en la parte posterior, se ubican un baño y la cocina, lo cual muestra que no hay una separación radical entre el espacio colectivo y el privado. El esquema funcional de la vivienda que se muestra en la figura 13 presenta una distribución espacial cercana a la zona de inundación similar a la de la fotografía de la figura 14.

Los asentamientos lineales a orillas del río Mojana están conformados por diez y quince viviendas. Su crecimiento se da del río hacia el interior y pueden surgir dos o tres líneas de casas paralelas. Esto muestra que la ubicación de las aldeas y las viviendas está relacionada de manera directa con el río —por las diversas funciones que tiene para la población— y con el espacio circundante que sirve para la producción (figuras 14, 15 y 16).

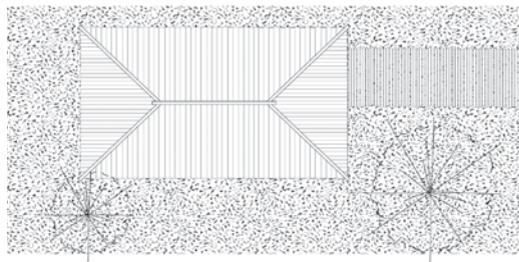


Figura 14. Planimetría de casa campesina en época de inundaciones, ubicada en las orillas del caño de Camajón, Sucre
Fuente: elaboración propia, 2020. Fotografía: Alberto Leyva, 2019.

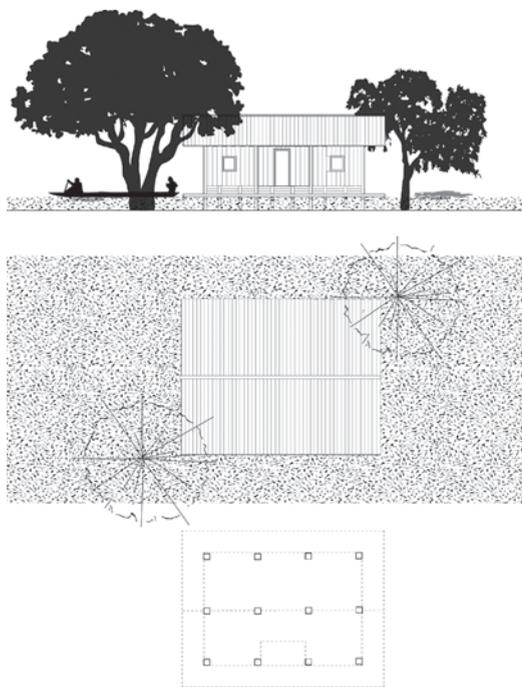


Figura 15. Casa palafítica (tambo) sobre el río Mojana, Sucre
Fuente: elaboración propia, 2020. Fotografía: Alberto Leyva, 2019.

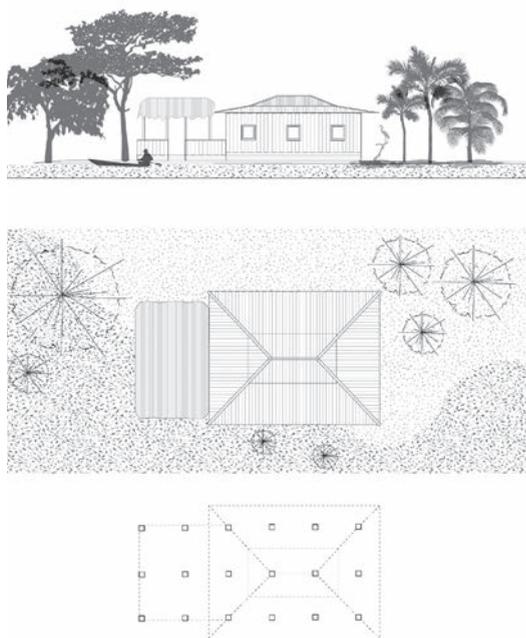


Figura 16. Patio de una casa a orillas del río Mojana, Sucre, Sucre
Fuente: elaboración propia, 2020. Fotografía: Alberto Leyva, 2019.

Las formas de ocupación territorial incorporan algunas adecuaciones de acuerdo con las características de cada zona como, por ejemplo, las plataformas de acceso que funcionan también como espacios de socialización. Las viviendas del Caribe rural adoptaron, en general, tipologías arquitectónicas de la vivienda indígena relacionada con el hábitat fluvial y marítimo, construida sobre pilotes con plataformas de acceso, techos de hojas de palma y cerramientos en madera. El tejido fluvial, heredado de las comunidades autóctonas, es generoso y abierto, y se caracteriza por la baja densidad de construcciones en áreas con amplias zonas con vegetación diversa. Las viviendas están separadas por *las medianerías* que son separaciones por divisiones en madera y están asociadas directamente con el espacio abierto, de tal forma que responden de manera natural a factores como la regulación bioclimática necesaria en una zona caliente y húmeda, y a la dinámica de las actividades cotidianas de subsistencia, comercio y socialización.

El perfil urbano es horizontal y homogéneo, por lo cual los edificios institucionales tienen bastante similitud con la escala de las viviendas y la trama refleja el vínculo que se mantiene con el entorno natural a través de una arborización abundante en los núcleos urbanos (fotografía 3). En las riberas de los ríos siguen llevándose a cabo actividades como lavado de la ropa y servicios sanitarios flotantes. En este sentido, el río es la referencia en todas las actividades cotidianas; además de ser la vía de comunicación natural mediante medios de transporte como barcos, lanchas o canoas. Los pobladores de esta zona

también se movilizan a pie y en animales como el burro o el caballo, o en el transporte público.

El modelo habitacional forma un tejido urbano que comprende tres ámbitos: el privado, que corresponde a la vivienda; el público, donde se dan las actividades culturales y de socialización; y el productivo, que se desarrolla principalmente en los callejones que quedan entre las viviendas. El hábitat anfibio es de tipo orgánico y su forma responde a tradiciones de las culturas indígenas que han ocupado este territorio. Por otro lado, los asentamientos se han ido transformando de acuerdo con procesos históricos propios de una relación de dominio o interacción entre sociedad y naturaleza mediada por estructuras sociales y económicas. Como lo señala Riaño³⁶, al analizar los asentamientos ticunas en el Amazonas, el modelo habitacional estará condicionado por el grupo social que lo habita y sus actividades cotidianas que se van articulando al entorno en el marco de las referencias territoriales, y este tipo de relaciones se replican en casi todos los hábitats anfibios.

Otro elemento que forma parte del modelo habitacional es la chacra³⁷, en la que se siembran cultivos menores para abastecer la vivienda. En el Caribe rural la conocemos como zoteas, riatas, paseras o barbacoas, que son terrazas pequeñas elevadas del piso, que semejan una canastilla construida en madera.

36 Elizabeth Riaño Umbarila, *Organizando su espacio, construyendo su territorio. Transformaciones de los asentamientos ticuna en la ribera del Amazonas colombiano* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003).

37 Pequeña parcela para el cultivo y la cría de animales domésticos.



Fotografía 3. Vista parcial del parque Manuel Dimas del Corral, Majagual, Sucre. Fuente: fotografía de Alberto Leyva, 2019.

La integración entre vivienda, espacio público y paisaje

Los paisajes en La Mojana responden a un perfil marino-costero de carácter interior fluvial, con un predominio de la horizontalidad y una compleja urdimbre de símbolos y coloraciones con nombres particulares en cada comunidad. Poblado y paisaje exponen visuales abiertas que se amplían hacia las afueras de los cuerpos de agua. En virtud del predominio de la horizontalidad de las visuales, estas se dirigen en múltiples direcciones y, como parte de los patrones del hábitat anfibio, las construcciones en las riberas no superan los dos niveles de altura y se funden con la vegetación, pues hay árboles en el entorno que llegan a los 30 o 40 metros de altura.

En este tipo de paisaje las calles desempeñan un papel primordial, ya que determinan los puntos de fuga en una visual baja a escala del observador-transeúnte. En esta zona no hay edificios monumentales, no hay construcciones que sobresalgan, no hay hitos fácilmente diferenciables³⁸. En este contexto de fusión entre lo construido y el paisaje, el borde del telón de fondo de los poblados se caracteriza por la existencia de cultivos de pancoger³⁹ que, de manera desigual, predominan como marco en el recorrido urbano de construcciones dispersas y discontinuas.

Desde el cerro Zumba: El pueblo en general: Se define un paisaje y textura disperso, se encuentran líneas definidas a nivel

38 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 92.

39 Cultivo rudimentario con alimentos de uso diario.

geométrico pero sin continuidades. Se nota la existencia de mucha arborización, tanto urbana como en los alrededores. La densidad urbana que se ve es baja, construcciones uniformes, regulares, pero en su extensión dispersa. A nivel paisajístico no se vislumbran jerarquías.⁴⁰

Si bien el paisaje puede pasar a un segundo plano para algunos, para las comunidades indígenas de esta zona la relación con la naturaleza tiene un carácter permanente, no solo por la construcción cosmogónica de sus espacios en relación con el curso de los ríos, quebradas o el mar, sino también por su enfoque del mundo y la vida. En el Caribe rural el paisaje es un elemento inherente a la vida de las comunidades. Esto se ve reflejado en los espacios públicos de los poblados actuales, en los cuales es fundamental la arborización para proporcionar confort climático.

El tejido urbano es incipiente y la población tiene un crecimiento vegetativo, con núcleos o conjuntos urbanos pequeños que guardan similitudes en su configuración urbana de trazado básico. La mayoría de estos lugares están conformados por muchas viviendas y pocos espacios públicos emblemáticos, pues los caminos se constituyen en los espacios públicos de referencia natural, lo que refuerza la linealidad y la horizontalidad de los poblados que están emplazados en un territorio sin quiebres en los perfiles.

En términos generales, La Mojana es parte de una ecorregión de una riqueza ambiental invaluable por sus condiciones naturales de humedal,

40 Mesa Sánchez, *La arquitectura de las diversidades*, 136.

que hoy atraviesa por dificultades relacionadas con el deterioro de los ecosistemas que afectan paulatinamente la flora y la fauna del lugar. Entre las especies más afectadas y algunas ya extintas de la zona están anfibios mayores como la babilla, el caimán, el manatí y la hicotea. Las quebradas y ríos, que constituyen las venas y arterias que comunican La Mojana con otras regiones, también se han afectado por no tener el nivel adecuado en sus aguas durante temporadas más secas de lo normal o por grandes inundaciones en inviernos largos con precipitaciones por encima de los promedios históricos. A esto se suman problemas sociales relacionados con la producción agrícola, pues a pesar de que la tierra está en manos de campesinos, ellos no cuentan con recursos para hacerla productiva y satisfacer las necesidades más apremiantes de estas comunidades.

CONSIDERACIONES FINALES

Al estudiar las relaciones que se dan en los hábitats anfibios, desde los modelos habitacionales (el hábitat) y los modos de vida de la comunidad (el habitar), se puede afirmar que en la ecorregión del Caribe rural las particularidades de los sistemas ambientales responden no solo a una fauna y flora específicas, sino también a unas formas de habitar que tienen características únicas en Colombia. Dado que el agua es un común denominador en los poblados de La Mojana, el desarrollo histórico de esta zona ha estado vinculado con

los comportamientos particulares de cada tipo de fuente hídrica, cuyo nivel de inundación varía con el pasar de las horas, las semanas o los meses.

Estos ciclos de inundación y sequía han propiciado el desarrollo de unos patrones culturales únicos e intransferibles que, como se ha visto en este capítulo, persisten a través de elementos del tejido fluvial y la arquitectura. Experiencias como las del sociólogo Orlando Fals Borda, quien recurrió al método de investigación acción participativa para conocer estas culturas y escribir sobre sus legados, adquieren más valor en la medida en que tienen en cuenta la opinión de la población y su quehacer cotidiano como parte de una construcción cultural.

Metodologías como estas posibilitan la reconstrucción de la historia de asentamientos rurales como los que ocupan la zona de La Mojana y conocer la transformación de las técnicas de construcción, las tipologías de viviendas adaptadas al entorno natural, las formas organizativas y los cambios en la provisión de infraestructura básica y equipamiento urbano. Así mismo, es importante analizar las relaciones de los diversos actores que intervienen en el territorio y otras variables que permiten comprender la diversidad y riqueza de la ecorregión del Caribe rural. Solo con instrumentos de planeación incluyentes se podrán construir políticas que atiendan de manera efectiva las problemáticas de la vivienda social desde una perspectiva holística y analítica que aborde las características del hábitat y la vivienda como producción social, y manifestación física de unos modos específicos de habitar, ordenar y construir el espacio colectivo y familiar

en ámbitos naturales y contextos socioculturales específicos.

En este sentido, algunas rutas para mejorar las acciones actuales en materia de vivienda en la zona estudiada se podrían orientar a fortalecer las estructuras de soporte de los palafitos, el abastecimiento de agua potable mediante la captación

de aguas lluvias, la recolección de aguas servidas con separación entre ellas para aprovechar sus nutrientes en el riego hortícola, la generación de energías amigables y, en cualquier caso, reconociendo el valor de la arquitectura y el urbanismo tradicional del hábitat anfibio y la participación de los pobladores de la zona.

BIBLIOGRAFÍA

- Benavides Ballesteros, Henry Oswaldo y Gloria Esperanza León Aristizábal. *Información técnica sobre gases de efecto invernadero y el cambio climático*. Nota técnica del Ideam, IDEAM-METEO/008-2007. Bogotá: Ideam / Subdirección de Meteorología, 2007. <http://www.ideam.gov.co/documents/21021/21138/Gases+de+Efecto+Invernadero+y+el+Cambio+Climatico.pdf/7fabbbd2-9300-4280-befe-c11cf15f06dd>
- Carrizosa Umaña, Julio. *Colombia compleja*. Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá José Celestino Mutis; Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2014. <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/32548>
- DNP (Departamento Nacional de Planeación). *Plan de acciones regionales prioritarias para el desarrollo sustentable de La Mojana. Articulación de iniciativas regionales para estructurar áreas de desarrollo territorial*. Bogotá: DNP; PNUD, 2008. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Desarrollo%20Territorial/00-Mojana.pdf>, <http://documentacion.ideam.gov.co/openbiblio/bvirtual/021449/Capitulo1.pdf>
- . *Proyectos tipo. Soluciones ágiles para un nuevo país. 19 lineamientos para la construcción de vivienda palafítica*. Bogotá: DNP, 2016. <https://proyectostipo.dnp.gov.co/images/pdf/palafiticas/PTpalafitica.pdf>
- Fals Borda, Orlando. *Historia doble de la costa, I, Mompox y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid: Ediciones Atlas, 1959.
- "Guterres: 'El punto de no retorno del cambio climático se precipita hacia nosotros'". *Noticias ONU*, Naciones Unidas, 1.º de diciembre, 2019. <https://news.un.org/es/story/2019/12/1466081>
- Heinrich, Dieter y Manfred Hergt. *Atlas de ecología*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- Holton, Isaac F. *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*. Nueva York: Harper and Brothers, 1857. <http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll18/id/456>
- Ideam (Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales). Documento Conpes 3776. *Declaratoria de importancia estratégica del Proyecto "Construcción y Reconstrucción de las Zonas Afectadas por la Ola Invernal – Decreto 4580 de 2010 nacional"*. Bogotá: Ministerio de Hacienda y Crédito Público / Fondo de Adaptación, 2013. Consultado el

13 de abril de 2020. https://storage.googleapis.com/fnad-www-storage/images/planes/conpes/planes-conpes-CONPES_Estrategico_Fondo_Adaptacion.pdf

Jaramillo Villa, Úrsula, Jimena Cortés-Duque y Carlos Flórez Ayala, eds. *Colombia anfibia. Un país de humedales*, vol. I. Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2015. <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/9290>

Jiménez Meneses, Orián y Edgardo Pérez Morales. *La Mojana. Medio ambiente y vida material en perspectiva histórica*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2007.

Mesa Sánchez, Nora Elena. *La arquitectura de las diversidades territoriales de Urabá*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín / Facultad de Arquitectura, Centro de Investigaciones Estéticas, 1996.

Ministerio del Medio Ambiente, Ideam (Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales) y PNUD Colombia (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). *Primera comunicación nacional ante la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático*. Bogotá: Ideam, 2001. <http://www.cambioclimatico.gov.co/documents/40860/528472/primera-comunicacion--nacional.pdf/48cb0d10-65b5-4088-bb1c-5d5baa438949?version=1.0>

Mosquera Torres, Gilma. *Tipologías del hábitat en el Valle del Cauca*. Cali: Colciencias; Universidad del Valle, 1985.

—. *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano. Patrimonio cultural afrodescendiente*. Santiago de Cali: Universidad del Valle, 2010.

Patiño Rodríguez, Víctor Manuel. *Historia de la cultura material de la América equinoccial*. T. II: *Vivienda y menaje*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3267>

Polo de Lobatón, Gregoria, José Luis Rosenstiehl Martínez y Daulis Lobatón Polo. "Estrategias de mercadeo social e innovación social en servicios turísticos para las poblaciones palafíticas de la Ciénaga Grande de Santa Marta". En *Memorias del I Congreso Internacional de Innovación Turística y Desarrollo Regional, Santa Marta, 16 y 17 de noviembre de 2017*, editado por Sugrey Issa Fontalvo, Freddy de Jesús González Castillo, María Susana Payares, Liliana Rada Juvinao, Alfonso Morales López y Leonel Moscote Díaz. Santa Marta: SENA, Sennova, 2017. https://repositorio.sena.edu.co/bitstream/handle/11404/4718/Memorias_Congreso_Innovacion_Turistica.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Riaño Umbarila, Elizabeth. *Organizando su espacio, construyendo su territorio. Transformaciones de los asentamientos ticuna en la ribera del Amazonas colombiano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003.

Sánchez, Heliodoro, Ricardo Álvarez León y Elsa Matilda Escobar, comps. *Una aproximación a los humedales en Colombia*. Editado por Eduardo Guerrero. Bogotá: Fondo FEN, 1998.

Velásquez Gómez, Ramiro. "Inundarse, ese es el futuro de las ciudades". *El colombiano*, 12 de diciembre, 207. <http://www.elcolombiano.com/tecnologia/ciencia/inundarse-ese-es-el-futuro-de-muchas-ciudades-BL7850838>



A black and white photograph of a traditional wooden building with a boat in the foreground. The building has a simple, rectangular structure with a flat roof. The boat is a small, narrow wooden boat, possibly a fishing boat, and is positioned in the foreground. The background shows a dense forest or hillside. The overall scene is a coastal or rural setting.

Parte 2

Arquitectura tradicional

Estética y técnica



Fotografía: Clara Eugenia Sánchez Gama, Rodrigo Orrantia.

6

Modos de habitar y construir la vivienda en San Andrés isla

Clara Eugenia Sánchez Gama

La isla de San Andrés es la capital del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Además de estas tres islas, el archipiélago comprende las islas Cayos de Albuquerque, del Sureste, Roncador, Serrana, Quitasueño, Serranilla, Bajo Nuevo, islotes, cayos morros, bancos y arrecifes. Está localizada en el Caribe suroccidental a 650 kilómetros de distancia de Cartagena, a 325 kilómetros de Bocas del Toro en Panamá y a 210 kilómetros de Bluefields en Nicaragua (figura 1).

San Andrés tiene una forma alargada y su territorio emergido comprende una superficie de 27 km². La forma se enfatiza por la colina montañosa que la atraviesa y alcanza en La Loma el punto más alto entre 75 y 80 m. s. n. m. A lo largo tiene aproximadamente 13 kilómetros y 3,5 kilómetros en la parte más ancha. La presencia en el costado oriental de una gran barrera de coral le permite tener una laguna arrecifal compuesta de una vasta área de aguas cálidas y poco profundas, cuya batimetría oscila entre 0 y 10 metros de profundidad. El área marina y oceánica que la rodea con sus diversos ecosistemas es parte de la reserva de biósfera Seaflower¹, que le provee a la isla condiciones particulares y únicas en el territorio colombiano.

1 Declarada como reserva por la Unesco en 2000 y establecida como área marina protegida (AMP) Seaflower por el Gobierno de Colombia (Comisión Colombiana del Océano [CCO]).



Figura 1. San Andrés en el Caribe

Fuente: Jana Guevara, 2021.

EL ESTUDIO

Durante el desarrollo del proyecto de investigación sobre la arquitectura tradicional de San Andrés se surtieron diferentes etapas. Las actividades que se fueron desarrollando se vieron enriquecidas por ese continuo contraste en la apreciación de los diferentes aspectos de la propia cultura, desde lo que manifestaban algunos miembros de la comunidad que reclamaban

esos valores y lo que afirmaban otros que decían “ya no queda nada”.

Se trataba de comprender, de cómo responder a esas afirmaciones. Al mismo tiempo aparecían nuevas inquietudes: ¿cuál es la importancia de esta arquitectura?, ¿cuáles son sus características?, ¿cuál es la percepción que tienen quienes la habitan?

En ese proceso, que se volvió un continuo, con acercamientos y alejamientos durante varios años y con la apreciación de los diferentes aspectos culturales de esta comunidad, indagar

sobre la importancia de esta expresión cultural se convirtió en el propósito que guio gran parte del desarrollo de la investigación. Se respondía así a las nuevas necesidades que se planteaban y, en la medida en que se descubrían nuevos elementos, estos retroalimentaban la investigación.

En la primera fase, de recorridos y de reconocimiento del entorno, no cupo duda de que se contaba con un conjunto importante. Además de los propios valores materiales, de aquellos intrínsecos a la casa y el lugar, había algo más. Como conjunto, la arquitectura tradicional de San Andrés se constituye en un patrimonio colectivo único en Colombia, tanto por las técnicas constructivas empleadas como por su relación con la cultura isleña.

LA VÍA COMO ÁMBITO CULTURAL

En los recorridos iniciales se observó que esta arquitectura se desarrolló y se localizó conformando el espacio más sobresaliente de la isla, la vía a La Loma. Esta vía, que continúa por la cima de la cadena montañosa, se constituye en un ámbito espacial de especial singularidad para San Andrés. Se evidencia desde ese momento una de las características de esta arquitectura

como interés cultural: *la vía como ámbito de valor patrimonial*.

Este espacio se prolonga hacia el norte en la vía avenida Veinte de Julio. Hacia el sur, un ramal desciende por el costado oriental por la vía Harmony Hall Hill y continúa por la vía a San Luis. El otro ramal desciende por el costado occidental hasta el Cove Sea Side.

La vía es el ámbito espacial a lo largo del cual se ubican los inmuebles. En Northend es, con relación a la avenida Veinte de Julio, donde se localizó una parte significativa de las primeras casas; allí está la mayoría de las que han permanecido. Otras vías en el sector norte en las que subsisten algunas casas son la avenida Providencia, la avenida Juan XIII, la avenida Boyacá, la calle 10.^a y la calle 5.^a. En el sector de San Luis se encuentran todas en la vía San Luis, con excepción de dos. En La Loma la mayoría se ubican en la vía a La Loma, otras en la vía Lynval, en la vía al Cove y en la avenida Orange Hill (figura 2).

En la medida en que se avanzaba en el estudio, aparecían nuevos interrogantes. No bastaba con conocer las características de la arquitectura o sobre su localización. Era imperativo profundizar en ese conocimiento; se requería acopiar información que pudiera ser utilizada más adelante en los talleres de reconocimiento y valoración; desde ya se avizoraba que se requeriría para la conservación de la arquitectura tradicional de San Andrés.

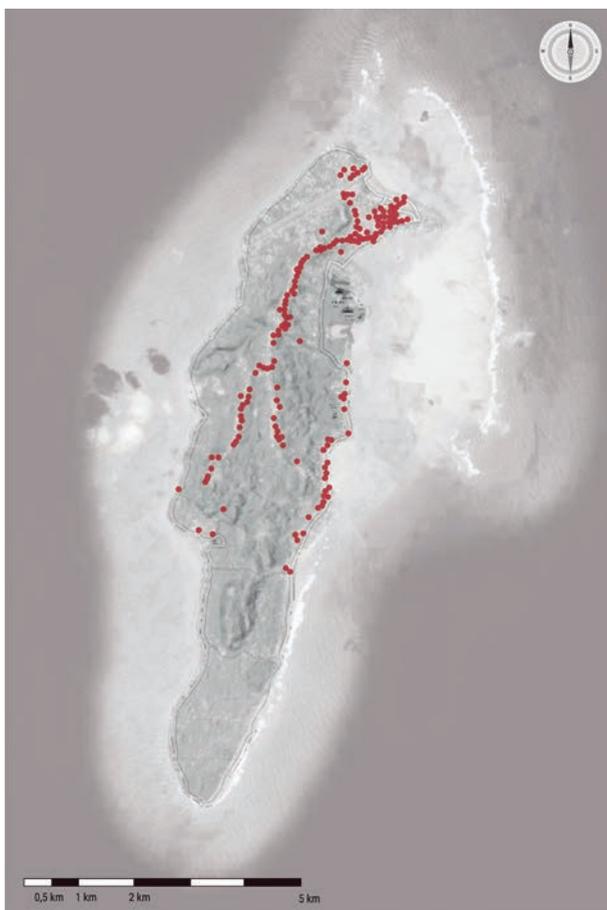


Figura 2. Localización de los inmuebles

Fuente: elaboración de la autora con base en Clara Eugenia Sánchez Gama, *La casa isleña / Island Houses. Patrimonio cultural de San Andrés / San Andrés's Cultural Heritage* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004), 49.

La arquitectura como conjunto cultural

Se propuso la realización del inventario² desde una perspectiva que buscaba dimensionar los aspectos cualitativos; es decir, entender que el hábitat isleño se expresaba tanto en la interioridad de la casa como en las relaciones con el exterior, con un exterior marino o de baja montaña. Se diseñó una matriz que incorporó la información sobre lo histórico-social y lo físico-espacial, sobre la tradición y la relación familiar con la casa, la ocupación y la relación con el entorno; las transformaciones y los referentes de significado cultural. Se aplicaron encuestas a cada uno de los inmuebles, las cuales permitieron un mayor conocimiento de las propias condiciones particulares.

Además de las actividades iniciales de presentar en reuniones a diferentes grupos de la comunidad los avances de la investigación, esta se fue retroalimentando con los aportes de las discusiones en los diferentes grupos y en entrevistas con miembros conocedores de la historia de esta comunidad y de la isla.

Al aplicar los instrumentos de recolección de información diseñados, se encontró que la arquitectura tradicional está expresada principalmente en las casas de familia. La historia de la isla permanece viva en sus casas tradicionales. La arquitectura de las casas se mantiene como memoria de la historia de la comunidad. Los inmuebles

² Clara Eugenia Sánchez Gama, *La casa isleña / Island Houses. Patrimonio cultural de San Andrés / San Andrés's Cultural Heritage* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004).



Figura 3. San Andrés, vías y conjuntos

Fuente: elaboración de la autora con base en Clara Eugenia Sánchez Gama, *La casa isleña / Island Houses. Patrimonio cultural de San Andrés / San Andrés's Cultural Heritage* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004), 37.

institucionales son pocos y su relevancia está dada en relación con la arquitectura contextual.

En cada uno de los tres grandes sectores, Northend, La Loma y San Luis, está presente la vía como ámbito de valor patrimonial; hay presencia de edificaciones sobresalientes, y la agrupación se da por conjuntos en los sectores y en los subsectores. Las casas se agrupan en sectores secundarios y conforman grupos. Los hay de tipo familiar y de vecindad, que incluyen el patio, árboles frutales, pozo, cisterna y cementerio. Estos conjuntos se organizan según las propias condiciones de vecindad. De esta manera, se tienen: los que están en relación directa con la vía y los que conforman conjuntos interiores (figura 3).

Northend

En el norte de la isla se encuentra Northend. En este sector se han presentado las mayores transformaciones. Aquí se fueron localizando los inmuebles institucionales, los del orden ejecutivo, como la Gobernación (antes Intendencia), así como los del orden judicial y legislativo, como la Procuraduría y la Asamblea. Aquí están el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), el puerto de San Andrés, el muelle departamental, el aeropuerto, el coliseo y los estadios. Es el sector de la isla que presenta el mayor carácter urbano.

En Northend, la casa tradicional, aunque sigue manteniendo el patio, va conformando con sus vecinas un paramento continuo. Aparece la fachada continua de carácter urbano (fotografía 1). En



Fotografía 1. Casa en Northend. Casa Taylor, G
Fuente: fotografía de Rodrigo Orrantia, 2008.

el sector más comercial, se presenta el uso mixto casa-local. La arquitectura se transforma, la casa de familia no desaparece: se eleva; aparece una nueva planta baja donde se organiza el local comercial, mientras en la planta alta se conserva la casa de familia, cuya arquitectura mantiene los rasgos tradicionales característicos. Como grupos o conjuntos representativos en Northend se tienen:

- El correspondiente al área de influencia del sector central que comprende desde la casa Abrahams en la avenida Veinte de Julio con calle 6.^a, hasta la casa Taylor en la avenida Veinte de Julio con calle 9.^a; con casas en su mayoría de dos pisos, techos a dos aguas y con las mayores transformaciones en el primer piso.

- Los que se encuentran en relación directa con la vía, como el que comprende desde la casa de los descendientes de la familia Davis hasta la casa Bowie, con la fachada principal en paramento sobre la avenida, de dos pisos, techos a dos y cuatro aguas. Aquí sobresalen cuatro casas contiguas de mayores dimensiones.
- Los que están en el interior y en relación directa con la vía, como el conjunto Forbes Landing, con varias casas de la familia Forbes. Estas casas en el sector Cotton Tree comparten patio, pozo, cisterna y árboles frutales. Aquí la casa de Tessie Forbes conserva los colores originales, azul plomizo, marfil y rojo, en marcos de puertas y ventanas. Este conjunto posee tumbas de la familia y dos pozos.
- Los que se ubican en el interior, como el grupo de casas McNish, Escalona y Watson, de dos pisos, techos a cuatro aguas y el primer piso libre.
- Los que se encuentran en el sector más comercial, con una nueva planta baja y la casa de familia en el piso superior.

Los conjuntos de Northend están en los siguientes subsectores: Sarie Bay, School House, Rock Hole, Roack, Nixon Point, John Well, Joe Wood Point, Cotton Tree, Botton Side, Black Dog.

La Loma

En La Loma, la arquitectura tradicional se encuentra dentro de un paisaje verde, permeado por las brisas y la vista lejana hacia el mar que ofrece esa localización en altura, en un entorno de alto valor paisajístico y ambiental (fotografía 2).

La arquitectura tradicional en este sector se localizó a lo largo de la vía, a lado y lado, con la fachada de acceso orientada a la vía y la fachada posterior en relación directa con el patio. La casa isleña de La Loma tiene en el patio árboles de mamoncillo, de mango, de naranja, de plátano, de aguacate, de almendro, sin dejar de mencionar el del fruto del pan. En el patio también están: la zona para la huerta, el área para el juego de los niños, la cisterna para el almacenamiento del agua lluvia y, al fondo del predio, cuando sus dimensiones lo permiten, el área para los animales.

En La Loma, el sector secundario correspondiente al área de influencia de la iglesia bautista, con declaratoria como Bien de Interés Cultural (Resolución 0788 de 1998), se encuentra en un contexto de singular valor espacial-paisajístico. Comprende los sectores May Mount y Mission Hill.

En La Loma, los conjuntos representativos agrupados en conjuntos de siete, nueve, diez y catorce casas de familia que comparten relaciones de familia y de vecindad se presentan en los siguientes subsectores: Barkers Hill, Barrack, Battle Alli, Brooks Hill, Claymount, Cove, Flowers Hill, Gracy Piece, Green Hill, Lynval, Massamy Hill, Orange Hill, Perry Hill, Shingle Hill y Tomb Hill.



Fotografía 2. Casa en La Loma. Casa Forbes, V
Fuente: fotografía de Rodrigo Orrantía, 2008.

En el sector Tomb Hill se asentaron los Bent. Mark Bent (1919-2006) dijo, en entrevista en 2001, que la casa donde vive la construyó su madre, Betty May, y se la heredó a él, ya que en la familia es tradición que el último hijo herede la casa. También dijo Mr. Bent que una propiedad adquiriría mayor valor por la existencia de los árboles frutales. Las casas vecinas son de los herederos de Garnent Bent, Albert Bent, Thomas Bent y Priscila Bent.

San Luis

En el sector de San Luis, localizado al costado oriental de la isla, al sur del humedal y de la bahía Hooker, la arquitectura tradicional tiene una relación directa con el mar. En este sector, la casa isleña presenta una imagen como la de un barco anclado en la orilla. En la fachada más larga, la que se orienta al mar, la *piazza* adquiere el mayor protagonismo; allí se disfruta de la brisa, se atiende la visita de los vecinos y se dan las interrelaciones sociales, mientras la fachada posterior está en relación directa con el patio (fotografía 3).

Este sector comprende varios subsectores: Cocoplum Bay, Little Hill, Free Town, Gough, Ground Road, Platform, Sandy, Sound Bay. Entre los grupos representativos sobresale en El Gough el conjunto localizado en el área de influencia de la iglesia adventista y la casa A. May. En la bahía, esta casa, con las de Rubinstein y Rankin, sobresalieron cuando la conexión e intercambios de la zona norte y sur se realizaban en este puerto, el de San Luis. En la época de mayor actividad comercial (1927), la casa adquirió mayores dimensiones, lo que incluyó una cisterna grande. Incluso allí se celebraron veladas de teatro. Arthur May transportaba a Cartagena y Colón naranjas y proveía a los isleños de productos como harina y azúcar.

En el predio vecino, del otro comerciante mayorista, Luis Rubinstein, aún se pueden observar las bases de la estructura que soportó el almacén que se especializó en vajillas y telas.



Fotografía 3. Casa en San Luis. Casa Corpus, V. Fuente: fotografía de Rodrigo Orrantía, 2008.

Sector central e inmuebles sobresalientes

San Andrés posee un área central, comprendida entre las calles 5.^a y 9.^a, enmarcada por la avenida Veinte de Julio, la avenida Newball y el parque Bolívar.

Una de las edificaciones que contribuyó a otorgarle el carácter de área central hace unos pocos años fue destruida y luego mal reconstruida. Esa edificación, reconocida como la Registraduría por largo tiempo por los isleños, siempre tuvo uso institucional y sus transformaciones y adecuaciones fueron hechas conservando los elementos esenciales y los detalles arquitectónicos y constructivos de la arquitectura caribe. Este inmueble fue inicialmente escuela pública de varones, después alcaldía, posteriormente juzgado, luego la sede del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), la Registraduría y el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC).

El carácter singular de esta área estuvo representado, además, por la presencia de columnatas en el primer piso en esta edificación y en otras tres en la esquina de la calle 9.^a con avenida Veinte de Julio, con las cuales se generó una galería continua sobre la avenida. Lamentablemente las casas A. Taylor y Rubinstein ya no están, y la De Armas fue mal reconstruida hace unos pocos años.

En este sector destaca la casa G. Taylor, transportada desde Providencia a principios del siglo XX (fotografías 4 y 5). Para el traslado, las paredes se apilaron y fueron remolcadas por una goleta.

Miss Duffy, como se conocía a su propietaria, nos contó en la entrevista en 2001 que en Providencia la casa estaba en medio de un patio grande, con la sala y dos habitaciones en la planta baja; y en la planta superior, la habitación de los padres y la de los niños. En San Andrés la ubican en el centro y elevada un piso, y la casa de la familia queda en la planta superior. Continúa *Miss Duffy*: “el *toilette* estaba en el patio y el *bathroom* en la casa [...] la estufa de leña, el *fire side* estaba afuera en el patio, y la de *kerosene* arriba en la casa”.

En la medida en que este sector adquirió carácter urbano, en la planta baja se adecuaron un almacén para el padre y un restaurante para la madre. En un costado tiene una escalera que comunica con el balcón de la fachada principal, por medio de la cual se accede a la casa de la familia.

El sector de Black Dog, donde se instaló esta casa, tenía un muelle al cual “los botes de vela llegaban a llevar coco a las goletas”³. Ella también recuerda que en este sector, cerca de la casa de sus padres, se almacenaba la *copra* (pulpa del coco que se ha dejado secar) en un bloque de madera, grande y alargado.

San Andrés no era el único que producía coco en el Caribe para ser exportado a Estados Unidos; también lo hacían Nicaragua y Jamaica. Aquí, ya avanzado el siglo XX, cuando el producto no era parejo, o era muy pequeño, se comercializó la *copra*. Todavía se recuerda la fábrica de grasa en la bahía del Cove, cuya sede estuvo a mediados del siglo XX en el sitio que actualmente ocupan algunas instalaciones de la Armada.

3 *Miss Duffy*, entrevistada por la autora, 2001, San Andrés.



Fotografías 4 y 5. Exterior e interior de casa en sector central. Casa Taylor, G.
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantia, 2008.

Muy cerca de esta casa, en el costado oriental de la avenida Veinte de Julio, está la casa que afirman que ha conservado su integridad, sin transformaciones. Cuando se instauró el puerto libre en la década de los cincuenta, las modificaciones pasaron por la construcción de un local en el primer piso y/o la construcción de locales en el patio, a lo cual el propietario, A. May, no accedió. Esta casa, que aún conserva los pilotes bajos, es vecina del parque Bolívar, localizado en parte del área donde estuvo hasta 1965 el inmueble perteneciente a la Intendencia, incendiado en 1965. Allí cerca se encuentra la casa F. Newball, inmueble que sobresale en su relación con y como punto de referencia en la bahía de San Andrés. En la segunda década

del siglo XX, el primer periódico de San Andrés, *Searchlight*, fue fundado por Francis Newball.

Por su ubicación y su forma, que le confiere cierto grado de monumentalidad, en el sitio donde la vía inicia el ascenso a La Loma se encuentra la casa Hemans May, heredada a Trinie Guerrero Hemans, quien en la entrevista en 2001 sobre la importancia y conservación del patrimonio decía “no hablas de tradición, vives la tradición, [...] mi manera es viviendo la casa [...] manteniéndola”. En este predio, además de la casa, se localizaron el consultorio y la farmacia del Dr. Hemans, quien provenía de Jamaica y fue uno de los primeros médicos que se instaló en San Andrés. Cuenta Trinie Guerrero (1931-2008) que en 1968 la casa fue ampliada por ella; se habilitó una nueva planta baja y la casa se elevó. Hasta ese momento los pilotes eran bajos y de madera; también construyó una escalera que llega al balcón (fotografías 6 y 7).

En años recientes, después de la muerte de Trinie Guerrero, en las intervenciones que se le han hecho a la casa no se han tenido en cuenta los componentes esenciales ni los detalles constructivos de la arquitectura caribe.

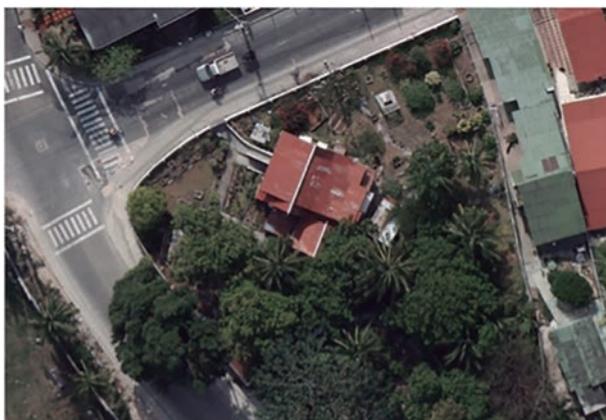
En Northend, del conjunto perteneciente a la Sagrada Familia⁴ se conserva el Salón Madre Ángeles⁵. De este conjunto, construido en madera y

4 En febrero de 1927 llegó la primera misión capuchina a San Andrés. En 1928, la misión construyó el Colegio de la Sagrada Familia y el internado. Manuel Castellar Benlloch, *Cincuenta años de misión bien cumplida. Reseña histórica de la misión capuchina de San Andrés y Providencia 1926-1976* (Bogotá: Editorial Andes, 1976), 47.

5 Propietario actual: Vicariato Apostólico de San Andrés Islas.



Fotografías 6. Fachada y planta, Casa Hemans
Fuente: Rodrigo Orrantia, 2008.



Fotografías 7. Fachada y planta, Casa Hemans
Fuente: Aerofotografía de Google Earth, 2019.

ubicado en la parte alta, que también comprendía el templo, el colegio y el convento de las monjas terciarias capuchinas, se conservó este volumen alargado, utilizado otras veces como escuela, para las sesiones solemnes y los actos de clausura. A este volumen, sobreelevado del piso, al ser intervenido para mantenimiento y conservación en 2006-2007, le fueron adecuados en la planta baja, en relación con la vía, locales para uso comercial.

En La Loma, destaca en la cima el que se puede considerar el punto de referencia e hito urbano más sobresaliente de la isla, y por consiguiente de este sector, el templo de la iglesia bautista de La Loma (fotografía 8). La localización en el punto más alto de la isla se enfatiza por la forma y el volumen alargado de la edificación, la cual

fue construida en Mobile (Alabama, Estados Unidos) y desarmada para su traslado a la Isla, en donde fue erigida en 1896. Su construcción prefabricada le confiere un valor tecnológico. Paisajísticamente tiene importancia, pues se encuentra en la parte más alta de la isla. Su volumen de planta rectangular y cubierta a dos aguas es representativo de la arquitectura antillana y encierra un valor social al ser expresión de la iglesia protestante Bautista.⁶

La congregación inicial de la comunidad bautista se llevó a cabo en este sector en el sitio denominado por la comunidad Tamarind Tree, reunida aquí desde la segunda mitad del siglo XIX.

⁶ Ministerio de Cultura, Resolución 0788 del 31 de julio de 1998.



Fotografía 8. Iglesia bautista de La Loma. Fuente: fotografía de Rodrigo Orrantia, 2008.



Fotografía 9. Fachada y planta, casa Downs, O.
Fuente: Rodrigo Orrantia, 2008.



Fotografía 10. Fachada y planta, casa Downs, O.
Fuente: Aerofotografía Google Earth, 2019.

En el sector Claymount, en La Loma, sobresale la casa Mitchell May, de propiedad de la nieta Opal que luego por herencia se convierte en la casa Downs. Este inmueble resalta por sus características arquitectónicas, su localización y su implantación en un predio cuyo patio presenta claramente delimitadas las áreas de los árboles frutales, la huerta, los cultivos y la zona para los animales (fotografías 9 y 10).

En volumen anexo están la cocina moderna y el comedor familiar en el sitio que en época anterior fue ocupado por el *fire side*. En la entrevista de 2001, Opal dijo que “en el primer piso hay dos habitaciones, una sala grande y una pequeña en donde está el televisor; en el segundo piso solo hay habitaciones, una sala pequeña y una biblioteca pequeña; y en el ático una habitación grande con baño”⁷. Esta casa de dos pisos y ático conserva los colores originales azul plumizo y blanco en marcos y puertas. En el costado norte de la *piazza*, en la planta baja, se desarrolla la escalera exterior que lleva a la planta superior, al balcón del costado norte. El balcón continúa por la fachada y el costado sur (fotografías 11, 12 y 13).

⁷ Opal Downs, entrevistada por la autora, San Andrés, 2001.



Fotografías 11, 12 y 13. Detalles y *piazza* casa Downs, O.
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantia, 2008.



Otro de los ejemplos más sobresalientes de la casa isleña se localiza en el costado occidental de la isla, en el sector del Cove (fotografías 14 y 15). Joseph Hooker Pusey, el propietario, ha sido reconocido en diferentes momentos por el correcto mantenimiento y conservación de la casa. Él se muestra orgulloso de las distinciones obtenidas en las décadas de los ochenta y noventa. Mr. Hooker, dedicado a la pesca y a la agricultura, dijo en la entrevista de 2001 que él había heredado la casa de su padre, Lester. La casa, que se ha convertido en un hito de referencia en este sector de la isla, está en relación directa con una pequeña bahía en la que el patio se proyecta sobre la ensenada.



Fotografías 14 y 15. Fachada y vista de la bahía, casa Hooker, J.
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantia, 2008.

LA ARQUITECTURA

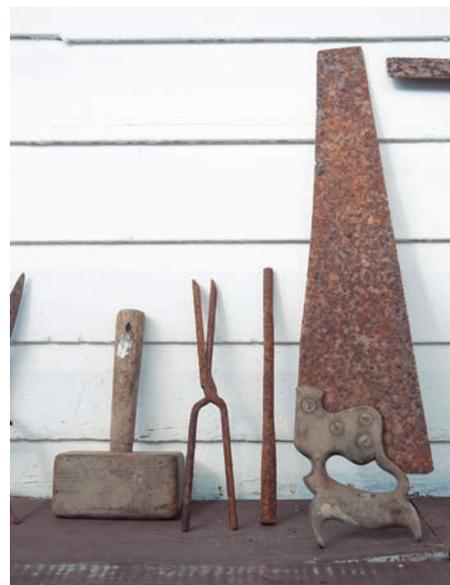
Las casas se construían en el sitio con carpinteros locales y los constructores de goletas fueron los primeros edificadores de viviendas. Ubicada en Northend, cerca de la bahía de San Andrés, en la vía Providencia, sector Roack, cerca de los astilleros, está la casa de los herederos de Palmerston Coulson.

Mr. Palmerston, oriundo de Jamaica, impulsó la construcción de casas y goletas en San Andrés. En 1959, *miss* Hazel Robinson, en una de sus crónicas publicadas por el diario *El Espectador*, escribió “no menos de cincuenta y quizás unas 100 casas ha dirigido Mr. Palmerston en las islas”⁸. En la visita a esta casa en 2007, el nieto, que también lleva el nombre de Palmerston, permitió que fotografiáramos las herramientas de construcción que utilizó su abuelo y que él conserva (fotografías 16 y 17). En las islas no se olvida que la goleta *Persistence*, construida por Mr. Palmerston, navegó durante cuarenta años por el Caribe.

La localización en medio del Caribe de las islas de San Andrés sin duda fue un factor determinante en el desarrollo de componentes fundamentales de su cultura. Pertener al Caribe influyó en el desarrollo y evolución de esta comunidad.

Se ha mencionado, como hecho singular, el traslado desde Alabama del primer templo de la misión bautista y que además fue localizado en sitio excepcional, cuyo volumen aún se destaca

8 Hazel Robinson, “Meridiano 81’: columnas de prensa”, *El Aleph* 177 (2016), 23. <https://es.calameo.com/read/000948328374337c83269>



Fotografías 16 y 17. Herramientas de Palmerston Coulson
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantía, 2008.

en La Loma. Sin duda el transporte se realizó en goleta. Ya en 1847⁹, la comunidad se congregaba en torno al fundador, el pastor P. B. Livingston, en este sitio en La Loma.

El conjunto de la Iglesia católica en Northend, sector Bottom Side, que en algún momento tuvo siete bloques de madera de uno y dos pisos, se constituyó en un hito de referencia urbana y marítima que por su localización se proyectaba sobre la bahía de San Andrés (fotografía 18). Antes de la llegada de los capuchinos en 1927, habían estado en las islas desde finales del siglo XIX sacerdotes católicos austríacos, americanos e irlandeses.

Iniciando el siglo XX los adventistas llegaron a las islas. Construyeron templos en Rocky Point en Providencia y en San Andrés. El templo de madera de la comunidad adventista del Séptimo Día de misioneros americanos, localizado en el Gough en San Luis, ha pasado por diferentes momentos de conservación. Recientemente ha sido reconstruido, después de haber sido declarado en ruina.

Las islas participaron de las relaciones e intercambios comerciales de la región Caribe. En la memoria permanecen historias compartidas con la costa de la Mosquitia, con el puerto de Colón, con Belice y con las islas Cayman.

Hay semejanzas con la arquitectura del archipiélago de Bocas del Toro en Panamá (fotografías 19 y 20) y de Puerto Limón en Costa Rica. En la visita realizada en 2001 a Bocas del Toro, en la sede del Instituto Panameño de Turismo en la isla Colón, se pudo apreciar la exposición con título "Historia de la región". En uno de los carteles de esa exposición, que se refería a los diversos

9 Placa en el templo de la iglesia bautista de La Loma.



Fotografía 18. En primer plano, salón Madre Ángeles del conjunto misión capuchina
Fuente: autor desconocido, aprox. 1929. Archivo del Banco de la República.



Fotografías 19 y 20. Bocas del Toro, Panamá
Fuente: fotografías de la autora, 2001.

factores que impulsaron las migraciones caribeñas a Bocas del Toro, se leía que uno de ellos se debió a los “altos impuestos en el archipiélago de San Andrés y Providencia durante el primer tercio del siglo XIX”.

En el recorrido por la avenida 6.^a, la calle del cementerio y en la avenida central entre las calles 9.^a y 10.^a, se pudo observar que las casas de uno y dos pisos se asemejaban a la de San Andrés. También, al conversar con algunos vecinos, se encontró que apellidos como Howard y Archibald (aquí con i) correspondían a los de algunos habitantes locales.

En Limón, además de observar casas similares a las de San Andrés, se resaltó la presencia de edificaciones en madera de mayores dimensiones, de mayor elaboración, y de uso colectivo en edificios públicos y en hoteles. Entre estas edificaciones sobresalía una de las sedes del Black Star Line¹⁰, del movimiento The Universal Negro Improvement Association (UNIA), creado por el líder jamaicano Marcus Garvey en 1920. Varias condiciones contribuyeron a la importancia de esta edificación: el volumen, la localización en esquina y, en la planta alta, el gran salón llamado Liberty Hall, que utilizado en celebraciones y actos solemnes se convirtió en el sitio más importante de reunión de los limonenses. El mantenimiento y conservación de esta emblemática edificación ha pasado por muchos momentos: mientras en 1988 presentaba deterioro, para el momento de la visita en 2001 se encontraba recién restaurado

10 La flota naviera Black Star Steamship Line fue creada por Garvey para regresar a África a los negros de Estados Unidos y el Caribe.

y en el año 2000 había sido declarado patrimonio histórico arquitectónico de Costa Rica. En abril de 2016 fue afectado por un incendio de altas proporciones. En ese momento se recordó que en el año anterior (2015) se había propuesto una intervención integral; sin embargo, informaciones recientes presentan serias dudas sobre la correcta restauración de este inmueble.

Los lazos y relaciones entre los habitantes del Caribe trascienden y permanecen en el tiempo. El grupo de sanandresanos que fue a trabajar a Colón, creó en 1935 The Colombian Patriotic Club, sociedad para la ayuda mutua. Hasta hace algunos años permaneció en la avenida Duarte Blum, en Northend, la casa que tuvieron en San Andrés cuando crearon esta filial en 1945.

Ya se mencionaron las casas pertenecientes a los comerciantes May, Rubinstein y Rankin, que sobresalieron en San Luis y Northend, y la del constructor Palmerston y del médico Thomas Hermans en Northend (fotografía 21).

En San Luis, en el sector Gough, está la casa que perteneció al médico Philip Abel Francis, quien llegó a San Andrés desde Trinidad. Los abuelos de Miss Duffy, propietaria de la casa G. Taylor, que fue transportada desde Providencia, provenían de Corn Island. Los Taylor, antes de asentarse en Providencia a finales del siglo XIX, estuvieron en Bluefields.

En Northend, en la avenida Veinte de Julio, sector Joe Wood Point, sobresalió la casa que perteneció al fotógrafo P. Phillips, quien llegó procedente de Jamaica. Sin embargo, hoy San Andrés lamenta la pérdida de este inmueble. P. Phillips llegó a ser considerado *el fotógrafo de San Andrés*.



Fotografía 21. Casa May, A. en San Luis. Fuente: fotografía de Rodrigo Orrantía, 2008.

En sus fotografías se tiene testimonio de esta comunidad y de su cultura. Su lente retrató familias, captó momentos, calles, lugares y paisajes de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Una parte importante de ellas están conservadas por el área cultural del Banco de la República en San Andrés.

LA CASA

La vivienda de madera en San Andrés tiene su origen en el proceso de poblamiento que se dio en los siglos XVIII, XIX y principios del XX en la parte occidental del Caribe. Dada la condición insular de San Andrés, tanto la cultura como la arquitectura tradicional se han podido preservar hasta nuestros días.

El módulo básico de la casa tiene planta de forma rectangular cuyo volumen alargado se proyecta en un techo con caída a dos aguas. Ejemplos representativos de este pequeño volumen apoyado en maderos o bloques bajos de hormigón se encontraron en San Andrés en Northend y La Loma; y en Northend, en el sector School House, en las casas de Ovalin James Hooker y la de los herederos de Merce Francis, y la casa V. Watson en La Loma. Estas casas presentan algunos rasgos característicos de la *case* o *hut*, que ha sido descrita como cabaña rectangular básica, de planta rectangular y techo a dos aguas con ventanas de postigos (fotografías 22 y 23).

A partir de este módulo se presenta el crecimiento de la casa; crece la familia, crece la casa. Se amplía hacia el frente, se proyecta el alero en la fachada del lado más largo, y se genera un nuevo



Fotografías 22 y 23. Casas James H., O. (arriba) y herederos de Francis, M. (abajo)
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantía, 2008.

espacio, *la piazza*, que permite la relación con el exterior. Continuando de esa manera, la casa crece, se proyecta en los costados posterior y lateral.

Al crecer verticalmente, con otro piso, aparece el balcón. Primero al frente, en la fachada más larga; luego en un costado, después en el otro. Este crecimiento permite ingresar a los espacios interiores. Surgen otras habitaciones y también el salón de estar de la familia. Aparecen dos escaleras, una de las cuales es pequeña y se encuentra en el interior.

La unidad básica con dos pequeños espacios en el interior evolucionó, creció, se amplió e incorporó nuevos espacios y varios pisos.

Ya se ha señalado la singularidad de algunos conjuntos como el de Forbes Landing en Northend. Durante el desarrollo del estudio, en este sector se observaron casas en las diferentes fases de crecimiento. Se encontró la pequeña casa de Ginebra Forbes, elevada del piso y apoyada en maderos bajos (60 cm) que acogía la habitación de los padres en la planta baja y la de los hijos en el ático. En la casa de Franklin Forbes ya se podía observar cómo se continuaba con el crecimiento y la evolución de la casa; esta presentaba ampliaciones tanto en la parte posterior como en la anterior. Aquí también, hasta 1982, estuvo la casa grande, de tres pisos, del abuelo Alexander.

Lo particular

El carácter y las especificidades del repertorio estilístico en los detalles se expresan con ciertas singularidades en cada uno de los sectores y conjuntos, sea por la forma de la cubierta que contiene el ático, así como por los aleros y quiebres de los techos (figura 4). Los diversos quiebres de aleros y tejados, así como el *cap house* (pieza que va en la cumbrera de la casa) le proveen liviandad a la casa.

La mayoría (74,5 %) de las casas tradicionales de San Andrés tiene tejado a dos aguas de base rectangular alargada. En esta tipología se presentan variantes en el remate de la cubierta, así como en los quiebres de los tejados y en los aleros.

- *Shed roof*: en el cual el volumen del ático alargado presenta quiebres en el tejado frontal y en el posterior, y aparecen ventanas sobre la fachada más larga.
- *Darma*: en el cual el volumen del ático, también alargado, además de los quiebres en el tejado frontal y en el posterior, tiene ventanas y una puerta para salir al balcón que se encuentra en la fachada más larga. El alero se proyecta cubriendo el balcón.
- *Garat*: en el cual el ático parece sobresalir de la cubierta. Los quiebres del remate de cubierta son perpendiculares a la fachada y tiene ventana al frente.

Para el Caribe, los tipos *shed roof*, *darma* y *garat* ya habían sido mencionados por algunos investigadores¹¹. Sin embargo, el *V-top* no había sido identificado antes de este estudio. Se puede afirmar, sin duda, que es una variante propia de San Andrés y, además, al realizar el inventario, el mayor número de casas (42,03 %) respondía a este tipo.

- *V-top*: en el cual el quiebre del alero frontal se proyecta cubriendo el balcón y la singularidad de la fachada lateral se enfatiza. Para *shed roof*, 24,06 %; *darma*, 4,64 %; *garat*: 3,77 %.
- *Round top*: son las casas que presentan una planta casi cuadrada y de techo con

11 Samuel A. Gutiérrez, *La arquitectura en dos archipiélagos caribeños* (Panamá: Eupan, 1986), 109.



Figura 4. Tipos *shed roof*, *darma*, *garat*, *V-top*, *round top* y *básica* (de izquierda a derecha)
Fuente: dibujos de Santiago Moreno, 2020.



Fotografías 24 y 25. Detalles de la casa Hemans (izq.)
y escalera interior casa Corpus, V.
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantía, 2008.

remate a cuatro aguas. Esta forma puede presentar el alero proyectado alrededor de todo el volumen. Corresponden al 20 %. Estas casas, *al estilo Panamá* como las llamó Ardis Cristhopher, constructor de casas, en la entrevista de 2002, fueron construidas en el siglo XX.

Las ventanas de la fachada norte y lateral son de especial importancia y con características particulares. Están orientadas para recibir las brisas de los vientos alisios, que en esta región provienen del norte y del este, y se caracterizan por ser moderados y constantes la mayor parte del año (fotografías 24 y 25). Enrique Vélez Wienter, constructor, habitante y conocedor de la isla, afirmaba en la entrevista realizada en 2002 que en “la orientación de las casas, el lado más largo era este-oeste, ya que los vientos principales provienen del noreste”.

San Andrés, localizado sobre roca coralina, ha tenido reserva de agua; se podría decir que está asentado sobre un gran acuífero. Cuenta con *the pond* (cuerpo de agua denominado *Big Pond*) en La Loma; y los acuíferos San Andrés (en el norte) y San Luis (en el este). A esta condición se le suma la alta pluviosidad¹², así como el adecuado manejo que la comunidad nativa ha tenido del agua lluvia.

Las pequeñas unidades de vivienda y el uso comunitario de los patios posibilitaron la recarga de los acuíferos. La organización en conjuntos y

¹² Precipitación promedio anual aproximada de 1 900 milímetros. Centro de Investigaciones Oceanográficas e Hidrográficas del Caribe (CIOH) de la Dirección General Marítima (Dimar).

el mantenimiento de pozos y cisternas permitieron que se mantuviera la conexión ecológica de las zonas de serranía, costa, manglar y mar. En las zonas de morfología de colinas en la parte central, los *gullies*¹³ pudieron mantener lugares de escorrentía que indudablemente han alimentado los acuíferos. Se puede afirmar que culturalmente se ha tenido recarga del acuífero.

La captación y el manejo del agua fueron correctamente utilizados en la casa isleña. Inicialmente el tonel de madera fue conectado a las bajantes de los tejados para recoger y almacenar el agua lluvia. A mediados del siglo XX, con el acceso a los nuevos materiales, como el cemento, el tonel se transformó en cisterna. Esta, como otro componente constructivo de la casa, estaba forrada en madera y semienterrada. Esta condición, así como dejar que el agua de la primera lluvia limpiara las canales antes de conectar las bajantes a la cisterna, muestran lo que se puede llamar una buena práctica.

Mr. Bent dijo que el tonel de madera que tenía la madre para recoger el agua lluvia desapareció en 1960. La cisterna de la casa de Opal Downs en Claymount tiene dos alvéolos, de manera que se podía dejar en uso uno de estos mientras se hacía mantenimiento al otro¹⁴.

En Northend, inicialmente el pozo Rock Hole en la zona céntrica se convirtió en el mayor y principal reservorio de agua. En La Loma, en cada casa o por grupos de familia había cisterna o se

compartía. La solución de este componente de la infraestructura básica se realizó, inicialmente, con el tonel de madera como reservorio de agua, que luego se transformó en la cisterna para el almacenamiento del agua lluvia.

La relación con el entorno inmediato se cualifica por la localización de la casa en medio del patio, así como por la presencia de árboles (fotografías 26 y 27), entre los cuales el del fruto del pan no solo es muy importante, sino que se considera un atributo de la casa; se dice que toda casa isleña tiene árbol de fruto del pan.

Ya se mencionó que en el patio, además de los árboles frutales, estaban la huerta y la zona de juego de los niños, sin olvidar que parte importante de las relaciones familiares y sociales se llevaba a cabo en este espacio. “[...] en una época todo terreno debía de tener palma de coco y naranjo [...] en los patios de las casas se rompía, se pelaba y se dejaba secar el coco”, dijo Mr. Bent¹⁵ para referirse al momento de mayor comercio de naranjas y cocos que se llevaban de las islas a Estados Unidos y Cartagena. Del total de casas, el 92,46 % mantenía el patio y el 82,32 % tenía árboles.

A continuación se presentan algunos resultados de los análisis efectuados con la información recolectada.

- Del total de casas estudiadas, el 47,5 % se encontraron en Northend, el 39,4 % en La Loma y 12,2 % en San Luis.

13 Término en inglés que se refiere a las brechas que se forman por procesos erosivos relacionados, entre otras causas, por la presencia de aguas escorrentías.

14 Mr. Bent, entrevistado por la autora, 2001, San Andrés.

15 Mr. Bent, entrevistado por la autora, 2001, San Andrés.



Fotografías 26 y 27. Detalles y escalera exterior casa Downs, O. (izq.) y casa Miller, F
Fuente: fotografías de Rodrigo Orrantía, 2008.

- El 48,41 % de las viviendas que permanecieron se construyeron en la primera mitad del siglo XX.
- Entre 1951 y 1980: 23,48 %.
- Antes de 1900: 10,72 %.
- Del total de casas, el 65,51 % contaba con cisterna.
- Del total de casas, el 48,70 % contaba con pozo.
- Del total de las casas con pozo, el 13,10 % lo compartían con el vecino.
- Del total de las casas con pozo, el 26,19 % lo compartían con familiares.
- Del total de casas, el 67,54 % se adquirió por herencia.
- Del total de casas, el 71,59 % se obtuvo de familiares.
- El 65% de las casas del estudio estaban ocupadas por el propietario raizal.

El entramado de madera

La utilización de la madera y los sistemas constructivos de entramado de madera fueron también difundidos en la región Caribe en el siglo XIX y principios del XX. Con las nuevas técnicas de producción se realizaron piezas con medidas y cortes que pudieran responder a una demanda en crecimiento. Estos sistemas debían facilitar que la ejecución de la edificación fuera rápida y sencilla, ya que la puesta en obra se hacía con la mano de obra local.

Se produjo estandarización en el corte y las dimensiones de las piezas de madera. La medida de 2 pulgadas por 4 pulgadas se popularizó, y las cajas y empalmes se simplificaron. La producción en serie de los clavos respondía a la alta demanda: uso masivo e intensivo. Las piezas de 2 pulgadas por 4 pulgadas se colocaron como paralelas, muy cerca unas de otras; y como viguetas para conformar un armazón que respondía estructuralmente como un todo, como un canasto. Se construyó así una estructura liviana y rápida de armar. En las paredes se pusieron riostras y en los pisos y entrepisos, tablas para asegurar que la armazón no se deformara. A esto también contribuyó el *siding* o revestimiento puesto en uno o en ambos lados de la pared.

Se desarrolló un método de fabricación en serie de elementos de madera para sostener edificaciones menores con clavos y ensamblajes. Los dos sistemas de entramado en madera, *ballon frame* y *platform frame*, fueron usados de acuerdo con las solicitaciones estructurales de las edificaciones. El *ballon frame* se utilizó en aquellas

de mayores dimensiones cuyas piezas verticales podían alcanzar tres o más pisos. Con el *platform* se construyeron las edificaciones menores, principalmente las casas.

A continuación, en la figura 5, se presenta el proceso de construcción de una casa isleña:

En etapas posteriores, las exposiciones en espacios abiertos permitieron la interlocución con grupos más amplios y diversos. Esta experiencia extendió el reconocimiento sobre los diferentes aspectos culturales que, al tiempo que estaban siendo apropiados por las nuevas generaciones, permitieron a quienes tenían más claro ese legado cultural transmitirlo a aquellos que por alguna razón habían perdido el contacto con esos aspectos de su cultura.

La presentación de las exposiciones en gran formato y sobre material inalterable a los efectos de la exposición al aire libre permitió que, en San Andrés, escenarios como la calle 1.^a con la avenida Colón se convirtieran en lugares de encuentro y de posibilidad de discusión acerca del *legado caribe*. En este espacio público se presentaron las exposiciones: “La casa isleña / Island Houses”¹⁶ (2011-2013), “Isla de Sta. Catalina and Providence Island”¹⁷ (2011-2014) y “The Spirit of Persistence”¹⁸ en 2011 (fotografía 28).

16 Clara Eugenia Sánchez Gama, Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe.

17 Santiago Moreno G., Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe.

18 Santiago Moreno G. y Robinson Hazel, Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe.

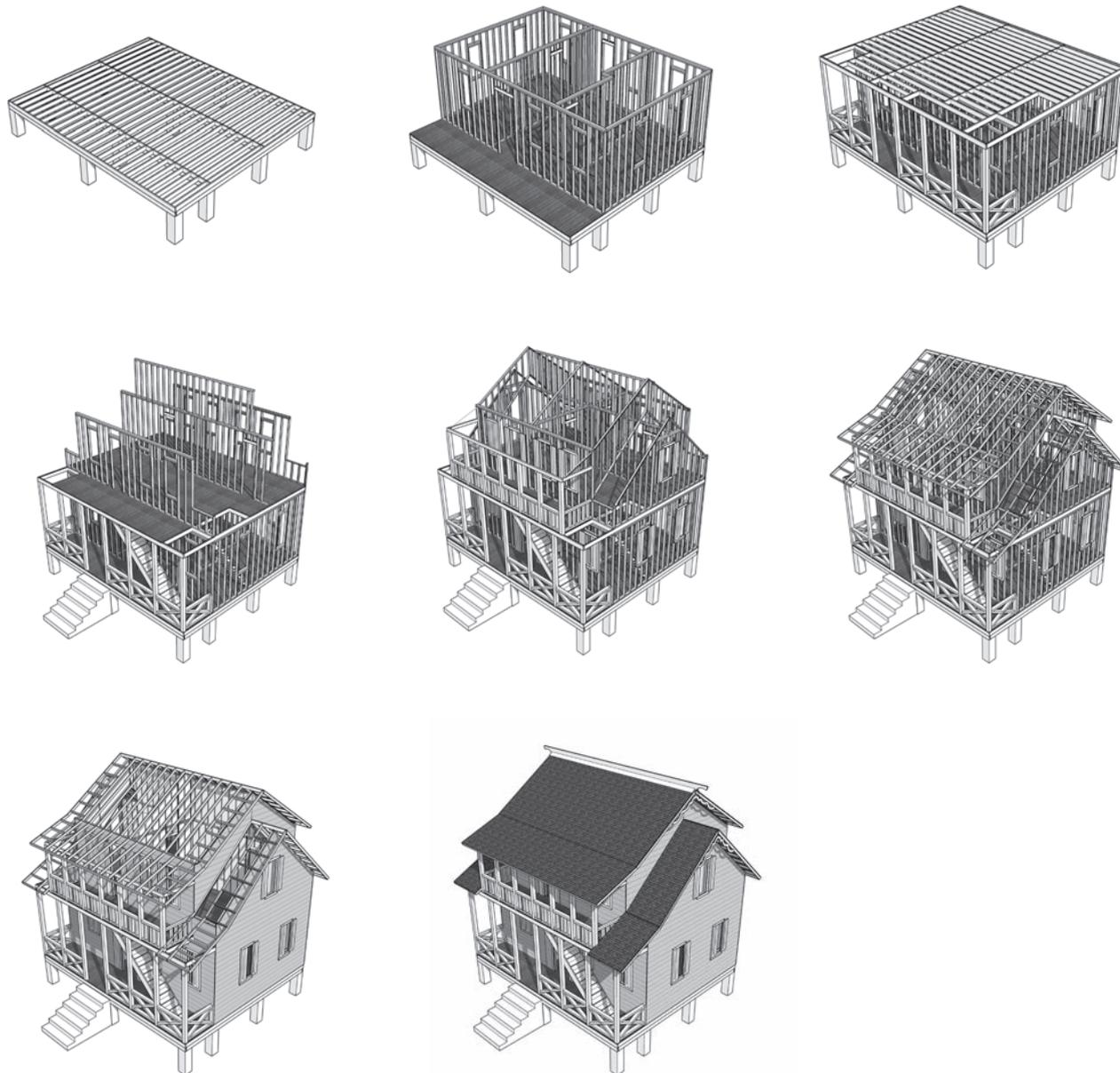


Figura 5. Modelado de construcción
Fuente: dibujos de Santiago Moreno, 2020.



Fotografía 28. Avenida Colón, San Andrés isla
Fuente: fotografía de Santiago Moreno, 2011.

Las actividades de divulgación incluyeron el video *Home Sweet Home*¹⁹, talleres de conservación y valoración, y conferencias en diferentes eventos nacionales e internacionales. También, la publicación del libro *The Last China Closet*²⁰, así como la participación en la exposición “Habitamos”²¹.

19 Es uno de los videos que compone la serie *Islanders* producida en la primera década del siglo XXI por la Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe, Unimedios TV.

20 Este libro presenta una selección de bienes, un texto de Robinson Hazel y fotografías de Rodrigo Orrantía. Clara Eugenia Sánchez Gama, *The Last China Closet. Arquitectura, memoria y patrimonio en la isla de San Andrés. Architecture, Memory and Heritage* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009).

21 Colectivo Rodrigo Orrantía y Clara Eugenia Sánchez Gama, exposición “La casa isleña en San Andrés,

También se hizo evidente que el reconocimiento de la importancia de la arquitectura como bien cultural y, por consiguiente, su valoración como construcción social es un proceso que requiere, además de conocimiento y tiempo, mayor visibilidad y apoyo por parte de los líderes e instituciones locales y nacionales para que pueda ser apropiado por la población.

En años recientes, el diputado A. Howard ha estado liderando diversos proyectos en la Asamblea Departamental que permitan obtener recursos para la conservación del conjunto arquitectónico cultural al cual se hace referencia en

2010”, en el marco del Congreso Iberoamericano de Teoría del Hábitat. Bogotá, Museo de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia.

este texto. Se propuso considerar estos inmuebles como de estrato 1 para que parte del valor de los servicios públicos fuera asumido por el gobierno departamental a manera de subsidio. También dentro del proyecto Políticas Públicas Obras por Impuestos se buscó motivar a los comerciantes hacia la inversión en la reparación y mantenimiento de estos inmuebles, de manera que obtuvieran beneficio por la reducción en el pago de las obligaciones tributarias.

La actual representante a la Cámara E. J. Pang promovió y desarrolló la iniciativa legislativa del proyecto de ley 256 de 2019 “Por medio del cual se declara patrimonio cultural inmaterial de la nación la arquitectura tradicional del pueblo raizal del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina y se dictan otras disposiciones”.

Se espera que con estas iniciativas, que involucran un órgano político-administrativo y parte de la rama legislativa del Estado, se avance de una manera positiva en la valoración y conservación de este patrimonio cultural. También, que de manera real se impacte en la política pública y se trascienda la poca efectividad de los enfoques tradicionales en la conservación del patrimonio. Que se establezcan derroteros que, a la vez que integren los diferentes conocimientos, permitan ir en la búsqueda de las mejores soluciones de los espacios y ámbitos del hábitat isleño de hoy.

Para finalizar queda el siguiente interrogante: ¿se podrá esta vez acercar los intereses y saberes de los pobladores con los de los funcionarios, los profesionales y los que toman las decisiones públicas?

BIBLIOGRAFÍA

Castellar Benlloch, Manuel. *Cincuenta años de misión bien cumplida. Reseña histórica de la misión capuchina de San Andrés y Providencia 1926-1976*. Bogotá: Editorial Andes, 1976.

Gutiérrez, Samuel A. *La arquitectura en dos archipiélagos caribeños*. Panamá: Eupan, 1986.

Ministerio de Cultura. Resolución 0788 de 31 de julio de 1998.

Robinson, Hazel. "Meridiano 81': columnas de prensa". *El Aleph* 177 (2016): 19-27. <https://es.calameo.com/read/000948328374337c83269>

Sánchez Gama, Clara Eugenia. *La casa isleña / Island Houses. Patrimonio cultural de San Andrés / San Andrés's Cultural Heritage*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2004.

—. *The Last China Closet. Arquitectura, memoria y patrimonio en la isla de San Andrés. Architecture, Memory and Heritage in San Andres Island*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.



7

El valor de lo colectivo

Arquitectura y urbanismo tradicional en el Pacífico

Gilma Mosquera Torres y
Ángela María Franco Calderón

En la costa pacífica colombiana, la noción de colectivismo tiene connotaciones especiales. Bajo una perspectiva sociológica, el colectivismo se hace evidente en el rol central que se le da a la vida en comunidad, cimentada en valores como la cooperación, el apoyo mutuo y la solidaridad entre vecinos. En términos espaciales, el colectivismo está representado en patrones urbanísticos y arquitectónicos que han persistido por siglos y que se traducen en formas específicas de ocupación del territorio y en el desarrollo de tipologías de vivienda adaptadas tanto al entorno natural como a los patrones sociales.

De acuerdo con estas consideraciones, este capítulo se enfoca en explicar los elementos que representan el valor del colectivismo en la herencia cultural de los afrodescendientes del Pacífico colombiano a través del lente del urbanismo y la arquitectura. El análisis, que se deriva de resultados de proyectos de investigación sucesivos desarrollados durante casi cuatro décadas¹, abarca diversas zonas del litoral que cubren los cuatro

¹ Investigación desarrollada en la Universidad del Valle por los profesores Gilma Mosquera y Jacques Aprile-Gnisset con el apoyo de investigadores del Centro de Investigaciones Territorio, Construcción y Espacio (Citce). Particularmente se consultaron como fuentes para este capítulo: Gilma Mosquera Torres y Jacques Apri-

departamentos que componen la región Pacífico: Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño (figura 1).

En estas zonas se analizaron las características del *urbanismo* en dos escalas, que comprendieron las pequeñas aldeas rurales y los núcleos urbanos más representativos, mediante el uso de métodos cuantitativos y cualitativos que incluyeron el análisis de la organización espacial a través del uso de fotografías aéreas, tomas panorámicas y observaciones en numerosas visitas a las áreas de estudio, así como la comprensión de las formas de ocupación en términos socioespaciales por medio de recorridos, entrevistas y talleres con las comunidades. Para el análisis de la *vivienda*, se parte de la idea de que es una expresión cultural compuesta por elementos tangibles e intangibles que representan la identidad de los habitantes del Pacífico colombiano. En este sentido, además de las tipologías y materiales tradicionales, se analizaron los cambios paulatinos, los elementos persistentes y el uso que se da a la vivienda como pieza de un conjunto que permite el encuentro y la vida colectiva, tanto en las aldeas rurales como en las réplicas de los vecindarios parentales que han ido apareciendo

le-Gniset, *Hábitats y sociedades del Pacífico: la bahía de Solano* (Cali: Citce / Universidad del Valle, 2001); *Aldeas de la costa de Buenaventura* (Cali: Universidad del Valle, 2016); Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gniset; *Hábitats y habitantes del Pacífico. Síntesis y reflexiones finales*, Cuadernos del Citce n.º 2 (Cali: Universidad del Valle, 1999); Jacques Aprile-Gniset, *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico* (Cali: Universidad del Valle, 1993); Jacques Aprile-Gniset, *La ciudad colombiana: prehispánica, de conquista e india* (Bogotá: Banco Popular; Fondo de Promoción de la Cultura, 1991).

en los barrios de los núcleos urbanos. Estos dos componentes de la investigación, el urbanismo y la vivienda, se tornan en las dos secciones principales este capítulo, el cual termina con una tercera sección de conclusiones y comentarios finales.

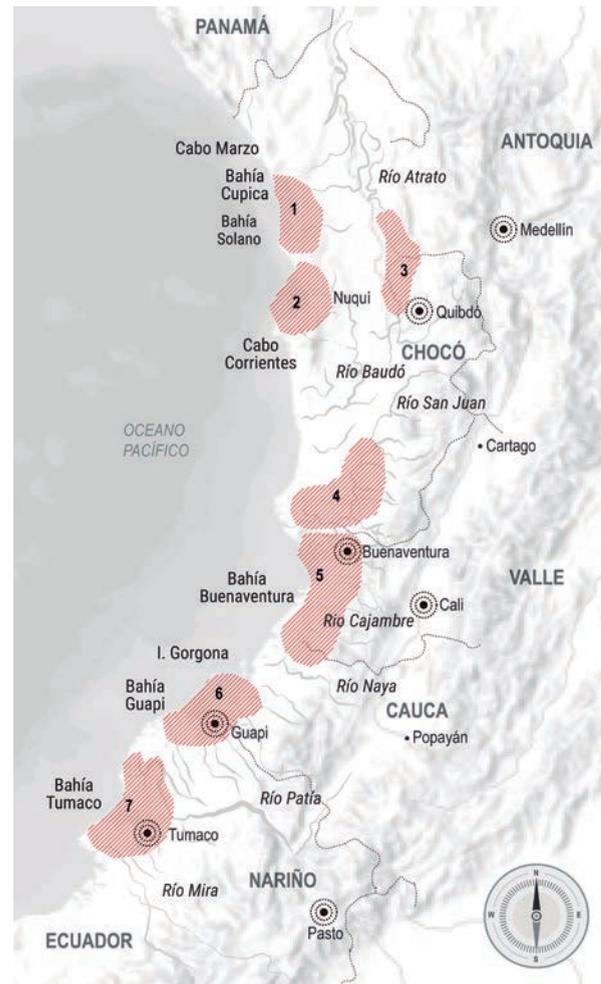


Figura 1. Áreas del litoral pacífico incluidas en análisis
Fuente: elaboración de las autoras con base en Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 17.

VIDA COLECTIVA Y CONFIGURACIONES SOCIOESPACIALES

Durante la Colonia, un número significativo de esclavos africanos fue introducido al litoral pacífico para llevar a cabo trabajos forzados en la explotación de las minas y de otros recursos naturales. Mientras las ciudades en la región andina crecían bajo el código urbanístico de las Leyes de Indias, los territorios aislados de la región pacífica fueron vistos como áreas para la explotación económica y las reglas estrictas de los españoles para la fundación de ciudades prácticamente no aplicaron en esta zona que no despertó el interés de los colonizadores como lugar para vivir. En el presente, es difícil afirmar que la violencia estructural en la que han vivido las comunidades del Pacífico por siglos —racismo, segregación, exclusión, entre otros fenómenos recurrentes— es un asunto resuelto. A pesar de que Colombia cuenta con una Constitución Política² y una ley específica³ que reconoce los derechos y valores culturales de las minorías étnicas, los afrodescendientes e indígenas que habitan en la costa pacífica están

lejos de ser comunidades que reciban beneficios por parte del Estado de manera equiparable a los pobladores de otras regiones del país. De hecho, es muy dicente que esta región tenga los peores indicadores de pobreza y calidad de vida en el país, y que, además, esta situación haya sido persistente⁴.

En contraste con esta dura realidad, en la costa pacífica el sentido de lo colectivo tiene connotaciones especiales. Como se presentará en esta sección, el colectivismo está representado en algunos elementos que componen los patrones urbanos y arquitectónicos que se consolidaron en la medida en que se fortaleció el poblamiento y evolucionaron los hábitats rurales. Muchos de estos elementos han tenido su origen en una simbiosis de las culturas africanas e indígenas y se han ido modificando a lo largo de más de quinientos años sin perder su esencia, para adaptarse a contextos culturales, sociales y ambientales cambiantes. A esto se suman aspectos como la gastronomía, la música, las celebraciones religiosas, los ritos funerarios, el encuentro de las mujeres alrededor de los oficios domésticos, los cuales hacen parte de una herencia única que caracteriza la cultura afro del Pacífico colombiano. La preservación de estas prácticas y rasgos puede explicarse en parte por la fuerza de la vida

2 Asamblea Nacional Constituyente (1991), *Constitución Política de Colombia* (Bogotá: Corte Constitucional y Consejo Superior de la Judicatura, 2015), <http://www.corteconstitucional.gov.co/inicio/Constitucion%20politica%20de%20Colombia%20-%202015.pdf>

3 Congreso de la República de Colombia, Ley 70 de 1993, <http://www.mininterior.gov.co/la-institucion/normatividad/ley-70-de-1993>

4 Luis Armando Galvis Aponte, Lina Marcela Moyano Támara y Carlos Alberto Alba Fajardo, *La persistencia de la pobreza en el Pacífico colombiano y sus factores asociados*, documentos de Trabajo sobre Economía Regional n.º 238 (Cartagena: Banco de la República, Centro de Estudios Económicos Regionales [CEER] Cartagena, 2016), https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/dtser_238.pdf

colectiva en la cultura del Pacífico, que contribuye en la transmisión de las tradiciones generación tras generación.

Patrones urbanos en los poblados del Pacífico

Los poblados y ciudades del Pacífico colombiano tienen una configuración espacial diferente a la encontrada en otras regiones del país. Las ciudades fundadas oficialmente por la Corona española durante la era colonial siguieron el patrón de retícula del campamento romano definido en las Leyes de Indias, que se constituyeron en el código de urbanismo para la ocupación de los territorios del Nuevo Mundo. En estas leyes el espacio público más importante, la plaza mayor, estaba localizada en la mitad de la retícula y en el marco de la plaza se ubicaban los edificios públicos más representativos (la iglesia, el cabildo y la administración de justicia), los comercios y servicios de primer orden, y las viviendas de los fundadores. Este modelo de ocupación muestra dos características claras de la sociedad colonial: la consolidación de un modelo que reconoce la propiedad privada y el peso que se le dio a la diferenciación social por raza y clase, la cual se convirtió en variable para la localización de las viviendas: el estatus social estaba así representado de acuerdo con la proximidad a la plaza mayor.

Si bien en Colombia la colonia española fundó importantes ciudades en la costa caribe y la región andina, no hubo un interés particular por construir ciudades en la costa pacífica, un

territorio selvático, húmedo, insalubre y con limitaciones de acceso por la existencia de la cordillera Occidental paralela a la costa. En el siglo XVII, los centros mineros del litoral, como Nóvita y Quibdó, o Barbacoas, calificados como “pueblos” por los españoles, cumplían funciones político-administrativas, y en ellos se radicaron autoridades civiles, religiosas y militares, y las minas estaban localizadas en su entorno geográfico⁵. Con una población compuesta principalmente por esclavos de origen africano e indígenas, el desarrollo urbano se dio, sobre todo, de manera espontánea siguiendo patrones heredados de la mezcla de estas culturas y ajustándose a normas acordadas entre los pobladores⁶.

Después de la manumisión definitiva de los esclavos en 1851, se produjo un intenso proceso de colonización agrícola por parte de las comunidades afrodescendientes que migraron de los reales de minas en busca de tierras propias⁷. Surgieron como resultado miles de caseríos adaptados al entorno selvático, los que constituyeron la base fundamental del actual sistema de aldeas y centros urbanos menores.

Inicialmente se conforma a orillas de los ríos y quebradas un tipo de *hábitat disperso* compuesto por parcelas productivas y pequeños vecindarios

5 Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*.

6 Robert Cooper West y Claudia Leal, *Las tierras bajas del Pacífico colombiano* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, [1957] 2000); Nina S. de Friedemann, *Minería, descendencia y orfebrería artesanal en el litoral pacífico, Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1974).

7 Aprile-Gnisset, *Poblamiento*; West y Leal, *Las tierras bajas*; Friedemann, *Minería, descendencia y orfebrería*.

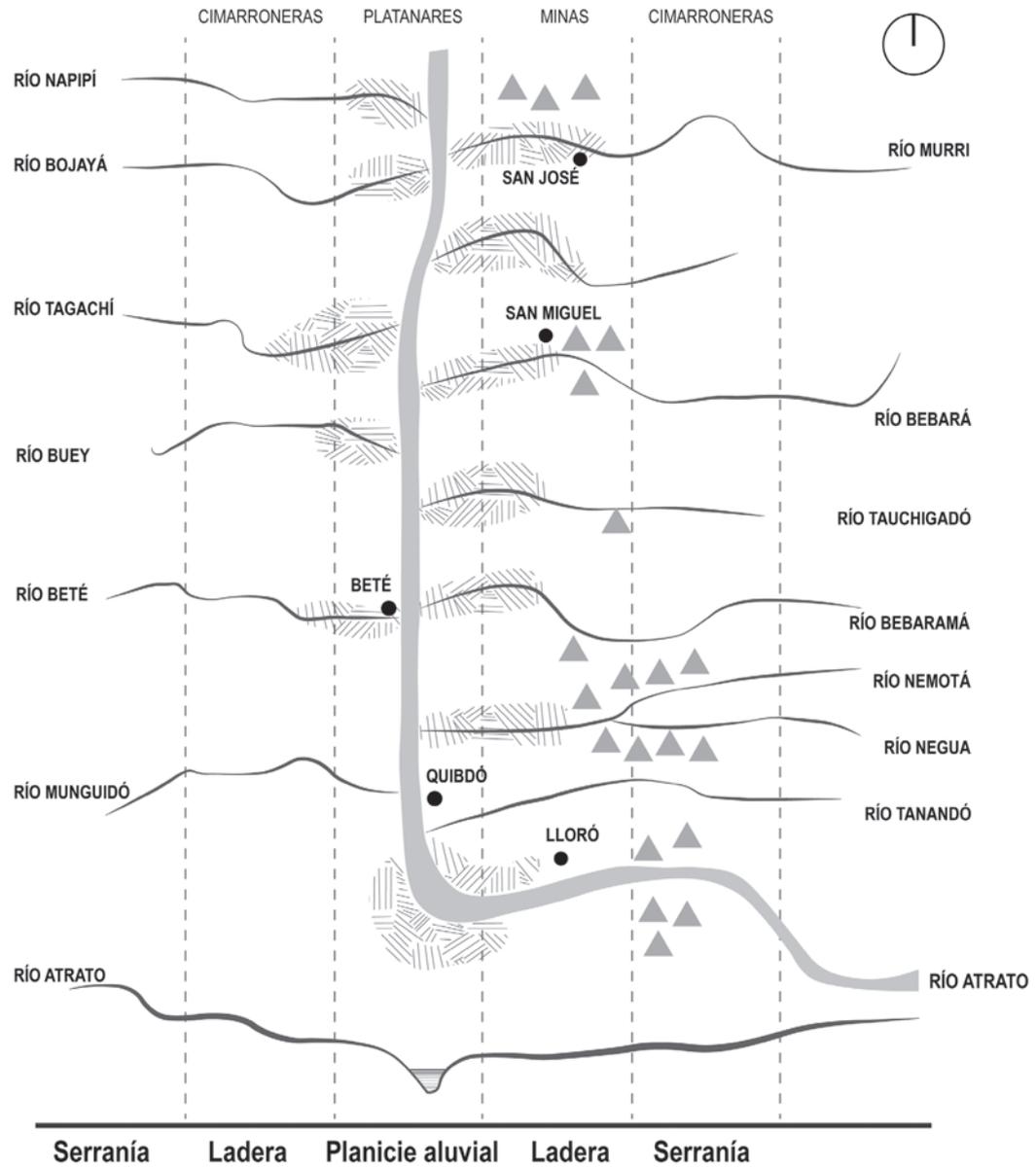


Figura 2. Modelo de hábitat colonial español

Fuente: Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 30.

habitados por familias emparentadas (figura 2). Múltiples observaciones y entrevistas con pobladores de la bahía de Solano y de los ríos Atrato y San Juan constatan la generalización en la región de la modalidad de asentamiento por grupos de descendencia en torno a un ancestro focal, que fue practicada por los mineros libres para apropiarse de las tierras de subsistencia. Al respecto, en el río Güelmambí, en la subregión de Barba-coas, Nariño, Nina S. de Friedemann analizó la manera como los libres, al penetrar en los bosques del litoral, se arraigaron sobre las riberas siguiendo una organización espacial y productiva determinada por los troncos y ramajes que configuraban la descendencia del dueño original de los terrenos:

Cada ramaje posee un territorio y sus miembros tienen cada uno su sitio de habitación, una chagra para cultivos de subsistencia, principalmente de plátano, un sitio de labor minera familiar que semanalmente provee el oro para el intercambio con los productos de la sociedad mayor en Barba-coas, puerto de comercio local de la región, y un sitio de trabajo de minería comunal [...] A la totalidad de este complejo y al grupo de descendencia que lo posee se le llama

MINA. Un individuo puede identificarse diciendo “yo soy de la mina Leoncio” y además dar su nombre y apellido.⁸

Según esta autora, la mina estaba configurada por el caserío residencial, las chagras familiares, las minas-comedero —sitio de labor minera familiar en el monte— y las minas-compañía comunales —sitio de labor minera comunal del ramaje—.

Los vecindarios rurales crecen al ritmo del incremento de las familias e impulsados por el desarrollo de la producción agrícola y su vinculación a los mercados urbanos. Dependiendo de estas dinámicas económicas y demográficas, pueden convertirse en concentraciones veredales y aldeas lineales que responden a una tipología de hábitat concentrado, en la cual se evidencian las distintas agrupaciones residenciales parentales en las que se ha ido fragmentando el territorio original, y cuya propiedad, regulada por patrones de descendencia y otorgada por la costumbre, es reconocida por la comunidad. De manera similar, en las tierras de labranza cercanas a los poblados cada familia disfruta del respeto de sus posesiones y, en las tierras comunales que se encuentran en los límites del territorio, los miembros de la comunidad pueden cultivar, pescar o cortar maderas (figura 3).

8 Friedemann, *Minería, descendencia y orfebrería*, 4.

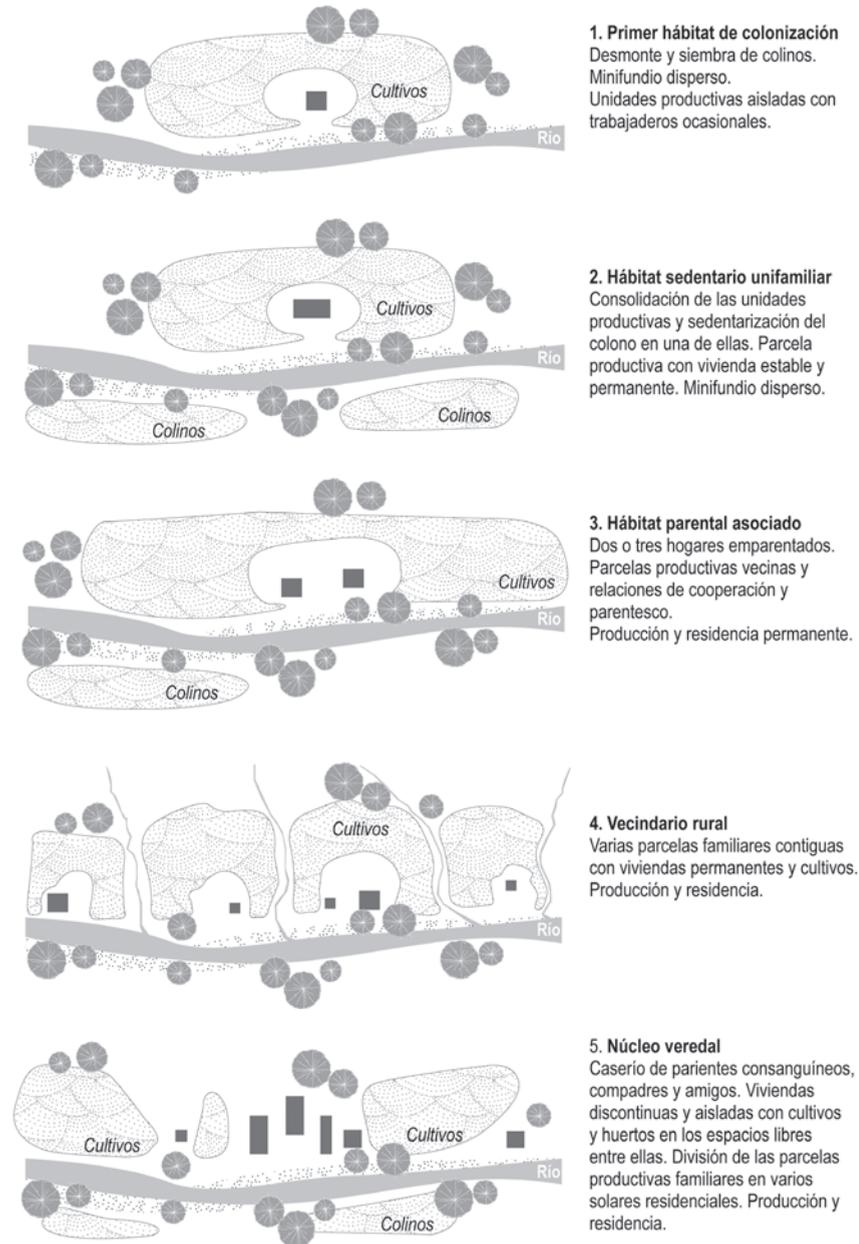


Figura 3. Esbozo tipológico y categorías de asentamientos del hábitat disperso
Fuente: elaboración de las autoras con base en Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 60.



Fotografía 1. Vecindario Amaya. Río Atrato

Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, 1985.

En las mejores condiciones para su desarrollo, las crecientes aldeas logran alcanzar las categorías de cabeceras rurales o polos de cuenca que dominan un territorio municipal o la de polos regionales, como es el caso de las ciudades de Buenaventura en el Valle del Cauca, Tumaco en Nariño, Quibdó en el Chocó y Guapi en el Cauca.

Tanto en el hábitat disperso como en los asentamientos concentrados, la ocupación inicial opera de manera lineal y en disposición paralela al río o a la playa (fotografía 1). Posteriormente, surgen una segunda y tercera líneas de viviendas que conforman calles paralelas unidas por senderos perpendiculares; se constituye así una malla de tipo urbano en la cual las casas se van alternando

con plazoletas y pequeños equipamientos comunales (figura 4). No obstante esta configuración relativamente regular, en los centros poblados pequeños las manzanas no están paramentadas como las de las ciudades de origen colonial, pues la vivienda, como se mostrará, se caracteriza por ser una unidad independiente que deja aislamientos con las casas vecinas y en la cual el espacio circundante definido por el predio familiar es utilizado para actividades domésticas y pequeñas tareas relacionadas con la pesca y la agricultura, además de la cría de gallinas y cerdos, el cultivo de plátano y hierbas medicinales y aromáticas en barbacoas, y sobre todo para la interacción y la solidaridad con los vecinos.

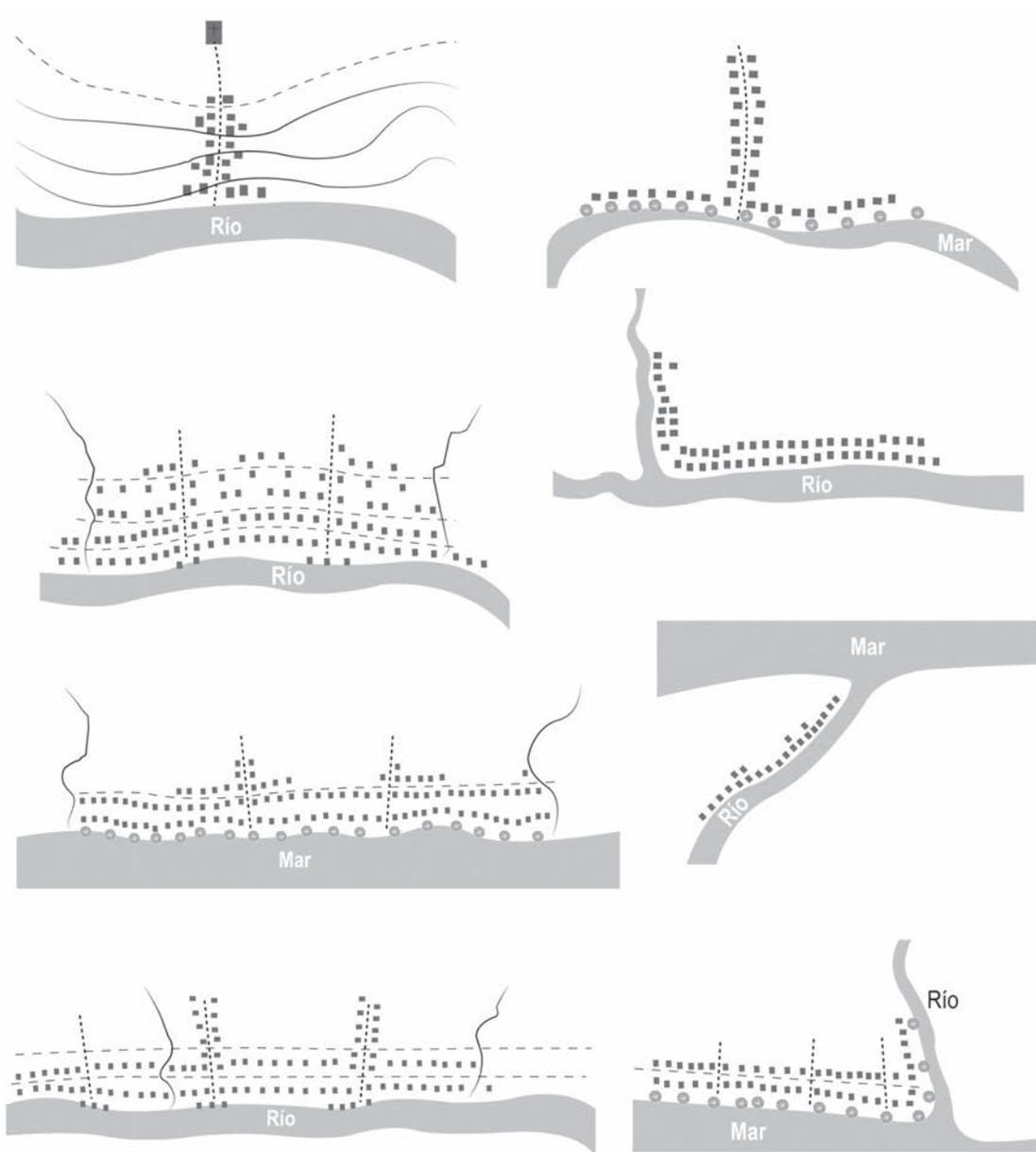


Figura 4. Tipología de asentamientos concentrados

Fuente: elaboración de las autoras con base en Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 58-59.

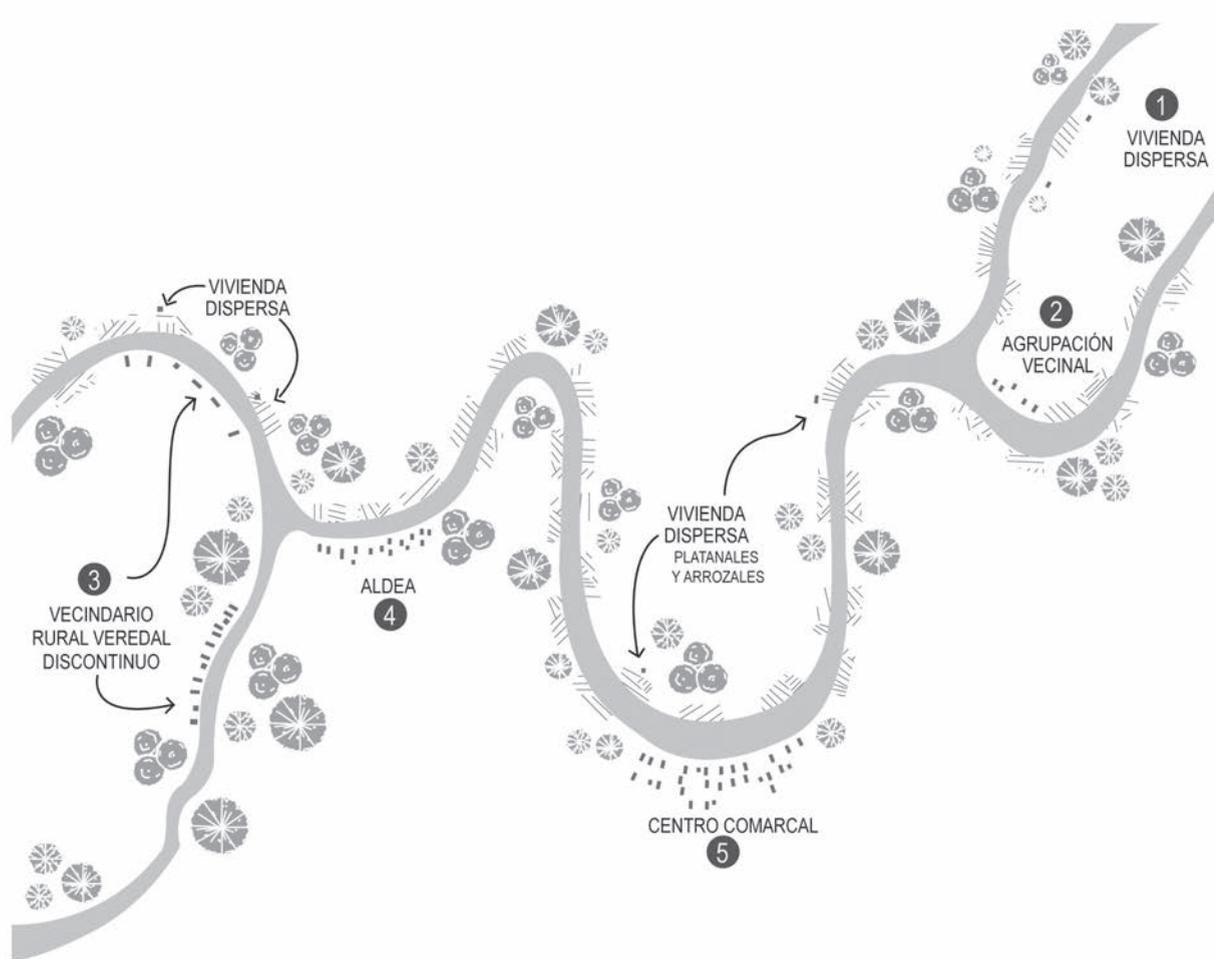


Figura 5. Sistema comarcal del hábitat fluvial. Esquema río Atrato

Fuente: elaboración de las autoras a partir de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, "Sistemas urbano-aldeanos del Pacífico" (informe de investigación, Colciencias, Universidad del Valle, 1999).



Fotografías 2 y 3. Espacio público: honras fúnebres en Playa Huina, Bahía Solano, 2012 (izquierda) y pasarelas en madera entre palafitos en La Comba, Buenaventura, 2006 (derecha)
Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset.

Bajo estos parámetros de consolidación de las aldeas típicas del Pacífico colombiano, una de las características más importantes es la aparición progresiva de espacios y *territorios colectivos* a partir de la organización de la vivienda en núcleos familiares que se van multiplicando a través de varias generaciones (figura 5), contrario a lo que ocurría en las ciudades originadas en las fundaciones españolas, en las que se establecían desde el principio los espacios públicos, los equipamientos comunes y los predios privados para la construcción de vivienda, comercio y locales de servicios.

Este alto valor dado al espacio como bien social o comunal es una característica cultural que aún persiste en las áreas rurales y en las ciudades del Chocó biogeográfico. Frecuentemente, algunas actividades cotidianas y eventos colectivos son llevados a cabo en los espacios públicos configurados por las calles y plazas de los

pobladros mayores, o en las playas y senderos frontales que en las aldeas lineales constituyen los lugares de encuentro familiar y comunitario, y se usan de manera intensiva por hombres, mujeres y niños para jugar, conversar, secar la ropa, el arroz o el cacao y, en ciertos momentos, para celebraciones religiosas, fiestas patronales o funerales (fotografías 2 y 3).

En ciudades intermedias como Buenaventura, el puerto más importante sobre la costa pacífica colombiana, con más de 300 000 habitantes, estas actividades que privilegian el uso del espacio público sobre el privado siguen siendo visibles. En los barrios se replican las prácticas ancestrales de las aldeas rurales; las calles y andenes se convierten en espacios para la interacción entre vecinos mediante juegos, visitas y tertulias; también se pone la ropa al sol y se realizan fiestas y velorios (fotografía 4).



Fotografía 4. Calle de Buenaventura
Fuente: fotografía archivo Citce, Universidad del Valle, 2010.

Con la Ley 70 de 1993, el Estado colombiano reconoció el valor de la colectividad territorial en la región del Pacífico como parte de la identidad cultural de las comunidades con ascendencia afrocolombiana:

El Estado adjudicará a las comunidades negras de que trata esta ley la propiedad colectiva sobre las áreas que [...] comprenden las tierras baldías de las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del

Pacífico y aquellas ubicadas en las áreas de que trata el inciso segundo del artículo 1.º de la presente ley que vienen ocupando de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción.

Los terrenos respecto de los cuales se determine el derecho a la propiedad colectiva se denominarán para todos los efectos legales "Tierras de las Comunidades Negras".⁹

⁹ Congreso de la República, Ley 70 de 1993, artículo 4.º.

Sin embargo, como lo sugiere Offen¹⁰: “Los reclamos territoriales no son simplemente un reclamo de propiedad colectiva o de tierra [...] Los reclamos territoriales son sobre el poder, una afirmación de identidad, autonomía y una medida de control sobre los recursos naturales”. En este sentido, los cambios en la legislación tras décadas de luchas colectivas y resistencia fueron un paso fundamental para que las instituciones comprendieran que el significado del *territorio* para las minorías étnicas del Pacífico iba más allá de la connotación de mercancía que normalmente se le da a la tierra. Como resultado de la Ley 70, entre 2006 y 2014, más de 5 millones de hectáreas fueron adjudicadas a los afrodescendientes que habitan en el litoral pacífico, lo que corresponde a un 4,5 % del territorio colombiano. No obstante, es en estos territorios donde ha actuado con mayor fuerza la expulsión de las comunidades étnicas mediante amenazas y ataques de los grupos violentos armados.

Así mismo, la legislación ha tratado de preservar otro rasgo singular de las aldeas típicas del Pacífico. Construidas a lo largo del tiempo y a través de varias generaciones, ellas crecieron y se estructuraron a partir del surgimiento de *vecindarios parentales*, definidos como la agrupación espacial de familias descendientes de un ancestro común en una porción del territorio original que se ha subdividido por herencia o cesión del derecho de posesión a hijos, nietos y familiares

cercanos, y es reconocida por la colectividad como propiedad familiar.

La manifestación espacial de los estrechos vínculos que caracterizan el modelo de poblamiento y organización espacial adoptado por las comunidades afrodescendientes tradicionales [...] tiene su origen en la parcela de desmonte, cuando se asientan en el lugar ribereño dos o más familias con vínculos consanguíneos, de amistad o compadrazgo.¹¹

Esto significa que las viviendas que albergan los nuevos hogares son construidas en una parte del solar materno, paterno o de un antepasado cercano, que es transferida como herencia en vida¹² (figuras 6, 7 y 8 sobre el caso de Huina en Bahía Solano).

11 Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico Colombiano* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 134.

12 En la costa chocoana la herencia es bilateral, se hereda de padre y madre. De acuerdo con Juana Camacho: “La asignación del patrimonio se debe hacer en vida, de manera personal y a través de la palabra con el fin de minimizar los conflictos entre los hijos por la herencia. La repartición en vida permite a los hijos empezar a trabajar sus parcelas y organizar su producción agrícola de manera independiente [...] la palabra se respeta porque es ley, y mucho más cuando es la palabra de una persona mayor”. Juana Camacho, “Todos tenemos derecho a su parte: derechos de herencia, acceso y control de bienes en las comunidades negras de la costa pacífica chocoana”, en *De Montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, eds. Juana Camacho y Eduardo Restrepo (Bogotá: ICANH; Ecofondo; Fundación Natura, 1999), 112.

10 Karl H. Offen, “The Territorial Turn: Making Black Territories in Pacific Colombia”, *Journal of Latin American Geography* 2, n.º 1 (2003): 47.

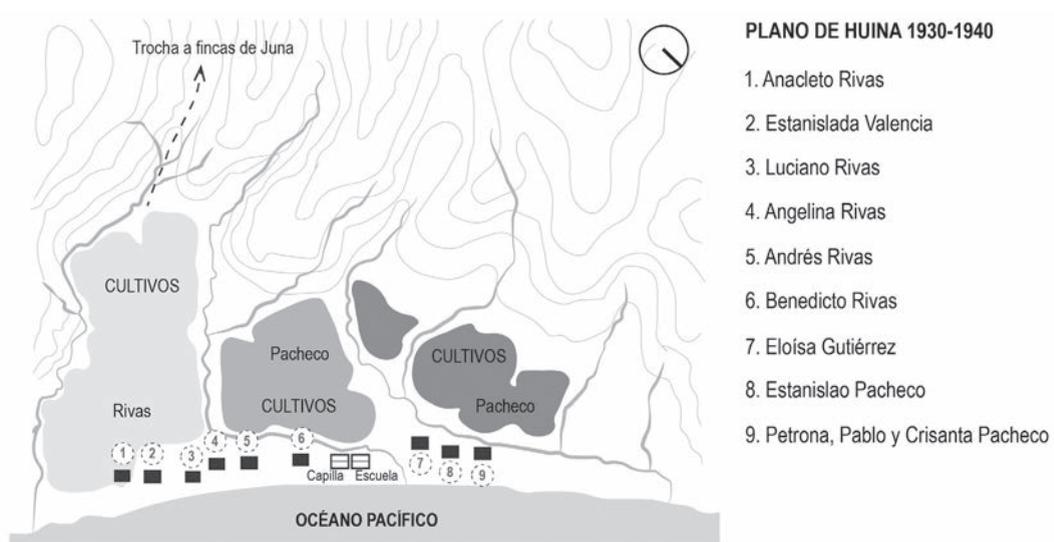


Figura 6. Aldea Playa Huina en 1920-1940

Fuente: elaboración de las autoras a partir de Gilma Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 143.

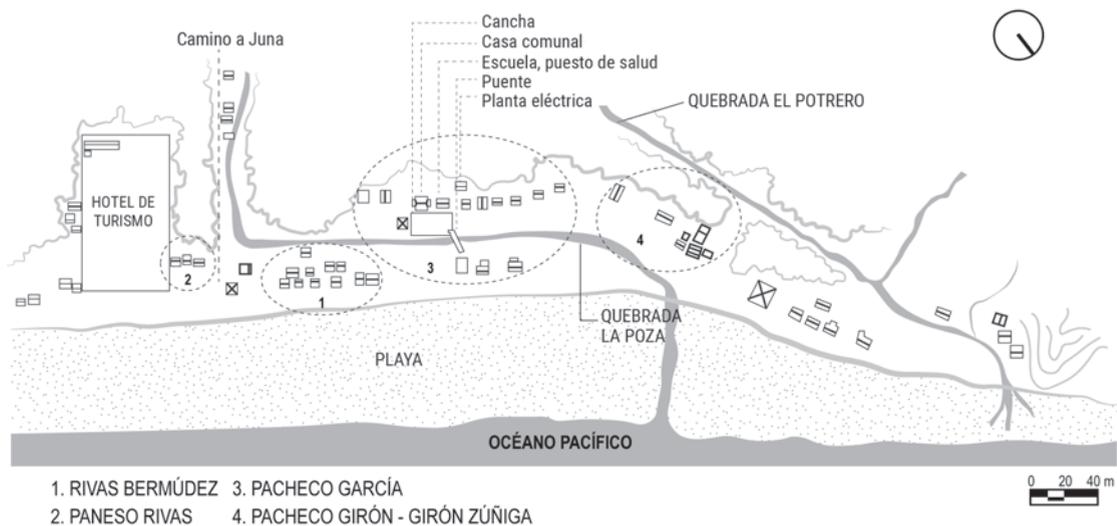


Figura 7. Vecindarios parentales en Playa Huina en 1998

Fuente: elaboración de las autoras a partir de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, *Hábitats y sociedades del Pacífico: la bahía de Solano* (Cali: Citce / Universidad del Valle, 2001), 126.



Figura 8. Genealogía en Playa Huina, 1920-1979

Fuente: elaboración de las autoras a partir de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, *Hábitats y sociedades del Pacífico: la bahía de Solano* (Cali: Citce / Universidad del Valle, 2001), 123.

Así los más viejos aseguran que las nuevas generaciones tengan un lugar donde vivir y criar una familia, pero también garantiza que ellos estarán siempre acompañados y cuidados por sus hijos y nietos. De esta forma, el vecindario parental se convierte en la célula de la vida colectiva que se arraiga con el pasar de los años en la medida en que las familias crecen y el caserío se expande. Allí los lazos de consanguinidad, el compadrazgo y las relaciones de vecindad propician tanto el apoyo mutuo en las actividades productivas y la construcción de la vivienda como la solidaridad para afrontar las dificultades de la vida cotidiana y disfrutar los buenos momentos familiares o colectivos.

La casa tenía el espacio de la puerta, pero no había puerta [...] cualquiera podía entrar. Así vivíamos antes; una casita aquí, otra allá, en la otra mi hermano, en la que seguía mi primo. Así era como vivíamos en el barrio [...] tranquilo, delicioso. Lo que uno tenía era también de los demás. Lo que a alguien le faltaba se lo daba otra persona. Era una unión única.¹³

Las condiciones descritas se reproducen en las áreas urbanas, donde igualmente se identifica la tipología de vecindario parental como eje fundamental de la distribución del suelo residencial y de la organización espacial de predios y viviendas, particularmente en las zonas de desarrollo espontáneo o no planificado según normas y programas de construcción de vivienda.

Análisis basados en el trabajo de campo realizado en Buenaventura y Tumaco muestran la existencia de manzanas en las que se han conformado progresivamente agrupaciones de familiares cercanos que presentan atributos similares a los encontrados en las áreas rurales (figura 9).

No obstante, la construcción de estos vecindarios parentales urbanos debe enfrentar barreras que impone la propiedad privada en entornos consolidados donde es baja la probabilidad de subdividir y heredar la tierra, pero el valor que tienen la vida en comunidad, el parentesco consanguíneo o por afinidad y la transmisión de la herencia en vida han permitido a los afrodescendientes replicar costumbres netamente rurales.

En los casos estudiados, las familias que llegan primero ocupan la periferia de las manzanas, posteriormente dividen los solares para ceder partes a los hijos o nietos, compran o invaden los predios vecinos, y cuando es necesario rellenan las zonas bajas e inundables. Así se van configurando callejones o sectores habitados por parientes, con patios y espacios interiores que actúan como zonas comunes, hacia las que se abren puertas para comunicar las casas entre sí y fortalecer las relaciones solidarias en el desarrollo de las tareas cotidianas. Como lo indica Flor, una residente de Buenaventura, el mayor interés de hacerlo es mantener a la familia unida: "Tener la posibilidad de comunicación por la parte de atrás de nuestras casas nos ha dado la oportunidad de construir lazos más fuertes".

13 Mujer de la tercera edad entrevistada en Buenaventura (2010).



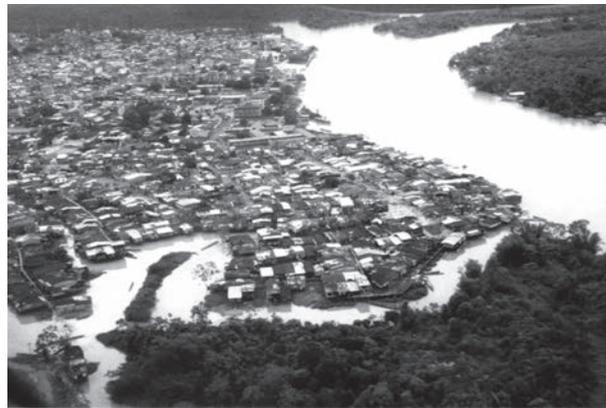
Figura 9. Evolución de la manzana 144. Tumaco

Fuente: elaboración de las autoras a partir de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, "Sistemas urbano-aldeanos del Pacífico" (informe de investigación, Colciencias, Universidad del Valle, 1999).

Hay que mencionar que la persistencia de las modalidades endógenas de ocupación del territorio sorprende aún más cuando se considera que en esta región del país, estratégica por su localización y por la riqueza en recursos naturales, la violencia tiene un rol central en el desplazamiento forzado de campesinos hacia las ciudades y en el acaparamiento ilegal de tierra en un marco de amenazas y despojo permanente, y que en las últimas cuatro décadas ha estado afectada por factores externos altamente destructivos como la lucha por el control territorial por parte de actores armados, el narcotráfico, la minería y la tala ilegal del bosque.

Los poblados y asentamientos urbanos anfibios del Pacífico

Otro rasgo fundamental de la ocupación del territorio es la construcción de las viviendas sobre pilotes con el propósito de defenderlas de las crecientes del río y de la humedad del suelo producida por las constantes lluvias, o de adaptarlas a zonas inundables por mareas; con esta modalidad de implantación se han configurado poblados y sectores urbanos importantes que son reconocidos como *palafitos* (fotografías 5, 6 y 7). En Buenaventura, Tumaco, Guapi y Quibdó, las ciudades más importantes de la región, se pueden catalogar como un fenómeno moderno resultante de las escasas oportunidades que tienen las familias más pobres para acceder a la vivienda, fenómeno que se afianzó a partir de la década de los sesenta mediante la ocupación de los bordes de esteros y ríos (fotografía 8).



Fotografías 5, 6 y 7. Ciudades de Nuquí, 1995 (izquierda), Quibdó, 2004 (centro) y Puerto Mutis, 2007 (izquierda)
Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset.



Fotografía 8. Palafitos en esteros de Buenaventura. Fuente: Ángela María Franco Calderón, 2010.

A pesar de su riqueza tipológica, este tipo de vivienda es la representación concreta de la precariedad e inestabilidad económica de las comunidades pobres que habitan en las áreas urbanas. El abandono histórico de que han sido objeto por parte del Estado, junto con el acceso restringido a tierra urbana de bajo costo, han obligado a estas familias a crear alternativas para vivir por fuera de los perímetros urbanos en zonas de riesgo por inundación o tsunami, comunicadas con tierra firme a través de pasarelas de madera, con servicios públicos precarios y una inseguridad absoluta en la tenencia de la propiedad. El contacto directo con los cuerpos de agua facilita a los residentes la realización de actividades como la pesca artesanal y el transporte en lanchas y canoas.

EXPRESIONES CULTURALES Y TIPOLOGÍAS DE LA ARQUITECTURA VERNÁCULA

De la misma manera que la fundación de poblados y su desarrollo espacial responden a acciones familiares o colectivas espontáneas, la construcción de las viviendas de los indígenas y afrocolombianos en el Pacífico ha correspondido a procesos autónomos. La simbiosis de elementos propios de las dos etnias produjo unas tipologías arquitectónicas únicas, desarrolladas en

relación estrecha con el entorno natural. Se habla aquí de tipologías en plural, pues son cambiantes según las circunstancias de las comunidades y el contexto geográfico donde se ubican. Sin embargo, se considera posible reunir por categorías las tipologías de vivienda rural y urbana de acuerdo con rasgos comunes encontrados durante las investigaciones. Se puede distinguir las categorías arquitectónicas y tecnológicas propias o autóctonas, sus modificaciones a través del tiempo y los modelos originados en la aplicación de sistemas de construcción modernos.

La vivienda indígena

Como se mencionó, la región pacífica fue un punto estratégico para la minería durante el periodo colonial. Las viviendas indígenas que los cronistas españoles describieron como *barbacoas* en el siglo XVI consistían en plataformas con techo construidas sobre vigas de madera amarradas a los árboles y levantadas del piso 3 o 4 metros, o en casas de pilotes altos y cubiertas cónicas, de forma redonda y uso generalmente multifamiliar (fotografías 9 y 10).

Hoy en día, en las concentraciones aldeanas y en las parcelas ribereñas, la casa indígena mantiene los rasgos esenciales del tambo precolombino, aunque ha ido sufriendo transformaciones originadas en el mestizaje étnico y cultural, y en la influencia del clero doctrinero, como lo atestiguan los trabajos de Jacques Aprile-Gnisset, Luis Guillermo Vasco y el citado de Robert West¹⁴. Predomina

14 Jacques Aprile-Gnisset, *Habitats aborígenes: urbanismo, obras públicas, arquitectura y vivienda de comuni-*



Fotografías 9 y 10. Tambos en el río Nuquí, 1987

Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset.

la cubierta cónica y amplia que protege de las lluvias y el sol; el tambo está levantado en materiales vegetales sobre pilotes altos y tiene tres niveles con usos claramente diferenciados. A ras del suelo, debajo de la plataforma del piso, se guardan las herramientas, la canoa y la leña, se instala el gallinero y duermen los perros. El segundo nivel, definido por el piso y las vigas del techo, es un espacio abierto y sin divisiones donde se desarrollan todas las actividades familiares: en la zona central se cuelgan las hamacas, a un lado se instala el fogón de leña sobre una capa de arcilla o en una plataforma de madera, y lateralmente se ubica la

barbacoa para el cultivo de yerbas medicinales y cebolla. El tercer nivel es el altillo que queda entre las vigas del techo y la cubierta, utilizado para almacenar productos agrícolas, provisiones, ropa y utensilios domésticos.

La casa es transparente, el ojo la atraviesa y llega hasta las casas vecinas, las áreas públicas, o el entorno agreste, el río, el mar lejano. Además de las comunicaciones visuales la casa transparente con su amplio alero, elimina olores, humos y humedad, garantiza frescura y ventilación y mantiene una iluminación suficiente sin luz directa.¹⁵

dades indoamericanas prehispánicas y modernas (Cali: s. e., 1987); Luis Guillermo Vasco Uribe, "Deara: la casa de los hombres", en *Colombia Pacífico*, t. I, ed. Pablo Leyva (Bogotá: Fondo FEN; Proyecto Biopacífico, 1993), 354-361; West y Leal, *Las tierras bajas*.

15 Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*, 142.

La casa pajiza afrocolombiana

En los centros mineros¹⁶, las “rancherías” para albergar a los esclavos negros fueron construidas por indígenas obligados por los españoles a hacerlo; se supone que durante este proceso se produjo la primera síntesis entre las tecnologías autóctonas y las provenientes de Europa. Una consecuencia pudo haber sido la modificación de la estructura circular que se empleaba en el tambo indígena con la introducción de la planta cuadrada y cuatro aguas en el techo¹⁷.

La vivienda autóctona afropacífica se identifica como un rancho levantado en materiales del entorno selvático que es resultado de la adaptación del tambo indígena precolombino; la cubierta es a dos o cuatro aguas en hojas de palma, la planta rectangular o cuadrada, pilotes de madera rolliza cuya altura depende del nivel de las posibles inundaciones y cerramiento parcial en esterillas de palma. Tiene un espacio que funciona como alcoba y otro como zona social. En la parte posterior o lateralmente, bajo una prolongación de la cubierta se ubican la cocina con fogón de leña y una zona para oficios húmedos o paliadera¹⁸ (fotografía 11 y figura 10). Las modificaciones de

esta tipología consisten en adición de espacios que se van adosando al núcleo central y el uso de tablas aserradas para los cerramientos.

Con la colonización agraria que comenzó a mediados del siglo XIX, este modelo se regó en las riberas fluviales y costeras, donde se sigue construyendo. Su persistencia durante más de 150 años ha sido registrada y descrita por investigadores de distintas disciplinas: Manuel María Paz (de la Comisión Corográfica) las dibujó en 1850 en las provincias del Chocó, Barbaças y Buenaventura; en 1943 fueron descritas en la *Geografía económica de Colombia*¹⁹ como vivienda campesina precaria, inconsistente e incómoda, levantada sobre “zancos”, interior dividido en dos espacios (sala y alcoba), con una puerta central y escalera de un solo palo, cocina en forma de caidizo y un gran fogón central de barro y piedras; West anotó hacia 1957 que las casas de los negros mantenían los rasgos aborígenes fundamentales en los pilotes, los materiales, las técnicas de techar y las características del interior, aunque diferían de las de los indios en distintos aspectos. Observaciones similares hicieron Ernesto Guhl, Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda, y Orlando Fals Borda y Vautier²⁰.

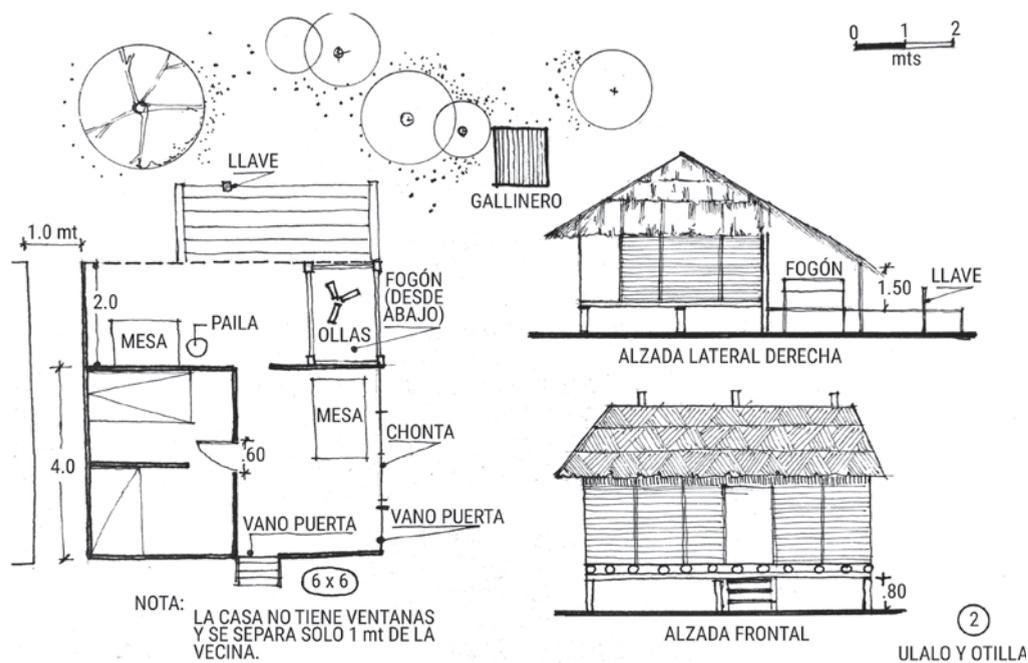
16 Tres grandes zonas mineras fueron centros de población negra esclava: 1) los tributarios orientales de las cuencas altas de los ríos Atrato y San Juan, es decir, el corazón del Chocó; 2) el distrito de Barbaças, que incluye los ríos Telembí y Magüí y sus tributarios; 3) los cursos medios y altos de numerosos ríos que atraviesan la angosta planicie aluvial de Buenaventura y la bahía de Guapi. West y Leal, *Las tierras bajas*, 155.

17 West y Leal, *Las tierras bajas*, 175.

18 Mosquera Torres, *Vivienda y arquitectura tradicional*, 66-68.

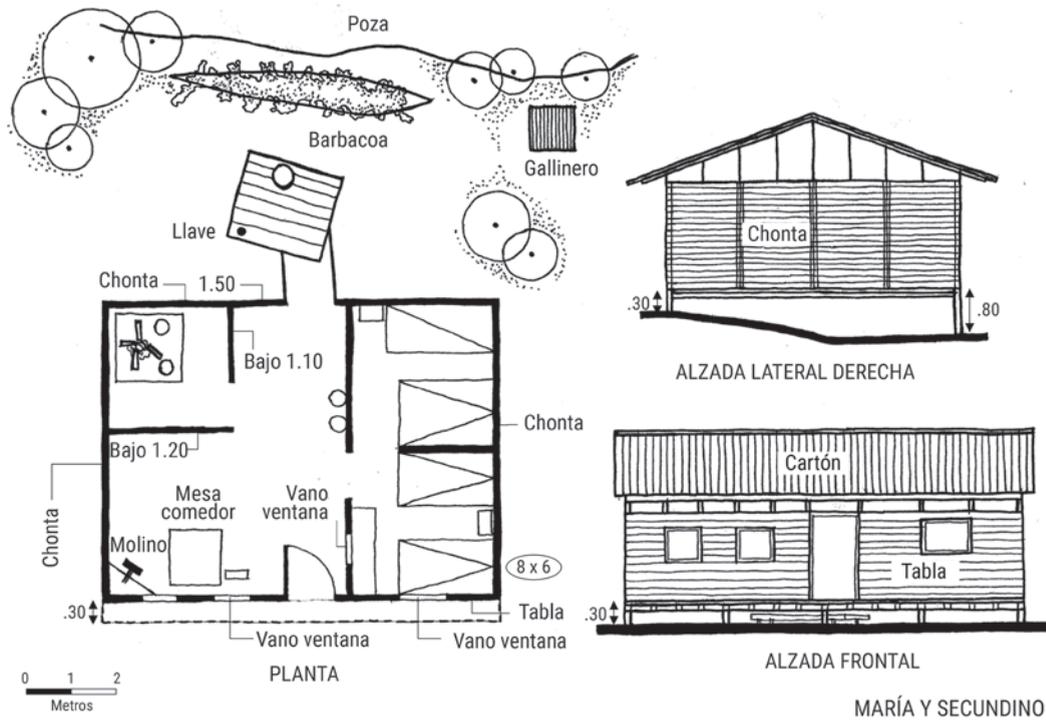
19 CGR y DNE, *Geografía económica de Colombia*, t. 6: *Chocó* (Bogotá: CGR, DNE, 1943), 154.

20 Ernesto Guhl, *Colombia, bosquejo de su geografía tropical* (Bogotá: Colcultura, 1975); Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda, “Ciclo vital y chamanismo entre los indios Chocó”, *Revista Colombiana de Antropología* XXV (1986); Orlando Fals Borda y Ernesto Vautier, *La vivienda tropical húmeda* (Bogotá: Cinva, 1958).



Fotografía 11 y figura 10. Playa Huina, casa de Otilia y Ulalo (1979)

Fuentes: fotografía: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset; figura: Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, *Hábitats y sociedades del Pacífico: la bahía de Solano* (Cali: Citce / Universidad del Valle, 2001), 282.



Fotografía 12 y figura 11. Transición de autóctona a tradicional, Huina, 1979. Techo de cartón. Casa de María y Secundino
Fuentes: fotografía: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gniset; figura: Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gniset, *Hábitats y sociedades del Pacífico: la bahía de Solano* (Cali: Citce / Universidad del Valle, 2001), 284.

Vivienda de transición: autóctona a tradicional

Los modelos autóctonos se fueron transformando gradualmente con la llegada de nuevos materiales de producción industrial como las tejas metálicas, llevadas al Pacífico por las compañías mineras en la década de los cuarenta para techar las viviendas de sus empleados. A pesar de esta transición, las características esenciales, como la apertura hacia el espacio público configurado por la calle, el espacio libre entre el suelo y el piso, la planta cuadrada o rectangular, los ornamentos, la forma de la cubierta y el uso de materiales locales como la madera, pero aserrada y pulida, se siguieron conservando (fotografía 12 y figura 11).

Es preciso anotar, asimismo, que la vivienda se transforma con la evolución demográfica y económica de la familia: se pasa de un rancho pajizo a una casa en maderas aserradas y cubierta en tejas de cartón o metálicas, y de esta a una casa de tipo moderno en bloques de cemento o ladrillo, cambio que se puede hacer en el transcurso de dos o tres generaciones. Incluso es corriente que cuando se consolida una unión matrimonial el primer albergue de la pareja, consistente en un rancho precario, sea sustituido por una casa tradicional bien construida y en caso de ruptura de la unión esta casa puede desaparecer.

Una residente de Buenaventura recuerda cómo se fueron transformando la vivienda y la vida en comunidad con el paso del tiempo:



Fotografía 13. Sustrucción de la vivienda en palma.
Huina, Bahía Solano

Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres, 1994.

La casa era alta, de madera, con un corredor, tenía muchas piezas y la cocina era comunal [...] Yo me acuerdo que en los setenta la casa se hizo de material²¹. Antes la vida era mucho mejor que ahora por las experiencias compartidas y la solidaridad entre los vecinos.²²

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, con la llegada de las tejas de fibrocemento y zinc a la zona, se fueron reemplazando las cubiertas de palma para reducir el riesgo de incendio y “mejorar la higiene”, una preocupación heredada de la modernidad (fotografía 13).

21 Se refiere a materiales perdurables y sólidos como el cemento, el ladrillo o el fibrocemento.

22 Habitante de Buenaventura en conversación con las autoras, 2010, Buenaventura.



Fotografía 14. Vivienda tradicional, Puerto Mutis, Bahía Solano, 2007
Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gniset.

Vivienda tradicional

La vivienda en madera y levantada del piso sigue predominando como tipología tanto en las aldeas como en el hábitat disperso, pero se encuentra muy difundida en las zonas urbanas. La vivienda se va ampliando por etapas a partir del núcleo básico de planta cuadrada, con espacios que se van organizando en torno a un eje-corredor que puede ser lateral o central, y que une la fachada principal con un solar posterior (figura 12). Se destaca por el empleo de tablas aserradas y una profusión de elementos decorativos conformados por barandas y rejillas de ventilación que, sumados a la protección de las fachadas con pinturas de aceite en colores fuertes y contrastantes, atestiguan la gran sensibilidad estética de las poblaciones del Pacífico (fotografía 14). Sorprenden los efectos logrados por los usuarios y constructores de la vivienda con herramientas tan rudimentarias

como un hacha, un berbiquí o taladro de mano, un serrucho y un machete.

Al mismo tiempo, la policromía de fachada manifiesta el proceso de diversificación sociorresidencial que se produce en los poblados y expresa las mayores posibilidades económicas de algunas familias que se diferencian del conjunto de la sociedad campesina por sus actividades en el comercio de tiendas, graneros y cantinas, o en la prestación de incipientes servicios estatales.

Con frecuencia se construye un segundo piso que se adecúa para ser habitado primero, y gradualmente se va cerrando y ocupando la primera planta. Si bien esta tipología tiene un carácter permanente en las áreas rurales, en los núcleos urbanos la vivienda tradicional de madera se considera como una vivienda transitoria, pues se aspira a tener una vivienda de “mejor calidad” con materiales industriales.

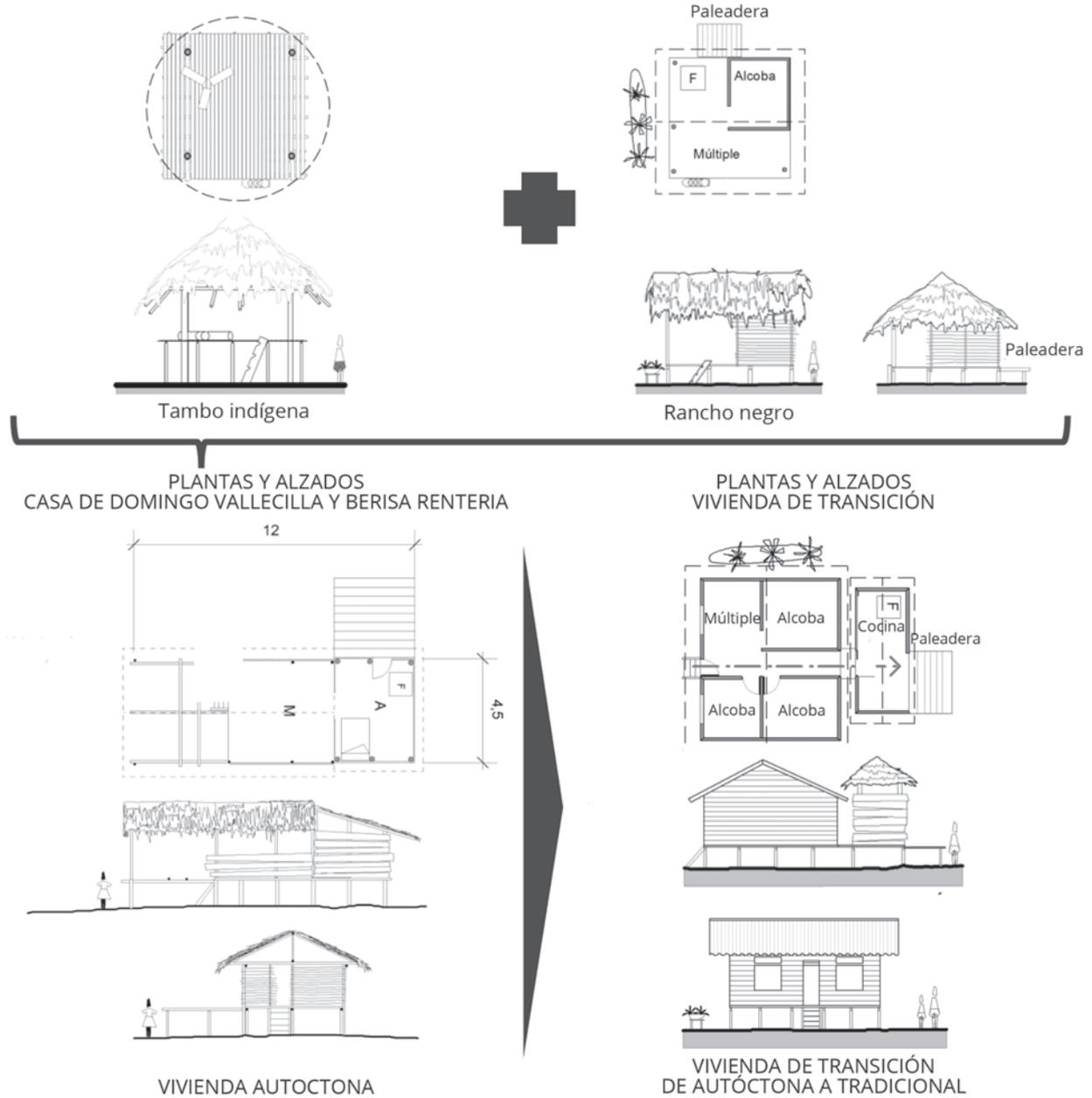


Figura 12. Síntesis de la evolución de la tipología de la vivienda autóctona a tradicional

Fuente: elaboración propia.



Fotografía 15. Vivienda urbana en Quibdó. Transición de tradicional a moderna
Fuente: archivo personal de Gilma Mosquera Torres, 2007.

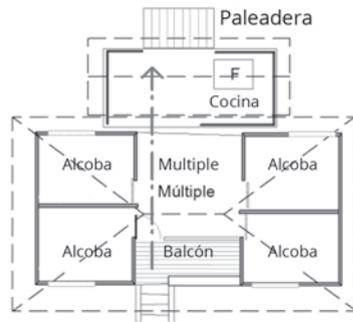
Vivienda de transición: tradicional a moderna

La transformación de la vivienda tradicional en madera a la vivienda moderna está marcada por el uso de un sistema constructivo híbrido que combina en una misma construcción materiales de fabricación industrial, como cemento, hierro, tejas de zinc o fibrocemento, con maderas aserradas que son utilizadas como elementos portantes o de cerramiento (fotografía 15 y figura 13).

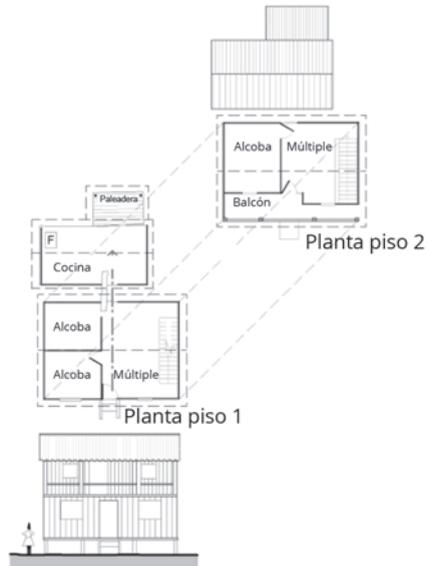
En muchos casos, los pilotes se reemplazan por un basamento de 40 o 50 centímetros, con un cordón en concreto y relleno en piedras y grava. También es frecuente que la primera planta esté construida con bloques de cemento y la segunda, con cerramientos en madera.

En todos los casos, el uso de materiales industriales está estrechamente ligado con la capacidad económica del hogar, y esto hace que el reemplazo gradual de la madera en la vivienda se convierta en una expresión de diferenciación social en los poblados y zonas urbanas.

VIVIENDA TRADICIONAL DE UN PISO

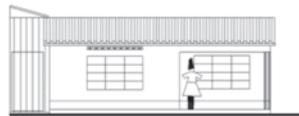


VIVIENDA TRADICIONAL DE DOS PISOS



VIVIENDA MODERNA DE UN PISO

PLANTA Y ALZADO
CASA DE EMILIO MOSQUERA Y
ESTER MURILLO



PLANTAS Y FACHADA



VIVIENDA MODERNA DE DOS PISOS

Figura 13. Síntesis de la evolución de la tipología de la vivienda tradicional a moderna
Fuente: elaboración propia.

Aquí es necesario destacar la importancia que tuvo en los centros urbanos principales la casa de madera a la que West denominó *casa urbana de tipo español*²³, levantada en dos pisos, paredes de tablas o palmas abiertas, y techos de hoja de palma de cuatro aguas, balcones adornados con calados de madera y una escalera de tipo español (estrecha y en un solo tramo). En estas casas, el primer piso se utilizaba como bodega, espacio social u oficina, mientras que en el segundo estaban las habitaciones. También identificó la tendencia al cambio de la cubierta por zinc, el uso de tablas aserradas y el blanqueamiento o enyesado de las paredes.

Este tipo de viviendas prestigiosas en maderas aserradas fueron construidas por comerciantes negros y mestizos en las primeras décadas del siglo XX, en uno y dos pisos, con cubiertas metálicas, vistosos balcones, cuidadosa ornamentación y fachadas pintadas de colores²⁴. Algunas de estas viviendas lograron mantenerse enfrentando las corrientes modernizadoras que negaron su identidad cultural y hoy son parte del patrimonio arquitectónico.

Vivienda urbana moderna

La vivienda urbana moderna es una tipología típica de los núcleos urbanos. La estructura y los cerramientos en madera son reemplazados por bloques de cemento o ladrillos, placas de

concreto y elementos metálicos; las cubiertas son de fabricación industrial. En las poblaciones costeras, las gravillas o arenas de río no son fáciles de conseguir, entonces se recurre a material de playa “endulzado” con aguas lluvias que caen directamente sobre la arena dejada a la intemperie. Generalmente estas transformaciones en los modos de construir la vivienda conllevan múltiples deficiencias en su calidad, pues la edificación no se hace con conocimientos técnicos avanzados, sino bajo la modalidad de autoconstrucción no supervisada (fotografía 16 y figura 14).



Fotografía 16. Vivienda urbana moderna
Fuente: fotografía del archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, 2010.

23 West y Leal, *Las tierras bajas*, 179.

24 Luis Fernando González Escobar, *Quibdó: contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2003).

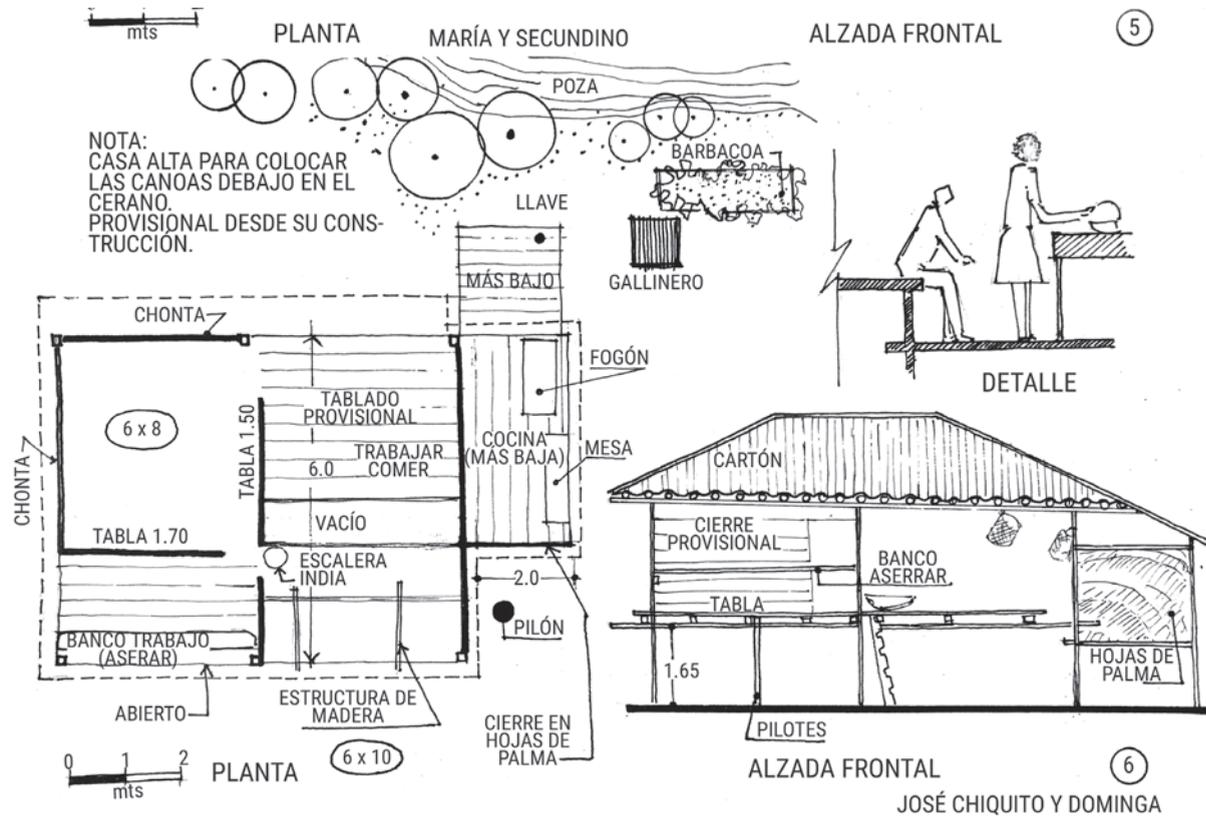


Figura 14. Plantas y alzada de una vivienda urbana moderna
Fuente: archivo Citce, Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset.

Elementos de la arquitectura tradicional que persisten

A pesar del paso del tiempo, de la influencia externa y el posicionamiento de la vivienda construida con materiales producidos industrialmente como símbolo de estatus social, muchos de los elementos de la vivienda tradicional del Pacífico aún persisten. Ejemplo de esto es que, tanto en las tipologías tradicionales como en las modernas, la madera sigue siendo relevante como

material de construcción y, enlucida con pinturas de colores llamativos, es una de las expresiones estéticas más importantes y valoradas como componente del patrimonio cultural y arquitectónico del litoral pacífico (fotografía 17).

Así mismo, persisten los calados, pensados con sensibilidad estética como ornamento en las fachadas, pero funcionalmente como componentes bioclimáticos que propician la ventilación cruzada para mejorar las condiciones de confort dentro de las viviendas (fotografías 18 a 25).



Fotografía 17. Casa de la familia González frente al río Guapi. Fuente: fotografía de Ángela María Franco Calderón, 2021.



Fotografías 18 a 25. Relaciones entre el interior y el exterior, uso del color y ornamentos en la arquitectura vernácula
Fuente: fotografías del archivo personal de Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, 1989-1995;
y de archivo Citce, Universidad del Valle, 2010.

Actualmente, el uso de materiales vegetales es más visible en las áreas rurales, pues en los ámbitos urbanos la vivienda en madera es vista como un espacio de transición y albergue temporal que se usa mientras las condiciones económicas permiten hacer una construcción con materiales más sólidos. Sin embargo, es notable la importancia que se le da a la relación entre el interior y el exterior, y con ella a la vida colectiva y al espacio comunal o público; esta relación se mantiene como premisa de diseño que se ve reforzada con la aparición gradual de vecindarios parentales en los barrios urbanos.

CONSIDERACIONES FINALES

A pesar de la resistencia de los habitantes del Pacífico colombiano frente a circunstancias adversas desde la era colonial, y de los resultados positivos recientes de las luchas de las comunidades en términos legislativos, estas comunidades siguen viviendo una situación económica, social, política y de violencia compleja. El Pacífico no solo tiene el mayor índice de necesidades básicas

insatisfechas, sino que sus pobladores están sometidos de manera permanente a disputas por el control territorial por parte de grupos armados que ya han despojado de sus tierras a miles de habitantes de esta zona y los han desplazado de manera forzada hacia otras regiones del país. A esto se suma la imposición de un modelo desarrollista por parte del Gobierno central que, por desconocimiento o desinterés, ha venido ejerciendo acciones que muchas veces van en contravía de las costumbres locales. En este contexto, las amenazas contra la riqueza material, ambiental y cultural de las comunidades afrodescendientes e indígenas de esta región de Colombia, un país que abiertamente se reconoce como una nación multicultural y pluriétnica, se pueden resumir en los siguientes puntos:

Existencia de un Gobierno nacional centralizado y desarrollista:

Los habitantes de la costa pacífica siguen teniendo las mayores tasas de pobreza multidimensional y los menores indicadores de calidad de vida en Colombia. Esta condición no parece mejorar a pesar de las estrategias e inversiones emprendidas por el Gobierno nacional con un marcado carácter centralista. Los proyectos llevados a cabo en esta región, de hecho, se caracterizan por estar cimentados en un enfoque desarrollista que ignora los patrones urbanos y arquitectónicos locales, y los reemplaza por modelos foráneos poco apropiados para las condiciones climáticas y sociales de la zona. Incluso las políticas públicas de vivienda imponen técnicas constructivas y diseños arquitectónicos de áreas interiores y exteriores de la

vivienda que desconocen las formas ancestrales de construir el hábitat²⁵.

Explotación incontrolada de los recursos:

A pesar de la existencia de la Ley 70 de 1993, el Gobierno, de manera similar a lo que sucedía al final del siglo XIX y en gran parte del siglo XX, sigue otorgando títulos mineros y concesiones a compañías nacionales y extranjeras para la explotación de oro, plata y otros minerales. A esto se suma la proliferación de sitios donde opera la minería mecanizada ilegal, principalmente en los lechos de los ríos que están sufriendo daños permanentes en sus cauces debido a esta actividad y al fracaso de las acciones del Gobierno para frenar estas prácticas²⁶. De hecho, muchos miembros de consejos comunitarios han sido engañados, manipulados e incluso forzados a permitir en sus áreas de influencia la explotación de minerales a terceros. A esto debemos sumar que en el Pacífico la destrucción del entorno natural no solo se deriva de actividades mineras legales e ilegales, sino también de la proliferación de cultivos ilícitos y laboratorios clandestinos dedicados

25 Ejemplo de esto es la cartilla *Lineamientos para la construcción de vivienda palafítica* publicada por el Departamento Nacional de Planeación en 2016.

26 Información relevante sobre la explotación minera en esta región puede ser consultada en el documento *Impactos de la minería en el Pacífico colombiano*, publicado por el Observatorio Pacífico y Territorio (OPT) y la Coordinación Regional del Pacífico Colombiano (CRPC) en 2018, como resultado de una investigación financiada por la Agencia de Cooperación Alemana GIZ.



Fotografía 26. Ocupación informal de esteros en Buenaventura
Fuente: fotografía Ángela María Franco Calderón, 2010.

a la producción de estupefacientes que son transportados por los ríos y posteriormente por el Pacífico a su destino final.

Conflicto armado, desplazamiento forzado y disputas por el territorio:

Los habitantes del Pacífico colombiano continúan siendo víctimas de desplazamiento forzado, como resultado de una guerra interna entre diferentes grupos de diversos orígenes (guerrillas, paramilitares, traficantes de drogas ilícitas, bandas criminales) que se disputan el control territorial²⁷. Si bien se han dado logros en términos de otorgamiento de títulos colectivos de tierras ancestrales, esta medida contemplada en la Constitución

²⁷ "ACNUR manifiesta su preocupación por la situación humanitaria en las comunidades del Pacífico colombiano", UNHCR (Acnur), 8 de marzo de 2017, consultado el 9 de octubre de 2017, <https://www.acnur.org/noticias/noticia/acnur-manifiesta-su-preocupacion-por-la-situacion-humanitaria-en-las-comunidades-del-pacifico-colombiano>

y reglamentada en la Ley 70 de 1993 ha sido insuficiente para frenar la expulsión masiva de las comunidades de esta región del país.

Hasta hoy, la vida colectiva encarnada en la titulación de tierras, en el uso de espacios públicos y privados, pero también en otras expresiones intangibles como la música, la danza, la gastronomía y los rituales, continúa siendo parte de la cultura de la costa pacífica. Infortunadamente, a pesar de contar con una legislación nacional que finalmente se convirtió en un verdadero apoyo en términos de derechos civiles y protección del patrimonio cultural, los programas y políticas implementados por el Gobierno para proteger a las comunidades de la violencia y la presión ejercidas por agentes al margen de la ley y para preservar la riqueza cultural y natural del Pacífico colombiano están lejos de ser adecuados (fotografía 26). Históricamente abandonadas y subvaloradas, las comunidades de esta región se vienen organizando cada vez más para ser escuchadas y para defender su herencia cultural; sin embargo, quedan aún muchos desafíos por delante.

BIBLIOGRAFÍA

- “ACNUR manifiesta su preocupación por la situación humanitaria en las comunidades del Pacífico colombiano”. UNHCR (Acnur), 8 de marzo de 2017. Consultado el 9 de octubre de 2017. <https://www.acnur.org/noticias/noticia/acnur-manifiesta-su-preocupacion-por-la-situacion-humanitaria-en-las-comunidades-del-pacifico-colombiano>
- Aprile-Gnisset, Jacques. *Hábitats aborígenes: urbanismo, obras públicas, arquitectura y vivienda de comunidades indoamericanas prehispánicas y modernas*. Cali: s. e., 1987.
- . *La ciudad colombiana: prehispánica, de conquista e indiana*. Bogotá: Banco Popular; Fondo de Promoción de la Cultura, 1991.
- . *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali: Universidad del Valle, 1993.
- Asamblea Nacional Constituyente (1991). *Constitución Política de Colombia*. Bogotá: Corte Constitucional y Consejo Superior de la Judicatura, 2015. <http://www.corteconstitucional.gov.co/inicio/Constitucion%20politica%20de%20Colombia%20-%202015.pdf>
- Camacho, Juana. “Todos tenemos derecho a su parte: derechos de herencia, acceso y control de bienes en las comunidades negras de la costa pacífica chocoana”. En *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, editado por Juana Camacho y Eduardo Restrepo, 107-130. Bogotá: ICANH; Ecofondo; Fundación Natura, 1999.
- CGR y DNE (Contraloría General de la República y Dirección Nacional de Estadística). *Geografía económica de Colombia*. T. 6: Chocó. Bogotá: CGR y DNE, 1943.
- Congreso de la República de Colombia. Ley 70 de 1993. <http://www.mininterior.gov.co/la-institucion/normatividad/ley-70-de-1993>
- DNP (Departamento Nacional de Planeación). *Lineamientos para la construcción de vivienda palafítica*. Bogotá: DNP, 2016. <https://proyectostipo.dnp.gov.co/images/pdf/palafiticas/PTpalafitica.pdf>
- Fals Borda, Orlando y Ernesto Vautier. *La vivienda tropical húmeda*. Bogotá: Cinva, 1958.
- Friedemann, Nina S. de. *Minería, descendencia y orfebrería artesanal en el litoral pacífico, Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1974.

- Galvis Aponte, Luis Armando, Lina Marcela Moyano Támara y Carlos Alberto Alba Fajardo. *La persistencia de la pobreza en el Pacífico colombiano y sus factores asociados*. Documentos de Trabajo sobre Economía Regional n.º 238 (Cartagena: Banco de la República; Centro de Estudios Económicos Regionales (CEER), 2016. https://www.banrep.gov.co/sites/default/files/publicaciones/archivos/dtser_238.pdf
- González Escobar, Luis Fernando. *Quibdó: contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2003.
- Guhl, Ernesto. *Colombia, bosquejo de su geografía tropical*. Bogotá: Colcultura, 1975.
- Gutiérrez, Virginia y Roberto Pineda. "Ciclo vital y chamanismo entre los indios chocó". *Revista Colombiana de Antropología* XXV (1986): 11-181. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/1567/1139>
- Mosquera Torres, Gilma. *Vivienda y arquitectura tradicional en el Pacífico colombiano*. Cali: Universidad del Valle, 2010.
- Mosquera Torres, Gilma y Jacques Aprile-Gnisset. *Hábitats y habitantes del Pacífico. Síntesis y reflexiones finales*. Cuadernos del Citce n.º 2. Cali: Universidad del Valle, 1999.
- . "Sistemas urbano-aldeanos del Pacífico". Informe de investigación. Colciencias, Universidad del Valle, Cali, 1999.
- . *Hábitats y sociedades del Pacífico: la bahía de Solano*. Cali: Citce / Universidad del Valle, 2001.
- . *Aldeas de la costa de Buenaventura*. Cali: Universidad del Valle, 2016. https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/bitstream/handle/10893/18532/Aldeas_de_la_costa.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Offen, Karl H. "The Territorial Turn: Making Black Territories in Pacific Colombia". *Journal of Latin American Geography* 2, n.º 1 (2003): 43-73.
- OPT y CRPC (Observatorio Pacífico y Territorio y Coordinación Regional del Pacífico Colombiano). *Impactos de la minería en el Pacífico colombiano*. Medellín: Editorial Nuevo Milenio, 2018. <https://pacificocolombia.org/wp-content/uploads/2018/09/Impactos-de-la-mineria-en-el-pacifico-colombiano-web.pdf>
- West Cooper, Robert y Claudia Leal. *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2000.
- Vasco Uribe, Luis Guillermo. "Deara: la casa de los hombres". En *Colombia Pacífico*. T. I, editado por Pablo Leyva, 354-361. Bogotá: Fondo FEN / Proyecto Biopacífico, 1993.



8

La vivienda campesina en la región cafetera central

Alberto Saldarriaga Roa

En Colombia se reconocen con el nombre de *vivienda cafetera* las viviendas construidas en el territorio de la región cafetera central, hoy también conocida como el Eje Cafetero. Esta región abarca las vertientes de las cordilleras Central y Occidental que bordean el curso del río Cauca, en los pisos térmicos comprendidos entre los 1 000 y los 2 000 metros de altitud, que son favorables para el cultivo del café; y se extiende desde el departamento de Antioquia, al norte, hasta el departamento del Valle del Cauca, al sur, y en este recorrido atraviesa los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío (mapa 1). Otras importantes regiones cafeteras se ubican hoy en los departamentos de Magdalena, Santander, Norte de Santander, Huila y Nariño, pero estas regiones, si bien son reconocidas por la calidad de su café, no son diferenciadas particularmente por la arquitectura de sus viviendas, como sí sucede en el Eje Cafetero.



La vivienda campesina cafetera de los departamentos de Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda fue objeto de estudio por parte del autor y del arquitecto Lorenzo Fonseca Martínez, como investigador del Centro de Estudios de Arquitectura y Medio Ambiente (CEAM). Se realizó en cuatro etapas entre 1980 y 1983, y contó con el apoyo de Colciencias, la Universidad de los Andes, el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) y la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. Los resultados se publicaron en 1984 con el título *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda*¹.

En esta investigación, realizada hace 37 años, se aplicaron dos tipos de registros de las viviendas. El primero, de observación desde los vehículos durante los recorridos, se denominó *muestra rápida* y estuvo orientado a registrar datos visuales sobre número de unidades en cada vivienda y sus materiales. El segundo tipo de registro, llamado *muestra de detalle*, incluyó una encuesta de la familia y el levantamiento de las unidades que formaban una vivienda. En la muestra rápida se recogió información de 2 721 viviendas y en la de detalle, de 247 viviendas con sus respectivos complementos. Es importante señalar que esta investigación dejó un testimonio de lo existente en el año de su publicación. En la selección de ejemplos se dio prioridad a las viviendas tradicionales, sin excluir ejemplos más recientes. De

todo ello quedaron planos de levantamiento y planos de síntesis tipológica por departamento, con base únicamente en los ejemplos de la muestra de detalle.

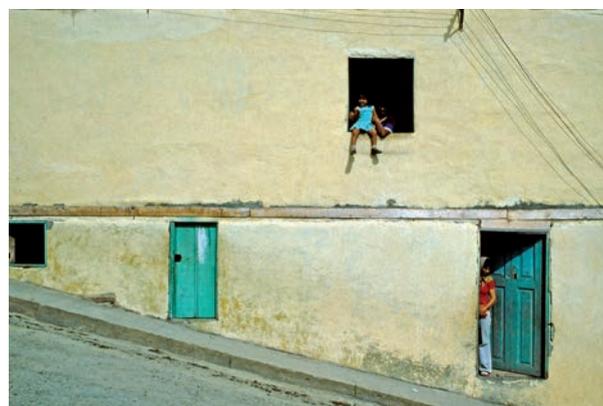
En 2011, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) declaró el *paisaje cultural cafetero* de Colombia como Patrimonio de la Humanidad. Esta declaratoria incluyó 47 municipios localizados en los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío y Valle del Cauca. El concepto de *paisaje cultural*, de acuerdo con Unesco, incluye varios factores que comprenden la adaptación de los pobladores a las condiciones geográficas, en este caso para un determinado tipo de cultivo, la caficultura, los asentamientos urbanos, las viviendas cafeteras rurales y el patrimonio inmaterial representado en tradiciones gastronómicas, celebraciones y otros rasgos culturales característicos.

Este capítulo trata de las viviendas campesinas del minifundio cafetero en el territorio antes mencionado, desde Antioquia hasta el Quindío. En la arquitectura tradicional de estas viviendas hay rasgos comunes y también elementos diferenciadores. Entre los primeros está el empleo de la guadua como material de construcción de estructuras y cerramientos, de la teja de barro en las cubiertas, de la madera en puertas y ventanas y de varas de macana en los barandales (fotografía 1).

1 Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984).



Fotografía 1. Viviendas en el municipio de Quimbaya en el Quindío. Fuente: fotografía del autor, 1984.

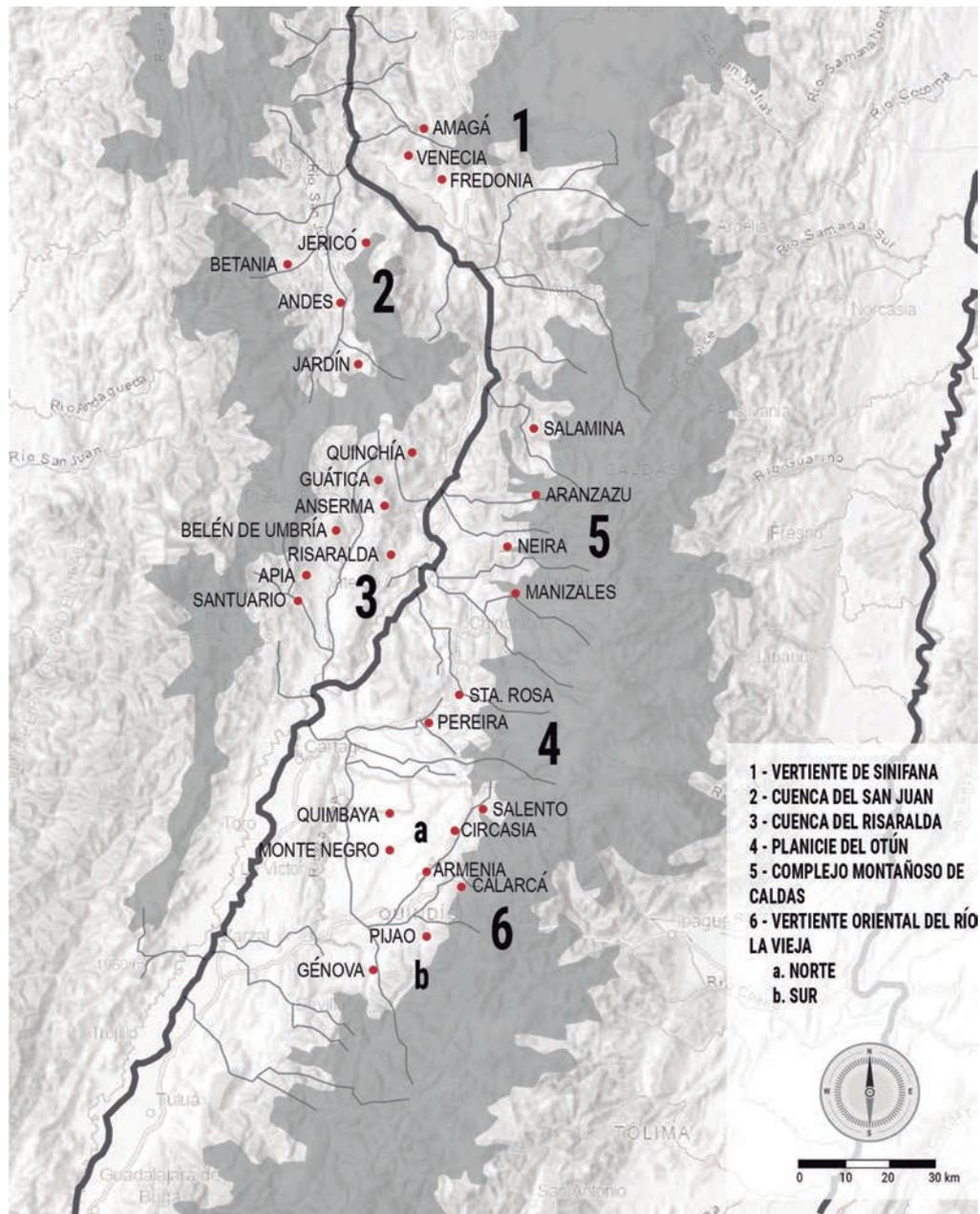


Fotografías 2, 3, 4 y 5. Fachadas de viviendas cafeteras en Filandia (Quindío), Arabia (Risaralda), Venecia (Antioquia) y Neira (Caldas)
Fuente: fotografías del autor, 1984.

Los elementos diferenciadores se encuentran en el manejo de los materiales mencionados, que adopta diferentes formas en cada departamento, y en los elementos ornamentales: colores, plantas, etc., como se aprecia en las fotografías 2, 3, 4 y 5.

El recorrido del texto se inicia con una mirada a las características geográficas del territorio, seguida de un recuento somero del proceso de poblamiento y de la introducción del cultivo del

café a través de varios autores que han trabajado el tema. Luego se trata el asunto de la arquitectura de la vivienda campesina del minifundio cafetero en el área de estudio y se señalan algunos aspectos singulares derivados de su relación directa con el cultivo del café. No se incluyeron en el estudio las haciendas de mayor tamaño cuya arquitectura ha sido objeto de interés de otros investigadores.



EL TERRITORIO

Como ya se mencionó, el estudio de la vivienda campesina cafetera se concentró en las franjas cultivadas de la vertiente occidental de la cordillera Central y la vertiente oriental de la cordillera Occidental, que delimitan el curso del río Cauca desde el norte del Valle del Cauca hasta el departamento de Antioquia (mapa 2). Este territorio coincide con el de la *colonización antioqueña*, un proceso de poblamiento por parte de colonos de raíces hispánicas iniciado al final del siglo XVIII en territorio antioqueño, y que, nominalmente, concluyó en los inicios del siglo XX y siguió un recorrido de norte a sur, a lo largo de la cuenca del río Cauca.

La geografía de esas vertientes montañosas se caracteriza por componerse de una intrincada red de cursos de agua que tributan al río Cauca y forman unos enclaves cuyo paisaje es particularmente variado. La franja del cultivo del café se establece en el clima *templado*, con temperatura media y bastante humedad. Numerosos poblados pequeños se relacionan con otros de mayor tamaño y con las ciudades principales gracias a una red de caminos y carreteras que intercomunican los enclaves entre sí y con los sistemas regionales de movilidad que hoy cuentan con mayor calidad que la que tenían en el momento de las investigaciones, hace 35 años (fotografías 6 y 7).



Fotografía 6. Fachada de vivienda en Guática, Risaralda
Fuente: fotografía del autor.



Fotografía 7. Fachada de vivienda esquinera en Ambalema, Tolima
Fuente: fotografía del autor.

EL POBLAMIENTO

Según Gerardo Reichel Dolmatoff², la colonización de las vertientes cordilleranas, hacia el año 1000 a. C., representó una segunda avanzada en el poblamiento prehispánico del territorio actual del país y se relacionó con el cultivo

2 Gerardo Reichel Dolmatoff, "Colombia indígena. Período prehispánico", en *Manual de historia de Colombia*, t. I: *Prehistoria, Conquista y Colonia*, ed. Jaime Jaramillo Uribe (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura / Editorial Andes 1978).

del maíz. Y, de acuerdo con el mismo autor, esta fase permitió la formación de asentamientos sedentarios y otras formas de organización social distintas a las de los grupos tribales, a los que él denominó *cacicazgos*. Según Hermann Trimborn³, el territorio actual de la cultura cafetera contó con una de las mayores cantidades de pobladores indígenas a comienzos del siglo XVI, cuando se iniciaron la conquista y colonización por parte

3 Hermann Trimborn, *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, [1949] 2005).

de grupos españoles. A comienzos del siglo XVI, señala el autor, habitaron 32 grupos indígenas diferentes, entre ellos los armas, los paucuras, los pozos, los picaras, los quinchías, los ansermas y los quimbayas. Este último grupo desarrolló una orfebrería característica de extraordinaria factura.

Durante el periodo colonial, la numerosa población indígena se diezmó o se dispersó y los nuevos pobladores dieron importancia a la fundación de pueblos. En el siglo XVI se fundaron cinco poblados: Anserma, Caramanta, Marmato, Guática y Mistrató, en áreas anteriormente ocupadas por grupos nativos y como centros de la minería del oro. En los siglos XVII y XVIII las fundaciones se concentraron en el territorio antioqueño, de Sonsón hacia el norte, mientras que la parte sur de la región permaneció aparentemente despoblada. Eso motivó en parte el proceso de colonización de las vertientes del Cauca, la colonización antioqueña previamente mencionada, cuyo inicio se atribuye a las disposiciones adoptadas por el visitador Juan Antonio Mon y Velarde, enviado por la Corona española con el fin de fomentar la agricultura como economía alterna a la minería. Mon y Velarde reorganizó los resguardos existentes y alentó la formación de colonias agrícolas relacionadas directamente con la fundación de nuevas poblaciones. La fundación de una de estas colonias incluía el reparto simultáneo de tierras urbanas y rurales. Según Parsons,

a cada nueva ciudad le habían dado cuatro leguas cuadradas de tierras para ser distribuidas a los colonos con un juez

poblador. Cada familia recibía un lote urbano y una finca rural, el tamaño de la última dependía del número de miembros de la familia y de su capacidad para el trabajo.⁴

Estas medidas, aplicadas en Sonsón y Abejorral entre 1780 y 1789, fueron la génesis de la expansión de la frontera agrícola en dirección sur que incluyó la fundación de ochenta nuevas cabeceras municipales que hoy forman la estructura urbana del Eje Cafetero. Aguadas (1814) y Pácora (1824) fueron dos de las primeras fundaciones en el actual territorio de Caldas.

Álvaro López Toro⁵ identificó tres tipos de apropiación presentes en ese proceso: las concesiones realengas derivadas de las medidas de Mon y Velarde en las postrimerías del periodo colonial, la colonización capitalista con la compra y parcelación de tierras y la colonización de baldíos adjudicados por el Gobierno central. La propuesta de Mon y Velarde era “ilustrada” y en sintonía con procesos que se llevaban a cabo en el territorio español. La compra y parcelación fueron comunes en la segunda parte del proceso colonizador y la tercera pudo ser simultánea y prolongarse hacia el final del periodo. Posiblemente también se dio otro tipo de apropiación de tierras por usurpación o desalojo, como han mostrado algunos historiadores a través de las disputas entre colonos.

4 James Parsons, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1979), 112.

5 Álvaro López Toro, *Ensayos sobre historia social colombiana* (Medellín: C. E. I., 1970).



Fotografía 8. Construcción de vivienda en Aranzazu, Caldas. Fuente: fotografía del autor.

Como resultado de este proceso de muchos siglos de ocupación del territorio, a inicios del siglo XX esta región se encontraba muy poblada y ya se caracterizaba como la región cafetera más productiva del país. Marco Palacios⁶ identifica la existencia de tres fases distintas en la caficultura colombiana. La primera de ellas, llamada *de haciendas*, se desarrolló entre 1870 y 1910 y, como su nombre lo indica, se concentró en grandes extensiones de cultivo bajo la tutela de una gran hacienda. La segunda fase, *de cultivadores campesinos*, se formó entre 1910 y 1950, y una tercera, llamada *empresarial*, se estableció a partir de mediados del siglo XX. Según esta propuesta, el campesinado cafetero se inició primero con los trabajadores en las haciendas y luego con los campesinos propietarios o arrendatarios de pequeñas parcelas, el llamado “minifundio cafetero”, y fue allí donde se desarrolló lo que en este texto se presentará como *vivienda campesina cafetera*.

LA VIVIENDA CAFETERA. HABITACIÓN, CULTIVO Y TRABAJO

Como punto de partida es necesario entender que la vivienda campesina del minifundio cafetero es un todo formado por la parcela, la vivienda y el espacio para el procesamiento del café. Es

una “unidad productiva” en el mejor sentido de la palabra. La casa es un lugar de habitación y, en muchos casos, es también el sitio del secado del café. La arquitectura tradicional de la región cafetera central comparte unos rasgos tipológicos básicos y se ajusta a la topografía y a otras condiciones propias de cada parcela. En la figura 1 se incluyen cuatro tipos básicos: el rectángulo, la L, la C y la T.

El origen de una vivienda puede ser el simple rectángulo y, mediante adiciones, se puede llegar a una configuración que se asemeje a uno de los tres tipos restantes. Pero es posible encontrar el origen en otro cualquiera de esos tipos. Se señalan los espacios centrales, esquineros y los corredores laterales como componentes tipológicos significativos. En el análisis tipológico de los ejemplos estudiados en cada departamento, estos tipos básicos se dividen en subtipos, acordes con los levantamientos realizados. Se da cuenta de esa manera de las características compartidas en todos los departamentos y de las que solo aparecen en cada uno de ellos (fotografía 8).

Una diferencia significativa se encuentra en los sistemas estructurales. En Antioquia, los postes exteriores y la estructura de la cubierta se trabajan en madera aserrada y la guadua sirve para la construcción del bahareque de los muros de fachada y las divisiones interiores. En las viviendas de los demás departamentos la guadua cumple las tres funciones, es empleada integralmente. Las estructuras de las cubiertas presentan algunas diferencias, en especial en el tratamiento de las esquinas de las cubiertas de cuatro aguas (figura 2).

⁶ Marco Palacios, *El café en Colombia (1850-1970). Una historia económica, social y política* (Bogotá: Editorial Presencia, 1979).

• La vivienda campesina en la región cafetera central •

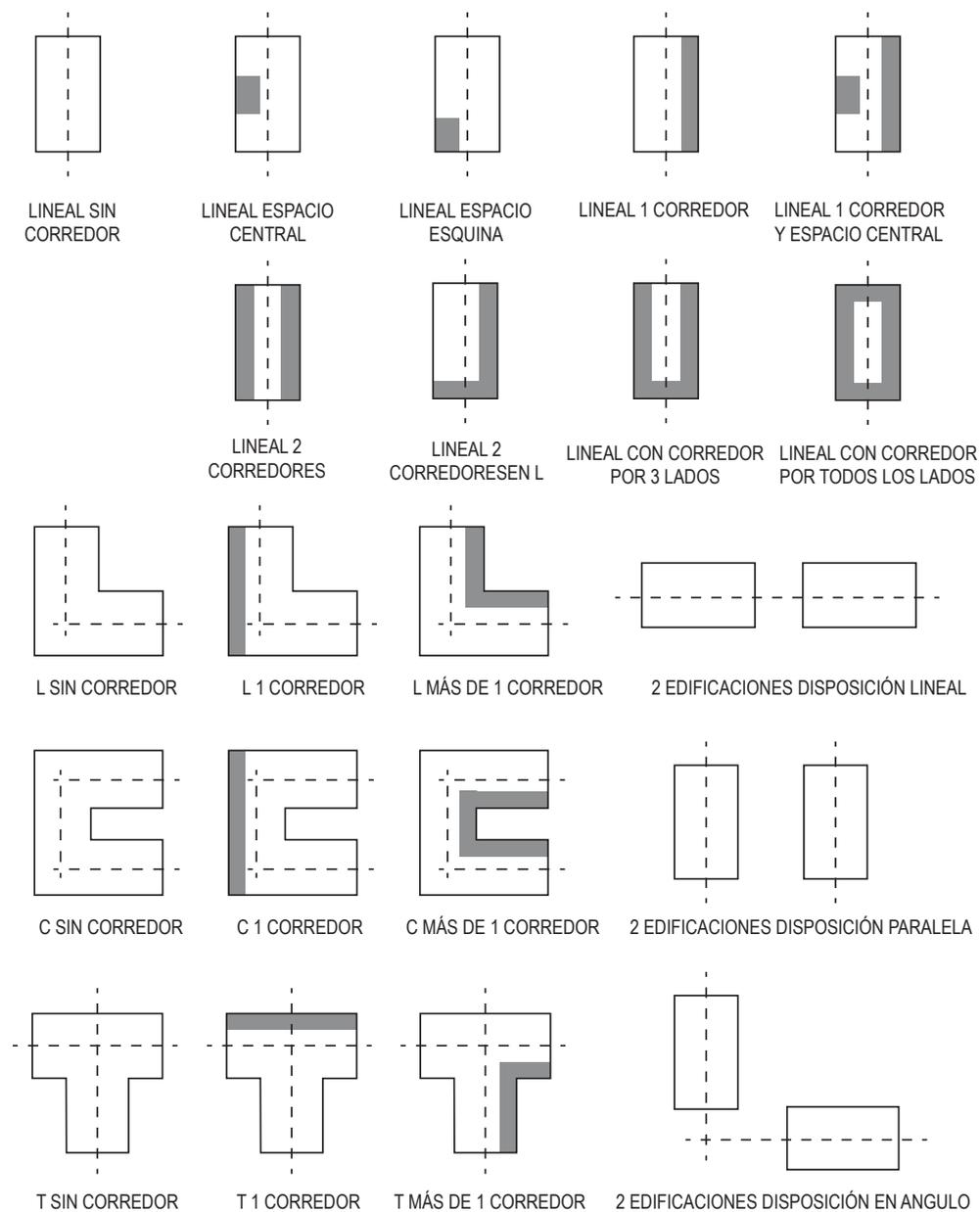


Figura 1. Tipologías de la vivienda cafetera

Fuente: elaboración propia con base en Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocencia, 1984), 18.

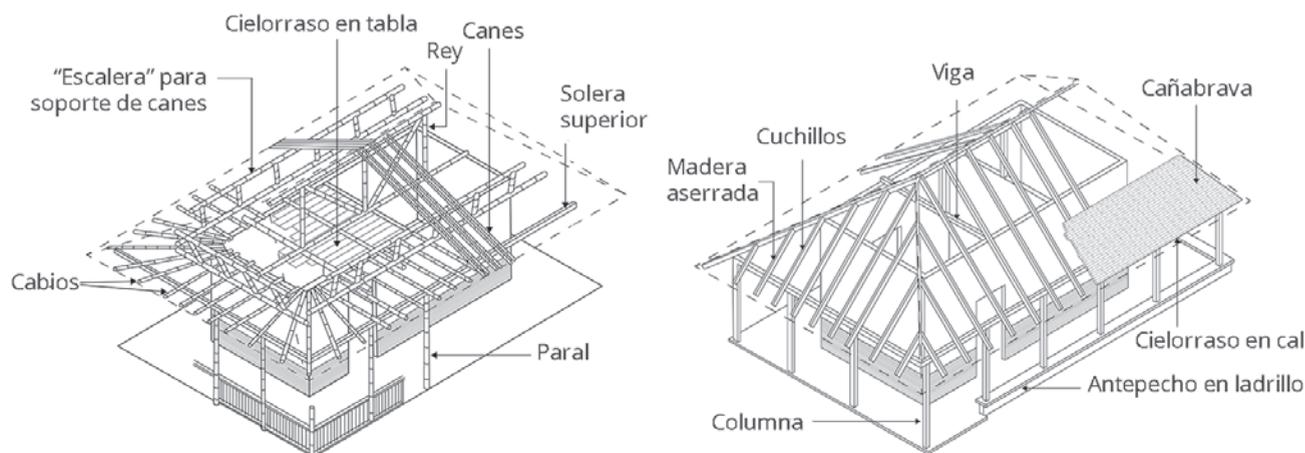


Figura 2. Sistemas estructurales en Quindío y Antioquia

Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984), 182.

En un estudio de caso particular, se detallaron cuatro etapas del proceso constructivo de una vivienda en la vereda La Mariela, del municipio de Pijao en el Quindío, desde las estructuras básicas hasta la vivienda terminada. Como se puede apreciar en los dibujos de la figura 3, el soporte del piso está ligeramente elevado sobre el terreno y el tratamiento estructural de las esquinas se basa en la instalación de diagonales para resistir los esfuerzos en ambos sentidos. La cubierta a dos aguas se soporta en dos cerchas triangulares de guadua colocadas en los bordes laterales, una viga-cercha longitudinal en el eje del caballete y vigas de menor tamaño en cada una de las aguas. Los muros exteriores en bahareque se recubren con barro arcilloso, se pulen y se pintan.

En la figura 4 se ilustran algunas de las formas como se ha manejado, y quizá todavía se maneje, el secado del grano de café después de ser cosechado. Son particularmente interesantes las dos formas que adoptó la casa-helda. En ambas el secadero es también el cielorraso interior de la vivienda; en una de ellas la cubierta se desplaza sobre rieles apoyados en poste afuera de la casa. En otra, menos común, las dos aguas de la cubierta en zinc se abren para dejar asolear el café y se cierran en la noche o en días lluviosos. Todos los movimientos se efectuaban manualmente, sin ayudas mecánicas. Eso hace de este conjunto de vivienda y secaderos una unidad "ecoficiente" en términos actuales.

• La vivienda campesina en la región cafetera central •

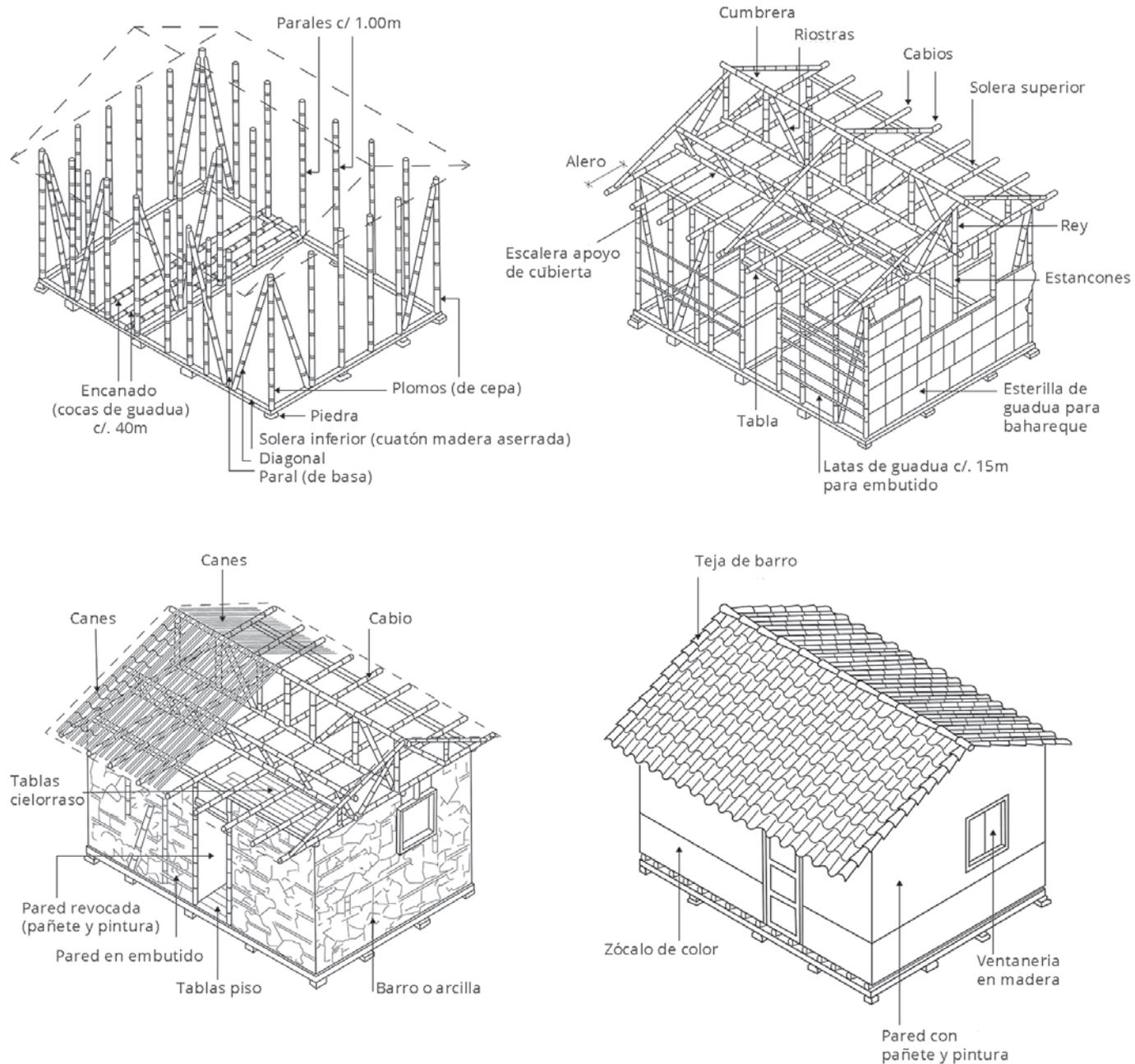


Figura 3. Sistema constructivo, vivienda en Pijao, Quindío

Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocencia, 1984), 183.

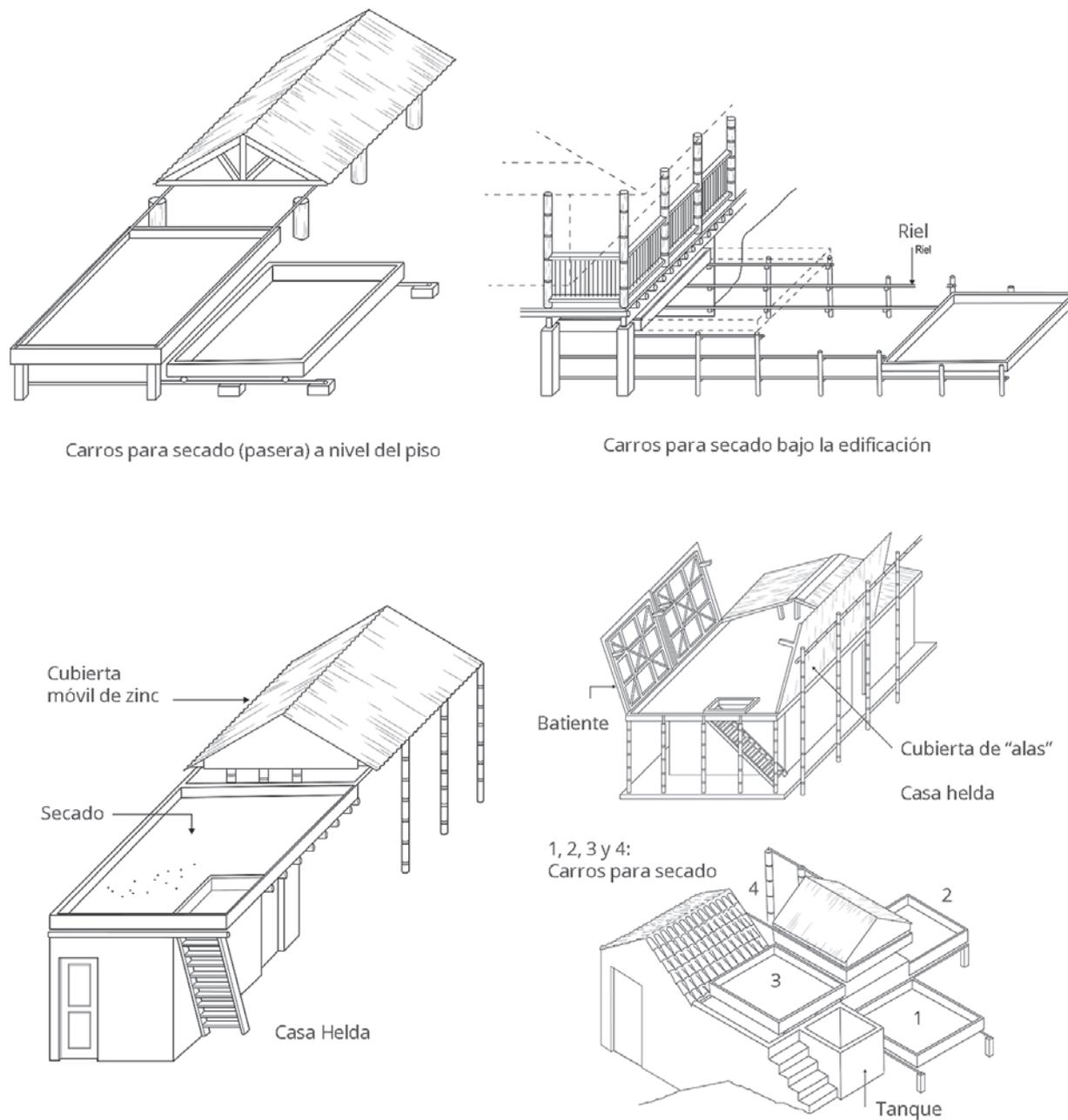


Figura 4. Construcciones para el procesamiento del café

Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984), 187.



Fotografía 9. Vivienda en Jericó, Antioquia
Fuente: fotografías del autor.

En una apretada síntesis gráfica (figura 5), se incluyeron algunas de las características tipológicas, ambientales, morfológicas y constructivas de las viviendas del minifundio en la región cafetera central. Es de destacar la elevación de las viviendas sobre el terreno para aislar los muros de bahareque de la humedad del piso y permitir la circulación del aire como parte de la climatización de la vivienda (fotografía 9). Se aprecian también las formas de aprovechamiento de las pendientes del terreno, el papel de las puertas enfrentadas de los recintos interiores que permiten la ventilación cruzada en momentos calurosos y, en uno de los detalles, la llamada casa-helda, con el secadero de café integrado a la vivienda. Este aspecto es particularmente significativo dado el carácter de unidad productiva de la vivienda cafetera.

La construcción en guadua de las viviendas cafeteras ha sido motivo de varios estudios que han

derivado en avances técnicos tales como el código de sismorresistencia para construcciones en bahareque de guadua expedido hace ya varios años.

En la figura 6, de manera simplificada se detallan algunas de las características de este tipo de construcción tradicional: la estructura del muro de bahareque, su recubrimiento en "latas de guadua" y su revestimiento en barro arcilloso, los empalmes entre postes y vigas, las *chambranas* o barandas con varas de chonta y la manera como se dejan abiertos los vanos para ventanas y, por ende, los vanos para puertas.

Se finaliza este capítulo mostrando cuatro ejemplos representativos de tipos de vivienda campesina cafetera en municipios de Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda, presentados en el libro *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*⁷.

7 Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura*.

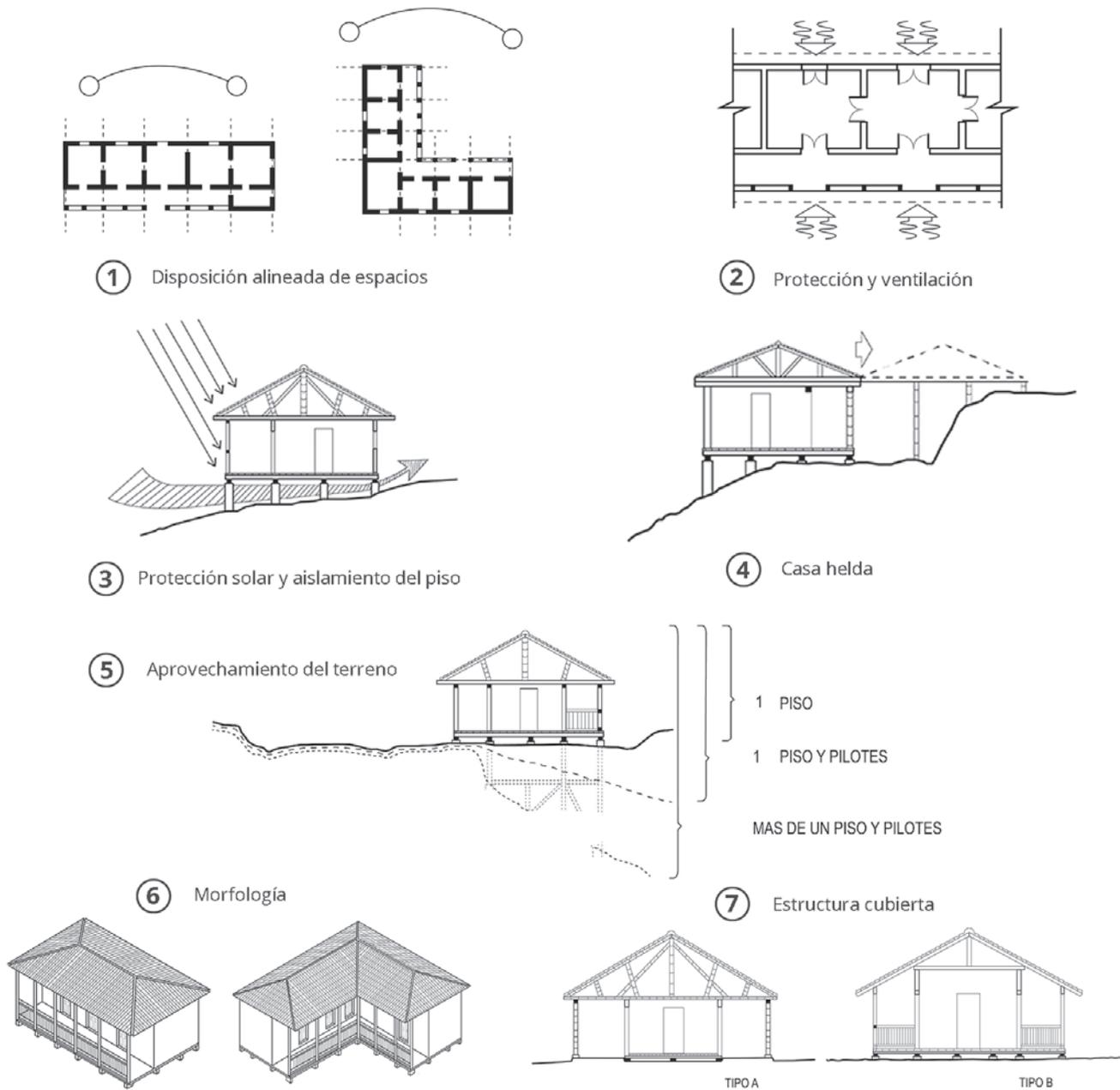


Figura 5. Síntesis de características de las viviendas del minifundio, región cafetera central
 Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*,
 vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros;
 Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984), 179.

• La vivienda campesina en la región cafetera central •

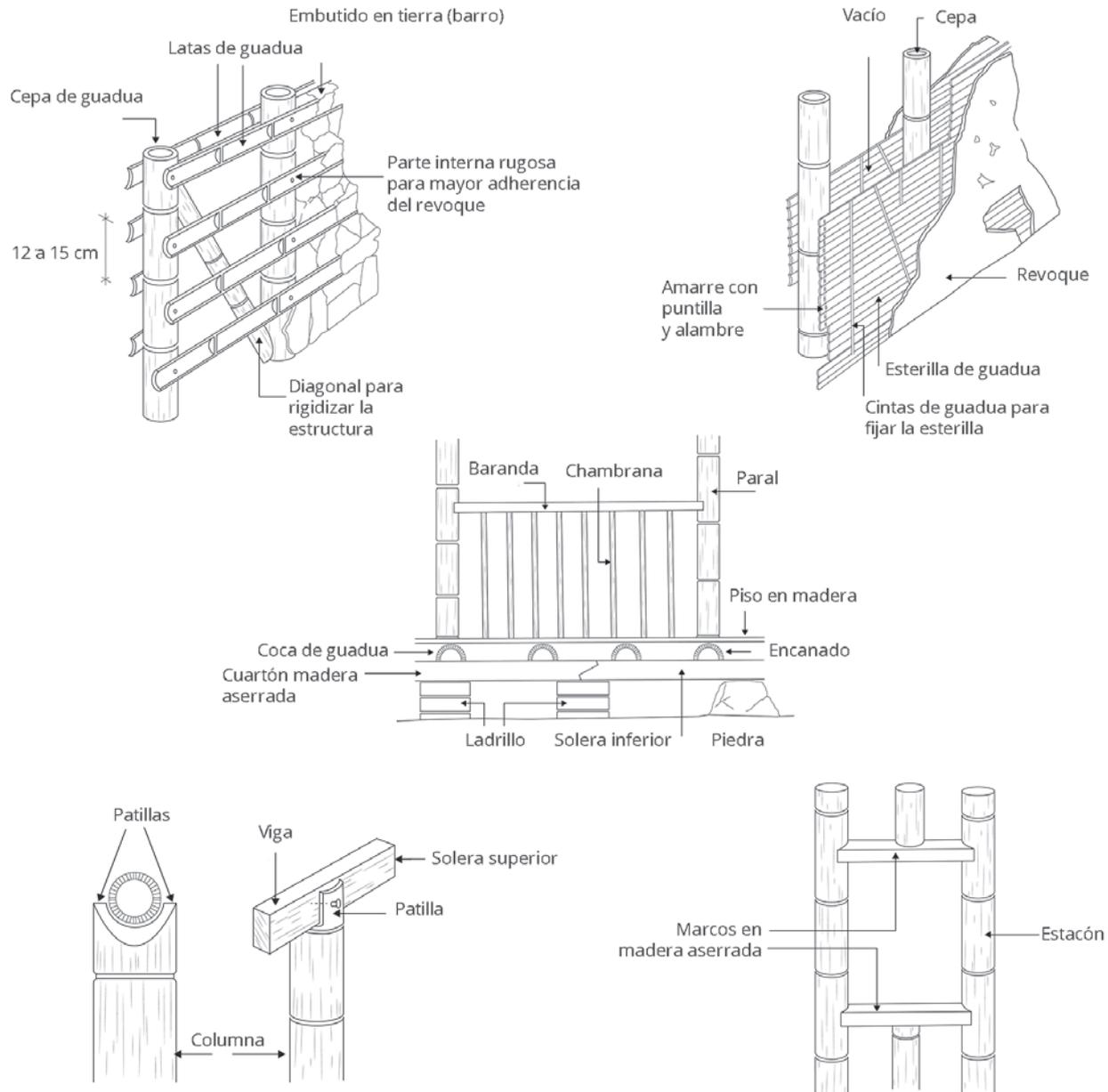
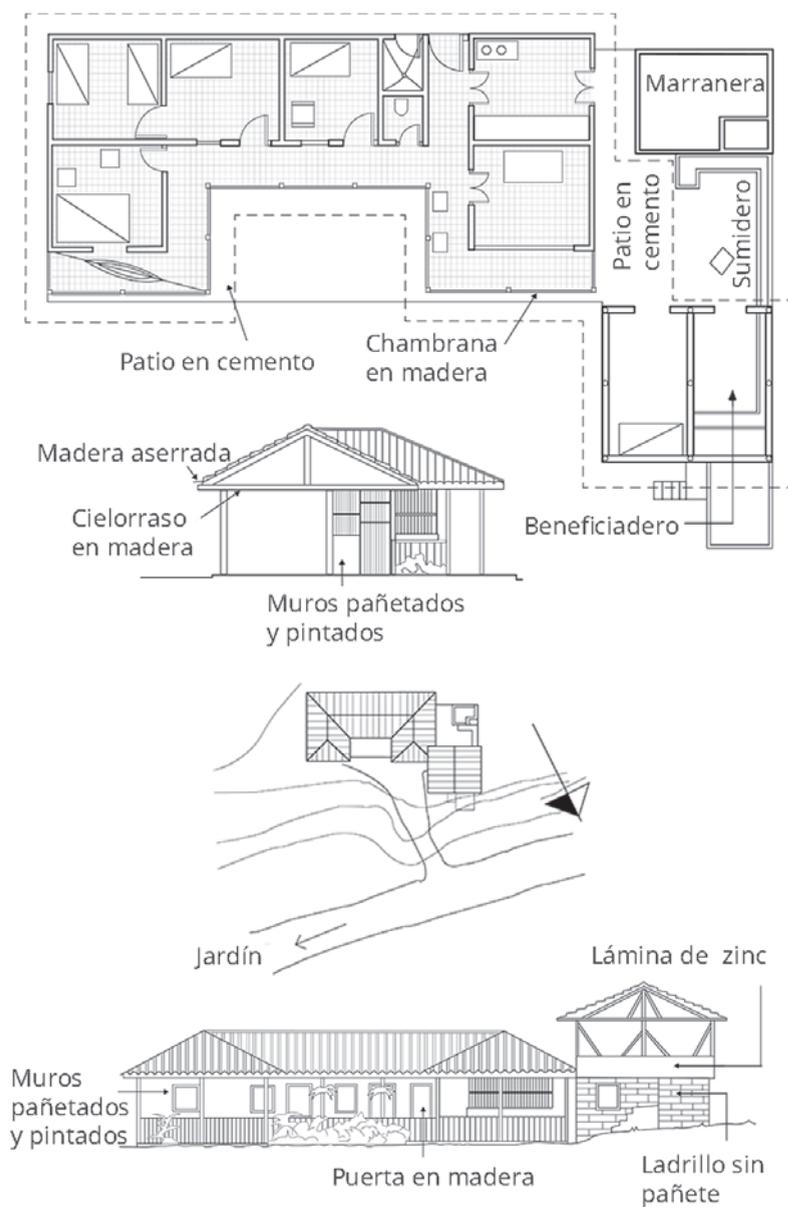
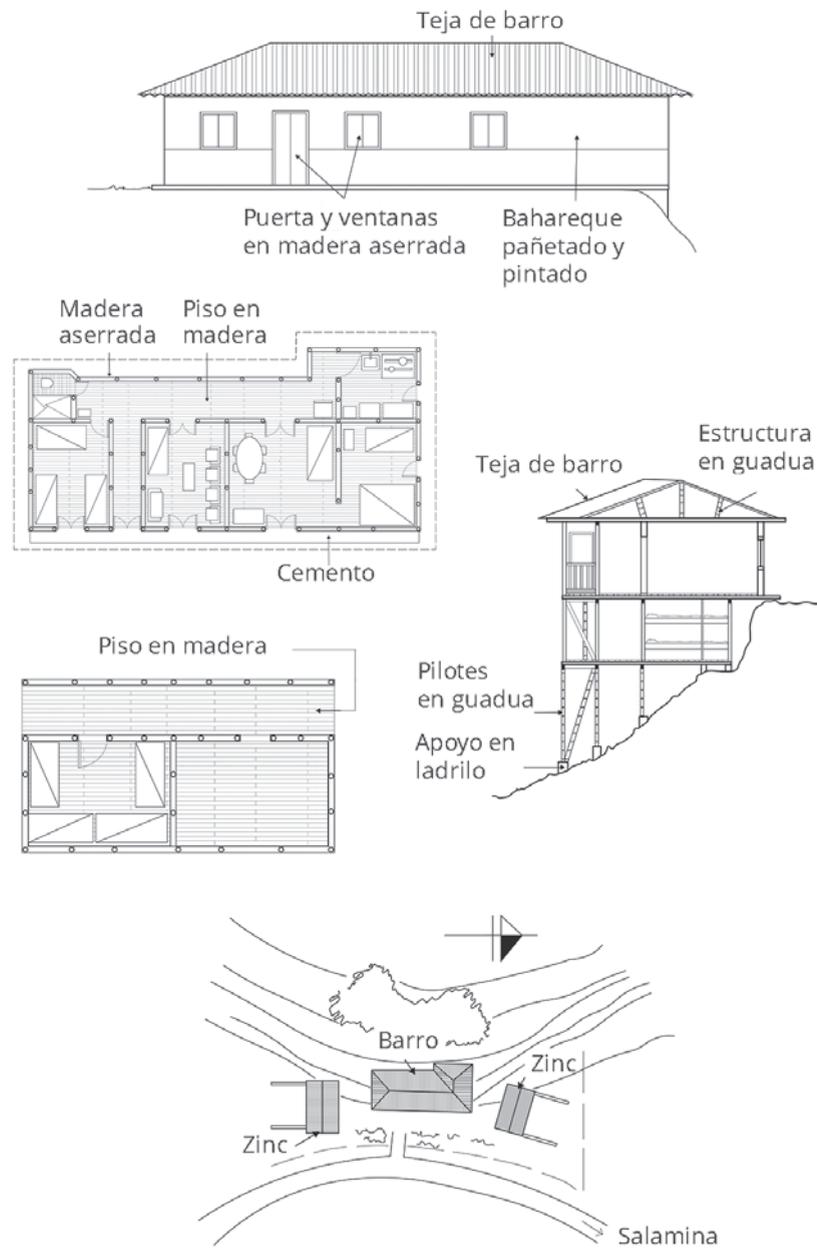
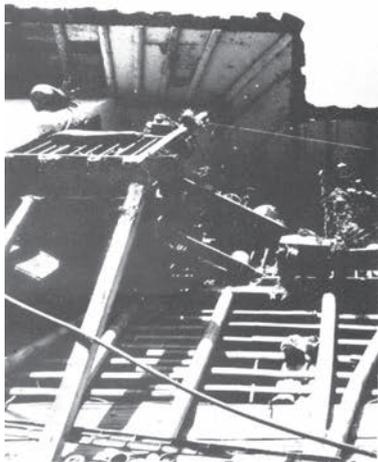
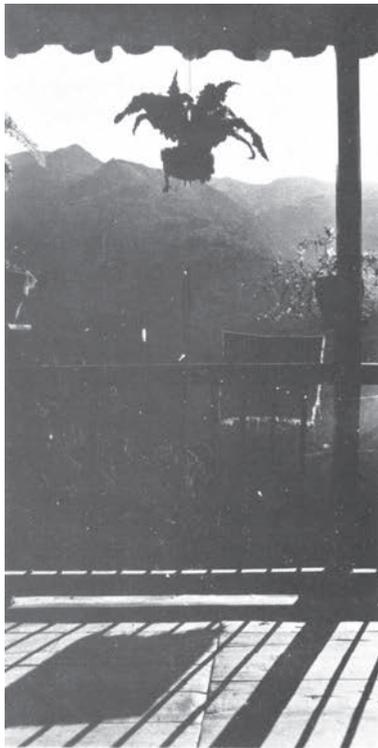


Figura 6. Detalles constructivos de la guadua

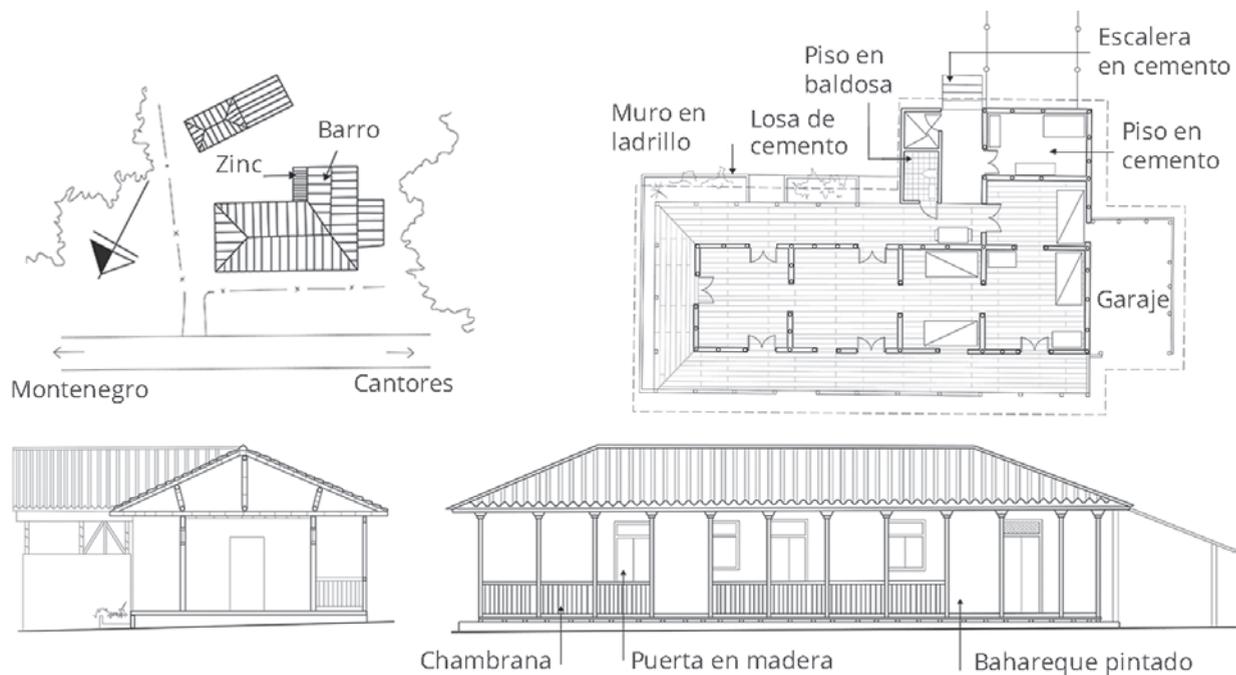
Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocencia, 1984), 186.



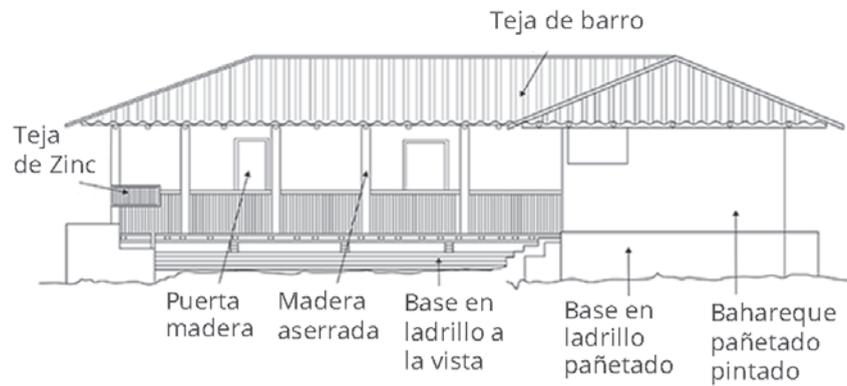
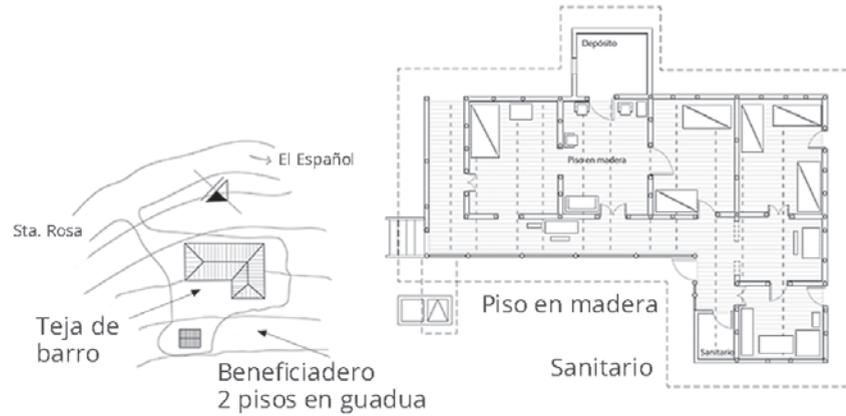
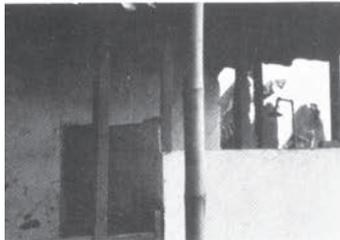
Ejemplo 1. Planta en U. Vivienda en la vereda Gibraltar del municipio de Jardín, Antioquia. Área 113 m²
 Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*,
 vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros;
 Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984), 77.



Ejemplo 2. Planta en L. Vivienda en la vereda Buenos Aires del municipio de Salamina, Caldas. Área 140 m²
 Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*
 vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros;
 Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984), 101.



Ejemplo 3. Planta en L. Vivienda en la vereda Cantone del municipio de Montenegro, Quindío. Área 136 m²
 Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*, vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984), 137.



Ejemplo 4. Planta en L. Vivienda en la vereda Berlín del municipio de Santa Rosa, Risaralda. Área 118 m²
 Fuente: Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*,
 vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda* (Cali: Federación Nacional de Cafeteros;
 Compañía Agrícola de Inversiones; Litocencia, 1984), 154.

BIBLIOGRAFÍA

Fonseca Martínez, Lorenzo y Alberto Saldarriaga Roa. *La arquitectura de la vivienda rural en Colombia*. Vol. 2: *Minifundio cafetero en Antioquia, Caldas, Quindío y Risaralda*. Cali: Federación Nacional de Cafeteros; Compañía Agrícola de Inversiones; Litocenco, 1984.

López Toro, Álvaro. *Ensayos sobre historia social colombiana*. Medellín: C. E. I., 1970.

Palacios, Marco. *El café en Colombia (1850-1970). Una historia económica, social y política*. Bogotá: Editorial Presencia, 1979.

Parsons, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Reichel Dolmatoff, Gerardo. "Colombia indígena. Período prehispánico". En *Manual de historia de Colombia*. T. I. *Prehistoria, Conquista y Colonia*, editado por Jaime Jaramillo Uribe (ed). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura; Editorial Andes, 1978.

Trimborn, Hermann. *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, (1949) 2005.





Parte 3

Arquitectura urbana

Construcción cultural de la ciudad



Fotografía: Diego Carrejo Murillo.

9

Los asentamientos espontáneos en el paisaje cultural de Buenaventura

Diego Carrejo Murillo

La casa de Sebastián Caicedo quedaba en toda la entrada de la calle de La Trinidad y estorbaba el paso hacia el puente de madera, así que un domingo hicimos una minga y entre todos desbaratamos la casa y la volvimos a hacer, corriéndola a un lado donde no estorbaba; en un solo día...

Rebeca Gómez Castillo

La ciudad de Buenaventura, principal centro poblado y puerto del Pacífico colombiano, está habitada, en su mayoría, por comunidades afrocolombianas. Cerca del 90 % de sus barrios se han originado históricamente como asentamientos espontáneos mediante ocupaciones de hecho que surgen ante la necesidad de las familias de solucionar su problema de vivienda. Muchos de los habitantes de los asentamientos llegaron a Buenaventura desde diversos lugares de la región pacífica como resultado de desplazamientos forzados derivados del conflicto armado¹.

¹ Comisión Colombiana de Juristas, "Informe sobre la situación de derechos humanos y desplazamiento forzado de la población afrocolombiana que ocupa el territorio de

Los escasos intentos estatales e institucionales para brindar soluciones habitacionales a bonavereños y migrantes han mostrado una constante histórica: el desconocimiento y la subvaloración por parte de las entidades nacionales y municipales del saber tradicional de las comunidades locales, y de sus modalidades de asentamiento y ocupación orgánica del territorio. Este conocimiento, con hondas raíces culturales ancestrales y ambientales, es suplantado por programas de vivienda insuficientes que imponen una forma de urbanización y construcción característicos de otras zonas, que nada tienen que ver con el paisaje, el clima, el entorno y las costumbres de los pueblos del Pacífico.

Esa no aceptación y el menosprecio por las tipologías tradicionales, sumados a la imposición de valores ajenos que desestiman esta cultura, inciden en la autoestima de los habitantes y retrasan el largo proceso de los asentamientos en su transición de lo rural a lo urbano. Ese urbanismo impuesto, que obedece a otra lógica ambiental y cultural, se traduce en una *aculturación* que conduce al desarraigo y a la adopción de formas de vida y actitudes no propias de la cultura local, que desconocen el entorno natural del Pacífico colombiano.

A partir del enfoque de la *geografía cultural*², que estudia los espacios sin separar los

bajamar de Buenaventura (Valle del Cauca)" (Comisión Colombiana de Juristas, Bogotá, septiembre de 2009), consultado el 31 de agosto de 2020, https://www.coljuristas.org/centro_de_documentacion/documento.php?id_doc=163

2 Federico Fernández Christlieb, "Geografía cultural", en *Tratado de geografía humana*, dirs. Alicia Lindón

componentes naturales de los sociales, y tomando como punto de referencia la noción de *paisaje cultural*, vale la pena dejar hablar a los pueblos vernáculos, tratar de comprender el mensaje de sus geografías e identificar ese saber cultural reflejado en los criterios y formas tradicionales de asentamiento y construcción de las comunidades ancestrales rurales del Pacífico. Analizar este tipo de asentamientos tiene como fin ahondar en su comprensión, en sus formas de adaptación y en sus posibles aplicaciones en los procesos de consolidación de los desarrollos urbanos espontáneos, tanto actuales como futuros, en la ciudad de Buenaventura.

Partiendo de la premisa de que la cultura como concepto permite entender mejor la construcción del espacio³, se busca leer el paisaje urbano conformado por los asentamientos espontáneos de Buenaventura, su forma de asentarse, sus calles, sus casas, su arquitectura como mixtura de rasgos autóctonos indígenas y afrocolombianos rurales del Pacífico colombiano, y descifrar el saber cultural con el que los pobladores urbanos interactúan con su entorno y construyen esa porción de ciudad informal por fuera de la planificación oficial. El objetivo es identificar ese resultado como un paisaje cultural evolutivo y continuo, producto de unas condiciones culturales, sociales y económicas, tanto internas como externas, que se expresan en un medio natural que brinda limitaciones y oportunidades físico-espaciales particulares. En este sentido, este

Villoria y Daniel Hiernaux (Ciudad de México: Antrópos Editorial; UAM Iztapalapa, 2006).

3 Fernández, "Geografía cultural", 228.

capítulo busca hacer visibles las huellas del trabajo de algunas comunidades sobre el territorio bonaverense, como construcción de un paisaje cultural que tiene implícita la alegría y las tradiciones culturales que caracterizan a las comunidades del Pacífico colombiano.

LA APROXIMACIÓN A LA GEOGRAFÍA CULTURAL

Desde el siglo XX la literatura académica ha venido reconociendo la importancia de los conocimientos desarrollados por las sociedades, en particular por las culturas rurales no-occidentales, y explorando nuevas formas de aproximación a los saberes locales a partir de la perspectiva llamada *geografía cultural*. Este enfoque da voz a los pueblos vernáculos para tratar de comprender el mensaje de sus geografías, al proponer *leer los paisajes*, en especial los lugares urbanos, y complementar sus fuentes con documentos escritos y con narrativas de los habitantes del lugar⁴.

Observar los problemas a partir de una mirada cultural implica acercarse a ellos, bajar de las escalas macro para asomarse a la vida puntual de las comunidades y su relación con el territorio. Ello permite hilar finamente las relaciones inseparables entre cultura y paisaje como unidad geográfica moldeada por los individuos y las comunidades, reflejo de su personalidad individual

4 Paul Claval, "El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio", *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 34 (2002).

y grupal. Mirar lo local permite *dar cuenta de los métodos utilizados por los grupos sociales con el fin de interactuar con las naturalezas circundantes, entre ellos mismos y con los otros*.

De acuerdo con Roca, Claval y Agnew⁵, la *geografía humana* invita a reflexionar sobre la diversidad de sistemas de representación y de técnicas con las cuales las personas modelan el paisaje a su imagen y en función de sus valores y aspiraciones. Su mejor aporte es comprender cómo los grupos sociales construyen el mundo, la sociedad y la naturaleza a partir de sus *saberes-hacer* en un trabajo inacabado de construcción. Este método tiene sentido y trascendencia al aplicarlo en estudios de comunidades pequeñas, poblaciones rurales, asentamientos espontáneos y comunidades de los barrios. La *cultura* es la realidad local de un grupo social y el *paisaje* es el terreno donde deja su impronta, al modificar funcionalmente el entorno y su apariencia estética, que contribuye a transmitir usos y significados de una generación a otra. En el paisaje se graban las marcas de la actividad de las comunidades y sus símbolos de identidad.

La ciudad de hecho

En Colombia, y en particular en el Pacífico, como en la gran mayoría de los países con economías emergentes, siguen coexistiendo en los núcleos urbanos una *ciudad pensada* y una *ciudad de hecho* cada vez más grande, desarrollada con el esfuerzo propio de sus habitantes para solucionar su vivienda e incentivada por el acelerado

5 Zoran Roca, Paul Claval y John Agnew, eds., *Landscapes, Identities and Development* (Abington: Routledge, 2011).

proceso de urbanización que vive el país debido a fenómenos como el desplazamiento forzado. Como lo afirma Torres Tovar:

Hoy se imponen todavía las discusiones que tienden a naturalizar la informalidad urbana como algo inherente al crecimiento urbano, sin relacionarla con el modelo de desarrollo, ni con las políticas de Estado y de gobierno. Es claro que la consolidación y el crecimiento urbano no han permitido reducir los problemas de pobreza y exclusión presentes y, por el contrario, han aumentado significativamente, tanto como su población.⁶

Existen una enorme distancia y contradicción entre las pretensiones incluyentes del modelo de las ciudades colombianas, cuando intentan eliminar la segregación socioespacial, alcanzar una convivencia pacífica, ofrecer igualdad de oportunidades y lograr una equidad en el disfrute del territorio, y el resultado realmente alcanzado, pues el modelo urbano está concebido explícitamente en función del modelo de desarrollo económico neoliberal adoptado. Esto se refleja en todos los ámbitos de la vida ciudadana “espacializando un modo de producción que basa su crecimiento y su progreso en las oportunidades de las fuerzas del mercado”⁷.

6 Carlos Alberto Torres-Tovar, “Materialización del derecho a la ciudad” (editorial), *Bitácora* 30, n.º 1 (enero-abril 2020): 10, <http://www.scielo.org.co/pdf/biut/v30n1/0124-7913-biut-30-01-7.pdf>

7 Torres-Tovar, “Materialización”, 11.

Por ello, pensar en un modelo urbano como opción de desarrollo implica hacerlo bajo la perspectiva de *una ciudad que vincule la informalidad y la formalidad* a partir del reconocimiento de formas distintas de hacer ciudad, que garanticen el pleno *derecho a la ciudad* como entidad indivisible e imprescriptible, colectiva y compleja, de manera que permitan el usufructo equitativo y aseguren una *ciudad democrática, incluyente, sostenible, productiva, educadora y habitable*, como lo señaló en el año 2000 la Asamblea Mundial de Pobladores celebrada en México⁸.

Vivienda, arquitectura y patrimonio. Definiciones claves

Un reflejo fiel de la simbiosis que establece el ser humano con el entorno al intentar suplir las necesidades básicas de vida es precisamente su *vivienda*. En los materiales y técnicas de uso están reflejados los aportes del medio ambiente y del hombre con sus tradiciones. Su forma de implantarse en el territorio es una respuesta a las condiciones del clima y del relieve. Como sucede con el vestido, en sus elementos se fusionan significados de color, ornamentación y simbología tomados de la naturaleza y la cosmogonía. La *arquitectura* resultante identifica tanto a la región natural⁹ como a la cultura del hombre que

8 Organización de Pobladores Asamblea Mundial de Pobladores. *Pensando la ciudad del siglo XXI: la voz de los habitantes* (Ciudad de México: Cuaderno de Propuestas del Colegio, 2000).

9 Pedro Sergio Urquijo Torres y Narciso Barrera-Bassols, “Historia y paisaje, explorando un concepto geográfico monista”, *Revista Andamios* 5, n.º 10 (abril 2009).

la habita. Forma parte de la idiosincrasia y del paisaje. Es su sello particular e inconfundible. Sin embargo, es necesario explicar el significado de las múltiples arquitecturas que se superponen en el territorio del Pacífico y las nociones centrales para su comprensión.

Arquitectura histórica y arquitectura tradicional

Se considera *histórica* aquella arquitectura que se construyó en una determinada época o periodo y que constituye un *estilo* o hecho que nunca se repitió. La *arquitectura tradicional* es la que se estableció en una región o lugar en un tiempo ya pasado y que continúa reproduciéndose constantemente en el presente, sin cambios que alteren sus características esenciales, como ocurre con la arquitectura campesina de nuestras áreas rurales en La Guajira, Boyacá, el altiplano del Cauca o de Nariño, y con la arquitectura autóctona del Pacífico.

Arquitectura popular

En Colombia se les denomina *populares* a enormes sectores de la población (85 %) para diferenciarlos de otros estratos sociales y culturales, y se insiste en tratarlos como una *minoría* ordinaria y vulgar. Se trata de las comunidades rurales, de las comunidades étnicas con ancestros indígenas, africanos o mestizos, y de las comunidades urbanas que habitan amplios sectores de nuestras ciudades. La *arquitectura*

*popular*¹⁰ es elaborada por estos sectores populares y se produce a diario en nuestro país, cargada de tradiciones culturales y respuestas ambientales que permanecen en el tiempo. La arquitectura popular constituye así un hecho colectivo, tanto por los conocimientos compartidos como por las mingas organizadas para su ejecución; hecho que permite una individualidad dentro de su unidad (tema y variaciones).

Arquitectura autóctona del Pacífico

Síntesis de herencias culturales y un mestizaje en el que se fusionan tradiciones constructivas de origen indígena y africano, la arquitectura autóctona del Pacífico tiene su origen en el tambo o maloca de las comunidades étnicas prehispánicas que originalmente habitaban el territorio, herederas de las culturas denominadas Urabá y Tumaco-La Tolita o Tulato, y en las costumbres de los negros cimarrones y de los libertos que poblaron más tarde las tierras bajas del litoral pacífico, así como las orillas de los ríos tributarios, a partir de la expedición de la Ley de Manumisión (1851). Tales aportes culturales constructivos no son asunto del pasado, pues se mantienen en su arquitectura vigente¹¹.

Esas respuestas constructivas y culturales al medio ambiente, a la topografía, a las inclemencias del clima, a las crecientes, a la marejada, a la selva húmeda tropical han persistido de

10 Lorenzo Fonseca Martínez y Alberto Saldarriaga Roa, *Arquitectura popular en Colombia, herencias y tradiciones* (Bogotá: Altamir Ediciones, 1992).

11 Alberto Saldarriaga Roa, *Arquitectura y cultura en Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986).

generación en generación por siglos. Sus características aparecen descritas por los cronistas desde la Colonia cuando mencionan que la población de Barbacoas, en Nariño, recibió este nombre porque al llegar los conquistadores encontraron que sus habitantes vivían en casas que parecían *barbacoas* al estar levantadas a una altura como de una vara (80 centímetros) del suelo. Esta información se ve plasmada gráficamente en las acuarelas de la Comisión Corográfica de la Nueva Granada, que entre 1850 y 1862 recorrió el país registrando la geografía, los paisajes, las viviendas, los trajes y las costumbres de sus provincias (ver algunas de estas acuarelas en las imágenes que conforman la figura 1).

En las acuarelas de la región Pacífico, elaboradas en 1853 por Manuel María Paz, como miembro de la Comisión Corográfica dirigida por Agustín Codazzi, se pueden apreciar las construcciones elevadas del piso y elaboradas en tablas de madera o esterilla con cubiertas de hoja de palma, tanto en Barbacoas y en la playa frente a la isla de Gorgona como en las poblaciones de la provincia de Chocó, que muestran la forma y los materiales con que aún se construyen casi dos siglos después, especialmente en las áreas rurales y en la periferia de las ciudades del Pacífico.

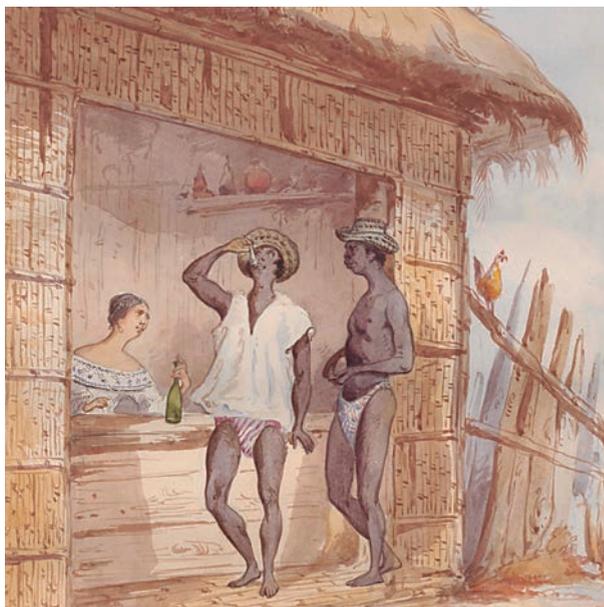
Asentamientos espontáneos

A los asentamientos de hecho, a los que recurren las comunidades urbanas para solucionar de manera autónoma su necesidad de techo y cobijo, se les ha denominado de diferentes maneras en distintas épocas, al ritmo de corrientes

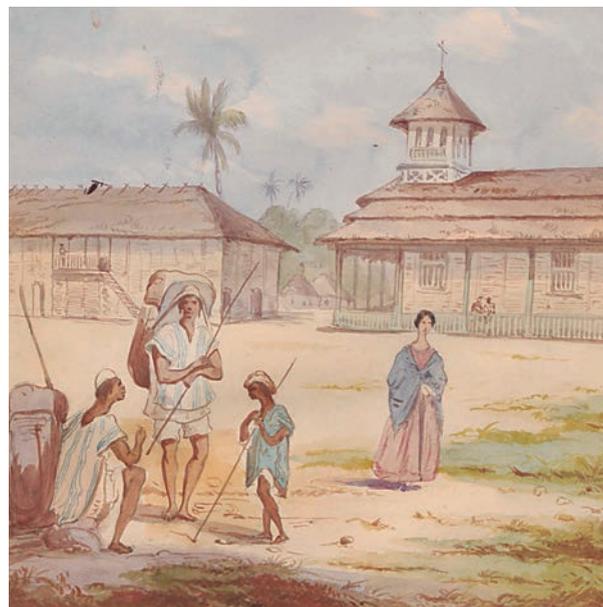
académicas, discursos políticos y entes internacionales que financian condicionalmente el desarrollo en los países del tercer mundo. Han sido catalogados de forma peyorativa como vivienda obrera, sectores populares, invasiones, asentamientos irregulares, informales, marginales, subnormales, precarios, de desarrollo incompleto. Han hecho parte de planes para la erradicación de la pobreza absoluta, y han sido señalados y separados por ser distintos, como si todo el tiempo importunaran a “otros”, ocuparan de manera premeditada terrenos a los que no tuviesen derecho, y por “terquedad” insistieran en habitar en aquellos suelos de más difícil acceso y costoso desarrollo, o habitaran de manera disímil por elección personal y “falta de gusto”.

De acuerdo con el diccionario de María Moliner, el adjetivo *espontáneo* proviene del latín *spontaneus* y “se aplica a la acción o fenómeno que se realiza en un objeto sin intervención de causa exterior a él”; lo asimila con automático, incontrolado, indeliberado, instintivo, involuntario, irreflexivo. También con los sinónimos *motu proprio*, por sí mismo, por su voluntad, abierto, desenvuelto, franco, libre, natural. Significa también hecho por propia voluntad, sin coacción, orden o indicación de otro, es decir, un acto voluntario, y se aplica a plantas que crecen sin cultivo, de forma natural, silvestre. Cuando es aplicado a personas, se dice de quien obra a partir de sus impulsos naturales y no por consideraciones de conveniencia o actos racionales¹².

12 María Moliner, *Diccionario de uso del español* (Madrid: Editorial Gredos, 2008).



Venta de aguardiente en el pueblo de Lloró. Autor: Manuel María Paz, 1853. Sig.: fc_corografica_60. Acuarela sobre papel.



Plaza de Barbacoas. Autor: Manuel María Paz, 1853. Sig.: fc_corografica_41. Acuarela sobre papel.



Vista exterior de las casas de palma en las playas del mar frente a la isla Gorgona. Autor: Manuel María Paz, 1853. Sig.: fc_corografica_44. Acuarela sobre papel.



Vista del río San Juan. Modo de navegar en él. Autor: Manuel María Paz, 1853. Sig.: fc_corografica_68. Acuarela sobre papel.

Figura 1a. Acuarelas de la Comisión Corográfica en el Pacífico.
Fuente: Comisión Corográfica (1850-1859). Láminas 1850-1859, acuarelas. Colección Biblioteca Nacional de Colombia.



Figura 1b. Interior de las habitaciones de los indios. Autor: Manuel María Paz, 1853. Sig.: fc_corografica_59. Acuarela sobre papel
Fuente: Comisión Corográfica (1850-1859). Láminas 1850-1859, acuarelas. Colección Biblioteca Nacional de Colombia.

Todos estos significados y términos describen las inspiraciones con las que se generan los asentamientos mencionados, producto de una acción del hombre sobre su entorno natural, con la cual responde a su inminente necesidad y la de su familia de una vivienda para protegerse, realizada de forma instintiva, involuntaria, no deliberada, automática, por su voluntad, por sí mismo y *mo-tu proprio*. Son asentamientos resultantes de un acto voluntario, que crecen de manera independiente, desenvuelta, abierta, franca, libre, natural, emancipada, sin control ni coacción, sin obedecer a consideraciones de conveniencia frente a otros, más allá de la satisfacción de su propia necesidad de refugio.

Paisaje cultural

Los orígenes del término *paisaje cultural* se remontan a los escritos de historiadores o geógrafos alemanes y franceses de finales del siglo XIX, pero la acepción actual del concepto aparece a principios del XX acuñada por Carl Sauer (1925) en su trabajo "The Morphology of Landscape", en el cual, bajo el enfoque de la geografía cultural, argumenta que el paisaje cultural es "creado a partir de un paisaje natural por un grupo cultural. La cultura es el agente, el área natural es el medio, el paisaje cultural el resultado"¹³. Se infiere entonces que el paisaje cultural corresponde a un territorio o lugar concreto entendido como

construcción humana, caracterizado por cambios impartidos por una cultura coherente y estable.

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) es la encargada de promover el desarrollo de las naciones a partir de la preservación de sus recursos naturales, culturales y la salvaguarda de su identidad. De acuerdo con la Convención del Patrimonio Mundial de la Unesco, se consideran *patrimonio cultural*: "Los lugares: obras del hombre u obras conjuntas del hombre y la naturaleza así como las zonas incluidos los lugares arqueológicos que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico"¹⁴; de estos hacen parte los paisajes culturales. Como categoría aparte del patrimonio natural y cultural, el término *paisaje cultural* abarca una diversidad de manifestaciones de la interacción entre el hombre y su ambiente natural, y se convierte en el lugar de la memoria. Para la Unesco:

los paisajes culturales son bienes culturales y representan las "obras conjuntas del hombre y la naturaleza" [...] Ilustran la evolución de la sociedad humana y sus asentamientos a lo largo del tiempo, condicionados por las limitaciones y/o oportunidades físicas que presenta su entorno natural y por las sucesivas fuerzas sociales,

13 Carl Sauer, "The Morphology of Landscape", en *Land and Life. A Selection from the Writings of Carl Ortwin Sauer*, ed. John Leighly (Berkeley; Los Ángeles: University of California Press: 1969), 63.

14 Unesco, *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural* (París: Unesco, 16 de noviembre de 1972), art. 1.º, consultado el 5 de octubre de 2020, http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13055&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html 0

económicas y culturales, tanto externas como internas.¹⁵

El Convenio Europeo del Paisaje, que entró en vigor en marzo de 2004 luego de ser ratificado en diez países, valora la dimensión cultural, ecológica, medioambiental y social del paisaje, y reconoce que constituye un recurso favorable para la actividad económica y para el reforzamiento de la identidad de un territorio. Para el catalán Joaquín Sabaté Bel, paisaje cultural es un ámbito geográfico asociado a un evento, actividad o personaje histórico, que contiene valores estéticos y culturales o, dicho de una manera más sencilla y hermosa, “paisaje cultural es la huella del trabajo sobre el territorio, algo así como un memorial al trabajador desconocido”¹⁶.

Las aldeas rurales del litoral pacífico

El criterio de implantación y distribución físico-espacial responde fundamentalmente a las cuencas hidrográficas, por ser los ríos con sus afluentes y el mar la principal vía de transporte

y comunicación, o la única en la gran mayoría de los casos. La cuenca reúne una red de pequeñas localidades rurales de todo tipo, compuestas por hábitats dispersos que van desde una o dos casas aisladas a vecindarios rurales, núcleos veredales, hasta aldeas menores y mayores¹⁷.

De esta manera, el ámbito rural del Pacífico colombiano funciona mediante veredas con diversos tipos de hábitats cercanos, relacionados entre sí a través de las prácticas de la vida cotidiana, como el desmonte del bosque, la siembra de plántos de pancoger, la caza y la pesca artesanal que les garantiza vivir de lo que la naturaleza les ofrece, y que configuran en su conjunto pequeñas comarcas fluviales o costeras, cada una con su identidad y personalidad propias. Se identifican así varias microrregiones estructuradas en torno a los ejes de poblamiento, constituidos por las costas y los ríos principales con sus tributarios¹⁸.

En la implantación de los grupos de casas por familias son claves las quebradas y cuerpos de agua, que los colonos respetan y cuidan y les sirven de separación entre sí. Los terrenos de cultivo son pequeñas áreas que están ubicadas detrás de sus casas, producto de la limpieza de la selva o desmonte para destinarlos a pequeñas huertas y a diferentes sembrados de pancoger, lo que les permite asegurarse de una variedad de bienes en bajas cantidades y en espacios reducidos; esto significa producir “poco de mucho”, a diferencia de la racionalidad agroindustrial que

15 Unesco, Comité Intergubernamental de Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural y Centro del Patrimonio Mundial, *Directrices prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial* (París: Unesco, enero de 2008), 16, consultado el 5 de octubre de 2020, https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000188411_spa?posInSet=2&queryId=746e68c1-7cc2-4d59-bbea-4bbd8a941e8b

16 Joaquín Sabaté Bel, “Paisajes culturales y desarrollo local: ¿alta costura o prêt a porter?”, *Labor e Engenharia* (Universidade Estadual de Campinas)1, n.º 1 (julio 2007), DOI: 10.20396/lobore.v1i1.231 En Colombia, el Paisaje Cultural Cafetero fue inscrito en la lista de Patrimonio Mundial de la Unesco en el año 2011.

17 Gilma Mosquera Torres y Jacques Aprile-Gnisset, *Hábitats y sociedades del Pacífico*, vol. 3, *Aldeas de la costa de Buenaventura* (Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2006).

18 Mosquera Torres y Aprile-Gnisset, *Hábitats y sociedades*.

consiste en producir “mucho de poco” mediante la homogeneización del paisaje¹⁹. Así pues, el manejo de sus recursos naturales supone la explotación de bienes limitados en áreas de naturaleza frágil, de difícil acceso y en forma aislada.

EL PASO DE LA ALDEA RURAL AL ASENTAMIENTO URBANO. SEIS CASOS DE ESTUDIO EN BUENAVENTURA

Este componente del análisis aborda la manera en la cual los migrantes rurales que llegan a Buenaventura construyen y usan la vivienda urbana y su entorno, con el fin de detectar si criterios ambientales y constructivos aplicados en la producción del paisaje cultural rural funcionan y persisten en los barrios de la ciudad. El análisis se basa en los cambios ocurridos durante el proceso de inicio, desarrollo y consolidación del asentamiento espontáneo.

La importancia del concepto de *paisaje cultural* radica en que un análisis desde esta perspectiva

19 Narciso Barrera-Bassols, Pedro Sergio Urquijo Torres y Federico Fernández Christlieb, “Geografía y saberes locales sobre el paisaje: un giro disciplinario desde la alteridad” (ponencia, Coloquio Internacional “Los giros de la geografía humana: desafíos y horizontes”, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología, México D. F., 26-28 de noviembre de 2008), 14.

no separa el espacio físico de la población que lo ocupa y lo transforma a partir de prácticas cotidianas²⁰. Fuertemente imbricados entre sí, se consideran los aspectos ambientales, urbanísticos y constructivos como condiciones estructurantes del lugar. Se tienen, como punto de partida para el análisis de los casos, la base geográfica del territorio urbano mediada por un sistema natural compuesto por la red hídrica de esteros, quebradas y escorrentías, la topografía, la flora y fauna, y las características generales del paisaje.

Dentro de los procesos de cambio que viven usualmente los asentamientos espontáneos en su periplo hacia su consolidación en la ciudad de Buenaventura, se pueden identificar al menos tres momentos relacionados con el *nivel de desarrollo alcanzado*, medido en términos de ocupación del territorio y estructuración física del asentamiento, disponibilidad de servicios públicos y equipamientos, como también las características evolutivas de las viviendas en cuanto a materiales, áreas construidas y evolución de los espacios:

- **Nivel incipiente:** corresponde a los inicios del asentamiento, cuando existían unas pocas viviendas construidas en madera sobre pilotes, redes provisionales de acueducto y energía, sin alcantarillado y vías provisionales sin un trazado definido. Algunas viviendas tienen pequeñas ventas de artículos de primera necesidad. Alcanzan un nivel de desarrollo general que oscila entre el 1 y el 40 %.

20 Alberto Ayala M., *El concepto de paisaje en una perspectiva cultural para el equipamiento recreativo y deportivo* (Bogotá: Alcaldía de Bogotá D. C. / Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, 2008).

- **En consolidación:** se clasifican en este nivel de desarrollo los asentamientos en proceso de cambio, en los cuales las redes de acueducto y energía ya son legales, tienen instalados contadores domiciliarios, pueden conectarse al alcantarillado de la ciudad y tener teléfono fijo. Las vías ya están definidas en su sección e inician el proceso de pavimentación, cuentan con algún tipo de transporte público, tienen cobertura de algún equipamiento comunitario de salud y/o educación propio o cercano. Existen pequeñas tiendas de abarrotes y de prestación de servicios combinadas con la vivienda. Las casas pueden ser híbridas en sus materiales, parte en madera y parte en mampostería, pues empiezan a transformarse en casas de “material”, lo que se refiere al uso del ladrillo y del concreto. Su nivel de desarrollo general se ubica entre el 41 y el 80 %.
- **Consolidado:** nivel de desarrollo del barrio que tiene casi todas las casas construidas en mampostería, redes de servicios públicos, vías pavimentadas en su mayoría, equipamientos comunitarios públicos o privados en salud y educación,

servicio de transporte público, algunos negocios comerciales de mediana escala y con cierta especialización, y un grado de desarrollo entre el 81 y el 100 %.

En cuanto a la *morfología*, puede observarse que en Buenaventura ha sido implantado un tipo de manzana ortogonal, basada en la cuadrícula española con un orden de calles y manzanas que mantienen una continuidad; sistema de urbanización que impera en el interior del país. Se identificó que cerca del 40 % de las manzanas de la ciudad son ortogonales (centro y periferias conectadas con la avenida Simón Bolívar, eje vial principal de acceso a la ciudad). El 30 % son de morfología mixta y están mezcladas con las manzanas ortogonales. Un 15 % corresponde a morfología orgánica; el 10 % a manzanas de bajamar, en los palafitos de la isla de Cascajal y la zona de esteros; y el 5 % se han denominado manzanas especiales y se encuentran en la zona portuaria y, en proporción mínima, en la zona de astilleros (figura 2).

Una vez clasificados los asentamientos de Buenaventura según el nivel de desarrollo alcanzado y las morfologías de manzana, se seleccionaron seis barrios como casos de estudio para el análisis, los cuales representan los tres niveles de consolidación mencionados (tabla 1).

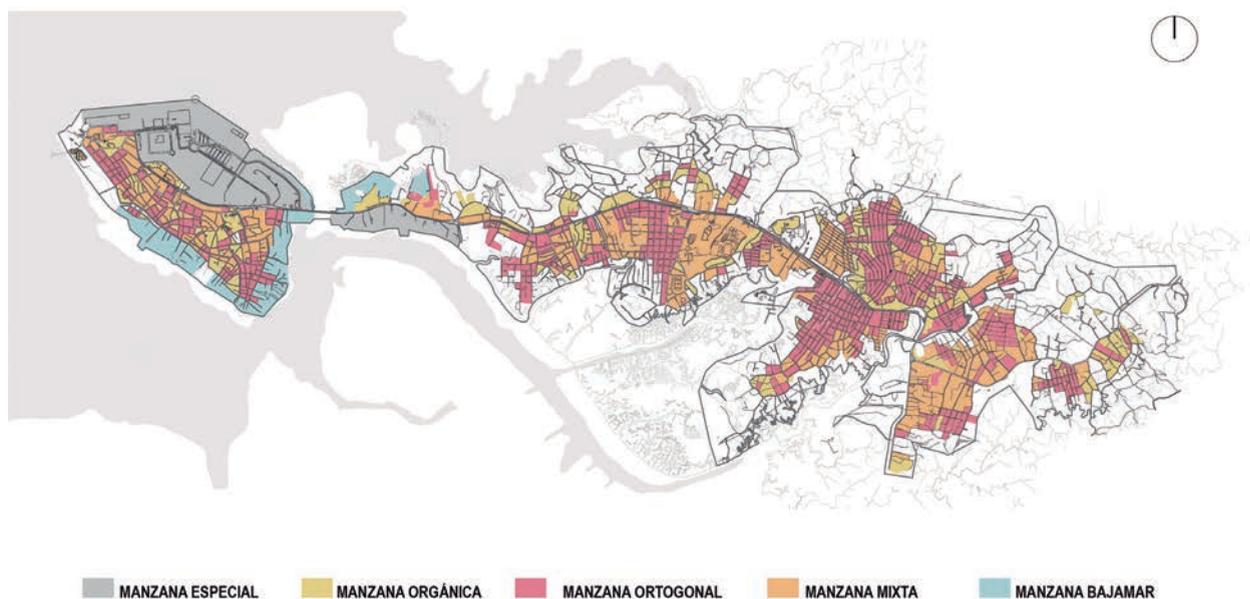


Figura 2. Tipologías morfológicas de manzana en Buenaventura
Fuente: elaboración propia, 2020.

Tabla 1. Casos de estudio clasificados de acuerdo con nivel de desarrollo

Morfología de manzana	Incipiente	Consolidado	En consolidación
1. Ortogonal			La Independencia II
2. Orgánica	- La Nueva Floresta - La Rivera		
3. Mixta		Matía Mulumba	- La Independencia II - El Jorge
4. De bajamar		La Transformación, parte baja (Anillo Vial)	

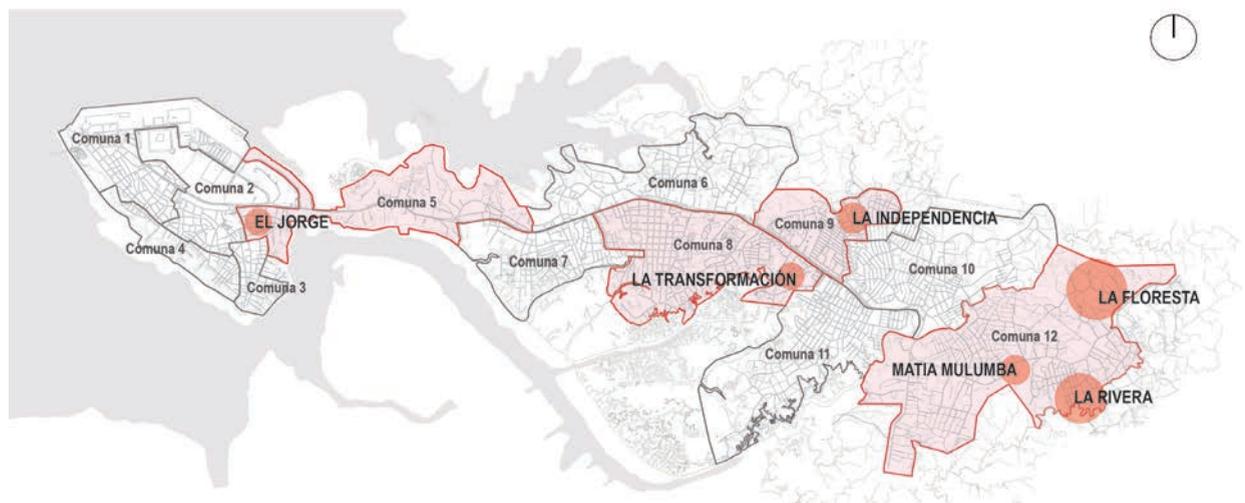


Figura 3. Localización de casos de estudio por nivel de consolidación
Fuente: elaboración propia, 2020.

Además de los criterios anteriores, para la selección de los casos de estudio se consideraron la garantía de seguridad para el acceso a los barrios y la cobertura geográfica del análisis, con el fin de integrar tanto a la isla de Cascajal como al área continental de la ciudad (figura 3). En cada uno de los seis barrios seleccionados, se llevaron a cabo jornadas de observación y levantamiento de información primaria, registros fotográficos y entrevistas a líderes comunitarios para conocer sus memorias y narrativas.

Asentamientos incipientes

Barrio La Floresta

Ubicado en la comuna 12, zona continental de Buenaventura, tiene un área aproximada de 61 600 m². Es un claro ejemplo de asentamiento inducido por un urbanizador que incumple sus obligaciones urbanísticas plasmadas originalmente en un plano aprobado. La topografía muestra pendientes pronunciadas, con formas sinuosas y una cresta a lo largo del barrio. La densidad es media-baja, con equipamientos locales de baja cobertura sin una infraestructura adecuada. La morfología de las agrupaciones de viviendas muestra predios aislados que no conforman aún manzanas (fotografías 1 a 6).



Fotografías 1-6. Barrio La Floresta
Fuente: fotografías del autor, 2013.

Barrio La Rivera

Ubicado en la comuna 12 de la zona continental de la ciudad, tiene un área aproximada de 43 500 m². Está implantado sobre una topografía de pequeñas colinas alargadas con formas irregulares. Su densidad es muy baja y no tiene aún una morfología definida de manzana por su nivel de consolidación incipiente.

El acceso a servicios públicos es limitado y no tiene equipamientos que suplan las necesidades básicas de la población (fotografías 7 a 12).

Asentamientos en consolidación

Barrio La Transformación, parte baja

Localizado entre esteros de la comuna 8, en la parte continental de la ciudad, tiene un área aproximada de 202 000 m², de la cual el 90 % corresponde a zonas con pendientes menores al 30 %. La densidad es media-alta, a excepción de la zona baja de esteros donde la densidad es baja. Cuenta con un equipamiento educativo (colegio Termarí). Sus manzanas son alargadas, con 25 predios por manzana en promedio en las zonas más densas. Las áreas de bajamar están en proceso de consolidación y no existen vías adicionales al Anillo Vial. Se observa cómo lo



Fotografías 7-12. Barrio La Rivera
Fuente: fotografías del autor, 2013.

construido empieza a predominar sobre los elementos naturales como el estero y la vegetación que, a pesar de estar presentes de manera importante, no hacen parte de la estructura urbana del barrio. Parecería ser que el estero no se ve como elemento natural con potencialidades, sino como obstáculo que impide el desarrollo de viviendas, vías y espacio público, al que le da la espalda y lo convierte en zona de desechos.

En el proceso de consolidación se puede ver cómo a partir de rellenos se van creando las vías y se modifica la topografía para conformar las manzanas y/o agrupaciones de viviendas. La arborización desaparece del paisaje principal y queda en la parte posterior de las vivienda o solares (fotografías 13 a 18).

Barrio Matía Mulumba

Localizado en la comuna 12 de la zona continental de la ciudad, con un área aproximada de 116 700 m². Su topografía es muy irregular y se caracteriza por una zona alta de borde que corresponde a la vía principal del barrio y áreas bajas inundables con presencia de pequeñas escorrentías. Tiene un equipamiento de salud, un colegio y pequeños establecimientos de servicio educativo en viviendas que han cambiado su uso para tal fin. A pesar de estar aún en proceso de consolidación, Matía Mulumba conserva rasgos de asentamiento incipiente con elementos naturales dentro del paisaje urbano, como la quebrada y las escorrentías, las zonas arborizadas y la



Fotografías 13-18. Barrio La Transformación, parte baja

Fuente: fotografías del autor, 2013.

topografía, que han condicionado el trazado y la morfología actual del barrio (fotografías 19 a 24).

Se conserva parte de las áreas de protección de la quebrada Mondomo por decisión de la planeación comunitaria, pues la población que habita la zona determinó respetar los criterios ambientales para el crecimiento y posterior consolidación del barrio, los cuales quedaron plasmados en un documento de plan barrial desarrollado por la comunidad misma que apuntó a mejorar la calidad de los residentes.

Asentamientos consolidados

Barrio El Jorge

Ubicado en la comuna 5, Isla Cascajal, cuenta con un área aproximada de 55 800 m², en una zona plana resultante de esteros que fueron rellenados por la comunidad. Las manzanas son alargadas orgánicas y otras ortogonales, la mayoría con 50 predios en promedio. Su densidad es alta, con una ocupación total de los predios. Allí se encuentra el edificio de las Empresas Públicas Municipales y otros equipamientos de nivel urbano muy cercanos, como el Núcleo Francisco José



Fotografías 19-24. Barrio Matía Mulumba
Fuente: fotografías del autor, 2013.

de Caldas, el Hospital Departamental de Buenaventura y el Polideportivo Montechino.

La estructura ambiental está intervenida casi en su totalidad; el estero, la topografía y las zonas arborizadas fueron transformándose en áreas construidas a lo largo del proceso de consolidación. Son pocos los predios que conservan áreas verdes en el espacio urbano (antejardín) o en el espacio interior (solar, patio posterior). El Jorge tuvo una intervención parcial del Instituto de Crédito Territorial (ICT) que construyó un

grupo de viviendas, las cuales evidencian cómo las instituciones del interior del país promueven un urbanismo que no considera las condiciones naturales y climáticas del entorno, y que modifica drásticamente la topografía, la tipología de viviendas, el trazado de las calles y el paisaje urbano en general. Las vías principales están trazadas sobre las partes más altas del terreno y siguen la topografía de forma serpenteada. De allí se desprenden las calles secundarias hacia las zonas bajas (fotografías 25 a 30).



Fotografías 25-30. Barrio El Jorge
Fuente: fotografías del autor, 2013.

Barrio La Independencia, II etapa

Localizado en la comuna 9, zona continental, tiene un área aproximada de 160 000 m². La topografía es ondulada, con una cresta en el límite del barrio que forma un anillo de una vía principal. La Independencia está en un 90 % sobre ladera, la densidad es alta y con alto grado de consolidación, equipamientos educativos de nivel urbano, como el Núcleo de La Independencia, parroquia católica, inspección de Policía,

estación de bomberos sectorial, centro de práctica de boxeo y otros equipamientos menores. Las manzanas están bien definidas y tienen forma alargada, con 40 predios en promedio. La estructura ambiental fue modificada prácticamente en su totalidad, casi sin dejar zonas verdes. La topografía, modificada en menor escala, muestra los niveles del terreno, vías principales trazadas de forma serpenteada en la parte alta y vías secundarias que conducen hacia las partes bajas (fotografías 31 a 35).



Fotografías 31-35. Barrio La Independencia, II etapa
Fuente: fotografías del autor, 2013.

Aspectos parentales y sociales

Las relaciones parentales tienen una fuerte connotación cultural y son la base de las relaciones sociales, a partir de las cuales se originan incluso los poblados rurales a lo largo del Pacífico colombiano. De una pareja de colonos nacen los hijos y establecen un estrecho vínculo de solidaridad y mutuo apoyo durante las prácticas cotidianas de laboreo, en las estrategias de sobrevivencia, apropiación del entorno y creación

de espacios vitales. Estas relaciones parentales, que se reproducen en la familia extensa a través de los nuevos hogares conformados por sus hijos, sobrinos, nietos y sucesivamente, actúan como medios de protección en la comunidad en general, acrecentados por su doble condición de comunidad rural en un entorno selvático y de minoría étnica.

Esas relaciones parentales y sociales siguen presentes en los procesos migratorios continuos (voluntarios o forzados) de las comunidades

rurales del Pacífico colombiano. En las ciudades, las relaciones de parentesco son aprovechadas permanentemente en los procesos de creación colectiva de los asentamientos espontáneos, ocupados en gran medida por población migrante como una manera de solucionar su necesidad individual e inminente de hábitat. En cuanto al lugar de procedencia de su familia, algunos líderes mencionaron lo siguiente: “Yo nací aquí en Buenaventura y mis padres provienen del río Cajambre” (líder de Nueva Floresta); “soy de procedencia de López de Micay, al igual que mi familia (líder de La Rivera); “yo vivía en el corregimiento de El Basal, municipio de Versalles, Valle” (líder de La Transformación, parte baja); “nací en Buenaventura, mi papá era del río Micay y mi mamá de Cacagual, Chocó” (líder de Matía Mulumba); “yo nací en Timbiquí y llegué a Buenaventura con 17 años de edad”, y “yo nací en El Charco y llegué a Buenaventura con 6 años de edad, mi esposa sí es de Buenaventura” (líderes de La Independencia II); “mi familia venía del kilómetro 43 de la carretera vieja de Cali a Buenaventura, mi papá era del Saija y mi mamá del Chocó”; “yo nací aquí en Buenaventura, aunque mi mamá era de Barba-coas (Nariño) y mi papá chocoano”, y “mi nombre es Marcial Fong, nací en Buenaventura, mi familia proviene de China” (líderes de El Jorge).

Respecto de las relaciones de parentesco entre las primeras familias, las personas entrevistadas en los diferentes asentamientos manifestaron lo siguiente: “Las familias aquí asentadas sí tenían parentesco, principalmente las que provenían del río Timbiquí” (La Rivera); “los colonos eran más

o menos diez familias que provenían de Zacarías, San Marcos y Llanobajo, desplazadas por el conflicto armado, todos entre ellos eran familia entre sí” (Matía Mulumba); “sí había relaciones de parentesco entre los pobladores iniciales, las familias originales raizales del barrio fueron los Granja, los Calimeño, los Caicedo” (El Jorge). Esto muestra que en la creación de barrios en Buenaventura persisten las relaciones parentales, en las que una persona invita y trae consigo a sus familiares para asentarse en un mismo lugar, a tal punto que hay barrios reconocidos como la morada de una o dos familias en particular.

Así mismo, la solidaridad social y el trabajo mancomunado de los miembros de la familia y entre vecinos son una constante en la solución de la vivienda y la conformación de los asentamientos espontáneos urbanos en Buenaventura, como lo evidencian los testimonios de los líderes:

Al comienzo entre todos rozaron y limpiaron el sitio, y recuerdo que aparecieron muchas culebras.

Líder de La Nueva Floresta

[Cartón de Colombia] prohibía la construcción de viviendas en el sector; sin embargo, al señor Baltasar Riscos, mi abuelo, se le permitió construir una vivienda con el objeto de que vivieran él y su familia, pero a la vez le sirviera a la empresa para guardar las herramientas.

Líder de La Rivera

El estero había sido cedido por el Municipio al programa de Malaria para un embarcadero; yo fui a hablar con el ingeniero de Malaria y le dije que yo necesitaba construir porque tenía 10 muchachitos y debía 6 meses de arriendo y por eso me dejó construir. Busqué un señor de Planeación para que me diera la línea de paramento, a este señor le pagamos \$2 000 entre todos.

Líder de La Transformación

[En Matía Mulumba] esta etapa la inició un señor Chucho en 1998 con desplazados de la carretera vieja a Cali. Rozamos el terreno y trazamos lotes de 6 por 12 metros. Además de la Junta de Acción Comunal, hay un grupo juvenil llamado Sol Naciente y algunas mujeres hacen parte de un grupo de parteras. Todos trabajamos, junto con la comunidad de La Gloria, en solventar nuestras necesidades.

Líder de Matía Mulumba

[Ante la falta de servicios públicos] en el matadero les suministraban agua a las mujeres y niños que iban a pedirla en ollas y baldes [...] Cuando la casa de Sebastián Caicedo quedaba en toda la entrada de la calle de La Trinidad, y estorbaba el paso por el puente de madera, un domingo hicimos una minga y desbaratamos la casa entre todos y la volvimos a hacer en un solo día, corriéndola a un lado donde no estorbaba [...] Desde la calle principal que estaba en la loma, fuimos haciendo el relleno de la vía con basuras. Como cerca

estaba la galería traíamos la basura, y la íbamos regando y apisonando para conformar el [suelo] firme y liberarnos de los puentes. La calle la conformamos con basura, aserrín, balastro y quebrado²¹; con lo que hubiera. El pavimento llegó ya en el año 1990, con la pavimentación comunitaria. Cada casa ponía su cemento y el Municipio los otros materiales y la maquinaria. Se iban treinta y pico de bultos de cemento por casa y así no le cobraban el trabajo al propietario.

Líder de El Jorge

La casa la construimos con esfuerzos propios mediante los materiales dados por el ICT; el material había que traerlo desde la iglesia.

Líder de La Independencia

Estos relatos son una muestra fehaciente de la solidaridad de las personas y las instituciones, como del trabajo copartícipe y mancomunado realizado entre vecinos en procura del mejoramiento y bienestar de todas las familias en condiciones similares²².

21 Escombros.

22 Por ejemplo, José Onofre Urbano Riascos, cuando Cartón de Colombia le derribó a su hermano Elías la vivienda, prometió sacar a la empresa del sector de La Ribera por el incidente ocurrido. La comunidad, en su mayoría campesinos, acudió a su llamado para ocupar el terreno y, con el tiempo, Cartón de Colombia salió del territorio.

ELEMENTOS DEL HÁBITAT RURAL EN LOS ASENTAMIENTOS URBANOS

La geografía de Buenaventura tiene numerosas quebradas y escorrentías, topografía con fuertes pendientes que, junto con la red hídrica, conforman un territorio ondulado, con inclinaciones entre el 10 y el 45 %. De manera similar a otras zonas del Pacífico, la vegetación selvática es exuberante y biodiversa.

Para investigar la evolución y el estado actual de los casos de estudio, se ha recurrido a un análisis de las características morfológicas de manzanas y predios, niveles de consolidación (si es lote, si está en construcción y altura de las edificaciones), los usos de la edificación (residencial, mixto, comercial, servicios), el estado del inmueble, los materiales de la construcción (muros, pisos y cubierta) y acabado de la fachada. Esto con el fin de determinar persistencias de tipologías o rasgos constructivos y de ocupación del hábitat rural del Pacífico colombiano en asentamientos urbanos de Buenaventura.

Asentamientos incipientes

Es en este nivel de desarrollo de los asentamientos espontáneos urbanos en el cual se encuentran las mayores similitudes con la génesis y evolución de los asentamientos rurales. Los

modos de asentarse en el territorio urbano parten del trazado de un camino que inicia en la red vial de la ciudad, en la parte más alta de la zona o en la cuchilla de la montaña del futuro barrio, y es frente a este camino donde se ubican las primeras viviendas en forma lineal. Con el tiempo, esta “vía principal” del asentamiento se convierte en el eje estructurador, pues al aumentar la población no solo se construyen más viviendas a cada lado, sino que se desprenden otros caminos o vías secundarias, inconclusas e interrumpidas por los cuerpos de agua, caracterizados por la topografía quebrada de Buenaventura.

Se forma entonces una estructura urbana en espina de pescado, con trazado irregular u orgánico, a manera de agrupaciones de vivienda con tipología urbana lineal, sin constituir manzanas y dejando intersticios entre una vivienda y otra, como se observa en los vecindarios parentales rurales. Los predios tienen distintos tamaños y su forma es rectangular alargada. La estructura ambiental es poco intervenida, se identifica con facilidad el componente hídrico (quebradas y escorrentías) y se hacen pocas modificaciones al terreno. Este tipo de asentamientos en estado incipiente conserva zonas con abundante vegetación y visuales en las que prevalece una imagen natural paisajística. Estos elementos brindan a la vivienda un paisaje amable, de gran potencial urbano-paisajístico.

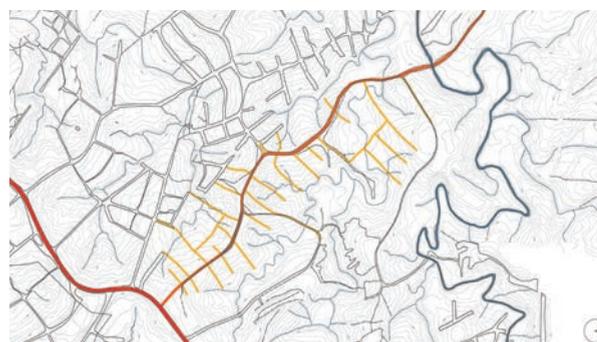
Los asentamientos incipientes carecen de espacios públicos recreativos y tienen algunos equipamientos deportivos, comunitarios y educativos en niveles de cobertura primarios. Los niños, los jóvenes y los adultos se recrean en la calle, en

quebradas y en espacios abiertos. Respecto a equipamientos comunitarios, los líderes se reúnen en sus casas mientras construyen una caseta comunal; los jóvenes asisten a colegios de barrios vecinos o de la ciudad, según sus posibilidades económicas.

Predomina el uso residencial, con algunas mezclas de vivienda con comercio para la provisión de víveres. Las construcciones ocupan parcialmente el lote, edificadas en su mayoría en madera y algunas en ladrillo y concreto, con cubierta de zinc o fibrocemento; el acabado de la fachada es en madera o ladrillo; la altura de un piso y el estado de conservación de las edificaciones es regular. Por la inclinación del terreno y la cercanía a cuerpos de agua, proliferan las tipologías de vivienda palafítica, también típicas de las áreas rurales.

En el caso de La Floresta, por la baja densidad y localización en zona de borde urbano, se observan elementos naturales como escorrentías, quebradas, zonas arborizadas y visuales lejanas, que aún se conservan como parte del paisaje con gran potencial y lo caracterizan de manera positiva, creando microclimas amables para la vivienda. Son propios de este asentamiento sus profundas raíces ancestrales, reflejadas en la forma como arman las calles principales y secundarias en la parte más alta de la topografía; su forma serpenteada que asemeja los ríos; su tamaño estrecho y su discontinuidad en el trazado y paramentación, debido a los elementos naturales que condicionan el asentamiento (fotografía 36 y figura 4).

En La Rivera, la quebrada Mondomo es el elemento natural que ha determinado su forma y crecimiento, rodeándolo y limitando su extensión



Fotografía 36 y figura 4. Aerofotografía y estructura vial y urbana del barrio La Nueva Floresta
Fuente: elaboración propia, 2019.

hacia el norte y noroccidente, junto con las escorrentías, la vegetación y la pronunciada topografía.

Sin una morfología definida, este asentamiento está compuesto por agrupaciones de casas que conforman las calles (fotografía 37 y figura 5). Como lo asegura uno de sus líderes: “Faltan vías, viviendas, construcción de puentes, caseta comunal, escuela, fortalecimiento social; debe surgir un proyecto de vida para que las familias puedan obtener recursos para vivir y no para sobrevivir”.



Fotografía 37 y figura 5. Aerofotografía y estructura vial y urbana del barrio La Rivera
Fuente: elaboración propia, 2019.

Asentamientos en consolidación

En este nivel de desarrollo, los asentamientos presentan una trama urbana similar a la de los asentamientos incipientes: una estructura vial en espina de pescado y trazado urbano irregular u orgánico, que conservan aún similitudes con los asentamientos rurales. Al aumentar la población y, con ella, el número de viviendas, surgen nuevas vías secundarias, inconclusas e interrumpidas por las escorrentías. La vía principal está más definida, con mejor accesibilidad

y continuidad, a veces incluso pavimentada al igual que las vías secundarias.

Aunque las agrupaciones de viviendas siguen siendo lineales, se observan indicios de algunos caminos que podrían indicar una posible conformación de manzana tradicional, pues a medida que la densidad aumenta, se van ocupando las zonas libres que se habían dejado entre viviendas. Los lotes se caracterizan por ser rectangulares, alargados y de distintos tamaños.

Aparecen en este tipo de asentamientos equipamientos de carácter educativo, como un jardín infantil en una o más viviendas o en una edificación para tal uso, un salón comunal y una cancha en tierra adecuada por los habitantes que se convierte en lugar de esparcimiento de los jóvenes, mientras niños y adultos, en ausencia de parques y espacios para la contemplación y el descanso, se recrean en la calle y en espacios abiertos.

Predominan el uso residencial y el uso mixto de vivienda con comercio en la parte frontal de las viviendas; el comercio tiende a especializarse en tiendas y misceláneas. El material más empleado en las edificaciones es el ladrillo, seguido por la madera, y las cubiertas son en fibrocemento, aunque también persisten las cubiertas de zinc. La altura predominante es aún de un piso, pero empiezan a aparecer viviendas de dos pisos construidas en ladrillo o mixtas, pues la vivienda inicial en madera se traslada al segundo piso. Aumentan los acabados de fachada en ladrillo, repello y pintura. Hay mayor número de edificaciones en buen estado. Las construcciones siguen levantadas del piso sobre pilotes y se ajustan a las condiciones del terreno.



Fotografía 38 y figura 6. Aerofotografía y estructura vial y urbana barrio La Transformación, parte baja
Fuente: elaboración propia, 2019.



Fotografía 39 y figura 7. Aerofotografía y estructura vial y urbana barrio Matía Mulumba
Fuente: elaboración propia, 2019.

Como se observa en los casos de La Transformación parte baja (fotografía 38 y figura 6) y Matía Mulumba (fotografía 39 y figura 7), las comunidades empiezan a alejarse de las pautas del asentamiento tradicional cuando se pasa de una condición incipiente a un proceso de consolidación, adoptando patrones institucionales y urbanos como el manzaneo, el lleno de los vacíos entre viviendas y el crecimiento de las viviendas en sentido vertical.

Asentamientos consolidados

En este nivel de desarrollo de los asentamientos espontáneos urbanos, la estructura ambiental desaparece, y ya no es determinante principal en la tipología de manzanas y viviendas. No hay zonas verdes que hagan parte del paisaje urbano; solo se ven unos cuantos árboles aislados y las escorrentías han sido modificadas y, por lo general, cubiertas con viviendas.

La trama urbana conserva rasgos irregulares, aunque aparece un trazado reticular, o mixto, que

abandona las condiciones del terreno y del paisaje natural sinuoso, característico de los estados incipiente y en consolidación. La topografía es modificada paulatinamente, hasta desaparecer las pendientes del terreno. Se conserva la vía principal con forma serpenteada en la parte alta del asentamiento, pavimentada y con una sección definida, por lo general de 12 metros. Las vías secundarias tienen continuidad mediante puentes y algunas vías que conducen a las partes bajas están ya pavimentadas.

Debido al trazado reticular y mixto, las agrupaciones de vivienda pierden la forma lineal inicial, y conforman la manzana ortogonal o mixta. No se respeta la estructura natural del terreno, y se asientan sobre escorrentías y quebradas sin conservar las zonas de protección. La densidad de ocupación es del 70 al 90 %; los lotes cubren casi todo el territorio, se construyen viviendas continuas sin aislamientos laterales. Los predios en su mayoría tienen forma rectangular; algunos son irregulares, según el trazado de la manzana, con un tamaño promedio de 6 por 12 metros.

Como se aprecia en los casos de los barrios El Jorge (fotografía 40 y figura 8) y La Independencia II (fotografía 41 y figura 9), además de la densificación y la conformación de manzanas residenciales, los equipamientos existentes responden a las necesidades de salud, educación, culto, entre otros. Los equipamientos deportivos, como canchas múltiples para microfútbol y baloncesto, están contruidos en concreto y se adecúa un pequeño parque, dotado a veces de bancas y columpios para niños, mientras que las zonas verdes permanecen sin dotación y con pocos árboles.



Fotografía 40 y figura 8. Aerofotografía y estructura vial y urbana barrio El Jorge

Fuente: elaboración propia, 2019.

El uso residencial es predominante; el comercial se especializa no solo en el frente de la vivienda, sino que aparecen establecimientos especializados como tiendas, almacenes, papelerías, misceláneas, cafeterías, entre otros. Las viviendas están contruidas en su mayoría en ladrillo y concreto, cubiertas en teja de fibrocemento y proliferan las losas de entrepiso. Las fachadas tienen pintura, repello y enchapes en cerámica y, aunque la altura predominante es de un piso, se observa un incremento notorio de construcciones de dos y tres pisos. En este tipo de asentamientos

la mayoría de las edificaciones se hallan en buen estado y todas están asentadas directamente sobre el terreno, de manera que se pierde la tipología de palafito y, con todas las transformaciones, se han perdido también las características naturales (vegetación, topografía y recursos hídricos) del lugar.

En síntesis, los asentamientos espontáneos urbanos de la ciudad de Buenaventura tienen en sus inicios una importante carga cultural, que es heredada y aprendida en los lugares de origen rural de donde proviene la mayoría de la población que los habita, reflejada en el respeto inicial por la topografía del terreno, las escorrentías o cuerpos de agua y la vegetación natural; es decir, en la manera de colonizar el territorio, en su organización lineal sobre la única vía de acceso, con una connotación similar a la del río en los pueblos ribereños del litoral pacífico (tabla 2). Es su impronta cultural sobre el medio natural para crear su paisaje cultural singular.

Lo que se observa en los casos de estudio es que las comunidades, en su afán de “progreso” y de mejorar su estatus, van dejando atrás las pautas del asentamiento tradicional que se ajustan a las condiciones naturales y ambientales del lugar, y adoptan patrones institucionales y ciudadanos del interior del país a los que se quiere emular. Con basuras y escombros rellenan y apisonan gradualmente el terreno para conformar suelo firme y liberarse de los puentes. Se nota un afán de edificar en todo el territorio sin respetar las quebradas; se construye incluso sobre ellas, al igual que se



Fotografía 41 y figura 9. Aerofotografía y estructura vial y urbana barrio La Independencia, II etapa
Fuente: elaboración propia, 2019.

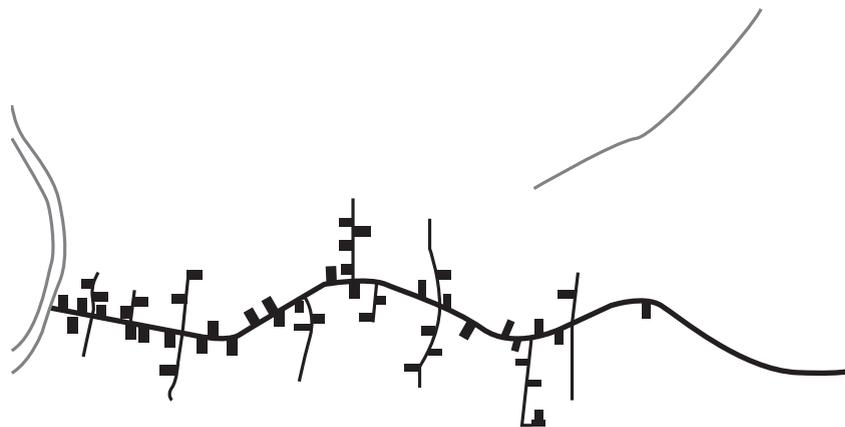
ocupa la totalidad del predio con la construcción; desaparecen los solares y sacrifican la iluminación y ventilación natural, con obvias consecuencias en la disminución de la calidad del hábitat. Ocurre un fenómeno de aculturación en la manera de asentarse en el terreno y en las técnicas constructivas que se refleja paulatinamente en los niveles de desarrollo que viven los asentamientos espontáneos en su proceso hacia la consolidación.

Tabla 2. Síntesis de las características por nivel de desarrollo y evolución de los asentamientos

Asentamiento incipiente

Asentamiento incipiente	
Nivel	
Topografías	Ondulada con pendientes altas y suaves.
Trazado	Trazado irregular donde predomina una vía principal en lo alto del terreno, vías secundarias y caminos inconclusos sin pavimentar.
Manzaneo	Manzanas mixtas de forma ortogonal y orgánica, con predominio de esta última, en proceso de conformación.
Viviendas	Construcciones muy dispersas y aleatorias, con áreas libres entre sí. Sobre palafitos y con huertas caseras. La mayoría son de madera con cubierta de zinc.
Equipamiento	Pequeños equipamientos privados con cobertura insuficiente.

Gráfico

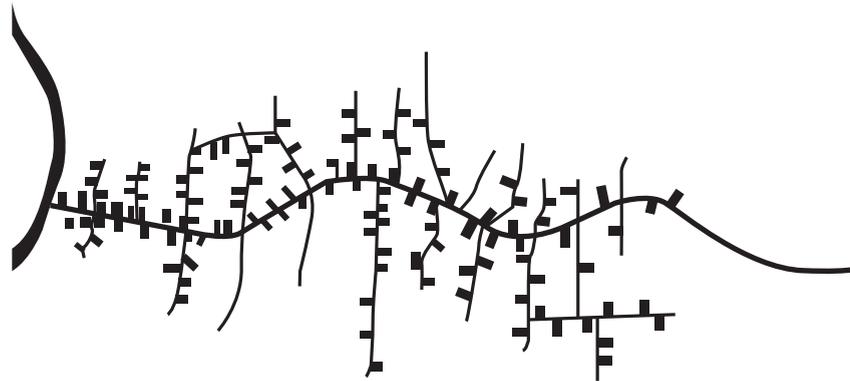


Fuente: elaboración propia, 2019.

Tabla 2. Síntesis de las características por nivel de desarrollo y evolución de los asentamientos

Asentamiento en consolidación	
Nivel	
Topografías	Ondulada con pendientes pronunciadas.
Trazado	Trazado mixto, ortogonal e irregular. Predomina una vía principal en lo alto del terreno y hay vías secundarias en regular estado.
Manzaneo	Manzanas mixtas, ortogonales y orgánicas, en proceso de conformación y consolidación.
Viviendas	Edificada la mitad del asentamiento. Se ocupa casi todo el predio. Transición de la madera y el zinc a mampostería de ladrillo y cubierta de fibrocemento.
Equipamiento	Algunos equipamientos públicos con cobertura sectorial (salud, educación) y equipamientos privados.

Gráfico



Fuente: elaboración propia, 2019.

Tabla 2. Síntesis de las características por nivel de desarrollo y evolución de los asentamientos

Asentamiento consolidado

Nivel	
Topografías	Onduladas con pendientes que van de medias a altas
Trazado	Trazado mixto, donde predomina el ortogonal con variaciones irregulares. Vía principal en la cuchilla del terreno y vías secundarias a partir de ella, ya pavimentadas
Manzaneo	Manzanas consolidadas con forma mixta, con predominio de formas ortogonales y manzanas alargadas
Viviendas	De forma regular, con tamaños uniformes y subdivisiones prediales. Pocas casas en madera y pocos lotes sin construir.
Equipamiento	Equipamientos de cobertura sectorial y urbana en salud, educación, deporte, abastecimiento y culto.

Gráfico



Fuente: elaboración propia, 2019.

CONSIDERACIONES FINALES

Colombia, y en gran medida la región Pacífico, enfrenta un fenómeno permanente de desplazamiento rural-urbano por múltiples razones (de seguridad, sociales, económicas, de dominio territorial, entre muchas otras), que rebasa cualquier capacidad de respuesta formal ante la demanda inmediata de techo y oportunidades en la ciudad. Ante esta realidad, las necesidades de vivienda son resueltas por las comunidades mismas, mediante la conformación de asentamientos espontáneos urbanos en los que se aplica el saber cultural ancestral de origen rural en la producción del nuevo paisaje cultural, esta vez en el contexto urbano.

Las características del desarrollo de los asentamientos espontáneos en la ciudad de Buenaventura muestran que las comunidades inician un urbanismo acorde con las condiciones ambientales del sitio, pero, al avanzar en el proceso de consolidación y dotación de servicios e infraestructura, abandonan el paisaje natural y lo transforman en un paisaje artificial desconectado del entorno.

Estas soluciones espontáneas no son reconocidas por las autoridades municipales ni por la sociedad; están por fuera de la normativa urbana y, por ende, carecen de los servicios públicos y equipamientos básicos para su buen funcionamiento. Como lo sugiere Fernández, la cultura occidental no solo ha impuesto una forma de *saber-hacer*, sino que también ha excluido las

diferencias en el interior de su misma sociedad, pues ha marginado a las minorías étnicas, clases sociales menos favorecidas, a los analfabetos, indocumentados, desempleados, etc.²³.

Ante esta realidad de los asentamientos espontáneos, que en Buenaventura abarcan el 85 % de la conformación histórica de la ciudad, parece oportuno asumirla en vez de desconocerla y descubrir que “ese otro” también es nuestro vecino, pues la versión que importa es aquella que se basa en acuerdos tácitos y explícitos de la colectividad local²⁴. Se trata de partir de esa realidad para comprenderla, aceptarla, orientarla, potencializarla y aplicarla en el mejoramiento de los asentamientos y sus habitantes. Como lo afirman autores como Barrera-Bassols²⁵, los individuos y colectividades que poseen los saberes locales no han tenido el poder suficiente para influir en el curso de la historia, pero lo importante es que las comunidades vernáculas sean estudiadas y que los pueblos creadores de esas “otras geografías” obtengan reconocimiento y respeto por su saber local, sus decisiones y la manera en que organizan su paisaje y su discurso sobre el mundo.

En este contexto, el análisis realizado a seis asentamientos espontáneos de la ciudad de Buenaventura permite validar los recientes enfoques teóricos y metodológicos desarrollados en la geografía, y desde ellos acercarse a los pueblos vernáculos del área rural del Pacífico colombiano para leer sus paisajes culturales a través de la *grafía*

23 Fernández Christlieb, “Geografía cultural”, 229.

24 Claval, “El enfoque cultural”.

25 Barrera-Bassols, Urquijo Torres y Fernández Christlieb, “Geografía y saberes locales”, 6-7.

de sus actuaciones, que dejan su impronta sobre el entorno natural y lo convierten en su territorio, su lugar. Es posible ver allí los componentes naturales y sociales totalmente amalgamados en un solo espacio llamado paisaje cultural y dilucidar los aspectos ambientales, sociales y constructivos presentes en su elaboración como un hecho individual y colectivo.

Las formas de asentamiento y sus construcciones son el resultado de la interacción de la cultura de una colectividad sobre un entorno natural; formas a su vez condicionadas por las características ambientales del lugar, que dan como resultado un paisaje cultural determinado. Los criterios de implantación y ocupación del territorio aplicados por los grupos étnicos indígenas y afrodescendientes a lo largo del Pacífico colombiano son acordes con el clima, el relieve y la hidrografía de su entorno natural, y responden a saberes culturales de cuenca hidrográfica, familia extensa y redes de solidaridad. Esto caracteriza los poblados y la arquitectura popular tradicional ancestral rural, cuyas raíces provienen de las culturas precolombinas y se reproducen aún sin cambios significativos.

Esos saberes que se reflejan en las formas de ocupación del territorio son portados por las comunidades migrantes y desplazadas, desde sus lugares de origen rural hasta su destino o refugio en los poblados urbanos de la costa pacífica, y los aplican en el momento de colonizar territorios para solucionar la vivienda por sus propias manos. Como se mencionó, Buenaventura es una ciudad desarrollada en su mayoría con barrios originados en asentamientos espontáneos, construidos

y habitados por migrantes de distintos lugares en diferentes épocas, que buscaron una solución a los problemas de seguridad, vivienda y oportunidades de vida.

Los asentamientos a pequeña escala, vistos tras una mirada cultural, permiten asomarse a la vida de las comunidades y su territorialidad, y constatar los vínculos inseparables entre cultura y paisaje, pues la herencia cultural del Pacífico rural se refleja en la forma de colonizar el territorio o en las formas de organización lineales sobre las vías de acceso, que toman una connotación similar a la organización lineal a lo largo del río o el mar en los pueblos ribereños.

Como se mostró en este capítulo, los modos de ocupación tradicionales de las comunidades rurales del Pacífico, al ser trasladados al ámbito urbano, permanecen hasta cierto nivel de desarrollo de los asentamientos, pues con el tiempo se entremezclan con otro *saber-hacer* que responde a maneras de vida urbana, en una evolución permanente, hasta que desaparece la expresión original rural. Así, los valores ambientales de respeto por el entorno y buen uso de los recursos naturales solo actúan y están vigentes hasta cuando se inicia el incremento en la densidad de ocupación del barrio y de construcción en los predios.

Las relaciones parentales y vecinales del saber cultural rural son muy útiles al iniciar asentamientos en la ciudad cuando los colonos comparten las mismas necesidades de vivienda y el sueño de sacar adelante un barrio. Reciben apoyos solidarios externos y emprenden acciones colectivas internas para superar dificultades. Al aumentar la densidad habitacional y poblacional, y superar

problemas colectivos, las relaciones se van fragmentando y dejan de funcionar, y prevalece el interés individual sobre el colectivo.

Así mismo, los rasgos constructivos de ese saber cultural rural funcionan al ser aplicados en los asentamientos espontáneos como criterios prácticos para su ubicación y trazado inicial, para la elección de materiales, técnicas constructivas y distribución de los espacios internos de las viviendas. Pero esa vivienda tradicional en madera, de un piso de altura, palafítica y comunicada por puentes también de madera, se vive en el ámbito urbano como transitoria “mientras logro construirla en material”. Cuando los recursos lo permiten, la vivienda de madera se vuelve mixta, con un área construida con mampostería de ladrillo, e irá mutando hasta ser edificada en su totalidad en ladrillo y concreto, con altura hasta de cinco pisos. Pareciera despertarse una especie de competencia o afán de abarcar y cubrir todos los espacios posibles sin dejar vacío alguno, sacrificando la iluminación y ventilación natural que mitiga la temperatura y la alta humedad relativa que caracterizan el clima de la costa pacífica. Solo se conserva la técnica constructiva de cimentación sobre pilotes, ahora en concreto reforzado.

En términos de planificación, en los centros urbanos de Colombia y en particular del Pacífico, sigue coexistiendo una *ciudad pensada* con una *ciudad de hecho*, cada vez mayor, desarrollada con el esfuerzo propio de sus habitantes e incentivada por el acelerado proceso de urbanización que vive el país debido a fenómenos como el desplazamiento forzado. La informalidad urbana parece ser inherente a la combinación

entre el crecimiento urbano y la falta de suelo para viviendas de bajo costo, derivada de modelos de desarrollo o políticas públicas que son débiles en este sentido. Por esta razón, como se aprecia en el caso de Buenaventura, los niveles de crecimiento y consolidación alcanzados en la ciudad no muestran soluciones frente a problemas como la pobreza y la exclusión que, al contrario, parecen exacerbarse.

Ese modelo urbano actual, concebido en función del modelo de desarrollo económico, no privilegia el desarrollo social, sino que ahonda las diferencias económicas, espaciales y sociales de la población. Concebir un “modelo” urbano integrador implica pensar necesariamente en una ciudad que *acepte* y vincule la informalidad y la formalidad mediante el reconocimiento y la valoración de las distintas formas de hacer ciudad. Es necesario garantizar sin distinciones a los habitantes el pleno derecho a la ciudad, que es un derecho indivisible e imprescriptible, colectivo y complejo, de forma que se asegure su usufructo equitativo, y permita acercarse a una ciudad democrática, incluyente, sostenible, productiva, educadora y habitable, como lo señaló en el año 2000 la Asamblea Mundial de Pobladores celebrada en México²⁶.

Los indígenas y afrocolombianos, como minorías étnicas, recurren a estrategias de resistencia o adaptación para sobrevivir a la incertidumbre y soportar las imposiciones; proceso

26 Coalición Internacional para el Hábitat, Oficina Regional para América Latina, HIC-AL, *El derecho a la ciudad en el mundo* (Ciudad de México: HIC-AL, 2008), 49-71, <https://hic-al.org/wp-content/uploads/2018/12/El-Derecho-a-la-Ciudad-en-el-Mundo.pdf>

de reinención étnica ocurrido con las comunidades del Pacífico colombiano desplazadas por violencia, por genocidios y falta de oportunidades desde las áreas rurales. En ese proceso, las comunidades migrantes recurren a elementos propios, heredados de su cultura, que se combinan con aprendizajes derivados de la interacción con otros grupos sociales en su nuevo destino que es la ciudad.

Como afirma Barrera-Bassols: “El proceso de etnogénesis tiene su reflejo en el paisaje, puesto que es moldeado en función de las habilidades de los individuos y las comunidades”²⁷ que, al reinventarse adoptando y adaptando nuevos saberes y tecnologías, crean paisajes sincréticos con raíces culturales tradicionales y huellas del presente, como ocurre con los asentamientos espontáneos urbanos de Buenaventura.

Las características de implantación y ocupación aplicadas inicialmente en los asentamientos, coincidentes con criterios de sustentabilidad, se transforman con los cambios que operan durante el proceso de consolidación, al emular un desarrollo que corresponde a conglomerados urbanos de otras culturas, hasta convertirse en un barrio

que no tiene su identidad cultural original. Por ello hay que actuar pronto: divulgar los puntos de encuentro del saber cultural rural ancestral con las propuestas urbanas alternativas ambientales para generar conciencia acerca de sus bondades y fortalezas, para mantener y potencializar sus características vernáculas durante el proceso de consolidación de los asentamientos espontáneos, y así salvaguardar el conocimiento tradicional que permite urbanismos más amables, acordes con el entorno y el clima.

Deben reconocerse las modalidades tradicionales de ocupación, construcción de vivienda y organización del territorio en los proyectos de vivienda, equipamiento y espacio público, incluyéndolas en el ordenamiento territorial y su normativa. Es necesario entonces reconocer la acción y aportes de los pobladores urbanos en la construcción de la ciudad, mediante modalidades tradicionales y prácticas culturales que se van transformando a través de la experiencia de vida urbana de los moradores, y de la integración de los asentamientos a la estructura urbana, con las limitaciones que les imponen las condiciones y políticas locales y nacionales.

27 Barrera-Bassols, Urquijo Torres y Fernández Christlieb, “Geografía y saberes locales”, 13.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayala M., Alberto. *El concepto de paisaje en una perspectiva cultural para el equipamiento recreativo y deportivo*. Bogotá: Alcaldía de Bogotá D. C.; Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, 2008.
- Barrera-Bassols, Narciso, Pedro Sergio Urquijo Torres y Federico Fernández Christlieb. "Geografía y saberes locales sobre el paisaje: un giro disciplinario desde la alteridad". Ponencia, Coloquio Internacional "Los giros de la geografía humana: desafíos y horizontes". Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Sociología, México D. F., 26-28 de noviembre de 2008.
- Claval, Paul. "El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio". *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 34 (2002): 21-39.
- Coalición Internacional para el Hábitat, Oficina Regional para América Latina, HIC-AL. *El derecho a la ciudad en el mundo*. Ciudad de México: HIC-AL, 2008. Consultado el 5 de octubre de 2020. <https://hic-al.org/wp-content/uploads/2018/12/El-Derecho-a-la-Ciudad-en-el-Mundo.pdf>
- Comisión Colombiana de Juristas. "Informe sobre la situación de derechos humanos y desplazamiento forzado de la población afrocolombiana que ocupa el territorio de bajamar de Buenaventura (Valle del Cauca)". Comisión Colombiana de Juristas, Bogotá, septiembre de 2009.
- Fernández Christlieb, Federico. "Geografía cultural". En *Tratado de geografía humana*, dirigido por Alicia Lindón Villoria y Daniel Hiernaux, 220-253. Ciudad de México: Anthropos Editorial; UAM Iztapalapa, 2006.
- Fonseca Martínez, Lorenzo y Alberto Saldarriaga Roa. *Arquitectura popular en Colombia, herencias y tradiciones*. Bogotá: Altamir Ediciones, 1992.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Editorial Gredos, 2008.
- Mosquera Torres, Gilma y Jacques Aprile-Gnisset. *Hábitats y sociedades del Pacífico*, vol. 3, *Aldeas de la costa de Buenaventura*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2006.
- Organización de Pobladores. Asamblea Mundial de Pobladores. *Pensando la ciudad del siglo XXI: la voz de los habitantes*. Ciudad de México: Cuaderno de Propuestas del Colegio, 2000.

Roca, Zoran Paul Claval y John Agnew, eds. *Landscapes, Identities and Development*. Abington: Routledge, 2011.

Sabaté Bel, Joaquín. "Paisajes culturales y desarrollo local: ¿alta costura o prêt a porter?". *Labor e Engenho* (Universidade Estadual de Campinas) 1, n.º 1 (julio 2007): 51-76. DOI: 10.20396/lobore.v1i1.231

Saldarriaga Roa, Alberto. *Arquitectura y cultura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986.

Sauer, Carl. "The Morphology of Landscape". En *Land and Life. A Selection from Writings of Carl Ortwin Sauer*, editado por John Leighly, 315-350. Berkeley; Los Ángeles: University of California Press, (1925) 1969.

Torres-Tovar, Carlos Alberto. "Materialización del derecho a la ciudad" (editorial). *Bitácora* 30, n.º 1 (enero-abril 2020): 7-14. <http://www.scielo.org.co/pdf/biut/v30n1/0124-7913-biut-30-01-7.pdf>

Unesco. *Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural*. París: Unesco, 16 de noviembre de 1972. Consultado el 5 de octubre de 2020. http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13055&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html

Unesco, Comité Intergubernamental de Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural y Centro del Patrimonio Mundial. *Directrices prácticas para la aplicación de la Convención del Patrimonio Mundial*. París: Unesco, enero de 2008. Consultado el 5 de octubre de 2020. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000188411_spa?posInSet=2&queryId=746e68c1-7cc2-4d59-bbea-4bbd8a941e8b

Urquijo Torres, Pedro Sergio y Narciso Barrera-Bassols. "Historia y paisaje, explorando un concepto geográfico monista". *Revista Andamios* 5, n.º 10 (abril 2009): 227-252.



10

La construcción regional y cultural de la ciudad-refugio

Los casos de Mocoa y Tumaco

Lina Sánchez Steiner y Armando Rosero García

No son de despreciar los impactos sociales que históricamente ha experimentado Colombia como consecuencia de conflictos violentos internos y que han amenazado por siglos la estabilidad nacional. Hoy en día, aun después de firmado el acuerdo de paz entre la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Gobierno nacional, persiste un viejo conflicto que desde los años ochenta del siglo XX se renovó e involucró a viejos y nuevos actores: grupos guerrilleros, paramilitares, Ejército Nacional y narcotraficantes.

Las regiones selváticas como la Amazonia y el Pacífico, tradicionalmente marginales social y económicamente, han sido en las tres últimas décadas protagonistas de las disputas por tierras y recursos. Las explotaciones mineras, la ganadería de haciendas, las grandes plantaciones agrícolas como la palma africana y, en buena parte, los cultivos ilícitos de coca han motivado o estimulado el conflicto. La expansión territorial de los grupos armados ha llevado a la expulsión y el destierro de campesinos que huyen de sus tierras y buscan refugio en las ciudades colombianas. Como lo confirma Darío Fajardo¹, los

¹ Darío Fajardo, *Para sembrar la paz hay que aflojar la tierra* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002), 70.

destierros han tenido una relación directa con la concentración de la propiedad y la apropiación violenta del suelo rural.

En un país que ocupa hoy en día el primer lugar mundial por tener un alarmante número de migrantes forzados² (más de ocho millones), la pregunta sobre cómo el destierro incide en los cambios socioespaciales de las ciudades adquiere plena relevancia. ¿Cómo se desarrolla el proceso de asentamiento? ¿Qué carácter tienen las transformaciones espaciales resultantes? ¿Qué rol desempeñan los diferentes agentes sociales que intervienen en el proceso? ¿Cómo se ve reflejada la diversidad cultural y regional de los migrantes forzados en las ciudades transformadas?

Aunque no ha habido planteamientos teóricos en torno a los cambios espaciales urbanos, sí se encuentran numerosos trabajos descriptivos sobre la situación de los desterrados en las ciudades. Investigadores como Jacobsen para el caso de Santa Marta; Bello y Mosquera para Soacha y Bogotá; Serrano y Rosero para Tumaco, Cartagena y Quibdó; y Sánchez Steiner para Mocoa, entre muchos otros, han descrito cómo grupos de migrantes forzados procedentes de múltiples regiones experimentan conflictivos procesos de

adaptación de sus prácticas y hábitos culturales en la ciudad. Así mismo, estos estudios han reportado el surgimiento de asentamientos precarios en las periferias con problemas de legalidad de la tierra y amenazas por riesgo natural³. Deicy Hurtado y Gloria Naranjo⁴ plantearon para el caso de Medellín, a manera de hipótesis, que los migrantes forzados podrían estar reproduciendo

2 En este capítulo se utilizan los términos *migrante forzado* o *desterrado* para referirse a toda persona expulsada directa o indirectamente de un territorio determinado. Se evita el uso del término oficial *desplazado* por considerar que su definición en la legislación colombiana (Ley 387 de 1997) es incompleta por cuanto no contempla otros factores que también generan destierros, como las acciones gubernamentales represivas en zonas de narcocultivos y las presiones de grandes agentes privados para la concentración de la tierra.

3 Karen Jacobsen, *Internal Displacement to Urban Areas: The Tufts-IDMC Profiling Study. Khartoum, Sudan; Abidjan, Côte d'Ivoire; Santa Marta, Colombia* (Boston: Tufts University, IDMC, 2008), consultado el 3 de noviembre de 2010, <https://wikis.uit.tufts.edu/confluence/display/FIC/Internal+Displacement+to+Urban+Areas--the+Tufts-IDMC+Profiling+Study>; Martha Nubia Bello Albaracín y Claudia Patricia Mosquera Rosero, "Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas", en *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, eds. Fernando Cubides y Camilo Domínguez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999); Nicolás Serrano Cardona, *Cuando el territorio no es el mismo. Estudio comparativo de los impactos psicosociales y culturales del desplazamiento forzado en asentamientos de Quibdó, Tumaco y Cartagena*, 2 tomos (Bogotá: Plan Internacional; Corporación Puerta Abierta, 2007); Armando Rosero García, "Impacto del conflicto armado y el desplazamiento forzado en la transformación socioespacial de Tumaco. Elementos a considerar para replantear la estrategia de ordenamiento territorial municipal" (tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2018); Lina María Sánchez Steiner, *Impacto urbano del desplazamiento forzado en Mocoa – Putumayo. Elementos de diagnóstico y planteamientos para un re-ordenamiento espacial* (Bogotá: Cinep, 2007).

4 Deicy Patricia Hurtado Galeano y Gloria Elena Naranjo Giraldo, "El derecho a la ciudad: migrantes y desplazados en las ciudades colombianas", *Desde la Región* (Corporación Región, Medellín) 37 (2002), https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/5657/1/NaranjoGloria_2002_MigrantesDesplazadosColombia.pdf

procesos de *colonización urbana*⁵, asociados a la existencia de relaciones conflictivas con el Estado y con los diversos actores urbanos. Esta aproximación fue tomada como punto de partida para este texto.

El presente capítulo explora las preguntas de investigación anteriormente planteadas y, con base en resultados de investigación previos⁶, expone dos casos de estudio particulares. A pesar de que las grandes ciudades han experimentado importantes transformaciones, son aquellos centros pequeños e intermedios ubicados en zonas de conflicto los que han sufrido mayores impactos por recibir de manera directa el flujo migratorio forzado regional. Es así como se presentan aquí los casos de Mocoa (departamento del Putumayo) y Tumaco (departamento de Nariño), ciudades de la Amazonia y el Pacífico poco investigadas en materia urbana. Estos centros están ubicados en regiones de Colombia fuertemente afectadas por el conflicto violento y con alta presencia de cultivos ilícitos de coca. Este contexto particular ha tenido relación directa con los destierros de campesinos en ambas regiones.

Se analizó Mocoa como primer caso para desarrollar el modelo original de la ciudad-refugio. La investigación abarcó un periodo de diez

años, entre 1998 y 2008, tiempo durante el cual se produjeron los más importantes cambios urbanos en la ciudad. El análisis de Tumaco en 2018 tomó como punto de partida lo investigado en Mocoa y arrojó nuevos aportes al modelo. Los métodos cualitativos predominaron en ambos estudios; las observaciones en campo, las entrevistas a expertos, el análisis de material gráfico y cartográfico, y la revisión de documentación institucional fueron las más importantes herramientas. De manera especial se analizaron los instrumentos de planificación local como los planes de ordenamiento territorial (POT), planes de desarrollo municipal (PDM) y planes de atención a migrantes forzados.

El capítulo inicia con una revisión histórica y teórica sobre los efectos de los destierros de mediados de siglo XX en el desarrollo urbano colombiano. Posteriormente, expone una mirada de contexto sobre los destierros recientes y el papel que han desempeñado el conflicto armado y el narcotráfico desde los años ochenta en la Amazonia y el Pacífico. Luego se ocupa del caso de Mocoa. Después de explorar el contexto histórico de poblamiento y conflicto, analiza el proceso de asentamiento de desterrados e identifica las transformaciones espaciales. La incidencia de los diversos agentes sociales urbanos es analizada en dos subcasos de estudio y finalmente ofrece el modelo de *ciudad-refugio* para explicar las transformaciones espaciales urbanas resultantes del destierro rural. Enseguida se expone el caso de Tumaco, en el cual se hace un recuento histórico de ocupación y conflicto para luego retomar los componentes del modelo de ciudad-refugio planteados en Mocoa y comprobarlos en el estudio

5 Este concepto introducido por Jacques Aprile-Gnisset es explicado más adelante. Jacques Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1992), 558.

6 Lina María Sánchez Steiner, *La ciudad-refugio. Migración forzada y reconfiguración territorial urbana en Colombia. El caso de Mocoa* (Barranquilla: Editorial Universidad del Norte; Consejo Profesional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares, 2012); Rosero García, "Impacto del conflicto armado".

de caso. Como aporte complementario, el análisis presenta y adiciona al modelo variaciones de tipo espacial propias de la región costera y profundiza en las particularidades culturales y políticas que evidencian los intereses de los agentes sociales de Tumaco. Por último, se ofrecen las conclusiones del estudio, las cuales evidencian que, con sus diversas expresiones culturales y regionales, la ciudad-refugio es un modelo vigente en Colombia, útil para entender y explicar las transformaciones urbanas resultantes de los destierros rurales ligados al conflicto armado, a la extracción de recursos y al narcotráfico.

ANTECEDENTES DE LA CIUDAD-REFUGIO: DESTIERROS Y DESARROLLO URBANO EN COLOMBIA A MEDIADOS DEL SIGLO XX

Colonización agraria, conflictos por tierras y La Violencia

La compleja relación entre colonización, despojo, migración forzada y urbanización es una de las continuidades históricas transversales en la construcción de Colombia como país. Desde la época colonial, la ocupación del territorio fue objeto de diversas formas de apropiación del espacio a

favor de los sectores poderosos de la sociedad, inicialmente implementadas por la administración española y posteriormente por el Estado republicano. Esto derivó en la consolidación de un modelo de concentración de la propiedad violento, pero también en el aumento de la pobreza y en el incremento progresivo de las tensiones sociales y políticas en las regiones.

Es así como desde fines del siglo XIX el país fue protagonista de procesos espontáneos de *colonización agraria* en zonas rurales⁷. Estos cambios se expresaron predominantemente en la región central andina. Allí, campesinos sin tierras o provenientes de terrenos con baja fertilidad migraron desde las montañas hacia los valles en busca de tierras más productivas. Ya a inicios del siglo XX estas zonas concentraban la próspera producción cafetera de exportación. Sin embargo, como los hacendados cafeteros ya se habían adueñado de las mejores tierras de los valles, los campesinos pobres o *colonos* ocuparon las laderas de menor calidad aún no pobladas ni tituladas: las tierras baldías.

Por otro lado, la abolición de la esclavitud en 1851 motivó un proceso de colonización afrocampesina en lugares aledaños a las zonas mineras, especialmente en las riberas de los ríos del Pacífico, el cual llevó a la formación de una red de

⁷ A diferencia de otros países latinoamericanos como Brasil y Argentina, donde la principal colonización agraria fue impulsada por el Estado, en Colombia sucedió todo lo contrario: el grueso de la colonización de tierras rurales tuvo un origen espontáneo, fuera del control estatal, y fue adelantado por campesinos pobres como medio de acceso a la tierra. En este artículo se usará el término colonización en ese sentido.

asentamientos humanos espontáneos y dispersos que llegaron hasta la costa. Estas áreas, también consideradas como tierras baldías de la nación, constituyeron un escenario de explotación extractiva promovida por el Estado, inicialmente con la madera y, desde los años setenta, con la agroindustria de la palma africana.

Este proceso de colonización espontánea tuvo inicialmente un carácter pacífico, pero posteriormente se desarrolló en un contexto conflictivo. Lentamente los colonos fueron despojados de sus minifundios y con ello se dio paso al latifundio en medio de disputas violentas en defensa del territorio. Este conflicto de origen social adquirió carácter político cuando las pugnas entre los dos partidos dominantes, el Liberal y el Conservador, permearon las disputas de tierras. La polarización entre partidos se agudizó con el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán en 1948 y surgieron confrontaciones armadas con participación tanto de guerrillas campesinas y paramilitares como de fuerzas policiales, militares y grupos armados al servicio de ambos partidos.

Este largo conflicto, conocido en Colombia como La Violencia, se desarrolló durante 20 años (1945-1965) y dejó más de 300 000 muertos y 3 millones de campesinos desterrados. Los importantes estudios de Guzmán, Fals Borda y Umaña⁸ y de Aprile-Gnisset y Mosquera⁹ documentaron

8 Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia*, 2 tomos (Bogotá: Taurus; Punto de Lectura, 2005). La primera edición del tomo I se publicó en 1962 y la del tomo II, en 1964.

9 Jacques Aprile-Gnisset y Gilma Mosquera Torres, *Dos ensayos sobre la ciudad colombiana* (Cali: Universidad del Valle, 1978).

estos procesos de destierro y mostraron cómo la guerra agraria, convertida en guerra política, tuvo una alta incidencia en la urbanización, por cuanto la gran mayoría de desterrados rurales se dirigió a las ciudades.

Urbanización y colonización urbana

En solo tres décadas Colombia pasó de ser un país rural a ser un país urbano. En 1938 la población nacional era de 8,7 millones de habitantes, de los cuales el 29 % se ubicaba en centros urbanos; en 1951 ascendió a 11,5 millones y la población urbana llegó a 39 %; en 1964 el país alcanzó los 17,4 millones, con un 52 % urbano, y en 1973 llegó a los 22,8 millones de habitantes, de los cuales ya un 59 % residía en ciudades¹⁰. Los cambios relacionados con la efervescencia de la economía cafetera, la naciente industrialización y la modernización de la agricultura, del

10 Diversos autores (por ejemplo Marco Palacios, Jean Paul Deler y Ana María Jaramillo) han coincidido en que la acelerada acumulación urbana a mediados del siglo XX tuvo que ver en parte con un rápido crecimiento demográfico originado en las altas tasas de fecundidad y el descenso de las tasas de mortalidad en zonas urbanas. Sin embargo, mayor incidencia tuvo la fuerte movilidad poblacional, es decir, las migraciones internas del campo a la ciudad. Marco Palacios, "Urbanización, Estado y política: notas metodológicas preliminares para la investigación histórica", en *Pensar la ciudad*, comps. Fabio Giraldo Isaza y Fernando Viviescas Monsalve (Bogotá: Tercer Mundo Editores; Cenac; Fedevivienda, 1996), 483; Jean Paul Deler, "Estructuras y dinámicas del espacio colombiano", *Cuadernos de Geografía* (Universidad Nacional de Colombia) X, n.º 1 (2001): 171; Ana María Jaramillo, "La experiencia del desplazamiento forzado en Urabá y el oriente antioqueño (1998-2006)", *Controversia* 189 (diciembre 2007).

aguas negras, hacer salones para escuelas, entre otros, fueron parte de las exigencias de abrir la selva para hacer ciudad¹³.

Siguiendo a Aprile-Gnisset, la colonización urbana significó un traslado de la violencia que operó en el campo y al cabo de su culminación pasó a la ciudad. Es decir, la lucha de los colonos sin tierras contra los latifundistas en el campo migró con ellos a la ciudad. Así, los antiguos líderes campesinos defensores de tierras rurales se convirtieron en líderes de los destechados urbanos para reclamar el derecho al suelo urbano. Aprendiendo de su anterior experiencia en el campo, al haber sido despojados por los latifundistas, los colonos innovaron en la ciudad la expropiación del latifundio urbano y ocuparon grandes predios sin uso en espera de la especulación. Ante tal situación, que fue creciendo hasta los años setenta, el Estado usó la estrategia del *estado de sitio* como medio para controlar las ocupaciones y proteger la propiedad privada y ejerció represión armada en los sectores escenario de la colonización urbana¹⁴.

En ese sentido, el entendimiento de la urbanización acelerada del siglo XX como un proceso de colonización urbana, cuya naturaleza y particularidad socioespacial tuvieron estrecha relación con los sucesos y conflictos del campo, pone en claro la necesidad de continuar comprendiendo el territorio colombiano como un solo elemento urbano-rural, enmarcado en un largo conflicto violento, y no como un conjunto de espacios desligados. Esto, como se verá más adelante, se confirma, se repite y se amplía en el siglo XXI con los nuevos desarrollos

espontáneos urbanos, ya no solo situados en las grandes ciudades de la región andina, sino también, y con mayor impacto, en las pequeñas y medianas a lo largo de toda la geografía nacional y, particularmente, en las zonas selváticas y de conflicto.

NARCOTRÁFICO, CONFLICTO VIOLENTO Y MIGRACIÓN FORZADA EN LA AMAZONIA Y EL PACÍFICO DESDE LOS AÑOS OCHENTA

El aparente cese del conflicto después de culminada oficialmente La Violencia dio tregua apenas dos décadas. Aunque los partidos políticos tradicionales llegaron a acuerdos y se alternaron los periodos gubernamentales en ese tiempo, los conflictos por disputas del territorio en el campo no fueron resueltos y llevaron a la creación de guerrillas y grupos paramilitares. Desde finales de los años setenta se instauró una lógica de guerra funcional a los intereses económicos, dirigidos a controlar y apropiarse de los territorios con alto potencial de explotación económica. El discurso contrainsurgente favoreció los intereses de los actores legales e ilegales y justificó así el recrudecimiento de la violencia sociopolítica¹⁵.

13 Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*, 662 y ss.

14 Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*, 618 y ss.

15 CNMH, *Buenaventura: un puerto sin comunidad* (Bogotá: CNMH, 2015).



Figura 2. Personas expulsadas en Colombia 1985-2018.

Fuente: elaboración propia a partir de Red Nacional de Información. Unidad para las Víctimas, Base de datos víctimas de desplazamiento forzado (Bogotá: Unidad para las Víctimas, 2018), <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/direccion-de-registro-y-gestion-de-la-informacion/red-nacional-de-informacion-rni/37825>

El conflicto se agudizó desde mediados de los años ochenta y, con el ascenso y la consolidación del narcotráfico, el éxodo y el despojo adquirieron dimensiones inéditas en la historia de Colombia. El escalonamiento y la intensificación del conflicto promovido, entre otros factores, por el narcotráfico y la definición estratégica de los grupos armados, incluyendo las fuerzas del Estado, en busca de aumentar su incidencia y control territorial en las zonas de producción cocalera y las rutas de comercialización, implicaron, una vez más, la

expulsión acelerada de habitantes rurales hacia las diferentes ciudades del país. Según datos oficiales de la Unidad de Víctimas, desde 1985 hasta 2018 se han registrado como migrantes forzados alrededor de ocho millones de personas (figura 2).

La figura 3 muestra cómo la agudización del conflicto se fue concentrando en las zonas selváticas de la Orinoquia, la Amazonia y el Pacífico. Como se explica a continuación, el abandono estatal prolongado y la falta de alternativas económicas en estas zonas explican este fenómeno.

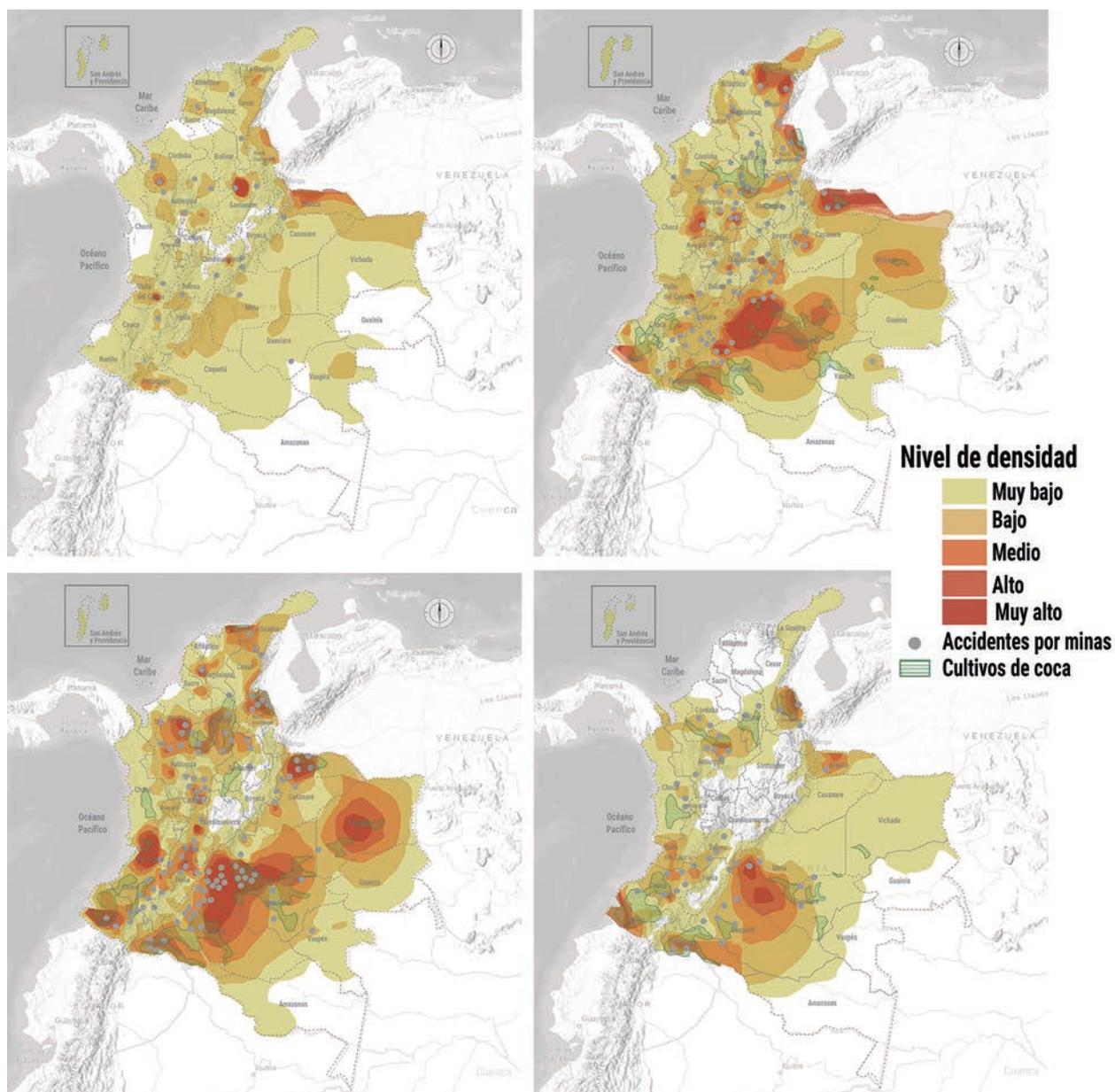


Figura 3. Dinámica multitemporal en la afectación territorial del conflicto armado en Colombia.

Fuente: elaboración propia con base en Gabriel Salas Salazar, “El conflicto armado y su incidencia en la configuración territorial: reflexiones desde la ciencia geográfica para la consolidación de un periodo de posnegociación del conflicto armado en Colombia”, *Bitácora Urbano Territorial* (Universidad Nacional de Colombia) 26, n.º 2 (2016).

A finales de la década de los setenta, el departamento del Putumayo entró a hacer parte de los corredores del narcotráfico, inicialmente a partir del establecimiento de laboratorios clandestinos para la transformación de las hojas de coca importadas desde el Perú y, posteriormente, con la introducción de semillas de coca al municipio de Puerto Asís¹⁶. Este proceso fue liderado por los carteles de Cali y Medellín que en conjunto se encargaron de promover el cultivo y procesamiento de coca en los departamentos de Putumayo, Meta y Caquetá, territorios en donde encontraron acogida de las familias campesinas colonas acorraladas por la ausencia de alternativas económicas lícitas, débiles canales de comercialización y precaria infraestructura vial regional para la consolidación de un mercado regional.

Lo anterior permitió un crecimiento sostenido de los cultivos que alcanzó 66 022 hectáreas sembradas en el año 2000, proceso acompañado de un escenario de disputa armada entre las FARC y los grupos paramilitares (bloque Sur Putumayo) por las rentas de la economía cocalera. Esto desembocó en un destierro masivo de pobladores rurales que se dirigieron hacia los centros urbanos de la región, como la ciudad de Mocoa, e incluso hacia las grandes ciudades del país. Sin embargo, con la entrada en vigencia del Plan Colombia¹⁷ y su programa de erradicación forzada

bajo la modalidad de aspersiones aéreas en el año 2001, los cultivos fueron fuertemente golpeados en el Putumayo, lo que llevó a los narcotraficantes a repensar la geografía de la coca. Fue así como se produjo lentamente un desplazamiento de los cultivos y, con ellos, de los procesos de violencia y narcotráfico hacia el occidente del país, en especial hacia el departamento de Nariño en su franja costera, denominada Pacífico nariñense (figura 4). Aprovechando la cercanía y las relaciones sociales históricas entre ambos departamentos, el traslado de la maquinaria cocalera tuvo éxito y permitió replicar, una vez más, el modelo de apropiación violenta del territorio.

Hasta entonces, tanto el carácter marginal de la región pacífica como su aislamiento geográfico la mantuvieron alejada de las dinámicas del conflicto nacional. Sin embargo, las ventajas de ubicación frente al océano permitieron la concentración del proceso productivo —siembra, procesamiento y comercialización— e incrementaron la rentabilidad del negocio al reducir los costos y los riesgos de operación. Esto aumentó la disputa del territorio por parte de los paramilitares y las FARC¹⁸.

16 CNMH, *Buenaventura*.

17 El Plan Colombia fue una política que inició en el periodo presidencial de Andrés Pastrana (1998-2002), concebida con el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos. Su objetivo fue desarrollar los siguientes componentes: 1) lucha contra las drogas ilícitas y el crimen organizado, 2) reactivación económica y

social, 3) fortalecimiento institucional y 4) avances del proceso de paz en Colombia. La cooperación estadounidense cobró mayor importancia con la llegada a la Presidencia de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006 y 2006-2010) y sentó las bases para consolidar la política uribista conocida como “Seguridad Democrática”.

18 José Darío Rodríguez Cuadros, *Génesis, actores y dinámicas de la violencia política en el Pacífico nariñense* (Bogotá: Odecofi / Cinep; Pontificia Universidad Javeriana, 2015); Rosero García, “Impacto del conflicto armado”.

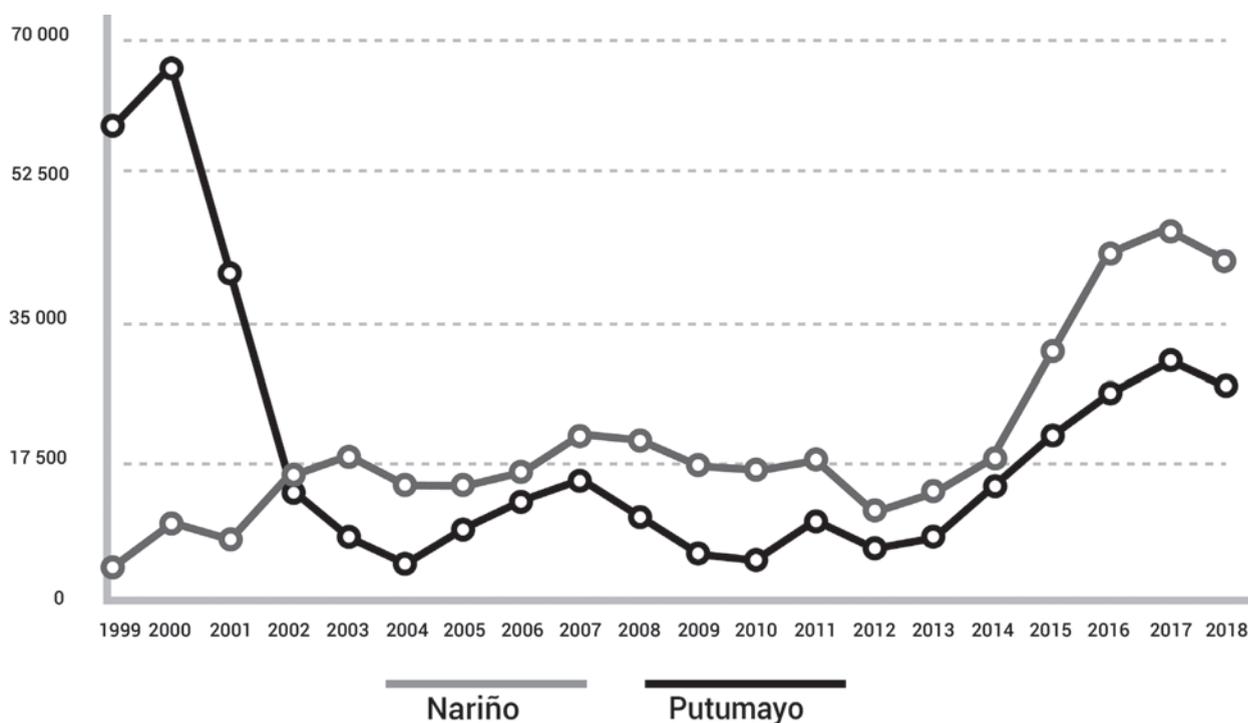


Figura 4. Cultivos de coca en Putumayo y Nariño, 1999-2018
 Fuente: elaboración propia a partir de Observatorio de Drogas de Colombia,
 Sistema de Información de Drogas de Colombia, Bogotá, 2019, <http://www.odc.gov.co/sidco>

El lucrativo negocio de la coca vino ligado a un aumento exponencial de la violencia rural y urbana alrededor del control del negocio. Asesinatos selectivos, desapariciones y el uso excesivo de diversas formas de violencia generaron un importante volumen de destierros de pobladores a las ciudades, especialmente a Tumaco, que convirtieron a este centro en uno de los territorios más violentos del país (figura 5).

Lo anterior evidencia la relación directa entre los grupos armados ilegales y la economía

de la coca en el sur del país (especialmente en los departamentos de Putumayo y Nariño), y su incidencia tanto en el destierro de comunidades rurales como en la reconfiguración territorial de los centros urbanos.

Colonización, despojo, migración forzada y ocupación de periferias urbanas constituyen, una vez más, el ciclo base de un modelo propio de urbanización colombiano. A continuación se explica cómo este modelo, denominado la *ciudad-refugio*, opera en los dos casos de estudio.

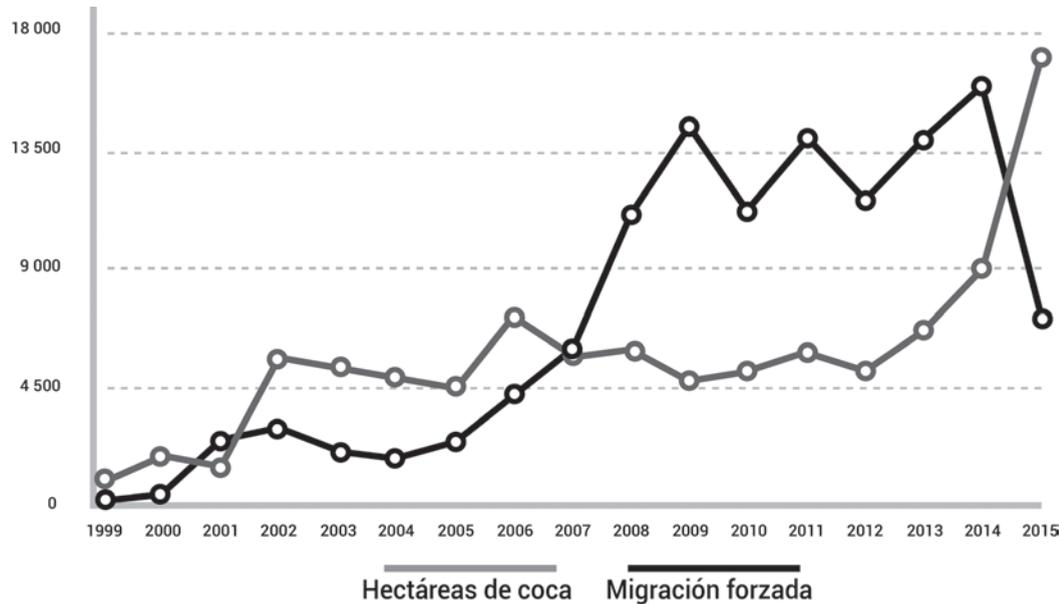


Figura 5. Relación entre hectáreas de coca y migración forzada en Tumaco 1999-2015

Fuente: elaboración propia a partir de Red Nacional de Información, Unidad de Víctimas y Observatorio de Drogas de Colombia.

LA CIUDAD-REFUGIO EN MOCOA: LOS COLONOS Y LA NUEVA COLONIZACIÓN (AGRO)URBANA ENTRE 1998 Y 2008

Históricamente, Mocoa ha estado inmersa en procesos conflictivos propios de la Amazonia colombiana, ligados a intereses económicos foráneos con fines de extracción de materias primas. Primero se inició con el oro (siglos XVI-XVIII), luego vinieron la quina y el caucho (siglos XIX y XX),

posteriormente el petróleo y, por último, la coca (siglos XX y XXI). A pesar de su fundación temprana, la población permanente en Mocoa se consolidó solo desde mediados del siglo XX luego de que la misión capuchina cosechara los frutos de un exitoso proyecto de evangelización y colonización dirigida ligado a la actividad agropecuaria (caña de azúcar y ganado vacuno). Desde entonces, Mocoa fue creciendo lentamente y se convirtió en ciudad en los años setenta gracias a las regalías petroleras.

Posteriormente, con la bonanza de la coca desde los años ochenta, Mocoa experimentó nuevas transformaciones. Sin embargo, debido a que las haciendas conformadas por narcotraficantes estaban ubicadas en territorios apartados

del centro y sur del Putumayo¹⁹, Mocoa no fue objeto de grandes inversiones inmobiliarias con dinero ilícito. Los cambios tuvieron que ver, más bien, con la movilidad de población que se generó en zonas cocaleras. La producción y comercialización de pasta de coca propició conflictos violentos alrededor del acceso al dinero. La conformación de grupos paramilitares y la irrupción de la guerrilla para controlar el negocio en la región, sumadas a la intervención militar antiinsurgente y a las medidas represivas antinarcóticos del Ejército Nacional, llevaron a la continua violación de derechos humanos de la población civil y a los posteriores destierros masivos de campesinos²⁰.

Esta situación propició que muchos desterrados buscaran refugio permanente en Mocoa, una ciudad segura en medio de un territorio en conflicto. Las cifras de los censos de población confirman el gran impacto demográfico originado por los destierros rurales en esta ciudad. Mientras que en 1993 el municipio de Mocoa contaba con 20 736 habitantes, de los cuales un 63 % (13 117 personas) habitaba la zona urbana, en 2005 la población municipal llegó a los 36 185 habitantes, de los cuales un 73 % (26 439) vivía en el centro urbano. En ese momento Mocoa alcanzó casi la misma proporción que la población urbana de Colombia, por cuanto en doce años se duplicó la

población urbana. La tasa de crecimiento anual, muy superior al 5 %, no resultó del simple crecimiento vegetativo o natural y estuvo más bien determinada por las inmigraciones. Sin embargo, la población rural también aumentó, por lo que puede inferirse que la mayor parte de la población inmigrante a la zona urbana no procedió de zonas rurales del mismo municipio, sino de otros.

La entonces denominada Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional (Acción Social), a través del Sistema de Información de Población Desplazada (Sipod, antes llamado SUR), reportó un total de 20 520 migrantes forzados en Mocoa registrados entre 1998 y 2008²¹. Esta población se caracterizó por tener origen campesino e indígena con un nivel escolar bajo. La mayoría de los migrantes forzados (71 %) declaró proceder del mismo departamento del Putumayo, especialmente de los municipios del centro-oriente situados más cerca de Mocoa, como Puerto Guzmán, Villagarzón y Puerto Caicedo, y, en segundo lugar, de municipios del suroccidente, como Orito, Valle del Guamuez, San Miguel y Puerto Asís. No obstante, debido a que el sistema de registro oficial solo incluía datos de entrada de personas y no de salida, no es posible asegurar que toda la población registrada se quedara en Mocoa. Según lo investigado y observado en campo, aproximadamente la mitad, es decir, cerca de 10 000 personas, se asentaron en la ciudad y fundaron organizaciones visibles.

19 Roberto Ramírez Montenegro, "Conflictos sociales en el Putumayo", en *Conflictos regionales. Amazonia y Orinoquia*, eds. José Jairo González Arias, Roberto Ramírez Montenegro, Alberto Valencia y Reinaldo Barbosa (Bogotá: Fescol; Iepri; Tercer Mundo, 1998), 99.

20 Comisión Andina de Juristas, *Putumayo. Informes regionales de derechos humanos* (Bogotá: Comisión Andina de Juristas Seccional Colombiana, 1993), 116.

21 Acción Social, *Estadísticas de población desplazada, Sistema Sipod* (Bogotá: Acción Social, 2009), base de datos en línea, consultada 4 de junio de 2009, página web descontinuada.

En el siguiente apartado se muestra cómo el proceso de asentamiento en Mocoa sirvió de base para definir el modelo de ciudad-refugio (figura 6) que, con variaciones de acuerdo con la región y el contexto cultural, se encuentra vigente en muchas ciudades colombianas. El modelo se ha estructurado en tres componentes: 1) el proceso de refugio, 2) la espacialidad de la ciudad-refugio y 3) la sociedad de la ciudad-refugio.

El proceso de refugio. Fase transitoria y traslados intraurbanos, y fase permanente y nuevos establecimientos de vivienda

La ciudad-refugio experimenta en su *proceso de refugio* la siguiente secuencia: *destierro rural - traslado intraurbano - destierro urbano - conquista de periferias*. La búsqueda de protección y albergue en la ciudad empieza con la fase de refugio transitorio mediante la modalidad de ocupación *individual-dispersa*. En esta fase, familias de migrantes forzados se ubican de manera dispersa en los barrios más pobres y deteriorados de la ciudad (al sur del río Mulato y al costado occidental del río Mocoa), caracterizados por su infraestructura incompleta, niveles altos de hacinamiento y bajo acceso a servicios sociales.

En esta modalidad la ocupación se hace mediante el alquiler o préstamo de habitaciones o viviendas usadas; la decisión del lugar de ubicación se toma generalmente de manera individual, es decir, cada grupo familiar busca solucionar su problema por separado. Esto implica una movilidad intraurbana constante, debido a que la falta

de recursos económicos no permite a las familias mantener una estabilidad en el pago de los alquileres y las obliga a mudarse en busca de opciones más baratas.

Esta situación de inestabilidad, sumada a la importancia del trasfondo campesino de las familias, obliga a que los desterrados salgan de la ciudad consolidada y busquen fuera de esta empleo como jornaleros en fincas cercanas, o bien que identifiquen nuevos espacios periféricos para desarrollar labores agropecuarias para el consumo familiar o como actividad de generación de ingresos. Estas actividades tienen lugar bien sea junto a la vivienda o en otro lugar en terrenos propios, alquilados u ocupados espontáneamente. Se produce entonces un destierro urbano que conlleva un refugio permanente.

Esta segunda fase de refugio permanente se desarrolla mediante la modalidad de ocupación *colectiva-agrupada*. Esta consiste en la ubicación de grupos de familias de migrantes forzados en nuevos establecimientos de vivienda (figura 7). Al contrario de la modalidad individual-dispersa, aquí los migrantes no alquilan viviendas, sino que se deciden por la autoconstrucción de vivienda con fines de propiedad en terrenos desocupados. La decisión de ocupación se hace generalmente de manera colectiva y como resultado de procesos organizativos. Así, varios grupos familiares, que se conocen durante la fase de refugio transitorio, planean la iniciativa y trabajan conjuntamente para lograr exitosamente una ocupación espontánea. Con el refugio permanente se llega a la conquista de las periferias como solución de albergue de largo plazo.

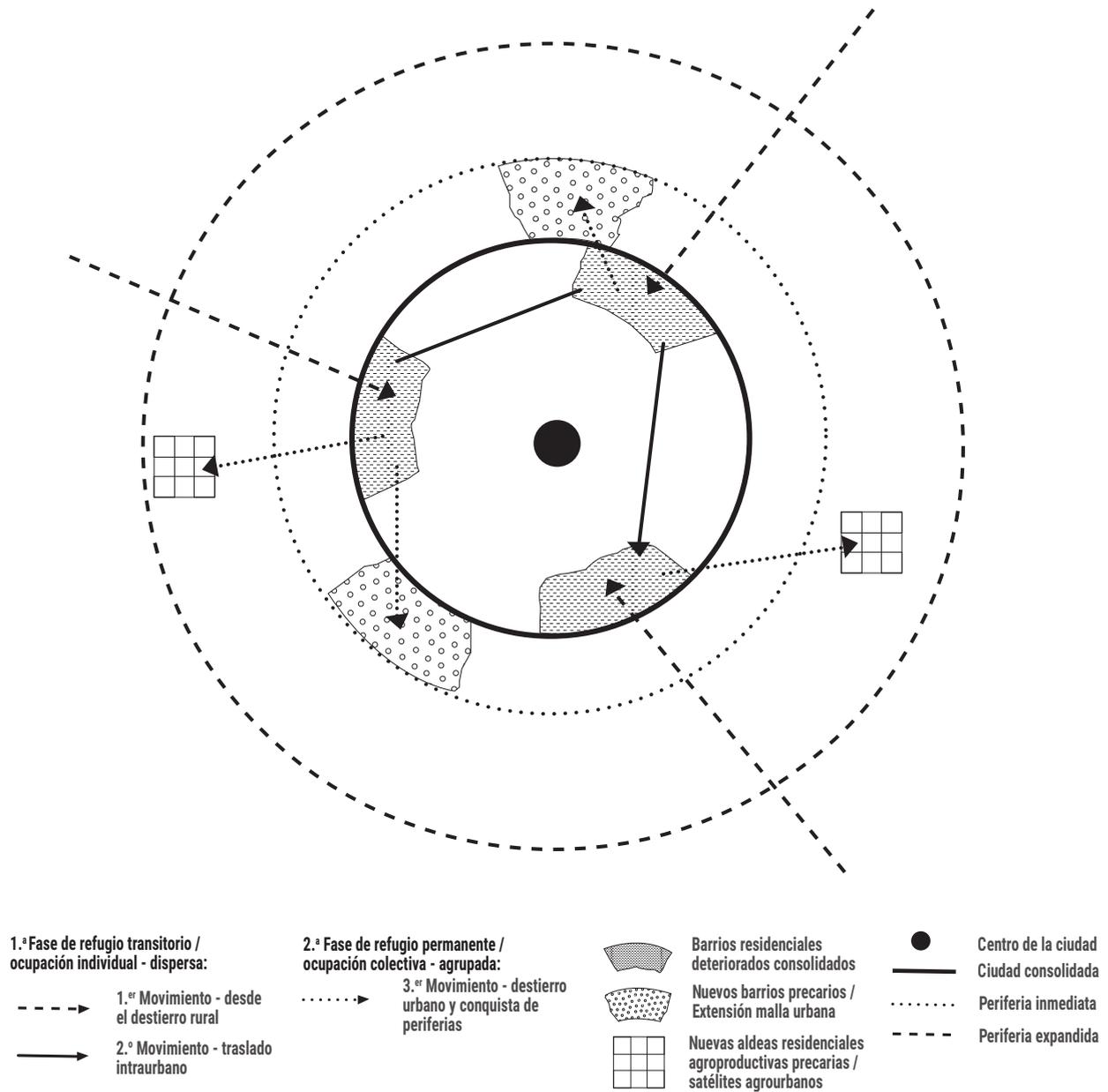


Figura 6. Modelo de la ciudad-refugio. Proceso y espacialidad

Fuente: Lina María Sánchez Steiner, *La ciudad-refugio. Migración forzada y reconfiguración territorial urbana en Colombia. El caso de Mocoa* (Barranquilla: Editorial Universidad del Norte; Consejo Profesional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares, 2012), 199.

Entre 1999 y 2003 se formaron diez establecimientos de vivienda en Mocoa. Entre 2003 y 2008 no surgieron nuevos establecimientos, pero los existentes fueron creciendo y nutriéndose con los desterrados de los últimos años. Se trata de establecimientos originados como ocupaciones espontáneas de terrenos públicos y privados en desuso y algunos en zonas de riesgo por amenazas naturales. No fueron concebidos como ocupaciones de corto plazo y, por el contrario, su objetivo fue la permanencia en el lugar en que se ubicaron.

La espacialidad de la ciudad-refugio. Patrones de apropiación y organización territorial

La fase de refugio permanente ha representado para Mocoa una evidente transformación espacial, por cuanto las periferias²² se reconfiguraron, en un muy corto periodo, de manera intensa y diversa. La transformación es determinada por patrones de apropiación y organización territorial definidos a partir de tipologías espaciales de establecimientos de vivienda. Estas tipologías son identificadas respecto de dos categorías: estrategias de apropiación del territorio y estrategias de organización del territorio.

Las estrategias de apropiación del territorio son aquellos mecanismos que los migrantes forzados han elegido para acceder, ocupar y asumir como propia una fracción territorial. Se han

tenido en cuenta dos criterios: relación de propiedad con la tierra y carácter de la ocupación. Estos criterios determinan si el terreno ocupado es o no propio, si su origen es estatal o privado, y si la ocupación es espontánea por iniciativa de estos migrantes o por iniciativa de un tercero. Como resultado del análisis de criterios se han identificado cuatro tipologías de establecimientos de vivienda para esta categoría: asentamiento espontáneo en terrenos no propios (AENP, seis establecimientos), asentamiento espontáneo en terrenos propios (AEP, dos establecimientos), urbanización pirata (UP, un establecimiento) y ocupación espontánea de edificaciones (OEE, un establecimiento). La primera de estas tipologías es la más frecuente en Mocoa.

Las estrategias de organización del territorio son mecanismos para regular y disponer del territorio que ya apropiado. Se han identificado cinco criterios que inciden en la organización de los terrenos: localización, distribución, uso, infraestructura de servicios y aprovechamiento económico. El primer criterio, la localización (en periferia inmediata o en periferia expandida), determina los siguientes cuatro criterios. El grado de proximidad con la ciudad consolidada y con las áreas rurales circundantes incide tanto en la organización espacial del establecimiento como en las actividades allí desarrolladas. La incidencia se hace evidente en dos tipologías identificadas para esta categoría: asentamiento con tendencia de configuración urbana (ACU, seis establecimientos) y asentamiento con tendencia de configuración agrourbana (ACAU, cuatro establecimientos). En este caso, la primera tipología, ACU, es la más

22 Se habla aquí de dos tipos de periferias: la inmediata o más cercana a la ciudad consolidada y la expandida o más cercana al espacio rural.

recurrente en Mocoa. Esta agrupa los establecimientos de vivienda localizados en la periferia inmediata que tienen una limitada distribución de pequeñas parcelas de uso residencial, una infraestructura de servicios precaria conectada legal o ilegalmente a la red urbana, y con un bajo aprovechamiento económico de los espacios dentro del establecimiento. La tipología ACAU, en cambio, agrupa establecimientos ubicados en la periferia expandida, con parcelas de mayor tamaño de uso residencial y agrario, infraestructura de servicios precaria conectada legal o ilegalmente a las redes urbana y rural, con espacios para equipamientos como escuelas y centros de salud y para la producción agraria como fuente de ingresos.

Del cruce de las dos anteriores categorías (la primera, de apropiación, con cuatro tipologías y la segunda, de organización, con dos tipologías) resultaron ocho patrones. Como *patrón* se entiende aquí una determinada estructura físico-social de apropiación y organización territorial. Los ocho patrones, de los cuales los primeros cinco fueron identificados en Mocoa, son los siguientes: patrón espontáneo sin propiedad-urbano (AENP-ACU, establecimientos vía Guadales, Cinco de Enero y Seis de Enero); espontáneo sin propiedad-agrourbano (AENP-ACAU, establecimientos Caliyaco, Quince de Mayo y Nueva Esperanza); espontáneo con propiedad-agrourbano (AENP-ACU, establecimientos La Floresta y Emaús); pirata-urbano (UP-ACU, establecimiento San Miguel); espontáneo edificación-agrourbano (OEE-ACAU, establecimiento Porvenir); espontáneo con propiedad-urbano (AEP-ACU, ningún

establecimiento); pirata-agrourbano (UP-ACAU, ningún establecimiento) y espontáneo edificación-urbano (OEE-ACU, ningún establecimiento).

Seis de los diez establecimientos de vivienda integraron los dos primeros patrones enunciados. Esto indica que la espacialidad de la ciudad-refugio en las periferias urbanas de Mocoa está marcada por el carácter espontáneo de la apropiación del suelo, la carencia de títulos de propiedad y la heterogeneidad en la organización del territorio (típicos desarrollos espontáneos urbanos o nuevos desarrollos espontáneos agourbanos). Al carecer de una continuidad con la malla urbana, se genera una fragmentación territorial periférica. Con esto, Mocoa experimenta una reconfiguración no solo de la estructura residencial de la ciudad, sino también de la estructura productiva. La particularidad de los dos patrones más comunes se detalla a continuación en los dos subestudios de caso.

La sociedad de la ciudad-refugio. Rol de los agentes sociales

En este apartado se analizan los diversos agentes sociales que intervinieron en la formación de los establecimientos Cinco de Enero y Quince de Mayo, típicos ejemplos de los dos patrones de apropiación y organización territorial más frecuentes en Mocoa (AENP-ACU y AENP-ACAU). Como se verá, la sociedad de la ciudad-refugio se caracteriza por ser muy diversa, conflictiva y contradictoria. Está determinada por una compleja y tensa red de agentes sociales que interaccionan entre sí según sus intereses

sobre ella. No solo se consideran como agentes sociales los desterrados, sino también instituciones públicas de orden nacional, regional y local, agencias de cooperación internacional, empresas de servicios de capital privado y organizaciones sociales locales. Líderes políticos locales, instituciones religiosas como la Iglesia católica y ciudadanos no organizados también han tomado parte en el proceso.

Cinco de Enero: un barrio urbano indígena

Como su nombre lo anuncia, este barrio se originó el 5 de enero de 2003 en un terreno cercano al cementerio municipal ubicado en el extremo suroriental de la ciudad, en la periferia inmediata. La ocupación fue planeada por más de un año por un grupo de indígenas desterrados del Putumayo pertenecientes a diferentes etnias, apoyados por autoridades de la comunidad inga, y fue realizada clandestinamente durante la noche. La policía intervino usando estrategias represivas y violentas, pero a pesar de ello los ocupantes se mantuvieron y no pudieron ser desalojados, apoyados por la Organización Indígena del Putumayo y la Defensoría del Pueblo.

El territorio ocupado tiene una relevancia histórica para los indígenas desterrados: se trata de un terreno que fue parte de un antiguo territorio indígena y que desde inicios del siglo XX estuvo en manos de la misión capuchina. Con la ocupación, los indígenas anunciaron la reconquista de las tierras. La Junta de Acción Comunal del vecino barrio José Homero, que al parecer

había recibido tiempo atrás de la Iglesia católica la propiedad del terreno mediante escritura pública, entró en defensa del predio ocupado argumentando su titularidad. Los ocupantes sustentaron la legitimidad del acto al haber sido autorizados por los *mayores*²³ del pueblo inga y con el fundamento del derecho a la tierra de sus antepasados. Sin embargo, los ocupantes no distribuyeron los espacios del establecimiento de acuerdo a las costumbres indígenas, sino que imitaron el trazado de la malla urbana que conocían, aprovechando al máximo el reducido espacio para alojar a las 75 familias que, hasta 2008, formaban parte del barrio (figura 8).

Se trata de un terreno de alta pendiente, cuya área abarca alrededor de 1 hectárea y se compone de 8 manzanas y un poco más de 70 parcelas. El área de cada parcela oscila entre 65 y 120 m². El uso es esencialmente residencial y solo dos de las parcelas fueron destinadas al uso comunal. La conexión a servicios públicos es aún bastante precaria. Sin embargo, las diversas soluciones temporales al problema no fueron llevadas a cabo solo por los indígenas desterrados, sino también por distintas personas e instituciones. La Cruz Roja Internacional apoyó la recolección de agua lluvia y la construcción de pozos sépticos rudimentarios mediante el aporte de tanques de recolección y letrinas. La Gobernación del Putumayo y la Alcaldía de Mocoa ayudaron a gestionar con el Resguardo Indígena de La Florida el acceso a un pozo natural cercano para llevar agua con tubería. Un líder político, en

23 Se refiere a los indígenas de mayor edad y con poder de autoridad sobre la comunidad.



 Área ocupada por el establecimiento
 Senderos peatonales
 Quebrada Bagreyaco / La misión

 Vías vehiculares
 Curvas de nivel
 Uso residencial
 Uso comunal

Figura 8. Distribución espacial, usos y vista parcial del barrio Cinco de Enero, año 2006

Fuente: gráfico elaborado con base en aerofotografía del IGAC (vuelo C-2789, agosto de 2006), cartografía del Plan de Ordenamiento Territorial de Mocoa (2008) y observaciones directas en terreno entre 2004 y 2007.

Fotografía de Lina María Sánchez Steiner.

campaña para el Congreso de la República, donó cables y gestionó ante la Empresa de Energía del Putumayo la instalación de postes de energía eléctrica y contadores. Todos estos agentes sociales coadyuvaron para consolidar la ocupación inicial, y promover y fortalecer el desarrollo posterior del barrio.

Quince de Mayo: una aldea agrourbana de colonos

Como en el caso de estudio anterior, la fecha de ocupación del terreno dio el nombre a la aldea. Un grupo de colonos desterrados putumayenses, procedentes en su mayoría de un mismo municipio, ocupó el 15 de mayo de 2002 un terreno ubicado en la periferia expandida, a

4 km al norte del centro de Mocoa (al costado occidental de la vía a Pitalito y en jurisdicción de la vereda Alto Afán). Aunque los desterrados no llegaron juntos a Mocoa, las redes construidas en el municipio de origen facilitaron el reencuentro y el trabajo en equipo. Antiguos líderes comunitarios campesinos reprodujeron sus conocimientos y experiencias en labores agrarias y de organización social y las trasladaron al nuevo territorio. Fue el punto de partida para fundar una aldea de 86 familias y dos asociaciones. El terreno ocupado era parte de un gran predio público de 98 hectáreas de propiedad del Instituto de Planificación y Promoción de Soluciones Energéticas (IPSE). Tras la cancelación de un proyecto hidroeléctrico en los años ochenta, el IPSE mantuvo varias décadas los terrenos en desuso; por esta razón, no mostró mayor preocupación por las ocupaciones del predio en Mocoa y, por el contrario, ofreció a largo plazo ceder a la alcaldía los terrenos.

Los primeros ocupantes abrieron senderos e iniciaron la medición y trazado de parcelas. Con el tiempo llegaron nuevos ocupantes que se asentaron en las parcelas ya demarcadas y empezaron con la construcción de precarios refugios. Ya en ese tiempo intervinieron instituciones que incidieron en una consolidación posterior: la Cruz Roja y Acción Social donaron materiales para cubrir estructuras provisionales para protegerse del clima. Partiendo de la idea de usar también el terreno para trabajar la tierra, los ocupantes trazaron parcelas mucho más grandes que las usualmente encontradas en zona urbana, aunque más pequeñas que las del promedio en zona

rural. Su intención era aprovechar la cercanía, los servicios y la seguridad que ofrece la ciudad sin anexarse a ella como barrio urbano, sino como una aldea agrourbana (figura 9).

Hasta 2008, el área ocupada por el establecimiento Quince de Mayo abarcaba unas 20 hectáreas y se componía de 85 a 100 parcelas. Cada parcela, de 30 x 80 metros, tenía un área aproximada de 2 400 m². En esa área, la vivienda ocupaba la menor parte del terreno y el espacio restante era usado para la producción agraria. Los usos predominantes eran entonces el residencial y el agrario. Se priorizó la producción avícola y piscícola con fines comerciales, complementada con las huertas caseras para el consumo familiar. El trabajo de montaje y puesta en funcionamiento de estanques y galpones fue obra de los migrantes forzados, quienes se asociaron legalmente. Este trabajo fue avalado y posteriormente apoyado por instituciones como Corpoamazonia, que haciendo uso de sus funciones como autoridad ambiental otorgó permisos a la asociación de productores para la utilización de aguas y vertimiento de residuos, y exigió a su vez el pago de tarifas por este concepto²⁴.

Adicionalmente, los gestores de la aldea destinaron zonas específicas para el uso comunal y para la instalación de equipamientos educativos, comunitarios, recreativos y religiosos, así como para la adecuación de un parque. Nuevamente intervinieron instituciones en su desarrollo: el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) aportó recursos para un hogar comunitario y guardería,

24 Corpoamazonia, *Boletín Oficial* (Mocoa) (septiembre-octubre 2008): 31 y ss.

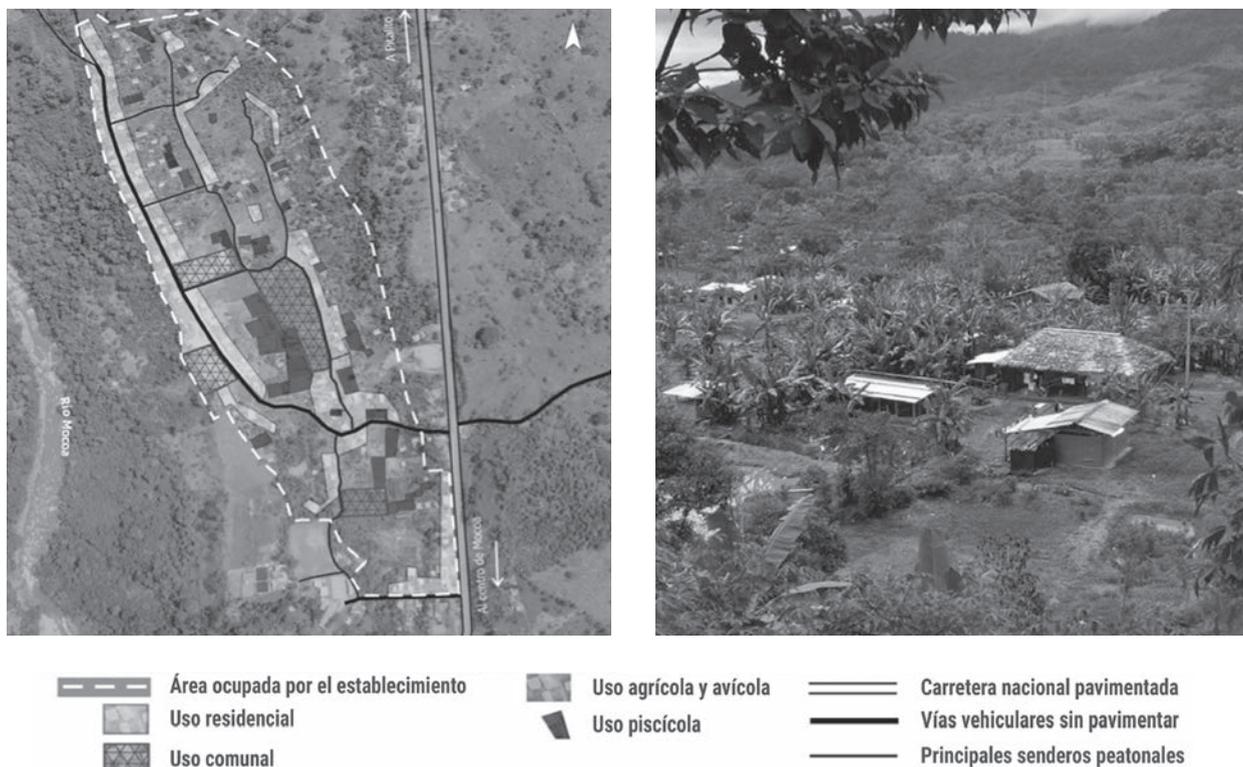


Figura 9. Distribución espacial, usos y vista parcial de la aldea Quince de Mayo, año 2007

Fuente: elaborado con base en aerofotografía IGAC (vuelo C-2789, agosto de 2006), cartografía del Plan de Ordenamiento Territorial y observaciones directas en terreno entre 2002 y 2007. Fotografía de Lina Sánchez Steiner.

la Iglesia católica promovió eventos de recolección de fondos para construir una capilla, y Acción Social y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) aportaron dinero destinado a la construcción temporal de la escuela, y pozos piscícolas y galpones para comida de animales, así como créditos de fomento a microempresas. La Gobernación del Putumayo y la empresa de acueducto del municipio de Mocoa invirtieron dinero para lograr la conexión de la aldea al acueducto

urbano. Líderes políticos en épocas de elecciones “donaron” material para mejorar la vía vehicular y llevaron a que la empresa de energía eléctrica instalara el servicio domiciliario. La construcción artesanal de pozos sépticos fue apoyada por la Cruz Roja mediante la inversión en letrinas²⁵. La aldea cuenta con el servicio oficial de transporte público urbano.

²⁵ Sánchez Steiner, *Impacto urbano del desplazamiento forzado*, 177 y ss.

LA CIUDAD-REFUGIO EN TUMACO: LAS COMUNIDADES NEGRAS Y LA COLONIZACIÓN DE LOS TERRENOS DE BAJAMAR ENTRE 2007 Y 2015

De manera similar a Mocoa, Tumaco presentó desde su fundación en 1640 una serie de transformaciones físico-espaciales cargadas de contradicciones asociadas a la alta dependencia de la extracción-exportación de productos de la selva (oro, tagua, madera, palma). Inicialmente fue puerto de mercancías para el distrito minero de Barbacoas. Sin embargo, con la supresión legal del sistema esclavista en 1851 y la entrada en vigencia de un proceso de colonización afrocampesina en las riberas de los ríos aledaños a Tumaco, la ciudad empezó un proceso de transformación físico-espacial en función de la realidad económica y la concentración poblacional hasta convertirse en el polo de desarrollo del Pacífico nariñense a principios del siglo XX.

Aunque no existió una estructura jerarquizada oficial a nivel socioeconómico y racial, se consolidó una relación dual en la cual coexistían una élite blanca que controlaba la producción y los mercados, y un importante contingente de familias negras encargadas de la recolección y el

transporte de los recursos selváticos; relación dual expresada en una forma de ocupación territorial constituida bajo el antagonismo entre la ciudad “moderna y educada”, en donde residían las familias de comerciantes blancos, y la selva “salvaje y premoderna”, donde habitaban las familias negras²⁶.

No obstante, fue a finales de la década de los cincuenta cuando se presentó una ruptura en las formas de ocupación. La declaratoria del Pacífico como zona de reserva forestal en 1959 y la adjudicación acelerada de tierras “baldías” a empresarios de la madera que representaban los intereses del gran capital significaron un proceso marcado por la conocida secuencia despojo - migración forzada - urbanización (de terrenos de bajamar), en el cual el surgimiento de asentamientos espontáneos palafíticos en la isla de Tumaco, por parte de los desterrados de la selva, supuso una nueva forma de construir y habitar la ciudad.

Dicho proceso se expandió con la llegada de la agroindustria de la palma a finales de los años setenta. En su instalación resultaron desterradas cientos de familias que residían en las zonas de los ríos hacia la ciudad de Tumaco. En ese momento, la ocupación acelerada de predios y la autoconstrucción de vivienda empezaron a desarrollarse en forma lineal a lo largo del cordón de playas y, posteriormente, avanzaron de forma perpendicular sobre el mar, configurando un urbanismo anfíbio expresado en dos aspectos propios de esta modalidad: la proliferación de

26 Claudia Leal León, “Un puerto en la selva. Naturaleza y raza en la creación de la ciudad de Tumaco, 1860-1940”, *Historia Crítica* 30 (julio-diciembre 2005).

viviendas palafíticas y la construcción de pequeños puentes para garantizar la comunicación y el contacto entre las casas y la ciudad.

Los problemas sociales derivados de este proceso fueron aprovechados por los actores ilegales que dirigían y coordinaban la economía de la coca en el país. A mediados de los noventa, la llegada del cartel de Cali a la zona rural de Tumaco significó la entrada directa del municipio en los eslabones del narcotráfico. De este modo, empezó un nuevo proceso de acumulación de tierras a través de mecanismos violentos con el objetivo de garantizar para sí el control de los corredores estratégicos de producción, transformación y comercialización de la droga²⁷.

Los primeros efectos se observaron en la urbanización acelerada de la ciudad y en la colonización de terrenos ubicados en la plataforma continental (comuna 5) ante la ausencia de espacio en la isla de Tumaco. Así, durante el ciclo de la madera (1940-1970) se triplicó la población urbana; durante el de la palma (1970-2000) casi se duplicó y, según estimaciones, durante el ciclo de la coca (1999-2015) creció en un 50 % y llegó a 111 589 habitantes (figura 10).

El proceso de refugio en Tumaco

La llegada del narcotráfico y de organizaciones armadas ilegales (OAI) al Pacífico nariñense generó un destierro sin precedentes, producto del cual —según datos oficiales de la

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas (Uariv)— arribaron a la ciudad 25 354 hogares en el periodo comprendido entre 1999 y 2015. Como en el caso de Mocoa, el proceso de ocupación y asentamiento inicial de desterrados se desarrolló a través de las modalidades de ocupación individual-dispersa y de ocupación colectiva agrupada.

En la modalidad de ocupación individual dispersa, la decisión de ubicación respondió en gran medida a la posibilidad de aprovechar las relaciones parentales que permitieron contar con el apoyo familiar en el proceso transitorio de adaptación. En este escenario, las víctimas se insertaron lentamente en la lógica urbana, se vincularon con la oferta de servicios de salud y educación, entendieron el funcionamiento institucional, accedieron a los servicios de la Uariv y consiguieron fuentes de ingresos formales e informales.

Posteriormente empezó la segunda fase de ocupación territorial de tipo colectiva, caracterizada por la ubicación agrupada de familias y la autoconstrucción de viviendas en terrenos no urbanizados ubicados en la periferia inmediata de la ciudad, en lo que constituye la denominada plataforma continental (figura 11). Pese a que los primeros asentamientos se construyeron a principios de la década de los noventa, fue con la llegada del narcotráfico y las OAI a las zonas rurales que se consolidaron y crecieron de manera acelerada.

27 Rosero García, "Impacto del conflicto armado".

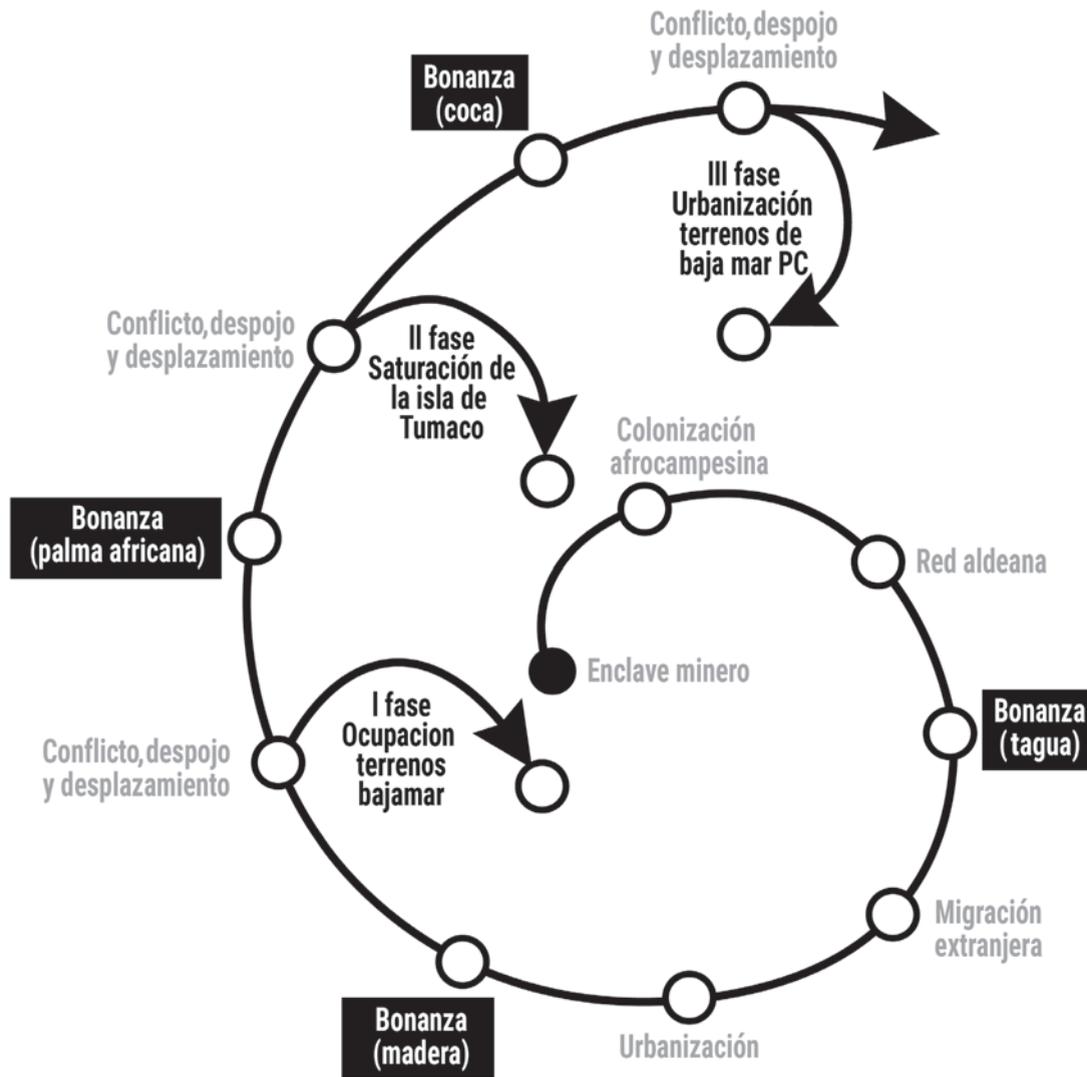


Figura 10. Modelo de ocupación territorial en Tumaco, 1851-2015

Fuente: Armando Rosero García, "Impacto del conflicto armado y el desplazamiento forzado en la transformación socioespacial de Tumaco. Elementos a considerar para replantear la estrategia de ordenamiento territorial municipal" (tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2018).

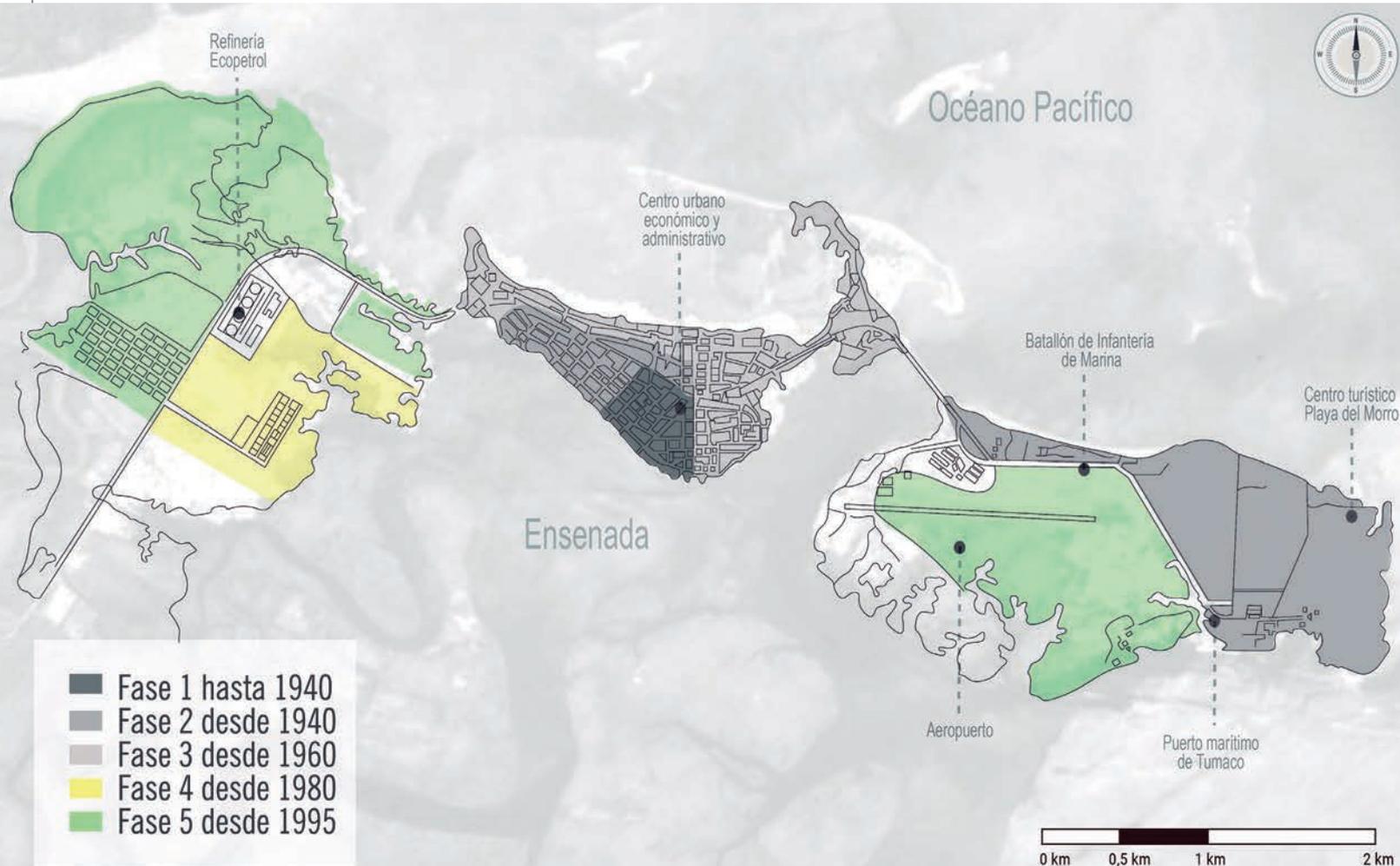


Figura 11. Trayectoria urbana de Tumaco y proceso de ocupación espacial

Fuente: Armando Rosero García, "Impacto del conflicto armado y el desplazamiento forzado en la transformación socioespacial de Tumaco. Elementos a considerar para replantear la estrategia de ordenamiento territorial municipal" (tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2018).

La espacialidad de la ciudad-refugio en Tumaco

Desde su inicio, los asentamientos espontáneos expresan autoorganización, autoproducción y autogestión del hábitat. Independientemente de su ubicación, se han definido conforme a la manera como los migrantes forzados acceden colectivamente al territorio y se asientan en él, y se han determinado unas tipologías de apropiación y unas estrategias de organización del territorio²⁸.

Retomando las definiciones de patrones y tipologías de establecimientos de vivienda desarrolladas a propósito del caso de Mocoa, fue posible concluir que la tipología predominante para Tumaco, respecto de las estrategias de *apropiación* del territorio, es la de asentamiento espontáneo en terrenos no propios (AENP), en la cual se destaca la ocupación de terrenos de bajamar en el 80 % de la ciudad. Sin embargo, las tipologías respecto de las estrategias de organización del territorio encontradas en Mocoa aplican solo parcialmente en Tumaco. Así, esta ciudad aporta una tipología nueva denominada asentamiento con tendencia de configuración anfibia-urbana (Acanfu), la cual se compone de una serie de rasgos propios, de los cuales sobresalen:

- El carácter público del suelo de protección en áreas costeras de bajamar que impide la formalización de los asentamientos y el reconocimiento de títulos de propiedad.

- La prevalencia de un modelo urbano de ocupación palafítica propio, derivado de una estrecha relación cultural de las comunidades con sus entornos selváticos inmediatos.
- El reemplazo del río por las infraestructuras viales terrestres como unidad fundacional y de relacionamiento de los asentamientos espontáneos. Las primeras viviendas se construyeron en torno al eje vial Tumaco-Pasto y a los caminos interiores que conectaban el sector con esta vía, situación que significó la reconfiguración de los patrones culturales traídos de las zonas rurales.
- La persistencia de relaciones parentales en la apropiación, ocupación y formación de los asentamientos espontáneos y el proceso organizativo.

Adicionalmente, durante el proceso de ocupación se implementaron diversas estrategias de organización y apropiación del espacio que dotaron de sentido a los barrios de la ciudad, como son:

- La construcción, ocupación y transformaciones colectivas de los barrios a partir de la consolidación de nuevas relaciones sociales fundamentadas en la solidaridad y el apoyo comunitario.
- La continuidad de actividades y oficios tradicionales como la pesca artesanal y la recolección de recursos en zonas de

28 Sánchez Steiner, *La ciudad-refugio*.

manglar, que garantizó la continuidad de una identidad rural en los nuevos asentamientos urbanos.

- La aparición de nuevos liderazgos y su vinculación con las jefaturas políticas y la institucionalidad local que garantizó, en un primer momento, un no rechazo a los procesos de ocupación colectiva de espacios públicos.
- La construcción de patrones y referentes identitarios asociados con el barrio, por parte de los jóvenes, niños, niñas y adolescentes.

Desde hace dos décadas, estos asentamientos se han convertido en los principales receptores de migrantes forzados, especialmente en la zona de bajamar continental conocida como la comuna 5 (figura 12). Sin embargo, desde su llegada esta población se ha visto enfrentada a violaciones sistemáticas de sus derechos, lo que constituye una manifiesta revictimización en el espacio urbano.

La sociedad de la ciudad-refugio en Tumaco

El análisis de la participación de los agentes sociales en la construcción de la ciudad es un elemento imprescindible para entender la consolidación de Tumaco como la ciudad-refugio del Pacífico nariñense. Víctimas, gobierno local, líderes barriales, organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales y —en la

última década— OAI han hecho parte de un conflictivo y contradictorio proceso de desarrollo urbano, en el cual las comunidades quedaron expuestas a una serie de restricciones individuales y colectivas.

A nivel territorial se pueden identificar tres tipos de *agentes sociales* que participan en la configuración y transformación de la ciudad: la comunidad, el Estado y la iniciativa privada legal e ilegal. En relación con la comunidad, sobresale la capacidad de autogestión para la satisfacción de las necesidades locales ante la debilidad institucional de los distintos niveles de gobierno. De otro modo, el Estado se posiciona como el actor responsable de contribuir al desarrollo de las ciudades mediante la regulación del uso del espacio y la provisión de infraestructuras sociales para satisfacer las demandas ciudadanas y mitigar los problemas de la población ante la ausencia de servicios como agua potable, saneamiento básico, vivienda, transporte y seguridad.

Finalmente, la iniciativa privada integra a los agentes sociales que no representan al Estado ni a las comunidades, y que por sus acciones tienen incidencia directa en la transformación de la ciudad, a través de la financiación de programas y proyectos orientados a brindar servicios al mercado y a los asentamientos espontáneos (iniciativa privada legal), así como en la implementación de una violencia sistemática en busca del control y dominio de un importante sector de la ciudad (iniciativa privada ilegal). Dentro de esta categoría se destacan las agencias de desarrollo internacional, las organizaciones no gubernamentales y las organizaciones armadas ilegales.



Fotografía 1. Playas de Tumaco. Fuente: fotografía de Ángela María Franco, 2011.



Figura 12. Comuna 5, 1993-2005. Aerofotografía (izquierda): vuelo C2517-193 de 1993.
Aerofotografía (derecha) vuelos C2788-206 y C2788-229
Fuente: mosaico realizado por el autor con base en aerofotografías del IGAC, 1993 y 2005.

Clientelismo: la mano invisible en la sociedad de la ciudad-refugio de Tumaco

Es común asociar el término clientelismo con la fórmula “favores por votos”. Bajo esta óptica, los desterrados, los pobres, los excluidos, los habitantes de los sectores populares son funcionales a los intereses de líderes políticos que obtienen de ellos votos y soporte político a cambio de ayudas materiales, alimentos o cualquier tipo de apoyo económico el día de elecciones. Sin embargo, la aproximación al territorio nos permite reevaluar con algo más de rigor esta perspectiva. En la práctica, el clientelismo representa para las comunidades un recurso eficaz de resolución de problemas en un contexto de desprotección social generalizado, en el cual diversos grupos de personas encuentran una manera de sobrevivir a la crisis social y económica por la que atraviesan sus hogares.

Este tipo de relación permite la configuración de una “red de amigos” construida en torno a la distribución personalizada de algunos recursos estatales (alimentación, medicamentos, materiales de construcción, subsidios) que les permiten resolver en alguna medida los problemas cotidianos. En consecuencia, el clientelismo se posicionó como la relación que facilita a las familias desterradas satisfacer sus necesidades inmediatas. La figura del favor y la recomendación de un político ante las entidades de atención a víctimas edificaron una red de apoyos sustentada en el control de los beneficios ofrecidos por los programas estatales en función de un interés individual que se paga en las siguientes elecciones.

A nivel urbano, la proliferación de asentamientos palafíticos fragmentados y la ocupación de terrenos de bajamar en las islas como en la plataforma continental dan cuenta del beneplácito y la baja capacidad de respuesta institucional frente a este fenómeno. Esta situación se ve reforzada con el reconocimiento de los asentamientos en zonas de alto riesgo como barrios de la ciudad.

En efecto, la dotación de servicios públicos —especialmente de energía eléctrica— y el adquinamiento paulatino de algunas vías barriales responden a la capacidad que tienen líderes barriales de Tumaco de relacionarse con políticos de turno (alcalde, concejal, líder político), quienes refuerzan las lealtades a través de la dotación de infraestructuras y el reconocimiento de la posesión de la propiedad en donde construyeron sus viviendas. Tal es el caso de los barrios Panamá, Viento Libre, Iberia, Buenos Aires y Unión Victoria, en su gran mayoría habitados por desterrados rurales en el marco del conflicto armado y la lucha contra el narcotráfico.

Restricciones a la participación de las víctimas en el poder político local

Uno de los principales desafíos que enfrentan las organizaciones de víctimas de Tumaco se concentra en la persecución sistemática de sus líderes por parte de organizaciones criminales, quienes continúan los procesos de intimidación y amenaza en los nuevos lugares de residencia de las familias que han huido de las zonas rurales. Lo anterior supone una negación sistemática de los derechos civiles y políticos de las víctimas en diferentes instancias de toma de decisión, así como el aumento de la violencia dirigida en contra de

sus líderes, quienes han enfrentado una serie de restricciones para la defensa de la propia vida, la dignidad, la autodeterminación y el respeto por su condición de víctimas del conflicto armado²⁹.

A esto se suma una difícil relación con la institucionalidad que condiciona la materialización de sus proyectos de vida en la ciudad. El exceso de los trámites burocráticos para obtener la ayuda económica y la instrumentalización de sus demandas constituyen barreras que pueden ser matizadas por el apoyo o acompañamiento a los intereses del poder político local. En la práctica, este contexto configuró un escenario restrictivo para la participación política de las organizaciones de víctimas y sus líderes, pues los favores electorales y los altos costos de las campañas políticas impiden generar acciones efectivas para mejorar su condición como grupo.

Organización y manejo de los recursos públicos por parte del gobierno local

La introducción de la variable política en las decisiones públicas es evidente y tuvo como resultado un sesgo en la cobertura y calidad de los servicios públicos. La extensión de las nuevas redes de servicios apareció de manera prioritaria en la agenda de gobierno, específicamente en los planes de desarrollo, pero el presupuesto asignado fue bajo o nulo. La incorporación de nuevos usuarios se ha dado, en su gran mayoría, por el apoyo electoral recibido durante la campaña, incluso en zonas que por ley tienen impedimento

29 CNMH, *Buenaventura*.

para el reconocimiento del servicio, como son los terrenos de bajamar.

Por lo tanto, la discrecionalidad del ordenador del gasto (alcalde) y su interés político electoral han definido la implementación de planes sociales de manera fragmentada y organizada con liderazgos barriales en función de futuros apoyos en otros procesos electorales. En muchos casos, los políticos locales impulsan campañas regionales y nacionales usando como “aporte” su extensa red de amigos, lo que les permite mantener una posición en el juego político nacional.

Importancia estratégica de los asentamientos espontáneos bajo la lógica de los grupos armados

Existen dos factores estructurales que se invisibilizan en la creación de nuevos asentamientos palafíticos en Tumaco: el papel que desempeñan los niños y jóvenes recién llegados como instrumentos para la ilegalidad y el valor estratégico que ocupan los barrios en la lógica de la guerra.

Desde la década de los noventa, grupos de jóvenes sin oportunidades han constituido una opción estratégica para la llegada y consolidación de las organizaciones armadas a las zonas de bajamar. Las bandas criminales se valen del reclutamiento de jóvenes y menores de edad para el microtráfico de drogas, para la obtención de información barrial o como asesinos a sueldo³⁰.

30 Una de las ventajas de utilizar niños y jóvenes se sustenta en lo difícil que resulta para las autoridades judiciales, dadas las protecciones legales que, antes que castigo, ordenan el restablecimiento de sus derechos, de manera que recobran la libertad rápidamente.

En muchos casos, la vinculación con los actores armados aparece como la forma más sencilla de conseguir dinero y reconocimiento social en su comunidad. Por esta razón, el reclutamiento no necesariamente se realiza por la fuerza, sino que se traduce en vinculación progresiva a través de la realización de tareas concretas o la construcción de lazos de amistad³¹.

A nivel espacial, se crearon fronteras invisibles que definieron los límites de movilidad conforme a los intereses de cada organización criminal. Los grupos armados realizan el control territorial de los barrios y comunas estratégicas a través de bandas de delincuencia común conformadas por jóvenes locales que ofrecen sus servicios a manera de franquicia³². Tales fronteras desestructuran los lazos familiares y sociales en los casos en los que la familia, los amigos y las redes de apoyo quedan al otro lado de la línea de muerte establecida por el actor armado predominante³³.

CONSIDERACIONES FINALES

La diversidad regional y cultural de la ciudad-refugio

La ciudad colombiana contemporánea revive con el concepto de la ciudad-refugio las

31 Codhes, *Desplazamiento forzado intraurbano*.

32 Rosero García, "Impacto del conflicto armado".

33 Codhes, *Desplazamiento forzado intraurbano*.

realidades de mediados del siglo XX respecto de la colonización popular urbana identificada por Aprile-Gnisset³⁴. El primer rasgo típico que se repite es la persistencia del acto colonizador como estrategia de apropiación del territorio. La experiencia y los mecanismos usados en los procesos de colonización agraria en el campo son reproducidos en el ámbito urbano. La lucha por la defensa de la tierra rural se traslada y se convierte en una lucha por el acceso a la tierra urbana.

Así, los desterrados de hoy también utilizan estrategias de ocupación espontánea y con ello transforman el campo o la selva en barrios urbanos sin abandonar su rol de colonos. Los procesos organizativos y de trabajo colectivo, usualmente clandestinos, están también vigentes. Como en el pasado, las periferias urbanas —para el caso de Mocoa— o los terrenos de bajamar —para el caso de Tumaco— son los principales escenarios de las transformaciones; los terrenos públicos o privados deteriorados, en desuso y en riesgo de amenaza natural son los más importantes objetos de ocupación.

Además de desarrollarse el clásico proceso de colonización urbana que deja como resultado barrios urbanos precarios y espontáneos, emergen en la ciudad-refugio del siglo XXI nuevas formas de colonización. La diversidad de estas formas está relacionada con la particularidad cultural y el origen de sus promotores. En el caso de Mocoa, la nueva colonización agrourbana combina características de la colonización agraria y de la colonización urbana promovida por campesinos desterrados. Entendiendo que colonizar significa

34 Aprile-Gnisset, *La ciudad colombiana*.

producir, los nuevos colonos agrourbanos centran su actividad en la conquista de tierras para el desarrollo de actividades residenciales y productivas. En el caso de Tumaco, la colonización anfibia-urbana por parte de comunidades negras extiende la urbanización espontánea a zonas acuáticas por medio de la construcción palafítica. Su forma de ocupación sigue la tradición de asentamiento parental propia de estas comunidades.

La conflictividad entre agentes sociales y las formas de manejo del poder local son otros dos típicos aspectos que acompañan estos procesos y que fomentan la perpetuación de la ciudad-refugio como “modelo” urbanístico. Los agentes sociales son sujetos activos del proceso de transformación espacial urbana. Si bien su participación varía en función del trabajo ejercido y las decisiones tomadas, en la mayoría de los casos la omisión estatal promueve el auge de los asentamientos espontáneos en las ciudades. Ambos casos estudiados muestran cómo la intervención de instituciones representa una contradicción permanente entre su discurso oficial y su actuación real. Por un lado, los actores institucionales expresan públicamente la posición oficial de no poder invertir recursos en ocupaciones de hecho, pero, por otro, ejecutan intervenciones de bajo

costo, y aparentemente de uso temporal, en estos lugares para justificar su gestión. En el caso de Tumaco, el poder político local encuentra en el desarrollo y la consolidación de estos asentamientos la posibilidad de mantener el control institucional.

De otro modo, como en el caso de Tumaco, las organizaciones armadas ilegales ven en los asentamientos palafíticos el escenario ideal para el control territorial, el tráfico de armas y el comercio de sustancias ilegales. Finalmente, la comunidad encuentra en estos espacios la oportunidad de sobrevivir y desarrollar su nuevo proyecto de vida individual y familiar, en un contexto signado por la violencia y el control de la economía cocalera.

Estos aspectos permiten sustentar el argumento de que la ciudad-refugio, como modelo de ocupación y organización espacial, es funcional a los múltiples intereses que existen, no solo en Mocoa y Tumaco, sino en varias ciudades colombianas. En la mayoría de los casos, las diversas formas de ejercer poder se sustentan sobre su realidad. Así, la ciudad-refugio, más allá de ser únicamente una expresión espacial urbanística de una realidad violenta en diversas esferas, constituye un modelo político en el cual el continuismo, el gamonalismo y la baja circulación de la clase dirigente son sus mayores expresiones.

BIBLIOGRAFÍA

- Acción Social. *Estadísticas de población desplazada, Sistema Sipod*. Bogotá: Acción Social, 2009. Base de datos en línea. Consultada 4 de junio de 2009. Página web descontinuada.
- Aprile-Gnisset, Jacques. *La ciudad colombiana. Siglo XIX y siglo XX*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1992.
- Aprile-Gnisset, Jacques y Gilma Mosquera Torres. *Dos ensayos sobre la ciudad colombiana*. Cali: Universidad del Valle, 1978.
- Bello Albarraacín, Martha Nubia y Claudia Patricia Mosquera Rosero. "Desplazados, migrantes y excluidos: actores de las dinámicas urbanas". En *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, editado por Fernando Cubides y Camilo Domínguez, 456-474. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica). *Buenaventura: un puerto sin comunidad*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015.
- Codhes (Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento). *Desplazamiento forzado intraurbano y soluciones duraderas. Una aproximación desde los casos de Buenaventura, Soacha y Tumaco*. Bogotá: Acnur, 2013.
- Comisión Andina de Juristas. *Putumayo. Informes regionales de derechos humanos*. Bogotá: Comisión Andina de Juristas Seccional Colombiana, 1993.
- Concejo Municipal de Mocoa. Plan Básico de Ordenamiento Territorial para el municipio de San Miguel de Agreda Mocoa, 2008. https://www.asocapitales.co/nueva/wp-content/uploads/2020/11/Mocoa_Acuerdo028_PBOT_2008.pdf
- Corpoamazonia. *Boletín Oficial* (Mocoa) (septiembre-octubre de 2008).
- Deler, Jean Paul. "Estructuras y dinámicas del espacio colombiano". *Cuadernos de Geografía* (Universidad Nacional de Colombia) X, n.º 1 (2001): 165-180.
- Fajardo, Darío. *Para sembrar la paz hay que aflojar la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. *La violencia en Colombia*. 2 tomos. Bogotá: Taurus, Punto de Lectura, 2005.

- Hurtado Galeano, Deicy Patricia y Gloria Elena Naranjo Giraldo. "El derecho a la ciudad: migrantes y desplazados en las ciudades colombianas". *Desde la Región* (Corporación Región, Medellín) 37 (2002): 4-15. https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/5657/1/NaranjoGloria_2002_MigrantesDesplazadosColombia.pdf
- Jacobsen, Karen. *Internal Displacement to Urban Areas: The Tufts-IDMC Profiling Study. Khartoum, Sudan; Abidjan, Côte d'Ivoire; Santa Marta, Colombia*. Boston: Tufts University, IDMC, 2008. Consultado el 3 de noviembre de 2010. <https://wikis.uit.tufts.edu/confluence/display/FIC/Internal+Displacement+to+Urban+Areas--the+Tufts-IDMC+Profiling+Study>
- Jaramillo, Ana María. "La experiencia del desplazamiento forzado en Urabá y el oriente antioqueño (1998-2006)". *Controversia* 189 (diciembre 2007): 147-171.
- Leal León, Claudia. "Un puerto en la selva. Naturaleza y raza en la creación de la ciudad de Tumaco, 1860-1940". *Historia Crítica* 30 (julio-diciembre 2005): 39-65.
- Observatorio de Drogas de Colombia. Sistema de Información de Drogas de Colombia. Bogotá, 2019. <http://www.odc.gov.co/sidco>
- Palacios, Marco. "Urbanización, Estado y política: notas metodológicas preliminares para la investigación histórica". En *Pensar la ciudad*, compilado por Fabio Giraldo Isaza y Fernando Viviescas Monsalve, 475-485. Bogotá: Tercer Mundo Editores; Cenac; Fedevivienda, 1996.
- Ramírez Montenegro, Roberto. "Conflictos sociales en el Putumayo". En *Conflictos regionales. Amazonia y Orinoquia*, compilado por José Jairo González Arias, Roberto Ramírez Montenegro, Alberto Valencia y Reinaldo Barbosa, 71-129. Bogotá: Fescol; Iepri; Tercer Mundo, 1998.
- Red Nacional de Información. Unidad para las Víctimas. *Base de datos víctimas de desplazamiento forzado*. Bogotá: Unidad para las Víctimas, 2018. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/direccion-de-registro-y-gestion-de-la-informacion/red-nacional-de-informacion-rni/37825>
- Rodríguez Cuadros, José Darío. *Génesis, actores y dinámicas de la violencia política en el Pacífico nariñense*. Bogotá: Odecofi / Cinep; Pontificia Universidad Javeriana, 2015.
- Rosero García, Armando. "Impacto del conflicto armado y el desplazamiento forzado en la transformación socioespacial de Tumaco. Elementos a considerar para replantear la estrategia de ordenamiento territorial municipal". Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, 2018.

Salas Salazar, Gabriel. "El conflicto armado y su incidencia en la configuración territorial: reflexiones desde la ciencia geográfica para la consolidación de un periodo de posnegociación del conflicto armado en Colombia". *Bitácora Urbano Territorial* (Universidad Nacional de Colombia) 26, n.º 2 (2016): 45-57.

Sánchez Steiner, Lina María. *Impacto urbano del desplazamiento forzado en Mocoa – Putumayo. Elementos de diagnóstico y planteamientos para un re-ordenamiento espacial*. Bogotá: Cinep, 2007.

—. *La ciudad-refugio. Migración forzada y reconfiguración territorial urbana en Colombia. El caso de Mocoa*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte; Consejo Profesional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares, 2012.

Serrano Cardona, Nicolás. *Cuando el territorio no es el mismo. Estudio comparativo de los impactos psicosociales y culturales del desplazamiento forzado en asentamientos de Quibdó, Tumaco y Cartagena*. 2 tomos. Bogotá: Plan Internacional; Corporación Puerta Abierta, 2007.



Fotografía: Miguel Galeano, Monoceja.

11

Dialéctica del lenguaje y arquitectura popular en el pericentro de Cali

Nelson Iván Erazo Solarte

En arquitectura y en su epistemología moderna disciplinar, tanto el lenguaje como la expresión arquitectónica¹ han sido temas recurrentes para la observación, la explicación, la argumentación y el análisis de la edificación, de su forma, función o estética. Estos temas han tenido distintos enfoques formalistas, tipológicos, semióticos, simbólicos y/o estéticos; ya sea en la reflexión teórica, crítica e histórica o como instrumento práctico para el diseño y la planificación. Sin embargo, siempre se han abordado como esferas separadas, para facilitar y fundamentar el análisis o para hacer énfasis en uno de los dos aspectos.

Por un lado, el lenguaje arquitectónico aparece como una esfera abstracta e inmaterial desvinculada de lo cotidiano, desprendida de su realidad social y organizada como una elaborada estructura de recursos formales, racionales y estéticos, en la cual el dibujo y la geometría se convierten en el sustrato que soporta y da fe de su sintaxis. Por otro lado, la expresión

1 Este trabajo se desprende del análisis desarrollado en la tesis de Maestría en Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), con la tutoría del magíster en Antropología Eduardo Torres Veytia y la dirección del arquitecto Alejandro Suárez Pareyón, en el taller de investigación Centro-periferia. Campo de conocimiento: Análisis, Teoría e Historia (ATH), hoy Ciudad, Arquitectura y Territorio (ACT), de la Maestría en Arquitectura de la UNAM.

arquitectónica se presenta como las distintas formas de la materia en su presencia física, medible o tangible; tanto lo tectónico como lo estereotómico² son prueba material de sus características. La comprensión y análisis de esta parte medible y el sistema de relaciones constructivas se presentan como la realidad, como el todo formal o estético, y dan fe de su estructura como materia.

Esta distinción dicotómica en dos esferas tiene varias implicaciones al abordar los fenómenos urbano-arquitectónicos y plantea dificultades para dar cuenta de las transformaciones que se dan en la actualidad, sobre todo, de otros aspectos que entran en juego en la arquitectura de la vivienda popular y de la realidad de varios sectores urbanos de nuestras ciudades latinoamericanas, en donde la materialización arquitectónica y la urbanística están insertas en procesos de transformación dinámica y constante, y que llevan a pensar en su condición de escenario “no permanente” físico-espacial como manifestación de lo sociocultural³.

Lenguaje y expresión, abordados desde la academia, paradójicamente son separados de la realidad cultural en la que están inmersos, para darles estructura a su propia ontología y epistemología de dos formas: primero, disciplinariamente, la arquitectura ha tomado alguna de las

dos esferas para comprender, analizar o explicar lo edificado; se ha centrado en el objeto arquitectónico como un fin⁴; por tanto, su realidad se presenta despojada de los procesos de materialización por medio de los cuales es idea y materia. Segundo, se compartimenta el conocimiento del fenómeno físico-espacial, ya sea con fines metodológicos o por delimitaciones temáticas que van de la generalidad a la particularidad de lo estudiado, analizado o puesto en práctica. El fenómeno o tema de estudio se fragmenta para comprenderlo “mejor”; al hacerlo, la explicación de la realidad se centra en una de las dos esferas y da lugar a que la otra mitad quede encubierta a nuestra comprensión.

La realidad cultural y social de la vivienda autoproducida⁵ en sectores populares pone en

2 Kenneth Frampton, *Estudios sobre cultura tectónica. Poéticas de la construcción en la arquitectura de los siglos XIX y XX* (Madrid: Ediciones Akal, 1999).

3 Nelson Iván Erazo Solarte, “Lo no permanente en la consolidación urbano-arquitectónica. Caso de estudio: el barrio Berlín en Cali, Colombia”, *Revista Bitácora* (Arquitectura UNAM, CDMX) 35 (noviembre-marzo 2017): 101.

4 Tanto como soporte cerrado y separado de la actividad humana o como sistema completivo, el cual ya no podrá variar; si lo hace, será un objeto distinto y perderá rasgos identitarios. Es necesario señalar que, incluso en algunos análisis, al objeto arquitectónico se le atribuye la posibilidad de “tener identidad”, como en los estudios o tesis sobre la arquitectura moderna o arquitectura de autor en Colombia.

5 En el desarrollo de la investigación en el barrio Berlín de Cali y en el sector de Fátima-Berlín-San Francisco se identificaron tres modos de producción de la vivienda que se pueden entender como diferenciados: 1) la autoconstrucción implica que el habitante se involucra en las labores de la construcción y con sus propias manos edifica los espacios; 2) la autoproducción se refiere a todas las dinámicas ligadas a la administración y a las de ejecución constructiva con el fin conseguir el objetivo principal: la materialización de la vivienda, pero que no requieren que el habitante se involucre directamente en el oficio de la construcción; 3) la autogestión está ligada a las dos anteriores en ciertos momentos del desarrollo de la vivienda; se puede entender como la capacidad de

cuestión estas formas ontoepistemológicas de la academia por medio de los procesos de producción social del hábitat popular que emergen del sujeto subalterno⁶ y de su propia subjetividad, en la dinámica de transformación de un área física a un lugar, en donde se verá inmerso en una disputa y mediación constante entre subjetividades ante la “otredad”. El sujeto se convierte en *actor* de la producción de su propia realidad; entonces, tanto lenguaje como expresión arquitectónica atraviesan al sujeto social y cobran otras formas y canales que repercuten en el fenómeno urbano arquitectónico.

Expuesto este marco, el presente análisis propone como tesis central que la relación entre lenguaje y expresión arquitectónica se da en un constructivismo dialéctico⁷, en dos ámbitos que no se pueden separar y que son una parte fundamental e integral de la cultura⁸ a la cual responden. Sus características, estructuras, sintaxis y órdenes son dinámicos, procesuales y se dan como resultado de una realidad social local,

agencia de cada sujeto o núcleo filial para la consecución de lo fundamental, a fin de lograr el objetivo de mejora sin que esta capacidad de agencia tenga que ver directamente con tareas específicas de la construcción, como la consecución del predio (por ejemplo, invasión, compra o sesión).

- 6 Gayatry Chakravorty Spivak, “¿Puede hablar el subalterno?”, *Revista Colombiana de Antropología* 39 (2003): 297-364, <https://doi.org/10.22380/2539472X.1244>
- 7 Lev Vygotsky, *Pensamiento y lenguaje* (Ciudad de México: Paidós, 2015).
- 8 Bolívar Echeverría, *Definición de la cultura* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica; Editorial Itaca, 2013).

necesaria para que lenguaje y expresión cobren su dimensión comunicativa específica.

Este proceso dialéctico y constante parte del sujeto y de sus propios mecanismos de abstracción que van desde los niveles biológicos o sensaciones que experimenta con los sentidos⁹, pasando por la socialización o el juego intersubjetivo de unidades significativas, hasta la construcción de unidades simbólicas¹⁰, como niveles de estructuración de un lenguaje que cobra *sentido* para el sujeto. Lo que entra a través de la percepción, la significación y el simbolismo se convertirá en generalización de los contenidos propios, y dará lugar a diferentes formas, funciones y estéticas de la realidad material de la arquitectura.

La dialéctica constante que se da entre las dos esferas constituye un constructivismo del conocimiento (figura 1) y se produce en tres dimensiones imbricadas entre sí: 1) según los modos de habitar¹¹, entendidos como formas particulares y diferenciadas del sujeto social con los cuales da sentido a su *dimensión sociocultural*; 2) en la constitución y construcción poética de lugar como relación topofílica¹² entre habitante y su *dimensión espacial*; 3) en la transformación de la realidad

9 Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción* (Madrid: Editorial Planeta-Agostini, 1994).

10 Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires: Editorial Amorrortu, 1986).

11 Jorge Sarquis, comp., *Arquitectura y modos de habitar* (Buenos Aires: Editorial Nobuko, 2006).

12 Carlos Mario Yory, *Topofilia o la dimensión poética del habitar* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 1999).

material¹³ histórica o *dimensión temporal*. Este constructivismo obedece a una realidad situada que se particulariza según la variación de las distintas dimensiones en el proceso dialéctico que parte y da cuenta de una realidad sociocultural específica (en este caso, la vivienda autoproducida de origen popular). Así mismo, al hallarse ligado a la subjetividad del habitante, está abierto al cambio constante, su estructura es porosa, flexible, y encuentra en la imitación, adaptación y resignificación formas para su transformación.

DIALÉCTICA ESPECIALIZADA EN LA ACADEMIA VS. DIALÉCTICA POPULAR EN LOS MODOS DE HABITAR

Bajo una estructura formalizada en la academia de un lenguaje y una expresión arquitectónica que recurre a mecanismos de abstracción, fragmentación, y en algunos casos de simplificación en tipos, tipologías, órdenes o cánones, se estableció un sistema de significación para el lenguaje arquitectónico de “orden superior”¹⁴ que, si bien le ha permitido a la arquitectura distintas composiciones y transformaciones, en la

13 Berger y Luckmann, *La construcción social*.

14 Juan Carlos Pérgolis Valsecchi, “Comunicación y lenguaje”, en *Formación del arquitecto. Teoría e historia* (Bogotá: Editorial Escala, 2003), 9.

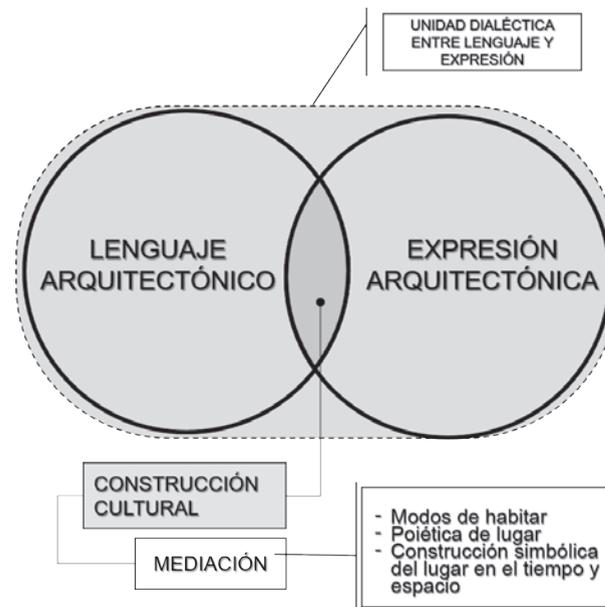


Figura 1. Esquema de la dialéctica entre lenguaje y expresión arquitectónica.

Fuente: elaboración propia, 2020.

academia se ha cerrado en torno a sí mismo para constituir un monólogo. En especial después del academicismo francés, ligado al espíritu de la Revolución francesa y el hombre ilustrado, en búsqueda de un nuevo universalismo eurocéntrico que aplicó por más de un siglo y medio las reglas de la École de Beaux Arts de París, y marcó una referencia teórica y técnica para los distintos universalismos que le siguieron, diseminados en varios continentes por distintos sistemas de enseñanza de la arquitectura.

La constitución de un lenguaje especializado en torno a la praxis academicista iniciada por la

Beaux Arts fue explotada y llevada a otros niveles por las distintas transformaciones que surgieron en el periodo de entreguerras. Diferentes estilos como el *De Stijl*, escuelas como la Bauhaus y vertientes como el funcionalismo se anudaron con el propósito de renovar y modernizar la vieja discusión vitruviana¹⁵. Pasada la Segunda Guerra Mundial, el reclamo de sistemas de representación de un mundo “nuevo” o “moderno”, expresado por medio de un lenguaje arquitectónico ligado al funcionalismo y la técnica libre de ornamentos¹⁶ a favor de la reproducción industrializada, permitió establecer nuevos cánones estéticos de la máquina funcional para ir hacia la nueva presunción universalista del movimiento moderno. Esta, a su vez, fue su propia condena, aquella que se encargó de criticar el Team X y dio paso a las grietas señaladas por los posmodernos en busca de la *différence*.

No es extraño que la reflexión del lenguaje o la expresión de la arquitectura buscaran en la intersección interdisciplinar, a la luz del estructuralismo antropológico y semiótico, una posible apertura de la reflexión teórica de la arquitectura, lo que evidenció la necesidad de establecer puentes con la sociedad y su cultura. Así, a partir de los setenta hubo distintas reflexiones por medio de enfoques¹⁷ que señalaban la importancia de

las estructuras de significación, lo simbólico y lo representacional. No obstante, la pretensión de varios de estos análisis o posturas, y en algunos casos propuestas metodológicas para el diseño y la construcción de la arquitectura, fue universalizar la particularidad simbólica¹⁸, abstrayendo su fundamento sígnico, para convertirlo en material instrumental de una o varias posibilidades de respuesta a la realidad espacial.

En toda esta discusión y práctica académica, la dialéctica entre lenguaje y su expresión en la arquitectura se condicionó a la discusión ensimismada entre forma y función, que en esencia traía nuevamente a la mesa de dibujo (separada de la realidad sociocultural próxima) el antiguo canon del tratado vitruviano. Esta reflexión abstracta antepuso distanciamientos con las distintas realidades socioculturales de diferentes latitudes en

arquitectónico en la modernidad y posmodernidad son: Sven Hesselgren, *El lenguaje de la arquitectura* (Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires, 1975); Charles A. Jencks, *El lenguaje de la arquitectura posmoderna* (Barcelona: Gustavo Gili, 1980); Geoffrey Broadbent, Richard Bunt y Charles A. Jencks, *El lenguaje de la arquitectura, un análisis semiótico* (Ciudad de México: Editorial Limusa, 1984); Juan Pablo Bonta, *Sistemas de significación en arquitectura. Un estudio de la arquitectura y su significación* (Barcelona: Gustavo Gili, 1977).

15 *Venustas* (belleza), *firmitas* (firmeza) y *utilitas* (utilidad). Ver: Delfín Rodríguez Ruiz, “Prólogo. Diez libros de arquitectura: Vitruvio y la piel del clasicismo”, en *Los diez libros de arquitectura*, por Marco Lucio Vitruvio Polión (Madrid: Alianza Editorial, 2009).

16 Adolf Loos, *Ornamento y delito y otros escritos* (Barcelona: Editorial Gustavo Gili, [1908] 1972).

17 Algunos trabajos representativos sobre el lenguaje

18 Véase el caso del lenguaje de patrones en Christopher Alexander, *Un lenguaje de patrones* (Barcelona: Gustavo Gili, 1980); y el caso del diseño de soportes en N. John Habraken, *El diseño de soportes* (Barcelona: Gustavo Gili, 2000), desarrollados para la vivienda industrializada para la construcción de espacios habitables a partir de John F. C. Turner, *Vivienda: todo el poder para los usuarios* (Madrid: Editorial H. Blume, 1977).

el mundo, con “otras arquitecturas”¹⁹ o con la praxis de constitución del espacio y las técnicas constructivas de arquitecturas de origen tradicional o vernáculo; estas fueron quedando al margen de la historia y de la teoría de la arquitectura eurocéntrica, dado su carácter local y regional o periférico.

Estas “otras” arquitecturas han tenido diferentes formas de discurrir en el tiempo, que no se basan en una dialéctica determinada por una linealidad histórica de estilos o cánones universalistas. Por el contrario, se fundamentan en procesos dialécticos de diferentes luchas y multiplicidades de factores que se materializan en el lugar bajo la incidencia de “otros” actores sociales. Dialécticas que implican desarrollos lentos, geográficamente localizados, y anclados en la repetición y tradición de usos y costumbres para su producción.

En este sentido, una arquitectura popular no se liga al academicismo y a una lectura lineal de su historia. Por el contrario, es resultado de dinámicas interculturales asimétricas y emerge de las luchas de los sujetos ninguneados, de los invisibilizados y de los destechados, sin ninguna pretensión universalista, enmarcada en una cultura popular en la que lo urbano se convirtió en el escenario para su manifestación y puesta en escena. Esto está ligado estrechamente al crecimiento acelerado de las ciudades en las primeras décadas del siglo pasado, la ruptura de las ciudades compactas²⁰ y la expansión vinculada a

la segregación socioespacial que caracterizan, en gran medida, el crecimiento de las ciudades latinoamericanas —y en especial de Cali²¹—. A esto se suma la conocida práctica urbana de “dejar hacer” para después “regularizar” o “formalizar” e incorporar en el mercado inmobiliario²², que se dio en la segunda década del siglo XX en muchos de los asentamientos mal llamados “informales”. A la par se ha presentado una extendida lucha por el derecho a una vivienda y, por ende, por el derecho al acceso a la ciudad de varios grupos sociales, principalmente migrantes del campo.

En la lucha por un “techo” se decanta el surgimiento expresivo de una arquitectura con múltiples características, dependiendo de las etapas y procesos de construcción (autoconstrucción, construcción colaborativa) con los cuales se le dio respuesta a dicha necesidad. La arquitectura popular se caracteriza por tener *otra forma* de producirse: la autoproducción del espacio habitable, o forma organizada de gestión, organización y planeación para la construcción de la vivienda en manos de la unidad social²³ familiar o filial.

19 Alberto Saldarriaga Roa, *Arquitectura y cultura en Colombia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986).

20 Juan Carlos Pérgolis Valsecchi, *Ciudad fragmentada* (Buenos Aires: Editorial Nobuko, 2005).

21 Jacques Jean Aprile-Gnisset, “Cuatro pistas para un estudio del espacio urbano caleño”, en *Historia de Cali siglo XX*, ed. Gilberto Loaiza Cano, t. I (Cali: Universidad del Valle, 2012).

22 Alejandro Suárez Pareyón, “El significado potencial de la autoconstrucción planificada”, *Vivienda* (México) 4, n.º 2 (marzo-abril 1979).

23 *Unidad social familiar* es el término empleado por Wallerstein para designar a la asociación comunitaria de carácter filial que puede ser la familia o un grupo más extendido: “Una unidad doméstica típica consta de tres a diez personas quienes en un largo plazo (digamos en unos 30 años) juntan sus recursos e ingresos a fin de sobrevivir de modo colectivo. “Las unidades domésticas no son internamente, en general

La arquitectura popular se gesta a la par del desarrollo de la ciudad; su lenguaje y su expresión arquitectónica ya no obedecen a una tradición de transmisión lenta del conocimiento, como las formas y soluciones técnico-construccionales propias de lo vernáculo²⁴, aunque de ella se tomen algunos elementos que dependen de la fase constructiva o de las maneras como la unidad económica familiar da respuesta a sus modos de habitar. Tampoco obedece a cánones de una arquitectura especializada o académica; no entra en la formalidad de sus órdenes, sintaxis organizativas del espacio, composición formal, rigurosidad estructural o búsquedas estéticas, aunque de ella tome algunos elementos, según las posibilidades para su materialización y las relaciones o formas en las que la unidad económica familiar da solución al espacio.

Así, una dialéctica del lenguaje y la expresión de lo popular tiene dos características fundamentales para la arquitectura y la ciudad latinoamericana: por un lado, está ligada a las formas de autoproducción social del hábitat y la vivienda, hecho que tiene gran impacto en su forma y su materialidad arquitectónica y en las del paisaje

urbano²⁵; por otro lado, este proceso dialéctico es abierto e incorpora elementos a partir de los sujetos sociales, en medio de la autoproducción, que se convierten en actores y/o autores de su propia materialización. Es decir, la dialéctica constitutiva de las partes atraviesa al sujeto social; este, a su vez, con sus propios deseos, ideas, prefiguraciones, configuraciones, y formas de abstracción y representación que emergen de las maneras de relacionarse con su realidad, genera una construcción del *conocimiento localizado* con el que da respuesta a sus necesidades, formas, funciones y estéticas propias de lo urbano-arquitectónico.

Lo que cohesiona este fenómeno dialéctico en el lugar son los modos de habitar que se sustentan en la experiencia fenomenológica del sujeto frente a su entorno. Estos modos cobran sentido al constituir sujeto y entorno como unidad; así, la materialidad del acto de habitar de una cultura popular se manifiesta también en su arquitectura, pues la carga de imágenes simbólicas y actos vividos como unidades de constitución de la memoria²⁶, con la cual edifica y le da sentido a su propio mundo (figura 2).

estructuras igualitarias, ni estructuras inamovibles". Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción* (Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2005), 55, el énfasis es añadido.

24 Alberto Saldarriaga Roa, *Arquitectura para todos los días. La práctica cultural de la arquitectura* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988); Hernando Carvajalino Bayona, "Sobre rombos y otros motivos populares", *Revista Alarife* (Universidad Piloto de Colombia) 13 (2006).

25 El porcentaje de producción de la ciudad debido a los barrios, distritos y comunas periféricas de origen "informal" para las ciudades colombianas a inicios del siglo XX es del 24 % y se continúa incrementando; se trata de un paisaje urbano constituido por un lenguaje arquitectónico popular que caracteriza la periferia y algunos enclaves pericentrales. Carlos Alberto Torres Tovar, coord., *Ciudad informal colombiana. Barrios construidos por la gente* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Facultad de Artes, 2009), 10.

26 Gastón Bachelard, *La poética del espacio* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1965).

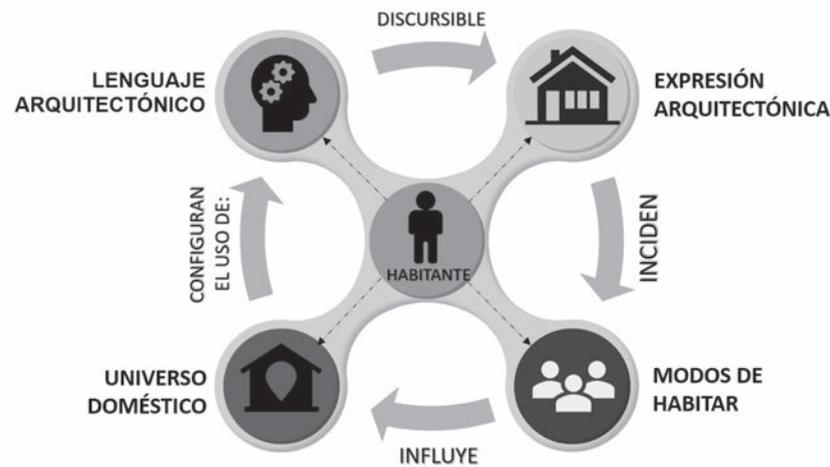


Figura 2. Esquema cíclico de relaciones entre dimensiones. Fuente: elaboración propia, 2020.

Para la constitución de unidades de memoria es necesaria la vivencia a través del cuerpo y sus sentidos²⁷, desde los niveles biológicos hasta los representacionales, sígnicos y simbólicos, propios de un lenguaje. Esta construcción *poiética*²⁸ estructura la subjetividad frente al espacio que se habita; a su vez, entra en juego en los distintos círculos de las instituciones de la sociedad: la pareja, la familia, el grupo de amigos, los vecinos del barrio, entre otras. Todo esto se socializa en el escenario de los modos de habitar por medio de luchas y niveles de negociación entre intersubjetividades²⁹, y crea un constructo social y cultural apegado a lo cotidiano que se rehace constantemente para materializar la realidad. Así, la dinámica social del actor que constituye su

27 Merleau-Ponty, *Fenomenología*.

28 Yory, *Topofilia o la dimensión poética*.

29 Berger y Luckmann, *La construcción social*, 58.

entorno cultural y popular es parte y partícipe; su desarrollo queda abierto a la multiplicidad del juego político que se da en cada institución social.

Siguiendo este orden relacional, lo popular no está desligado de una tendencia o de la transformación y el desarrollo dados por una homogeneidad del *ethos* moderno³⁰, pero sí antepone la mediación del actor social, quien subvierte las formas hegemónicas al dar respuesta particular al lugar por medio de la autogestión y auto-producción del espacio habitable. Este asume la dimensión espacial a partir de un proceso social y cultural local, en el marco de una realidad

30 Conjunto de aspectos totalizadores de una época de la humanidad y de un proceso civilizatorio que hasta el momento no ha sido superado. Enrique Dussel Ambrosini, "Tercera parte. La transmodernidad", en *Filosofías del sur. Descolonización y transmodernidad*, por Enrique Dussel Ambrosini (Ciudad de México: Editorial Akal, 2015).

asimétrica en constante confrontación entre los productores del espacio de la vivienda y la ciudad, donde se contraponen formas que no buscan grandes despliegues estéticos con pretensiones universalistas como el *ethos* moderno.

Asumiendo la tesis y el marco conceptual sobre el lenguaje y la expresión arquitectónica hasta aquí planteados, veremos cómo un sector de las áreas hoy pericentrales de la ciudad de Cali se fue convirtiendo en un lugar cuya dinámica de transformación urbano-arquitectónica se da bajo esta relación dialéctica y constructivista, y cómo esto fue dando forma a distintas realidades físico-espaciales y temporales, a la par que sus habitantes atravesaban por diferentes hechos históricos que determinaron la realidad material y social con la que podemos comprender hoy su arquitectura.

SECTOR FÁTIMA - SULTANA BERLÍN - SAN FRANCISCO EN EL PERICENTRO DE CALI

El sector que hoy se conoce como Fátima - Sultana Berlín - San Francisco, ubicado en la comuna 4 de Cali, hace parte de las áreas pericentrales de origen popular que se fueron consolidando en la franja oriental del río Cali a mediados del siglo XX, siguiendo el curso del río hacia el nororiente y paralelo a la carretera nacional, hoy carrera 1.^a. En el imaginario colectivo de la ciudad, este mismo sector aún se reconoce por el viejo apelativo

despectivo de “barrio Chino” o “el Chino”, con el que se lo identificó a mediados de los sesenta y setenta. Sin embargo, en el desarrollo y conformación de estos tres barrios la comunidad siempre buscó deslindarse de dicha designación. Si bien el subsector el Chino existió y desempeñó un papel importante en la dinámica interna de transformación urbana, no comparte la cualidad por la que se le tildó como “tugurio”³¹.

El origen de estos tres pequeños barrios vinculados entre sí tiene momentos diferenciados en su conformación, a pesar de su estrecho vínculo en la dinámica de consolidación como sector, lo que se debe a que el acceso al suelo fue distinto en cada caso³². En este polígono de no más de 1,5 hectáreas se conjugan las tres formas que caracterizan la ocupación del suelo para la

31 La denominación de *tugurio* se reforzó, entre otras cosas, por los planes y programas de la Secretaría de Mejoras Públicas de Cali, que para 1969 hacía énfasis de manera recalcitrante en la “erradicación de tugurios”, y consideraba el fenómeno como algo que se debía curar y “erradicar de raíz”, como si se tratara de la “enfermedad” de la ciudad. La denominación de tugurio era prácticamente lapidaria y condenaba a la desaparición, tanto en áreas centrales —por ejemplo, la plaza de mercado de El Calvario denominada “el tumor del centro”— como en otros sectores sobre los cuales se actuó desplazando a las comunidades (sin un manejo adecuado de trabajo social ni de readecuación o reubicación) y con el denominado “plan bulldócer”, que consistió en demoler construcciones en el centro. Esta misma ideología estigmatizadora se aplicó en los sesenta y setenta a las problemáticas evidenciadas en los barrios populares en áreas que hoy son pericéntricas.

32 Nelson Iván Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión arquitectónica popular en la vivienda autoproducida del barrio Berlín, Cali-Colombia” (tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016).

vivienda popular en la ciudad: subdivisión y venta irregular de predios, invasión y urbanización pirata.

Algunas características, entre otros hechos históricos que determinaron la transformación del sector, fueron: 1) la construcción de la canalización del río Cali por la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC)³³ entre 1955 y 1970 que modificó toda la estructura urbana de las inmediaciones; 2) la explosión del 7 de agosto de 1956 frente a la estación del Ferrocarril del Pacífico sobre la calle 25 entre carreras 1.^a y 4.^a; 3) la invasión del antiguo cauce del río, de los *meandros* y *madreviejas*³⁴ que dio origen al subsector el Chino; y 4) la gran inundación que borró de la ciudad al subsector el Chino en mayo de 1971.

Si bien todo el desarrollo histórico de constitución de cada barrio es extenso³⁵, aquí interesa aproximarse a la complejidad dialéctica entre lenguaje y expresión planteada a partir de las dinámicas de ocupación diferenciadas dentro del

mismo sector, aunadas a las distintas procedencias de la población que fue llegando a los diferentes barrios. El barrio Fátima (aerofotografía 1) surgió como resultado de la sesión, subdivisión y venta irregular de predios pertenecientes a la familia Borrero³⁶, lo cual permitió el acceso a población obrera y campesina de otros barrios del centro de la ciudad, proveniente de áreas rurales del centro y norte del Valle del Cauca, de la costa pacífica, y de áreas rurales del Cauca y Nariño. Estos primeros pobladores subdividieron predios y parcelaron por medio de promesas de compraventa o de sesión de tenencia a familiares; así se fue densificando el sector (aerofotografía 2). Paralelo a este fenómeno, las tierras bajas o “playas” del río empezaron a ser invadidas por pobladores que no tenían recursos y que se arriesgaban a vivir en zonas inundables³⁷.

33 El proyecto de canalización del río Cali se llevó a cabo por la CVC durante el gobierno del alcalde Jaime Lozano Henao (1953-1955). Esta obra se inició a mediados de la década de los cincuenta y concluyó en los setenta (con ajustes posteriores, como la elevación del jarillón del río). El diario *Relator* lo expuso en sus crónicas así: “En 1955 se construyó un nuevo canal de desviación del río Cali eliminando 21 curvas de su cauce original” (*Relator*, 17 de abril de 1955, citado en Jiménez Pérez, 2005, 94).

34 *Madrevieja*: antiguo cauce del río (paleocauce); *meandros*: brazos de río o terrenos cenagosos aislados del curso constante del cuerpo de agua y susceptibles de ser inundados en temporada de lluvias.

35 Al respecto, ver Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”, cap. 2: “Historiografía del barrio Berlín. La lucha por ‘un lugar en el mundo’”, 129-195.

36 Así lo rememora la señora Leonilde Díaz de Avilés, una de las primeras habitantes del barrio Fátima-Berlín: “De allá [habla del barrio San Nicolás] nos vinimos para acá [casa actual en el barrio Berlín], para estos lados. A mi papá y mi mamá, *los señores Borrero les cedieron ese lote a ellos, y como mi papá era constructor, él fue llenándolo de casitas*, en ese tiempo de bahareque; eran todo ranchitos de bahareque, pero todo esto no era así como es ahora, eran fincas, esto eran fincas. En esta parte de aquí [señalando el lado sur de la calle del frente de la casa] había un señor que se llamaba Lucas, él había ocupado toda esta parte de aquí delante de mí, la había ocupado, a él no le habían adjudicado nadie, ni nada, ni el municipio. Él llegó y cogió ese lote, entonces se formó una callecita, para darle frente a los ranchitos que mi papá había hecho, el lote de acá era hasta el río, que en ese tiempo corría por la parte de atrás del lote”. Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”, 148, el énfasis es añadido.

37 Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”.



Aerofotografía 1. Sector Fátima-Berlín-San Francisco, 1946. Aparecen las construcciones de Licores del Valle
Fuente: elaboración propia con base en la aerofotografía de la zona de estudio, Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), vuelo C-433/319.



Aerofotografía 2. Sector de estudio, 1947

Fuente: elaboración propia con base en la aerofotografía 2 de la zona de estudio, Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), vuelo C-468/326.

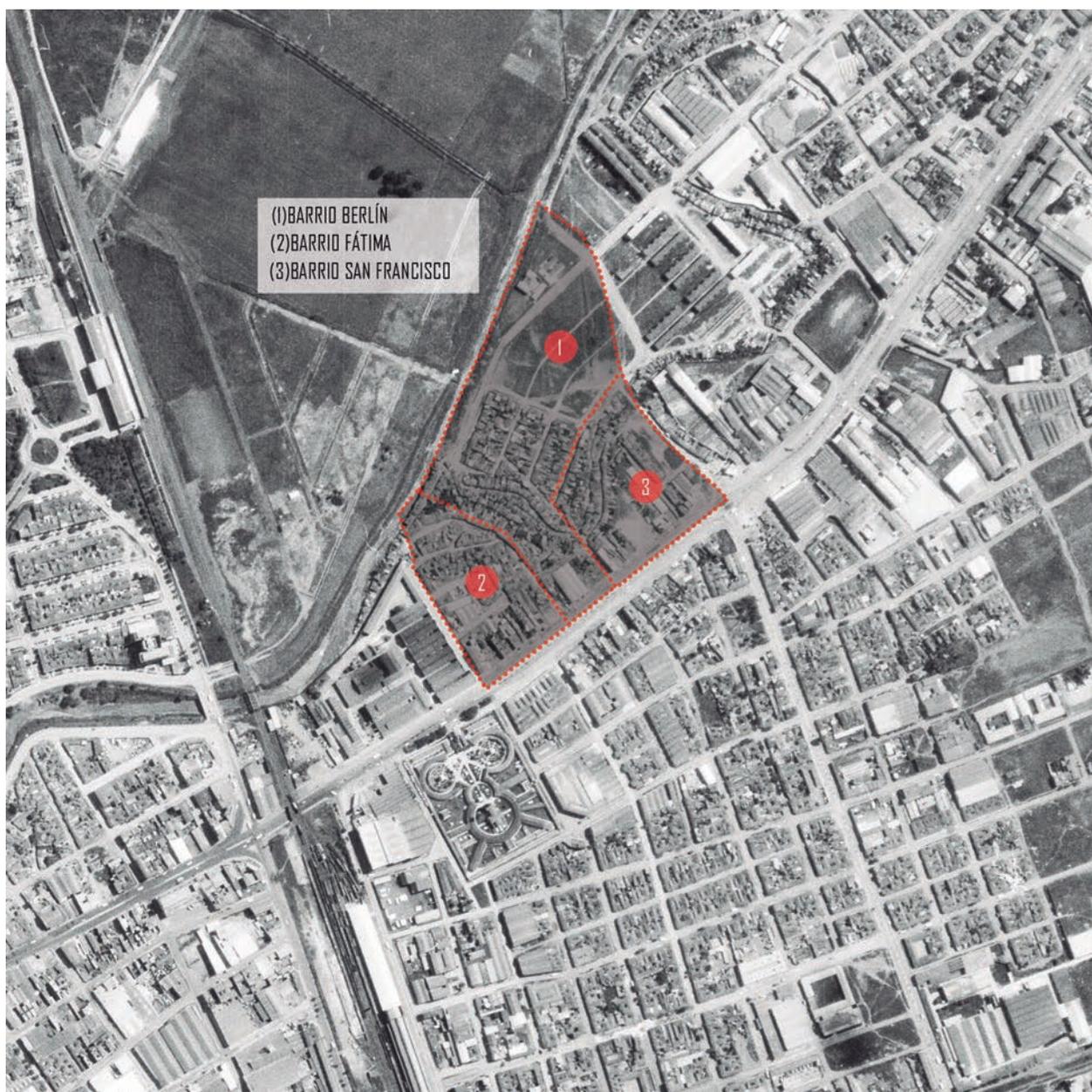
Si bien estos suelos se consideraban la tras-tienda de las bodegas o plantas industriales de la reciente zona industrial de Cali, que junto con la carretera nacional jalonó el desarrollo de la ciudad al nororiente³⁸, no eran una limitante ante la necesidad del acceso a terrenos para vivienda de los trabajadores y campesinos que engrosaban la población de la naciente capital industrial del su-rocidente colombiano. La migración del campo a la ciudad fue el detonante para que empezaran a ser ocupados, a pesar de no ser los mejores suelos urbanizables para vivienda debido a sus condiciones de cercanía a desechos industriales y a la falta de acceso a servicios básicos. No obstante, los primeros pobladores del barrio Fátima adquirieron solares de considerable tamaño por distintos medios para empezar a habitarlos.

Algunos de los primeros pobladores eran maestros de construcción y conocían técnicas de arquitectura vernácula como el bahareque y techumbres en teja de barro; así, las nuevas construcciones, caracterizadas por ser dos espacios básicos contenidos por muros de bahareque pintados con cal y asentados sobre el suelo firme, fueron la expresión con la que se dio materialidad al espacio. La capacidad de estos habitantes se diferenciaba de otros que, con menos posibilidades, recurrían a asentarse en zonas inundables; para estos, las construcciones ligeras en esterilla de guadua y teja de lámina sobre palafitos anclados a los terrenos bajos e inundables fueron la solución.

38 Jorge Galindo Díaz, *Arquitectura, industria y ciudad en el Valle del Cauca. Tipos y técnicas (1917-1945)* (Cali: Universidad del Valle / Citce, 2003).

Si bien los métodos y técnicas constructivas del bahareque y los palafitos de zonas húmedas tienen raíces vernáculas, en este nuevo contexto urbano de viviendas de emergencia que surgió como solución a la carencia de un techo empezaron rápidamente a tener variaciones. Una de las razones señaladas por los habitantes del barrio Fátima es que los cambios se dieron por el acelerado crecimiento poblacional del sector donde, mediante redes sociales familiares o de compadrazgo, o por los nuevos pobladores provenientes de otros barrios de la ciudad (arrendatarios) y de otras zonas del país (campesinos) entre 1943 y 1957, se produjo una densificación acelerada (aerofotografía 3).

Las construcciones fueron agrupándose, colindando e interconectándose de una forma que no era necesariamente vernácula. Así mismo, la precariedad en algunos casos obligaba a utilizar los recursos más baratos accesibles en la ciudad, como láminas metálicas, cartón o madera reutilizada para solucionar la necesidad apremiante. Los primeros habitantes del sector acudieron a elementos de un lenguaje vernáculo reinterpretando algunos aspectos en su organización y su técnica constructiva debido a las nuevas condiciones urbanas; el uso del lenguaje quedó condicionado al tipo de suelo que se ocupaba y, a su vez, a la forma de acceso a la tierra. Si se tenía algo de capacidad económica, se podía conseguir un lote en tierras altas de “mejores condiciones” donde era posible hacer una construcción de mayor permanencia, a diferencia de si se ocupaban tierras bajas e inundables. En este último caso la manifestación del lenguaje se materializaba en expresiones arquitectónicas no permanentes, variables y emergentes.



Aerofotografía 3. Barrio Fátima ya conformado y franja de invasión de los inicios del Chino antes del cambio del cauce del río Cali, 1957
Fuente: elaboración propia con base en la aerofotografía 4, Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), vuelo M-133/225.

Esta diferenciación se mantuvo durante el periodo de formación del barrio Fátima hasta el inicio de las obras de canalización del río Cali en 1955. El avance de estas obras incidió colateralmente en el incremento de las construcciones de invasión, lo que dio origen al subsector denominado el Chino (plano 1). En este periodo, la construcción de vivienda emergente y de invasión se acrecentó, y generó una variada expresión arquitectónica palafítica que colmó el antiguo cauce del río (zona irregular en el plano 1). De aquí se derivó una inusual relación entre lo público y lo privado, entre los callejones aéreos y las zonas más íntimas de las viviendas³⁹.

Debido a la transformación de la estructura urbana por la canalización del río, los predios del costado nororiental, incorporados ahora al costado sur del río, se urbanizaron de manera irregular. Lo que hoy es el barrio Sultana Berlín surgió como resultado de un proceso de urbanización pirata, forma de ocupación diferenciada de los sectores aledaños, porque de entrada se adquiría un predio con un trazado vial, más o menos regular, con linderos definidos; al igual que en el Chino o en Fátima, no se tenía acceso a servicios, pero la propiedad privada aparecía claramente diferenciada de lo público por linderos escriturados.

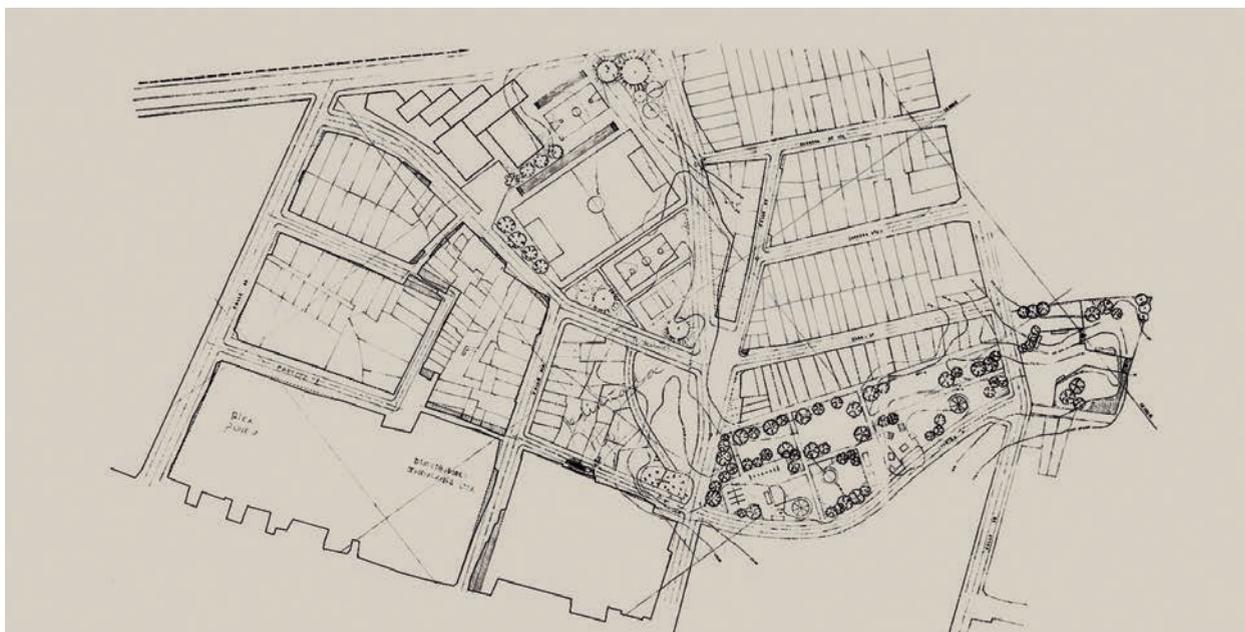
El barrio Berlín antepuso una nueva dinámica en la consolidación del sector. En las nacientes

unidades de vivienda se recurrió al bahareque o a la construcción básica en ladrillo para solucionar lo elemental: cerrar el predio con ramadas para definir la propiedad privada. Algunas de las casas del barrio contaban con planos arquitectónicos para su construcción; otras eran producto de la autoconstrucción de obreros experimentados que trabajaban en otros sectores de la ciudad. La venta de predios del Berlín se convirtió en un mecanismo para la movilidad residencial dentro del sector. Pobladores que habían llegado al Chino compraron predios en el Berlín; así mismo, arrendatarios del barrio Fátima o habitantes de sus zonas bajas también buscaban migrar hacia esta nueva posibilidad de vivienda “legal”⁴⁰.

La condición de legalidad fue una determinante en la diferenciación que incidió en la dialéctica de transformación del lenguaje y la expresión arquitectónica, ya que daba la posibilidad de “establecerse” con seguridad en un lugar reconocido por la institucionalidad de la ciudad. Esto significó que la forma de materializar la arquitectura exigía mayores esfuerzos; por tanto, se recurría a elementos más elaborados con el fin de diferenciarse de los otros sectores y deslindarse de la categorización de tugurio hecha por Planeación Municipal. Las mejoras básicas en la materialidad de la vivienda, como la presencia de una unidad de baño y/o cocina separada de los otros espacios, o los colores o materiales “modernos” en las fachadas, buscaban la aceptación dentro de la regularidad de la ciudad.

39 Relato de Jesús Paz, antiguo habitante del Chino: “Eran unos ranchitos así de hojalata y todo feo, así esterillados no más... eso [refiriéndose a donde estaba el Chino] tenía un poco de caminitos en todo lado, que uno se metía en una parte y ¡cuando menos!, llegaba a una cocina de una casa [risas]”. Citado en Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”, 207-208.

40 Trabajo de campo y entrevistas en Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”.



Plano 2. Primer plano de regularización del sector

Fuente: Departamento Administrativo de Planeación Municipal, Sección de Renovación Urbana, plano 21, ref. 16F, 6 de mayo de 1972, planeamiento barrios Fátima, Berlín, San Francisco, escala 1:500.

Con la “regularización” de los barrios (plano 2) como parte de un plan de ciudad que se inició a finales de los sesenta y se extendió por casi dos décadas, se confrontó el saber espacial popular con el saber espacial académico; este último encarnado por la institucionalidad pública bajo la actitud de reconocer lo ya realizado y “erradicar” de manera policiva lo que se catalogó como tugurio. Bajo este marco precisamente se dio la legalización de los predios por parte de los antiguos propietarios de este sector, la familia Borrero⁴¹, en 1970. Este acto precedió

41 Mediante el Acuerdo 34 del 13 de julio de 1970 del Concejo Municipal de Cali, “por medio del cual se

a la legalización de los predios que abarcaban los tres barrios. Posterior a ello, y en extrañas circunstancias⁴², ocurrió la gran inundación de

exonera del impuesto predial y complementarios a Vicente Borrero e hijos sobre los lotes de su propiedad situados en los barrios Fátima, Berlín y San Francisco; zona de erradicación de tugurios”. En el inciso b establece: “que el señor Hugo Borrero Velasco, en representación de los hijos de Vicente Borrero han cedido en título gratuito al INSTITUTO DE VIVIENDA DEL MUNICIPIO DE CALI ‘INVICALI’ en escritura pública No... [el número de la escritura y la fecha no aparecen en el documento]”. En Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”, 178.

42 Existe en la memoria de los habitantes reubicados en el barrio San Marino una teoría generalizada de

mayo de 1971 que borró del mapa de Cali al subsector del Chino, hecho que partió la historia del sector en dos y desencadenó agitaciones sociales y culturales. En principio, la solidaridad con los damnificados y la compleja reubicación en el barrio San Marino en el oriente, en el área del distrito de Aguablanca, evidenciaron la ruptura de los lazos sociales que se habían establecido a pesar de las tácitas intenciones de diferenciación entre habitantes. Por otro lado, aquellos que no se quisieron reubicar y se aferraron a los predios irregulares del antiguo cauce desencadenaron varias disputas por los linderos de los predios con otros vecinos que trataban de demostrar su propiedad.

En la década de los setenta, después de estos sucesos, intervino el Instituto de Vivienda de Cali (Invicali) como organismo representacional de Planeación Municipal encargado de la regularización de los barrios. Su esquema técnico de concepción funcionalista de la ciudad resultó ser un modelo impositivo que reflejaba la incompetencia para comprender las implicaciones culturales y sociales de la regularización por parte del organismo estatal, a lo que se antepuso una

que la “gran inundación” fue un hecho premeditado para por fin librarse de una zona tugurizada que en esa fecha Invicali no sabía cómo abordar, como se puede deducir del siguiente relato de una mujer participante en el taller: “A ver le cuento... allá hubieron tres inundaciones; cuando fue el Gobierno a ver el río Cali, como nadie quería irse de allí, entonces qué hicieron: ¡una represa!, la montaron ese día, ni siquiera cayó aguacero en Cali, y cuando menos nos acordamos, fue que se inundó, esa fue la última. Esa fue la que nos sacó”. Taller de memoria con antiguos habitantes del barrio el Chino, en San Marino, 2015.

respuesta organizada y participativa de los habitantes para la solución de sus problemáticas.

Lo interesante es que esta organización social se dio para salvaguardar *lo común*, para determinar el destino que se les iba a dar a las zonas de relleno del antiguo cauce, que antes ocupó el subsector del Chino (plano 2). En este marco, la construcción dialéctica de un lenguaje arquitectónico para la vivienda quedó en un segundo plano y se les dio prioridad a problemas de interés común, como la solución de las redes de alcantarillado, y el suministro de agua y energía. Había una disputa entre los intereses de los vecinos de cada barrio y los oportunistas politiqueros que querían reurbanizar las áreas que se estaban rellorando⁴³. La defensa del espacio público y la lucha para que estas zonas no se volvieran a invadir, o se destinaran a otros fines que no fuera el disfrute comunitario de nuevas calles, zonas verdes o recreativas compartidas entre los barrios del sector, tuvo como objetivo la mejora de las condiciones urbanas.

La regularización posibilitó dos cosas para los que quedaron habitando en alguno de los tres barrios: primero, entrar en la legalidad de

43 Leonor González, líder comunal del sector en las décadas de los setenta y ochenta, dice: “Vinieron tres alcaldes a medir para ‘politiquear’ [se refiere a propuestas y promesas de construcción de viviendas en zonas de relleno], entre ellos, Ernesto González Caicedo [alcalde de Cali en 1976-1978], pero no me dejé; también vino Carlos Holguín Sardi [alcalde de Cali en 1970-1973], un alcalde que era morocho, que no me acuerdo cómo se llamaba, todos esos vinieron a medir y a politiquear y no los dejé..., y les dije: ‘¿Entonces qué? ¿Y los niños de los vecinos me los meto a jugar debajo de la cama o qué? Y no dejé’”. Entrevista con el autor, 2015.

la ciudad al garantizar la estabilidad en el lugar y consolidar la vivienda dentro de su predio, ahora ya delimitado y reconocido por una escritura pública. Segundo, en este marco de posibilidades, la dialéctica entre lenguaje y expresión se aceleró, las transformaciones de las unidades de vivienda rápidamente empezaron a buscar nuevas expresiones y formas de diferenciarse; en este caso, ya no de otro sector, sino del vecino o de los vecinos de otras manzanas.

En la década de los ochenta, el trabajo comunitario en el sector se centró en lograr la pavimentación de las vías en busca del beneficio comunal; y nuevamente detrás de esta lucha siempre existió un interés particular para mejorar las condiciones de cada predio⁴⁴. En la medida en que las condiciones de la vía pública mejoraron, hubo nuevas posibilidades de establecer diferenciaciones expresivas de la arquitectura individual en cada unidad de vivienda. El trabajo de mejora y pavimentación de las vías, en el caso del barrio Berlín, se organizó por cada cuadra; de ahí surgieron una competencia y una rivalidad histórica entre ellas, con en el ánimo de diferenciarse y destacarse en sus expresiones espaciales con mejor calidad estética, fenómeno que se puede

44 Así lo relata en su manuscrito el líder comunal Jorge Iván Martínez: "Esto se hizo por autogestión por el dinamismo de la junta y la participación de la comunidad que fue constituida en comités de cuerdas. Con ello se midió la densidad de la necesidad de dicho factor de progreso para el barrio; pues, desde mucho tiempo atrás, la comunidad venía reclamando y esperando la pavimentación que tres años después se pudo realizar en cuatro calles". Jorge Iván Martínez, "Reseña histórica del barrio Berlín", Biblioteca Isaías Gamboa, Cali, 1994, manuscrito no publicado, 2-3.

notar hasta ahora, por ejemplo, en el embellecimiento o alumbrado para Navidad.

En todo este transcurso, se dio una interacción entre distintas configuraciones culturales, dada la procedencia de pobladores provenientes de distintas regiones del país que llegaron al mismo sector. Este fenómeno a veces se entiende como homogéneo, dentro de una cultura popular de origen campesino que llegó a la ciudad, se estableció y consolidó en barrios populares; sin embargo, estas conformaciones de los grupos de pobladores que venían de lo rural a lo urbano fueron siempre pluriversas⁴⁵.

Si bien existió un intercambio de saberes vernáculos y populares que definió la transformación del paisaje urbano, este obedeció a una diferenciación que nació de la subjetividad de los habitantes, manifestada en diversos modos de habitar, ya que estos no necesariamente eran compartidos por todos de manera homogénea o regular. La dialéctica que se instauró en esta dinámica sociocultural fue heterogénea, y aquello que cohesionó progresivamente el sector como un conjunto reconocible de expresiones urbano-arquitectónicas fueron el lugar y la diversidad social. Esta pugna o campo de batalla de construcciones subjetivas se cargó de significados comunes con el transcurrir del tiempo y llevó a moldear y configurar paulatinamente las características físicas del sector.

45 Boaventura de Sousa Santos, *Construyendo las epistemologías del sur. Para un pensamiento alternativo de alternativas*, 2 vols. (Buenos Aires: Clacso, 2018).

CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DEL PROCESO DIALÉCTICO EN EL LUGAR

El proceso de construcción sociocultural de lo urbano-arquitectónico permite comprender cómo, en el fenómeno dialéctico de la construcción de un lenguaje y una expresión, estos no se pueden tratar como esferas de análisis diferenciadas porque aparecen siempre codependientes e integradas a la cultura a la cual pertenecen. En este apartado señalaré algunos de los elementos socioculturales que inciden en la conformación de las características, estructuras sociales, dinámicas, modos de relación y de sintaxis que permiten ir hacia la materialización del lugar. Como ya se señalaba, es importante comprender la relación asimétrica que se establece por el choque cultural debido a la procedencia diferenciada de los pobladores y a las distintas formas de acceso al suelo, factores que determinaron los elementos del lenguaje empleados para solucionar las distintas fases de la vivienda.

En la constitución físico-espacial de barrios de origen popular existen diferentes fases que han señalado varios autores especialistas en el tema, las cuales se van consolidando por diferentes mecanismos de progresividad constructiva⁴⁶.

46 Gilma Mosquera Torres, "Vivienda popular y acción estatal en Cali, siglo XX", en *Historia de Cali siglo XX*, ed. Gilberto Loaiza Cano (Cali: Universidad del Valle, 2012); Carlos González Lobo, *Vivienda y ciudad po-*

Así mismo, dentro de la producción popular de vivienda, se ha estudiado la capacidad expresiva de las unidades en sus fachadas, sus mejoras y embellecimientos⁴⁷ (engalles). Esto permite pensar que no solo se trata de un problema de transformación físico-espacial progresivo en el tiempo en busca de más metros cuadrados, sino también de una manifestación o experiencia estética popular con la cual el habitante da respuesta a su entorno⁴⁸.

La procedencia diferenciada de los habitantes que llegan al sector antepone una dinámica sociocultural que se manifiesta a través de los modos de habitar de cada unidad filial o familiar que se comporta, a su vez, como unidad económica básica. Dentro de esta unidad, cada sujeto construye formas de relacionarse con el lugar. En el acto de habitar la casa, la cuadra o el barrio se fue dando fundamento a elementos de un lenguaje espacial

sibles (Bogotá: Editorial Escala, 1998); Enrique Ortiz Flores, "Producción social de vivienda y hábitat: bases conceptuales para una política pública", en *El camino posible. Producción social del hábitat en América Latina* (Montevideo: Ediciones Trilce; Centro Cooperativo Sueco, 2011).

47 Fabio H. Avendaño Triviño y Hernando Carvajalino Bayona, "Espacialidad de la periferia", *Ciudad y Hábitat*. Documentos Barrio Taller (Bogotá) 8 (2000); Fabio H. Avendaño Triviño y Hernando Carvajalino Bayona, "Vivienda popular espontánea: conceptos de espacialidad y progresividad. Reflexiones a partir de un estudio de caso: Bogotá, Colombia", *Ciudad y Territorio* (Ministerio de Fomento de España) 35, n.^{os} 136-137 (septiembre 2003), <https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/75398/45926>

48 Gilberto Arango Escobar, Gilda Wolf Amaya y Pedro Pablo Peláez Bedoya, *La poética de la vivienda* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2013).

abstracto que tenía sentido para cada habitante. Dichas construcciones se socializan dentro de la unidad doméstica familiar en el habitar cotidiano; este escenario es un espacio de negociación y disputa de lo político⁴⁹ que definirá el carácter de las decisiones (consensuadas o no) que se materializarán como expresión arquitectónica, en la medida de las posibilidades económicas y sociales que tenga la unidad familiar.

Lo anterior se evidenció en los modos de ocupar el espacio por parte de los habitantes de cada barrio a mediados de los años sesenta; por ejemplo, en los cambios de condición de arrendatarios o “arrimados”⁵⁰ a propietarios de un pequeño lote; o de vivir en el Chino a vivir en los barrios Berlín o Fátima en los ochenta; o al arreglar la fachada para aparentar una mejor condición socioeconómica o destinar más área a un espacio en específico que a otro. También inciden costumbres de otras formas habitacionales, como por ejemplo la población campesina afrodescendiente proveniente del Pacífico que establecía relaciones espaciales abiertas entre lo público y lo privado, en contraste con un campesino proveniente de Nariño que delimitaba con claridad lo más íntimo de lo meramente público⁵¹.

En este contexto cultural, las negociaciones o divergencias implican manifestaciones espaciales

que definieron el límite entre lo público y lo privado, y se materializaron en el elemento diferenciador por excelencia: la fachada. Esta realidad de disputa social en lo cotidiano perfila la construcción de un lenguaje arquitectónico y popular que partió del sujeto social y de sus distintos modos de habitar; es decir, desde cada construcción simbólica que el sujeto como habitante pone en juego en el lugar. Su elaboración de significados es relacional y proximal⁵²; se da como un aprendizaje durante el desarrollo de la vida en el barrio, mediante el cual desarrolla una aprehensión de la realidad, incluso desde edades tempranas. Esto explica la diferencia generacional en la concepción de los espacios de la vivienda y la ciudad. Aunque el entorno ya obligaba a unas transformaciones iniciales, los primeros habitantes del sector cargaron del sentido de ruralidad los espacios privados o públicos; una segunda generación entiende sus espacios como meramente urbanos y populares.

El despliegue de las actividades del habitar cotidiano en un entorno urbano ahora pericéntrico, que se consolidó a pesar del estigma de “tugurio”, fue transformado con los significados dados por las nuevas generaciones de habitantes del

49 Chantal Mouffe, *En torno a lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009).

50 Personas que cohabitan con otra unidad familiar en razón de distintos mecanismos de solidaridad, parentesco o acuerdos de colaboración. Al respecto, ver Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”, capítulo IV.

51 Entrevistas realizadas en diciembre de 2014 en los barrios Berlín y Fátima.

52 Según Vygotsky, la zona de desarrollo próximo o proximal se puede entender como una dimensión para los procesos de aprendizaje de la realidad en cada momento de comprensión de las nuevas condiciones del entorno físico y cultural inmediato. La define como: “La distancia entre el nivel de desarrollo real determinado por la resolución independiente de problemas y el nivel de desarrollo potencial determinado mediante la resolución de problemas bajo la guía de adultos o en colaboración con otros más capaces”. Vygotsky, *Pensamiento y lenguaje*, 32.

sector⁵³ (hijos y nietos de fundadores), y gracias a las diferentes dinámicas de relación social y cultural con las nuevas oleadas de pobladores que continuaban llegando. El sujeto como habitante construye a partir de esta nueva realidad proximal “otros” elementos para la conformación de un lenguaje arquitectónico, dado este contexto urbano no permanente⁵⁴ y en constante transformación. En paralelo a la materialización, se crean también construcciones utópicas, como *anhelos o sueños* que se prefiguran como una “idea de casa” a futuro. Estas ideas son influenciadas por diferentes canales de información proximales u otros

53 Esto se puede ver en las diferentes entrevistas semiestructuradas realizadas a lo largo de la investigación, entre el 2014 y el 2016, en las cuales se distinguen tres grupos generacionales. La primera generación está conformada por los fundadores del barrio y sus primeros habitantes; esta generación, fundante de muchos aspectos sociales, culturales y políticos del barrio, fue la más activa en la lucha por el espacio urbano y la que más se involucró en la producción de vivienda. La segunda generación, integrada por los hijos de los primeros habitantes, fue una de las más activas en el cambio del barrio después de la legalización, y ha incidido en muchas de las transformaciones de la expresión arquitectónica hasta hoy; un porcentaje significativo ya no vive en el sector, dados los fenómenos de movilidad residencial generacional. La tercera generación corresponde a los nietos de los primeros pobladores, algunos presentes en el sector, hijos de las segundas generaciones que se quedaron; muchos de ellos no se involucran en la organización social ni política, pero sí en nuevos procesos culturales o deportivos, varios de estos propiciados por espacios como la Biblioteca Isaías Gamboa o relacionados con los eventos deportivos en la cancha de fútbol.

54 Erazo Solarte, “Lo no permanente en la consolidación urbano-arquitectónica”.

no tan cercanos, como el hecho de experimentar el habitar temporal en otras partes de la ciudad u otras ciudades, o en los medios de comunicación y en las redes sociales⁵⁵. Estas mezclas entre lo proximal de la arquitectura vivida y las prefiguraciones están presentes en cada unidad familiar y emergen con los cambios generacionales como deseos de transformación de la vivienda⁵⁶.

Con la experiencia espacial⁵⁷ de una arquitectura vivida con el despliegue de todos los sentidos⁵⁸, el sujeto experimenta la realidad y la construye como unidades de significación; la resguarda como memoria (unidad del conocimiento profundo)⁵⁹ en un acto de habitar que determina cómo se actúa frente a lo construido. Esto se dinamiza en el sector cuando una segunda generación empieza a ser parte activa en la toma de decisiones, en la materialización de lo privado y en la lucha por el espacio común, e incide en el cambio o incorporación de nuevos elementos del lenguaje arquitectónico. Entonces, la búsqueda de cambios progresivos en la vivienda no solo implica una ampliación de metros cuadrados para el desarrollo de nuevas unidades de viviendas en altura o de locales comerciales, o como una necesidad estética, sino que también refleja un

55 Redes de conexión entre grupos sociales, como familiaridad, parentesco, amistad o compadrazgo que se dan en la ciudad o entre campo y ciudad.

56 Entrevistas realizadas en junio y julio del 2015 en el barrio Berlín.

57 Alberto Saldarriaga Roa, *La arquitectura como experiencia. Espacio, cuerpo y sensibilidad* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Villegas Editores, 2002).

58 Merleau-Ponty, *Fenomenología*.

59 Bachelard, *La poética del espacio*.

aprendizaje sobre el habitar cotidiano que se despliega en paralelo a la conformación de la materialización del entorno urbano. Este aprendizaje articula los elementos del lenguaje arquitectónico y le da coherencia a su sintaxis en el lugar, fenómeno que se evidencia en la comprensión del espacio que tiene un niño que habita el sector⁶⁰.

Este aprendizaje de la realidad urbana y arquitectónica desde la infancia⁶¹, para las nuevas generaciones que crecieron en el sector, va a ser determinante en la transformación de las expresiones estéticas. A partir de la vivencia y la carencia que caracterizaron a los núcleos familiares amplios de los fundadores de los barrios, se va generando un anhelo de transformación y cambio que traza el camino de la necesidad de modificar la realidad presente en lo que respecta a la mejora de la vivienda. Por tanto, la expresión arquitectónica aparece como algo no definido o no permanente en su materialidad constructiva. Este proceso es propio de la estructura de un lenguaje arquitectónico abierto, en el cual la internalización y la exteriorización⁶² atraviesan a cada sujeto con un rol definido en la estructura social

de la vida cotidiana⁶³. De esta manera, el sujeto no es un simple ente receptivo, pues se convierte en actor participante o mediador en la construcción de la realidad urbana y arquitectónica.

Los habitantes de los barrios Fátima y Berlín son sujetos actuantes que históricamente han dinamizado la dimensión comunicativa y constructiva de la realidad urbana por medio de la interacción social y de la definición de los roles dentro de la estructura social. Esta condición incide según los grados de proximidad a la constitución de un plano abstracto o de uno físico-material, de acuerdo con su praxis o con la proximidad con los métodos para la autoproducción. Lo anterior es un fenómeno que moviliza distintas actitudes y roles frente a la solución del espacio habitable, como el trabajo mancomunado (minga o trabajo colaborativo) de algunos grupos provenientes del sur de Colombia, la autoconstrucción, la administración y la participación en gestión y organización de las mujeres⁶⁴, maestros de construcción que edifican su propia vivienda (algunos construyeron otras en el barrio), la organización comunal por cada cuadra,

60 "Percepción del barrio, la cuadra y la vivienda", taller con grupo focal con población infantil de los barrios Berlín, Fátima y San Francisco realizado en julio del 2015.

61 Nelson Iván Erazo Solarte, "Representación del barrio y la vivienda popular desde la mirada del niño, reflexiones sobre el lenguaje y la expresión arquitectónica en el territorio", en *Sostenibilidad y medio ambiente en la representación del proyecto*, coords. Luis Javier Echeverri Vélez y Rodrigo Vargas Peña (Cali: Universidad del Valle, 2017).

62 Vygotsky, *Pensamiento y lenguaje*.

63 Berger y Luckmann, *La construcción social*.

64 El caso de doña Orlinda Fuenmayor en el barrio Berlín es relevante: "Sí, pues yo la formé, sí, prácticamente yo fui promotora de mucha cosa, de que el barrio despertara, porque pues la gente llegaba y vivía y no más, pero entonces yo tenía mis ideas y había hecho un curso de cooperativismo. Entonces había la forma más o menos de meterme y se formó la primera junta comunal". En Erazo Solarte, "Lenguaje y expresión", 162.

la institución y organización de cooperativas para el financiamiento de la vivienda⁶⁵, entre otras variadas asociaciones micro que se dieron con el objetivo de la autoproducción de la vivienda popular en estos barrios. Todo este desarrollo da cuenta del grado de proximidad con la expresión arquitectónica y la definición de su materialidad, dependiendo de si en la praxis los habitantes se involucraron más en lo constructivo (autoconstrucción) o si es una forma de administración que delega estas funciones a una persona que hace la arquitectura; es lo que ocurre en la relación entre el habitante que es el *actor* y el maestro de obra quien funge como *mediador* en la dialéctica entre lenguaje y expresión arquitectónica popular.

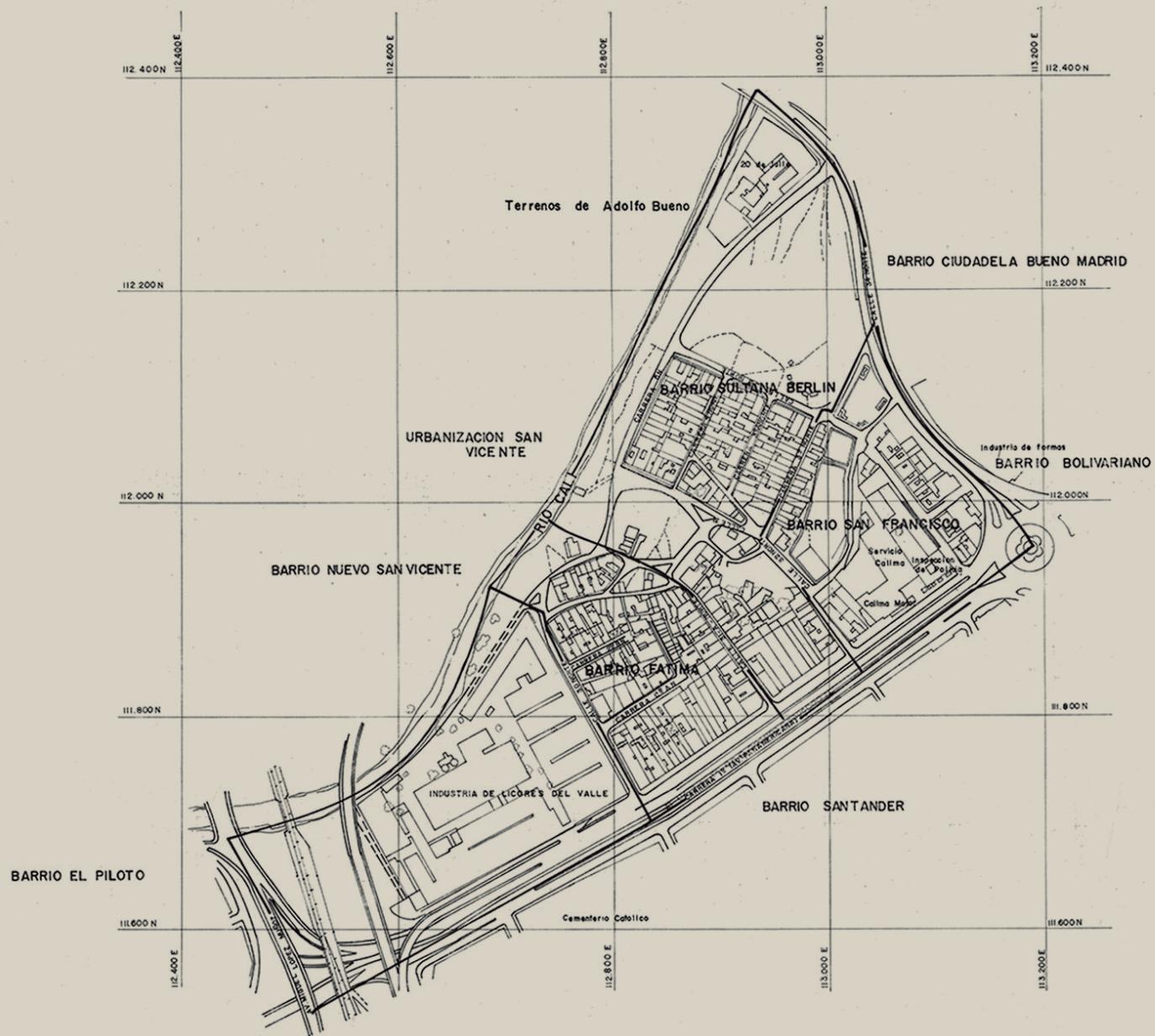
Cada sintaxis de lenguaje arquitectónico se constituye en una *idea de casa* que tiende a la pluralidad y multiplicidad de versiones, que van desde la concepción de las escalas más íntimas del habitar hasta la confrontación estético-formal con la otredad en la misma cuadra o en el mismo barrio. Este es un fenómeno inherente a la autoproducción y el desarrollo progresivo que ha ido dando forma a las unidades de vivienda. Esto quiere decir que la dialéctica del lenguaje y la expresión tiene un fin comunicativo social y es mediadora entre la realidad física constructiva del espacio y la realidad simbólica del lugar, lo cual se fundamenta en el reconocimiento de la realidad del significado del habitar como parte de la cultura.

65 Paralelo al desarrollo del barrio y del sector a finales de los sesenta ya se había consolidado una cooperativa de ahorro para la vivienda denominada en principio Cooperativa Berlín, que luego se llamaría Cooperativa de Ahorro y Crédito Berlín (Invercoob) y que en la actualidad se mantiene activa.

REGULARIZACIÓN Y ECLOSIÓN DE LA DIALÉCTICA ENTRE LENGUAJE Y EXPRESIÓN

La regularización de los barrios Fátima y Berlín se concretó a finales de la década de los setenta. De ahí se derivan varios aspectos políticos y de organización comunitaria; como ya se mencionó, este fue un hecho histórico del que se apropiaron sus pobladores, ya que implicaba la entrada en la regularidad de la ciudad. En esta nueva condición, cada propietario se sintió incluido y parte constituyente de la ciudad, lo que permitía tanto el acceso a servicios como también el reclamo formal por nuevas mejoras públicas para su infraestructura (plano 3). Uno de los procesos del sector que se convirtió en bandera de lucha fue la regularización y pavimentación de las vías en los años ochenta, lo cual posibilitó volver al trabajo comunitario, a la organización social por cuadras y a las economías solidarias en pro de la mejora pública. Esta lucha se articuló con un cambio generacional que fue un punto de inflexión que permitió el ingreso de nuevos elementos al lenguaje arquitectónico para configurar lo físico-espacial.

Dadas estas coyunturas históricas y socioculturales, las décadas de los ochenta y noventa fueron un periodo en el cual el proceso dialéctico empezó a tener una dinámica acelerada, debido a que las condiciones de dificultad y la estigmatización de tugurio se entendían como aspectos superados.



Plano 3. Regularización de las vías y reconocimiento de los distintos barrios de sector
 Fuente: Departamento Administrativo de Planeación Municipal, expediente urbano plancha 4,
 plano 4, refs. 24-25-34-35, mayo de 1984, barrios Fátima, Sultana Berlín, San Francisco.

Lo anterior fundamentó la apertura de la posibilidad de transformación de la vivienda con mayor rapidez. Dentro de la seguridad de lo “legal”, los cambios en las expresiones arquitectónicas eclisieron en diversas formas de dar respuesta al entorno ya construido. Las ampliaciones, mejoras, subdivisiones y construcciones de unidades de vivienda en altura (multifamiliar espontánea) se manifestaron con nuevas sintaxis compositivas, con variaciones en cada espacio y en cada unidad de vivienda; las fachadas se diversificaron y se fue consolidando un paisaje urbano diverso. Las viviendas entraron en diferentes etapas de desarrollo, según la capacidad económica de la unidad familiar y la forma de solventar otros problemas de regularización (para los que quedaron en disputa con áreas de relleno o vías).

La posibilidad de crecer en altura se convirtió en un mecanismo de captación de rentas, mediante la creación de viviendas para el arrendamiento o pequeños comercios hacia la calle en los primeros pisos. Así los barrios se densificaron con construcciones de dos o tres niveles, y sus expresiones arquitectónicas experimentaron una búsqueda estetizante⁶⁶, desde los espacios

interiores (salas, comedores y cocinas) hasta las fachadas, que se convirtieron en el elemento fuerte de diferenciación social con mayor recurividad de lenguaje y técnica, lo cual se puede apreciar en el paisaje urbano cambiante de cada cuadra (fotografías 1 y 2). Esto les exigió mayor dinamismo a las estructuras sintácticas del lenguaje arquitectónico con las que el habitante y el maestro de obra dieron respuesta a la necesidad estética.

La dinámica constructiva y estetizante se potenció por cinco factores: 1) la “utopía realizable” de la casa anhelada, gracias a un cambio en las condiciones de legalidad urbana; 2) la estabilidad socioeconómica de los primeros pobladores; 3) el segundo y el tercer cambios generacionales que incidieron en la subdivisión de espacios para generar más unidades dentro de la vivienda (mayor cantidad de habitantes por metro cuadrado), destinadas a los nuevos núcleos filiales o como unidades de arrendamiento; 4) la dinámica ampliada de interacción y experiencia en la arquitectura de la vivienda y su ámbito de lo doméstico⁶⁷, dado que los habitantes del barrio extendieron sus escalas de referenciación en la ciudad según sus actividades (trabajo, estudio, diligencias u otras), y fueron incorporando al imaginario local y a sus construcciones

66 Término entendido como un proceso “transitorio” en lo “no permanente”: “La referencia a la ‘estetización de las sociedades actuales’ designa en efecto el tránsito de rasgos de la experiencia estética a la experiencia extra-estética, al mundo de vida, a aquella que es definida sin más como la realidad, contrapuesta de esta manera al mundo de la belleza y el arte”. Rodolfo Wenger C., “La ‘estetización’ del mundo contemporáneo”, *Perspectivas estéticas* (blog), 4 de febrero, 2011, <https://perspectivasesteticas.blogspot.com/2011/02/la-estetizacion-del-mundo-contemporaneo.html>

67 Esto se puede entender como la ampliación por escalas de acuerdo con el habitante de la construcción del lugar, que va habitando en los recorridos en la ciudad, en los lugares de trabajo, en otros barrios, con los cuales se establece un proceso comparativo, entre lo proximal y lo referencial, para componer organizaciones sintácticas por medio de mimesis, reproducción y copia. Erazo Solarte, “Lenguaje y expresión”, 241-242.

simbólicas nuevos elementos de lenguaje arquitectónico; 5) mayor incidencia en las décadas de los ochenta y noventa de los medios de comunicación como sistemas de referencia de imágenes y ficciones de lo arquitectónico, que influyeron (y continúan haciéndolo) en la construcción de un sistema dual entre lo local y lo global.

Esta eclosión de la dialéctica es motivada por el deseo de transformación que da sustento al concepto de “la casa soñada” como ese “algo que falta”, siempre presente en las conversaciones con los habitantes del sector. Se puede inferir que todo esto se decanta en imágenes fenomenológicas de un espacio construido entre lo real (físico) y el imaginario (abstracto) donde se cohabita y se despliega la vida social. En este sentido fenomenológico, la *imagen* de la casa se conforma ontológicamente y se construye simbólicamente en el lugar; se estructura en la praxis social mediada por un proceso dialéctico entre lenguaje y expresión de elementos arquitectónicos que permiten configurar lo espacial.

Esta construcción de conocimiento espacial emerge y enlaza el lugar y la cultura como unidad epistémica de lo habitable, representada en la *idea de casa*. Esta idea no es un fin consumado sino que es una construcción simbólica vivencial que continuará transformándose, pero no dejará de representar la *praxis social* que le permitió llegar a su concepción física. Por tanto, cuando se indaga sobre la “casa soñada” como una proyección del habitante de un espacio idealizado para vivir en el futuro, siempre se presenta como un actuar que subvierte o da otra versión de la realidad físico-espacial para transformarla y dar cabida a las nuevas necesidades.



Fotografías 1 y 2. Fachadas actuales de las viviendas del pericentro
Fuente: fotografías de Miguel Galeano, Monoceja, 2021.



Fotografía 3. Vivienda en el barrio Berlín con aprovechamiento comercial en primer piso. Fuente: fotografía de Miguel Galeano, Monoceja, 2021.

La estructura abierta y porosa de un lenguaje arquitectónico popular permite incorporar nuevos elementos según las necesidades o anhelos de quien habita, sin que estas construcciones abstractas o físicas respondan necesariamente a estilos, cánones, tipos, tipologías o estéticas establecidos por la academia (fotografía 3). El lenguaje popular subvierte las estructuras, las adapta y las reinterpreta para ponerlas nuevamente en juego en una construcción semántica y simbólica; en el relato de un metalenguaje pluriverso y heterogéneo que, como constructo cultural, da “forma” al barrio y a la ciudad.

CONSIDERACIONES FINALES

Comprender esta dialéctica como una estructura dinámica, abierta y ligada a lo social dentro del territorio, y ver cómo se componen los distintos elementos, conjuntos, sistemas y escalas referenciales, lleva a pensar, por un lado, en la ciudad como una estructura de interacciones simbólicas que se decantan en materializaciones en cada momento histórico; por otro lado, esta forma de constituir el conocimiento de lo urbano-arquitectónico para hacerlo tangible está intrínsecamente ligada a la subjetividad del habitante frente al *topos* (topofilia). Estos dos aspectos refuerzan la idea de que el lenguaje arquitectónico popular remite a lo local.

En este desarrollo que llevó a la conformación sucesiva del asentamiento urbano, existió una

dinámica de interacción, intercambio y choque sociocultural, fenómeno supeditado a un territorio urbano específico que permitió una construcción cultural particular. Más que una hibridación, fue y sigue siendo una construcción intercultural, porque se sustentó en la interacción de los saberes diferenciados, mediados por los modos de habitar cotidianos. El intercambio premoldeó distintas formas de hacer y entender las dificultades que se anteponían al intentar solucionar su propia vivienda y su propio barrio.

Bajo este enfoque, el fenómeno urbano-arquitectónico y la ciudad se nos presentan como un escenario del metalenguaje, plural y heterogéneo, en el cual interactúan diferentes constructos sintácticos, semánticos y simbólicos del lenguaje y la expresión arquitectónica de la vivienda que se dinamizan por la interacción social y la actuación del habitante. Estos constructos se imbrican en las prácticas socioculturales de cada tiempo, permiten producir distintas expresiones en la ciudad y dar lugar a una lectura de *lo múltiple* en lo urbano-arquitectónico. No obstante, la concepción de la arquitectura como construcción cultural que se transfiere, se aprende y se interioriza como conocimiento espacial sugiere necesariamente una transformación epistemológica desde abajo que subvierte el *ethos modernizador* y sus prácticas homogeneizantes.

La dialéctica entre expresión y arquitectura popular es un proceso *vital* (vivido), reflejo y despliegue del habitar de los actores sociales, a diferencia de una dialéctica artificial (artificio) académica que busca consolidar un discurso hegemónico y el control programático de las

actividades humanas. La dificultad actual del lenguaje académico en la arquitectura es que continúa desligado del hacer sociocultural local; se ha especializado y/o depurado, pero tomando distancia del fenómeno urbano-arquitectónico de nuestras ciudades. Esto ha forzado el academicismo y la fractura evidente con la realidad. Tal distanciamiento no permite una retroalimentación y no da cuenta de una dialéctica completiva en la aplicación de un lenguaje arquitectónico especializado; o, por lo menos, la dinámica de la retroalimentación no se da como en lo popular, donde la reciprocidad de la “experiencia” y “lo vivido” está presente y se fundamenta en la praxis cotidiana. Lo anterior se convierte en una dificultad

epistemológica para la academia. ¿Cómo se puede establecer un canal efectivo para que se exprese una epistemología que emerja de lo popular y que se convierta en sustento para dar respuestas a las demandas habitacionales de quien habita o habitará en el lugar? Mientras encontramos el camino, solo se puede anticipar que el aparente “desorden” o la realidad “informal”, adjetivos con los que se cataloga lo popular, no son conceptos que permitan comprender la complejidad del fenómeno, dado que en esta realidad popular de las áreas pericentrales de Cali subyacen fenómenos dialécticos con valor epistémico a los cuales podemos acudir para dar un giro epistemológico a la producción del hábitat.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Christopher. *Un lenguaje de patrones*. Barcelona: Gustavo Gili, 1980.
- Aprile-Gnisset, Jacques Jean. "Cuatro pistas para un estudio del espacio urbano caleño". En *Historia de Cali siglo XX*, t. I, editado por Gilberto Loaiza Cano, 86-144. Cali: Universidad del Valle, 2012.
- Arango Escobar, Gilberto, Gilda Wolf Amaya y Pedro Pablo Peláez Bedoya. *La poética de la vivienda*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2013.
- Avendaño Triviño, Fabio H. y Hernando Carvajalino Bayona. *Espacialidad de la periferia: constitución espacial de la vivienda popular espontánea*. Bogotá: Barrio Taller, Ministerio de Cultura (2000).
- . "Vivienda popular espontánea: conceptos de espacialidad y progresividad. Reflexiones a partir de un estudio de caso: Bogotá, Colombia". *Ciudad y Territorio* (Ministerio de Fomento de España) 35, n.ºs 136-137 (septiembre 2003): 391-420. <https://recyt.fecyt.es/index.php/CyTET/article/view/75398/45926>
- Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu, 1986.
- Bonta, Juan Pablo. *Sistemas de significación en arquitectura. Un estudio de la arquitectura y su significación*. Barcelona: Gustavo Gili, 1977.
- Broadbent, Geoffrey, Richard Bunt y Charles A. Jencks. *El lenguaje de la arquitectura, un análisis semiótico*. Ciudad de México: Editorial Limusa, 1984.
- Carvajalino Bayona, Hernando. "Sobre rombos y otros motivos populares". *Revista Alarife* (Universidad Piloto de Colombia) 13, (2006): 37-58.
- Dussel Ambrosini, Enrique. "Tercera parte. La transmodernidad". En *Filosofías del sur. Descolonización y transmodernidad*, por Enrique Dussel Ambrosini, 255-318. Ciudad de México: Editorial Akal, 2015.
- Echeverría, Bolívar. *Definición de la cultura*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica; Editorial Itaca, 2013.
- Erazo Solarte, Nelson Iván. "Lenguaje y expresión arquitectónica popular en la vivienda autoproducta del barrio Berlín, Cali-Colombia". Tesis de maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2016.

• Dialéctica del lenguaje y arquitectura popular en el pericentro de Cali •

—. “Lo no permanente en la consolidación urbano-arquitectónica. Caso de estudio: el barrio Berlín en Cali, Colombia”. *Revista Bitácora* (Arquitectura UNAM, CDMX) 35 (noviembre-marzo 2017): 100-111.

—. “Representación del barrio y la vivienda popular desde la mirada del niño, reflexiones sobre el lenguaje y la expresión arquitectónica en el territorio”. En *Sostenibilidad y medio ambiente en la representación del proyecto*, coordinado por Luis Javier Echeverri Vélez y Rodrigo Vargas Peña, 147-166. Cali: Universidad del Valle, 2017.

Frampton, Kenneth. *Estudios sobre cultura tectónica. Poéticas de la construcción en la arquitectura de los siglos XIX y XX*. Madrid: Ediciones Akal, 1999.

Galindo Díaz, Jorge. *Arquitectura, industria y ciudad en el Valle del Cauca. Tipos y técnicas (1917-1945)*. Cali: Universidad del Valle / Citce, 2003.

González Lobo, Carlos. *Vivienda y ciudad posibles*. Bogotá: Editorial Escala, 1998.

Habraken, N. John. *El diseño de soportes*. Barcelona: Gustavo Gili, 2000.

Hesselgren, Sven. *El lenguaje de la arquitectura*. Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires, 1975.

Jencks, Charles A. *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*. Barcelona: Gustavo Gili, 1980.

Jiménez Pérez, Nayibe. “Elementos históricos y urbanos en la generación de desastres y deslizamientos en Cali”. Tesis de grado en Historia, Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2005. https://www.osso.org.co/docu/tesis/2005/elementos/elementos_historicos.pdf

Loos, Adolf. *Ornamento y delito y otros escritos*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, (1908) 1972.

Martínez, Jorge Iván. “Reseña histórica del barrio Berlín”. Biblioteca Isaías Gamboa, Cali. Manuscrito no publicado, 1994.

Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la percepción*. Madrid: Editorial Planeta-Agostini, 1994.

Mosquera Torres, Gilma. “Vivienda popular y acción estatal en Cali, siglo XX”. En *Historia de Cali siglo XX*, editado por Gilberto Loaiza Cano, 235-251. Cali: Universidad del Valle, 2012.

Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Ortiz Flores, Enrique. “Producción social de vivienda y hábitat: bases conceptuales para una política pública”. En *El camino posible. Producción social del hábitat en América Latina*, 13-44. Montevideo: Ediciones Trilce; Centro Cooperativo Sueco, 2011.

- Pérgolis Valsecchi, Juan Carlos. "Comunicación y lenguaje". En *Formación del arquitecto. Teoría e historia*, 1-48. Bogotá: Editorial Escala, 2003.
- . *Ciudad fragmentada*. Buenos Aires: Editorial Nobuko, 2005.
- Rodríguez Ruiz, Delfín. "Prólogo. Diez libros de arquitectura: Vitruvio y la piel del clasicismo". En *Los diez libros de arquitectura*, por Marco Lucio Vitruvio Polión, 11-51. Madrid: Alianza Editorial, 2009.
- Saldarriaga Roa, Alberto. *Arquitectura y cultura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1986.
- . *Arquitectura para todos los días. La práctica cultural de la arquitectura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988.
- . *La arquitectura como experiencia. Espacio, cuerpo y sensibilidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Villegas Editores, 2002.
- Sarquis, Jorge, comp. *Arquitectura y modos de habitar*. Buenos Aires: Editorial Nobuko, 2006.
- Sousa Santos, Boaventura de. *Construyendo las epistemologías del sur. Para un pensamiento alternativo de alternativas*. 2 vols. Buenos Aires: Clacso, 2018.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. "¿Puede hablar el subalterno?". *Revista Colombiana de Antropología* 39 (2003): 297-364. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1244>
- Suárez Pareyón, Alejandro. "El significado potencial de la autoconstrucción planificada". *Vivienda* (México) 4, n.º 2 (marzo-abril 1979): 154-159.
- Torres Tovar, Carlos Alberto, coord. *Ciudad informal colombiana. Barrios construidos por la gente*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Facultad de Artes, 2009.
- Turner, John F. C. *Vivienda: todo el poder para los usuarios*. Madrid: Editorial H. Blume, 1977.
- Vygotsky, Lev. *Pensamiento y lenguaje*. Ciudad de México: Paidós, 2015.
- Wallerstein, Immanuel. *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2005.
- Wenger C., Rodolfo. "La 'estetización' del mundo contemporáneo". *Perspectivas estéticas* (blog), 4 de febrero, 2011. <https://perspectivasesteticas.blogspot.com/2011/02/la-estetizacion-del-mundo-contemporaneo.html>
- Yory, Carlos Mario. *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 1999.



Fotografía: Ángela María Franco Calderón.

12

Los cambios en la vivienda y el hábitat en Colombia¹

Gilberto Arango Escobar

La vivienda se ha convertido en un tema cada vez más económico y político, en tanto que los asuntos que le dan sentido y son trascendentes para la vida de las personas, como el derecho a la vivienda, la calidad de la vivienda, su accesibilidad y la seguridad de su tenencia, sus cualidades arquitectónicas y urbanísticas, etc., han sido relegados a un segundo plano o entregados a la manipulación de las dinámicas del mercado y la especulación inmobiliaria.

Retomar el estudio en estos aspectos de la vivienda y el hábitat en el país es urgente si se quiere volver a llenar de significado el discurso y las prácticas en este campo estratégico para el mejoramiento de la calidad de

¹ Este capítulo, inédito y preparado para el libro *Vivienda y cultura*, se apoya en el trabajo de grado que realicé para la Especialización en Estética y Hermenéutica del Arte de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, bajo el título “La poética de la vivienda”, y pretende hacer un seguimiento de la historia reciente de la vivienda y el hábitat urbano en las ciudades colombianas. El trabajo de grado fue publicado inicialmente bajo el título *La poética. De la casa de patio a la casa moderna* por la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín (1997) y luego fue reeditado por el sello editorial de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, bajo el título *La poética de la vivienda* (2013, en coautoría con Gilda Wolf Amaya y Pedro Pablo Peláez Bedoya).

vida de la población. También para contrarrestar con argumentos los efectos nocivos de las políticas neoliberales que hoy acaparan la toma de decisiones y, finalmente, para poder avizorar mejores alternativas futuras para la habitabilidad.

La idea de enfatizar la relación entre la construcción social del hábitat y la vivienda, por un lado, y la cultura y las prácticas del habitar, por el otro, es ciertamente proponer un enfoque muy sugerente para el futuro de la vivienda. Con este propósito propongo abordar la discusión echando mano de algunos recursos metodológicos y conceptuales de la poética aristotélica.

PRECISIONES METODOLÓGICAS

Encontrar una metodología de acercamiento al estudio de la vivienda desde la cultura es un reto que pocas veces se asume en los textos de arquitectura. Este ensayo intentará analizar la vivienda y el hábitat en los últimos sesenta años de nuestra historia como proceso creativo y de producción, analizar el contexto sociocultural en que se dio, y los imaginarios y las prácticas sociales que lo marcaron e hicieron posible su recepción por parte de la población.

No sobra recordar que la vivienda ocupa el mayor porcentaje del tejido edificado de la ciudad. Además, desempeña un papel fundamental para la vida humana en tanto círculo inmediato

de seguridad para el reposo, de producción y reproducción de la vida material y cultural, de transferencia de costumbres y tradiciones, del aprendizaje del lenguaje, entre otras muchas funciones.

La vida moderna ha desplazado gradualmente muchas de estas funciones a espacios externos a la vivienda que provee la ciudad, pero también se han incorporado otras que son resultado de cambios en la sociedad o de progresos tecnológicos.

Una mirada estética ampliada

El hábitat humano desde siempre ha conjugado un soporte físico material necesario para la supervivencia y la reproducción biológica de la especie, y un soporte inmaterial que se expresa en los referentes simbólicos y culturales de quienes lo habitan. Una mirada estética ampliada del hábitat y la vivienda debe comprender necesariamente estas dos dimensiones para que sea completa.

La mirada desde la estética ampliada que aquí proponemos pone el énfasis en todo aquello que los seres humanos hacen o dicen en relación con la cultura del habitar y la vivienda, cuyo resultado tangible es percibido a través de los sentidos, y es entendido, aceptado o rechazado y padecido.

De igual forma, este enfoque permite el estudio del hábitat y la vivienda en sus diversas configuraciones materiales de manera compleja, lo que ha sido heredado, las arquitecturas y hábitats regionales, las influencias externas, así como la evolución y los cambios ocurridos en la sociedad.

La mirada poética

El poeta usa la palabra para elaborar su trama poética, y el arquitecto, según propone Muntañola², usa el lenguaje de las formas para elaborar su trama arquitectónica, su diseño. La mirada poética de la arquitectura de la vivienda permite entender los diferentes momentos del proceso creativo que realizan los arquitectos, urbanistas e ingenieros profesionales, o el arquitecto colectivo en el caso de los maestros artesanos o maestros de obra, ejecutores de las arquitecturas regionales y la arquitectura urbana popular. Igualmente, permite entender lo que ocurre en el momento de recepción de la vivienda y el hábitat resultante por parte de las personas.

Con estas dos miradas, la estética ampliada o social y la poética, se tratará de entender lo que han sido los cambios ocurridos en la vivienda social y el hábitat en Colombia desde mediados del siglo XX a nuestros días y avizorar lo que nos espera.

La creación poética, algunos elementos para su comprensión

La creación poética es imitación, pero una imitación que ha agregado algo, ha recreado las cosas; es una manera de conocer el mundo, de intentar completar la naturaleza. La imitación es la esencia del arte, según Aristóteles³.

En este sentido, Muntañola señala que, “por una parte la arquitectura transforma (imita) la naturaleza gracias a su capacidad constructiva, por otra parte transforma (imita) el habitar gracias a su capacidad de habitabilidad”⁴. Como proceso creativo, entonces, la arquitectura, cuando crea poéticamente, imita a la naturaleza, sus estructuras, sus formas y materiales; también imita las acciones humanas, pues entiende que los edificios no son más que envolturas o contenedores de acciones humanas. Es así como en la vivienda, acciones como descansar, alimentarse, reproducirse, etc. son las que generan y dan sentido a sus diferentes espacios y estancias.

Pero además se imita lo intangible, el pensamiento, las ideas e imaginarios, las modas, los mitos, que quedan reflejados en sus formas y funciones. De forma que espacios abiertos o cerrados, jerárquicos o democráticos, amplios o estrechos, iluminados u oscuros, todos tienen un origen también en lo pensado o imaginado y no solo en la satisfacción de una necesidad biológica o social.

La tarea del creador individual (el arquitecto) consiste en investigar el poder y la debilidad de la cultura en la cual actúa. No es una tarea neutral, pues trabaja con caracteres humanos; debe tomar partido, dar su punto de vista.

En el caso del arquitecto colectivo (el maestro de obra), este se limita a aplicar patrones y modelos ya establecidos que se reconocen socialmente como válidos y fueron el resultado de procesos creativos realizados en el tiempo mediante el método ancestral de la prueba y el error.

2 Josep Muntañola, *Poética y arquitectura* (Barcelona: Anagrama, 1981).

3 Aristóteles, *Poética* (Caracas: Monte Ávila, 1990).

4 Muntañola, *Poética y arquitectura*, 57.

Paul Ricoeur⁵, continuador del pensamiento aristotélico, señala que la producción poética pasa por tres momentos:

- El *a priori* cultural o de la precomprensión del mundo de la acción en un momento dado; corresponde al reconocimiento del mundo de los valores, las mediaciones simbólicas, la fábula y los mitos vigentes en la cultura.
- El hacer poético, que corresponde a la construcción poética a partir de las acciones humanas, del mejoramiento o empeoramiento del caudal cultural. En el caso del hábitat y la vivienda, se trata del diseño de la trama arquitectónica y urbanística en los planos.
- La recepción o encuentro entre la obra resultante y el público, que es el momento de lo vivido, lo sentido. Aquí tiene lugar la crítica que entiende, acepta o rechaza. Para el caso de la vivienda, es entonces cuando esta se habita y tienen lugar los hechos sensibles de conformidad o inconformidad, de placer o displacer, de seguridad o vulnerabilidad, de identificación o frustración.

Si hay ruptura entre los dos primeros momentos se produce lo inverosímil, la deformación, la

deconstrucción. Si hay ruptura entre el segundo y el tercero, se genera el rechazo de la obra por parte del público o del usuario, en el caso de la vivienda.

La fábula y el mito

El *a priori* cultural se refiere a la fábula vigente en la sociedad en un momento dado, al ambiente cultural de una época. Por ejemplo, la fábula que se instaura en los años sesenta y setenta del siglo XX, época de profundos cambios en la sociedad, de la lucha por la igualdad racial, contra los autoritarismos por parte de los jóvenes (Mayo del 68), de la libertad sexual y la igualdad de derechos para las minorías, que fueron algunos de los eventos que la marcaron.

La fábula social es entonces un tejido de mitos o compendio de imaginarios vigentes en la sociedad en un momento dado. Cuando muere una fábula se produce una “catástrofe” en la cultura, y su manifestación es la desaparición de los mitos que han venido imperando y su reemplazo por otros.

Los artistas y creadores, los arquitectos en el caso de la vivienda, si actúan poéticamente, son capaces de entender y prever cambios en la fábula social vigente y proponer innovaciones para la fábula que se avecina.

Por ejemplo, la casa moderna que entró al país a mediados del siglo pasado operó como una respuesta a los cambios que venía sufriendo la sociedad urbana colombiana en su tránsito de sociedades provincianas y patriarcales, dominadas hasta lo más íntimo de la vida privada por

5 Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2003).

la mentalidad religiosa, hacia una sociedad más laica de hombres y mujeres que buscaban decididamente ser modernos.

Como lo señala Yuval Noah Harari⁶, la invención del mito fue el paso decisivo para desprendernos de nuestra milenaria historia como cazadores recolectores y convertirnos en el *Homo sapiens* atado a la cultura. Los humanos desde siempre hemos sido obsesivos creadores de mitos como el mecanismo más eficaz para enfrentar lo desconocido, relacionarnos e introducir lazos y reglas de juego colectivos.

En toda cultura coexisten mitos antiguos con los actuales; la fábula social vigente en un momento dado de la cultura no es más que el tejido de mitos que se encuentran activos. Mitos antiguos, como el del *progreso*, que ha permanecido entre nosotros desde los orígenes de la cultura judeocristiana y que hoy es explotado por el pensamiento neoliberal, están en franca contradicción con el mito contemporáneo de la ecología que busca frenar el calentamiento global; en tanto que mitos urbanos actuales, como el de *la seguridad*, han transformado nuestra percepción de lo público y lo privado.

Podemos concluir que la aparición de un nuevo mito en la cultura del habitar afecta la concepción tipológica, morfológica y simbólica de la vivienda; por ejemplo, la incorporación del mito de *la higiene* en la vida cotidiana contribuyó a vender la idea de la casa moderna.

Poética y retórica

En *el hacer* y en *el decir* se resume el papel del hombre en el mundo. El hacer creativo es el campo de la poética (el saber hacer da lugar a la técnica), en tanto el decir busca persuadir, convencer; es un acto retórico. La retórica es lo que se dice del acontecer humano; la poética lo que se hace para crear y humanizar el mundo. Lo que se dice puede o no contribuir a que lo que hacemos sea una creación poética que contribuya a mejorar el mundo o a una no poética que lleve a empeorarlo.

Si el resultado del proceso creativo y de producción de un proyecto de vivienda en particular, que ha sido vendido (retóricamente) como un hábitat ideal, resulta ser inverosímil, no es apropiado por los habitantes o es mal cuidado, es porque carece de una propuesta poética que enriquezca la calidad de vida y, por el contrario, la envilece, la empeora. Pero el discurso (retórico) que acompaña el hacer en una perspectiva poética también puede contribuir a que el resultado de lo que se hace transforme la realidad en un sentido positivo, enriqueciendo el caudal cultural.

Con estas herramientas conceptuales tomadas de la poética aristotélica, trataré ahora de explicar algunos de los cambios claves acontecidos en la vivienda y la cultura del habitar en Colombia, y en lo posible avizorar algunas pistas de hacia dónde vamos o deberíamos ir.

6 Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses* (Barcelona: Penguin Random House, 2014).

LOS CAMBIOS

La historia del hábitat y de la vivienda es un itinerario de modificaciones, desde las viviendas y los asentamientos prehispánicos hasta nuestros días, con largos periodos en los que simplemente se repiten unas mismas prácticas de construir y de habitar, hasta que hacen presencia otras culturas que traen consigo nuevas formas de pensar el espacio, de organizarlo y construirlo, introduciendo modificaciones en la forma y el contenido de la vivienda.

En los últimos noventa años en Colombia, estas transformaciones en la manera de habitar y construir se han acelerado cada vez más, debido, entre otros factores, a los avances en el conocimiento y en la tecnología, a la existencia de nuevos materiales. En su dimensión sociocultural, factores como la urbanización, la secularización de la sociedad y la globalización de la información han cambiado profundamente la percepción del habitar en las personas. Como lo señala Manuel Delgado⁷:

las sociedades no hacen más que repetir aquello que demuestra ser eficaz como hecho tecnológico, como procedimiento o como acción, incorporándolo a la memoria colectiva hasta que es sustituido por otro acontecimiento que se considera más eficaz, y esto juega tanto para la ciudad como para la arquitectura.

7 Manuel Delgado, "Espacios y trayectorias de la memoria urbana" (conferencia magistral, Medellín, junio de 1994).

Lo heredado

En el mundo islámico y en el grecorromano, dos pilares de nuestra herencia hispánica, la casa tenía patios y jardines interiores como fragmentos de espacio natural domesticado que permitían que la lluvia, el viento y el sol entraran a la casa; privilegio del que nunca gozaron las culturas nórdicas sometidas a intensos fríos durante buena parte del año.

La casa mediterránea de patio con corredores en sus cuatro costados o su versión simplificada del medio patio, traída por los españoles, se convirtió para nuestros antepasados en *la manera de vivir*. De ella surgieron en el tiempo diversas adaptaciones, según el clima y las condiciones particulares de las localidades, pero manteniendo un patrón común hasta la primera mitad del siglo XX. De esta veta se desprendió una gran diversidad de versiones de vivienda que, con este común denominador del patio, acompañaron el poblamiento del país, adaptándose a sus diversidades culturales y geográficas.

La casa de dos pisos con patios, característica del norte de España, con un primer piso destinado al comercio o a labores afines al trabajo, y un segundo piso para la vida privada y social de las familias, resultó ideal para enmarcar plazas y calles principales en las áreas centrales de pueblos y ciudades. Su versión rural fue la casa de dos pisos con corredores balcón en sus cuatro costados, típica de las zonas cafeteras.



Figura 1. Diversidad de viviendas urbanas regionales

Fuente: dibujos del autor, 2009.



Fotografía 1. Casa de patio en dos pisos. Salamina, Caldas
Fuente: Fotografía del autor, 1996.

Las diferencias entre las casas de los ricos y las de los pobres se medían por el tamaño de las edificaciones, la calidad de la construcción, los acabados y ornamentos, pero unas y otras seguían el mismo patrón espacial y de uso como casas de patio. En el litoral atlántico, dada su proximidad con la diversidad cultural caribe, se superpusieron a

la casa de patio diversos patrones formales, ambientales y constructivos que, sin modificar su plano base, la enriquecieron.

La particular forma de concebir y construir la vivienda, el uso de la madera y otros materiales, así como saberes traídos del África y adaptados a las condiciones locales, fueron aportes de la

población afrodescendiente al poblamiento de las tierras bajas y selváticas del territorio colombiano. Por su parte, la huella del hábitat indígena ancestral la vemos todavía hoy en el trazado de poblados y en la clásica choza de muros en tapia o bahareque y techo de palma que persiste en áreas urbanas y rurales de las zonas cálidas. Estas tradiciones constructivas y de prácticas habitacionales han sido un referente clave para los asentamientos populares de las ciudades.

La casa urbana de medio patio o de fachada. Punto de partida

Esta casa, desde comienzos del siglo XX hasta la década de los cuarenta, fue el escenario corriente de la vida cotidiana del colombiano urbano medio. Hoy estas viviendas están venidas a menos y las podemos encontrar en áreas centrales deprimidas, antes apacibles barrios residenciales.

Para entender el significado de esta casa en la evolución de la cultura del habitar colombiano, hagamos un breve repaso de lo que era la ciudad que le servía de soporte y su relación con las prácticas culturales del habitar predominantes.

Era una ciudad que ya presentaba signos de modernidad, disponía de servicios públicos y comunicaciones, contaba con periódicos y algunas emisoras locales, un sistema vial habilitado para el transporte colectivo, algunas avenidas, los parques y las plazas de mercado diferenciadas, y una zona

central con edificios de cuatro y cinco pisos para oficinas, bancos y comercios que le imprimían carácter. Contaban con dignos edificios públicos de educación, salud y gobierno; algunas ciudades disponían de universidades y edificios para la cultura, como teatros y bibliotecas, y parques para la recreación dominical. Su escala permitía que se conocieran sus habitantes entre sí, y tenían ya barrios residenciales diferenciados de la ciudad central. La calle aún no era reconocida como “espacio público” y todavía se mantenían cautivas dentro de las viviendas actividades lúdicas, sociales y culturales que hoy en día se realizan fuera de la casa. Los oficios domésticos y el cuidado de los hijos obligaban a las mujeres a permanecer confinadas en las viviendas; su vida social en el exterior era reducida; igualmente la recreación infantil en buena medida se debía realizar en las viviendas.

Durante esta primera mitad del siglo XX, el habitante urbano medio estaba sometido a fuertes tensiones culturales encontradas. De un lado, aún prevalecía el estado de cosas que controlaba la vida cotidiana con su sello confesional, conservador y provinciano, en un ambiente de aparente equilibrio y tranquilidad; pero, por otro lado, se respiraban los nuevos aires de progreso que llegaban cada vez con más fuerza de las sociedades más desarrolladas y sembraban inquietudes de cambio. Puede decirse que esta casa de medio patio es el escenario de transición entre el pasado provinciano y el futuro moderno.



Fotografía 2. Casas de fachada o medio patio, Medellín
Fuente: fotografía del autor, 1994.

Del zaguán al solar, una poética del habitar

La casa de medio patio es construida en la mayoría de los casos por un maestro de obra, consagrado por la experiencia, el cual repite una y otra vez un mismo patrón, adaptándolo a las condiciones y características cambiantes de los predios y sus dueños. Se construyen pareadas en pequeñas series que expanden el tejido desarrollado de la ciudad.

La fachada está ornamentada y tiene de una a cuatro ventanas según el frente del lote, con una puerta en el centro que permanece abierta en el día, y conduce a un zaguán o corredor corto que termina en otra puerta que delimita el ámbito privado del público de la calle.

El medio patio es el resultado de partir por la mitad el patio tradicional de corredores en sus cuatro costados, con un muro medianero el cual termina generando dos casas iguales de plantas invertidas. La casa se desarrolla linealmente



Fotografía 3. Interior casa de medio patio.
Casa del maestro Elkin Obregón Sanín
Fuente: fotografía del autor, 2016.

siguiendo un corredor que atraviesa una secuencia de patios y estancias hasta terminar en el solar; el primer patio es para las celebraciones (matrimonios o bautizos) y fotos familiares. Los otros patios son de servicio.

La sala está reservada para las visitas y eventos especiales, pues es el vestíbulo anexo al patio el que se usa para los encuentros cotidianos; el comedor que da al patio principal es el espacio ritual de la vida familiar. Las habitaciones, que son la expresión física del *mito del cuidado del alma*, permanecen de puertas abiertas durante todo el día, perfectamente arregladas como anaqueles o vitrinas y su intimidad está rota por el corredor interior que las comunica, herencia de viejos ancestros cristianos y musulmanes traídos por los españoles que permite vigilar la virginidad de las hijas. La cocina y la alacena, las habitaciones de servidumbre, y los lugares para los oficios domésticos se encuentran al fondo de la vivienda; dan sobre el solar o patio trasero al lado del único sanitario de la casa y el baño de inmersión. El solar, recuerdo del pasado campesino, es el lugar de contacto con la naturaleza, del juego y la aventura para niños y jóvenes.

Resulta inquietante observar cómo hoy en día siguen siendo muy apetecidas estas casas de medio patio que aún quedan en pie, para destinarlas a las más diversas ocupaciones, lo que indica que continúan ofreciendo cualidades que hacen amable el habitar.

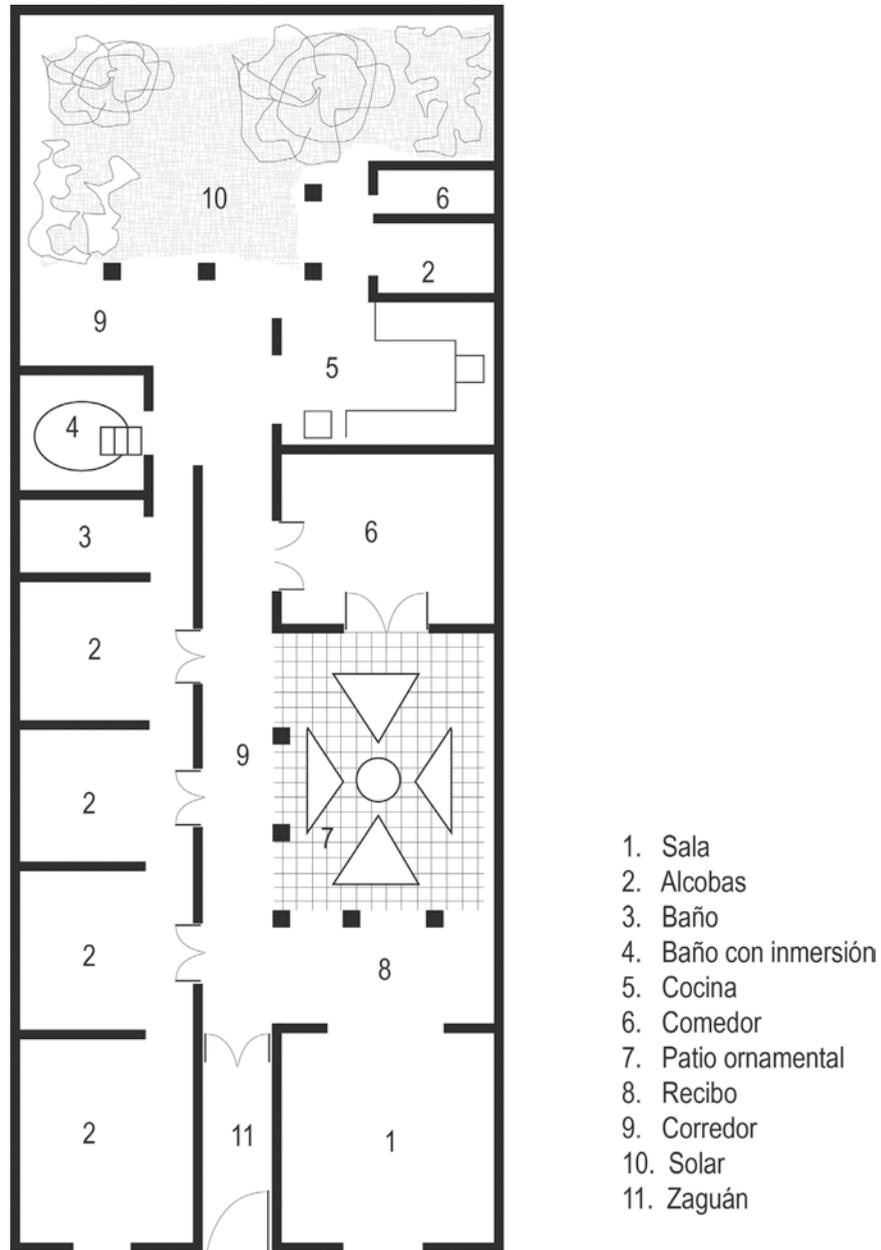


Figura 2. Planta casa de medio patio
Fuente: dibujo del autor, 1994.

La casa moderna: una nueva fábula, un nuevo sujeto receptor

Hacia mediados del siglo XX, múltiples acontecimientos en la sociedad y en la cultura hacen posible la llegada de la casa moderna a la escena habitacional colombiana. Esta propuesta poética del habitar y el construir propone reemplazar la tradición secular del trazado en damero y la casa de patio.

La ciudad es escenario de una clase media emergente que aspira a vivir a tono con las formas de vida de las grandes ciudades del mundo, de las que se ha informado a través de la prensa, la radio y principalmente de la televisión, que por los años cincuenta inicia su reinado como gran divulgadora de imaginarios. Igualmente, en las ciudades mayores la clase obrera industrial y los trabajadores en general demandan soluciones colectivas e innovadoras para sus necesidades de vivienda y, con un peso menor para ese momento, pero con tendencia a crecer, está la presión por acceder a una vivienda que ejercen los primeros contingentes de campesinos que han llegado a la ciudad en busca de oportunidades y huyendo de la violencia endémica de los campos.

Estos grupos sociales de una u otra manera son atraídos por las nuevas ideas de renovación y cambio que prometen construir un mundo más justo, en el cual el reconocimiento social no está dado por la familia a la cual se pertenece, sino por los méritos propios de las personas, por sus saberes o habilidades.

El ciudadano ahora es un sujeto identificado por una cédula de ciudadanía y su vínculo en el mundo laboral; un consumidor hacia quien va

dirigida la política de vivienda pública del Estado benefactor.

Adicionalmente, los cambios en los ritmos de la vida y los roles de las personas generan nuevas necesidades en el habitar y la vivienda. Ahora se trata de satisfacer necesidades espaciales y funcionales específicas para las mujeres, los jóvenes y los niños que no eran requeridas en la vivienda tradicional. Hay que ofrecer viviendas nuevas para las nuevas familias, adecuar la vivienda al mundo de los electrodomésticos, etc.

Es aquí cuando los arquitectos profesionales, ya formados en escuelas de arquitectura que se comenzaron a fundar a mediados de los años cuarenta, asumen el papel de propagandistas de los ideales de la arquitectura moderna, y buscan convencer a la población, a los gobiernos y a las instituciones de que la manera de responder a estas nuevas realidades es apostando a las recientes formas de habitar que esta arquitectura propone.

Las primeras urbanizaciones de vivienda moderna parecen un cuerpo extraño al lado de la ciudad tradicional

Ahora la casa, aunque sigue siendo casa y mantiene sus funciones básicas, introduce profundos cambios en la valoración simbólica de los espacios; en su organización, concepción funcional, constructiva y estética.

El barrio de casas modernas se instala a las afueras de la ciudad tradicional bajo dos modalidades, una en la que se venden lotes urbanizados por firmas inmobiliarias privadas que hasta ese momento no pasaban de esta etapa; luego

las viviendas se diseñan y construyen una a una, por encargo de las familias que compran los lotes urbanizados.

La otra modalidad son los barrios de casas construidas por iniciativa del Estado, por alguna de las dos instituciones que entre los años cuarenta y sesenta se crearon a nivel nacional para resolver los crecientes problemas de vivienda en las ciudades⁸, así como conjuntos de vivienda desarrollados por empresas privadas para sus trabajadores o por cooperativas. En todos estos casos se trata de conjuntos de viviendas pareadas y solares unidos en la parte posterior de los lotes, que forman manzanas alargadas que modifican el trazado tradicional en damero de 80 por 80 metros. En una vista aérea estos conjuntos presentan un nuevo paisaje urbano.

Estos barrios de casas pareadas cuentan con un urbanismo moderno, copiado de las áreas residenciales periféricas de baja densidad norteamericanas, en el que las calles tienen antejardines privados, aceras y separadores a cada lado de la

8 El Instituto de Crédito Territorial (ICT), que se focalizaba principalmente en la población de ingresos bajos y medio-bajos, y el Banco Central Hipotecario (BCH), orientado hacia las clases medias y media-altas a nivel nacional. En algunos municipios y departamentos, se crearon así mismo entidades para la construcción de vivienda, como la Caja de Vivienda Popular de Bogotá, Corvide de Medellín, Invalcali de Cali y otras. Corporación Colegio de Villa de Leyva; Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín; Centro de Estudios del Hábitat Popular; Citce Cali, *Estado, ciudad y vivienda. Urbanismo y arquitectura de la vivienda estatal en Colombia, 1918-1990* (Bogotá: Inurb, 1996). Todas estas entidades fueron desmanteladas o sustituidas por otras con distinta orientación y propósitos en la década de los noventa.

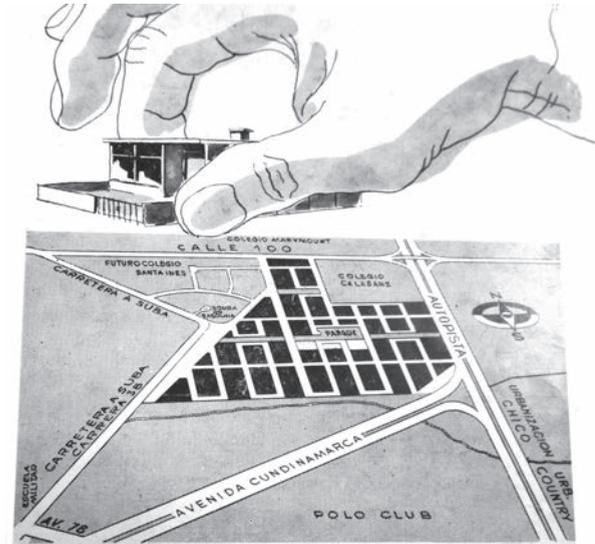


Figura 3. Promocional de urbanización residencial en Bogotá
Fuente: revista *Proa* 132 (febrero 1960): 1.



Fotografía 4. Serie de casas modernas. Barrio San Joaquín, Medellín, ICT, 1950
Fuente: fotografía del autor, 1998.



Figura 4. Plano urbano de casas modernas en hilera. Barrio San Joaquín, Medellín

Fuente: Corporación Colegio de Villa de Leyva; Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín; Centro de Estudios del Hábitat Popular; Citce Cali, *Estado, ciudad y vivienda. Urbanismo y arquitectura de la vivienda estatal en Colombia, 1918-1990* (Bogotá: Inurbe, 1996), 314.

calzada para vehículos. Además, disponen de parques y zonas verdes, y de algunos equipamientos; los comercios afines a la vivienda son habilitados en espacios robados a estas en la medida en que resultan necesarios. Las casas, todas iguales, son producidas en serie y están destinadas a familias del mismo nivel socioeconómico y cultural.

De la sala comedor al *hall* de alcobas

Los espacios de la casa moderna han cambiado su forma y su significado. Los sociales, el comedor y la sala se integran, cambian su forma de rectangular jerárquica a una cuadrada democrática; las habitaciones son privadas tanto para los hijos como para los padres, y tienen puertas que se pueden cerrar a voluntad; el corredor que las unía en la casa de patio es reemplazado por

el *hall* de alcobas; el estadero de la televisión, el estudio y la terraza reemplazan el zaguán, el recibó, el patio y los corredores. El baño o los baños entran a la casa y ganan protagonismo como estancias destinadas al “cuidado del cuerpo”, que se convierte en el mito doméstico que reemplaza el viejo mito del “cuidado del alma”. Los electrodomésticos hacen innecesarios espacios antes destinados a los oficios y, sobre todo, permiten liberar tiempo a las mujeres que ahora pueden salir de casa con mayor libertad.

Igualmente, en la casa moderna se imponen nuevas reglas de juego para el mobiliario; armarios y muebles con nombres en francés son sustituidos por los clósets, al tiempo que entran en escena los muebles de formas geométricas simples, prácticas y libres de ornamentos. Un sinnúmero de objetos decorativos que llenaban anaqueles y vitrinas desaparecen y son reemplazados por objetos útiles que facilitan la vida.

La vivienda se rige por criterios meramente funcionales y prácticos como el confort, la buena iluminación y ventilación, la optimización de las áreas de circulación y todo lo que facilite su mantenimiento. No obstante todos estos cambios, en esencia la casa moderna sigue siendo casa en tanto mantiene su principal cualidad: estar puesta directamente sobre el suelo.

La recepción de la casa moderna

Fueron muchos los alicientes de la casa y el urbanismo modernos para ganar adeptos; quizás el más importante es la promesa de alcanzar el ideal (el mito) del confort expresado en la funcionalidad, la racionalidad, la estabilidad, y el

sentido práctico e higiénico en la vivienda y su entorno urbano.

Estos alicientes se convierten en aspiraciones, inicialmente de grupos minoritarios (luego cada vez más amplios) que ya no se encuentran a gusto viviendo en el hábitat que provee la ciudad tradicional y quieren cambios siguiendo los nuevos modelos idealizados que quieren imitar.

Estos grupos pioneros del cambio están conformados por quienes cuentan con una mejor educación, tienen más claros los referentes de otras sociedades y han construido racionalmente un nuevo ideario de vida; por lo tanto, están dispuestos a dar el primer paso. Luego, por imitación, este grupo es seguido sucesivamente por otros, y de un estrato a otro de la sociedad. La idea de que “si ellos pueden por qué no yo” opera eficazmente.

Irrumpe el apartamento

En la década de los años sesenta el apartamento se presenta a la población urbana colombiana como la manera de vivir en las grandes metrópolis⁹. Esto ocurre justo en el momento en que las ciudades mayores colombianas se expanden afanosamente, mientras barrios bien ubicados y con buenas calidades urbanísticas van quedando llenos de casas en desuso, circunstancia que

9 Es el caso de programas de televisión muy queridos en ese momento por la población, como la serie *Yo quiero a Lucy*, que se desarrolla en Manhattan, o la colombiana *Yo y tú*, en la que la familia protagonista decide trasladarse de su casa de toda la vida a un apartamento, entre otros muchos mensajes dirigidos a influir en los imaginarios colectivos de la población sobre las prácticas de habitar.

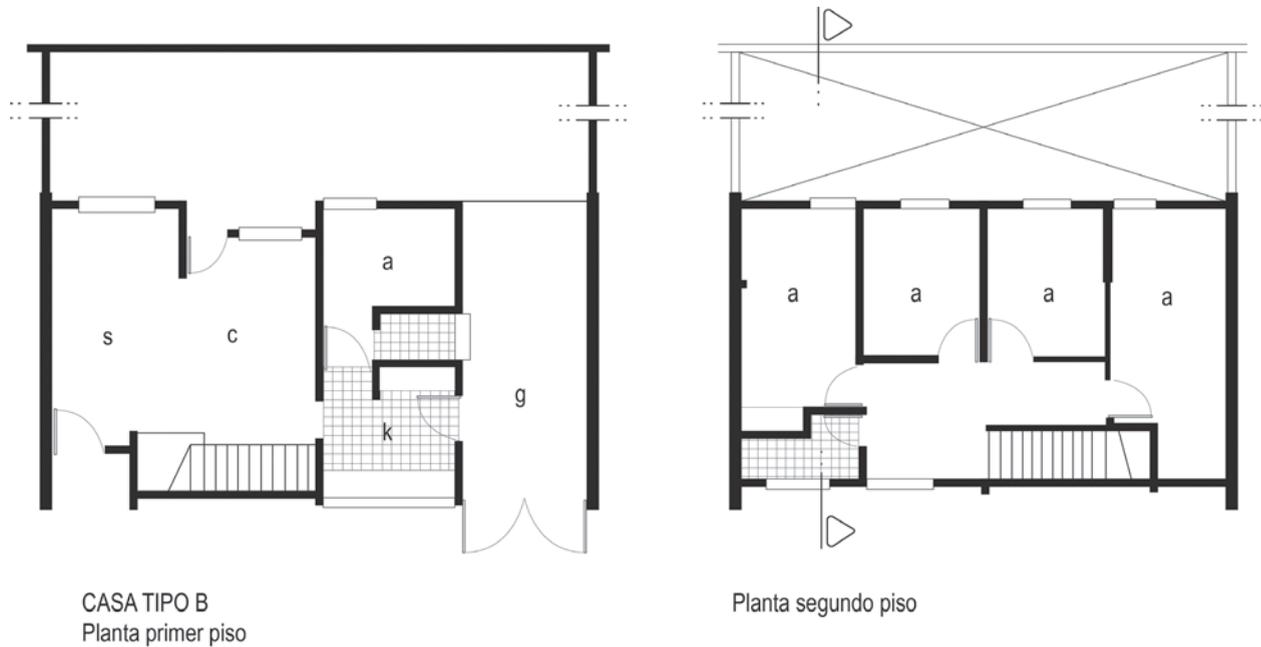


Figura 5. Planta típica. Barrio San Joaquín

Fuente: Corporación Colegio de Villa de Leyva; Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín; Centro de Estudios del Hábitat Popular; Citce Cali, *Estado, ciudad y vivienda. Urbanismo y arquitectura de la vivienda estatal en Colombia, 1918-1990* (Bogotá: Inurbe, 1996), 315.

aprovechan los promotores comerciales de los edificios de apartamentos para, con el nombre de “edificios de renta”, hacer su negocio y, sin proponérselo, contribuir a abrir un nuevo capítulo en la historia del hábitat y la vivienda en el país.

La idea de que la vida en apartamentos es sinónimo de progreso, de confort, de buena ubicación en la ciudad y de anonimato, nuevo mito del habitar, fue el gancho para que el apartamento entrara para quedarse en la vida de los colombianos.

Vivir unos sobre los otros

Los primeros edificios de apartamentos con estándares modernos¹⁰ se instalan en áreas centrales privilegiadas o en barrios residenciales de estratos altos en casas unifamiliares que ahora pueden aprovechar varias familias.

El apartamento difiere sustancialmente de la casa en muchos aspectos: por su relación con el suelo, su diseño más compacto y volcado al

10 Estos edificios se convirtieron en el objetivo privilegiado de los arquitectos para mostrar sus habilidades como proyectistas.

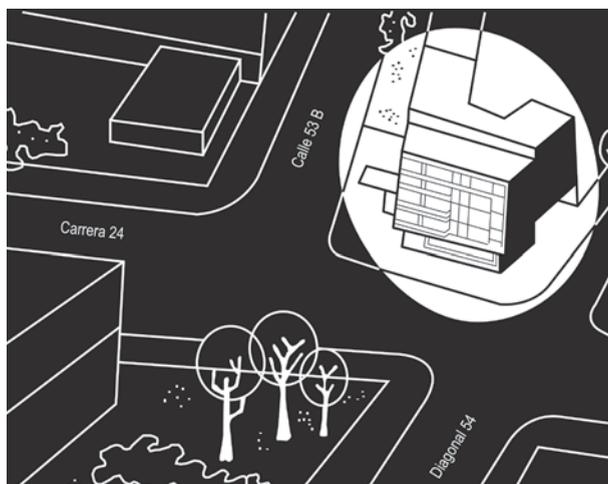


Figura 6. Edificio de renta
Fuente: revista *Proa* 188 (junio 1967): 16.

interior, porque no obstante compartir con otros apartamentos espacios e instalaciones comunes de los edificios, los residentes gozan de un mayor anonimato; de hecho, familias que viven en el mismo piso pueden desconocerse por años, cosa diferente de lo que ocurría en la cuadra de casas, en donde todo el mundo se conocía.

Otras características importantes del apartamento son el hecho de que permite “mirar el mundo desde arriba”, lo que supone un aislamiento con lo que “abajo sucede”, atributo deseado por muchos; gozar de mayor seguridad y más fácil mantenimiento, cualidades que han favorecido su buena aceptación entre la población como espacio “ideal” para vivir. Con el paso de los años y el cambio en las mentalidades, el diseño del apartamento se ha diversificado para ajustarse a los nuevos tipos de familia hoy reconocidos: personas solas, parejas sin hijos, personas de la tercera edad, etc.



Fotografía 5. Vista interior de un apartamento.
Barrio Carlos E. Restrepo, Medellín
Fuente: fotografía del autor, 1995.

Por otra parte, en cuanto a las relaciones de vecindario, el hecho de tener que compartir espacios que son de responsabilidad común es a la vez un estímulo a la formación de un espíritu colaborativo y/o motivo de disputas y conflictos entre vecinos. A mayor altura y número de apartamentos, mayor compromiso comunitario y complejidad en la operación y el mantenimiento de las instalaciones compartidas.

Por último, hay que señalar que diseñar y construir un edificio de apartamentos es una tarea compleja que requiere el concurso de diversas profesiones y, por lo tanto, marca un límite definitivo a la autoconstrucción; de ahí que gran parte del parque habitacional popular más densificado presente bajas condiciones de habitabilidad y una gran vulnerabilidad frente a eventos sísmicos y naturales.

Los conjuntos de edificios de apartamentos

Para la realización de los primeros conjuntos por parte del Instituto de Crédito Territorial (ICT), el Banco Central Hipotecario (BHC) y algunas entidades municipales de vivienda fueron convocados los más reconocidos arquitectos y urbanistas en la búsqueda de soluciones originales adaptadas a las cambiantes condiciones sociales, culturales, geográficas y de clima que tienen las ciudades colombianas. Cerca de cinco décadas en esta tarea dieron lugar al periodo de oro del diseño de vivienda en Colombia, que dejó un amplio legado de tipologías, morfologías y técnicas constructivas que hoy siguen vigentes.

Quizás la propuesta más interesante en este periodo fue la de las *unidades residenciales autosuficientes* que se presentaron como una utopía realizable para el habitar en las grandes ciudades¹¹. La creciente demanda de vivienda, la necesidad de hacer ciudades eficientes y bien equipadas, así como ofrecer un modelo de desarrollo habitacional equitativo y democrático con fuerte compromiso del Estado eran los retos que debían afrontar las entidades estatales responsables de la vivienda¹².

11 El Centro Antonio Nariño y el conjunto Pablo Sexto en Bogotá, las Torres de Bomboná en Medellín y el Conjunto Rafael Uribe Uribe en Cali son ejemplos exitosos que hoy continúan siendo muy apetecidos por la población.

12 Las unidades residenciales autosuficientes fueron quizás la más innovadora propuesta de vivienda y urbanismo que se hizo en los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM).



Fotografía 6. Conjunto multifamiliar del ICT
Carlos E. Restrepo, 1970
Fuente: fotografía del autor, 1998.

Consistían en conjuntos residenciales que contaban con todos los equipamientos necesarios para las necesidades de la vivienda, amplias zonas verdes, espacios recreativos, equipamientos educativos, comercios y servicios de primera necesidad, cuya escala está determinada por los límites del desplazamiento a pie de sus residentes.

Este legado a partir de los años ochenta es retomado por los promotores y diseñadores de la vivienda comercial que, como veremos, en su búsqueda continua por maximizar utilidades, es sometida a un proceso gradual de empobrecimiento.

Instalado el apartamento entre las clases medias (años setenta a ochenta), luego es aceptado gradualmente por los sectores populares que se van vinculando a los proyectos estatales de vivienda e “imitan” esta forma de vivir. Hoy vemos la proliferación de grandes edificios construidos por el sector privado, verdaderos panales de miniapartamentos, destinados a familias de bajos ingresos.

El barrio, la fábula de habitar en comunidad

Hasta mediados del siglo XX, momento de inicio de los grandes cambios en las formas de habitar y de vivienda en Colombia, el modo predominante de crecimiento urbano era el que convencionalmente se conoce como “mancha de aceite”, consistente en que los nuevos asentamientos en formación, lote a lote, se iban pegando al tejido urbano desarrollado sobre predios cuya infraestructura de servicios se iba construyendo progresivamente, en un proceso cambiante en el que, según las dinámicas de cada localidad, intervenían el propietario vendedor del terreno, las familias que se iban instalando y las empresas municipales de servicios. El resultado ya consolidado de estos asentamientos fueron los barrios, de los cuales los de mejor calidad eran los que contaban con vías más amplias, espacios reservados para parques, equipamientos sociales, comercios, iglesia, etc.

Este patrón de formación de ciudad, a partir de barrios, ha sido el modelo seguido por la urbanización popular autoconstruida en la que se incluyen los barrios piratas y los barrios de invasión.

Muy amplia es la lista de estudios, escritos, narrativas, músicas e historias que hay sobre el barrio en las ciudades colombianas, y ni qué decir a escala latinoamericana. El barrio es por excelencia el escenario de buena parte de los mitos que han acompañado al habitar y sus prácticas: el arraigo, la solidaridad, la identidad, el estatus y la seguridad son algunos ejemplos.

Es tan fuerte la presencia del barrio que la maquinaria inmobiliaria especulativa que ha reinado

desde comienzos del presente siglo no ha podido imponerse definitivamente en el control del territorio de las ciudades. Gracias a la presencia del barrio como barricada de resistencia, se han frustrado muchos intentos de los grandes intereses inmobiliarios que, en busca de suelo, van tras los patrimonios individuales y colectivos de la población.

Entran en escena los jinetes del apocalipsis neoliberal: lo que se dice prima sobre lo que se hace

A partir de los años noventa, desde Washington¹³ y bajo la presión de los organismos internacionales de crédito, se impuso a todos los países la aplicación de la doctrina neoliberal al tema del hábitat y la vivienda, consistente en que en lo sucesivo la responsabilidad de la vivienda debía pasar a los constructores, financiadores e inmobiliarios privados, lo que restringió el papel del Estado al de ente regulador del mercado; y, con relación a la vivienda para los más pobres, al de administrador de una bolsa de subsidios (a la demanda) dirigida a los grupos más solventes de esta población. El monto y cantidad de tales subsidios debían quedar supeditados a las contingencias políticas de los Gobiernos, a la capacidad de las familias para lograr el cierre financiero y al interés de los constructores privados para embarcarse en estos programas.

13 Congreso Internacional de Vivienda, convocado por la industria inmobiliaria norteamericana, realizado en Washington en 1990.

Bajo la sombra de este enfoque neoliberal y de mercado, la gente debió cambiar su percepción y sus imaginarios sobre la vivienda, pues ahora era la oferta la que ponía las condiciones en cuanto al tipo y características de la vivienda; la que generaba los nuevos discursos que vendían y creaban los imaginarios dirigidos a enganchar a los compradores. Nuevos mitos como los de la seguridad; el estatus; la exclusividad de poseer equipamientos convertidos en necesidades por la propaganda, como piscinas, *club house*, microjuegos infantiles o gimnasios, gradualmente ganaron importancia en los imaginarios colectivos de los estratos medios y que luego serían imitados por los estratos populares.

Desde el punto de vista de la poética, en la vivienda comercial básicamente lo que se dice de ella es más importante que lo que en ella se hace; es decir, se imponen la retórica, el discurso y la propaganda sobre la poética o lo que ella ofrece, lo que permite o impide hacer por parte de quienes la habitan.

En lo urbanístico, se trata de conjuntos de casas o de edificios de apartamentos encerrados entre mallas, conectados en un solo punto de acceso con una vía urbana primaria o secundaria, la cual está conectada a su vez en un punto, después de un largo recorrido, con la trama urbana próxima. Esto genera, cuando se disponen uno enseguida del otro (como suele suceder), extensas áreas enmalladas carentes de vida hacia la calle y peligrosas, que además deben usar instalaciones, equipamientos, comercios y servicios de los barrios vecinos, a los que no dan nada a cambio. Es típico de estos conjuntos cerrados que el espacio libre esté destinado en su mayoría



Fotografía 7. Unidad cerrada de casas. Envigado, Antioquia
Fuente: fotografía del autor, 2015.

a vías vehiculares y parqueaderos. Los onerosos espacios públicos y equipamientos que caracterizaban los conjuntos multifamiliares de la vivienda pública de los años cincuenta a setenta y los primeros conjuntos privados son cosa del pasado.

En cuanto a la vivienda, que ya es prácticamente sinónimo de apartamento, va destinada principalmente a las clases medias y populares con capacidad de compra, y tiene por común denominador el diseño repetitivo según patrones ya probados como exitosos comercialmente, la ausencia de investigación en la búsqueda de nuevas tipologías y morfologías en función de las situaciones cambiantes de las familias y la pérdida gradual de los atributos que ya habían sido logrados en los proyectos de vivienda pública, como la generosidad en los espacios verdes y en la calidad de los apartamentos.



Fotografía 8. Unidad cerrada en Bogotá
Fuente: fotografía del autor, 2002.

En cuanto a las características de estos modelos comerciales de diseño¹⁴, se puede decir que las proporciones de las estancias hacen restrictivo su amoblamiento; las circulaciones ocupan parte de las áreas sociales, están sobrecargadas de muros interiores y son poco frecuentes las ventilaciones cruzadas; su poca flexibilidad no permite el uso creativo en el tiempo libre de los residentes ni facilita el desarrollo de actividades diversas; en suma, son viviendas de una poética rebajada que no aportan positivamente a las prácticas del habitar de la población colombiana.

¹⁴ Claro está, dejando por fuera la vivienda que va dirigida a los estratos de altos ingresos.

La confusión: los megaedificios de vivienda y la densificación de pequeñas ciudades y poblaciones

La exacerbación de la economía neoliberal en las políticas urbanas, en particular en relación con el hábitat y la vivienda, ha llevado a los inversionistas inmobiliarios, con la aquiescencia de los gobiernos locales, a importar modelos de vivienda de grandes torres que superan los veinticinco pisos, con densidades de trescientos y más habitantes por hectárea. Se trata de modelos de vivienda propios de países asiáticos, que también fueron construidos en la Europa de posguerra, occidental y comunista, y que hoy están siendo



Fotografía 9. Edificios de vivienda de alta densidad. El Pesebre, Medellín, para estratos medios, en entorno con dudosa capacidad de soporte
Fuente: fotografía del autor, 2018.

demolidos o duramente cuestionados por los graves problemas de habitabilidad y convivencia que han mostrado. Son megaestructuras totalmente ajenas a nuestra historia habitacional que, en nuestro caso, además de estar dirigidas principalmente a estratos medio-bajos de la población, sin medir las consecuencias sociales que ello implica, se construyen en cualquier parte de la ciudad, en áreas que no cuentan con un soporte de infraestructura previamente habilitado para recibirlos, de modo que colapsan toda la estructura funcional, ambiental y de servicios en amplias áreas colindantes.

En las pequeñas ciudades y poblaciones apartadas, estos desarrollos inmobiliarios, aunque

con más baja altura y densidad, cada vez tienen mayor presencia y ocupan áreas que no han sido habilitadas con un soporte adecuado para recibirlos. Sus efectos han sido desastrosos para estas poblaciones en los que respecta a su movilidad, su infraestructura, su espacio público y su paisaje urbano.

Sobre las condiciones de habitabilidad que se presentan, tanto en los edificios de alta densidad de las grandes ciudades como en los de las pequeñas ciudades y poblaciones, no se cuenta con estudios consistentes sobre la convivencia y satisfacción de los residentes, ni en temas como la administración y el mantenimiento de áreas comunes, instalaciones técnicas y ascensores,

conflictos entre vecinos, implicaciones psicosociales de las alturas para la población infantil y de personas de edad, disponibilidad de equipamientos y servicios complementarios a la vivienda, accesibilidad, etc.

Sin estos estudios resulta difícil aventurar un análisis poético de estas viviendas y entornos habitacionales que permita hablar de su calidad, y menos aún de los niveles de aceptabilidad y satisfacción de quienes allí habitan.

El hábitat popular

Los denominados barrios populares son la historia de más de sesenta años de experiencias de cómo hacer ciudad y cómo hacer vivienda y crear condiciones de habitabilidad a partir del esfuerzo de la misma gente, con sus mínimos recursos, en contravía de lo establecido y en permanente puja por lograr el apoyo del Estado y de la sociedad.

Esta poderosa dinámica de producción de vivienda y hábitat hoy representa entre el 40 y el 60 % del tejido desarrollado de las ciudades colombianas¹⁵. Es el resultado de un proceso de producción que combina el método de prueba, error y ajuste (propio de toda producción colectiva), sobre saberes y tradiciones regionales, de sus arquitecturas y tecnologías, como también de los saberes adquiridos en la construcción de la ciudad formal por los maestros de obra, que son transferidos a los barrios en donde ellos mismos habitan.

15 En ciudades grandes de la costa atlántica, este porcentaje es mayor; y en las de la Colombia periférica puede llegar a más del 80 %.

Esta máquina popular de hacer ciudad se expande como mancha de aceite a las periferias urbanas, sustituye los tejidos tradicionales de las poblaciones antiguas y funda otras nuevas en zonas de colonización a lo largo y ancho del país.

La presión ejercida por las comunidades y sus organizaciones sobre los municipios, y eventualmente sobre los gobiernos regionales o el nacional, permite acceder a servicios públicos, vías, obras civiles y equipamientos sociales, hasta llegar a la consolidación de los asentamientos, con un panorama muy desigual en los resultados. Estos dependen del compromiso y las habilidades con que cuentan y, muy importante, del compromiso y las capacidades de los gobiernos locales para acompañar estos procesos hasta su fase de consolidación¹⁶.

Enseñanzas de la estética popular en el hábitat y la arquitectura

Es un proceso continuo de producción de sentido, intensamente vivido y apropiado por los pobladores, quienes han creado palmo a palmo todos sus componentes: la calle, la plaza, la esquina, la escalera, el mirador, el alero, el antejardín, el balcón, la terraza, la tienda, la vista, el paisaje de arriba y el abajo, el color, todos factores de identidad de los barrios y las personas. Quizás como

16 Cartagena es ejemplo por excelencia de desidia institucional en el manejo de sus asentamientos populares, aunque cuenta con grandes recursos y figura como centro turístico internacional emblemático. Ciudades grandes como Medellín, Cali, Bucaramanga y las capitales del Eje Cafetero, entre otras, son ejemplo de lo contrario.

en ningún otro hábitat, en estos barrios el espacio es como la vida y la vida está estrechamente ligada al espacio. Aquí se articula el morar con el construir como las dos caras de una misma moneda, en cualquiera de sus etapas de construcción y consolidación.

Otras cualidades del hábitat popular aparecen cuando ya se ha alcanzado un buen nivel de consolidación: la diversidad de espacios y entornos internos y externos a la vivienda, calles vivas y ricas en oferta de comercios y servicios, paramentos acabados y con despliegue de elementos formales de fuerte arraigo entre la gente, etc. Si a esto se añaden equipamientos públicos de alta calidad, como los que en buena hora han venido aportando algunas administraciones municipales, el conjunto resultante puede llegar a ser muy satisfactorio para la vida de quienes allí habitan¹⁷.

Pero existen igualmente aspectos conflictivos que en la actualidad están afectando gravemente a los asentamientos populares a lo largo y ancho del país, y que son el resultado de la política neoliberal en el campo del hábitat y la vivienda de interés social; menciono los siguientes:

El hacinamiento de los barrios autoconstruidos mediante la subdivisión de las viviendas ya existentes en microespacios de alquiler para familias sin vivienda. Este fenómeno es el resultado de la baja oferta de viviendas públicas o privadas¹⁸.

17 Gilberto Arango Escobar, "Una mirada estética de la arquitectura popular", en *Expresión formal de la vivienda espontánea*, ed. Hernando Carvajalino Bayona, Serie Ciudad y Hábitat n.º 11 (Bogotá: Barrio Taller, 2004).

18 Si bien el programa de viviendas gratis de años recientes benefició a un buen número de familias, su



Fotografía 10. Hábitat mejorado, Juan Bobo. Medellín
Fuente: fotografía del autor, 2012.

Otro problema que ha sido poco estudiado es el del estancamiento de la autoconstrucción en los barrios con buen nivel de consolidación, que puede explicarse por diversas causas por desgracia poco estudiadas como, por ejemplo, el envejecimiento o muerte de los padres autoconstructores; la aparición de conflictos de herencias y sucesiones entre los hijos; la ausencia de una asistencia técnica adecuada a los requerimientos de un parque habitacional más evolucionado, con alturas promedio entre los tres y los cuatro pisos; y la dispersión de las iniciativas y las responsabilidades del proceso de autoconstrucción, que antes estaban concentradas en cabeza de los padres, entre herederos poco dispuestos a asumirlas.

Por último, el grave problema del inmenso parque habitacional popular que carece de condiciones de sismorresistencia, al que se añade el de los suelos inestables que ocupan. Tales problemas han sido escatimados por décadas por las políticas públicas de hábitat y vivienda.

Perspectiva a futuro

En la lógica de la vivienda popular, es bien conocido el hecho de que la casa puede crecer sobre sí misma, ocupando “el aire”. Este fue por décadas el gran aliciente para las familias pobres que llegaban a las periferias de las ciudades, puesto que les permitía solucionar en el futuro la necesidad de vivienda para los hijos con sus familias y además combinar el uso de vivienda con otros que

impacto no impidió que el problema del hacinamiento se mantuviera.

les proveyeran ingresos adicionales. Este imaginario, todavía vivo, hace que muchas familias se nieguen hoy a aceptar vivir en apartamentos, circunstancia que entra en franca contradicción con la tendencia predominante hacia la oferta de apartamentos en los programas públicos o privados de vivienda de interés social (VIS) o vivienda de interés prioritario (VIP)¹⁹ en reemplazo de los programas de vivienda unifamiliar o bifamiliar del pasado.

Esta tendencia hacia los edificios multifamiliares es estimulada por muchos planes de ordenamiento territorial (POT) que se acogen al principio de la ciudad compacta, copiando el modelo de las ciudades europeas que concentran a la población en áreas densas bien equipadas y cubiertas por servicios básicos, de tal manera que se evitan grandes desplazamientos y la extensión de redes y vías, típica de las ciudades expandidas.

La realidad es que vivir en apartamentos ya no es una opción, sino un destino irrenunciable por cuanto es el tipo de vivienda dominante de la población colombiana en las ciudades. Por su parte, la vivienda unifamiliar, en sus diferentes versiones, es un hecho del pasado, aun cuando continúen persistiendo nuevas ocupaciones ilegales de suelos periféricos cada vez más retirados y menos aptos para construir y, en el otro extremo, las parcelaciones suburbanas para los estratos de más altos ingresos.

Es urgente, entonces, enfrentar esta realidad de la vivienda social que es la que interesa para una sana política habitacional, lo que implica

19 VIS: dirigida a estratos de ingresos medio-bajos y bajos; VIP: dirigida a los estratos de más bajos ingresos.



Fotografía 11. Ciudadela Nuevo Occidente, Medellín. Conjunto multifamiliar de vivienda pública municipal para recibir familias trasladadas del morro de basuras de Moravia
Fuente: fotografía del autor, 2012.

comenzar a discutir temas álgidos que hasta ahora están siendo pasados por alto. Mencionemos algunos de ellos: 1) necesidad de preparar a la gente para vivir en estos hábitats multifamiliares, de modo que aprenda a adoptar normas de convivencia y responsabilidades compartidas para el buen funcionamiento de los edificios y sus entornos en los distintos ámbitos de dominio, desde el más privado hasta el público urbano; 2) encontrar las escalas de densificación que permitan articular intensidad de ocupación con capacidad de soporte ya instalado, de manera que garantice que a mayores densidades corresponda una mayor disponibilidad de infraestructura de movilidad y equipamientos.

En esa medida, se hace necesario diversificar la oferta de tipos de vivienda en función de la diversidad de familias, hoy reconocidas estadística y legalmente en Colombia, de las cuales la familia nuclear es solo una de ellas, para responder a nuevas demandas en contextos socioeconómicos y culturales cambiantes. Igualmente se debe buscar una oferta diversa de morfologías urbanas que enriquezcan las formas de habitar que tendrán las futuras generaciones.



Fotografía 12. Ciudadela Nuevo Occidente. Conjunto para reasentados del barrio Moravia. Fuente: fotografía del autor, 2012.

Nubes amenazantes hacia el futuro de continuar vigentes las tendencias neoliberales del urbanismo

Los perniciosos mitos urbanos y arquitectónicos que han instaurado las narrativas neoliberales, no obstante que se vendan como panaceas y logren engañar, incluso cautivar, a individuos o grupos con cuentos de paraísos que no existen, son mitos que están teniendo efectos nefastos en la vida urbana. Mitos como el de la seguridad, el del vehículo particular, el del individualismo y la segregación socioespacial, el de la exclusividad y el estatus, etc. están produciendo efectos como la muerte de los barrios y su sustitución por unidades cerradas que acaban con el espacio público y hacen peligrosas las calles; la proliferación de hábitats residenciales monótonos carentes de una sana mezcla de usos del suelo; centros comerciales simuladores de vida colectiva; territorios en conflicto latente entre lo viejo establecido y apreciado por la gente y lo nuevo implantado para que use lo de los otros sin dar nada a cambio, entre otros males.

¿UN FUTURO PROMISORIO Y RADIANTE?

Estas realidades que encontramos en nuestro habitar cotidiano, ante el hecho imperativo de tener que vivir en un próximo futuro bajo coordenadas nuevas como la multiculturalidad; la pluri-conectividad; un hábitat cada vez más compartido

con otros, especializado y con diversidad de usos, funciones, vocaciones y aspiraciones; los derechos individuales y colectivos, y la inteligencia artificial nos enfrentan a un escenario inquietante y a la vez prometedor. Este exige un cambio de mitos que faciliten el tránsito a estas nuevas realidades y sustituyan aquellos que se instalaron a partir de las dinámicas del mercado, y que han demostrado ser nocivos al proyecto de construir un hábitat amable y creativo para la gente.

Pero no todo es nuevo. En el caso del hábitat y la vivienda se ha construido una larga historia de hechos y acontecimientos que ofrecen un rico panorama de buenas experiencias que pueden ser copiadas y traídas al presente como pistas para la construcción de un futuro mejor.

Los hábitats heredados, las tradiciones regionales, la experiencia de cinco décadas de instituciones como el BCH y el ICT e igualmente cincuenta años de construcción de ciudad popular autoconstruida son un verdadero supermercado de alternativas susceptibles de ser utilizadas como soporte de las que necesariamente deben ser inventadas para poder responder a las exigencias del futuro por venir.

BIBLIOGRAFÍA

Arango Escobar, Gilberto. *La poética. De la casa de patio a la casa moderna*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 1997.

—. “Una mirada estética de la arquitectura popular”. En *Expresión formal de la vivienda espontánea*, editado por Hernando Carvajalino Bayona, 59-73. Serie Ciudad y Hábitat n.º 11. Bogotá: Barrio Taller, 2004.

Arango Escobar, Gilberto, Gilda Wolf Amaya y Pedro Pablo Peláez Bedoya. *La poética de la vivienda*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2013.

Aristóteles, *Poética*. Caracas: Monte Ávila, 1990.

Corporación Colegio de Villa de Leyva; Universidad Nacional de Colombia, sede de Medellín; Centro de Estudios del Hábitat Popular; Citce Cali. *Estado, ciudad y vivienda. Urbanismo y arquitectura de la vivienda estatal en Colombia, 1918-1990*. Bogotá: Inurbe, 1996.

Delgado, Manuel. “Espacios y trayectorias de la memoria urbana”. Conferencia magistral, Medellín, junio de 1994.

Harari, Yuval Noah. *Sapiens. De animales a dioses*. Barcelona: Penguin Random House, 2014.

Muntañola, Josep. *Poética y arquitectura*. Barcelona: Anagrama, 1981.

Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2003.

AUTORES

Gilma Mosquera Torres

Arquitecta, profesora honoraria de la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Valle, donde lideró el Taller de Vivienda Social, cuyos estudiantes han sido ganadores en varias ocasiones del Premio Corona Pro-Hábitat y el Concurso Internacional Universitario de Hábitat Convive. Es pionera en los estudios sobre el hábitat y la arquitectura popular y tradicional en Colombia, por los cuales ha recibido premios y reconocimientos nacionales e internacionales. Los más recientes son el Premio en Docencia de la Federación Panamericana de Asociaciones de Arquitectos (FPAA), el reconocimiento Egresada Destacada de la Universidad Nacional de Colombia y la distinción del Consejo Profesional Nacional de Arquitectura y sus Profesiones Auxiliares (CPNAA) en la categoría Labor Docente.

Ángela María Franco Calderón

Arquitecta, especialista en Ciudad y Proyecto Urbano, magíster en Sociología y doctora en Arquitectura de la University of Cambridge. Entre 2011 y 2012 fue becaria Fulbright en el programa de Estudios Urbanos y Regionales en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Desde 2005 es profesora del área de Urbanismo de la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Valle y actualmente es líder del Grupo de Investigación Observatorio de Arquitectura y Urbanismo

Contemporáneos, con el cual ha desarrollado proyectos y publicaciones sobre arquitectura y urbanismo tradicional, ordenamiento urbano y regional, asentamientos informales y marginalidad urbana, espacios públicos en frentes de agua y equipamientos colectivos.

Johnny Andrés Calderón Méndez

Arquitecto y maestro en Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Comunero de la vereda Cofre, resguardo indígena de Guambía, Colombia. Sus investigaciones y práctica profesional se han centrado en planificación territorial y arquitectura, a partir del conocimiento *kampamisak* o de la gente antigua. Apoya la lucha indígena mediante la conceptualización y aplicación de la arquitectura propia, indígena o misak-guambiana. Recientemente viene explorando la noción de interseccionalidad en los estudios urbanos sobre vivienda popular.

Luz Aida Rodríguez Sánchez

Arquitecta, especialista en Tecnología de Construcción de Edificaciones, magíster en Administración y magíster en Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Su experiencia laboral se centra en el diseño de planes, y espacios de investigación para universidades y sectores públicos y privados. En el área académica ha desarrollado

investigaciones relacionadas con la vivienda tradicional indígena de la Amazonía colombiana, tema sobre el cual realizó su trabajo de grado para optar al título de arquitecta con la propuesta de diseño para el Centro de Investigación e Interpretación de la Naturaleza Yewae (2004), la investigación para optar al título de magíster en Hábitat y un estudio de caso para optar al título de magíster en Administración.

Juan Camilo Niño Vargas

Profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes en Bogotá y doctor en Antropología Social y Etnología de la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Sus investigaciones se han centrado en las sociedades chibchas del área istmo-colombiana y, en especial, en la historia, la lengua y la etnografía de los ettes del norte de Colombia. A estas materias les ha dedicado artículos y varios libros, entre los cuales se destacan *Ooyoriyasa. Cosmología e interpretación onírica entre los ette* (Ediciones Uniandes, 2007); *Indios y viajeros. Los viajes de Joseph de Brettes y Geoges Sogler por el norte de Colombia* (Ediciones Uniandes, Editorial Javeriana e ICANH, 2017) y *Diccionario de la lengua ette* (Ediciones Uniandes e ICANH, 2018).

Erik Marcelo Marín Ortiz

Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, y magíster en Hábitat de la misma sede. Desde el 2014 se desempeña como catedrático de la Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales. Ganador del premio Odebrecht

para el Desarrollo Sostenible, Colombia 2015, con el proyecto titulado “Wüin Je Akuaippa: módulo de abastecimiento esencial, agua y vida”, como docente orientador. Se ha desempeñado como arquitecto de apoyo para secretarías de planeación municipal, y como colaborador en proyectos de tipo patrimonial y arquitectónico en los municipios de Salamina (Caldas) y Mompo (Bolívar).

Luisa María Restrepo

Arquitecta de la Universidad Pontificia Bolivariana y magíster en Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Trabajó por más de diez años en oficinas de arquitectura como diseñadora. Desde 2020 está vinculada a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Santo Tomás, sede Medellín, como docente en la electiva Arquitectura en Torno al Agua e investigadora en el proyecto Acciones Transformadoras.

Johanna Vélez Rueda

Arquitecta de la Universidad Nacional sede Bogotá, magíster en Estudios Urbano-Regionales de la Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, y profesora asociada de la misma institución. Coautora de los libros *Los planes de ordenamiento territorial municipal en Antioquia* (Universidad Nacional de Colombia, 2013), *Casas de infinitas privaciones: ¿germen de ciudades para todos?* (Clacso, Universidad Central de Venezuela y Uxuniversidad Politécnica Salesiana, 2014), *Habitar y comunicar... El Rincón* (Universidad Nacional de Colombia, 2002) y *Soñar, pensar, vivir: arquitectura y ciudad* (Universidad Nacional de Colombia, 1997).

Clara Eugenia Sánchez Gama

Arquitecta y docente de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, durante veinte años. En su trayectoria académica realizó uno de los trabajos de investigación más importantes sobre patrimonio arquitectónico cultural en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. En esta investigación de larga duración presenta un inventario de las viviendas isleñas dignas de un reconocimiento patrimonial arquitectónico y cultural, y se adentra en el análisis del interior y exterior de los espacios cotidianos de las familias isleñas, así como en sus relaciones sociales y vínculos de vecindad. Entre sus publicaciones más reconocidas se encuentran los libros *Island Houses. San Andrés' Cultural Heritage* (Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés, 2004) y *The Last China Closet* (Universidad Nacional de Colombia, sede Caribe, 2009).

Alberto Saldarriaga Roa

Arquitecto graduado en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia en 1965. Especializado en Vivienda y Planeamiento en el Centro Interamericano de Vivienda en Bogotá. Luego de realizar cursos de planeamiento urbano en la Universidad de Michigan, Ann Arbor, trabajó para el arquitecto Paolo Soleri en Cosanti Foundation en 1970. Ha sido profesor de historia y teoría de la arquitectura en las universidades Nacional y de los Andes de Bogotá. Trabajó durante varios años en diseño arquitectónico con Dicken Castro, con quien obtuvo el Premio de la

II Bienal de Arquitectura de Quito en la categoría edilicia. Autor de los libros *Habitabilidad* (Editorial Escala, 1975), *Arquitectura y cultura en Colombia* (Universidad Nacional de Colombia, 1986), *Arquitectura para todos los días* (Universidad Nacional de Colombia, 1988), *Arquitectura fin de siglo: un manifiesto de ausencia* (Universidad Nacional de Colombia, 1994), *Aprender arquitectura. Un manual de supervivencia* (Corona, 1996), *Bogotá siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana* (Alcaldía Mayor de Bogotá, 2006) y *Arquitectura popular en Colombia: herencias y tradiciones* (Altamir Ediciones, 1992), este último en conjunto con Lorenzo Fonseca. Estos trabajos lo han hecho merecedor de múltiples premios en la Bienal Colombiana de Arquitectura y Urbanismo y en la Bienal de Arquitectura de Quito. En 2005 fue reconocido con el Premio América en la categoría de Teoría en el XIX Seminario de Arquitectura Latinoamericana en México.

Diego Carrejo Murillo

Arquitecto de la Universidad del Valle, magíster en Desarrollo Urbano de El Colegio de México y posgraduado en Patrimonio Cultural, Turismo y Paisaje, con amplia trayectoria como planificador y urbanista en el sector público y experiencia docente. Se inició como investigador en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Valle, trabajó como profesional de carrera durante quince años en el Departamento Administrativo de Planeación de Cali y como director técnico de Patrimonio en la Secretaría de Cultura y Turismo del Valle del Cauca. Se ha desempeñado como docente en la Universidad de San Buenaventura Cali, la Universidad Autónoma de

Occidente y la Universidad del Pacífico. Laboró como contratista de Planeación Municipal de Cali entre los años 2012 y 2019.

Lina Sánchez Steiner

Arquitecta de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Ha trabajado en Colombia en diferentes oficinas públicas de planificación urbana, ONG y en el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), donde inició su enfoque de investigación en migración forzada y desarrollo urbano. Culminó su doctorado en Estudios Urbanos en la Bauhaus-Universität en Weimar (Alemania) en 2011 y su disertación fue ganadora del primer premio de la Bienal Colombiana de Arquitectura y Urbanismo en 2014 en la categoría de Investigación, Teoría y Crítica. Durante cuatro años fue docente e investigadora en la Universidad del Norte de Barranquilla y en 2015 se trasladó nuevamente a Alemania. Entre 2016 y 2020 trabajó con organizaciones no gubernamentales en Leipzig y Berlín en temas de vivienda, participación y cohesión social en localidades urbanas con presencia de refugiados. Estuvo vinculada hasta 2022 en el Centro Contra la Discriminación en el Mercado de Vivienda de Berlín y actualmente trabaja con la Alcaldía de Berlín en el Departamento de Planeación Urbana del Distrito de Pankow.

Armando Rosero García

Politólogo de la Universidad del Cauca, y especialista y magíster en Planificación Urbana y Regional de la Universidad de Buenos Aires. Dentro

de su experiencia profesional se destaca su trabajo en la Secretaría de Planeación Departamental de Nariño, la gerencia del Plan Todos Somos Pazcífico y la asesoría de asuntos políticos en la Comisión Colombiana del Océano —todas en el sector público—. Durante los dos últimos años de ejercicio profesional ha realizado consultoría especializada en diversos temas que incluyen el desarrollo regional, la sustitución voluntaria de cultivos ilícitos, alternativas productivas y definición de modelos de gobernanza para el desarrollo territorial.

Nelson Iván Erazo Solarte

Arquitecto egresado de la Universidad del Valle (2007), magíster en Arquitectura de la Vivienda de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá (2010), maestro en Arquitectura con énfasis en Teoría e Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (2016) y actualmente es estudiante del Doctorado en Urbanismo de la UNAM. Su ejercicio proyectual ha girado en torno a la vivienda en distintos sectores o proyectos; ha desarrollado investigaciones en torno a la vivienda social y popular, en particular sobre fenómenos urbano-arquitectónicos como el lenguaje arquitectónico, la morfología y los procesos históricos. Sobre estos temas ha producido artículos como “La esquina: análisis de un elemento morfológico” (Espacialidades, UAM Cuajimalpa, 2016) y “Lo no permanente en la consolidación urbano-arquitectónica” (Bitácora, UNAM, 2017).

Gilberto Arango Escobar

Arquitecto, docente e investigador de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín (1975-2001). Profesor emérito (1998) y profesor invitado actualmente en la Maestría en Hábitat de la Escuela Hábitat (Cehap). Especialista en Semiótica y Hermenéutica del Arte de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia y especialista en Housing Design, Planning and Building del Institute for Housing Studies (IHS) en Rotterdam, Holanda. Consultor en entidades nacionales e internacionales sobre la vivienda y autor de numerosos artículos y libros, entre los que se destacan *La poética de la vivienda* en coautoría con Pedro Pablo Peláez y Gilda Wolf (Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2013).



**Universidad
del Valle**



ICANH

Universidad del Valle
Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia
Teléfono: (60+2) 321 2100 ext. 7687
<http://programaeditorial.univalle.edu.co/>
E-mail: programa.editorial@correounivalle.edu.co

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
Calle 12 n.º 2-41, La Candelaria
Bogotá, Colombia
Teléfono (60+1) 444 0544
<https://publicaciones.icanh.gov.co/index.php/picanh%C2%A0>
E-mail: contactenos@icanh.gov.co

Este libro fue impreso por
Imprenta Nacional de Colombia

El territorio, el hábitat y la vivienda se entienden como manifestaciones espaciales, en escalas diferenciadas, de valores culturales que implican concepciones y prácticas específicas en un contexto sociocultural y económico determinado. Conformado por tres partes que abordan la vivienda autóctona, la vivienda tradicional y la construcción cultural de la ciudad actual en Colombia, este libro reúne una serie de textos que recogen resultados de investigaciones sobre la vivienda urbana y rural, los cuales trascienden la descripción de los aspectos morfológicos, estéticos, simbólicos o técnico-constructivos para incluir perspectivas analíticas que involucran las características del hábitat y la vivienda en distintos ámbitos geográficos y contextos socioculturales.



Universidad
del Valle

Programa Editorial



ICANH

